Ramón Villares · Ángel Bahamonde

EL MUNDO CONTEMPORÁNEO

Del siglo XIX al XXI

taurus

Ramón Villares
Ángel Bahamonde

El mundo contemporáneo

Del siglo xix al xxi

TAURUS
PENSAMIENTO

ÍNDICE

NOTA A LA SEGUNDA EDICIÓN

Hace algo más de diez años que este libro fue publicado por primera vez, habiendo gozado de un notable favor del público lector, pues alcanzó a tener seis reimpresiones de aquella primera edición. Su formato y sus contenidos no han variado a lo largo este decenio de vida activa del libro, pero la historia de lo que solemos llamar el "mundo actual" ha experimentado grandes mutaciones durante esta larga década transcurrida. Las mutaciones podrían entenderse en un doble sentido. En el cambio de enfoque y en el tono narrativo aplicado a los dos siglos que quisimos contar en la primera edición o, en otro ámbito, a los acontecimientos y mudanzas que ha experimentado la historia mundial desde el año 2001, un año marcado por el ataque terrorista a las Torres Gemelas del World Trade Center de la ciudad de Nueva York.

Acometer la revisión en profundidad del texto ya publicado, aunque podría ser aconsejable, nos ha parecido que no compensaba el esfuerzo a que este trabajo nos habría obligado. Además, de un modo general, las grandes líneas interpretativas que aparecen en la primera edición del libro siguen siendo plenamente vigentes, de modo que, o bien se redactaba de nuevo todo el texto —con el peligro de acrecentar en exceso su volumen—, o bien era más coherente mantener la versión primigenia. Los libros suelen envejecer cuando están entreverados de un lenguaje de situación que los hace poco inteligibles para lectores no familiarizados con ello. Pero creemos que éste no es el caso y que tanto el vigor narrativo como el enfoque interpretativo pueden soportar una nueva edición.

En cambio nos ha parecido imprescindible, tanto a los responsables de la editorial como a los autores, que esta nueva edición diera cuenta de la década transcurrida. A cubrir este objetivo se dedica todo un nuevo capítulo, realmente más extenso que cualquiera de los anteriores, en el que se ha pretendido contar tres grandes problemas. En primer lugar, hemos querido analizar el panorama geopolítico y estratégico abierto por la guerra contra el terror, las nuevas formas de diplomacia y la aparición de potencias emergentes que, como los BRICS, están colocando en primer plano de la historia mundial el océano Pacífico. Lo

que, desde posiciones eurocéntricas y occidentalistas, solemos llamar Extremo Oriente está dejando de serlo a gran velocidad para perfilarse como un lugar central del relato histórico del siglo XXI. En segundo lugar, explicar en clave histórica la génesis de la enorme euforia económica que alcanzó niveles de "burbuja" financiera en esta primera década del siglo actual, pero que hunde sus raíces en el gran viraje que en las políticas económicas tanto de los países occidentales como de las economías emergentes se diseñaron desde fines de los setenta de la pasada centuria. Aunque hace diez años ya se anunciaban claramente algunos de estos comportamientos, sólo la profundidad de la gran recesión económica desencadenada en los países occidentales desde 2007 ha permitido ver con suficiente claridad la dimensión de estos cambios y las causas que los explican. En un esfuerzo de contextualización histórica, hemos pretendido comparar esta crisis con sucesos análogos, como la crisis de 1929 o la gran crisis de fines del siglo XIX, precedentes más o menos lejanos del proceso de globalización en el que se inserta la dinámica económica actual. Y, en tercer lugar, hemos querido completar el análisis que hace diez años hacíamos del cambio de milenio como un tránsito hacia un nuevo modelo de civilización, dando cuenta de las profundas mudanzas que han supuesto tanto las nuevas tecnologías como la propia globalización económica para la vida de millones de personas y para sus formas de relación social y de vinculación con los poderes públicos y, en general, con la política.

Las conclusiones a que permite llegar el análisis de esta década intensa y convulsa no son muy alentadoras. La guerra contra el terror no ha convertido al planeta en un lugar más seguro y habitable, sino todo lo contrario. El fracaso del consenso keynesiano y la difusión de un paradigma de política económica que penaliza la capacidad de intervención de los poderes públicos como agentes reguladores de la actividad de los grandes actores económicos y financieros ha abierto la puerta no sólo a una profunda crisis del Estado de bienestar, sino a una progresiva fractura social y a un incremento de la desigualdad, no sólo entre países, sino también dentro de éstos. Las consecuencias de la recesión o de la "turbulencia" en la que están viviendo muchas economías (especialmente, las occidentales) tienen un efecto directo sobre la capacidad de los poderes públicos para hacer frente a las demandas de los ciudadanos, lo que abre interrogantes muy serios sobre la capacidad de combinar valores democráticos, sobre la viabilidad de los estados nacionales y sobre el complejo proceso de globalización. Si hace diez años confiábamos en la capacidad de respuesta de la humanidad a los retos de la solidaridad y del progreso, con mayor convicción

debemos sostener esta esperanza a día de hoy. Que se logre este objetivo depende cada vez más del uso inteligente e interactivo que la sociedad actual y sus generaciones más jóvenes sepan hacer de las oportunidades que brindan las nuevas tecnologías y de valores como el respeto al medio ambiente, a la igualdad de género o a tener un mundo en paz. Confiamos en que, pasado un tiempo, si tenemos la ocasión de afrontar una nueva edición de este libro, podamos confirmar estas expectativas.

Unas breves palabras finales son obligadas. En primer lugar, de información sobre la preparación de esta segunda edición del libro, que ha recaído de forma exclusiva en Ramón Villares, aunque evidentemente se mantiene la responsabilidad compartida sobre el conjunto del libro por parte de los dos autores. Y, en segundo lugar, para agradecer como entonces la paciencia y generosidad de la responsable editorial, Inés Vergara, que habiendo participado en la gestación de la primera edición se halla ahora al frente de este sello editorial, del que mucho nos complace seguir formando parte. Y, finalmente, también deseamos agradecer al público lector su confianza en este libro que, en esta nueva versión, podrá leer tanto en formato convencional como en soporte digital. Es la forma de corresponder en la práctica a las previsiones de futuro que, desde la perspectiva histórica, mantenemos en este libro.

Santiago de Compostela, abril de 2012

PRÓLOGO

Éste es un libro de historia, que trata de forma sintética y a la vez sistemática, la evolución del mundo durante los dos últimos siglos del segundo milenio, los que solemos denominar como el “largo” siglo XIX y el “corto” siglo XX. La idea que ha guiado su redacción es la de exponer problemas centrales del mundo contemporáneo, sin renunciar al arma favorita del análisis histórico, que es la fijación precisa de los acontecimientos dentro de las coordenadas de espacio y tiempo. La perspectiva adoptada, claramente eurocéntrica en los temas que se ocupan del siglo XIX, se hace cada vez más mundial en el enfoque de los problemas del siglo XX, para terminar con una reflexión sobre el legado que la última centuria deja para el tercer milenio recién estrenado, en el que el historiador habrá de estar cada vez más atento a la dimensión global o planetaria de los hechos analizados, aunque trate de asuntos propiamente locales. En cualquier caso, hemos preferido siempre el análisis general —aunque con frecuencia se circunscriba al ámbito de Europa occidental— que la inclusión de estudios de caso.

El espacio que estas dos centurias ocupan en el texto es, sin embargo, inversamente proporcional al de la extensión temporal que se les adjudica. La razón de este desequilibrio no es debido a un capricho personal de los autores, sino al hecho de que el siglo XX se ha caracterizado tanto por la gran densidad de sus mudanzas como por la aceleración del tiempo histórico, especialmente perceptible en los dos últimos decenios. La historia no ha llegado a su final, sino que corre de forma más veloz, de modo que el futuro es cada vez menos remiso a comparecer ante nosotros, e incluso lo hace de forma imprevista, como ha sucedido en 1989.

Pero el futuro no fue tan veloz en el pasado. Lo que ha sucedido en estos dos últimos siglos es que nuestra visión del mundo se ha ido transformando de un modo radical hasta el punto de que casi se ha invertido, si la comparamos con la que se tenía del mismo a finales del siglo XVIII, en los umbrales de la modernidad. Entonces el mundo era grande en la distancia y el espacio conocido realmente pequeño. Hoy es justamente lo contrario. Hemos pasado de la “aldea

rural” de la época preindustrial, limitada en sus relaciones externas y estable en su modo de reproducción social e institucional, a la “aldea global” de la sociedad de la información. En ella los flujos e intercambios no sólo son masivos, sino que están parcialmente desprovistos de la limitación impuesta por la distancia en tiempo y espacio, al menos para una minoría de la población mundial (en torno a su sexta parte), que se halla provista de las herramientas tecnológicas necesarias para navegar por la aldea global. Podría decirse que estamos en el camino hacia una nueva civilización, que todavía no sabemos definir bien, pero que al menos, como historiadores, percibimos como algo claramente diferente de la que forjó la sociedad industrial de principios del siglo XIX. De la naturaleza de los cambios que han hecho posible que en dos siglos haya tenido lugar esta transformación radical es de lo que se ocupa este libro.

El “largo” siglo XIX, que hunde realmente sus raíces en la “doble revolución” (económica y política) desencadenada a fines del siglo XVIII en el hemisferio occidental, se analiza en los cinco primeros capítulos, en los que se resumen amplios procesos históricos como el de la industrialización, la afirmación del liberalismo político, las transformaciones sociales y culturales de la sociedad burguesa del siglo XIX o las vías seguidas por Europa para asentar su hegemonía mundial, en tiempos del imperialismo. A esta presentación global del “largo” siglo XIX sirve de colofón el acontecimiento que actúa de gozne entre ambos siglos, que es la I Guerra Mundial. Hecho decisivo, que cierra abruptamente la fase más europea de la historia de la humanidad y que, a la vez, se puede considerar como la auténtica partera del “corto” siglo XX, una centuria apodada americana y que, tal vez por ello, ha acabado por ser global o planetaria.

La Gran Guerra certifica no sólo el declive de Europa o el principio de la experiencia soviética, sino la apertura del protagonismo histórico para sujetos que la sociedad burguesa y liberal del siglo XIX había mantenido en penumbra. La gran transformación del siglo XX está contenida en un amplio proceso de emancipación social y política, que abarca tanto las clases como las naciones, que se resume a partes iguales en la difusión de la democracia política y en el extraordinario crecimiento económico. La argamasa que hizo viable esta transformación fue la aplicación masiva de la ciencia al proceso productivo, a través de una revolución científico-técnica cuyos efectos son hoy visibles en la propia vida cotidiana. La sociedad actual, atrapada entre la fuerza de lo local y lo global, definida por ser una “sociedad-red” (en la celebrada visión de Manuel Castells) o una “sociedad del riesgo” (en la perspectiva de Ulrich Beck), se ha

configurado como tal a lo largo del siglo XX y, muy especialmente, en su segunda mitad. Nuestra tarea como historiadores ha sido no sólo dar cuenta de esta realidad, en una perspectiva compartida con economistas o sociólogos, sino reflejar con precisión la génesis de la misma.

A pesar de la intensidad con que la humanidad ha vivido el siglo XX, no es desacertado pensar, igual que Hobsbawm, que se trata de una centuria "corta", cuyo final se habría producido con la caída del muro de Berlín, unos años antes del término cronológico del siglo o, con una perspectiva que nos parece todavía más convincente, ese final habría tenido lugar hacia la década de los setenta, cuando se produce una suerte de crisis civilizatoria, plasmada en el tránsito desde una sociedad industrial a una sociedad de la información y del conocimiento. Por eso titulamos el último capítulo, con menor pretenciosidad de lo que cabría suponer, como una reflexión que ya trata del siglo XXI.

En la historia del siglo XX nos ocupamos básicamente de cuatro grandes problemas. En primer lugar, los logros y conflictos que atenazaron el periodo de entreguerras, en el que se desarrolló una lucha, con alianzas cambiantes, entre tres modelos sociales y políticos: la democracia liberal, el fascismo y el comunismo. La II Guerra Mundial fue el escenario en el que esta lucha se hizo más patente, con el resultado de la derrota del fascismo como "enemigo común" de la democracia occidental y del comunismo soviético. En segundo lugar, de una de las experiencias más cautivadoras y, a la postre, más decepcionantes que presenció el siglo XX, como fue la Revolución soviética, la construcción del socialismo en la URSS y, bajo la influencia soviética, la constitución de regímenes socialistas en Europa oriental, en China y en algunos países del Tercer Mundo. Fue la gran ilusión del siglo para millones de personas de todo el planeta, desde jornaleros campesinos hasta sofisticados intelectuales. En tercer lugar, de los paisajes que se abrieron tras el final de la guerra, que oscilaron entre el miedo mutuo de los dos grandes bloques hasta entonces aliados —lo que condujo al bipolarismo y la confrontación en forma de "guerra fría"— y la convicción de que no podían repetirse los errores de la primera posguerra y que, por tanto, era preciso un gran pacto social entre la acción de los estados y las demandas de las clases sociales. Se abrió así el camino hacia los "años dorados" de la expansión económica y la consolidación del Estado de bienestar en la mayoría de los países occidentales y en algunos otros de América, Extremo Oriente y Oceanía.

En cuarto lugar, nos ocupamos de la evolución seguida por los imperios coloniales creados a fines del siglo XIX y velozmente disueltos en la segunda

mitad del siglo XX. Fueron la descolonización y el nacimiento del Tercer Mundo procesos no sólo coetáneos, sino complementarios, que abrieron el camino de la independencia para cientos de millones de habitantes del continente afroasiático, pero que también hicieron más patente la desigual distribución de la riqueza y el desequilibrio entre el norte y el sur. El final cronológico del siglo XX ha mostrado hasta qué punto la "aldea global" esconde una gran diversidad de sus habitantes, cuando en cualquier informe de los organismos internacionales se reconoce que un 6 por ciento de personas poseen la mitad de la riqueza del mundo y quizá todas ellas residan en los Estados Unidos de América.

Ésta es la situación actual, que admite lecturas optimistas y pesimistas o, en términos más simplificados, puede combinar el selecto "espíritu de Davos" con el más democrático "sentimiento de Porto Alegre". Conocer lo que nos depara el futuro no es tarea del historiador ni, probablemente, de ningún otro científico social. Nuestro propósito no es hacer profecías, sino analizar los procesos mediante los cuales han podido tener lugar los hechos que contamos. En sustancia, éste es el mensaje de este libro. El mundo contemporáneo ha presenciado una evolución en la que el dominio del hombre sobre la naturaleza ha hecho progresos deslumbrantes, gracias sobre todo a la capacidad que los países industrializados han tenido para combinar crecimiento económico y transformaciones sociales y políticas, con una aplicación sistemática de los avances científicos a la resolución de las necesidades de la humanidad. Pero también es evidente que el mundo de nuestros abuelos ha vivido —y generado— grandes conflictos y catástrofes y, sobre todo, ha bajado en algún momento a los pozos más profundos de la indignidad moral y la opresión humana, por no mencionar las agresiones sufridas por el medio natural y los recursos disponibles.

Sin embargo, si algo nos reconforta en este año auroral del tercer milenio es comprobar que, a pesar de la difusión acrítica de la ideología de la globalización, existe una amplia contestación social a la misma, también de ámbito global, que abre la perspectiva de un futuro concebido a escala humana. Como observó en los ochenta del siglo XX el sociólogo Norbert Elias, un testigo casi nonagenario de la centuria, "una particularidad de nuestro tiempo es que no se aceptan como algo natural y como maldición divina" hechos como la miseria en la que viven miles de millones de habitantes del planeta. La solidaridad no es todavía ni eficaz ni masivamente compartida, pero conviene advertir que es mucho mayor que la existente tan sólo medio siglo antes. La lectura de la historia nos advierte claramente del peligro que corren las visiones unilaterales, pues toda mudanza

histórica contiene en su seno lo mejor y lo peor. Así sucedió con la industrialización, así sucedió con la expansión imperialista de Europa, así sucedió con las grandes guerras mundiales y así sucede, sin duda, con el actual proceso de la globalización. Esperamos que los contenidos de este libro permitan ilustrar al lector sobre este carácter dual, cuando no contradictorio, que porta en su seno la evolución histórica.

* * *

Este libro es el resultado de una colaboración mantenida desde hace tiempo entre sus dos autores, que se ha plasmado en alguna publicación anterior. En esta ocasión, el texto se ha concebido como un amplio ensayo interpretativo de las claves del mundo contemporáneo, porque nos ha interesado más contestar a algunos interrogantes que contar muchos detalles y hechos concretos, por importantes que éstos sean. Sin embargo, conscientes de que en la realidad histórica resulta decisivo el papel de algunos individuos, hemos incorporado al texto una selección de biografías que no sólo amplían información sobre el mundo contemporáneo, sino que tratan de hacer justicia con algunos de los grandes protagonistas individuales que forjaron el mundo actual. El plan general del libro, así como la distribución de sus contenidos y la selección de las figuras biografiadas, ha sido realizado de forma conjunta por ambos autores, aunque la redacción de cada capítulo haya sido hecha —a pesar de las facilidades que la tecnología actual pone a nuestra disposición— de forma individualizada: los capítulos 1 al 6, 9, 13, 15 y 17 corresponden a Ramón Villares, mientras que los capítulos 7, 8, 10, 11, 12, 14, 16 y 18 han sido escritos por Ángel Bahamonde. Es claro que la responsabilidad sobre el conjunto del libro es mutua y solidaria.

Pero un libro no es una obra que sea posible con la sola voluntad de sus autores. Nunca ha sido así y menos lo es en el complejo proceso editorial actual. Por eso nos complace reconocer nuestra gratitud a María Cifuentes, directora de la Editorial Taurus, y sus editoras Inés Vergara y Beatriz Cobeta. Todas ellas han puesto más pasión y cariño en el libro del que sería exigible, colmando ampliamente las expectativas que como autores habíamos puesto en la obra. Confiamos en que los lectores no nos desmientan, ni a unos ni a otras.

Madrid/Santiago de Compostela, febrero de 2001

PRIMERA PARTE

LA FORMACIÓN DEL MUNDO CONTEMPORÁNEO

CAPÍTULO 1

PROMETEO LIBERADO. TRANSFORMACIONES ECONÓMICAS E INDUSTRIALIZACIÓN

Hasta mediados del siglo XVIII, la humanidad había realizado grandes adelantos tanto demográficos y materiales como culturales y científicos, pero la fortaleza de estos cambios no había sido lo suficientemente sólida como para iniciar una nueva etapa histórica. Por el contrario, en muchos casos permanecieron bloqueados o sin capacidad de proyección hacia el futuro. Fue el caso de las civilizaciones islámica o china, que entraron en vía muerta hacia el siglo XVI, pese a su evidente equipamiento científico. Frente a ellas, Occidente comenzó a adquirir ventaja desde el siglo XVI, posición que se consolidó a partir del siglo XVIII. Fue entonces cuando empezó un proceso, que conocemos como revolución industrial, que trastocó de forma decisiva y constante la vida de la humanidad. Un elemento central de esta mutación histórica fue la capacidad de aplicar el conocimiento científico al proceso productivo, bajo la forma de tecnología. Por tanto, hasta mediados del siglo XVIII, la capacidad de Prometeo de mejorar la vida de los hombres no podía llevarse a efecto, por hallarse "encadenado" por decisión de su primo Zeus. Fue entonces cuando se deshizo de sus cadenas y se liberó.

En este capítulo contaremos, en líneas generales, este proceso de mutación histórica que, habiendo comenzado a mediados del siglo XVIII, conocemos como industrialización. Es la primera fase de una transformación que tendrá todavía mayor aceleración en el siglo XX. Pero lo que importa no es sólo la profundidad de los cambios, sino su dirección. Y el cambio de orientación se produjo aproximadamente hace un cuarto de milenio, en Europa occidental y más concretamente en la isla mayor de las británicas. Fue donde Prometeo comenzó a desencadenarse.

Desde mediados del siglo XVIII tiene lugar una transformación profunda de la estructura económica del mundo, que se halla asociada a la revolución industrial

y a sus efectos más inmediatos sobre el aumento de la productividad, modificación (y mejora, a largo plazo) de la calidad de vida y aplicación masiva de la tecnología al proceso de producción de bienes y mercancías. La transición de una sociedad rural y artesanal a una sociedad urbana, industrial y diversificada es un proceso complejo, localizado espacialmente y no exento de conflictos. Pero la expansión de la población, que se duplica en poco más de un siglo, la aparición de una economía capitalista en el Occidente europeo y en Estados Unidos de América, el dominio progresivo del espacio planetario son algunos ejemplos de estas modificaciones. El siglo que va desde fines del XVIII hasta la I Guerra Mundial es una época de cambios profundos, de transición desde un mundo pequeño, europeo y atlántico a un mundo global, de integración progresiva de hombres, economías, estados y culturas. Como ha observado D. Landes, la revolución industrial, "que acercó a todos los países del mundo", también "lo empequeñeció y lo homogeneizó", en el sentido de que lo hizo más accesible y globalizado. Fue entonces cuando se forjó la "gran transformación" asociada a las revoluciones económicas y políticas de fines del XVIII, cuyos efectos constituyen la antesala de la sociedad en la que vivimos.

UN MUNDO "GRANDE", PERO DESINTEGRADO

Los hombres del siglo XVIII tenían una visión del mundo muy diferente a la actual, en que podemos asistir desde nuestro domicilio a guerras lejanas, ver la profundidad de los mares o presenciar la llegada a la luna. Para un europeo de hace doscientos años, incluso un ilustrado y sabio, gran parte del planeta era todavía desconocida o no había sido explorada, a pesar de haberse conquistado entonces grandes regiones, como Siberia, la Pampa u Oceanía. Las migraciones de un continente a otro no eran todavía masivas, a pesar de la experiencia de la colonización de América. Las comunicaciones eran, por otra parte, difíciles y lentas. La respuesta a una carta enviada desde Londres a Calcuta podía tardar dos años. Las distancias, mayores en tiempo que en espacio, hacían a su vez más grande este mundo, casi inabarcable. Desplazarse de París a Viena, y no digamos a San Petersburgo, era una tarea casi inabordable. El mundo "conocido" se reducía, pues, al espacio europeo y a las colonias dependientes de los grandes imperios ibéricos, francés y anglo-holandés. En sustancia, como ha dicho Eric Hobsbawm, se combinaba la existencia de un "mundo grande" (por ignorancia o distancia) y un "mundo pequeño", una pequeña parte del planeta, aquella que era

verdaderamente conocida, aunque las distancias fuesen enormes en tiempo.

Era un mundo limitado, poco integrado y, además, basado en una economía de carácter agrario. El predominio de la agricultura era la norma general, así como la condición no urbana de los asentamientos humanos (80 por ciento en Italia, 95 por ciento en Rusia). Sólo algunas ciudades, como Londres o París, alcanzaban un tamaño significativo. La agricultura no era, sin embargo, uniforme. En la Europa occidental predominaba la figura del campesino libre, sujeto a pago de rentas, pero capaz de iniciar los primeros pasos de una "revolución agrícola" en algunas regiones, como Holanda e Inglaterra, basada en la supresión del barbecho y en la difusión de una agricultura mixta, que integra cultivos y explotación ganadera. En la Europa oriental (al este del río Elba), por el contrario, la norma era la agricultura de carácter extensivo, basada en la existencia de un campesinado sometido al régimen de servidumbre. Fuera de Europa, adquirió gran expansión la agricultura de monocultivo, basada en la explotación de mano de obra esclavista (Antillas, sur de Estados Unidos, Brasil), especializada en la producción de algodón, azúcar y otros productos llamados desde entonces "coloniales".

Las dimensiones de esta sociedad del siglo XVIII también se reflejan en sus efectivos demográficos. La población estimada del mundo era, a principios de siglo, de 680 millones de habitantes (dos veces y media la existente en tiempos de Cristo), para terminar la centuria con 954 millones (entre cinco y seis veces menos de la actual). Aunque la principal concentración demográfica se hallaba ya en el continente asiático (especialmente en China), existían grandes páramos demográficos, como América, que experimentarán un enorme incremento durante la época contemporánea. El mundo en el siglo XVIII estaba, pues, en un proceso de cambio moderado que, sin embargo, se encontraba en puertas de una mutación cualitativa decisiva, a través de las grandes transformaciones iniciadas a fines de la centuria.

PROTOINDUSTRIALIZACIÓN

El siglo XVIII no fue, sin embargo, un periodo de espera. Durante la centuria tiene lugar en Europa occidental una lenta diversificación económica que, en cierto modo, prepara el posterior proceso de industrialización. Hay dos sectores económicos en los que este impulso es especialmente importante. El de los intercambios comerciales, realizados sobre todo por Francia e Inglaterra con sus

posesiones coloniales, una vez superada la hegemonía que había alcanzado Holanda como potencia comercial; y, en segundo lugar, el de la aparición de una potente economía agraria, generalmente de carácter doméstico, que ha merecido la denominación de protoindustrialización o, en términos de la época, “industria rural”.

El impulso comercial del siglo XVIII consiste sobre todo en un comercio a larga distancia y se basa en dos pilares. Por una parte, los intercambios de bienes de consumo o suntuarios procedentes de fuera de Europa (especias, café, té, azúcar) que ya eran parcialmente (las especias) uno de los fundamentos del gran comercio medieval dominado por los venecianos desde el Mediterráneo oriental. Ahora la gran ruta comercial se establece con América, desde el río de La Plata y Brasil hasta el Caribe y las colonias británicas del norte. Aunque los viejos imperios ibéricos seguían detentando un poder formal sobre gran parte de estos territorios americanos, la presencia naval francesa e inglesa resultó ser cada vez más decisiva. Ni Lisboa ni Cádiz evitaron su papel de puertos comerciales subordinados, dedicados al comercio de reexportación de productos entre Europa y América.

Por otra parte, se incorporan cada vez más a los circuitos comerciales bienes manufacturados, bien procedentes de India (los tejidos conocidos como indianas), bien producidos por la industria textil doméstica europea (tejidos de lana y lino). La hegemonía comercial durante este periodo corresponde a los europeos (tres cuartas partes del comercio mundial), en especial a Francia e Inglaterra. La flota inglesa suponía, a fines de siglo, más de la cuarta parte de la flota europea y era, además, la que desarrollaba más claramente las funciones que le serán propias durante el siglo XIX: exportaba bienes manufacturados (54 por ciento del total) e importaba materias primas (83 por ciento del total). El desarrollo comercial del siglo XVIII contribuyó a preparar no sólo la industrialización, sino el dominio europeo del mundo durante un siglo.

La aparición de una potente industria rural doméstica anterior a la revolución industrial es el hecho más destacado por los historiadores del último cuarto de siglo. Aunque no existe relación mecánica de continuidad entre protoindustrialización e industrialización (regiones como Flandes, Irlanda o Galicia serían ejemplos de ello), esta industria rural está en la base del desarrollo del gran comercio, de la especialización agraria de carácter interregional y de la acumulación de capital comercial. Las características de esta industria son tres.

La primera es su condición de actividad rural y doméstica, de modo que el proceso de trabajo se desarrolla en el seno de los hogares y de las pequeñas

comunidades, sin concentración fabril. La segunda, que está especializada en el sector textil (lana y lino) y su producción está orientada al mercado extrarregional. La tercera, que su organización depende directamente del capital mercantil, que le surte de materias primas y se encarga luego de su comercialización. La organización de todo el proceso podía efectuarse bajo diferentes modalidades *(Kaufssystem* o *putting out),* según la mayor o menor autonomía de los productores domésticos, pero siempre al margen de la organización gremial de las ciudades.

Esta combinación de tradición artesana urbana y desarrollo de una industria rural no siempre desembocó en un proceso industrializador. Pero incluso la revolución industrial ocurrida en Gran Bretaña desde fines del siglo XVIII sería inexplicable sin tener en cuenta la producción de bienes a pequeña escala, basada en procesos mecánicos y manuales. La organización fabril y las prácticas de *putting out* hubieron de convivir por mucho tiempo, como ha mostrado Maxine Berg en su renovadora visión de la “era de las manufacturas”.

LA REVOLUCIÓN INDUSTRIAL: EL NOMBRE Y LA COSA

El comienzo de la revolución industrial no tiene fecha determinada. Para algunos autores comenzaría hacia 1760, para otros entre 1780-1790, existiendo incluso quienes la retrasan a siglos anteriores. La “cosa” es un hecho del siglo XVIII, aunque sus efectos no se hicieron patentes hasta el siglo XIX. De hecho, la revolución industrial no se caracterizó por un incremento rápido de la tasa de crecimiento, sino por haber iniciado un proceso. Para decirlo con palabras de David Landes, “tiene más importancia la profundidad de los cambios que su rapidez”. Otro asunto es el “nombre”, dado que la palabra revolución, como veremos en otro capítulo, tuvo durante mucho tiempo un significado o bien astronómico o bien político. De ahí que el término, aplicado a una transformación económica difusa en el espacio y poco repentina en el tiempo, haya tardado mucho más en ser acuñado, no siendo verdaderamente difundido hasta después de la II Guerra Mundial.

El concepto de “revolución industrial” ha sido y es muy discutido por la historiografía, porque cada vez resulta más evidente que no se trata de un fenómeno repentino, ni sus efectos se pueden ceñir únicamente al sector industrial. En este sentido, los debates realizados a propósito de la protoindustrialización han contribuido a relativizar la visión casi prometeica de

la revolución industrial inglesa. Es cierto, sin embargo, que desde mediados del siglo XVIII se produjo una aceleración del crecimiento económico, acompañada de una profunda transformación de la organización de la producción y de la estructura de la sociedad, no sólo británica, lo que le permite afirmar a autores como Hobsbawm o Landes que ésta es la "transformación más fundamental experimentada por la vida humana" desde la época neolítica. Sobre esta calificación, no existe hoy ninguna duda. Ahora bien, sigue pendiente un asunto: ¿por qué tiene lugar la revolución industrial en Europa occidental y, más concretamente, en Inglaterra?

El hecho de que la Europa noroccidental (y su prolongación en América del Norte) haya sido la primera región del mundo en efectuar un proceso de industrialización, frente a otras alternativas posibles como China o Japón, se suele explicar por razones de desarrollo técnico y, sobre todo, de estructura social y política, mucho más homogénea e igualitaria en el reparto de la riqueza que la existente en los países asiáticos. La ventaja de Europa sobre otras regiones del mundo estribaba, además, en razones de tipo jurídico, cultural y religioso. La seguridad alcanzada por los derechos de propiedad, así como de la persona, constituyeron un incentivo importante para la inversión productiva. La separación entre los dos imperios ("César" y "Dios") fue un hecho precoz que caracterizó la Cristiandad desde tiempos medievales frente a la fusión entre política y religión que era la norma en la mayoría de las civilizaciones del planeta. Esta diversidad de poderes fue lo que fomentó, en la práctica, la aceptación de novedades y de invenciones. La comparación en este caso con las culturas orientales e islámicas muestra que la superioridad occidental tuvo raíces muy profundas, todas ellas vinculadas a un hecho que Landes individualiza claramente bajo el término de "autonomía intelectual" que es característica de la cultura europea, frente al dogmatismo del mundo islámico y del oriental.

A todo ello habría que añadir la influencia que tuvo la división del cristianismo con la reforma luterana del siglo XVI y el desarrollo de lo que Max Weber denominó como la "ética protestante". De acuerdo con esta conocida tesis, la ética protestante, sobre todo en su variante calvinista, habría sido un factor decisivo para el nacimiento del "espíritu del capitalismo", al ser capaz de vincular la salvación individual con la doctrina de la predestinación. Era una vía abierta para el desarrollo del individualismo. Aunque la tesis weberiana ha sido sometida a duras críticas, su núcleo central mantiene todo su vigor explicativo, dada la importancia que le concede al factor cultural en la aparición del capitalismo.

En realidad, sería la suma de todos estos factores lo que explicaría que la revolución industrial tuviera lugar en Europa. Además, el hecho esencial es que el Occidente europeo se hallaba, a mediados del siglo XVIII, en una situación más próspera que cualquiera otra región del mundo y mejor preparada desde el punto de vista cultural y científico. Si a ello añadimos la enorme expansión comercial que, como hemos visto, logra durante el siglo XVIII, parece razonable pensar que la "chispa" de la revolución industrial haya encontrado su mecha en Occidente y, más concretamente, en las regiones centrales y sureñas de una pequeña isla, Gran Bretaña.

¿Por qué en Inglaterra?

Pero la razón de que haya sido Inglaterra la primera nación industrial no resulta tan evidente, ya que, incluso para los propios coetáneos, otros países, como Francia o los Países Bajos, reunían condiciones adecuadas para lograr un despegue industrial. Sin embargo, existen algunas razones que explican el éxito británico, que podemos agrupar bajo tres grandes rubros.

Una primera explicación hay que buscarla en el mundo rural y la naturaleza de las transformaciones que tienen lugar desde siglos anteriores. La agricultura inglesa presentaba a mediados del siglo XVIII un panorama sensiblemente diferente al del continente (salvo Holanda y algunas regiones de Francia), al haber experimentado ya una primera "revolución agrícola". En la distribución de la propiedad de la tierra predominaba la alta y baja nobleza, sin presencia apreciable de la Iglesia ni tampoco de los campesinos, lo que conduce a la famosa división trinitaria de la agricultura inglesa entre *landlord, farmer, labourer* (propietario, arrendatario, trabajador). Esta concentración de la propiedad de la tierra fue posible a través del proceso de *enclosures* (cercamientos), especialmente intensos a partir de 1760. El cercamiento afectó, desde entonces, a 2,7 millones de hectáreas, tanto a tierras cultivadas como a espacios comunales. La política de cercamientos no supuso tan sólo una mejor garantía de los derechos de propiedad, sino una limitación de los derechos colectivos sobre la tierra.

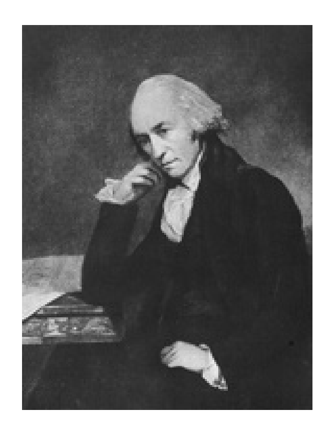
Por otra parte, hubo en la agricultura inglesa una serie de innovaciones técnicas en la estructura de la producción agraria, como la difusión del *Norfolk system* (sustitución del barbecho por la alternancia de los cultivos de cereales con leguminosas); o la asociación estrecha entre agricultura y ganadería,

mediante la estabulación y la producción de forrajes. Todo ello permitió un incremento de la productividad agraria y un nivel de producción suficiente para alimentar a una población en expansión, sin depender de la importación de materias primas alimenticias, dado el proteccionismo inglés vigente hasta la abolición de las *Corn Laws* (Leyes de cereales) en 1846. De acuerdo con algunos autores, como E. Jones, ésta sería una de las ventajas fundamentales de Inglaterra para afrontar su industrialización.

La segunda y, para algunos autores, decisiva razón de la revolución industrial inglesa estaría en su capacidad para afrontar la innovación técnica, o, dicho con palabras de Joel Mokyr, en la aplicación de una "política de la innovación tecnológica". La esencia de la revolución industrial consiste en la división social del trabajo, lo que supone la progresiva sustitución del trabajo humano por el de las máquinas, la energía animal por la mecánica y, además, la utilización de nuevas materias primas generalmente inorgánicas (minerales), en vez de las orgánicas (vegetales). Para llevar a cabo este proceso fue precisa la aparición de una secuencia de pequeñas innovaciones técnicas. Esto es lo que sucedió en Inglaterra desde mediados del siglo XVIII.

Las nociones científicas e incluso los inventos eran conocidos previamente. La novedad es que aquéllas pudieron ser convertidas en innovaciones, esto es, ser aplicadas a los procesos de producción en un proceso de "destrucción creativa", en palabras de Joseph Alois Schumpeter. Esta capacidad innovadora descansó, sobre todo, en la conjunción de artesanos y fabricantes con técnicos e ingenieros. La cantidad de innovaciones técnicas del periodo la refleja, entre otras medidas, el número de patentes registradas en Inglaterra, que a principios del XIX es superior a cien por año. Los principales cambios tecnológicos tuvieron lugar en el sector de la energía, donde el ejemplo clásico es la máquina de vapor de James Watt. De hecho, fue la tecnología de la fuerza motriz la que concedió al mundo occidental su gran superioridad sobre el resto del mundo. En otros sectores, las innovaciones técnicas fueron asimismo importantes: en la metalurgia, con el uso del coque en los altos hornos o el pudelado del hierro, y en la industria textil, en la que se concentraron las invenciones más famosas de la revolución industrial (*water frame* de Richard Arkwright, *jenny* de James Hargreaves y *mule* de Samuel Crompton).

JAMES WATT (1736-1819)



Hijo de un magistrado escocés, estudió matemáticas en la Universidad de Glasgow, ciudad en la que se convirtió en fabricante de instrumentos de precisión. En 1764, cuando tuvo que reparar la máquina de Newcomen, efectuó su gran invención al separar el condensador del cilindro, para aprovechar la energía. Esto dio lugar a la máquina de vapor, que se mejoraría más en 1782, lo que constituye una de las contribuciones esenciales a la revolución industrial. Sus méritos fueron ampliamente reconocidos, siendo elegido miembro de la Royal Society de Londres en 1785 y de la Academia Francesa de Ciencias en 1814. Como observa el historiador Joel Mokyr, en “la historia de la tecnología, Watt es comparable a Pasteur en la biología, a Newton en la física o a Beethoven en la música”.

Éstas son algunas de las invenciones mayores de la época, que esconden pequeñas innovaciones efectuadas en muchos otros sectores, desde los transportes hasta la cerámica. En conjunto, hay que tener en cuenta que lo más importante de la revolución industrial fue su capacidad para integrar pequeñas mejoras, porque, como observa Landes, ninguna de las invenciones llegó perfecta al seno de la producción industrial. Más que la “era del vapor” o del “maquinismo”, la revolución industrial podría definirse como la “era de las mejoras”. Por esta razón es tan importante la conexión entre tradición, pequeña producción, saber técnico y capacidad de renovación. Características todas ellas que florecieron en la Inglaterra de fines del siglo XVIII, sobre todo en el seno de pequeños talleres donde la experimentación cotidiana se convirtió en la base de la innovación.

Una tercera característica esencial de la revolución industrial es el tránsito hacia la producción para el mercado, en vez de para el consumo propio. En los debates sobre sus orígenes ha adquirido mayor protagonismo en los últimos decenios el papel de la demanda, esto es, la influencia de los consumidores en la orientación de la producción, hasta el punto de que se ha acuñado el término de “revolución del consumo” como expresión global del proceso industrializador.

Para que esto tenga lugar, es preciso que exista un mercado integrado y esto es lo que sucede en la Inglaterra de la segunda mitad del siglo XVIII, en dos ámbitos diferentes y complementarios.

Por una parte, se configura un mercado interior, basado en una demografía en expansión y un alto poder adquisitivo de la población, sin aduanas interiores y con una moderna red de comunicaciones (canales, carreteras de peaje y, desde 1830, ferrocarril). Muchos autores coetáneos dan cuenta del crecimiento del consumo, pues, como observó el marqués de Biencourt, "los ingleses tienen la inteligencia de hacer cosas para la gente, en lugar de para los ricos". En cierto modo, el espacio económico inglés funcionaba como un mercado nacional. Por otra parte, la economía inglesa se benefició de un amplio mercado exterior, en constante expansión, basado en un gran poderío naval, un apoyo constante de la política diplomática del gobierno y en el monopolio de las colonias ultramarinas, a lo que se unió la posición ventajosa que los ingleses tomaron sobre las colonias de los dos imperios ibéricos, especialmente en el caso de Brasil.

La confluencia de estos dos grandes polos de demanda de bienes contiene, según Hobsbawm, la "chispa" que explica que la revolución industrial haya tenido lugar en Inglaterra y que haya tenido lugar a fines del siglo XVIII. Es la suma de un lento crecimiento interior y una expansiva economía internacional, de modo que la revolución industrial es a la vez un hecho profundamente insular y un hecho mundial.

EL TALLER DEL MUNDO

La revolución industrial fue un proceso global, en el que tiene tanta importancia la fabricación de pequeños objetos de uso doméstico como la producción a gran escala en el sistema fabril. Pero hay algunos sectores productivos en los que la aplicación de innovaciones tecnológicas y el crecimiento de su capacidad de producción es mayor y por ello se consideran como los sectores que "lideran" o marcan la pauta de la industrialización. Estos sectores son, básicamente, los tres referidos a la industria textil algodonera, la metalúrgica y los ferrocarriles.

La industria textil algodonera ejemplifica bien la naturaleza de la revolución industrial, porque sustituye a la precedente de la lana y el lino, estrangula la producción de textil de países como India, se dirige fundamentalmente al mercado exterior (90 por ciento de la producción durante todo el siglo XIX) y,

además, se engarza con las economías basadas en las plantaciones esclavistas americanas, al ser su principal comprador: un 20 por ciento de las importaciones británicas entre 1815 y 1840 era algodón en bruto, procedente de los estados “sudistas” de Estados Unidos de América.

En el sector algodonero fue donde se efectuaron con mayor rapidez las innovaciones técnicas, especialmente en la fase del hilado, que estaban ya en vigor hacia 1780; también se adaptó a nuevas formas organizativas, dada la posibilidad de integrar la tradición gremial de los artesanos (caso de los tejedores) con la producción masiva en fábrica. Por esta razón, ha sido considerado el algodón como el “sector líder” de la revolución industrial, dada su dimensión y su capacidad de arrastre sobre otros sectores económicos.

La industria metalúrgica tuvo una importancia menor que el algodón en esta primera fase de la industrialización, dado que su principal expansión tendrá lugar a partir de mediados del siglo XIX, tras la aplicación del método Bessemer (1860) y la sustitución progresiva del hierro forjado por el acero, producto emblemático de la segunda revolución industrial. No obstante, algunas innovaciones técnicas fueron importantes en este periodo. La más decisiva fue la sustitución del carbón vegetal por el coque o carbón mineral, lo que permitió importantes ahorros energéticos (la fabricación de una tonelada de hierro necesitaba cuatro veces más carbón vegetal que mineral), evitó la deforestación e impulsó otras mejoras, como la construcción de hornos altos, que favorecían la combustión del coque.

En el sector de los transportes hay que destacar, en el periodo de 1770 a 1830, la construcción de canales y, sobre todo, de carreteras de peaje *(turnpike roads)*, cuya extensión era ya de 35.000 kilómetros en 1830, lo que redujo drásticamente la duración de los viajes. Pero el gran revulsivo fue la construcción del ferrocarril, cuya primera línea entre Londres y Manchester fue inaugurada en 1830, remolcada por la locomotora *Rocket* inventada por George Stephenson. Los efectos de arrastre del sector ferroviario son muy importantes sobre la minería (por el consumo de carbón) y la siderurgia (construcción de vías). En 1850 ya había en Inglaterra unos 10.000 kilómetros de vía férrea. Todo esto expresa una de las obsesiones de la época, que no es otra que la de ganar tiempo, lo que sólo se logra con una eficaz red de transportes.

Cuando en 1851 tiene lugar la Exposición Universal en Londres, el asombro de sus visitantes no era sólo por la innovadora arquitectura del Palacio de Cristal donde estaba situado este evento. También pudieron darse cuenta de la fortaleza alcanzada por la economía británica, lo que permitió que se definiera a la Gran Bretaña de entonces como el “taller del mundo”, un eslogan autocomplaciente

pero nada engañoso. Las razones eran evidentes, tanto por lo que se producía en la isla como, sobre todo, por su capacidad de comercialización de mercancías en todo el mundo y de efectuar inversiones en otros países. La economía de Gran Bretaña se hallaba entonces en el cenit de su desarrollo, constituyendo el punto de referencia para el resto del mundo.

A mediados del XIX, Gran Bretaña, con la mitad de población de Francia, producía dos tercios del carbón mundial y más de la mitad del hierro y del algodón; sus ferrocarriles tenían una densidad de 39,4 kilómetros por habitante, frente a los 16,6 de Alemania y los 8,5 de Francia; y sus inversiones exteriores, cien veces superiores a las francesas, eran ya la clave para compensar su déficit en la balanza de pagos y, de paso, abrir nuevos mercados en la Europa mediterránea, el Oriente Próximo y América del Sur.

A partir de este momento, la economía británica mantuvo su primacía mundial hasta 1870, en que comenzó su lento declive (el llamado "climaterio" británico), ya percibido a fines del siglo XIX, cuando fue superada por Alemania y Estados Unidos como primera potencia económica mundial. Inglaterra fue la primera, pero sus perseguidores fueron muy tenaces y acabaron obteniendo la presa de Albión. De cualquier modo, el caso de Gran Bretaña fue mucho más que una "liebre" en la carrera, dadas las dificultades que los países continentales hubieron de superar para emularla.

LOS ROTHSCHILD



Familia de banqueros, los más famosos e influyentes en las finanzas europeas del siglo XIX. Los Rothschild tenían su origen en Francfort, en cuyo gueto judío estuvieron establecidos durante generaciones. El primer gran banquero fue Mayer Amschel (1743-1812), que comenzó a actuar como prestamista de gobiernos. Desde principios del siglo XIX, los cinco hijos de Mayer Amschel se

establecieron en diferentes capitales europeas (Londres, París, Viena y Nápoles), formando una gran red financiera internacional, dedicada a préstamos a gobiernos y a promover inversiones en industrias, compañías mineras y redes ferroviarias, principalmente en los países mediterráneos. De los cinco hermanos Rothschild, conocidos como “los cinco de Francfort”, los más influyentes fueron Salomon (1774-1855), establecido en Viena donde forjó una sólida amistad con el príncipe Metternich; James (1792-1868), el benjamín del grupo, que abrió casa de banca en París, y Nathan (1777-1836), establecido en Londres desde 1798, que fue el lugar más próspero de los negocios familiares. La dispersión del núcleo familiar es una metáfora de la expansión de los negocios que tiene lugar en Europa desde los inicios de la industrialización. Como dijo en cierta ocasión Nathan, “en Francfort no había espacio para todos”. La vieja casa del barrio judío de Francfort acabó siendo superada en poco tiempo por las de Londres y París.

La posición de los Rothschild se vio favorecida, durante varias generaciones, por su fuerte endogamia, lo que le permitió ser hegemónica en el mundo financiero internacional a mediados del siglo XIX, cuando controlaban sociedades de crédito, inversiones y préstamos gubernamentales. Pero su influencia no se ciñó sólo a los medios financieros. En los distintos países en los que se establecieron consiguieron penetrar en la vía política y cultural, logrando ser elegidos miembros de las cámaras parlamentarias y de academias y sociedades artísticas. Y además, mantuvieron de forma constante su apoyo a la comunidad judía de cada país, siendo esta familia uno de los grandes sostenes del sionismo y del movimiento a favor de la creación de un “hogar nacional” en Palestina.

LA INDUSTRIALIZACIÓN EN EL CONTINENTE

El proceso de industrialización en el continente europeo sigue pautas diferentes del caso británico. Es un poco más tardío, presenta modalidades nacionales y regionales muy diversas y, además, debe enfrentarse a la posición privilegiada que había conseguido Gran Bretaña. Es por esta razón que los principales análisis que se han hecho de la industrialización europea insisten en comparar la experiencia continental con la insular. La explicación del crecimiento económico de Europa en el siglo XIX estaría, para A. Gerschenkron, en la existencia de factores de sustitución de los británicos, sean el Estado, la banca o la política económica; mientras que para Landes, habría sido fundamental la capacidad de emulación de la experiencia inglesa por parte del continente, lo que le habría permitido incorporarse con más fuerza a una segunda fase de la economía industrial y así “acortar distancias”.

La Europa continental dispuso de la tecnología británica, pero tuvo que afrontar también grandes transformaciones internas para lograr una madurez que no es alcanzada hasta el último tercio del XIX, porque sus condiciones de partida eran más difíciles que las insulares. El peso de la sociedad agraria era más fuerte y además presentaba enormes diferencias entre la Europa occidental y la oriental, con una tardía emancipación del campesinado; la estructura social era

menos igualitaria, especialmente en Europa central, con una distribución de la riqueza en la que la alta nobleza (los *junkers* de Prusia) disfrutaban de enormes extensiones de tierra; las barreras políticas e institucionales, que la influencia napoleónica amortiguó pero no consiguió eliminar, así como la ausencia de una política aduanera y comercial común eran obstáculos para el desarrollo de una economía diversificada y de producción destinada al mercado. En resumen, frente a la unidad "nacional" británica, la diversidad continental suponía de entrada un factor limitador que, en la segunda mitad del siglo, acabó siendo superado. A pesar de ser un proceso esencialmente diverso, según épocas y países, hay algunas pautas comunes en la dinámica industrial europea que conviene señalar, sobre todo como aspectos diferenciadores del modelo británico.

En primer lugar, el "sector líder" ya no es la industria de bienes de consumo, cuyo mejor ejemplo es la producción textil algodonera, sino la industria de bienes de equipo. Es un tipo de industria que se halla vinculado al carbón y el hierro, y en conexión muy estrecha con la revolución que se efectúa en el ámbito de los transportes desde 1850, tanto en el ferrocarril como en la navegación marítima, que sustituye la vela por el barco de vapor. Aunque hubo regiones europeas de gran desarrollo textil, como Alsacia o Cataluña, el papel fundamental ha sido desempeñado por el gran conglomerado regional de Bélgica, norte de Francia y la Renania alemana, donde la explotación de los recursos mineros y la constitución de la gran industria siderúrgica son el eje de su industrialización.

En segundo lugar, la financiación del proceso industrializador es más exógeno que en el caso británico. En el continente es mucho más fuerte la integración entre la banca y la industria frente a la vía inglesa donde el ahorro producido en la propia industria era el núcleo de la capacidad inversora. En el continente, especialmente en Alemania, la banca tiene un papel central en la aportación de recursos con destino a la industria pesada. Ejemplos de bancos de inversión son el Crédit Mobilier francés (1852) de los hermanos Pereire, o el Diskontogesellschaft alemán (1851), al que luego seguirían otros tres grandes bancos, los tres "D" (Deutsche Bank, Dresdner Bank, Darmstädter Bank), que constituyen la columna vertebral del sistema bancario alemán, volcado en el apoyo a la industria. Este modelo de asociación entre banca e industria a menor escala se dio también en la Europa mediterránea.

En tercer lugar, el papel del Estado es quizá la pauta más distintiva de la industrialización continental. Frente al protagonismo de la iniciativa privada

británica, la transformación económica en el continente no sería posible sin la participación activa de los gobiernos en la dotación de recursos, captación de inversiones exteriores o en el establecimiento de políticas proteccionistas. El ejemplo más evidente es el de la Rusia zarista, cuya industrialización fue un "asunto de Estado". Pero también influyeron los poderes públicos en la industria francesa, la belga y la alemana, no sólo a partir de la constitución del Imperio alemán, bajo Bismarck, sino antes en los diferentes reinos de la Confederación Germánica, notablemente en Prusia. En la Europa mediterránea (Italia, España, Portugal), la construcción de los tendidos ferroviarios, así como la instalación de los principales núcleos de la industria pesada, fue obra asimismo de una conjunción de inversiones exteriores y apoyo del Estado que, entre otras cosas, servía de garante para los capitalistas extranjeros.

En cuarto lugar, y a pesar de la influencia de los estados, la industrialización europea es sobre todo un fenómeno regional, aspecto sobre el que ha insistido mucho S. Pollard. La existencia de desequilibrios territoriales en el ámbito europeo y la diferenciación en el interior de los propios estados nacionales, aunque podía existir previamente, es también una consecuencia de la propia expansión del capitalismo, que genera la existencia de regiones más adelantadas a costa de regiones atrasadas, que por lo general suministran materias primas y mano de obra a las zonas industrializadas. La región del bajo Rin, el norte francés, Cataluña, la Italia del norte, Sajonia o Moravia son ejemplos de desarrollo industrial intenso y permanente, pues la geografía industrial europea actual no es muy diferente de la de hace un siglo. Por el contrario, el Mezzogiorno italiano, la Extremadura española o el Alentejo portugués son ejemplos del numeroso pelotón de regiones cuyo atraso, acentuado en el siglo XIX, se mantiene hasta la actualidad, como lo muestra el amplio catálogo de regiones de "objetivo número uno" en la actual Unión Europea.

Revoluciones agrícolas

La modificación de las estructuras agrarias propias de una sociedad feudal fue una tarea lenta, pero decisiva, para poder afrontar el proceso de diversificación económica que supone la industrialización europea. Aunque no hay acuerdo sobre la influencia de la agricultura en el despegue industrial (en cuanto se considere o no variable independiente), es evidente que, al menos, la renovación de la agricultura europea acompañó el proceso de industrialización, bien

aportando mano de obra para la industria, bien constituyendo un mercado en expansión para los productos manufacturados.

La dimensión de las mudanzas agrarias está en estrecha relación con el entorno social e institucional en el que se producen y, sobre todo, con la organización previa de la sociedad tardofeudal, en la que existían grandes diferencias, entre las cuales la más decisiva era la que separaba a Europa occidental de la oriental. El río Elba, una suerte de “telón de acero” agrario, bien puede ser considerado como la línea divisoria entre dos tipos de sociedad agraria. Al este del Elba predominaba un tipo de señorío, denominado *Gutherrschaft*, que comportaba la existencia de la servidumbre agraria y una gran prevalencia por parte de los señores. Al occidente del Elba, incluso en los países alemanes, el tipo de señorío predominante era el *Grundherrschaft*, bajo el cual pudieron desarrollarse amplias capas de campesinos libres y grandes arrendatarios agrarios que acabaron por ejercer un papel central en la transición del feudalismo al capitalismo en el seno de las economías agrarias. Las transformaciones que tienen lugar durante el siglo XIX afectan básicamente al ámbito de la propiedad de la tierra y su uso más que a las mejoras en su organización productiva y su integración en la economía capitalista. Sólo a fines de siglo, con la eclosión de la crisis agraria finisecular, la agricultura europea afrontará medidas decisivas para su transformación, al convertirse en asunto prioritario de las políticas estatales. Se crean entonces ministerios, se fomenta el crédito agrario, se fundan “granjas-modelo” y aparecen grandes ligas agrarias que, como en Alemania, alcanzarán incluso un gran protagonismo político.

La abolición del feudalismo fue tarea prioritaria de todas las reformas liberales agrarias europeas, a partir del ejemplo francés. La emancipación del campesinado en la Europa central y oriental fue un proceso que duró medio siglo, desde las primeras medidas tomadas en Prusia (1807) y otros estados alemanes, hasta la oleada revolucionaria de 1848 (que afectó especialmente al Imperio austriaco) y al caso de Rusia en 1861. Aunque los señores fueron despojados de sus derechos “políticos” (impartir justicia, cobrar algunos impuestos o “banalidades”) pudieron convertirse, en muchos casos, en grandes propietarios agrarios, como sucede con los *junkers* prusianos o buena parte de la nobleza mediterránea.

El progreso del individualismo agrario, manifestado en varios aspectos, es una constante de la sociedad rural contemporánea. Se pone de relieve en la consolidación de la propiedad privada de la tierra tras la abolición de los derechos feudales sobre la misma y la consagración de la figura del propietario

como titular único en el *Code* de Napoleón (1804) y demás códigos civiles de inspiración francesa. Se manifiesta también en el denominado “ataque a los comunales”, con los cercamientos de bienes y la eliminación de prácticas consuetudinarias (trabajos colectivos, derrotas de mieses, campos abiertos...). Decrece, por tanto, el papel de la pequeña comunidad campesina, donde tenía lugar la parte fundamental de la producción agraria europea (incluida Europa oriental) y emergen las figuras del propietario cultivador directo y el gran arrendatario.

Los cambios técnicos de la agricultura europea son en el siglo XIX de menor intensidad que en el siglo actual. No obstante, Paul Bairoch ha individualizado dos revoluciones agrícolas que habrían tenido lugar, con diferencias cronológicas y espaciales notables, desde fines del XVIII hasta principios del siglo XX.

La primera revolución, iniciada en Inglaterra, comienza a manifestarse en los países continentales a partir de 1810, gracias a la realización de algunos avances decisivos: a) supresión gradual del barbecho y mejora en la rotación de cultivos, con introducción de las plantas forrajeras y generalización de productos de primavera, como la patata; b) mejora del utillaje agrícola, todavía no motorizado, e introducción de nuevos fertilizantes, como el “guano” peruano (difundido en Europa a partir de 1840) y el nitrato chileno, que sirven de eslabón entre el tradicional abono orgánico y la utilización de fertilizantes químicos propia de la agricultura del siglo XX.

La segunda revolución agrícola comenzó en el continente hacia la década de 1870 y constituye la respuesta que la agricultura europea ofreció a la invasión de productos agrarios procedentes de las “nuevas Europas” (Norteamérica, Argentina, Oceanía) que amenazaron con colapsar la producción agraria europea. Los cambios ensayados durante el periodo que va desde 1870 hasta la época de entreguerras suponen una profundización de las tendencias observadas en la primera revolución, añadiéndose ahora la difusión de maquinaria agrícola que permite la mecanización de parte de los trabajos agrarios (especialmente, la recolección) y la fuerte integración entre agricultura e investigación científica.

Los resultados de estas dos revoluciones agrícolas no tuvieron idéntica intensidad en el espacio europeo continental. Mientras en algunos países, como Suiza o Dinamarca, la agricultura pudo servir de base para su incorporación al grupo de economías desarrolladas, en otros lugares, como la Europa mediterránea u oriental, las permanencias propias de una agricultura tradicional (cultivo extensivo, bajos rendimientos, elevada proporción de población activa agraria) mantendrán su vigor hasta más allá de la II Guerra Mundial.

De todas formas, la productividad agrícola (producción de calorías por activos agrarios) experimentó incrementos sustanciales en algunos países durante el siglo XIX. En Alemania se multiplica por cuatro entre 1800 y 1900, en Dinamarca por cinco, en Francia por tres. En el conjunto de los países europeos, los índices de productividad agrícola pasaron de 6 millones de calorías por activo agrario masculino en 1800 a la cifra de 10,3 millones en el año 1900, lo que confirma esa diversidad en el interior de Europa de desarrollo agrario que, a su vez, también está presente en la dinámica industrializadora.

La expansión de los transportes

El mejor indicador de la industrialización del continente es la expansión de los medios de transporte. La razón está no sólo en su influencia sobre otros sectores, sino en su capacidad para integrar amplios mercados, nacionales en primer lugar, y, luego, internacionales. Desde mediados del siglo XIX, a los anteriores medios de transporte terrestre, como las carreteras y los canales, se agrega el tendido masivo de una red ferroviaria que une Europa desde los Pirineos al mar Negro (dado que en la península Ibérica y Rusia, el ancho de vía era diferente): de menos de 30.000 kilómetros de ferrocarril existentes en 1850 se pasa a una red diez veces superior en vísperas de la I Guerra Mundial. El ferrocarril fue, además, uno de los grandes agentes de la era industrial por su influencia en la formación de mercados nacionales y en la delimitación de espacios económicos integrados, así como en el fortalecimiento de los propios estados nacionales.

La primacía de los transportes terrestres, hasta la aparición del automóvil, le corresponde al ferrocarril. Pero la navegación experimenta a su vez un gran impulso. Por una parte, la navegación fluvial, dado que a partir de 1880 se retorna de nuevo a la “manía de los canales” en la Europa continental. Cursos fluviales como el Danubio, Rin, Elba, Volga o Sena, con sus derivaciones a través de canales, constituyen potentes rutas de transporte. La cuarta parte del comercio de Alemania en 1905 se efectuaba por esta vía.

Por otra parte, la navegación marítima fue el sector que experimentó mayores transformaciones durante la segunda mitad del XIX. Los viejos *clipper* de vela, aunque mantienen su vigencia todavía hasta 1890, son progresivamente sustituidos por el barco de vapor, primero con ruedas de paleta y luego con hélice, a la vez que se construyen barcos de mayor tonelaje. Son los famosos *steamers* o paquebotes, protagonistas del enorme trasiego de mercancías y de

pasajeros entre Europa y el resto del mundo, el cual no hubiera sido posible sin el concurso de las grandes compañías de navegación, como la alemana Hamburg-Amerika (170 navíos en 1910) o la inglesa Cunard. La apertura del canal de Suez, en 1869, allanó también muchas dificultades en las relaciones entre Europa y el Extremo Oriente, al reducir a la mitad la duración de la ruta. Los grandes océanos, que desde los descubrimientos del siglo XV se iban haciendo cada vez más familiares, acabaron por ejercer un papel decisivo en la integración entre Europa y las "nuevas Europas" ultramarinas.

ADELANTADOS Y REZAGADOS

Los ritmos de "emulación" o seguimiento del ejemplo británico por parte de los países europeos no fueron uniformes en el tiempo. Algunos de ellos, como Bélgica, Francia o Alemania, forman el pequeño núcleo de la "Europa interior", como la denomina S. Pollard o de los *first comers* que, de forma más precoz, podrían hacer frente al reto británico y ser considerados por eso como "los primeros en llegar". Un segundo grupo de países, entre los que están Rusia, Austria-Hungría o Escandinavia, constituyen los llamados *late comers*, que sólo muy avanzado el siglo XIX se incorporaron al proceso de industrialización. A estos dos grupos se podría agregar un tercer bloque de países que constituyen la "periferia" de Europa, entre los que se hallan básicamente los Balcanes y el Mediterráneo, aunque regiones de Italia o España (norte de Italia, Cataluña, País Vasco) no respondan exactamente a esta tipología.

Del grupo de países continentales de industrialización más precoz Bélgica es el país que, gracias a sus recursos energéticos y a su privilegiada posición geográfica, en el centro de una gran región industrial franco-alemana, logra un nivel más rápido de industrialización. A esta feliz situación geográfica hay que añadir que Bélgica se separó de Holanda en 1830 para constituirse como estado independiente. En el balance global de la industrialización belga se combinan su estrecha vinculación con la economía francesa, que realizó grandes inversiones en el sector carbonífero (del que Francia era deficitaria), y el papel activo que el gobierno desempeñó en el apoyo a la industria y en la construcción de los ferrocarriles.

La transformación de la industria en Francia es importante a partir de 1815, con especial intensidad en el periodo 1830-1850. Su nivel de crecimiento no fue muy distante del británico, pero no logró alcanzar a su competidor en todo el

siglo XIX, a pesar de haber tenido lugar en Francia la transformación social y política más importante del continente, a partir de la revolución de 1789. Diversas regiones francesas destacan en su empuje industrializador: el norte fronterizo con Bélgica, la zona de Alsacia y Lorena, y la región de Lyon. Al propio tiempo, extensas áreas del sur y del oeste mantuvieron sus estructuras tradicionales, lo que debilitó su proceso industrializador. Sin embargo, la fortaleza mantenida por el pequeño campesinado propietario y la vigencia de una fuerte tradición artesana y de pequeña producción doméstica confirieron un perfil específico (“paradójico”, en opinión de muchos autores) a la industrialización de Francia en el siglo XIX.

La peculiaridad francesa reside en haber adaptado su nivel de desarrollo a un amplio mercado interior de carácter rural, aunque de bajo crecimiento por el maltusianismo demográfico del país desde el siglo XVIII, y, al propio tiempo, en protagonizar grandes inversiones en la Europa mediterránea y oriental. El crecimiento económico de la periferia europea (Mediterráneo, Balcanes, Imperio ruso) es inseparable de la gran cantidad de capitales invertidos por la economía francesa, en la construcción de vías de comunicación, establecimiento de sistemas bancarios o en la explotación de los recursos naturales (minería). Baste pensar en las elevadas inversiones francesas en la Rusia zarista o en el papel desempeñado por sociedades como el Crédit Mobilier de los hermanos Pereire en la financiación de redes de ferrocarriles de España e Italia.

El caso de Alemania es más singular, dadas sus dimensiones y su tardía unificación política. Concentrado su poderío industrial en el reino de Prusia (hacia 1870, representaba el 70 por ciento de la mano de obra industrial), su crecimiento más espectacular tiene lugar en el último tercio del siglo. Los ejes de su estructura industrial estaban basados en la industria pesada (hierro y acero) y en la construcción de maquinaria. Pero lo más decisivo de la estructura industrial alemana fueron factores de carácter organizativo y político. En primer lugar, por la constitución de un gran mercado interior, logrado mediante la unificación interior aduanera a través del *Zollverein* (1834) y la adopción de una política económica de carácter proteccionista, que tiene en Friedrich List (1841) su principal teórico frente a las tesis librecambistas británicas procedentes de la tradición de Adam Smith. En segundo lugar, la expansión económica alemana se sustentó en una alianza entre la nobleza agraria, la burguesía industrial y la política militarista del II Imperio, fundado por Bismarck; la confluencia de los intereses agrarios del este, representados por los *junkers* prusianos, con la burguesía industrial del hierro y del acero de la región de Renania, permitió un

potente desarrollo de la agricultura y, al mismo tiempo, de la industria pesada. Y, en tercer lugar, el caso alemán se caracteriza por una gran concentración empresarial y financiera y por el potente desarrollo científico aplicado a la estructura productiva, visible sobre todo en la industria química.

Uno de los fundamentos del éxito económico alemán estuvo, además, en el sistema educativo diseñado a principios de siglo por Wilhelm von Humboldt, que privilegiaba la enseñanza técnica secundaria y la conexión entre investigación universitaria y necesidades del sector productivo.

Hasta 1870, la mayor parte de los países europeos no conoció una auténtica industrialización, salvo en ámbitos restringidos de dimensión regional. Esto es lo que sucede en la Europa mediterránea, con la eclosión de experiencias industriales muy dinámicas, como las de Cataluña o el Piamonte, regiones técnicamente muy adelantadas a la altura de 1840-1850. En el Imperio austriaco, los países checos (Moravia y Bohemia) experimentaron un importante desarrollo industrial, al igual que Hungría con su potente industria harinera, pero debían convivir con regiones muy atrasadas como Galitzia y la Bukovina. Y lo mismo se puede afirmar de Escandinavia, donde Dinamarca y Suecia ejercerán un papel de países punteros a partir de 1870 gracias a su especialización en la agricultura y en la explotación de recursos naturales, como el hierro sueco.

En el Imperio ruso, a pesar de los cambios acometidos tras la derrota de la guerra de Crimea (1855) y la emancipación campesina (1861), el empuje industrializador no tendrá lugar hasta fines de siglo, que se consolida después de las reformas propiciadas por la crisis de 1905. El principal inspirador de la política zarista de apoyo a la industria fue Serguei Witte, que cimentó sus propuestas en cuatro grandes puntos: a) política monetaria basada en el patrón oro; b) proteccionismo arancelario; c) inversión estatal prioritaria en el sector ferroviario y de la industria pesada, y d) recurso sistemático a las inversiones extranjeras, que llegaron a dominar el sector de las industrias básicas (mecánicas, metalurgia y minería). La industrialización rusa es el mejor ejemplo de la teoría elaborada por Gerschenkron para explicar por la vía de la sustitución el despegue industrial en un país determinado. En este caso, los agentes sustitutivos fueron el Estado y el capital exterior.

En conjunto, el desarrollo económico de Europa en el siglo XIX muestra la existencia de unas tendencias constantes. Por una parte, la precocidad del oeste frente a los países de la *Mitteleuropa* y de la Europa oriental. Por otra parte, un descenso de latitud, desde el norte más evolucionado hacia el Mediterráneo, que se incorpora más tardíamente. Sin embargo, las diferencias no derivan de la

ubicación espacial, sino de razones culturales y organizativas, que van desde la instrucción técnica o la libertad civil hasta la existencia de una cultura individualista que privilegia los cambios y las innovaciones. Aferrarse a lo existente es la tentación más cómoda e inmediata. Aceptar novedades supone tener una cierta cultura del riesgo y, sobre todo, de libertad personal. Este panorama de cultura y valores es el que, en última instancia, explica el proceso de industrialización europeo (y, en parte, también el de fuera del ámbito europeo).

LA INDUSTRIALIZACIÓN FUERA DE EUROPA: ESTADOS UNIDOS Y JAPÓN

Aunque el continente europeo ostenta la primacía mundial en la transformación de su estructura económica, fuera de Europa tiene lugar un doble proceso. Por una parte, una progresiva "desindustrialización" de economías como las de India o China, que están en la base del éxito británico y del dominio europeo del mundo en la época del imperialismo; y, por otra, la emergencia de una potente economía industrial en Norteamérica (Estados Unidos sustituye a Gran Bretaña en su liderazgo industrial a fines del XIX) y la "occidentalización" del Japón de la época Meiji, dúo de países que protagonizará la historia mundial del siglo XX y, previsiblemente, todavía más la del próximo milenio.

La transformación de una sociedad colonial, de base agraria y comercial, en una sociedad altamente industrializada es un hecho que tiene lugar en Estados Unidos durante el siglo XIX. Una interpretación clásica tendía a pensar que había sido la Guerra Civil (1861-1865) la que transformó a Estados Unidos de una nación agrícola en un país industrial. La historia económica más reciente (D. North) mantiene, sin embargo, que es antes de 1860 cuando se produce el despegue industrial de Estados Unidos, mediante la confluencia de una triple diversificación interregional: el nordeste industrial, el sur esclavista y algodonero y el medio oeste, proveedor de recursos alimenticios. El término de la Guerra Civil supuso, sin embargo, una modificación de la dinámica económica norteamericana, no sólo por el parón sufrido por la economía de las plantaciones del sur, sino también por servir de gozne entre la industria de bienes de consumo, que había sido la predominante hasta entonces, y la de bienes de equipo. Las bases de la industrialización estadounidense, parcialmente diferentes de las europeas, descansan sobre varios pilares.

Por una parte, una potente agricultura, favorecida por la abundancia de tierra y

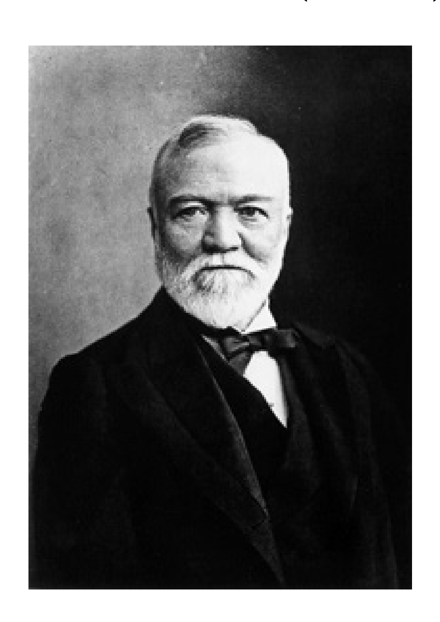
la conquista del oeste, así como por una precoz mecanización, debida a la escasez de mano de obra que es, sin duda, el factor explicativo más importante del proceso industrializador norteamericano. Fue una agricultura organizada por los pioneros, que nunca fueron campesinos sino agricultores o ganaderos que organizaron sus granjas como empresas agrícolas, altamente mecanizadas y de producción masiva. Hacia 1870 ya funcionaban unas 70.000 segadoras mecánicas y la superficie cultivada se había duplicado respecto de los años cincuenta. La producción agraria del medio oeste no sólo fue capaz de alimentar la población creciente de Estados Unidos (receptora de una masiva inmigración), sino que invadió los mercados europeos a partir de 1880, provocando la crisis agraria finisecular.

En segundo lugar, en la formación de un inmenso mercado interior. Frente al modelo británico de industrialización basada en la exportación de manufacturas, en Estados Unidos el peso del comercio exterior fue muy escaso. Entre 1820-1900, el comercio exterior supone entre un 6 y un 9 por ciento del PNB (Producto Nacional Bruto) del país, mientras que en Gran Bretaña esta proporción sube hasta un 24 por ciento. “Todas las clases sociales estaban bien vestidas”, se señala en un informe de 1850, lo que explica que existe ya un sólido mercado interior. Con la marcha hacia el oeste, la “fiebre del oro” de California y la conclusión de un tendido ferroviario de costa a costa (enlace de las vías de Union Pacific y Central Pacific en Promontory Point en 1869), este mercado del nordeste se amplió a todo el inmenso territorio de la Unión. A principios del siglo XX, la longitud de los ferrocarriles estadounidenses era de 385.000 kilómetros, lo que superaba ampliamente los existentes en toda Europa. La aparición de una sociedad de consumo masivo en el primer tercio del XX no se explicaría sin estos precedentes.

En tercer lugar, en la adopción de pautas de organización de la producción basadas en la aplicación sistemática de innovaciones tecnológicas (36.000 patentes registradas entre 1790 y 1860; medio millón entre 1860 y 1890); en la combinación del trabajo mecánico y el humano, con el resultado de poner en práctica el sistema de producción de piezas intercambiables, lo que permitirá fenómenos posteriores como el “taylorismo” y la producción en cadena; y, finalmente, en una fuerte concentración empresarial, especialmente intensa a partir de 1870, puesta de manifiesto en la creación de grandes trusts o “corporaciones” en sectores decisivos, como el hierro, el acero o el petróleo. Figuras como Andrew Carnegie, John Pierpont Morgan o John Davison Rockefeller simbolizan no sólo el mito del *self-made man*, sino también este

proceso de integración (vertical u horizontal) de la estructura empresarial americana.

ANDREW CARNEGIE (1835-1919)



Hijo de un tejedor manual escocés, emigra con su familia a Filadelfia (Estados Unidos), en 1848, donde ejerce los más variados trabajos, desde empleado textil o telegrafista, hasta secretario personal de Thomas Scott, futuro presidente de los ferrocarriles de Pensilvania. Su presencia en el mundo de los negocios comienza con la compra de acciones ferroviarias, pero su fortuna se forjó en la industria del acero, a través de su empresa U. S. Steel, con la que se convirtió en el principal fabricante del mundo. Hacia 1900, sus factorías producían más acero que todas las de Gran Bretaña.

A pesar de su pensamiento claramente darwinista, desarrolló importantes acciones de carácter filantrópico, construyendo universidades, bibliotecas y hospitales. La dotación de sus donaciones se estima en unos 350 millones de dólares, de una fortuna de más de 400 millones de dólares. En su libro *El evangelio de la riqueza* (1889) defendió la necesidad de que los ricos se ocupen de los pobres, porque toda persona rica que muere sin donar dinero, “muere desgraciada”.

Esta organización de la producción está directamente relacionada con uno de los “rasgos estructurales” de la economía moderna de Estados Unidos. Se trata de la escasez de mano de obra y, en consecuencia, de los elevados salarios pagados a los trabajadores, lo que propició que los empresarios se esforzasen de forma sistemática por buscar la sustitución del trabajo humano por capital, en forma de maquinaria y de mejor organización de la producción. La difusión del modelo “fordista” de producción encaja perfectamente con este rasgo del

capitalismo estadounidense.

El caso de Japón es muy distinto, pero altamente ilustrativo de la capacidad de una sociedad para incorporarse a la modernidad de forma rápida, aunque sea llegando tarde. La civilización japonesa había permanecido durante siglos cerrada sobre sí misma; aunque por razones culturales y religiosas (vigencia del confucianismo chino con adaptaciones insulares), estaba en mejor situación que China para poder afrontar una mutación de sus estructuras feudales, sobre todo porque estaba mejor dispuesta para acoger o imitar las ideas procedentes del exterior. Desde mediados de siglo, varios actos de presión de las potencias occidentales (apertura en 1853 de varios puertos y firma de "tratados desiguales") aceleraron el final de la era "feudal" de los Tokugawa. El emperador Mitsu Hito acaba con el *shogunato* en 1867-1868 y comienza una nueva etapa histórica, de carácter "ilustrado", que se conoce como era Meiji (de las luces). El hecho es definido por los occidentales como una "revolución", mientras que para los japoneses fue una "restauración", esto es, una vuelta a la normalidad. Diversidad en la terminología que pone en cuestión la importancia de Occidente en el comienzo de la era Meiji. Aunque reconoce que es una afirmación que no se puede demostrar, el historiador D. Landes cree que "incluso si no se hubiera producido la revolución industrial en Europa, los japoneses la habrían llevado a cabo tarde o temprano".

A partir de 1868 y hasta principios del siglo XX tiene lugar un proceso de industrialización de Japón que combina la permanencia de buena parte de sus tradiciones con la incorporación de influencias y tecnología occidental, transferida mediante la formación técnica en universidades extranjeras y una probada capacidad (ya entonces) de los japoneses para la imitación. Los fundamentos del despegue industrial japonés descansan en gran medida en el apoyo que el Estado presta a las iniciativas industriales, en la sobreexplotación del campesinado por vía fiscal (medida necesaria para financiar las inversiones estatales en el sector industrial) y en la constitución de importantes grupos industriales *(zaibatsus)*, que ejercen el liderazgo sobre varios sectores de la economía. El desarrollo de la industria de bienes de consumo (textil) se basa en su capacidad de exportación, mientras que el nacimiento de la industria pesada está vinculada a las necesidades de expansión militar, puestas ya de manifiesto antes del final del XIX en la guerra con China.

Las razones que explican este rápido éxito del Japón moderno son muy variadas. En primera instancia, la disciplina laboral y la capacidad de sacrificio de la población japonesa, que soportó unos costes sociales superiores a los

occidentales. En segundo lugar, las razones de tipo religioso y cultural. Para M. Morishima, el triunfo del capitalismo japonés se explicaría en términos casi weberianos, aunque aplicados al mundo oriental. Fue el confucianismo el creador de unos valores y comportamientos sociales que influyeron decisivamente en el desarrollo de la economía capitalista: jerarquía familiar y social, lealtad a la comunidad y, sobre todo, al Estado. Por ello no fue extraño que "el capitalismo japonés comenzase como un capitalismo de Estado, una economía guiada y propulsada por burócratas".

Sin embargo, en contra de lo que sugería la tesis de Max Weber para el nacimiento del capitalismo occidental, basado en el apogeo del individualismo, en el caso japonés fueron los valores comunitarios los que se reforzaron con la expansión de la época Meiji. Lo cual demuestra que la vía japonesa al capitalismo, además de tardía, fue diferente de la seguida en Occidente. A todo ello habría que añadir otros factores no menos relevantes. El primero de ellos, el propio factor nacionalista, que logró una adhesión incondicional de la población a los proyectos reformistas de los gobiernos. Como señala D. Landes, los jóvenes japoneses que salían a estudiar al extranjero —al contrario de muchos otros casos occidentales— siempre retornaban a su patria. Y, finalmente, tampoco fue una desventaja haber llegado tarde al proceso industrializador, habiendo preservado el mercado interior de las influencias occidentales, lo que permitió a Japón fundir aspectos de la primera y de la segunda revolución industrial, como pone de relieve el uso rápido y masivo que hizo de la electricidad.

LA SEGUNDA REVOLUCIÓN INDUSTRIAL

A partir de la década de 1870, una nueva fase se abre en la evolución de la economía mundial. Tras un periodo de crisis que ha dado lugar incluso a referirse a los años que van de 1873 hasta 1890 como de "gran depresión", los veinte años anteriores a la I Guerra Mundial constituyen una época de optimismo económico y de *belle époque*. A pesar del auge de las políticas proteccionistas, se produce una mayor integración de las economías nacionales hasta el punto de formarse por primera vez un mercado mundial de mercancías y fuerza de trabajo; el dominio europeo del mundo se manifiesta en la expansión imperialista y en la formación de extensos dominios coloniales. Al propio tiempo, tiene lugar un nuevo avance industrializador, que consiste en un

complejo proceso de transición hacia nuevas formas organizativas, otros sectores productivos que marcan la pauta del desarrollo económico y, también, la incorporación de nuevos países al proceso que se suele denominar segunda revolución industrial.

El producto que mejor simboliza los adelantos tecnológicos del último tercio del XIX es el acero, que progresivamente sustituye al hierro, en los sectores del transporte (ferrocarril, barcos acorazados), la construcción, maquinaria e incluso en bienes de consumo. La expansión de su producción es enorme: de 400 mil toneladas métricas producidas en 1870 en los principales países europeos (Inglaterra, Francia, Alemania, Bélgica) se alcanza la cifra de 32 millones de toneladas métricas en 1913, esto es, ochenta veces más. La evolución es casi idéntica en Estados Unidos.

Una de las razones que ha hecho posible este rápido incremento en la producción de acero está en las innovaciones técnicas aplicadas a su proceso de producción. El problema del acero era cómo conseguir una producción masiva y barata; con el sistema tradicional del crisol y con el refino mediante el pudelaje, esto no era posible; fue el convertidor inventado por Henry Bessemer, que consiste en insuflar aire caliente en vez de aplicar calor al metal, el que permitió dar un salto adelante en la producción de acero y eliminar muchas de las impurezas del hierro (excepto el fósforo); aunque este procedimiento permitió producir acero barato, se precisaban unas materias primas bajas en contenido fosfórico, que sólo existían en Vizcaya (Europa) y en Pittsburgh (EE UU). Nuevas invenciones, debidas a Siemens-Martin y a Thomas, permitieron aprovechar mejor los residuos fosfóricos y producir un acero básico que a partir de 1890 es ya el predominante en el continente, aunque en Inglaterra, gracias a su importación masiva de hierro vasco, se mantendrá la producción de acero “Bessemer” hasta la I Guerra Mundial.

Esta eclosión del acero propició a la vez una enorme expansión de la industria siderúrgica, que consolidó su posición en las regiones ya industrializadas, como la Renania alemana, donde se desarrolló la industria pesada en empresas como las de Krupp o Thyssen, o en regiones transformadas por la acción del Estado, como Ucrania, donde se asentó buena parte de los centros fabriles del imperio ruso a fines del XIX.

Esta fase industrializadora tiene, en la industria química, uno de los sectores que marcan la pauta de las transformaciones de la economía mundial hasta la I Guerra Mundial. La importancia de la química estriba en su carácter multifacético, dado que influye sobre ramas muy diversas de la producción

(metalurgia, papel, cemento, caucho, cerámica, vidrio...), y combinada con las nuevas fuentes de energía, como la electricidad o el petróleo, permite el desarrollo de actividades como la petroquímica o la electrólisis.

El desarrollo de la química está vinculado, como otros sectores, a los avances científicos y tecnológicos producidos durante la segunda mitad del siglo XIX. Los nombres de Liebig en la química agrícola, Solvay en la producción de ácido sulfúrico, Nobel en la dinamita o Goodyear en la vulcanización del caucho están vinculados a este gran desarrollo de la química. En la obtención de productos inorgánicos, como la sosa, el gran avance se produce con el método Solvay, que acaba por imponerse hacia 1900 en el continente (90 por ciento de la producción alemana), sustituyendo así al viejo método Leblanc, costoso y menos ecológico, dados sus elevados residuos tóxicos. Por otra parte, desde 1869 un grupo de químicos alemanes patentó el procedimiento para conseguir colorantes artificiales y tintes sintéticos, lo que propició un desarrollo extraordinario de productos químicos derivados y la constitución en Alemania de fuertes empresas que acabaron por controlar el mercado mundial de la química (BASF, Hoescht, AGFA...).

La necesidad de obtener calor, luz y fuerza condujo en la primera fase de la industrialización a la utilización del carbón mineral como combustible adecuado para la máquina de vapor y la calefacción. Las transformaciones económicas de fin de siglo van acompañadas de una transición hacia otras fuentes energéticas que serán las protagonistas durante todo el siglo XX: la electricidad y el petróleo, que son el complemento del motor de combustión interna y que todavía hoy siguen siendo hegemónicas frente a otras alternativas posibles (energía nuclear, eólica, solar, gas natural). El carbón no desapareció de repente (en 1931 representaba todavía el 66 por ciento de la producción energética mundial), pero la mecanización de los procesos industriales en el siglo XX es inseparable de los motores eléctricos, así como la automoción lo es del petróleo.

La electricidad es una energía que presenta varias ventajas frente al carbón, dada su facilidad para ser transportada y su flexibilidad para ser aplicada según las necesidades de cada actividad. Esto permite modificar la localización de los centros fabriles y hacer casi ubicua la energía. La producción eléctrica comenzó para satisfacer la necesidad de iluminación (alumbrado urbano), pero pronto se destinó a otros fines, como el transporte y, en general, en la industria en donde su aplicación consumó efectivamente la revolución industrial, dado que con la electricidad no quedaba al margen de la mecanización ninguna actividad productiva. La máquina de vapor fue sustituida rápidamente por el motor

eléctrico, que hacia 1929 ya suponía el 82 por ciento de la potencia mecánica total de Estados Unidos. El petróleo, conocido como energía para usos domésticos, alcanzará su protagonismo en el siglo XX gracias a la expansión de la industria del automóvil.

LA "GESTIÓN CIENTÍFICA" DE LA EMPRESA

La economía capitalista de fines del siglo XIX ha alcanzado unas formas organizativas muy diferentes de las de los primeros años de la industrialización, en donde la empresa familiar de responsabilidad ilimitada era predominante y el trabajo tenía componentes más racionales que mecánicos, en tanto que el producto manufacturado era una prolongación de la personalidad del trabajador. La segunda fase de la industrialización aporta los fundamentos de una nueva organización del capital y del trabajo, la llamada "gestión científica".

La organización del trabajo se somete a lo que J. Mokyr denomina la "ingeniería de la producción", en el sentido de constituir una auténtica innovación tecnológica, dado que deriva del sistema norteamericano de producir bienes complejos a partir de componentes individuales. Esto exige una gran perfección de las máquinas-herramienta, una división del trabajo extremadamente rigurosa y la disponibilidad de instrumentos de precisión. Todo ello desembocó en la posibilidad de imponer la denominada "taylorización" o "gestión científica" de la empresa (derivada de la obra de Frederick W. Taylor *The Principles of Scientific Management*, 1911), consistente en la aplicación de procedimientos mecánicos (descomposición de tareas a realizar, aislamiento del trabajador, salario proporcional al trabajo) a los procesos de fabricación, de modo que el hábito acabase por suplantar a la razón. De este modo, el trabajador quedaba marginado de una visión global del producto que estaba fabricando. Esta práctica se complementó con el desarrollo de las cadenas de montaje, generalizadas a partir de fines del XIX y de las que el caso de la planta de automóviles de Henry Ford es el mejor ejemplo. Charles Chaplin en *Tiempos modernos* (1936) refleja agudamente esta condición casi autómata del obrero industrial. La innovación de Ford no sólo revolucionó la industria del automóvil, sino que abrió el camino para prácticas comerciales nuevas, como es el de la venta a crédito, la publicidad y, por tanto, la producción a gran escala. La combinación de métodos de trabajo y resultados productivos desemboca en un modelo de organización económica, muchas veces apodado "fordista", que

caracteriza gran parte de la producción capitalista durante el siglo XX. En sustancia, el fordismo implica concentración fabril, gestión científica del trabajo, producción masiva y sociedad de consumo.

La organización del capital y de la empresa también experimenta importantes modificaciones al generalizarse la concentración financiera y las prácticas monopolistas de control del mercado. Es lo que se conoce como trust o holding, en lo que se refiere a fusiones realizadas por diferentes sociedades capitalistas que pueden monopolizar un sector productivo (hacia 1890, la Standard Oil controlaba el 90 por ciento de las refinerías de petróleo de EE UU). A pesar de que se promulgó una ley que limitaba estas prácticas (Sherman Antitrust Act, 1890), la concentración empresarial continuó siendo una de las características de esta fase del capitalismo. Ejemplos de este tipo también se encuentran en la economía japonesa *(zaibatsu)* o en la europea, donde sobresalen los *Konzern* alemanes. La firma alemana Allgemeine Elektrizitäts Gesellschaft (AEG) controlaba, hacia 1910, más de doscientas sociedades. La constitución de estos grupos empresariales se realiza bien mediante una integración horizontal, en la que el control se ejerce sobre una fase de la producción, o bien una integración vertical, en la que todo el proceso de producción queda bajo una única dirección. Por otra parte, también se registra, especialmente en Alemania, la constitución de *cartels*, práctica consistente en la realización de acuerdos entre empresas de un sector para repartirse cuotas del mercado.

El periodo que conocemos como segunda revolución industrial, que se corresponde con los decenios previos al estallido de la Gran Guerra, es una etapa no sólo de cambios tecnológicos y organizativos, sino de ampliación geográfica de la economía industrial. Países como Argentina o Canadá (en América), Rusia o países escandinavos (en Europa), se incorporaron con fuerza al proceso industrializador. Todo ello se llevó a cabo en un contexto histórico de fuerte desarrollo de las economías nacionales y de fuertes medidas de carácter proteccionista, que se consideraban compatibles con la expansión imperialista y el dominio europeo del mundo. Fue el periodo dorado de los productores que lograron estar más organizados y poderosos que los consumidores.

UN MUNDO “GRANDE” E INTEGRADO

A fines del siglo XVIII podría decirse que existía una “economía-mundo” vinculada al hemisferio occidental y con centro casi exclusivo en Gran Bretaña,

pero cuya característica central era el predominio de la agricultura, junto a actividades “protoindustriales” y comerciales en expansión. Un siglo después de que hubiera tenido lugar el proceso de industrialización en Europa, Estados Unidos y Japón, la faz del mundo había cambiado notablemente, hasta el punto de que puede hablarse de una “economía mundial” y, sobre todo, de una economía diversificada, en la que las actividades secundarias y terciarias comienzan a ser más importantes que las vinculadas al trabajo agrario. Europa, no sólo Inglaterra, era ahora el centro del mundo, pero lo más notable era la progresiva integración de las economías nacionales en un mercado mundial cada vez más unificado, a pesar de la amplitud de las políticas proteccionistas puestas en práctica por casi todos los países (salvo el Reino Unido) desde 1890.

Un buen indicador de esta progresiva integración económica es la crisis agraria finisecular, consistente en la llegada a los mercados europeos de ingentes cantidades de productos alimenticios (trigo y carne, especialmente), procedentes de los países integrantes de la “nueva Europa”: Estados Unidos, Canadá, Argentina y Australia. La razón de esta crisis está en la producción masiva de bienes alimenticios, a bajo coste, en los países extraeuropeos y en el descenso del precio de los transportes de mercancías; en 1884 era más barato para un habitante de Barcelona consumir trigo procedente del *Middle West* americano que de la castellana Tierra de Campos. Los límites establecidos en las sociedades rurales tradicionales, según los cuales una región hambrienta de pan no podía socorrerse con los excedentes de otra que estuviera situada a más de cien kilómetros de distancia, quedaban finalmente rotos. Aunque la reacción más común de los países europeos fue establecer barreras aduaneras frente a esta invasión de productos ultramarinos, las consecuencias de esta mundialización de la economía, incluso en el sector primario, condujeron a una incorporación de la agricultura europea a los métodos de innovación técnica que antes había seguido el sector industrial.

Uno de los componentes de esta transformación fue el abandono definitivo de los campos europeos por parte de millones de campesinos, en dirección a los países americanos o a las concentraciones urbanas europeas, que experimentan desde fines del XIX una nueva fase expansiva. Pero lo más importante a señalar es la progresiva “terciarización” de la estructura ocupacional de la población. Esto es fruto no sólo de la urbanización, sino también del crecimiento de las tareas administrativas, de los comienzos de una sociedad de consumo de masas y de la incipiente incorporación de la mujer al mercado laboral: una cuarta parte de la población femenina europea trabajaba fuera de casa hacia 1914. La

terciarización de la economía es más intensa en los países de la “nueva Europa” que en Europa propiamente dicha. En Estados Unidos, Canadá o Argentina, el predominio del sector terciario sobre el primario o el secundario se produce hacia 1900, de modo que el tránsito de una sociedad agraria a una de servicios fue casi directo. En los países europeos y en Japón, en cambio, el peso del sector industrial supuso que hasta los años setenta del siglo XX no fuese todavía superado por el de servicios.

CAPÍTULO 2

LIBERTAD E IGUALDAD. LAS TRANSFORMACIONES POLÍTICAS DEL SIGLO XIX

El proceso de industrialización experimentado por el mundo occidental durante todo el siglo XIX tenía sus raíces en la revolución industrial iniciada en Inglaterra a fines del siglo XVIII. En el ámbito político, los cambios que tuvieron lugar en el siglo XIX también arrancan de este mismo periodo, en el que una serie de revoluciones políticas, acontecidas a ambos lados del Atlántico, sientan las bases de las ideologías y los sistemas políticos contemporáneos. Las grandes pasiones que movieron las voluntades de los hombres del siglo XIX fueron consolidar la libertad en todos sus órdenes (económica y política, de ideas y nacional) y, a la vez, resolver el problema de la igualdad de las personas, después de siglos de superioridad de la aristocracia, fundada en la existencia de privilegios y libertades específicas y privativas de estamentos y corporaciones. Pasiones que tuvieron su expresión política concreta en las tres corrientes ideológicas que dominan el siglo XIX: el liberalismo, el nacionalismo y el socialismo. Todas ellas nacen y se desarrollan a partir de estas experiencias revolucionarias de fines del siglo XVIII, preparadas por la tradición ilustrada forjada desde Edimburgo o París hasta Ginebra o Königsberg por varias generaciones de pensadores, economistas y filósofos. El pensamiento económico escocés, la reflexión política francesa y la aportación filosófica alemana condensan este manantial ideológico de la Ilustración, que se templa con la experiencia de la doble revolución, económica y política, de fines del XVIII.

Las transformaciones políticas del siglo XIX afectan a campos muy distintos. Las monarquías absolutas del Antiguo Régimen son sustituidas por regímenes políticos de carácter constitucional y, en algunas ocasiones, también parlamentario hasta acercarse a los principios de la democracia. Lo predominante, sin embargo, es la existencia de monarquías constitucionales y no parlamentarias, dado que estas últimas no se abren paso claramente hasta el

periodo de entreguerras del siglo XX. Desde el punto de vista territorial y político, la gran novedad del siglo XIX es la constitución de los estados nacionales. La diversidad de entidades políticas existente en la Europa del siglo XVIII se reduce drásticamente, especialmente en la *Mitteleuropa,* donde la influencia napoleónica suprime docenas de principados y pequeños estados y se fortalece el papel de Austria y Prusia. El mapa político de Europa, fijado en el Congreso de Viena después de varios años de guerras —las conocidas como guerras napoleónicas—, sólo sufrirá las modificaciones derivadas de conflictos de carácter nacional, tanto en Bélgica o los Balcanes como en Italia y Alemania. En todo caso, el diseño realizado en Viena se mantiene en sus líneas básicas hasta el final de la I Guerra Mundial. Los cambios de principios del XIX también afectaron de modo directo al continente americano, donde la independencia de las colonias del Imperio español alumbra un nuevo mapa político, constituido por un grupo de repúblicas de cultura común, pero de fronteras muy firmes (y, en algunos casos, cruentamente discutidas). En América del Norte, a partir de la independencia de las trece colonias, se erige una vasta nación cuya relevancia mundial acabará por ponerse de manifiesto a fines del siglo, sobre todo después de la guerra con España.

Sin embargo, cuando las luces de Europa se apagaban, como advirtió el político británico Edward Grey al estallar la I Guerra Mundial, el mundo que quedaba en penumbra poco tenía que ver con el que dejó de sentir Luis XVI cuando iba a ser guillotinado en París el 21 de enero de 1793. La libertad había realizado notables avances, afectando tanto a personas como a pueblos, erigiéndose en uno de los símbolos de la cultura política occidental. La igualdad, entendida en el sentido de gobierno democrático, había hecho menores progresos, pero la moral aristocrática de fines del XVIII había sido claramente erosionada, cuando no sustituida por el individualismo burgués. Para decirlo con palabras de Tocqueville, quien había nacido a principios del XIX, “la aristocracia ya había muerto cuando comencé a vivir y la democracia aún no existía”. Éste es el camino abierto por las revoluciones políticas a fines del XVIII, cuyas consecuencias últimas no se harían realidad hasta más de un siglo más tarde.

LAS BASES IDEOLÓGICAS DEL PENSAMIENTO REVOLUCIONARIO

El pensamiento político desarrollado y aplicado en los textos y acciones de los revolucionarios de fines del XVIII tiene su origen en las obras de los teóricos de

los siglos XVII y XVIII. En Inglaterra, las obras de Locke *(Segundo Tratado sobre el gobierno civil*, 1690) sentaron las bases de una nueva legitimidad del poder político, al hacer derivar la soberanía no de la voluntad divina, sino de la existencia previa de los derechos naturales del hombre que, en virtud de un pacto social, aquél puede delegar para que sus representantes ejerzan el gobierno. Se trata de un origen "convencional" y no "natural", dado el consentimiento que deben prestar los hombres para formar la sociedad civil. En Francia, las principales aportaciones teóricas proceden del barón de Montesquieu y de Jean-Jacques Rousseau. El primero estableció en su famoso libro *El espíritu de las leyes* (1748) el principio de la división de poderes como medio para evitar el despotismo y como instrumento de limitación del poder: "Es preciso que el poder contenga al poder", sostenía el barón de la Brède y de Montesquieu. Jean-Jacques Rousseau, por su parte, acuñó el principio del pueblo como fuente única de la soberanía política, que se expresa a través del principio de la "voluntad general". Estas ideas políticas fueron puestas a prueba a través de las diferentes experiencias históricas que tienen lugar desde el último tercio del XVIII. En primer lugar, a través de las revoluciones en América y en Francia; posteriormente, en todos los movimientos de orientación liberal que se propagan por Europa y América desde principios del siglo XIX y que se definen por su defensa del liberalismo, frente al absolutismo de las monarquías del Antiguo Régimen.

Los principios más elementales del liberalismo político consisten en la sustitución del concepto de súbdito, propio de la monarquía absoluta, por el de ciudadano, que se convierte en el sujeto de derechos inalienables, como reconocen las declaraciones de derechos; en la abolición de las libertades particulares de gremios y corporaciones en favor del concepto universal de libertad, que se aplica no sólo en el ámbito político, sino en el económico, a través de la defensa del *laissez faire-laissez passer* y en la defensa, recogida en todos los códigos civiles, de los derechos de propiedad; y, finalmente, en la sustitución del origen divino de la soberanía para radicarla en la nación o en el pueblo, en su versión más radical y democrática. Todo ello conduce a un principio esencial, que es el ejercicio del poder político de acuerdo con la supremacía de la ley, esto es, de una constitución. Y no es posible tal ejercicio sin una adecuada división de poderes, que permitan su propio control y equilibrio.

Las consecuencias políticas de estos principios se expresan en la redacción de textos escritos, las constituciones, que no sólo regulan el ejercicio del poder, sino

que recogen las declaraciones de derechos del hombre, como sucede en la Constitución estadounidense de 1787 y en la francesa de 1791. Posteriormente, este catálogo de derechos fue incluido en los propios textos constitucionales. La Constitución española de Cádiz de 1812 o la portuguesa de 1822 son quizá los mejores ejemplos de esta práctica constitucionalista europea. Pero el liberalismo se manifiesta asimismo en una nueva organización de la vida política a través de la creación de los estados nacionales, la regulación de la participación ciudadana a través de partidos políticos y sistemas electorales, y la aparición de estructuras administrativas centralizadas, dotadas de una burocracia en expansión. Aunque el liberalismo no es especialmente estatalista, es evidente que funda el "Leviatán" moderno, en el que el Estado se convierte en el titular de la soberanía nacional y en la instancia que dispone de las facultades precisas para ejercer la dominación política, incluida la violencia. Como habría de escribir a mediados del XIX Alexis de Tocqueville en su libro fundamental, *El Antiguo Régimen y la Revolución* (1856), ésta no se hizo para "perpetuar el desorden", sino más bien "para aumentar el poder y los derechos de la autoridad pública".

EN EL NOMBRE DE LA REVOLUCIÓN

Desde el último tercio del siglo XVIII tiene lugar un proceso de mudanzas políticas que constituyen los orígenes del mundo contemporáneo. Estos cambios afectaron a muchos aspectos, desde la legitimidad del ejercicio del poder hasta la ordenación de los distintos poderes bajo el principio de la responsabilidad y del control mutuo. Para las personas que los protagonizaron, se trataba de transformaciones tan profundas que no dudaron en calificarlas de revolucionarias. El concepto de "revolución" ya era conocido desde varios siglos antes, pero la novedad reside en que ahora adquiere un significado sustancialmente distinto del que tenía antes.

En el Antiguo Régimen, revolución designaba o bien cambios que acontecían al margen de la voluntad humana o bien el retorno de una situación política al punto que había tenido antes. El recorrido de los astros podía describir "revoluciones celestes", al modo de Copérnico, pero revoluciones también podían ser las restauraciones de situaciones políticas, como la de los Países Bajos al liberarse del dominio de España y volver a su condición de Provincias Unidas independientes o la de Portugal cuando recupera su dinastía de Braganza frente a la monarquía de Felipe IV. En este caso, revolución significaba lo que

más tarde se designó como “restauración”, esto es, vuelta a la situación perdida.

En el pensamiento de los ilustrados franceses (en especial, del ginebrino Rousseau), la revolución comienza a ser aplicada a cambios en los espíritus. Pero fue con la experiencia de la Revolución Francesa cuando el término pasó a designar procesos políticos cuyo desencadenante podía estar al alcance de los individuos. Por eso, el gobierno de la época de la Convención francesa, ante el peligro en que se encontraba frente a la coalición de potencias extranjeras, se pudo declarar “revolucionario hasta la paz”. La revolución, en tanto que mudanza política, era algo que podía hacerse y podía defenderse. Quienes la defendían se consideraban “revolucionarios” y quienes se oponían eran “reaccionarios” o “refractarios”. Éste es el origen de la gran distinción política del mundo contemporáneo entre derecha e izquierda, como ha señalado recientemente Norberto Bobbio.

El primer gran legado de la revolución fue, pues, situarla al alcance de los hombres, hacer posible su preparación y su realización y, por tanto, ser capaces de pensar y organizar el futuro. La distinción entre pasado y futuro se aceleró con las experiencias revolucionarias de fines del XVIII, consolidando al mismo tiempo la noción de progreso, concebido al modo del marqués de Condorcet como un avance indefinido en todos los órdenes, tanto materiales como intelectuales. Esto obliga a comenzar nuestro recorrido por las transformaciones políticas del siglo XIX con una breve referencia a las dos grandes revoluciones políticas de la época: la americana y la francesa.

LA REVOLUCIÓN AMERICANA

Las colonias inglesas en la costa este de América del Norte experimentaron un gran desarrollo durante el siglo XVIII. Pero a partir de 1763, como resultado de la guerra desarrollada en Europa entre las grandes potencias (Francia, Gran Bretaña, Austria y Prusia), la conocida como “guerra de los Siete Años” (1756-1763), las relaciones entre las metrópolis europeas y sus territorios coloniales se vieron profundamente afectadas. En el caso británico, cada vez se hizo más incompatible el régimen económico y político de las colonias con la política de la metrópoli. Las medidas coercitivas del gobierno de Londres fueron rechazadas con el fundamento de la propia tradición política inglesa de no pagar impuestos sin disponer de representación política en el órgano que los decidía. Diversos incidentes, de los que el más conocido es el *Boston Tea Party* (1773),

fomentaron la toma de conciencia de las diferentes asambleas políticas de las colonias sobre la necesidad de lograr la independencia.

La independencia de las trece colonias de la Corona británica tuvo lugar entre 1776 y 1783. En la primera fecha se produce la Declaración de Derechos de Virginia y la Declaración de Independencia, decisión tomada en Filadelfia el 4 de julio de ese año, fecha que se ha convertido por ello en una conmemoración nacional. Comienza entonces, además de la legitimación política de la posición de las trece colonias, el proceso de lucha militar contra el ejército inglés, que terminaría con el triunfo de las tropas americanas y el reconocimiento internacional de los nuevos Estados Unidos de América. En la guerra, dirigida por George Washington, un veterano oficial de la guerra de los Siete Años, tomaron parte, en apoyo de los americanos, Francia y España, lo que convirtió una rebelión colonial en un asunto europeo. No es por casualidad que la independencia de las trece colonias se establece en Francia (Tratado de Versalles, 1783).

La Declaración de Virginia, redactada por Thomas Jefferson, es uno de los “manifiestos políticos más importantes que hayan sido concebidos en la época de la Ilustración”, en opinión del historiador alemán Willi Paul Adams, dado que contiene los principios básicos del liberalismo político forjado por los teóricos ingleses del XVII, en especial por John Locke. Los principios que establece son los de soberanía nacional, igualdad entre todos los hombres y gobiernos con responsabilidad, al tiempo que detalla una serie de libertades individuales (propiedad, imprenta, *habeas corpus).* La adopción de estos principios basados en la igualdad jurídica de los individuos no se tuvo que enfrentar, sin embargo, con problemas como los existentes en el continente europeo, donde la existencia de estamentos sociales y monarquías presuponía una clara heterogeneidad social previa a la experiencia revolucionaria. Por el contrario, en los territorios de las trece colonias, la homogeneidad social era la norma, como con reiteración observará decenios más tarde Alexis de Tocqueville en su análisis de la democracia en América.

Mientras se desarrollaba la guerra de independencia tuvo lugar un proceso de creación de un nuevo orden político. En su primera fase, a través de la aprobación por once de los trece estados de sendas constituciones, inspiradas en los principios de la Declaración de Virginia. El resultado final, tras un largo debate sobre el modelo político a seguir, fue la aprobación de una Constitución en 1787, que supone la primera plasmación práctica de los principios del liberalismo político contemporáneo. Estos principios se resumen, en esencia, en

dos: la organización de un poder federal, que ha sido una práctica política más propiamente americana, y el establecimiento efectivo de la división de poderes, que ha tenido una acogida más universal.

La organización política surgida de esta Constitución contempla la existencia de un poder federal (el presidente), elegido por sufragio indirecto, pero en el que los estados se reservan amplias competencias. El poder legislativo se organizaba en dos cámaras, el Senado, que representaría a los estados de modo equiparado (dos senadores por cada estado) y una Cámara de Representantes, fruto de la elección popular de acuerdo con el peso demográfico de cada estado. El equilibrio de poderes entre ambas cámaras y de éstas frente al presidente hacen de esta constitución una norma muy estable, que todavía sigue en vigor, aunque haya sido parcialmente modificada a lo largo del tiempo mediante el procedimiento de las enmiendas. Si bien la aprobación de la Constitución por los diferentes estados fue muy ajustada en algunos casos (Massachusetts, Virginia), la confrontación entre federalistas y antifederalistas fue progresivamente superada en los años siguientes a su aprobación, en especial gracias a Alexander Hamilton, secretario del Tesoro con el primer presidente, George Washington, de modo que hacia 1815, el sistema político de Estados Unidos se hallaba ya totalmente consolidado, con instituciones estables y con los primeros partidos políticos en acción.

La Revolución Francesa

La revolución que comienza en Francia con la reunión de los Estados Generales en mayo de 1789 es un proceso totalmente diferente del americano. Su objetivo no es lograr la independencia, como en América, sino la transformación de una sociedad de Antiguo Régimen, muy compleja en su estructura, que se hallaba organizada en torno a diversos estamentos o “cuerpos intermedios” y en la que seguían manteniendo un fuerte peso cultural los valores de carácter aristocrático. Ello explica las diferentes fases por las que discurrió la revolución en Francia, pero también las enormes consecuencias que tuvo. Porque su influencia en el mundo, en especial en el continente europeo, fue enorme, hasta el punto de ser considerada como el punto de arranque de la época contemporánea. Su poder evocador no sólo estuvo presente en las sucesivas oleadas revolucionarias que vivió la Europa de la primera mitad del XIX, sino que se prolongó en acontecimientos como la Comuna de París (1871), en la

Revolución Rusa de 1917 e incluso en muchos de los procesos revolucionarios desarrollados fuera de Europa durante el siglo XX. Los "ecos de *La Marsellesa*", como ha subrayado Eric Hobsbawm, llegan hasta nuestros días.

Un primer indicador de la importancia histórica de la revolución es la diversidad de enfoques que ha merecido, desde sus propios coetáneos hasta la actualidad. La naturaleza de la revolución, las formas políticas que engendró, las transformaciones sociales y económicas que alentó, incluso su ambición de cambiar pautas culturales tan arraigadas como el calendario, dan la medida de su trascendencia. Pero quizá donde la controversia haya sido más clara es en el discernimiento de las razones que explican el estallido de 1789. Esto nos lleva a la cuestión de las causas de la revolución.

Las interpretaciones sobre las causas de la Revolución Francesa han sido numerosas. Para una corriente que arranca de la propia época revolucionaria, con Antoine Barnave a la cabeza, y que se extiende a través de historiadores liberales, como François Guizot y, posteriormente, de los textos de Friedrich Engels y Karl Marx, la revolución habría sido la culminación del ascenso social y económico de la burguesía, cuyo desarrollo no podría continuar dentro de los límites del Antiguo Régimen. La revolución sería, entonces, un fruto de la prosperidad de la "burguesía conquistadora", pues una "nueva distribución de la riqueza exige una nueva distribución del poder", según la expresión de Barnave.

Otra corriente interpretativa se forjó en la historiografía romántica, singularmente por parte de Jules Michelet, y alcanzó hasta los principales historiadores de la revolución de principios del siglo XX, de orientación socialista, como Albert Mathiez y Georges Lefèbvre, según la cual el estallido revolucionario vendría provocado por el creciente empobrecimiento de las clases populares (artesanos urbanos, campesinos) y las continuas crisis de subsistencia que se suceden en las décadas anteriores a 1789. En la primera interpretación, el protagonismo de la revolución se situaba en la burguesía, lo que permitía catalogar este hecho como un ejemplo paradigmático de revolución burguesa; en la segunda interpretación, el gran protagonista era el pueblo y las clases populares (los *sans-culottes* de los barrios artesanos parisinos), lo que permitía llamar la atención sobre la Revolución Francesa como un ejemplo de revolución social y popular.

Un intento de síntesis de estas posiciones fue la ofrecida por el historiador Ernest Labrousse, quien demostró en sus estudios sobre la economía francesa del siglo XVIII, realizados en los años anteriores a la II Guerra Mundial, que eran perfectamente conciliables las dos tendencias: el enriquecimiento de la burguesía

y el empobrecimiento de las clases populares, como agentes explicativos del estallido revolucionario. Ésta es la visión que desde entonces se ha convertido en la más aceptada, aunque después de la II Guerra Mundial han florecido otras interpretaciones, desde las que la diluían en una "revolución atlántica" (Palmer o Godechot), hasta los que negaban su relevancia histórica o su carácter estrictamente burgués, como Alfred Cobban. El más brillante y reciente expositor de las tesis revisionistas ha sido François Furet, para quien la revolución, como un hecho histórico cerrado y concluido, debía perder el protagonismo que antaño había tenido, sobre todo en los medios historiográficos marxistas. Tal vez ello explique la pobreza con que se ha celebrado el segundo bicentenario de la revolución, pese a coincidir en Francia con un presidente socialista como François Mitterrand. Este revisionismo, así como la caída del muro de Berlín en el mismo año del bicentenario, han tendido un denso manto de silencio sobre un acontecimiento histórico que había exaltado durante dos siglos a la conciencia política europea.

Aunque la Revolución Francesa es un acontecimiento histórico que debe ser comprendido como un "bloque" único, es evidente que tiene fases muy diferentes entre sí, que clásicamente se resumen en tres etapas. Para decirlo con términos tomados de Ernest Labrousse, la primera sería la etapa constituyente de las "instituciones" revolucionarias; la segunda, la correspondiente a las "anticipaciones" forjadas en la época de la Convención; y la tercera, la que se abrió por la reacción termidoriana del 95, caracterizada por ser la época de las "consolidaciones" de alguna de las conquistas de los periodos anteriores.

La primera fase se abre en mayo del 89 con la reunión de los Estados Generales en Versalles y se extiende hasta el otoño de 1791. Es la época de creación de las principales instituciones de la revolución. Durante este periodo tiene lugar la quiebra de las estructuras políticas y sociales del Antiguo Régimen, así como la construcción de una nueva legitimidad política, que desemboca en la Constitución de 1791. Al propio tiempo, se crean las principales instituciones que son el gran legado de la revolución. En agosto de 1789 se produce la abolición del feudalismo y la Declaración de los derechos del hombre, como fruto de la triple revuelta social (de la nobleza, la burguesía y las clases populares) que rodea la celebración de los Estados Generales. En 1790 la Asamblea Constituyente aprueba la Constitución civil del clero, que supone el primer paso hacia la separación de Iglesia y Estado. En 1791 se aprueba la Constitución, que es la primera de las constituciones realizadas en Francia (y en Europa). Es el triunfo del "tercer estado" que, en el célebre panfleto de

Emmanuel-Joseph Sieyès *¿Qué es el tercer Estado?*, publicado en 1788, se consideraba como el único representante de toda la nación, frente a los privilegiados: “¿Qué es una nación? Un cuerpo de asociados que viven bajo una misma ley común y representados por la misma legislatura”. Dado que los nobles están separados de la nación por situarse fuera del imperio de la ley, “sus derechos civiles hacen de él un pueblo aparte de la gran nación”. Frente a ellos, el tercer estado es el único estamento que puede considerarse como “parte integrante de la nación” y, por tanto, el tercer estado es “todo”.

La Constitución de 1791 sienta las bases de un sistema político caracterizado por la división de poderes y la previsión de una monarquía de carácter constitucional, sometida al criterio del poder legislativo, que mantiene el privilegio de tener la iniciativa para proponer leyes y de controlar la acción del poder ejecutivo. Al establecer como preámbulo la Declaración de derechos del hombre, acoge asimismo todos los principios del liberalismo político: soberanía nacional, libertades individuales y defensa de la propiedad. El modelo constitucional de esta fase revolucionaria, que debe mucho a los escritos del abate Sieyès, se caracteriza por ser censitario, al limitar el derecho de voto a los ciudadanos considerados “activos”, lo que reducía el censo electoral al 15 por ciento de la población masculina.

La segunda fase revolucionaria es la que transcurre durante los años 1792 a 1795, que coincide con el periodo de la Convención jacobina. Se trata de la etapa más radical, en la que se produce la caída de la monarquía (y la posterior ejecución del rey, en enero de 1793) y una situación política de emergencia nacional ante la guerra declarada por las monarquías europeas a los revolucionarios franceses. Se adoptan entonces una serie de medidas políticas que constituyen una suerte de “anticipación” histórica. Se proclama la república, se instaura un modo de gobierno de carácter dictatorial (conocido generalmente como la época del “terror”), en el que un comité de salud pública, formado por 12 miembros, concentra todos los poderes y toma las principales decisiones de carácter radical: sufragio universal masculino, control de precios y salarios, confiscación de bienes de la nobleza, apoyo al proceso de conversión de los campesinos en pequeños propietarios y creación de un ejército nacional mediante el procedimiento de la “leva en masa”. Se trata de identificar a la nación con la revolución.

A partir de febrero de 1794, ante las dificultades económicas, la guerra y las luchas internas entre diversas facciones de los revolucionarios, se llega a la situación definida por Louis de Saint-Just de una “revolución congelada”, esto

es, que había llegado a un punto muerto. Fue el punto de arranque de la posterior caída de los jacobinos (la muerte de Robespierre en julio de 1795 es el símbolo) y el inicio de la “reacción termidoriana”, que abre la última fase de la revolución.

A partir de 1795 se produce una nueva orientación de la revolución sobre bases más moderadas, que enlazan parcialmente con los años iniciales y que instauran una auténtica “república burguesa”. A pesar de basarse en una reacción contra los avances del periodo jacobino, en esta fase se produce la consolidación de las conquistas de 1789, tanto en el aspecto político como en el económico. El texto que refleja esta nueva situación es la Constitución de 1795, que mantiene el principio del sufragio censitario pero debilita el poder legislativo con la creación de dos cámaras (“Cámara de los 500” y “Cámara de los Ancianos”). El poder ejecutivo, dentro del régimen republicano, se atribuye a un Directorio, formado inicialmente por cinco miembros, luego por tres, para acabar con uno sólo, tras el golpe dado a fines de 1799 (el 18 de Brumario) por Napoleón Bonaparte, con quien se inaugura una fase diferente de la historia de Francia y de Europa. Se pasó de este modo, como observaría más tarde el vizconde de Chateaubriand, de la “tiranía de muchos al despotismo de uno solo”. Para dar cobertura legal a este proceso, se redactó en 1799 una nueva constitución, en la que algunos principios constitucionales de 1791 quedaron desnaturalizados. Se iniciaba así la época napoleónica.

La exportación de la revolución

La expansión de las ideas revolucionarias por el continente europeo está íntimamente vinculada al Imperio napoleónico. Durante los quince años que Napoleón gobierna Francia se produce un doble proceso, que refleja las dos grandes fuerzas que estaban presentes en la dinámica revolucionaria, la jacobina y la girondina. Por una parte, Napoleón lleva a cabo la consolidación de la mayoría de las conquistas revolucionarias en el seno de la sociedad francesa, ya que su objetivo es el de afirmar la nación francesa frente al exterior y el de asentar su estructura política interior, tanto normativa como administrativa. Esto es lo que supone la redacción del Código de 1804, el código civil por excelencia en Europa; la firma del Concordato con la Iglesia o la creación de un sistema educativo centralizado, desde la escuela primaria hasta la universidad. Es la cara jacobina del Jano bonapartista, que contribuye a “nacionalizar” a los franceses.

LOS BONAPARTE



Familia de políticos y militares franceses, de origen social modesto, pero de influencia decisiva en la historia de Europa, desde la época de la Revolución hasta la guerra franco-prusiana. De procedencia italiana, pero asentada en Córcega, esta familia adquiere su gran protagonismo a partir de la Revolución Francesa, cuando varios de sus miembros desempeñan papeles relevantes en Francia y en varios países europeos.

Su figura más conocida fue Napoleón I (1769-1821), brillante oficial del ejército que, desde 1795, dirigió la política francesa, primero como miembro del Directorio y del Consulado y, desde 1804, como emperador de Francia. Hasta su derrota militar en la batalla de Waterloo (1815), Napoleón no sólo sentó las bases del moderno Estado francés (Código Civil, Concordato, sistema educativo, organización del territorio), sino que condicionó toda la política europea, mediante la ocupación de amplios territorios en Italia, Alemania y la península Ibérica, donde trastocó las instituciones del Antiguo Régimen y propició medidas de carácter revolucionario, tendentes a lograr la abolición del feudalismo y la promulgación de constituciones. Su ambición de dominar el continente europeo chocó con la oposición de Inglaterra, que resistió el bloqueo continental decretado en 1806, y con la resistencia de los territorios invadidos, tanto en España como en Prusia y en Rusia. Una gran coalición de las potencias europeas le obligó a abdicar en 1814 y ser confinado en la isla de Elba, de donde retornó en 1815, para encontrar la derrota definitiva en Waterloo, tras la cual se le desterró a la isla de Santa Elena, donde murió en 1821.

Bajo su égida, varios miembros de su familia participaron activamente en la política europea de principios del siglo XIX. Su hermano José fue, desde 1808, rey de España hasta la derrota de las tropas francesas en 1812 y otros hermanos, como Luciano, Luis o Jerónimo, desempeñaron puestos políticos y militares en Francia, Italia, Holanda y Alemania. Un hijo de su hermano Luis fue Napoleón III (1808-1873), apodado *Napoleón, le petit*, quien dirigió el Segundo Imperio francés, desde el golpe de estado de 1851 (conocido como el 18 Brumario, en analogía con el golpe que había dado su tío en 1799), hasta su derrota en la batalla de Sedán (1870), en el curso del enfrentamiento de Francia con las tropas de Prusia. La influencia de Napoleón III fue también decisiva, no sólo en Francia, sino en la política europea, especialmente en Italia, donde apoyó al reino del Piamonte en el proceso de unificación nacional.

Como derivación del estilo político de los Bonaparte, fue acuñado el término bonapartismo, que designa una ideología y un movimiento político que se caracterizan por un fuerte liderazgo personal, de tipo cesarista, y una orientación populista, expresada en el recurso al plebiscito popular, que Napoleón III practicó con frecuencia durante el Segundo Imperio. Aunque ningún otro Bonaparte ha conseguido llegar al poder de nuevo desde 1870, el bonapartismo constituye una de las tradiciones políticas más permanentes en la vida política francesa durante toda la época contemporánea.



EL IMPERIO NAPOLEÓNICO Y LA RESTAURACIÓN

Por otra parte, tiene lugar la exportación de los principios revolucionarios a muchos países europeos. Es la faz girondina del régimen de Napoleón. Este “girondinismo” napoleónico se realizó en medio de guerras constantes, que cambiaron el mapa de Europa. Pero las guerras napoleónicas presentan la novedad de que no constituyen únicamente enfrentamientos entre potencias (las

que se desarrollaron entre Francia e Inglaterra), sino también entre sistemas políticos diferentes. La guerra fue una de las vías de difusión de la Revolución. En la península Ibérica, en el norte de Italia, en Holanda y en las regiones occidentales de Alemania, los cambios institucionales fueron la consecuencia de las campañas de los mariscales de Napoleón. Se produjo la abolición del feudalismo, se establecieron códigos, se redactaron constituciones y se crearon las primeras instituciones propias del liberalismo: asambleas políticas y gobiernos responsables.

La difusión de la Revolución es inseparable de la dominación francesa de buena parte de Europa. Pero incluso allí donde su presencia fue más contestada, como en España o en Prusia, su influencia dejó una impronta duradera, abriendo el camino a reformas como las de Humboldt en Berlín o las de los liberales españoles reunidos en Cádiz. La hegemonía europea de Napoleón, puesta en entredicho en las campañas de la península Ibérica y de Rusia, termina con la derrota de Waterloo. Pero a pesar de esta derrota, el legado de Napoleón es esencial para comprender el mundo contemporáneo. Porque, con Bonaparte recluido en la isla de Santa Elena y los dirigentes políticos de las potencias vencedoras reunidos en Viena, el retorno a la situación anterior a 1789 no fue ni mucho menos completo.

EL RECHAZO DE LA REVOLUCIÓN: LA RESTAURACIÓN

La caída definitiva de Napoleón en 1815 abre el camino en toda Europa a un retorno hacia posiciones políticas próximas a las del Antiguo Régimen. La restauración íntegra del mismo no era posible, pero se difundieron ideas políticas que se caracterizaban por su rechazo de muchas de las conquistas de la Revolución y que, en parte, conectaban con los ideales románticos que comenzaban a predominar en la conciencia europea. La corriente ideológica más relevante del periodo es la del tradicionalismo, que arranca del propio rechazo de la Revolución y que tiene sus principales exponentes en autores como el británico Edmund Burke, el francés Joseph de Maistre o el español Juan Donoso Cortés y que serán el punto de referencia del pensamiento conservador europeo de la época contemporánea. De forma paralela, surge el legitimismo, caracterizado por la defensa de una legitimidad del poder en razón de los derechos históricos a favor de las monarquías desplazadas por los gobiernos de inspiración napoleónica que, en efecto, lograron retornar a sus tronos de forma

mayoritaria. En los países en los que habían estado en vigor regímenes constitucionales, la alternativa a las constituciones derogadas fue la práctica de las Cartas otorgadas, a imagen de la concedida en Francia por el rey Luis XVIII.

El fin del Imperio napoleónico provocó, asimismo, una racionalización del mapa político de Europa, dado que no era posible retornar a las fronteras anteriores a 1789. Tan sólo en el seno de la Confederación Germánica se suprimieron varias centenas de unidades políticas. Éste fue el resultado del Congreso de Viena (1815), en el que se establecieron las bases de la diplomacia europea por parte de las grandes potencias. Esta política internacional descansaba en dos supuestos. La capacidad de intervención de estas potencias ante cualquier situación que pusiera en peligro el equilibrio continental: surge así la práctica de la "Europa de los congresos", cuya principal intervención hubo de emplearse con ocasión de las revoluciones de 1820. El envío en 1823 a España del ejército conocido como los "cien mil hijos de San Luis" para restaurar como monarca absoluto a Fernando VII, es el mejor ejemplo de este intervencionismo de carácter legitimista. El segundo supuesto era la construcción de una alianza doctrinal de base religiosa, que desembocó en la Santa Alianza, formada por las monarquías de Prusia, Rusia y Austria. Su eficacia fue, sin embargo, escasa.

LA PROLONGACIÓN DE LA REVOLUCIÓN: 1830 Y 1848

A pesar de las precauciones ideológicas y de la represión de las ideas liberales por los gobiernos legitimistas instalados en Europa a partir de 1815, los principios del liberalismo se fueron abriendo camino, a través de dos grandes movimientos sociales y políticos contra los regímenes absolutistas. Especial relevancia tuvieron en su preparación diversas asociaciones secretas, como los "carbonarios" o la masonería. Aunque ya fue importante la revolución de 1820, por su difusión en España e Italia, los grandes ciclos revolucionarios de la primera mitad del XIX son los de 1830 y 1848, ambos desencadenados en Francia pero con amplia repercusión sobre el continente (Inglaterra quedó en ambos casos al margen).

Las revoluciones de 1830 comienzan con los "tres días gloriosos" de julio de 1830 en París, que suponen la destitución del monarca Carlos X y la instauración de un régimen político definido por su liberalismo doctrinario, en la persona del monarca Luis Felipe de Orleans, conocido como el "rey burgués" quien, en descripción de Victor Hugo, "iba poco a misa, nada de caza, jamás a la Ópera".

La revolución de 1830 trata, de nuevo, de enlazar con la tradición más moderada de los principios de 1789, al concebirse el ejercicio de la política como una tarea reservada a una minoría compuesta por los "notables" (nobleza y gran burguesía). La "monarquía de julio" instaurada en Francia representa el último intento por parte de la alta burguesía de acceder al poder mediante el recurso a la lucha en la calle y en las barricadas en compañía del pueblo "menudo", pero sin compartir con él el poder. Para llegar a él había que aplicar la receta más característica del sufragio censitario, que era el enriquecimiento como paso previo a la obtención de derechos electorales. No extraña que Guizot tuviera que proclamar "¡Enriqueceos!" a los descontentos con el régimen de Luis Felipe.

Los sucesos revolucionarios de París tuvieron amplio eco en Europa, tanto en diversos estados italianos como en Polonia y en la península Ibérica. Sólo tuvo efectos inmediatos en los Países Bajos, al servir de desencadenante para el proceso de independencia de Bélgica, forjada por una sociedad industrializada y de influencia cultural y política francesa, descontenta con la hegemonía flamenca. Pero más allá de este episodio belga, el régimen orleanista francés se convirtió en uno de los grandes modelos políticos de liberalismo doctrinario, ejerciendo notable influencia, conjuntamente con Inglaterra, sobre otros estados europeos, en especial los de España y Portugal, que recuperan sus gobiernos liberales a partir de 1833.

Las revoluciones de 1848, también iniciadas con la denominada por Marx como la "bella" revolución de febrero en París, tuvieron una influencia mucho mayor en la historia de Europa. En países como Francia, donde predominaba el liberalismo moderado (con un restringido "país legal" frente al amplio "país real"), el proceso revolucionario adquirió un sesgo de carácter democrático y socialista. Fue la "explosión del volcán" sobre el que dormitaba la política francesa, según la acertada previsión de Tocqueville en enero de 1848. La reivindicación de derechos políticos, como el sufragio universal, se acompañó de demandas sociales, como el derecho de huelga o la jornada laboral de diez horas. El régimen republicano establecido en Francia (la II República) tuvo corta duración, pero constituyó un punto de referencia para el futuro por las profundas conquistas democráticas que consiguió, entre ellas la del sufragio universal.

El reflujo de la oleada revolucionaria se consumó en 1851 con el golpe de estado de Luis Napoleón (un nuevo 18 Brumario en el célebre análisis de Marx), que abrió el periodo del II Imperio francés, caracterizado por la restricción de los derechos políticos, la expansión económica y el protagonismo de una burguesía satisfecha, dirigida por un emperador que gobierna mediante la práctica de los

plebiscitos populares y el apoyo de buena parte del campesinado. Frente a la “dinastía del dinero” que representaba Luis Felipe, la de Luis Napoleón representaría, en expresión de Marx, la “dinastía de los campesinos”.

Fuera de Francia es donde mayor impronta han dejado los movimientos revolucionarios de 1848. A partir de marzo de ese año estallan insurrecciones o movimientos revolucionarios en las principales ciudades centroeuropeas (Berlín, Viena, Praga, Milán, Turín y Roma) que tienen como objetivo común el logro de los principios básicos del liberalismo: libertades individuales, gobiernos representativos y respeto o, en su caso, reconocimiento de los derechos nacionales. Fueron revoluciones populares, urbanas y de barricada, pero también nacionales. Aunque la represión de estos movimientos fue general (en Hungría, con el apoyo de las tropas del zar ruso), las consecuencias son bastante diferentes. En el Imperio austriaco supuso la abolición de la servidumbre de los campesinos, así como el reconocimiento del problema de las nacionalidades que integraban el Imperio, en especial checos y húngaros, que dispusieron de sus propias asambleas políticas *(dieta).* A pesar de ello, la derrota de la revolución supuso el retorno a la situación de gobierno tradicional que caracterizó a la monarquía danubiana de Francisco José, con algunas variantes, aparte de la desaparición política de Klemens Metternich-Winneburg. La más señalada fue el compromiso con los húngaros, que dio lugar a la monarquía dual desde 1867, lo que permitió conciliar la diversidad étnica, lingüística y religiosa del Imperio con la existencia de una estructura militar y política superior, a cuya cabeza se hallaba el “rey emperador”. Es la “Kakania” que evocará medio siglo más tarde el novelista austriaco Robert Musil en su obra *El hombre sin atributos*, refiriéndose con ello a las dos “k” de las palabras alemanas “imperial” y “real” que definían a la monarquía de Francisco José.

En los países alemanes y en los estados italianos, la influencia de las revoluciones de 1848 está vinculada estrechamente a su proceso de construcción nacional. En el caso alemán, las corrientes ideológicas liberales, con el prusiano Hans von Gagern al frente, lograron establecer una organización política alemana, representada por el Parlamento de Francfort, que formalmente reunía el poder legislativo y ejecutivo, aunque carecía de ejército. Pero su división interna en torno a los límites de la futura Alemania (si debía constituirse con Austria o sin ella) debilitó las fuerzas liberales, hasta el punto de ver rechazado por el rey de Prusia su ofrecimiento de encabezar la unión de la futura Alemania. Esto dejó abierta al reino prusiano la opción de lograr la unificación sobre bases políticas muy alejadas del liberalismo, aunque los efectos de la revolución no dejaron

intacto el sistema político de Prusia: desde 1850 se pone en práctica un gobierno constitucional de base censitaria.

En Italia, salvo en el Piamonte, la represión de las insurrecciones o de las repúblicas constituidas (caso de la de Roma) fue obra de potencias extranjeras (Austria y Francia). El papel más destacado fue el desarrollado por las tropas austriacas en el norte de Italia, donde forjó su leyenda el mariscal Joseph Graf Radetzky, luego inmortalizado por Strauss en el vals *La marcha de Radetzky* y por Joseph Roth en la novela de igual título. A pesar de que Radetzky derrotó a piamonteses y venecianos, el reino de Piamonte, bajo el liderazgo del rey Carlos Alberto y de su ministro Camillo Benso di Cavour, se convirtió en el punto de referencia del nacionalismo italiano y en un ejemplo de monarquía constitucional. Su liderazgo de la unificación italiana arranca de esta convicción de que "Italia fará da sé", expresión formulada por el monarca piamontés después del fracaso de 1848.

La afirmación del liberalismo político

A mediados del siglo XIX, a pesar de la derrota de las revoluciones del 48, una nueva etapa política se abre en Europa. Los cambios no sólo se sitúan en su organización territorial, con los procesos de unificación de dos grandes estados, como Italia y Alemania. También se transforman las pautas políticas del liberalismo, que progresivamente deberá ensanchar sus bases sociales acogiendo algunas de las demandas formuladas por los revolucionarios de 1848. Nace así un proceso de lento avance de la democracia política, en el que confluyen dos fuerzas. La ampliación progresiva, aunque lenta, de los cauces de participación política, por una parte; y, por la otra, el inicio de una organización política propia por parte de la clase obrera, rotas ya definitivamente sus alianzas con los partidos burgueses, a través de las internacionales obreras y los partidos socialistas. Fue otra de las consecuencias inesperadas de la derrota de la "primavera de los pueblos" de Europa.

La práctica del liberalismo político fue muy desigual en el mundo occidental durante el siglo XIX. En los países continentales occidentales fue adoptado de forma intermitente y con algunas limitaciones, como sucede en Francia, España o Alemania; en los países orientales, el predominio de las monarquías imperiales de Austria y Rusia no permitió la implantación plena de los principios del liberalismo, aunque las diferencias sean notables entre la autocracia zarista y el

gobierno de apariencia constitucional de Austria-Hungría. Tan sólo en dos sociedades funcionaron de forma continuada las instituciones liberales: el Reino Unido y Estados Unidos de América.

La evolución política inglesa se caracteriza por la ampliación progresiva de las bases sobre las que se sustenta, así como por la asunción del sistema por parte de la mayoría de su población, dada la aceptación generalizada de las "virtudes de la jerarquía". La realización de una revolución política en el siglo XVII, la aparición de los partidos políticos, una estructura social de carácter "trinitario" (lores, clases medias, clases trabajadoras) y la influencia de una religión individualista son los fundamentos de la solidez política británica. Esto dotó de una gran estabilidad a su sistema político, en el que arraigó más el reformismo que la lucha revolucionaria. Pero también hay que tener en cuenta su capacidad de adaptación al correr de los tiempos.

Durante el siglo XIX tienen lugar varias reformas del sistema, de modo que progresivamente se va desplazando el centro de gravedad de la política desde la aristocracia terrateniente hasta las "clases medias". El primer paso se produce en los años treinta, con la reforma electoral de 1832, que amplía notablemente el cuerpo electoral (de 440.000 electores pasa a 700.000 en una población de 25 millones de habitantes). Los partidos políticos tradicionales, los *tories* o conservadores y los *whigs* o liberales, fortalecen su organización interna y son capaces de incorporar nuevas capas sociales al ámbito de la política y ejercer una continuada práctica de alternancia en el poder. El segundo paso tiene lugar en 1867, bajo la dirección de Benjamin Disraeli, con una nueva reforma electoral que supone el acceso al voto de un tercio del electorado, proceso que se completó en 1884, de nuevo con Disraeli, con la eliminación de muchos distritos rurales o "burgos podridos" que ya habían sido el caballo de batalla de la reforma de 1832.

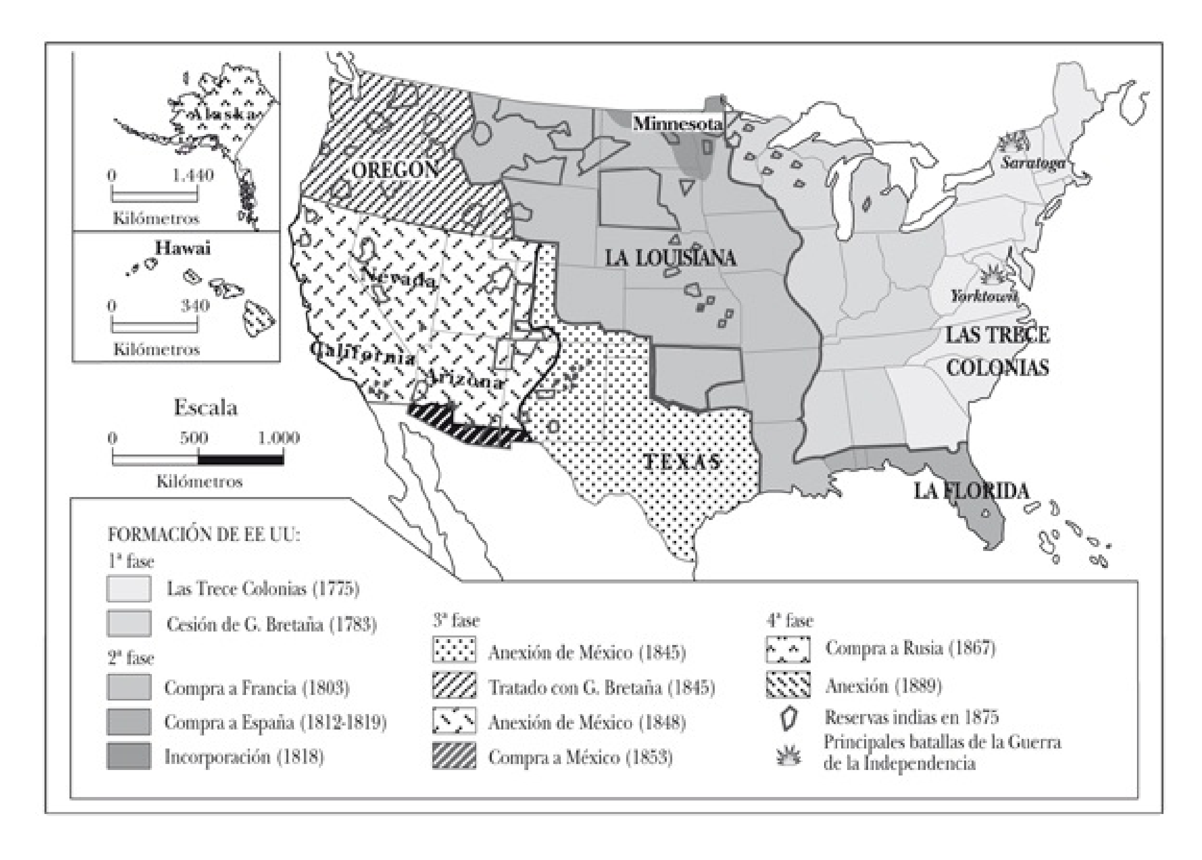
El sistema político inglés ejerció, además, una notable influencia en la mayoría de los países europeos. Su práctica de la alternancia en la formación de los gobiernos, aunque no siempre derivase de una expresión sincera del cuerpo electoral, fue imitada en el sistema de turnos de la España de la Restauración o en el "rotativismo" portugués puesto en funcionamiento desde mediados del XIX.

LA DEMOCRACIA NORTEAMERICANA

El sistema político americano, forjado en el periodo de la independencia,

contiene dos elementos específicos: la tradición política anglosajona, que le ha permitido afirmar las libertades individuales, y la ausencia de una sociedad de Antiguo Régimen que destruir, lo que facilitó la instalación más rápida de una política democrática. El autor que mejor comprendió y divulgó en Europa la naturaleza de la vida política que estaba naciendo en Estados Unidos después de la independencia fue el francés Tocqueville, cuyas reflexiones dieron origen al libro *Democracia en América* (1835), escrito a partir de la observación de la América de la época del presidente Andrew Jackson. En él Tocqueville trata de confrontar dos modelos políticos y sociales diferentes. El europeo, más dependiente de la tradición aristocrática, en la que las distancias sociales son enormes (expresadas generalmente en rasgos culturales: gustos, vestidos, círculos de sociabilidad, tratamiento, etc.); el americano, más democrático, en el que la igualdad es la tendencia más general. La originalidad del sistema político americano está precisamente en esta capacidad para combinar las libertades individuales con la regulación de las relaciones sociales de forma objetiva e igualitaria.

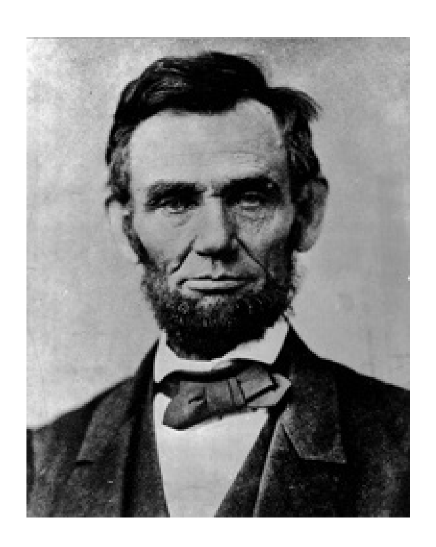
La evolución política de Estados Unidos, una vez consolidado el sistema a partir de 1815 en que terminan las guerras napoleónicas, está regida por dos grandes fuerzas. Por una parte, la construcción progresiva de la nación tanto en sus elementos identificadores como en la necesidad de preservarlos, dada la llegada de inmigrantes y la expansión territorial hacia el oeste. A diferencia de Europa, donde tuvieron gran relevancia los aspectos étnicos, en el caso americano adquirieron mayor relieve los componentes políticos e ideológicos: el individualismo, la participación política, el ser “tierra de las oportunidades”. Por otra parte, la polarización regional que se produce desde principios del XIX, con un norte industrializado, un oeste agrario y una economía sureña dominada por la “peculiar institución” del esclavismo negro. El punto de fricción de ambas tendencias fue la Guerra Civil o Guerra de Secesión de los años 1861-1865, a partir de la cual se produce una segunda fundación de la Unión americana.



MAPA DE LA FORMACIÓN DE ESTADOS UNIDOS
La expansión territorial de Estados Unidos, desde las trece colonias hasta California, fue un proceso rápido de poco más de medio siglo.

La construcción de la nación americana está penetrada de un debate que arranca del propio momento fundacional, al sellarse el compromiso entre federalistas y antifederalistas. Estas tendencias siguen vigentes durante toda la primera mitad del XIX y se agudizan con el enfrentamiento que la expansión hacia el oeste y el desigual desarrollo económico provocan entre las tres grandes regiones. A partir de 1840, la polarización política regional es evidente, como muestran los debates sobre el abolicionismo o los intentos de extender el esclavismo a nuevos estados incorporados a la Unión (Texas, Nuevo México, 1848). Las diferencias interregionales se manifestaban también en la política económica (los sureños, como grandes exportadores de algodón, preferían el librecambismo) y el mayor aumento demográfico de los estados del norte y oeste, que acogían mayores cuotas de inmigrantes.

ABRAHAM LINCOLN (1809-1865)



Presidente de Estados Unidos entre 1861 y 1865, como líder de los republicanos, partido fundado para oponerse a la extensión de la esclavitud en nuevos estados de la Unión. Su presidencia tuvo lugar durante los años cruciales de la Guerra Civil entre la Unión (estados del norte) y la Confederación (estados esclavistas del sur). Defensor a ultranza de la abolición de la esclavitud, aunque no de la igualdad racial, su acceso a la presidencia federal en 1861 provocó la secesión de siete estados del sur, que se ampliaron a once después del comienzo de la guerra. En el curso de la misma, Lincoln proclamó en 1862 la emancipación de los esclavos (en torno a cuatro millones), lo que supuso una gran pérdida para el ejército de los confederados. La figura del presidente Lincoln se asocia al abolicionismo así como a la dirección política de una Guerra Civil, larga y costosa, que enfrentó dos modelos de construcción de la nación americana. La guerra terminó con la victoria de las tropas de la Unión, en 1865, una semana después de que el presidente Lincoln hubiese sido asesinado en un teatro de Washington por un actor simpatizante de la Confederación. Su programa de reconstrucción de los estados sureños quedó bloqueado, pero también el esclavismo y el peligro de secesión. Lincoln pasó a formar parte del grupo de "padres fundadores" de los Estados Unidos de América.

El estallido de la guerra de Secesión no fue, pues, algo fortuito debido a la elección como presidente del abolicionista Abraham Lincoln en 1861. Se trataba de una confrontación entre dos modelos diferentes de construir la nación americana. La guerra fue larga (cuatro años) y provocó un gran desgaste de ambos contendientes, así como importantes secuelas en los estados sureños, entre las que no fue la menor la pervivencia de una fuerte segregación racial, cuyos ecos alcanzarán hasta la época de Martin Luther King. Pero el triunfo de las tropas de la Unión abrió el camino para la consolidación de la nación estadounidense y la continuidad de los principios ideológicos y políticos de la época fundacional.

El peso de las naciones

Uno de los hechos más decisivos de la época contemporánea ha sido la difusión de la ideología del nacionalismo y la constitución de los estados nacionales. La aparición del nacionalismo, concebido inicialmente como "principio de nacionalidad", se remonta a la época ilustrada, aunque ha sido la experiencia de la Revolución Francesa y el triunfo del romanticismo su gran caldo de cultivo. El carácter romántico de rechazo de la tradición ilustrada, así como la gran valoración que hacen los románticos de las tradiciones populares, en especial de la lengua y la literatura, permite la postulación del pueblo como sujeto político frente al individualismo de raíz liberal.

La formación de los estados nacionales es un proceso lento, que comienza también en el periodo de las revoluciones liberales y que ha sido una tendencia constante hasta la actualidad. La sustitución de las monarquías absolutas y de los grandes imperios, así como la agrupación en una unidad superior de pequeñas repúblicas y principados, ha sido realizada a través del estado-nación, que se ha convertido de este modo en la fórmula predominante de organización política del mundo contemporáneo. Aunque la gran eclosión del nacionalismo ha tenido lugar en el siglo XX, tanto en la época de entreguerras como en el periodo de la descolonización, es en el siglo XIX cuando se delimitan sus principales orientaciones ideológicas y cuando se producen tanto las unificaciones nacionales clásicas en Europa (Italia y Alemania), como el despertar de las culturas nacionales sometidas al dominio político de imperios o estados plurinacionales.

A principios del siglo XIX existían en Europa tan sólo unas pocas comunidades políticas definibles como "estados-nación" (España, Portugal, Francia, Gran Bretaña, Países Bajos, Dinamarca y Suecia), tres imperios (Rusia, Austria y Turquía) y más de treinta grupos étnicos sin estado, incluidos algunos tan numerosos como los alemanes, entre los que destacaba el reino de Prusia. Doscientos años más tarde, casi todos estos grupos étnicos se han convertido en estados nacionales o, al menos, han sido reconocidos como naciones, esto es, tienen identidad nacional. Sin embargo, un rasgo esencial diferencia la evolución del nacionalismo en el siglo XIX y en el XX. Durante el siglo XIX, a pesar del arraigo que lograron las ideologías nacionalistas, pocos grupos étnicos se convirtieron en estados-nación. Fue a partir de la I Guerra Mundial, con los efectos de la Revolución Rusa y el derrumbe de los grandes imperios europeos,

cuando el principio wilsoniano de la autodeterminación de los pueblos alentó la creación de numerosos estados-nación.

La ideología del nacionalismo no es unívoca desde sus propios orígenes. Confluyen en ella una gran diversidad de tradiciones de pensamiento y de lealtades de los individuos. La palabra “nación”, en su acepción medieval, designaba a los nacidos en un mismo lugar, pero carecía de dimensión política. Es en el tránsito de la Ilustración a la sociedad liberal cuando adquiere el sentido más preciso de una comunidad política determinada. Incluso durante el siglo XIX permanecerá por mucho tiempo la indefinición del término, al poder aplicarse a entidades bien diferentes: “nación” europea o “nación” eslava. Sin embargo, desde la segunda mitad del siglo XIX, la nación se identificó cada vez más claramente con un grupo étnico. De acuerdo con Miroslav Hroch, la nación responde a la existencia de un grupo humano dotado no sólo de relaciones internas (económicas, culturales o religiosas), sino por una conciencia colectiva de pertenencia al grupo y una memoria compartida de un pasado común, real o imaginado, entendido como destino.

La nación, por tanto, se convierte en el lugar de encuentro de los que luchan contra el absolutismo político, pero también de los que hablan una misma lengua y tienen una misma cultura. Admite, pues, posiciones muy distintas. Esta divergencia ideológica se puede rastrear ya en la propia Ilustración europea, con Locke o Montesquieu por una parte y Rousseau o Herder por la otra. En general, se han podido distinguir dos grandes tipos de ideología nacionalista: a) la orgánico-historicista, de raíz cultural, y b) la voluntarista, de orientación liberal. En nombre de cada uno de ellos, aunque con dosis diversas de cada uno de estos tipos de nacionalismo, se forjaron los estados-nación en toda la época contemporánea.

El nacionalismo de carácter orgánico tiene su mejor expresión en la corriente de la Ilustración alemana, a través de la figura central de Johann Herder, que escribe sus principales obras en el último tercio del siglo XVIII. La posición de Herder se caracteriza por una concepción de la humanidad formada por pueblos y no por individuos. Los pueblos, a lo largo de su historia, son capaces de forjar un carácter peculiar, en muchos casos invariable, que deriva de su propio espíritu, el *volksgeist* (“espíritu del pueblo”). Los pueblos que poseen ese espíritu propio, que se manifiesta en sus realizaciones culturales, son los que ocupan la historia de la humanidad. Por eso observaba Herder que “los eslavos ocupan más espacio en la tierra que en la historia”.

La posición herderiana, de carácter idealista y cultural, se refuerza desde

principios del siglo XIX en Alemania con ocasión de la lucha de liberación nacional que Prusia acomete contra el expansionismo napoleónico. Durante la ocupación, el filósofo Johann Fichte publica sus *Discursos a la nación alemana* (1807), que agregan a la orientación cultural herderiana la dimensión política necesaria para pasar de la nación-cultura a la nación-estado. Fichte establece dos ideas de gran transcendencia. La primera es que ningún poder externo tiene derecho a imponer sus normas a un pueblo; la segunda es que todo pueblo que dispone de un carácter cultural propio tiene el derecho a convertirse en estado nacional, dado que sólo de ese modo logrará realizar todas sus potencialidades endógenas.

Las ideas de Herder y de Fichte suponían una crítica de la visión racionalista y universalista de la Ilustración francesa. Frente a la concepción del individuo como sujeto universal de derechos, Herder establece el concepto de pueblo, cuya definición vendría dada por sus valores culturales específicos (lengua, costumbres, arte, tradiciones). La consecución de estos valores sería el fruto de una acción colectiva, forjada a lo largo de la historia, y que sólo se podría explicar en virtud de la existencia de un alma o "espíritu del pueblo". De aquí deriva esta concepción de la nación orgánica e historicista, porque los referentes que la definen son objetivos, independientes de la voluntad de los individuos y fruto de un largo proceso histórico. Las naciones, en este supuesto, preexisten a los estados, lo que significa que todo pueblo que ha sido capaz de forjar una cultura nacional debe adquirir su madurez histórica en la forma de un estado nacional. Es lo que en la filosofía de la historia de Hegel se denomina el logro de la "autoconciencia".

La otra gran corriente ideológica del nacionalismo es la denominada liberal, que, sin despreciar los elementos orgánicos, se caracteriza por el protagonismo que le concede a los aspectos voluntaristas del individuo para formar parte de una unidad política definida como nación. En este caso, la nación sería la consecuencia de una decisión voluntaria de los miembros de una comunidad política. Es lo que quiere expresar la conocida definición de Ernest Renan *(Qué es una nación*, 1882), de que "la existencia de una nación es un plebiscito cotidiano", dado que su vigor depende de la solidaridad mutua de los miembros de la nación y de su "deseo claramente expresado de continuar la vida en común". La pertenencia a la nación adquiere, de este modo, un carácter volitivo. Renan insiste en esta definición del "derecho de nacionalidad", al descartar como fundamentos del mismo aspectos como la raza, la religión, la lengua o el territorio. Tan sólo le concede un valor específico a la memoria y al pasado

común, porque la nación se fundamenta asimismo en el recuerdo de sus muertos.

También en este tipo de nacionalismo se pueden rastrear influencias de la época ilustrada (Locke, Montesquieu) pero sobre todo del pensamiento revolucionario francés, dado que fue en aquel momento cuando mejor se definió la nación como la voluntad de ser "algo" (Sieyès) y se crearon los principales instrumentos de identificación entre nación y estado. La definición liberal del nacionalismo es esencialmente de origen francés, pero ha arraigado en gran parte de las corrientes nacionalistas europeas, en especial en Italia. Dado que Italia no era mucho más que "una expresión geográfica", como la había definido despectivamente Metternich, el recurso a los factores orgánico-historicistas no era decisivo para fundamentar su principio de nacionalidad. Ésta es la razón por la que los teóricos italianos, como Giuseppe Mazzini o Pasquale Mancini, insistieron en el concepto de "conciencia nacional" como elemento desencadenante de la lucha a favor del Estado nacional.

Pero las ideologías nacionalistas no lo definen todo. Dado que su objetivo es lograr la autodeterminación o el autogobierno de los pueblos, es precisa una organización política en que sustentarse. Esto es lo que configura los movimientos políticos de carácter nacionalista que surgen en el siglo XIX en la mayoría de los países europeos. En la confluencia de ideas teóricas y de organizaciones políticas es donde se produce el proceso conocido como el de la "construcción de las naciones". Este proceso de construcción nacional es tan diverso como las ideologías en que se fundamenta. En naciones constituidas en estados, como Francia o Estados Unidos, la nación es la consecuencia de un proceso de intensa nacionalización de sus habitantes, a través de la escuela, el ejército o la difusión de elementos simbólicos de carácter ritual que permiten a los individuos identificarse como miembros de una comunidad y diferenciarse de otra. El nacionalismo se convierte en una ideología centrípeta, que define el conjunto de los grupos políticos que intervienen en el seno de la nación: el ejército es nacional, como la escuela, el parlamento o los partidos. En estos casos podría admitirse la idea del mariscal polaco Pilsudski, muy repetida por el historiador Eric Hobsbawm, de que "son los estados los que crean las naciones".

En cambio, en otros lugares en los que no existían previamente estructuras políticas de dimensión territorial amplia (caso de Italia o Alemania) o estaban gobernados por regímenes políticos con pluralidad nacional (casos de los imperios del este europeo, pero también del Reino Unido o España), la evolución del nacionalismo fue muy diferente, de modo que en estos casos se produciría el proceso inverso de que son "las naciones las que crean (o intentan crear) los

estados”. Esto dio lugar a un proceso histórico divergente, bien de construcción nacional por agregación de unidades inferiores, bien de disgregación a partir de unidades superiores. En ambos casos desempeñaron un papel muy importante los grupos de intelectuales (filólogos, historiadores, artistas), que lograron elevar a la condición de alta cultura muchos elementos considerados hasta entonces poco interesantes: lengua, folclore, literatura. Éste es el papel más claramente desempeñado por los diferentes “despertares” nacionales en Europa, desde Bohemia, Grecia o Polonia hasta Irlanda o Cataluña.

PROCESOS DE UNIFICACIÓN NACIONAL

En el proceso de construcción de naciones de la Europa del siglo XIX, los dos ejemplos clásicos de nacionalismo que logra una unidad política a partir de varias entidades previas y de tamaño desigual son los reinos de Italia y de Alemania. Ambos casos presentan algunas similitudes cronológicas (se realizan en la década de 1860-1870), afrontan conflictos bélicos con potencias externas y, sobre todo, disponen de un agente unificador importante: el reino de Prusia en el caso de Alemania y el de Piamonte en Italia. Si a ello añadimos la preponderancia de dos figuras políticas, como el piamontés Camillo Benso di Cavour o el prusiano Otto von Bismarck, completamos aún más estas semejanzas. Los resultados históricos también presentan algunos puntos comunes: ambos se convierten en monarquías y desarrollan una maquinaria estatal muy fuerte, que ejerce un gran protagonismo no sólo en el proceso de industrialización acelerada de ambos países, sino que contribuye a construir de forma rápida los principales mitos de la unificación, aunque el desarrollo de los factores nacionalistas será mucho más intenso en Alemania que en Italia. Pero las concordancias terminan aquí, pues existen profundas diferencias de *tempos* y de contenidos, por lo que merecen una atención específica.

La unificación de Italia se logra en la década de 1860, en varias fases sucesivas. En torno a 1859, el reino del Piamonte, apoyado por la Francia de Luis Napoleón, derrota a Austria, lo que permite incorporar al proceso unificador la región de Lombardía y, tras la celebración de plebiscitos de adhesión, diversos estados del centro de la península. En 1860-1861, todo el sur de Italia se vincula al Piamonte, después de la expedición de los “camisas rojas” de Giuseppe Garibaldi, que se apodera de Nápoles y Sicilia. El primer Parlamento italiano se reunió en Turín en 1861. En 1866, Austria cede el

territorio de Venecia tras su derrota frente a Prusia, y en 1870, tras la caída del Imperio francés, se incorpora la ciudad de Roma, que se convierte además en la capital del nuevo Estado.

GIUSEPPE GARIBALDI (1807-1882)



Político italiano, ejemplo del revolucionario romántico, que contribuyó de forma decisiva a lograr la unificación nacional de Italia. Miembro de la sociedad clandestina Joven Italia, fundada por Mazzini, participó en diversos movimientos revolucionarios e insurrecciones contra la ocupación de Italia por potencias extranjeras, durante los años treinta y cuarenta. Exiliado varias veces en Suramérica y en EE UU, su principal acción fue organizar la expedición de los mil “camisas rojas”, con los que desembarcó en Sicilia en 1860. A su frente recorrió el reino de Nápoles, dirigido entonces por la dinastía borbónica, logrando incorporar todo el sur de la península al reino de Italia, presidido por el rey Víctor Manuel de Saboya y su ministro Cavour. A pesar de su notable contribución a la unidad italiana, nunca pudo soportar que su ciudad natal, Niza, hubiese sido cedida por Cavour a Francia.

En la lucha a favor de la unidad italiana se daban cita dos modelos muy diferentes. El modelo republicano y democrático, defendido por la “Joven Italia” de Mazzini, donde se forjaron líderes como Garibaldi. Esta opción quedó bloqueada tras el fracaso de las revoluciones de 1848, aunque la participación de Garibaldi en la conquista del sur fue decisiva. El segundo modelo, más moderado, es el representado por el reino del Piamonte, cabeza de una región fuertemente industrializada y vinculada muy estrechamente a la economía francesa. La cabecera del periódico fundado por Cavour en 1847, *Il*

Risorgimento, sirvió de elemento definidor del proceso de unificación, a partir de principios constitucionales y por agregación plebiscitaria de territorios al reino piamontés. La unificación italiana, que no fue precedida de una unión aduanera como en Alemania, tuvo, sin embargo, un carácter político más democrático, dada la activa participación en el proceso de líderes liberales forjados en la experiencia del año 48 y en la lucha contra el Papado.

Los resultados de la unidad italiana desembocaron en la extensión a toda la península del régimen piamontés, de monarquía constitucional. Pero los efectos más importantes fueron los económicos, al convertirse el Estado italiano en un poderoso agente de modernización del país. La unidad repentina de regiones con estadios diferentes de desarrollo económico provocó la aparición de fuertes desequilibrios entre un norte industrializado y un *Mezzogiorno,* latifundista y agrario, que ha marcado la evolución italiana hasta la actualidad. Por eso tiene sentido la reflexión atribuida al marqués D'Azeglio de que, realizada la unidad política, era preciso "hacer a los italianos". Fue la tarea del nuevo estado hasta la época de Giolitti e, incluso, de Mussolini.

La unidad de Alemania, ejecutada también en pocos años (guerras con Austria, 1866, y Francia, 1870), descansa sobre supuestos diferentes. Por una parte, se disponía de un espacio económico unificado a través del *Zollverein* de 1834, lo que favoreció la progresiva integración aduanera de las varias docenas de unidades políticas existentes en la Confederación Germánica posnapoleónica; por otra, el fracaso del Parlamento de Francfort en 1848 había mostrado que la unidad de los países alemanes no podía hacerse sobre bases unitarias y democráticas, sino federales y autoritarias. La unidad alemana desemboca así en la constitución de un imperio, el II Reich, realizado bajo la hegemonía de Prusia. El nacimiento formal del II Imperio alemán tiene lugar en 1871, al ser investido el rey prusiano Guillermo I como emperador de los alemanes en el Salón de los Espejos de Versalles, tras la derrota del Imperio francés. Se trata, como señala el historiador alemán Hans Ulrich Wehler, de una "revolución desde arriba" del militarismo prusiano, realizada en un momento de transición desde una sociedad agraria y tradicional a otra súbitamente industrializada con las innovaciones tecnológicas más avanzadas de Occidente.

La evolución política del Imperio alemán, conducida hasta 1890 por el canciller Bismarck, se caracteriza por la tendencia a construir un estado fuerte, un desarrollo económico acelerado y un predominio político de la aristocracia terrateniente (los *junkers* prusianos) que es capaz de hegemonizar la burguesía industrial y mantener al margen del sistema, en una suerte de "integración

negativa”, al cada vez más poderoso movimiento obrero socialdemócrata. Los contrastes son la mejor definición de este nuevo estado europeo, al convivir en él una monarquía militar y aparentemente constitucional con políticas tan innovadoras como el precoz diseño de una política social que es el más claro precedente del Estado de bienestar del siglo XX. Estas contradicciones, que podrían dificultar el ejercicio de la política interior, se vieron atenuadas por la primacía dada, por influencia de Bismarck, a la política exterior, realizada de acuerdo con criterios pragmáticos y de interés nacional, conocidos como *realpolitik*.

La construcción de un estado-nación a partir de la separación de una unidad política superior fue poco frecuente en la Europa del siglo XIX, dado que, aparte de Bélgica, tan sólo lograron su independencia política diversos pueblos sometidos al Imperio otomano, “el hombre enfermo de Europa”, en palabras del zar ruso Nicolás I. Fue el caso de Rumania, de Bulgaria y de Serbia, que en diferentes momentos del siglo XIX vieron reconocida su independencia del Imperio turco con la ayuda de las potencias europeas, especialmente Rusia y Austria.

Mucho más frecuentes fueron los ejemplos de movimientos nacionalistas fracasados, que sólo en el siglo XX lograrían su independencia, después de la caída de la monarquía danubiana y del derrumbe del zarismo. Filólogos e historiadores, poetas y músicos de origen irlandés, polaco, checo o húngaro contribuyeron a forjar lo que el historiador checo Miroslav Hroch denomina la fase A de los movimientos nacionales, consistente en la identificación por parte de una minoría de intelectuales de los rasgos definitorios de la identidad nacional de su pueblo. Pero más allá de las peripecias políticas de cada caso, tres fueron los pueblos que concitaron mayor apoyo a sus reivindicaciones nacionales en la conciencia europea del siglo XIX: Polonia e Irlanda, que no lograron su independencia hasta después de la I Guerra Mundial, y Grecia, que fue el gran mito del romanticismo occidental.

La independencia de Grecia (1830), aunque coetánea de la de Bélgica, obedece a razones muy diferentes, ya que forma parte del proceso de debilitamiento del Imperio otomano y de la presión de las potencias europeas, incluida Rusia, para abrirse paso desde el mar Negro a las aguas del Mediterráneo oriental. Su conversión en estado independiente estuvo precedida de una cruenta guerra, en la que las tropas turcas lucharon contra los insurrectos griegos, agrupados en torno a la Hetaira, sociedad secreta fundada en 1814 en Odessa. La repercusión que este movimiento nacional tuvo entre los románticos

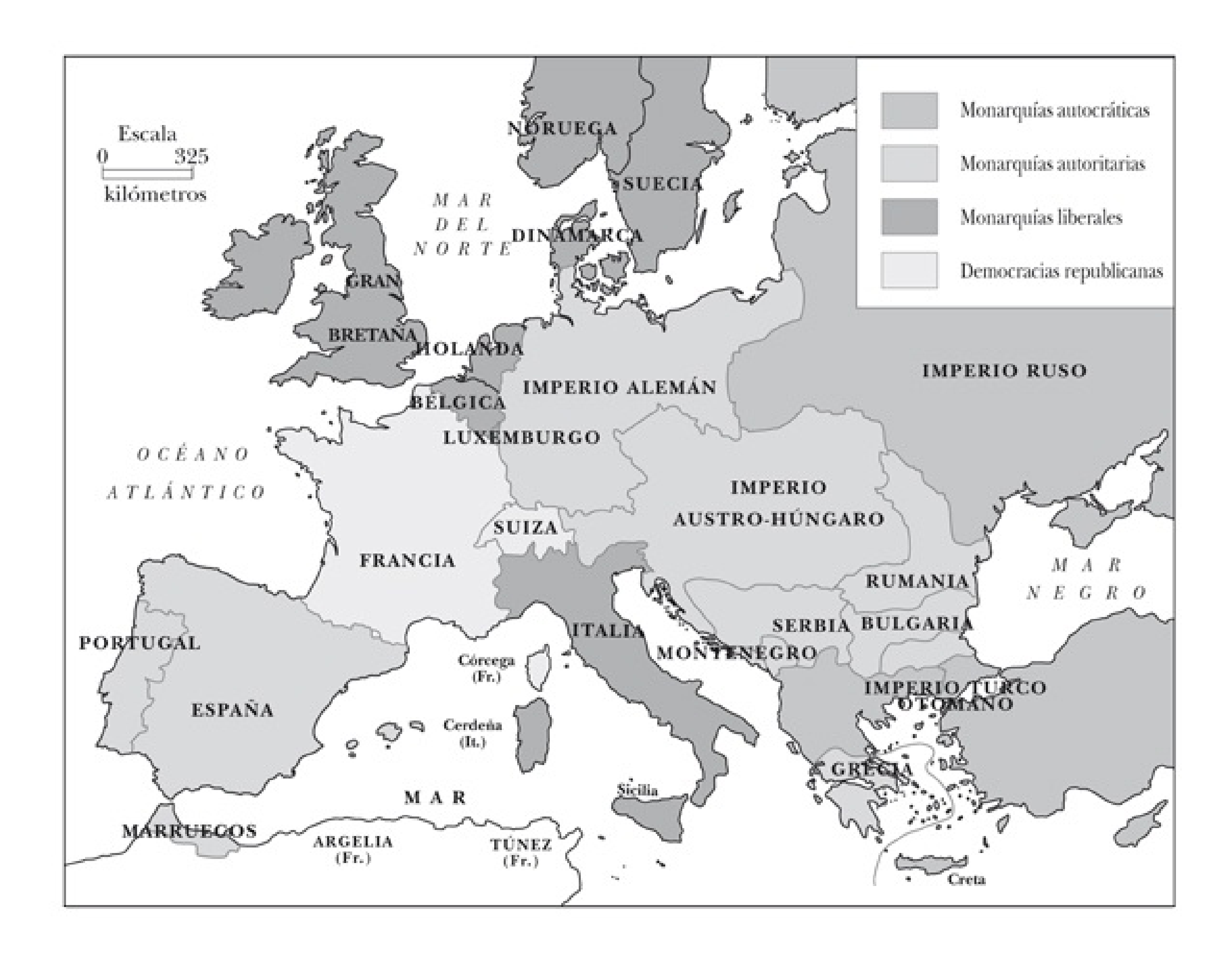
de Occidente fue enorme, desde lord Byron, que encontró la muerte en Misolonghi (1824), hasta el pintor Eugène Delacroix, que inmortalizó la represión de los rebeldes helenos por las tropas turcas en el cuadro *Escenas de la matanza de Quíos* (1824).

Con todo, es importante subrayar el comportamiento diferente que los estados europeos del siglo XIX tuvieron respecto de las minorías nacionales. En la Europa occidental, la obsesión de los estados fue lograr la mayor homogeneización de la población y la integración de las minorías lingüísticas y culturales. Los resultados fueron desiguales. En el Reino Unido, a pesar de haber descendido el empleo del gaélico en la isla de Irlanda, la evolución de su nacionalismo condujo, tras la I Guerra Mundial, a su independencia (1922), mientras que en España, debido al débil nacionalismo, las poblaciones con lengua y cultura específicas (Cataluña, País Vasco, Galicia) lograron preservar estos elementos de identidad y reforzarlos en el curso del siglo XX. Por el contrario, en la Europa central y oriental, la organización de los Imperios de los Habsburgo, el otomano y el zarista permitió la convivencia de una gran variedad de pueblos y “naciones-cultura” que apenas se vieron afectados por procesos de homogeneización bajo una identidad nacional única. Esto explica el “despertar” de las nacionalidades que se produjo después del Tratado de Versalles (1919).

EN POS DE LA IGUALDAD: DEMOCRACIA Y CIUDADANÍA

Desde los tiempos de la Revolución Francesa, la lucha por la libertad estuvo acompañada de la lucha por la igualdad. Los resultados de esta doble lucha se vieron plasmados en la aparición del concepto de ciudadanía, nacido con la propia experiencia revolucionaria, pero de desarrollo relativamente lento a lo largo del siglo XIX. De acuerdo con una conocida interpretación de Marshall, los logros de la ciudadanía habrían seguido un recorrido de tres fases, todas ellas vinculadas estrechamente al logro de la igualdad. En primer lugar, la igualdad civil, que garantiza la posesión de los derechos individuales (pensamiento, expresión, etc.), que es fruto directo de la propia Revolución Francesa; en segundo lugar, una igualdad política, que se plasma en la posesión de los derechos políticos (en especial, los electorales), por parte del ciudadano, que registra un demorado avance durante todo el siglo XIX; y, en tercer lugar, la igualdad social, que sería uno de los logros del Estado de bienestar, durante el siglo XX. Según este esquema, la ciudadanía civil fue el objetivo del periodo

revolucionario, mientras que la ciudadanía política fue consecuencia de un proceso que se prolongó durante todo el siglo XIX, especialmente en sus últimos decenios.



REGÍMENES POLÍTICOS EN EUROPA EN 1880
A pesar de las luchas revolucionarias, en la Europa de fines del XIX predominaban los regímenes políticos monárquicos y no liberales.

En efecto, en el periodo que va desde los años 1870 hasta el estallido de la Gran Guerra se produce un avance significativo de la política democrática en la mayoría de los países europeos. Las profundas transformaciones sociales que acompañan a la segunda revolución industrial, así como la creciente urbanización y los cambios culturales, provocan una progresiva ampliación de las bases sociales sobre las que se sustenta la legitimidad del ejercicio de la política. Esto supone la lenta transición desde el liberalismo moderado, de carácter restringido o censitario, propio de los notables rurales, hacia la adopción de prácticas democráticas, en las que se integran cada vez con mayor fuerza las

clases medias urbanas. Este rumbo no fue seguido por igual en todos los países, pero existen abundantes síntomas del cambio de tendencia desde las últimas décadas del siglo XIX, que luego se profundizarán en el periodo de entreguerras. Entre los muchos indicadores de este proceso de democratización (la primera de las tres “oleadas”, en la metáfora marina de Huntington) señalaremos tan sólo aquéllos más evidentes.

El primer indicador es, sin duda, la progresiva ampliación del derecho de voto. Aparte de la precoz adopción del sufragio universal (masculino) por la II República Francesa en 1848 o por la democracia estadounidense es a partir de los años setenta cuando tiene lugar la ampliación de los derechos electorales, tanto en la Alemania guillermina (1871), como en España (1890), Italia (1912) o Austria (1907). La creciente influencia de la opinión pública en la marcha de la política, así como la aparición de los primeros partidos políticos de masas (en esencia, sólo los republicanos o socialdemócratas), son hechos que obligan a un control más estricto de la acción de los gobiernos. Esta ampliación de los derechos políticos plantea problemas nuevos, que son objeto de debate en todos los países. El más importante es, sin duda, la tendencia a la desnaturalización de la participación electoral, mediante el empleo de una “geometría electoral variable” o la difusión de redes de clientelismo político que, bajo diferentes denominaciones (caciquismo es la más conocida), se observa en todos los regímenes políticos liberales y democráticos, tanto en Europa como en América. A pesar de todo ello, en vísperas de la Gran Guerra una gran parte de la población occidental masculina había visto reconocidos sus derechos políticos y podría, por tanto, ser considerada como un cuerpo de ciudadanos activos.

Un segundo indicador importante es la aparición de nuevos movimientos políticos y sociales que exigen su participación en la vida política. Además del giro propugnado por los partidos socialistas, cuyo peso electoral alcanzó cotas muy elevadas en el Imperio alemán (un tercio de los votos, en las elecciones al *Reichstag* en 1912), el movimiento más innovador fue el sufragismo femenino. La reivindicación de los derechos políticos para la mujer ya contaba con precedentes desde la época de la Revolución Francesa (Mary Wollstonecraft), pero fue a fines del XIX cuando adquirió verdadera importancia. El sufragismo fue, inicialmente, un movimiento de especial arraigo en los países nórdicos y en el mundo anglosajón, tanto en Gran Bretaña como en Estados Unidos. Aunque el reconocimiento de este derecho fue lento (Noruega, 1913; Inglaterra, 1917; Francia, 1946), la irrupción de la mujer en la vida política no hacía sino mostrar la profundidad de los cambios que estaban aconteciendo en las sociedades

industriales. Naturalmente, el sufragismo era sólo una de las expresiones de la salida del hogar de la mujer. Su acceso a la enseñanza, objeto de hipócritas diatribas, se fue haciendo viable de forma generalizada hacia fines de siglo. La transformación de la familia y, sobre todo, del trabajo doméstico es otro síntoma. Aunque hay una diferencia de ritmo muy notable entre Estados Unidos y Europa, se puede concluir que un siglo después de la Declaración de los derechos del hombre, la mayoría de esos derechos se iban extendiendo a la mujer. Su plena consolidación será una de las conquistas del siglo XX.

Este avance de la democracia se complementó con otras iniciativas tomadas por los gobiernos para hacer frente a nuevos problemas. Dos son las principales medidas tomadas en esta etapa de fin de siglo. Por una parte, se acentuaron las políticas de "nacionalización" de las masas, buscando los más variados instrumentos ideológicos y culturales para lograr la cohesión política de la población. A esta necesidad responden las fiestas políticas, la forja de símbolos identificadores (tradiciones nacionales, banderas, himnos, estatuas) o la difusión de prácticas sociales nuevas como el deporte, cuya capacidad nacionalizadora no ha dejado de consolidarse desde finales del siglo XIX hasta la actualidad. Por otra, se adoptaron las primeras decisiones tendentes a la construcción de un "Estado social". El estado más adelantado en este terreno fue el Imperio alemán, donde ya Bismarck propugna una serie de medidas, como la protección de la vejez, el desempleo o la atención médica, que trataban de contrarrestar la creciente influencia política y social de los trabajadores, quienes, a través de partidos socialistas y organizaciones obreras, ejercieron una considerable presión a favor de la extensión de los derechos políticos.

La nacionalización de las masas, como pone de relieve el clásico estudio de Eugen Weber sobre la Francia del siglo XIX, fue un proceso de aculturación política pero también de búsqueda activa de la adhesión de los franceses a los principios acuñados por la tradición republicana y democrática. El paso de "campesinos" a "franceses" fue tarea lenta, que no se vio plenamente cumplida hasta fines del siglo XIX, pero que tuvo como corolario una clara integración nacional del conjunto de la población. Algo semejante cabría decir del proceso seguido en Italia, Alemania, España o Estados Unidos. Pero lo importante a destacar es que este esfuerzo nacionalizador desplegado por los gobiernos desde mediados del siglo XIX fue también consecuencia del avance de la democracia, expresado en la ampliación de la participación política y en la aparición de una ciudadanía consciente. La democracia política se hacía más viable gracias a la existencia de un patriotismo de Estado, con el que los gobiernos podían lograr

una mayor legitimidad política ante sus ciudadanos. En este sentido, la conversión de súbditos políticos en ciudadanos nacionales fue un proceso que favoreció la democratización de la política y la atribución a los estados de funciones antaño ejercidas por poderes tradicionales, como la Iglesia. No es extraño que algunas de las tradiciones "inventadas" por los estados a fines del XIX, como las propias fiestas nacionales o los himnos patrióticos cantados en las escuelas, se hayan convertido en una suerte de religión cívica.

En suma, puede decirse que las transformaciones sociales y políticas inauguradas por la doble revolución de fines del XVIII se hallaban plenamente desbordadas un siglo más tarde, tanto en lo que se refiere a la libertad (de las personas y de los pueblos) como a la propia utopía igualitaria. Muchas de estas transformaciones fueron el fruto de memorables luchas sociales y políticas, pero también consecuencia de la modernización económica que se había abierto con la revolución industrial. Aunque a fines del siglo XIX, el ejercicio de la política todavía parecía coto reservado a una minoría de gobernantes de aire aristocrático y de comportamientos autoritarios, su legitimidad dependía cada vez más del consenso de la ciudadanía y del recurso a consultas electorales y al papel desempeñado por la opinión pública. El estallido de la Gran Guerra, en 1914, abrirá un vendaval de cambios que llevará por delante los restos de liberalismo oligárquico y, en cambio, reforzará el papel activo de las masas en la vida política. Resultado que, sin embargo, no puede atribuirse simplemente a los trastornos causados por la guerra, sino a la fertilidad de la simiente sembrada en estos años anteriores a 1914. Años de cierto pesimismo *fin de siècle* y, al mismo tiempo, de extrema confianza en el futuro. De ello nos ocuparemos más adelante.

CAPÍTULO 3

RICOS Y POBRES. MOVILIDAD SOCIAL Y ACCIONES COLECTIVAS

La doble revolución acontecida a fines del siglo XVIII tuvo consecuencias decisivas en la organización de la sociedad contemporánea. La división estamental dejó paso a una estructura social de clases, en la que dos nuevas capas sociales adquirieron un gran protagonismo: la burguesía y el proletariado. Pero además de esta modificación estructural, la sociedad del siglo XIX se caracteriza por su extraordinaria expansión en sus efectivos demográficos, el desplazamiento de una parte de ellos a través de una intensa riada migratoria desde Europa hacia América y el inicio de un proceso de "desagrarización" consistente en el éxodo de la población rural en dirección a las ciudades, que ahora efectúan sus primeros grandes "ensanches". Mudanzas todas ellas que propiciaron una fuerte movilidad social y territorial de la población.

Estas modificaciones sociales no se hicieron de forma totalmente pacífica. Fomentaron la toma de conciencia sobre la situación social de buena parte de la población. Nacieron así las primeras doctrinas sociales, preocupadas por el creciente pauperismo de las clases trabajadoras, que pronto desembocaron en teorías sociales como las del socialismo utópico y el socialismo científico. Al propio tiempo, se transforman las viejas formas de organización obrera, naciendo así los sindicatos modernos, los partidos obreros y el movimiento de solidaridad supranacional, expresado en las Internacionales obreras. De acuerdo con estos supuestos, en este capítulo nos ocuparemos de tres grandes aspectos de la sociedad del XIX. En primer lugar, de la evolución demográfica y ocupación de la población; en segundo lugar, de la estructura de una sociedad en la que, durante el siglo XIX, conviven viejas y nuevas clases sociales; y, en tercer lugar, de la organización sindical y política de las clases trabajadoras.

LA EXPANSIÓN DEMOGRÁFICA

La población mundial experimentó un importante crecimiento durante el siglo XIX, aunque claramente inferior a la que será la explosión demográfica de la

segunda mitad del siglo XX. Además, este incremento de la población tuvo lugar sobre todo en el mundo occidental, frente al protagonismo alcanzado por los países del llamado Tercer Mundo en la multiplicación de la población del planeta realizada después de la II Guerra Mundial. Europa tuvo, pues, en el siglo XIX su época demográfica dorada, al ser la región del planeta pionera en llevar a cabo una verdadera transición demográfica.

En la distribución de la población sobre el planeta, los efectivos demográficos existentes en el continente europeo a principios del siglo XIX estaban próximos a los 200 millones de habitantes, lo que suponía un 20,4 por ciento del total mundial. Una centuria más tarde, la población europea se había más que duplicado, habiendo ascendido al 25,8 por ciento su participación en el conjunto mundial. En términos porcentuales, el peso demográfico europeo había ganado posiciones, correspondiendo el mayor incremento al periodo posterior a 1850, cuando el continente experimenta una pequeña explosión demográfica.

La geografía de este aumento de la población no es, sin embargo, uniforme. Resulta especialmente débil en países como Francia (que pasa de 28,2 a 40,7 millones en el siglo), moderado en la Europa mediterránea (Italia y España casi duplican sus efectivos) y mucho más elevado en la Europa del norte, en la que algunos países, como Dinamarca o Gran Bretaña, triplican su población. Teniendo en cuenta la elevada emigración de Europa a América (alrededor de 30 millones de personas entre 1870 y 1914), resulta evidente el dinamismo demográfico europeo que acompaña a su proceso de industrialización, exportándolo incluso a la otra orilla del Atlántico. Pero además de estos aspectos cuantitativos conviene conocer algunos de los rasgos cualitativos de la demografía europea para explicar mejor la evolución indicada.

El primero de ellos es que la población europea experimenta ahora el tránsito hacia un ciclo demográfico moderno, acometido ya desde mediados del siglo XVIII y consolidado en la primera mitad del XIX. La población en las épocas preindustriales tendía a mantenerse estable, pese a las altas tasas de natalidad, por efecto de las crisis de subsistencia, hambrunas y epidemias, que provocaban mortalidades catastróficas, una elevada mortalidad infantil (en algunas épocas, la mitad de los nacidos morían antes de cumplir un año) y una corta esperanza de vida. Éste era el comportamiento más frecuente, casi natural, de la mayor parte de las poblaciones del planeta en la época preindustrial. La ruptura de esta situación se produce por primera vez en la historia en Europa y ello le concedió a este continente una notable ventaja en su tránsito hacia la modernidad.

La transición cara a un sistema demográfico moderno se basa en dos

supuestos. En el mantenimiento, durante algunas décadas, de una elevada tasa de natalidad (superior al 40 por mil) y en la reducción drástica de las tasas de mortalidad. En las primeras fases, se reduce la de carácter catastrófica y, más tarde, la infantil. Esto fue lo que sucedió en Europa desde fines del XVIII, con algunas diferencias espaciales que coinciden con los resultados demográficos cuantitativos.

El descenso de la mortalidad, que tuvo lugar "en algún momento entre 1750 y 1800", en opinión del demógrafo André Armengaud, está en relación con varios fenómenos concurrentes. Con una mejor alimentación, fruto de las primeras fases de la revolución agrícola y de la introducción de nuevos cultivos (el maíz y la patata), que permite suprimir el azote del hambre, salvo casos aislados como el de Irlanda en 1846; y, de forma paralela, con notables avances en el campo de la medicina, con el descubrimiento de vacunas como la efectuada por Jenner contra la viruela en 1796. Estos avances médicos actuaron como medidas preventivas de enfermedades endémicas a la vez que fomentaron algunos procedimientos terapéuticos de mayor asepsia (esterilización, desinfección, etc.). Al propio tiempo, se producen avances en el campo de la higiene gracias al creciente grado de urbanización, la mayor facilidad para los transportes y un mejor cuidado del cuerpo, así como la extensión de sistemas hospitalarios sustitutivos de las viejas "casas de misericordia". En todo caso, estos avances fueron lentos y poco significativos hasta finales del siglo XIX, cuando comienzan a emplearse medidas de mayor asepsia en las intervenciones quirúrgicas y en el combate de enfermedades endémicas.

El descenso de la mortalidad tardó algún tiempo en ser seguido por el de natalidad. De hecho, la natalidad europea descendió muy lentamente hasta 1875, manteniéndose todavía en tasas elevadas (en torno al 40 por mil) en las regiones orientales, siendo particularmente baja sólo en países como Francia. A partir de esta fecha, la tendencia descendente de la natalidad europea es una constante hasta la actualidad. La combinación de ambas variables es lo que ha permitido conseguir el gran incremento demográfico europeo del siglo pasado, así como la modificación cualitativa de la estructura de la población: mayor esperanza de vida y tendencia al envejecimiento.

Un segundo rasgo importante es la consolidación de un modelo familiar europeo, definido por el demógrafo John Hajnal, que constituye una característica diferencial de la Europa que protagoniza el proceso de industrialización más dinámico. Este modelo consiste en el predominio de la familia "nuclear", compuesta únicamente por los padres con sus hijos, que

sustituye a la familia “extensa”, en la que varios matrimonios pueden convivir bajo el mismo techo. Y consiste, en segundo lugar, en que la llegada de los jóvenes al matrimonio se produce en edad tardía, en torno a los veinticinco-treinta años, casi un lustro más tarde que en las regiones asiáticas o americanas. Esto supone un control indirecto de la fecundidad, lo que se refuerza además con la existencia de una alta proporción de personas célibes. El mayor arraigo de este modelo familiar se encuentra al occidente de una línea que va desde Trieste hasta el Báltico, casi coincidente con la división de la Europa agraria occidental y oriental a partir del río Elba.

Las consecuencias que esta estructura familiar tuvo en la configuración de una sociedad industrial son muy profundas y son todavía perceptibles en la actualidad. Entre ellas, cabe destacar en especial la existencia de una gran reserva de fuerza de trabajo, incluida la femenina, dispuesta a la movilidad, la especialización y la ocupación en el trabajo artesanal e industrial. En la estructura ocupacional de la población, la de Europa occidental destaca claramente por su alta tasa de ocupación en el sector secundario, frente a la precoz terciarización de países “jóvenes”, como Estados Unidos, Canadá o Australia. Aparte de haber sido la cuna de la revolución industrial, este rasgo demográfico europeo ha sido considerado como una de las explicaciones estructurales del enorme peso que ha tenido hasta los años setenta del siglo XX la población ocupada en el sector secundario.

La industrialización provocó un importante desplazamiento de la población desde las actividades agrícolas hacia las propias del sector manufacturero, siendo este proceso especialmente intenso en los países europeos occidentales. Hacia 1911, en Inglaterra sólo el 11 por ciento de la población activa se ocupaba en la agricultura, siendo también notablemente bajo el porcentaje en Bélgica y Holanda (en torno a la cuarta parte); pero incluso en países como Alemania o Francia, los activos agrarios eran ya claramente inferiores a la suma de los sectores secundario y terciario (36 y 41 por ciento, del total, respectivamente). Además, tuvo lugar el abandono definitivo de los campos europeos por parte de millones de campesinos en dirección a los países americanos o a las concentraciones urbanas europeas, que experimentan desde fines del XIX una nueva fase expansiva. Este abandono del campo fue, sin embargo, un proceso lento y gradual, más intenso en la Europa nórdica que en la mediterránea, donde países como España e Italia mantienen hasta principios del siglo XX una alta tasa de activos agrarios (65 y 55 por ciento del total, respectivamente). A pesar de que en términos relativos la población rural comenzó a descender, la

desagrarización masiva es un hecho que no se lleva a cabo hasta el siglo XX.

De todas formas, conviene señalar la tendencia hacia una progresiva terciarización de la estructura ocupacional de la población. Esto es fruto no sólo de la urbanización, sino también del crecimiento de las tareas administrativas, de los comienzos de una sociedad de consumo de masas y de la incipiente incorporación de la mujer al mercado laboral: una cuarta parte de la población femenina europea trabajaba fuera de casa hacia 1914. La terciarización de la economía es más intensa en los países de las “nuevas Europas” que en Europa propiamente dicha. En Estados Unidos, Canadá o Argentina, el predominio del sector terciario sobre el primario o secundario se produce hacia 1900, de modo que el tránsito de una sociedad agraria a una de servicios fue casi directo. En los países europeos y en Japón, en cambio, el peso del sector industrial supuso que hasta los años setenta del siglo XX éste no fuese todavía superado por el de servicios.

¡AMÉRICA, AMÉRICA!

Durante el siglo XIX, la población mundial se ve sujeta a desplazamientos hasta entonces nunca vistos. Tuvieron lugar grandes corrientes migratorias de carácter intercontinental, desde Europa hacia América, desde Rusia hacia Siberia y desde China hacia el sureste asiático. En el interior de Europa hubo importantes olas migratorias en diferentes direcciones. De los campos a las ciudades, de forma general. De algunas regiones más atrasadas hacia las industrializadas, como es el caso de irlandeses hacia Inglaterra, de mediterráneos (sobre todo, italianos) hacia Francia o de polacos hacia Alemania. Fuera de Europa, es importante el desplazamiento de asiáticos hacia los países de la costa del Pacífico, así como la instalación (no voluntaria) en el continente americano de millones de negros, fruto del comercio esclavista de procedencia africana.

Pero la gran epopeya migratoria es la constituida por la emigración transoceánica europea hacia las “nuevas Europas”, especialmente Estados Unidos de América. La obsesión de millones de europeos por alcanzar un nuevo Eldorado está reflejada en el film autobiográfico de Elia Kazan *América, América*, en el que se narra la peripecia vital de un joven griego en su ansia por salir de Turquía y superar los trámites inmigratorios establecidos en Ellis Island, a las puertas de Nueva York.

La vitalidad demográfica europea no sólo permitió duplicar su población

interna, sino que desplazó a otros continentes más de 50 millones de habitantes entre 1815 y 1930. El dominio europeo del mundo se expresa a través de esta capacidad para repoblar nuevos territorios. Esta intensidad migratoria, débil hasta mediados de siglo, adquiere un carácter masivo a partir de 1880, para alcanzar su cenit en los años anteriores a la I Guerra Mundial (2 millones de emigrantes en el año 1910). Es el mayor trasvase de población en toda la historia de la humanidad. El abaratamiento de los transportes marítimos y el apoyo de los gobiernos, tanto de salida como de acogida, explica este enorme flujo migratorio; pero también las crisis agrarias (el hambre irlandesa de 1845-1848) y las miserables condiciones de vida de millones de campesinos europeos.

La procedencia de los emigrantes no fue uniforme, registrándose un desplazamiento de su origen desde el norte hacia el sur. La emigración europea de origen británico y escandinavo era la predominante hasta 1870, siendo a partir de esta fecha más elevada la procedente de Europa central y oriental, hasta que desde fines de siglo y durante los primeros decenios del XX son los emigrantes de origen mediterráneo (Italia, España, Portugal, Grecia y Turquía) los que pueblan los camarotes de los trasatlánticos. Los destinos predilectos de los emigrantes fueron, de forma abrumadora, Estados Unidos (32,6 millones de europeos, a los que habría que sumar, en este mismo periodo, otros 4,7 millones de inmigrantes, procedentes de Suramérica), y, muy en segundo lugar, Brasil (4,3 millones) y Argentina (6,4 millones), así como Canadá, Suráfrica, Australia y Nueva Zelanda. En general, tierras de clima templado, similar al europeo, en el que se asentaron con gran rapidez hombres, plantas y animales, en un proceso que Alfred Crosby ha definido como un ejemplo de “imperialismo ecológico”.

Esta transferencia de población tuvo enormes consecuencias. Con la puesta en explotación de nuevas tierras, abrió nuevos mercados, propició el flujo de capitales y además favoreció el desarrollo de una economía de carácter mundial. A juicio de algunos historiadores, que hacen depender el imperialismo del papel jugado por la población blanca instalada en las colonias, esta emigración europea sería una fuerza decisiva en la construcción de los imperios coloniales. Al propio tiempo, permitió el tránsito de las sociedades rurales europeas hacia la urbanización y la industrialización. Una de las caras del dominio europeo del mundo es, justamente, esta capacidad de poblar amplios territorios en un periodo histórico de gran expansión económica dentro del continente. No es casual que sea la cuna de la industrialización, Gran Bretaña, el país que mayores contingentes migratorios aporta a este enorme trasvase demográfico.

El "ensanche" de las ciudades

El desplazamiento de la población rural hacia las ciudades es una consecuencia de las reformas agrarias, de la mejora de las vías de comunicación y de la ampliación de los establecimientos industriales que, por lo general, tendieron a ubicarse en las ciudades. Tuvo lugar así un importante éxodo rural que, al menos en términos relativos, provocó un descenso notable de la población activa en el sector agrario, en beneficio del industrial y de los servicios. Es indudable, por tanto, el crecimiento que experimentaron las ciudades europeas y americanas durante todo el siglo XIX. Según observa el historiador Jan de Vries, el número de ciudades europeas con más de diez mil habitantes pasó de 364 en 1800 a más de mil setecientas en 1890. En Estados Unidos, de 33 ciudades en 1800 se pasa a 2.262 en 1910. Gracias al notable incremento demográfico y a pesar de la emigración masiva, la población urbana europea pasó del diez por ciento al treinta por ciento durante el siglo XIX. Sin embargo, la tasa más rápida de urbanización tuvo lugar en Estados Unidos, donde el porcentaje de población urbana pasó de niveles insignificantes en 1800 (apenas un ocho por ciento) a más del cuarenta por ciento en 1910.

La urbanización no fue un proceso homogéneo. En la Europa noroccidental, la tasa de urbanización alcanzaba a fines de siglo un 43 por ciento de la población, mientras que en Europa oriental se mantenía en torno al 18 por ciento. Las divergencias entre países eran asimismo importantes. Inglaterra podía considerarse ya un territorio plenamente urbanizado en la segunda mitad del siglo XIX (62 por ciento de población urbana en 1890) y con una población industrial que superaba desde 1851 a la ocupada en la agricultura; en cambio, en los países continentales, tan sólo Bélgica, Francia y Alemania se situaban entre un cuarto y un tercio de la población urbanizada en esa misma fecha. Hay una evidente correlación entre industrialización y urbanización. Una de las razones es la ubicación de los centros fabriles en las propias ciudades. Algunos núcleos urbanos situados en regiones altamente industrializadas, como Essen o Düsseldorf en la Renania alemana, Manchester, Liverpool o Leeds en Inglaterra, o Pittsburgh o Detroit en Estados Unidos crecieron como hongos, desde pocos millares de habitantes a principios de siglo hasta cientos de miles a fines de la centuria. Pero la ciudad del XIX no fue sólo un centro fabril. Algunos núcleos urbanos crecieron por su condición de ser grandes puertos o nudos ferroviarios, alojar guarniciones militares o haberse convertido en centros de ocio y turismo.

Además, fue muy importante la concentración administrativa que lograron las capitales de los principales estados. Ciudades como Londres, Berlín o Viena se convirtieron en grandes centros industriales y residenciales. Londres, que ya tenía 2,6 millones a mediados de siglo, alcanza los 7,2 millones en 1910, mientras que Berlín o Viena pasan de menos de un cuarto de millón a principios del XIX a superar los dos millones en vísperas de la Gran Guerra. París, por su parte, quintuplicó su población durante el siglo. Y si cruzamos el Atlántico, observamos que los crecimientos de las ciudades son todavía más espectaculares, desde Nueva York hasta las ciudades asentadas en torno a los Grandes Lagos, como Chicago o Cleveland, con tasas de crecimiento anual del 5 por ciento durante toda la segunda mitad del siglo XIX.

La afluencia de población a las ciudades propició, en un primer momento, un crecimiento desordenado de las mismas, con la creación de barrios obreros insalubres y contaminados, como los de las ciudades inglesas descritos por Friedrich Engels. Pero a partir de mediados del XIX comenzó un proceso de transformación de los centros urbanos, naciendo así propiamente una cultura urbana y una cierta ordenación de su expansión. La planificación, que fue mucho más frecuente y racional en América (caso de Filadelfia, Washington o Nueva York), tampoco fue desconocida en Europa, a pesar de la notable importancia que tenían algunas ciudades, con estructura urbana medieval.

El ensanche de las ciudades conlleva la necesidad de planificar su expansión y la dotación de los servicios adecuados. Este problema obliga a que los gobiernos intervengan políticamente en el diseño de las ciudades. Gran parte de las urbes europeas tienen, en esta época, un plan especial de ensanche y de actuación sobre su estructura urbana, como sucede en Viena, Berlín, Estocolmo o Barcelona, cuya expansión se hace de acuerdo con el Plan Cerdá. El ejemplo más acabado de este urbanismo de la época industrial es el de París, que encontró en el barón Haussmann a su principal ejecutor, en tanto que prefecto de la ciudad durante todo el II Imperio. La actuación de Haussmann en París consiste en la realización de las instalaciones y servicios necesarios para que una gran ciudad pueda funcionar (alcantarillado, agua, energía, servicios de transporte, escuelas, hospitales, etc.) y en la construcción de una nueva red viaria, con el tendido de grandes calles o bulevares. Esto supuso la demolición de barrios enteros, pero también el cambio más drástico en el urbanismo occidental, al permitir combinar la actuación pública, mediante la expropiación de terrenos edificables, con la actuación privada, que desembocó muchas veces en la especulación inmobiliaria y en la creación de nuevos barrios y suburbios

escasamente dotados. Las concentraciones metropolitanas características del siglo XX comienzan a forjarse en este periodo.

LA MOVILIDAD SOCIAL: DE ESTAMENTOS A CLASES

El universo social del mundo occidental del siglo XIX (especialmente en el continente europeo) experimentó fuertes transformaciones, que corrieron de forma paralela al proceso de industrialización, urbanización de la población y cambios en las relaciones sociales. Las líneas maestras de la evolución social son de diverso tipo. La primera es la rápida sustitución de la división estamental por la de clases, lo que permite lograr una mayor movilidad social, aspiración central de la burguesía revolucionaria de la primera mitad del siglo. La segunda es, sin duda, la progresiva sustitución de la hegemonía social y cultural ejercida por las aristocracias terratenientes a favor de las burguesías o de los grupos entonces definidos como “clases medias”. Es obvio que este proceso fue lento y, de hecho, no pudo concluirse hasta la época de la I Guerra Mundial, que es el momento en el que son derrotados definitivamente los rentistas agrarios europeos. Un tercer aspecto novedoso de la sociedad decimonónica es la emergencia al primer plano histórico de las clases trabajadoras, industriales y artesanas, pero también agrarias.

En conjunto, lo que define el universo social de la Europa del siglo XIX es su permanente mutación, su capacidad para modificar grupos y clases, su constante diversificación interna. Las diferencias de riqueza entre las clases sociales eran muy grandes, pero su percepción social era todavía mayor debido a los hábitos culturales heredados del Antiguo Régimen, que privilegiaban la distinción aristocrática y la separación social. De ahí que ya hubiera observado Alexis de Tocqueville, en su descripción de la democracia americana, cuán distinto era el comportamiento de los ricos en América respecto de Europa, pues allí “incluso los ciudadanos más ricos prestan mucha atención a no diferenciarse del pueblo”, hablan con él e incluso comparten mesa y mantel en oficinas y fábricas. En cambio en Europa, la distancia entre las clases sociales fue norma que tardó en desaparecer.

Esta divergencia de comportamiento social se mantuvo durante todo el siglo XIX y llega hasta épocas recientes. Se podría sintetizar el asunto, de acuerdo con el análisis de Harmut Kaelbe, del modo siguiente: la sociedad europea es más igualitaria que la americana en la distribución de la riqueza, pero en cambio es

mucho mayor su discriminación social, debido a su configuración menos democrática que en América y, sobre todo, al peso que ejerce en la sociedad europea una tradición aristocrática forjadora de una cultura de la distinción. Por ello, conviene advertir que la primera mutación de la sociedad europea del XIX es la superación de su organización estamental.

La organización social propia del Antiguo Régimen se caracterizaba por la existencia de estamentos. Los pertenecientes a cada estamento se definían en razón de su origen familiar, de su riqueza o de su pertenencia a una institución determinada. Así se conocían los tres estamentos clásicos de la nobleza, el clero y el estado llano, cuyas diferencias estribaban, entre otras razones, en la desigualdad jurídica de las personas, lo que comportaba de hecho una desigualdad económica. Durante el siglo XVIII, esta división comenzó a fracturarse, con la emergencia de la burguesía en el seno del tercer estado. Pero es a partir de la industrialización y la revolución liberal cuando se proclama la igualdad jurídica de las personas (Declaración de los derechos del hombre) y cuando las relaciones entre personas y grupos se establecieron progresivamente en torno al concepto de clases sociales, aunque esto no suponga la igualdad económica. La quiebra del modelo estamental se vio favorecida, además, por la formación de los estados nacionales y todo su aparato administrativo, que ejercieron una considerable movilización de la población y una fuerte integración cultural de la misma, a través de mecanismos como la escuela, el ejército o el sistema tributario.

La definición de clase social admite varias alternativas. Por una parte, los individuos pertenecientes a una clase se definen por su relación con los medios de producción, lo que determina una posición económica común. Esto permite diferenciar a los propietarios de bienes (capitalistas) y los que sólo poseen su fuerza de trabajo (proletarios). Pero también se deben tener en cuenta otros factores: las experiencias comunes, los lugares de sociabilidad y su capacidad de actuación de forma colectiva. La pertenencia a una clase será, pues, el fruto de un proceso histórico y no de la atribución estática a la misma. No se “nace” en una clase, sino que se “deviene” miembro de la misma. Como ha observado el historiador británico E. P. Thompson, “no veo la clase como una estructura y menos aún como una categoría, sino como algo que acontece de hecho en las relaciones humanas”. A pesar de esta progresiva formación de las clases sociales (la clase “para sí” del lenguaje de Marx) algunas denominaciones sociológicas, como nobleza, son herencia del pasado, mientras que otras, como proletariado o burguesía, se van forjando durante el siglo XIX, aunque su contenido y su

amplitud experimenten notables cambios durante la centuria.

Esta situación ha dado lugar a múltiples debates sobre la estructura de la sociedad europea en el siglo XIX. Para algunos autores, como Arno Mayer, la hegemonía de los grupos sociales procedentes del periodo feudal, en especial de la nobleza, aconsejaría definir el siglo XIX como de “persistencia del Antiguo Régimen”, dado que no sólo en la atribución de la riqueza, sino en los gustos culturales y en el control de la vida política, la permanencia de las aristocracias habría sido más determinante que el ascenso de la burguesía y de las clases trabajadoras. Ya lo había advertido Tocqueville, al insistir en que lo nuevo que parecía haber traído la revolución se hallaba ya en ciernes en las estructuras del Antiguo Régimen. En cambio, para autores de tradición socialista (comenzando por Marx y Engels), la división social fundamental en la Europa del siglo XIX se establece entre burgueses y proletarios.

En conjunto, podríamos decir que el universo social del siglo XIX se caracteriza por una secuencia de cambios, pero también de pervivencias, cuando no de resistencias a estas transformaciones. Se desmantelan los corsés heredados del Antiguo Régimen hasta alcanzar a la propia abolición de la servidumbre en Europa oriental y Rusia a partir de 1848, pero también permanecen muchos obstáculos para hacer efectiva una movilidad social basada en la capacidad, el trabajo y el talento. La sociedad del siglo XIX se caracteriza, pues, por hallarse en proceso de transición desde las estructuras feudales hasta las propiamente burguesas y capitalistas, en una dinámica que no se consolida definitivamente hasta la época de la I Guerra Mundial. Más que de relaciones sociales unitarias y unívocas en el análisis de las clases habría que referirse, con Kocka y Haupt, a “áreas de condensación en la vida social definibles como clases sociales”.

Pero más allá de las definiciones cabría preguntarse por la distribución de la riqueza y si su atribución social evolucionó durante el siglo XIX en una dirección de mayor convergencia social o de mayor disparidad. Los efectos del crecimiento económico propiciado por el proceso industrializador no supusieron una amortiguación de las desigualdades económicas. El reparto de la riqueza en la Inglaterra victoriana (1885-1889) revela que existe un 87 por ciento de personas que se pueden catalogar como pobres. En Francia, en vísperas de la Gran Guerra, el 53,2 por ciento de la población no dispone de más que un 2,5 por ciento de la riqueza total. Estas constataciones han planteado un largo debate sobre los niveles de vida de la población, como consecuencia de la industrialización. Las interpretaciones han sido contrapuestas, dividiéndose entre “optimistas” y “pesimistas”, a la hora de valorar si mejoraron o no las

condiciones de trabajo y la remuneración salarial de los trabajadores. Tanto informes coetáneos, como los de Engels sobre Inglaterra o Villermé sobre Francia, o los de muchos historiadores recientes (Thompson, Hobsbawm), han insistido en los efectos negativos de la industrialización sobre las clases trabajadoras. Pero también está admitido que a partir de mediados de siglo mejoraron notablemente las condiciones de vida y la capacidad adquisitiva de los obreros europeos. La cuestión sigue abierta, aunque resulte claro que no fue hasta el siglo XX, en especial en su segunda mitad, cuando tuvo lugar una significativa convergencia social en la distribución de la riqueza.

LAS ELITES DOMINANTES

La hegemonía social en la Europa del siglo XIX la detentaban dos grandes grupos sociales. Por una parte, la nobleza titulada procedente del Antiguo Régimen y que tiene en la propiedad de la tierra su principal fuente de riqueza. Por otra parte, la burguesía ascendente, que combina su preeminencia en el mundo de los negocios y la industria con su participación en la tenencia de la tierra. Entre la vieja nobleza terrateniente y las grandes fortunas burguesas tuvo lugar, con frecuencia, un proceso de simbiosis, de tal modo que la nobleza acabó penetrando en el ámbito de los negocios y la burguesía luchó por su ennoblecimiento. De hecho, multitud de títulos nobiliarios fueron concedidos por los monarcas europeos durante todo el siglo XIX: unos nueve mil en el Imperio austro-húngaro y más de mil en el alemán guillermino desde 1871. Entre nobleza y alta burguesía ocuparon los principales cargos políticos, administrativos o parlamentarios de casi todos los países europeos.

Además de esta mutua confluencia, ambos grupos sociales presentan otras características comunes. La más evidente es, sin duda, la de su heterogeneidad, tanto social como territorial. El peso de la nobleza era diferente en Inglaterra y en el continente y, dentro de éste, muy distinto en los países occidentales y los orientales. Cuanto más se desplaza hacia oriente, mayor fortaleza tiene la nobleza, tanto económica como políticamente. Diversidad territorial que también es patente en el caso de la burguesía, cuya hegemonía es evidente en Francia, pero menos en Alemania y en los países mediterráneos. Es por eso que resulta más adecuado pluralizar las denominaciones para designar noblezas y burguesías. Sin embargo, conviene advertir que la permanencia de la nobleza no es sinónimo de atraso económico. Al contrario, en las dos economías más

evolucionadas en el siglo XIX, como son el Reino Unido y Alemania, la nobleza logró mantener una gran influencia económica, social y política.

A pesar de las reformas agrarias realizadas en la primera mitad del siglo XIX, las capas nobiliarias consiguieron retener gran parte de sus ingresos y rentas de origen territorial a cambio de perder sus privilegios sobre las personas (señoríos y jurisdicciones). Además, fue la nobleza el principal vivero para el reclutamiento de los cuadros dirigentes de la administración pública civil (especialmente, la diplomacia) y la oficialidad del ejército y, sobre todo, la marina. Su prestigio les facilitó asimismo la participación activa en el control de la vida política, a través de las cámaras altas, generalmente no electivas, que registra la mayoría de los sistemas constitucionales europeos.

La heterogeneidad de las noblezas europeas es muy fuerte. En Inglaterra, los lores eran propietarios de los dos tercios del territorio, del que obtenían no sólo elevadas rentas agrarias, sino beneficios derivados de la explotación de minas o del ensanche de las ciudades. Alrededor de trescientas de estas familias aristócratas inglesas tenían, cada una, posesiones de más de cuatro mil hectáreas. En Francia, en cambio, la nobleza había sido fuertemente afectada por las medidas revolucionarias, de modo que su posición como propietaria terrateniente era menos sólida que en Inglaterra. En unión de sectores burgueses, formaba el grupo de los notables rurales, que ejerció el dominio de la vida económica y política de la Francia rural hasta, al menos, la III República.

En la Europa oriental, el peso de la nobleza es enorme, tanto en la Prusia de los grandes terratenientes *(junkers)* como en el Imperio austro-húngaro o en el ruso. Algunas familias nobles centroeuropeas, como los Esterhazy húngaros, disponían de posesiones de más de cuatrocientas mil hectáreas. Y algo semejante sucede en la Europa mediterránea, donde la alta nobleza latifundista del *Mezzogiorno* italiano o del sur ibérico había logrado mantener sus posiciones heredadas del Antiguo Régimen, aunque para ello tuviera que acabar endeudándose o haciendo algunos pactos con las nuevas clases emergentes, como tan bien refleja la novela de Lampedusa *Il Gattopardo* (1958), a través de su protagonista el príncipe Salina y su familia.

Esta heterogeneidad de la nobleza no es sólo de carácter territorial, sino que existen grandes diferencias en el seno del grupo nobiliar. Además de la alta nobleza, existían otros sectores igualmente nobiliarios, frecuentemente poblados por los nuevos títulos concedidos en el XIX por las monarquías europeas. Pertenecen a estos peldaños más bajos de la pirámide aristocrática la *gentry* inglesa o una extensa nobleza local muy arraigada en el Imperio de los

Habsburgo, en los países mediterráneos y entre los propios notables rurales franceses, apodados como *coq de village*. Unos y otros tenían en común la condición de terratenientes, pero también una cierta homogeneidad cultural. Pues era en sus gustos refinados, propios de una “sociedad de corte”, en sus comportamientos sociales y en su educación donde la nobleza europea presentaba una cierta uniformidad. Era este substrato cultural, más que sus diferencias internas, lo que mejor la definía y lo que más perduró en el tiempo.

La heterogeneidad de la burguesía es, sin duda, mayor que la de la nobleza. Su condición de grupo en ascenso en el seno de las sociedades industrializadas le confería una gran capacidad de adaptación a realidades bien distintas; pero la diversidad de campos en los que hubo de actuar impide una definición tan homogénea como la que tenía la nobleza en virtud de sus títulos, de su prestigio social y de los honores que le eran atribuidos. De la burguesía forman parte los empresarios, comerciantes y banqueros, pero también los profesionales liberales o los altos cargos de las incipientes administraciones estatales. Bajo la denominación de burguesía se esconden, pues, realidades bien distintas, que dificultan tanto su consideración de una clase social estricta como la catalogación de estamento.

Por otra parte, para el siglo XIX tampoco es ya útil la remisión del concepto de burgués a su sentido etimológico de ser el habitante de la ciudad o de un burgo. La burguesía decimonónica se halla muy alejada del patriciado urbano forjado en la Europa medieval y moderna. En aquella situación, la unión entre ciudad y su entorno territorial era muy fuerte, de modo que este patriciado ocupaba en la ciudad una posición análoga a la de la nobleza. La modernización económica y los cambios políticos que trajo la “doble revolución” de fines del XVIII propiciaron una transformación del papel de la burguesía y, sobre todo, la configuración de diferentes grupos sociales, que pueden englobarse bajo la denominación de burguesía, pero que presentan características internas bastante diferentes. Como sucede con otros grupos o clases sociales, también la burguesía se define mejor por los rasgos que la separan de la nobleza, del campesinado o de los artesanos urbanos que por sus elementos comunes. Sin embargo, éstos son claramente perceptibles. Pues actitudes comunes de la burguesía fueron tanto su tendencia a fusionarse con las elites nobiliarias como su obsesión por distinguirse de las clases trabajadoras, rurales o urbanas. Además, a través de círculos específicos de sociabilidad y de la elaboración de una cultura basada en el papel de la familia y en la fuerza de la vida privada, la burguesía logró forjar una cierta identidad, análoga a la nobiliar, pero más urbana.

En suma, lo que mejor define la burguesía europea del siglo XIX es su pluralidad interna, una cierta cultura común y la existencia de antagonismos sociales precisos tanto hacia arriba como hacia abajo. Las burguesías europeas del siglo XIX, su época histórica de mayor esplendor y hegemonía, forman, más que una clase social precisa, una suerte de pequeño universo social, en el que podemos distinguir varios grupos o categorías.

En primer lugar, la alta burguesía de los negocios industriales, financieros o comerciales. Las principales dinastías europeas de la banca, la industria pesada o las comunicaciones forman parte de este núcleo. Algunos nombres, como los Krupp, Thyssen, Rothschild, Pereire o Lafitte, son indicativos de esta alta burguesía de dimensión europea. A ella se debe agregar la burguesía agraria que, desde principios del XIX, se asienta con fuerza en la sociedad rural europea. La difusión de la propiedad agraria en manos de la burguesía fue importante incluso en Prusia, donde a finales del XIX ya poseía una porción de tierras semejante al de la nobleza (48 por ciento de las explotaciones superiores a 100 hectáreas, frente al 44 por ciento de la nobleza).

En segundo lugar, la clase media *(classe moyenne* o *middle class),* que es el lugar de encuentro de comerciantes, artesanos y notables rurales. La expresión fue muy empleada durante la primera mitad de siglo con un sentido político para designar a quienes estaban en el "justo medio", a medio camino entre el despotismo aristocrático y el libertinaje del pueblo "menudo". Ésta era la interpretación preferida de los liberales doctrinarios franceses, como Guizot. Las clases medias, que también se confunden con la pequeña burguesía, constituyen así la columna vertebral del sistema político liberal, en su fase censitaria. En cambio, en Inglaterra la *middle class* designaba a la burguesía industrial que se hallaba desplazada del ámbito aristocrático de los lores y de la *gentry*.

En los últimos años, la historiografía, sobre todo alemana, con Kocka a la cabeza, ha insistido mucho en el papel central que juega, dentro de las burguesías europeas del XIX, la denominada burguesía culta o de los profesionales, que encuentra especial arraigo en la Europa central, pero también mediterránea. En esta categoría social se integran altos funcionarios, intelectuales y miembros de las profesiones liberales. La burguesía culta es una expresión aplicable plenamente al caso de la Alemania guillermina, donde una de las vías más sólidas para alcanzar la movilidad social fue lograr una formación especializada en universidades o centros de investigación para luego incorporarse al ámbito de la administración o la actividad empresarial. También en el mundo anglosajón, especialmente en Estados Unidos, floreció con fuerza

esta modalidad de ascenso social. Una parte de este grupo social acabaría confundido con los trabajadores *white collar* surgidos de la aristocracia obrera desde fines del XIX.

UN CONTINENTE DE CAMPESINOS

A pesar de la industrialización y del éxodo rural hacia las ciudades o hacia América, la Europa del siglo XIX continuó siendo un continente de campesinos. La condición de campesino no venía determinada sólo por la ocupación en la actividad agraria, sino también por su estilo de vida. Las formas de vida comunitarias, vigentes en aldeas y pueblos, configuraban una sociedad rural en la que sus enormes diferencias internas se podían atenuar gracias a estas defensas comunitarias. La situación del campesinado es, asimismo, muy diversa en el continente europeo. En Occidente se va convirtiendo progresivamente en agricultor, gracias a su condición de propietario cultivador directo o en régimen de gran arriendo: es el caso de Francia y regiones europeas limítrofes. Pero también se mantienen amplias áreas de campesinado sin tierras (los jornaleros andaluces, los *braccianti* italianos) o bajo fórmulas de cesión de la tierra de carácter precario, como la *mezzadria* italiana o el *métayage* francés. La consolidación del campesino europeo como pequeño propietario será un proceso posterior a la crisis de finales del XIX. Por su parte, el campesino de la Europa oriental permaneció bajo el régimen de servidumbre hasta mediados del XIX, que es cuando se produce la abolición de la misma (1848, en el Imperio austro-húngaro y 1861, en el Imperio ruso). Aunque los decretos de emancipación no abrieron el camino hacia una significativa redistribución de la tierra, es evidente que constituyeron un hecho decisivo en la historia europea del siglo XIX, mediante el reconocimiento de la igualdad jurídica de millones de campesinos. Como ha observado Jerome Blum, la emancipación campesina fue el “último gran triunfo” de la monarquía sobre la nobleza.

Hacia fines de siglo, en el marco de la crisis agraria finisecular, se aceleró el proceso de destrucción de las formas de vida campesinas y la transformación de la estructura social del mundo rural. La actuación de los diferentes estados nacionales tendió a lograr una cierta homogeneización cultural de las masas campesinas, lo que Eugen Weber define como el tránsito de “campesinos a franceses”. Por otra parte, desde fines del siglo XIX, amplias capas de propietarios no cultivadores directos (rentistas y absentistas) son desplazadas de

la estructura agraria, al hacerse inviable una agricultura europea que, frente a la americana, debía destinar una parte importante de su producción a pagar los derechos de propiedad. De forma complementaria, masas de pequeños cultivadores se convierten en pequeños propietarios y en protagonistas de movimientos cooperativos o sindicalistas de ámbito rural. Los primeros pasos dados en el siglo XIX para modificar una civilización agraria de existencia plurisecular se aceleran desde principios del siglo XX. Pero la desagrarización de la sociedad europea no se completará de forma plena hasta la segunda posguerra.

De artesanos a obreros

El contrapunto a la emergencia social de las burguesías fue la configuración de una variada gama de trabajadores, urbanos, industriales o de servicios, que tendieron a ser clasificados como proletariado o como "clases trabajadoras", cuando no "peligrosas". Gran parte de la población europea del XIX (cerca de la mitad) se agrupaba bajo este rubro de trabajadores que, en sustancia, sólo disponían de su fuerza de trabajo para subsistir y mantener a su familia (o prole). Su denominador común es la condición de ser asalariados, pero su diversidad interna es tanta o más que la vista en otros grupos sociales. En el seno de la clase obrera están no sólo los trabajadores de la gran industria fabril (textil, siderúrgica o minera), sino los trabajadores a domicilio, herencia de la industria doméstica, los criados del servicio doméstico (que eran entre un 15 y un 20 por ciento de las poblaciones urbanas), trabajadores eventuales o ambulantes y los trabajadores de oficios que podían confundirse con los viejos artesanos reunidos en gremios.

Aunque la ocupación en la industria ha sido históricamente más fuerte en la economía europea que en ninguna otra región del mundo, durante el siglo XIX la ocupación laboral en las fábricas era un hecho minoritario. En Gran Bretaña se calcula que en 1831, de más de doce millones y medio de trabajadores, sólo medio millón de ellos trabajaban en fábricas. Y en 1851, en el cenit de su consideración como "taller del mundo", Inglaterra tenía más herreros que obreros siderúrgicos. En Alemania, hacia 1850, los trabajadores ocupados en centros fabriles representaban el 16 por ciento del total, frente a un 45 por ciento de artesanos y un 39 por ciento de trabajadores a domicilio. Aunque la proporción había mudado decisivamente hacia 1900, el número de los artesanos suponía todavía un tercio del total de trabajadores en el sector industrial. El trabajador de oficio se mantuvo, pues, con gran vigor en la Europa del siglo XIX

y ello explica buena parte de la historia del sindicalismo europeo, que en sus orígenes es, sobre todo, agrupación por oficios. Sólo una tendencia fue clara en el seno de las clases trabajadoras del XIX: el progresivo avance del trabajo asalariado, fruto tanto de la nueva reglamentación del trabajo (abolición de gremios), como de la consolidación de la economía capitalista de mercado. Incluso los trabajadores a domicilio, a pesar de disponer de algunos medios de producción propios, eran fundamentalmente asalariados.

Esta variada gama de ocupaciones admitía también varias diferencias de nivel, provocadas por una incipiente movilidad social. En esta movilidad influían con frecuencia razones de carácter étnico o religioso. Las peores ocupaciones se fueron adjudicando a los inmigrantes, fuesen irlandeses en Inglaterra o polacos en Alemania. Algo parecido sucede en América, donde cada nueva oleada de inmigrantes iba sustituyendo a quienes los desempeñaban antes. Poco a poco se fue formando un grupo de trabajadores cualificados que acabaron por constituir la aristocracia obrera, dada su capacidad de mejora de sus niveles salariales y de incorporarse a tareas propias del sector servicios (gestión, administración pública); frente a ella, siguieron existiendo muchas formas de explotación del trabajador, como en el caso de las mujeres y los niños, cuyos salarios eran mucho más bajos que los de los hombres (en torno a la mitad).

EL PENSAMIENTO SOCIALISTA

Las grandes elaboraciones ideológicas del siglo XIX han sido el liberalismo, el nacionalismo y el socialismo. Este último es la decantación de ideas de larga tradición en el pensamiento europeo y de nuevas realidades surgidas en el curso de la revolución industrial y de la construcción de las sociedades políticas liberales. El socialismo nace movido por la idea de conseguir una mayor igualdad social, pero también hunde sus raíces en la utopía de la fraternidad universal.

La preocupación por la situación de los trabajadores, en especial por la clase obrera, fue simultánea al avance de la industrialización y la transformación de la sociedad surgida de las revoluciones liberales. Esta ruptura del orden feudal provocó una toma de conciencia sobre los efectos más visibles de estos cambios: injusticia social y, sobre todo, pobreza, lo que dio lugar a una larga tradición de estudio del pauperismo y de sus causas. Las primeras manifestaciones de esta atención a la cuestión social ya estaban presentes entre los revolucionarios

franceses, en sociedades inglesas y en los primeros defensores de la igualdad social, inspiradores de utopías como la de Babeuf de la Revolución Francesa. Pero estas doctrinas sociales no comienzan a ser sistematizadas hasta 1820 y 1830, coincidiendo con las revoluciones liberales de aquellos años. La palabra empleada para designar esta denuncia de las injusticias provocadas por la sociedad industrial y por el avance del capitalismo fue la de "socialismo", que comienza a ser usado en esta época para contraponerla al término "individualismo". Socialismo significaba lucha por la igualdad, pero también cooperación asociativa frente a la libre empresa.

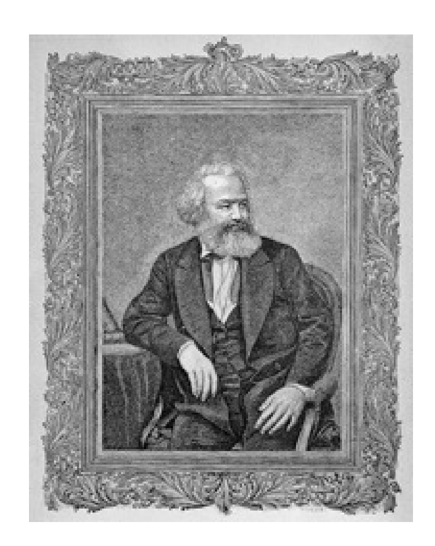
Las primeras teorías socialistas, sin embargo, llamaban más la atención sobre los efectos del capitalismo que sobre las causas que provocaban esta situación de pobreza y miseria de los trabajadores. Hay una influencia muy fuerte, además, del cristianismo en la formulación de las primeras doctrinas socialistas. Sus propuestas se centraban, en consecuencia, en la defensa de acciones filantrópicas o caritativas. Es la época de los socialistas utópicos, que imaginan soluciones ideales para remediar esta situación. En general, los socialistas utópicos aceptan las novedades introducidas por la revolución industrial, hasta el punto de que aspiran más a convertirse en los dirigentes de la nueva sociedad industrial que en ser sus debeladores. Ejemplo de ello son las propuestas del noble francés Saint-Simon, cuyos discípulos, convertidos en una secta, fundan el monasterio de Menilmontant, donde cada miembro trabajaba según su capacidad, pero donde además se pretendía formar a los nuevos directivos de la industria. La fundación de comunidades agrícolas autosuficientes, en forma de "falansterio", por parte del también francés Charles Fourier fue una de las doctrinas más utópicas, vinculada al deseo de recuperar una Arcadia rural, espacio de igualdad y de libertad. Por su parte, la creación de una nueva ciudad, denominada "Nueva Armonía", está asociada al nombre del inglés Robert Owen. Estas propuestas tenían en común la preocupación por la igualdad social, aspiración que podría alcanzarse mediante un nuevo reparto de los frutos del trabajo, realizado en forma colectiva. Aunque fueron, en general, experiencias que no tuvieron continuidad, ponen de relieve que estaba naciendo una poderosa corriente ideológica que buscaba alternativas al nacimiento de la sociedad capitalista.

El tránsito entre estas doctrinas de carácter utópico a las denominadas por Engels como socialismo científico tiene lugar en la década de 1840. En esta maduración del pensamiento socialista se combinan tres grandes tradiciones ideológicas y políticas, las más poderosas de la Europa de entonces: la capacidad teórica de pensadores procedentes del mundo alemán, la experiencia política

forjada en las luchas revolucionarias en Francia y el conocimiento de la economía capitalista inglesa. La confluencia de estas posiciones doctrinales y de las primeras organizaciones obreras dio lugar, asimismo, a dos grandes corrientes ideológicas que dominarán la historia del movimiento obrero de la segunda mitad del siglo pasado: el marxismo y el anarquismo.

El marxismo contiene las posiciones ideológicas elaboradas por Karl Marx y Friedrich Engels desde los años cuarenta y que se recogen tanto en obras de carácter propagandístico, como el *Manifiesto comunista* (1848), en análisis extremadamente precisos como *El capital* (desde 1867) o en textos más breves como la *Contribución a la crítica de la economía política* (1859). De la amplia aportación teórica del marxismo cabe destacar aquí sólo dos puntos. El primero, contenido ya en el *Manifiesto* de 1848 y desarrollado en varias obras posteriores, es la concepción de la sociedad capitalista como un antagonismo entre clase burguesa y clase obrera, de lo que se deriva el principio de que el proletariado sólo podrá derrocar a la burguesía mediante la conquista del poder político. La sociedad, dice el *Manifiesto comunista*, "tiende a separarse cada vez más abiertamente, en dos grandes campos enemigos, en dos grandes clases antagónicas: la burguesía y el proletariado". Esta posición, progresivamente fortalecida en el seno del movimiento obrero internacional, habrá de desembocar en la creación de los partidos políticos obreros y en la postulación de una sociedad futura, de carácter comunista, concebida como alternativa a la sociedad capitalista y burguesa.

KARL MARX (1818-1883)



Nacido en Tréveris, en el seno de una familia judía alemana, estudió filosofía en la Universidad de Berlín donde, bajo la influencia de los “hegelianos de izquierda”, se formó en las tesis de la dialéctica hegeliana. A partir de 1843, por razones políticas, tuvo que salir de la Prusia renana para residir alternativamente en París o Bruselas. En estas ciudades, además de entrar en contacto con exiliados alemanes, conoce a Friedrich Engels, con quien comenzó una colaboración intelectual que habría de durar toda la vida. Obras conjuntas de ellos son *La ideología alemana*, escrita en 1845 como un “ajuste de cuentas” con la filosofía idealista alemana, o el *Manifiesto comunista*, escrito como panfleto político en el curso de las revoluciones de 1848. A partir de 1849, Marx pasa a residir en Londres, donde transcurrió casi toda su vida y donde murió en 1883. En Londres trabajó durante muchos años en la biblioteca del Museo Británico y allí fue donde redactó sus obras más conocidas e influyentes, como son *Contribución a la crítica de la economía política* (1859) y, sobre todo, su obra en tres tomos, *El capital*, comenzada a publicar en 1867, pero cuyos dos últimos tomos habría de editar Engels póstumamente.

Las obras de Marx y, en su caso, de Engels constituyen un análisis completo de la estructura y naturaleza de la sociedad burguesa y capitalista del siglo XIX, una crítica radical de sus contradicciones y una propuesta de transformación de la misma. De acuerdo con la conocida reflexión escrita en *La ideología alemana*, si los filósofos se habían dedicado hasta entonces a “interpretar” el mundo, Marx y Engels proponen que deben dedicarse a “transformarlo”. Ésta fue su divisa intelectual y vital durante el resto de su existencia y una de las principales herencias legadas por el pensamiento de Marx a toda la tradición socialista posterior. A través de conceptos como plusvalía y revolución social, forjó las bases del materialismo histórico y dialéctico. Además de su obra teórica, Marx fue un activo dirigente político del movimiento obrero europeo, contribuyendo de forma muy directa a la fundación de la AIT (Asociación Internacional de los Trabajadores) en 1864, en cuyo seno hubo de luchar por fijar sus posiciones doctrinales frente a las anarquistas defendidas por Bakunin.

La dimensión de su obra intelectual y su condición de dirigente del socialismo internacionalista hacen de Marx, junto a Darwin, una de las figuras más decisivas del siglo XIX. Su mayor grandeza está, como ha observado el historiador George L. Mosse, en que supo recoger las ideologías del siglo XIX y lanzarlas en una dirección completamente opuesta. El idealismo hegeliano fue reconvertido en una explicación materialista de la realidad. La sustitución histórica de unas clases por otras, en la que insistía tanto el pensamiento histórico liberal francés, fue transformada por Marx en la lucha de clases como motor de la historia. La crítica “pauperista” al naciente capitalismo realizada por los socialistas utópicos fue dirigida hacia el origen del problema: la apropiación del trabajo, en forma de plusvalía, por parte de los propietarios de los medios de producción.

El segundo punto importante del marxismo es su análisis crítico de la economía capitalista, lo que le permite identificar las causas de la miseria del proletariado. Éstas se hallan en la apropiación por el capitalista de un “plusproducto” producido por el trabajo del obrero. Es la plusvalía que los propietarios de los medios de producción logran de quienes sólo disponen de su fuerza de trabajo. De aquí deriva otra conclusión importante: la superación de la opresión de la clase obrera sólo puede lograrse mediante la supresión de la propiedad privada de los medios de producción y su conversión en propiedad

colectiva. Para conseguir este objetivo será precisa una revolución social, previa al establecimiento de una sociedad sin clases, en la que se debe conquistar el poder político del Estado e implantar, de forma temporal, una dictadura del proletariado.

Por su parte, el anarquismo se fundamenta menos en la organización del partido obrero y más en la capacidad del individuo para lograr su libertad y una relación igualitaria con sus semejantes. Su rechazo de la autoridad desemboca en la negación del Estado como forma política y en la abolición de la propiedad privada, considerada como un robo. Esta tradición de pensamiento arranca de las utopías igualitarias del siglo XVIII (Godwin, 1793) y alcanza en el siglo XIX expresión en las obras del francés Proudhon y, posteriormente, en las de los rusos Bakunin y Kropotkin. El enfrentamiento entre marxismo y anarquismo, en sus diversas variantes, estará presente en los grandes debates del movimiento obrero de la segunda mitad del XIX, especialmente durante la época de la I Internacional.

Las primeras acciones colectivas

Hasta mediados del siglo XIX, el movimiento obrero carece de los instrumentos que posteriormente serán su principal base organizativa: el sindicato y el partido político, así como la solidaridad expresada en el internacionalismo proletario. Pero, como hemos señalado antes, el modo en que los heterogéneos componentes de las clases trabajadoras se fueron reconociendo como tales fue a través de experiencias y acciones llevadas a cabo de forma colectiva. En el medio siglo anterior a las revoluciones de 1848 tiene lugar un proceso de configuración de las estrategias organizativas del movimiento obrero. De ahí que sean no sólo muy distintas entre sí, sino que presenten relaciones evidentes con la tradición de lucha de artesanos y trabajadores de gremio que ya se desarrollaban en el siglo XVIII y que, al mismo tiempo, presenten diferencias nacionales muy fuertes, de acuerdo con el estadio de desarrollo en que se halle la clase obrera y la naturaleza del sistema político de cada país. Fue un periodo en el que los obreros de la ciudad (y, finalmente, también del campo) trataron de responder al surgimiento de las nuevas estructuras económicas y políticas del capitalismo industrial y del liberalismo político, con aspiraciones utópicas que tenían su principal amalgama en valores como la solidaridad y la confianza en el progreso.

Las primeras acciones de las clases trabajadoras se desarrollan en un contexto de prohibición del asociacionismo, medidas que se toman en Francia con *Le Loi Chapelier* (1791) y en Inglaterra con las *Combination Acts* (1799). Ello obliga a los trabajadores a combinar formas de lucha violentas y propias del Antiguo Régimen, como la revuelta y el motín, con acciones colectivas cada vez más organizadas. Una de las manifestaciones más importantes de la lucha obrera se concreta en el combate contra los efectos del maquinismo, dado que la introducción de máquinas suponía o bien la pérdida del trabajo o la necesidad de superar organizaciones gremiales muy poderosas, como la de los tejedores. En Inglaterra, durante las décadas de 1810 y 1830 tienen lugar dos movimientos sociales conocidos por el nombre de sus dos supuestos líderes: Ludd y Swing. Los ludditas, seguidores de un tejedor llamado Ludd, estaban integrados por tejedores y trabajadores textiles que lograron destruir entre 1811 y 1816 una importante cantidad de telares mecánicos en varias zonas del centro de Inglaterra. En 1830, los seguidores del "capitán" Swing lograron asimismo destruir una gran cantidad de trilladoras introducidas recientemente en la agricultura inglesa. Ambas son manifestaciones intermedias entre la *jacquerie* rural de tradición medieval y la acción colectiva propia de la sociedad industrial. Los ludditas utilizaban la intimidación, enviando cartas amenazadoras a los patronos, al tiempo que efectuaban peticiones dirigidas al Parlamento, lo que el historiador E. Hobsbawm ha definido como una suerte de "negociación colectiva" a través del motín y la revuelta. Pero su acción dista mucho de ser simplemente una reacción contra la introducción de máquinas. Anhelaban una estabilidad que el avance del maquinismo ponía en peligro y reclamaban también mejoras en sus salarios y condiciones de trabajo más adecuadas.

Estas formas de lucha contra los efectos de las primeras fases del industrialismo se encuentran también en diversos lugares del continente, donde hubo conflictos de carácter luddita en varias épocas y lugares, desde la Normandía francesa hasta el Mediterráneo español (casos de Alcoy —1821— y Barcelona —1835—). Algunas de estas revueltas, como la de los tejedores de Silesia en 1844, merecieron el aplauso de intelectuales coetáneos, como el poeta Heinrich Heine, que inmortalizó esta insurrección en su poema "Los tejedores".

Pero la expresión más elaborada de acción colectiva de la clase obrera en esta primera mitad del siglo XIX fue el movimiento cartista inglés, que ocupa la década de 1840. El cartismo deriva su nombre del hecho de haber reunido en la Carta del Pueblo, redactada en 1838, los seis puntos que los cartistas reivindicaban ante el Parlamento británico y que, en sustancia, suponían una

reforma electoral y un programa de carácter democratizador. La novedad del cartismo estaba en que aspiraba a reformar la situación de la clase obrera mediante la vía electoral y parlamentaria, conseguir de ese modo la abolición de las “Leyes de Pobres” *(Poor Laws)*, promulgadas en 1834, así como modificar las condiciones de trabajo en la industria: salarios, jornada de trabajo. Aunque no lograron que el Parlamento aprobara sus peticiones, la experiencia cartista resultó decisiva para la historia posterior del movimiento obrero británico, ya que vinculó estrechamente la acción de los trabajadores con objetivos políticos generales.

Esta experiencia de lucha por la emancipación de los obreros termina en la primera mitad del siglo con las revoluciones de 1848 que, como en la cuestión nacional, también supone un hito en la evolución del socialismo y del movimiento obrero europeo. En diversas capitales europeas (París, Viena, Berlín) los trabajadores participaron activamente en la lucha revolucionaria. En Francia, el socialista Louis Blanc, como miembro del gobierno revolucionario, consigue crear los Talleres nacionales, institución que aspiraba a organizar el trabajo en forma de cooperativas gestionadas directamente por los obreros, aunque en su creación debería participar el Estado. Pero la experiencia duró sólo unos meses. El fracaso de las revoluciones de 1848 tuvo importantes consecuencias para el movimiento obrero, al hacer evidente que para modificar su situación era preciso fortalecer la organización independiente de las clases trabajadoras. Comienza así el proceso de afirmación del movimiento obrero a partir de dos pilares: el sindicato y, sobre todo, el partido obrero.

SINDICATOS Y PARTIDOS OBREROS

En los orígenes del movimiento obrero se encuentran formas muy diversas de organización. En algún caso, fueron asociaciones de carácter mutualista las formas organizativas predominantes; en otros casos, eran organizaciones de carácter cooperativo. Ambas modalidades tenían por objetivo dotar de mayor fortaleza al grupo y amortiguar los riesgos derivados de accidentes, gastos excepcionales o pérdida del trabajo. No en vano estas organizaciones se denominaban con frecuencia sociedades de “socorro mutuo”. El paso siguiente fue la creación de sindicatos, que constituyen la forma más elaborada y general de organización del movimiento obrero, dado que el sindicato reúne con frecuencia muchas de estas estructuras asociativas primitivas.

El sindicalismo tiene algunos precedentes en la primera mitad del siglo XIX, pero no es hasta la segunda mitad de siglo cuando se consolidan estas organizaciones, al pasar de estar prohibidas o simplemente toleradas a ser reconocidas legalmente, lo que sucede en Inglaterra desde 1871 y Francia desde 1884. A partir de la década de 1880 es cuando logran estabilizarse como instituciones imprescindibles en la regulación de las relaciones laborales, especialmente en el sector industrial. Es ahora cuando nace propiamente el "obrero consciente", que confía la mejora de su situación a la potencia de una organización.

Los modelos sindicales son muy diferentes según las tradiciones de cada país. En general, puede decirse que en sus primeras expresiones predominó el sindicato de oficio, que reunía a un tipo de trabajadores cualificados y especializados. Posteriormente, se fue abriendo paso el sindicato de industria, que agrupa a todos los trabajadores de un mismo sector, con independencia de su cualificación. En Gran Bretaña, el sindicalismo partió inicialmente de las agrupaciones de oficios, para terminar en una organización de nivel nacional, el *Trade Unions Congress* (TUC), constituido en 1868. A finales de siglo, el TUC ya estaba formado por más de tres millones de afiliados. En Francia no aparece hasta 1895 una *Confédération Générale du Travail* (CGT), mientras que en Estados Unidos, después de una dura represión de las organizaciones obreras, se constituye en 1886 la *American Federation of Labor* (AFL) con 300.000 afiliados. En Alemania, Ferdinand Lasalle funda en Leipzig, en 1863, la *Allgemeiner Deutscher Arbeiterverein* (Asociación General de Trabajadores Alemanes). La organización sindical de las clases trabajadoras fue, pues, un fenómeno general desde el último tercio del siglo XIX. La firmeza mostrada en sus reivindicaciones logró avances importantes en la transformación de las sociedades industrializadas de fin de siglo. La lucha por la jornada de ocho horas, así como la celebración de la fiesta cívica del Primero de Mayo desde 1890 son dos ejemplos de esta capacidad de acción del sindicalismo obrero.

Los dos objetivos básicos de los trabajadores eran la modificación de sus condiciones de trabajo y niveles de vida, por una parte; y, por la otra, la conquista de derechos políticos y sociales. Al primer objetivo respondía la organización de los sindicatos. Para lograr el segundo era necesario otro instrumento: fue así como nacieron los partidos socialistas, socialdemócratas, laboristas u obreros. Su fundación es posterior a la aparición de los sindicatos generales, pero están íntimamente vinculados a ellos, aunque con notables diferencias nacionales.

En el caso británico, la fortaleza del movimiento obrero demoró la aparición de un partido obrero propiamente dicho. El carácter reformista del obrerismo inglés y su vinculación con el liberalismo político, así como la permeabilidad del sistema político británico, explican esta tardanza. De todas formas, sobre los hombros de la organización sindical se creó el Partido Laborista *(Labour Party)*, cuya fundación en 1905 por Ramsay MacDonald fue respaldada con la afiliación colectiva de los miembros de las *Trade Unions*. Los obreros ingleses se desprendían así de su participación política a través del partido liberal, para construir una organización propia. El éxito electoral del laborismo será una de las grandes novedades del periodo de la primera posguerra, cuando McDonald alcance por primera vez el poder en las elecciones de 1924.

La organización partidaria más poderosa fue el SPD alemán *(Sozialdemokratische Partei Deutschlands)*, fundado en 1875 en la ciudad de Gotha a partir de la fusión de dos partidos socialistas preexistentes, los de Ferdinand Lasalle y Karl Liebknecht. Su participación en la vida política alemana estuvo caracterizada por dos hechos, relacionados con la peculiar formación de la Alemania guillermina, de débil arraigo del liberalismo político y de rápida industrialización. En primer lugar, el SPD logró alcanzar un enorme peso electoral, que alcanzó a un tercio de los diputados del *Reichstag* en vísperas de la I Guerra Mundial, lo que propició la conquista de una legislación social muy avanzada, el más claro precedente del "Estado de bienestar" del siglo XX. Su segunda característica fue su obligación de practicar una "integración negativa" en la estructura política y social de la Alemania guillermina, hasta el punto de rechazar todo tipo de participación en los gobiernos, en la confianza de que la construcción de una nueva sociedad sólo sería posible con una hegemonía social y política del socialismo. El estallido de la guerra del 14 rompería abruptamente esta posición externa al sistema político de la socialdemocracia alemana, al apoyar al gobierno del emperador Guillermo II.

Estos dos partidos constituyen los principales modelos de organización política de la clase obrera de la Europa de fines del XIX. La socialdemocracia alemana ejerció una considerable influencia en el Imperio austro-húngaro, en los países escandinavos e incluso en España, donde el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) fue fundado en 1879 por el tipógrafo Pablo Iglesias. Por su parte, el laborismo inglés se difundió ampliamente a través de los países integrados en la Commonwealth británica.

Las Internacionales obreras

El internacionalismo del movimiento obrero es una aspiración forjada en la mítica de la Revolución Francesa y acrecentada por el socialismo utópico y el pensamiento romántico. Su fundamento está en la solidaridad de los trabajadores, expresada con frecuencia en la acogida de exiliados y en la ayuda mutua. La primera organización de este estilo fue la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT), fundada en el Saint Martin's Hall de Londres en 1864. Su origen ha sido explicado como el de un "niño venido al mundo en Francia y amamantado en Londres", porque fue fruto del contacto intenso establecido entre obreros franceses e ingleses desde principios de la década de 1860. La AIT es la primera de una serie de organizaciones que marcarán la pauta del movimiento obrero y del socialismo en el mundo hasta la II Guerra Mundial.

En la fundación de la AIT participaron tendencias muy diferentes, desde seguidores de Proudhon hasta cartistas, owenistas, sindicalistas o comunistas alemanes. Pero el papel más decisivo le correspondió a Karl Marx, quien redactó el manifiesto fundacional y los estatutos, en los que se insistía en el carácter central que para la clase obrera tenía la conquista del poder político como medio para lograr su emancipación económica y social. La AIT se organizó en federaciones nacionales que actuaban a modo de secciones en cada país y un consejo general, que aspiraba a coordinar la actividad de la AIT y que sería elegido en los congresos anuales que se celebrarían. La principal implantación de la Internacional estuvo en Francia, Bélgica y, a partir de 1870, en España e Italia. La evolución de la AIT estuvo plagada de problemas internos, dado el enfrentamiento ideológico existente entre partidarios y contrarios a la intervención de la AIT en la vida política. En contra de la posición de carácter "politicista", que era la posición defendida por los seguidores de Marx, se colocaron, en una primera fase, los proudhonianos y, desde el Congreso de Basilea (1869), los seguidores de Mijaíl Bakunin, defensores del anarquismo. Las ideas bakuninistas de defensa de la igualdad, de rechazo del Estado y de esperanza en la insurrección proletaria como medio de lograr la emancipación obrera ejercieron una especial influencia en España, donde la tradición bakuninista orientó de forma mayoritaria el movimiento obrero contemporáneo, tanto en la Cataluña industrial como en la Andalucía agraria.

MIJAÍL BAKUNIN (1814-1876)



Nacido en el seno de una familia de propietarios rurales del noroeste de Rusia, su vida se desarrolló por diversos países de Europa, constituyendo su biografía una de las mejores expresiones del pensador y agitador revolucionario del siglo XIX, además de ser el primer gran líder del anarquismo. Después de un breve paso por la escuela de artillería de San Petersburgo comenzó a estudiar literatura y filosofía. En 1840 se desplazó a Berlín, donde entró en contacto con los "Jóvenes Hegelianos" y forjó un ideario de carácter revolucionario, plasmado en su conocido aforismo de que "la pasión destructiva también es una pasión creadora", contenido en su libro *Reacción en Alemania* (1842). En la década de los cuarenta conoció en París a Proudhon y Marx, además de frecuentar los círculos de emigrados polacos, lo que le sensibilizó respecto de la liberación nacional de los pueblos de la Europa oriental, sometidos al dominio de los imperios de Rusia y Austria-Hungría, que fue una de sus principales obsesiones durante toda su vida.

Como hombre de acción, participó en gran parte de las revoluciones y movimientos políticos de la Europa de mediados del XIX. Luchó en las revoluciones de 1848, en las barricadas de París, en Polonia y en Sajonia, donde fue detenido y enviado a Rusia, que lo confinó en Siberia, de donde consiguió escapar, en 1861, a través de Japón y Estados Unidos, para regresar a Europa, instalándose en Londres gracias al apoyo de Herzen, líder de los emigrados rusos. En 1863 participó en la insurrección polaca y pasó a residir más tarde en Italia durante cuatro años, donde acabó de forjar las líneas maestras de su ideario anarquista, consistente en el rechazo del control político del movimiento obrero y la subordinación a cualquier tipo de autoridad, especialmente la del Estado, como muestra en su último libro *El Estado y la anarquía* (1873).

El principal conflicto ideológico y político sostenido por Bakunin fue el protagonizado con Karl Marx, después de su incorporación en 1868 a la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT). En el congreso de La Haya de 1872, la corriente marxista logró expulsar del movimiento a Bakunin y sus seguidores, lo que abrió una profunda brecha en el movimiento obrero internacional durante muchas décadas. Sus últimos años los pasó en Suiza, donde murió pobre en 1876. La mayor influencia de sus ideas se concretó entre los pensadores nihilistas rusos y en el movimiento anarquista de Italia y muy especialmente de España, donde el arraigo de las ideas bakuninistas se mantuvo con gran fuerza hasta la Guerra Civil.

La AIT terminó su actividad en Europa en 1872, aunque formalmente pervivió en Estados Unidos hasta 1876. En su disolución final intervienen varios factores. Además del fuerte enfrentamiento entre marxistas y bakuninistas, la derrota de la Comuna de París (1871) y, sobre todo, la represión que en la mayoría de los países europeos se desata sobre las organizaciones obreras acabaron por debilitar al movimiento internacionalista. Como principal legado del mismo quedó la división ideológica entre anarquismo y socialismo. El anarquismo va a oscilar entre la táctica "insurreccional" de Bakunin y la "colectivista" de Piotr Alexéievich Kropotkin; el marxismo, término que se empieza a acuñar precisamente en esta época (1895), será el eje del socialismo. Su fuerza estribaba, como observa Eric Hobsbawm, en que Marx ofreció a los trabajadores "la seguridad, similar a la que en otros tiempos aportara la religión, de la inevitabilidad histórica de su triunfo definitivo". Esta posición fortaleció la tendencia a la creación de partidos políticos obreros, independientes de los burgueses, que debían preparar a la clase obrera para el acceso al poder mediante la imposición de la dictadura del proletariado. Los partidos tendrán, pues, en la II Internacional el protagonismo que habían tenido las organizaciones sindicales en la AIT.

La II Internacional fue fundada en 1889 en París, constituyéndose en la gran organización obrera mundial hasta que quedó rota por las consecuencias de la guerra de 1914, a pesar de que no integraba a los anarquistas, que fueron violentamente expulsados de la misma en varios congresos (Zúrich, 1893, y Londres, 1898). Su organización era menos rígida que la de la AIT, al ser concebida como una federación de organizaciones nacionales, fuesen sindicatos o partidos. El partido más influyente fue el socialdemócrata alemán, que estableció la orientación doctrinal de la Internacional.

Pero tampoco esta segunda AIT estuvo libre de debates ideológicos internos. Por una parte, estaba la tendencia más ortodoxa y centrista, representada por Karl Kautsky, quien defendía el carácter inevitable del derrumbe del capitalismo y, por tanto, una posición de quietud y espera. Posición que revela la expresión kautskiana que define el SPD como un "partido que, aunque es revolucionario, no hace la revolución". Por otra parte, la tendencia revisionista que tiene en Eduard Bernstein el principal exponente, quien defiende la necesidad de actuar directamente en la vida política para lograr reformas sociales, lo que suponía establecer alianzas del socialismo con partidos no obreros. Estas posiciones revisionistas fueron rechazadas contundentemente (Congreso de Stuttgart, 1907) y de hecho, en toda Europa (salvo el caso de Alexandre Millerand en Francia),

ningún político socialista participó en los gobiernos burgueses. Este paso será dado por primera vez en la época de entreguerras.

Pero antes tuvieron lugar dos acontecimientos decisivos para la evolución del internacionalismo obrero. La I Guerra Mundial y la Revolución Rusa. La guerra fue el gran agente divisor del movimiento obrero, al implicar a los partidos socialistas en la defensa de las posiciones de sus respectivos países. El cuarto de siglo de vida de la II Internacional quedaba hecho añicos. Pero el triunfo de la revolución en Rusia abría el interrogante para el socialismo sobre cuál de las vías debía seguir, la bolchevique revolucionaria o la reformista. Este debate vuelve a dividir al internacionalismo una vez terminada la guerra, lo que dará lugar a la escisión de los viejos partidos socialistas en dos ramas, la de los socialistas o socialdemócratas y la de los comunistas o “terceristas”, partidarios de la III Internacional, de clara inspiración soviética. Las guerras no son buenas aliadas del socialismo internacionalista. Así como la guerra franco-prusiana y la Comuna parisina habían destrozado la I Internacional, la II es liquidada en la Gran Guerra europea y la III lo será con ocasión de la siguiente Guerra Mundial y el nacimiento de la política de bloques o guerra fría posterior a 1945.

CAPÍTULO 4

CULTURA Y CAPITAL HUMANO

Las transformaciones económicas, sociales y políticas que experimentó Europa (y países de otros continentes con influencia europea) en el siglo XIX estuvieron acompañadas de profundas mutaciones de carácter cultural. El modo de entender el mundo circundante, las formas de la vida cotidiana, los espacios de sociabilidad, las ideas literarias y artísticas o los conocimientos científicos suponen también en el siglo XIX una ruptura clara con la sociedad del Antiguo Régimen. Todo ello permite considerar este periodo histórico como una etapa de cambio, de mutación desde un mundo pequeño, aristocrático y rural a un mundo más abierto, urbano, burgués y trabajador.

De la infinidad de cambios culturales que tienen lugar en el siglo XIX nos ocuparemos sólo de unos pocos aspectos. A modo de presentación de estos cambios, que reflejan la nueva sensibilidad cultural acuñada por la burguesía y las clases medias profesionales, nos ocuparemos de los marcos de sociabilidad donde se tejen las relaciones sociales y se pone de manifiesto el “ritmo cambiante de la vida” que, en afortunada expresión del historiador George L. Mosse, caracteriza al siglo XIX. Trataremos también de las tendencias culturales en el ámbito literario y artístico, con el tránsito del romanticismo al positivismo que entra en crisis a fines del XIX. También el Ochocientos fue un siglo de mutación de la ciencia, tanto en su organización como en su aplicación al desarrollo económico y a la sustitución progresiva de la explicación religiosa del mundo por otra más racional; el darwinismo, por ejemplo, marcó una línea divisoria del pensamiento dominante de un siglo.

Pero además de las relaciones y las ideas, dos grandes transformaciones sociales y culturales tienen lugar en este periodo. De un lado, un incremento del papel de la educación, fundamento indispensable para la formación de un capital humano que debe pilotar el proceso de modernización que caracteriza el siglo XIX, que al propio tiempo se torna un instrumento útil para lograr la cohesión de

la población en torno a los estados nacionales o, lo que es lo mismo, la nacionalización de las masas. Y, de otro lado, la progresiva aunque limitada secularización de la sociedad, con cambios importantes en el papel de las Iglesias y una profundización del proceso de "descristianización" que había comenzado ya en el siglo XVIII en algunas regiones europeas.

Una nueva sociabilidad

Las transformaciones sociales iniciadas desde fines del XVIII en la sociedad occidental conllevaron una mutación lenta de las formas de vida y de los lugares de encuentro de individuos y grupos sociales. Las relaciones entre las personas, modificadas por la afirmación del individualismo, debieron encontrar otros cauces para su desarrollo. En el Antiguo Régimen, estas relaciones estaban estrictamente codificadas tanto por el estamento a que se pertenecía como por la vigencia de las vigorosas relaciones establecidas en las pequeñas comunidades de aldeas y pequeñas ciudades. Con la lenta destrucción de las comunidades rurales, el incremento de la urbanización, así como la transformación del modelo de familia, cada vez menos extensa y más nuclear, son precisas nuevas formas de establecer las relaciones sociales. Todo ello se resume en una nueva sociabilidad, de carácter burgués y urbano, que separa claramente lo público de lo privado, que diferencia netamente el papel de la mujer y del hombre y que establece una nueva moral social, en la que actúa como principio básico la respetabilidad.

La sociabilidad es un concepto historiográfico relativamente reciente, que trata de llamar la atención sobre estos cambios. Con ello se quieren definir, sobre todo, formas de asociación voluntaria de individuos o grupos sociales, que son los lugares predilectos no sólo de relación e intercambio de experiencias comunes, sino también de identificación y de forja de nuevas solidaridades. Constituyen uno de los criterios de pertenencia a una clase determinada o, cuando menos, son indicadores de exclusión. Las formas de sociabilidad afectaron, de hecho, a todos los grupos sociales y a todos los ámbitos. Van desde lugares clásicos como el café o el teatro, los balnearios o las tabernas, hasta las asociaciones forjadas por afinidades mercantiles o por actividades singulares, como el excursionismo o la práctica de un deporte. Pero la sociabilidad también supone el complemento de una de las tendencias culturales más acusadas del siglo XIX, como fue el incremento de la privacidad. Como ha advertido el sociólogo alemán Norbert Elias, el "proceso de civilización" occidental

comporta una progresiva ampliación de los lugares privados como ámbito predilecto de actuación de los individuos. En la época del Antiguo Régimen, la separación entre lo público y lo privado era muy tenue y, en muchos casos, inexistente. Basta observar la organización interior de las viviendas, incluso las menos pobres, para advertir la promiscuidad sociológica de sus habitantes. Incluso los nobles (y, obviamente, los reyes) tenían dificultades para desarrollar de forma privada sus actividades o complacer sus gustos que, como pone de relieve la novela de Torrente Ballester *Crónica del rey pasmado*, podían ser satisfechos *coram populo*, esto es, sin el pudor que caracteriza la respetabilidad decimonónica, esa moral basada en el control de las pasiones. A partir del siglo XIX, en cambio, la vida privada se separa netamente de la pública.

El lugar preferido de la vida privada era la casa, donde se reúne la familia, se fija la residencia del ciudadano elector y contribuyente, y se desarrolla una serie de actividades domésticas, desde el rezo familiar hasta los hitos vitales fundamentales: el nacimiento de sus vástagos y la muerte de sus progenitores. En la casa, el papel estelar le será encomendado a la mujer, como agente principal de gobierno del mundo privado, frente a la calle y el exterior, donde gobierna el hombre. Aunque la casa también puede desempeñar funciones de relación social, a través de fiestas o bailes, tertulias o la práctica del "rito del té", una parte de estas actividades es desplazada paulatinamente hacia el exterior, cuando las casas de los ensanches o barrios residenciales se tornan más pequeñas y los salones interiores deben permanecer casi siempre en penumbra. Es de este modo como nace la sociabilidad decimonónica, bien descrita por el arte y, sobre todo, la literatura de la segunda mitad de siglo, desde Benito Pérez Galdós o Leopoldo Alas "Clarín" en España, hasta Gustave Flaubert en Francia, Charles Dickens en Inglaterra o Giovanni Verga en Italia. Los lugares de sociabilidad son diferentes, sin embargo, según la clase social, el país y las tradiciones culturales. De forma breve, evocaremos los más significativos.

La sociabilidad de carácter aristocrático o burgués es cambiante en el tiempo. En las primeras décadas del siglo se mantiene todavía la tradición del salón aristocrático como lugar de encuentro de los miembros de una misma clase, pero a él se van incorporando burgueses y profesionales cultos, como escritores y periodistas. En los salones, en muchos casos regidos por mujeres, se habla de arte y literatura, de música y viajes, pero también de política y, sobre todo, sirven como medio de socialización de comportamientos que permitan diferenciarse socialmente. El salón va sustituyendo progresivamente a la corte como lugar de actividad cultural y, por tanto, expresa el ideal de la sociedad burguesa de

romper el monopolio cultural de la sociedad cortesana, gracias al mérito y el talento. Las clases medias, formadas por intelectuales y burguesía culta, organizan además otros lugares de sociabilidad más adecuados: en primer lugar, el café, que actuó con frecuencia como foro político, cuando no como embrión de partidos políticos; luego, el café fue derivando hacia el casino, el círculo o el club, al que se puede pertenecer por voluntad propia (símil de la ideología liberal), pero al que está reservada la admisión bajo ciertas condiciones (símil de la sociedad política censitaria). Formar parte de estas asociaciones no sólo permite el ejercicio de actividades de ocio, sino que aporta la nota necesaria de distinción social en una sociedad como la europea en la que la permanencia de los valores nobiliarios *(noblesse oblige)* marca la pauta del buen gusto hasta después de la Gran Guerra. Hacia finales de siglo, estas agrupaciones se complementaron con asociaciones surgidas por nuevas formas de ocio, como el deporte en sus modalidades más elitistas: el tenis y el golf, o a través de sociedades excursionistas.

Naturalmente, la sociabilidad burguesa no se detiene en estos lugares. En los países católicos, la asistencia a los oficios religiosos constituye un lugar de encuentro periódico. En invierno son frecuentes las salidas semanales a la ópera o al teatro. En verano desde mediados de siglo, van también en aumento los desplazamientos a las playas o a los balnearios. El descubrimiento de los espacios abiertos del mar o la práctica del termalismo obedecen a una concepción higienista de la salud, en la que el contacto con la naturaleza debería restaurar los efectos nocivos de la vida urbana, regenerar el cuerpo y calmar la melancolía del espíritu. Muchos malestares difusos se quisieron curar con estas estancias prolongadas en playas y balnearios. Los nombres de Biarritz o Vichy (Francia), Venecia (Italia), Baden-Baden (Alemania), Bath (Inglaterra) o Mondariz (España) logran enorme popularidad entre la sociedad burguesa europea, que encuentra en los balnearios una reproducción a pequeña escala de la ciudad. En los balnearios se conciertan alianzas matrimoniales, se realizan negocios y se hace patente el éxito social.

Una forma de sociabilidad muy especial la constituyen, sin duda, las largas permanencias en centros educativos y, sobre todo, en universidades de carácter “colegial”. Para muchos vástagos de la burguesía resultaba más decisiva la permanencia por largo tiempo en las universidades que el contenido de los estudios cursados. En Alemania, donde ya tenían gran tradición las asociaciones estudiantiles, la pertenencia a estas *Burschenschaften* era una de las vías de acceso a la buena sociedad urbana. También la práctica de los viajes, que ya

contaba con ilustres precedentes en época ilustrada (pensemos en los viajes a Italia de Montesquieu o Johann Wolfgang Goethe), se hace más frecuente en la sociedad del siglo XIX, en parte debido al impulso del romanticismo. Pero también fueron decisivos los nuevos medios de comunicación, como el ferrocarril, para la permeabilización cultural de la sociedad europea.

Las clases trabajadoras lograron constituir, a su vez, importantes lugares de sociabilidad. Uno de los más importantes fue, sin duda, la taberna, donde no sólo se consumía alcohol, sino que se compartían experiencias y se forjaban solidaridades. A pesar de la intensa campaña antialcohólica que se desencadena a fines de siglo, movida por el problema de la "degeneración" de las razas, las tabernas siguieron siendo un lugar central en la vida cotidiana de obreros industriales y agrícolas: "El obrero que no bebe corre el riesgo de ser excluido", se decía en Francia. Pero también las clases populares inglesas tenían en la taberna su "centro de la vida local", como advierte Gareth S. Jones. Una derivación de la taberna fue el *music hall*, cuyo primer local fue inaugurado en Londres en 1849, pero cuyo número fue rápidamente en aumento, pues se estimaban en más de 500 las salas existentes a fines de siglo. Como en el caso de las clases medias acomodadas, las clases populares también tienen en la práctica del deporte, desde finales de siglo, otro espacio de encuentro. Los dos deportes más practicados van a ser el fútbol y el ciclismo, en torno a los que nacen clubes y agrupaciones de deportistas y, progresivamente, de seguidores y espectadores. El deporte más popular fue, sin duda, el ciclismo, dada la repentina difusión de la bicicleta como medio de transporte de la clase obrera desde fines del siglo XIX.

Cuando la clase obrera adquiere su madurez organizativa a través de sindicatos y partidos también construye un lugar específico de sociabilidad: la casa del pueblo, difundida por toda Europa a partir del ejemplo del Partido Socialdemócrata Alemán. Dado que la posición social e ideológica de la socialdemocracia se definía en esta época por su "integración negativa" en el sistema político y social bismarckiano, el SPD pilotó la creación de toda una red de sociabilidad obrera, de la que las casas del pueblo eran el punto central. Pero de ella partían otras organizaciones, como los coros, las agrupaciones excursionistas o ciclistas, asociaciones filatélicas, salas de lectura y también tabernas y centros de ocio para ocupar las jornadas de descanso en lugares específicos que en algunos casos sustituían la asistencia a los oficios religiosos dominicales. Piénsese en las "meriendas democráticas" impulsadas por el partido de Lerroux en la Barcelona de principios del siglo XX.

La opinión pública es el correlato necesario de esta clara diferenciación entre

el ámbito privado y el público que caracteriza al siglo XIX. Aunque la opinión pública goza de precedentes en la Europa ilustrada, especialmente en el sistema político inglés posterior a la revolución del XVII, la formación de una opinión pública es indisociable de dos hechos traídos por los procesos revolucionarios: la libertad de expresión y de imprenta, como derechos fundamentales, y el ejercicio de la política como producto de consultas electorales. En ambos aspectos es necesario el concurso de medios de comunicación cada vez más amplios y masivos. Durante el siglo pasado, este papel lo va a ejercer la prensa, a pesar de los numerosos medios de control, cuando no de censura, que tuvo que soportar en diversas fases de la centuria. De hecho, la censura previa de las publicaciones periódicas no fue desterrada, de forma general en Europa, hasta bien entrada la segunda mitad de siglo (Inglaterra, 1861; Francia, 1881; Alemania, 1874; España, 1883).

La prensa constituye la gran novedad cultural del siglo XIX. Los periódicos del XVIII eran, generalmente, instrumentos de información económica o sectorial, al modo de los “mercurios”, “correos” o “semanarios de agricultura”. La prensa de la época liberal se transforma en instrumento de opinión y de lucha ideológica y política. Gran parte de los periódicos del siglo XIX surgen como portavoces de agrupaciones políticas, que encuentran en la prensa uno de los medios más decisivos para lograr la difusión de sus ideas y la coordinación entre sus afiliados y electores. La prensa cumplió también un importante papel cultural, ya que comenzó muy pronto a publicar obras literarias, en forma de folletines, así como a incorporar el grabado y la ilustración.

La consolidación de la prensa como medio de comunicación fue paralela a la renovación de su estructura empresarial y organizativa, así como de sus medios técnicos. Aunque gran parte de la prensa del XIX era todavía local, algunas cabeceras de periódicos lograron convertirse en punto de referencia de la opinión pública de su país e incluso del extranjero. Son los casos de *The Times* inglés, publicado desde 1788, pero también del francés *Le Figaro* (1854), el italiano *Corriere della Sera* (1876), el norteamericano *The New York Times* (1851) o el español *La Vanguardia*, que aparece, con diversas cabeceras, desde 1881.

La prensa fue el instrumento fundamental para la creación de opinión pública y la plataforma necesaria para que periodistas e intelectuales adquiriesen cierto relieve social. Desde fines del XIX, la prensa fue el lugar elegido por escritores y pensadores para convertirse en intelectuales que trataban de guiar al pueblo y combatir los excesos del poder político. Campañas de prensa como las

desarrolladas en torno al *affaire Dreyfus* en Francia, en el curso de la cual se publicó el famoso artículo de Émile Zola “J’Accuse” (1898), testimonian el maridaje entre la prensa y el intelectual. Desde fines del Ochocientos, la opinión pública tuvo además otros medios de expresión, como el cine, cuya expansión desde 1895 siguió un ritmo casi exponencial.

DEL ROMANTICISMO AL POSITIVISMO

La evolución cultural del siglo XIX está presidida por tres grandes movimientos que marcan la pauta de varias décadas. En su primera mitad se desarrolla el romanticismo, tendencia cultural tan ambigua como amplia, pero que afecta al arte, la literatura, la historia o la política. Con el fracaso de las revoluciones de 1848 quedan enterradas las ideas románticas, para ser sustituidas por una época presidida por el realismo en literatura y el evolucionismo y el positivismo en el pensamiento social. Los años finales de siglo abren paso al naturalismo literario, pero también contemplan la aparición de fuertes tendencias decadentistas, que marcan la pauta del *fin de siècle* en ciudades tan señaladas como París o Viena. En la misma época nacen expresiones culturales nuevas, como la fotografía y el cine, o se produce la definitiva ruptura del arte con la realidad figurativa a través del impresionismo y las vanguardias artísticas de principios de siglo.

El romanticismo fue la tendencia cultural predominante en la Europa de las revoluciones y, más concretamente, entre 1815 y 1848, aunque hunde sus raíces en la cultura de fines del XVIII, especialmente en el mundo alemán. Por otra parte, tampoco se puede dar por concluido a mediados de la centuria, porque alguna de sus ideas rebrotó con fuerza a fines del Ochocientos. En cierto modo, el movimiento romántico fue un movimiento cultural que recorrió todo el siglo. No en vano ha sido considerado por Isaiah Berlin como el movimiento de “más envergadura” en la conciencia de Occidente en la época contemporánea, de modo que —y son de nuevo palabras de Berlin— el romanticismo “ha sido una transformación radical y de tal calibre que nada ha sido igual después” del mismo.

Sus características son, por ello, muy diversas y, en ocasiones, contradictorias, dado que son considerados románticos escritores, artistas, músicos o historiadores que defienden actitudes políticas o posiciones sociales muy diferentes, desde el tradicionalismo reaccionario hasta el liberalismo o incluso el

socialismo utópico. Más que un cuerpo de pensamiento, el romanticismo fue un modo de entender el mundo, un talante producto de emociones y de sentimientos. En conjunto, el romanticismo supuso, sobre todo, una reacción frente al pensamiento de la Ilustración y, en cierto modo, contra la propia sociedad burguesa que se estaba construyendo en la primera mitad del siglo XIX. Fue una actitud cultural que se definía con frecuencia por su actitud de rechazo de la ortodoxia racionalista y clasicista heredada de la Ilustración, con la salvedad de figuras como Rousseau. Frente a esta tradición, el romanticismo defendía el instinto frente a la razón, las situaciones límites frente al equilibrio y la armonía, la recuperación de la unión del hombre con la naturaleza frente a las novedades que aportaba la sociedad industrial, las relaciones personales directas frente a la regulación jurídica objetiva instaurada por el liberalismo. Fue un movimiento cultural no sólo de rechazo, sino de defensa de actitudes extremas, en las que la diversidad o la particularidad era apreciada frente a la unidad de la Ilustración. Dada la valoración del individuo, el romanticismo se caracteriza por su enorme pasión creadora. La música, la poesía, el teatro, la novela y la historia fueron sus dominios preferidos.

Los valores defendidos por los románticos eran muy diversos, pero coherentes con este rechazo o, al menos, como una crítica del mundo burgués. Se revalorizó la época medieval, tanto en sus formas artísticas góticas como en sus actitudes religiosas; se mitificó la capacidad del pueblo anónimo como creador de cultura, lo que desembocó en la recuperación de las culturas nacionales, de sus lenguas y de sus literaturas, consideradas más auténticas que las regidas por cánones clasicistas (cancioneros, romanceros, cantares de gesta...); se predicó la vuelta a la naturaleza mediante el descubrimiento del paisaje, la valoración de las ruinas y la pasión por viajar al sur de Europa, a las ruinas de la Italia clásica o de la España árabe. La Alhambra de Granada se "descubre" en este momento. El gusto por el medievalismo, el retorno a la unión del hombre con la naturaleza y la mitificación de las libertades (en plural) individuales y colectivas fueron los grandes temas del romanticismo.

Las manifestaciones del romanticismo son, asimismo, muy variadas, aunque su principal expresión fue la literaria y musical. En literatura, además de la influencia de los románticos alemanes de fines del XVIII (Goethe, Friedrich von Schiller), hay que destacar a los franceses Chateaubriand y Victor Hugo; a los poetas ingleses lord Byron o Samuel Taylor Coleridge, así como el novelista Walter Scott. En pintura, la pasión romántica quedó bien reflejada en autores como Théodore Géricault, autor del célebre cuadro *La balsa de la Medusa*

(1819), o Eugène Delacroix, del que *La libertad guiando al pueblo* (1830) es el mejor homenaje al movimiento revolucionario de aquel año. En la música, que fue una expresión muy grata para los románticos, no sólo destacan figuras como Frédéric Chopin, Robert Schumann o Johannes Brahms, sino que se popularizó, en especial en Italia, la ópera, de la que Giuseppe Verdi fue el autor más celebrado. En el dominio de la historia, autores como Jacques Thierry o Jules Michelet en Francia o Thomas Carlyle en Inglaterra, lograron construir el más brillante relato de la epopeya de sus respectivos pueblos o de sus figuras o héroes históricos.

La segunda mitad del siglo XIX está dominada por tendencias culturales muy diferentes a las propiamente románticas. Es la época de mayor esplendor de la sociedad burguesa europea, que domina el mundo. El ejemplo más característico de este clima social e intelectual se expresa a través de lo que en Inglaterra se conoce como "época victoriana", en la medida en que el reinado de la reina Victoria (desde 1837 a 1901) representa las virtudes burguesas. Es una época asimismo de clara revisión de los postulados románticos. Por una parte, se consolida la visión positivista y evolucionista de la sociedad; por otra, emerge hacia un primer plano la obsesión por reflejar directamente la realidad exterior, lo que dio lugar a una corriente cultural como el realismo, que tuvo su principal manifestación en el ámbito literario. Sin embargo, en el mundo de la expresión plástica, el realismo se encontró con una nueva forma de pintura, no especialmente atenta a la realidad, que se convirtió en la gran aportación artística del Ochocientos, que fue el impresionismo.

La visión del mundo forjada por la sociedad burguesa europea, después de la exaltación de la época romántica, debe mucho a las ideas científicas. Un clima intelectual en el que se valoraban cada vez más el cientificismo y el método experimental fue el predominante en Europa a partir de 1848. El evolucionismo darwinista ejerció, sin duda, su mayor influencia, hasta el punto de que esta confianza en la ciencia fue convirtiéndose en una creencia que podría sustituir a la propia religión. La idea de progreso era un hecho admitido de forma generalizada. La convicción de que la sociedad era algo semejante al mundo natural había sido demostrada no sólo por el evolucionismo darwinista, sino por los primeros cultivadores de la sociología y antropología, como Auguste Comte, Herbert Spencer o Lewis Henry Morgan. La influencia de Comte en el pensamiento europeo de la época fue muy grande: la evolución de la humanidad se divide, según este autor, en tres fases o "estadios", desde el teológico y metafísico hasta el "positivo", que era el correspondiente a la Europa del

momento. Este clima intelectual valoraba sobre todo el cientificismo, el método experimental, la materia y la libertad; todo ello envuelto en una capa de optimismo y de confianza en el futuro. Es el triunfo de la mentalidad del positivismo.

Algunas de estas tendencias pueden observarse en el realismo literario, que supuso claramente la ruptura con el romanticismo. Se abandona el gusto medievalista y se concibe el relato literario como fruto de un método científico, de expresión objetiva y verídica de la realidad circundante. El género literario que mejor se adaptó a estas premisas fue la novela, que triunfó en todos los países europeos, con logros excelentes en todas las literaturas del continente. Honoré de Balzac o Gustave Flaubert en Francia, Charles Dickens en Inglaterra, Lev Tolstói o Fiódor Dostoievski en Rusia, Galdós, "Clarín" y Emilia Pardo Bazán en España o Eça de Queiroz en Portugal son algunas de las figuras literarias más destacadas. El libro que mejor reflejó este cambio de rumbo fue *Madame Bovary* (1857), de Flaubert, escrito por su autor a partir de un hecho real. La ascensión de nuevas capas sociales, los problemas derivados de la moral burguesa, la degeneración de la vida pública son algunos de los temas reiterados por esta literatura realista. El siguiente paso fue el naturalismo, que supone la profundización en el verismo realista anterior. El gran exponente de esta tendencia fue el novelista francés Émile Zola, abanderado no sólo de una descripción descarnada de la realidad, sino de una denuncia de la injusticia social y política, que tendría su gran momento con ocasión del *affaire* Dreyfus (1898).

En el arte, especialmente en la pintura, el rumbo seguido fue menos lineal que en literatura. Por una parte, comenzó a practicarse masivamente desde 1850 la fotografía, lo que provocó no sólo problemas de definición de su estatus artístico, sino un problema añadido para la expresión pictórica. Si la realidad podía ser captada directamente a través de una cámara fotográfica, ¿qué podía hacer el pintor? Esta reflexión orientó cada vez más la pintura hacia nuevas formas expresivas, en las que lo prioritario ya no era el verismo de sus retratos o paisajes, sino el estudio de la luz y del color. Se fue configurando así la corriente del impresionismo, muy poco aceptada en su época por la crítica de arte, pero que al fin se ha convertido, con el paso del tiempo, en el mejor legado pictórico de la segunda mitad del siglo XIX. El impresionismo, definido como tal en 1874 a partir de una exposición pictórica realizada al margen de los centros académicos, está formado por pintores casi exclusivamente franceses: Édouard Manet, Claude Monet, Auguste Renoir, Edgar Degas, Paul Cézanne o Camille Pissarro.

El nombre deriva de un cuadro de Monet, titulado *Impression: Soleil levant*, pintado en 1872.

A partir de los años finales del XIX, en el contexto del periodo conocido como la *belle époque*, tiene lugar un nuevo cambio cultural cuya trascendencia sólo será apreciada debidamente en la época de entreguerras. También en este momento intervienen influencias intelectuales muy diversas. La conciencia de insatisfacción sobre la sociedad finisecular, expresada en esa visión pesimista del *fin de siècle* tan difundida en círculos intelectuales como los de París o Viena, abre el camino hacia una doble reflexión. Por una parte, mediante la insistencia en el concepto de decadentismo, de intuición pesimista sobre el final de un mundo y de retorno al espiritualismo. Es la posición que reflejan el movimiento poético simbolista (Rimbaud, Verlaine) o en las obras literarias escritas por Oscar Wilde, Henrik Ibsen o Joris-Karl Huysmans, cuya novela *A rebours* ejercería una gran influencia en toda la vanguardia literaria europea. Es aquí donde se advierte el retorno de algunas de las ideas del movimiento romántico, sobre todo en lo que se refiere a la recuperación de las emociones y los sentimientos como forma predilecta de expresar la visión del mundo en la transición del Ochocientos al Novecientos. Fue tanto una recuperación de algunas ideas del viejo romanticismo como una reacción frente al positivismo materialista de las décadas precedentes. Gran parte de la cultura y del pensamiento irracionalista que florecerá en el periodo de entreguerras tiene sus raíces en esta crítica finisecular del positivismo.

Por otra parte, tiene lugar el nacimiento de movimientos de vanguardia, de ruptura con todos los cánones heredados de la cultura decimonónica. Ruptura en el campo de la pintura, a través del cubismo y del expresionismo. El cuadro de Edvard Munch *El grito*, pintado en 1893, supone uno de los puntos de partida de la pintura expresionista; pero fue en el París de principios de siglo donde nació el movimiento pictórico que más profundamente cambió la tradición artística de la representación, a través de la descomposición de la figuración: el cubismo, del que Pablo Picasso fue su principal figura.

La aparición de nuevas formas artísticas no se redujo únicamente a la pintura, ya que alcanzó a la música o a la arquitectura. Movimientos modernistas coetáneos surgieron en diversas ciudades europeas, desde el secesionismo vienés o el *art nouveau* del belga Horta hasta el *noucentisme* catalán. Al mismo tiempo emergieron con fuerza nuevas formas de expresión artística. Una de ellas fue el cartelismo; pero la de mayor trascendencia futura fue, sin duda, el cine, cuyos modestos comienzos en 1895 no hacían presagiar todavía la difusión universal

que alcanzará durante el siglo XX.

Todas estas transformaciones culturales serían ininteligibles sin tener en cuenta los cambios sociales y científicos que caracterizan el fin de siglo. La conciencia de haberse perdido el mundo equilibrado y satisfecho construido por la burguesía victoriana se hacía patente en el ascenso político de los partidos socialdemócratas, en la aparición de nuevos grupos sociales que tan bien describió el sociólogo alemán Max Weber, en el protagonismo creciente de la mujer o en la configuración de una visión del mundo en la que la idea de progreso ilimitado había sido sustituida por la incertidumbre y la diversidad de opciones. El peso de este cambio de paradigma cultural recayó en el ámbito de la ciencia experimental, aunque su extensión al campo de la ciencia social tardaría bastante tiempo en ser incorporada.

LAS TRANSFORMACIONES DE LA CIENCIA

En la historia intelectual del siglo XIX, las ideas científicas ocupan un papel cada vez más predominante, tanto en el campo de las ciencias naturales como en las sociales. El triunfo de la razón ilustrada, así como el progresivo dominio de la naturaleza por el hombre, son el fruto de sucesivos avances científicos, en el que participaron figuras singulares que pudieron desarrollar su actividad en climas cada vez más permeables a las innovaciones. La creación de universidades y centros de investigación, el gusto por la experimentación, el conocimiento de nuevas regiones del planeta, el desarrollo de la industria son algunos de los ingredientes que explican este desarrollo científico. La investigación científica, por primera vez, deja de ser una actividad aislada para formar parte de un sistema profesionalizado, en el que la especialización disciplinar y la organización material de la investigación se acrecientan progresivamente. Academias, sociedades científicas, centros universitarios, congresos y revistas especializadas sientan las bases de la ciencia como una actividad de fuerte contenido institucional y corporativo, realizada en equipo y vinculada muy estrechamente a las demandas de la industria y de los estados.

En el campo de las ciencias de la naturaleza, durante la primera mitad del siglo permanecieron vigentes todavía las influencias de la revolución científica producida en el siglo XVII, de la mano de Nicolás Copérnico, Galileo Galilei e Isaac Newton, que supuso la ruptura con toda la tradición aristotélica. Las innovaciones técnicas, tan frecuentes desde fines del XVIII, fueron fruto en

general de las experiencias surgidas en el proceso industrializador. Pero a partir de mediados del Ochocientos, el progreso de las ideas científicas se acelera con fuerza y comienza a preceder a los cambios técnicos. Todo ello concluirá con la gran eclosión científica de fines del XIX y primeras décadas del XX, en las que se asiste a una segunda revolución científica sobre la que todavía está fundamentada la ciencia actual. Aunque la química era la ciencia que más adeptos tenía en el siglo XIX (el número de químicos decuplicaba el de físicos), las áreas en las que tuvieron lugar los avances más decisivos fueron la biología y la física. En todas ellas descollaron figuras singulares, pero sus descubrimientos son inseparables del método científico, basado en el experimentalismo y en el laboratorio, y de la creación de instituciones específicas, como las universidades o los centros especializados de investigación (la *Royal Society* inglesa, la *École Polytechnique* francesa o la *Kaiser Wilhelm Gesellschaft* alemana).

La biología fue la ciencia emergente del siglo XIX, porque fue la que mejor expresó la confianza en el progreso que caracterizaba a la sociedad burguesa de la época. Sus avances tuvieron repercusiones sociales inmediatas, al estar basados en conceptos como los de “evolución” y “selección natural”, que encajaban bien en la explicación de una sociedad en constante expansión. Dos son las figuras más representativas de estos adelantos científicos: el francés Pasteur y el inglés Darwin, ambos convertidos en nombres populares en la segunda mitad de la centuria.

Los descubrimientos de Pasteur, realizados en el último tercio del siglo, deben mucho a la aportación metodológica del fisiólogo francés Claude Bernard. Pero el mérito de Pasteur fue hacer accesibles para amplias masas de población los resultados de estos descubrimientos. Su actividad científica se centró, en paralelo con el médico alemán Robert Koch, en el estudio de los microbios, el desarrollo de métodos de esterilización y la aplicación del principio de la vacunación para el combate de enfermedades. Todos ellos lograron una inmediata repercusión social al poder emplearse de forma generalizada por la medicina en la higiene pública y en la prevención de epidemias. Pero también permitieron desarrollos insospechados en el campo de la conservación de los alimentos, hasta el punto de ser conocido su tratamiento como “pasteurización”. En conjunto, las investigaciones de Pasteur y otros científicos coetáneos contribuyeron no sólo a la mejora de las condiciones de vida, sino a desautorizar la vieja hipótesis de la “generación espontánea” de la vida, lo que complementaba la teoría evolucionista, puesta en boga por Darwin y Spencer.

LOUIS PASTEUR (1822-1895)



Químico francés, descubridor de los procesos de fermentación de los alimentos y de varias vacunas contra enfermedades infecciosas. Hizo sus primeros descubrimientos, relativos al papel de los microbios en la fermentación de los alimentos, en 1849, pero pasaron varios años hasta que los aceptó la comunidad científica. A partir de los años setenta, su reconocimiento científico fue general, logrando algunos éxitos espectaculares, como la vacuna de un joven al que había mordido un perro rabioso en 1885. Además de diversas vacunas, Pasteur descubrió otros remedios antisépticos contra enfermedades infecciosas. En los últimos años de su vida dirigió un instituto de investigación, que lleva su nombre. La conservación de alimentos mediante el empleo de calor es denominada, en su honor, como “pasteurización”.

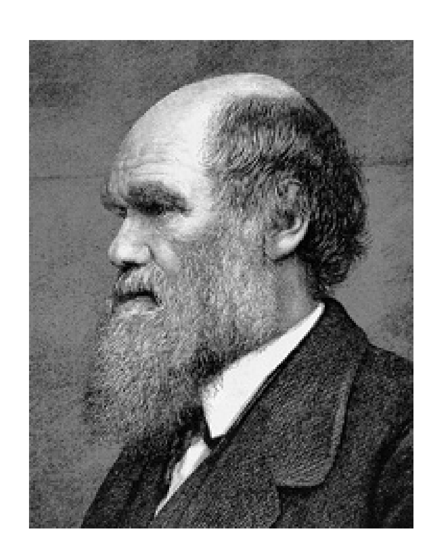
La obra de Darwin, condensada en sus libros *El origen de las especies* (1859) y *El origen del hombre* (1871), fue, sin duda, la aportación científica y filosófica más influyente de todo el siglo XIX. En su conjunto, se conoce como la teoría evolucionista, al afirmar que, en la tradición maltusiana, nacen más seres de los que pueden sobrevivir; que los seres vivos se desarrollan de acuerdo con su capacidad de adaptación a la naturaleza y a su éxito en la lucha por la supervivencia. Proceso que, en consecuencia, permite seleccionar a los más aptos o los que mejor se adaptan a su entorno. Las especies vivas no son, pues, seres con caracteres invariables, como se creía hasta el siglo XIX, sino que evolucionan con el paso del tiempo: son fruto de una selección natural.

Las ideas evolucionistas fueron el fruto del genio de Darwin, pero también de un clima científico concreto, forjado en la mentalidad de una época en la que

muchos otros autores contribuyeron a hacer viable este descubrimiento. La idea de la supervivencia de las especies más aptas procedía del *Ensayo sobre el principio de la población* de Malthus, publicado en 1798, en el que llamaba la atención sobre la divergencia entre el crecimiento de la población y la de los recursos alimenticios. El corolario de esta afirmación era que los seres más débiles morirían, por falta de recursos o, dicho de otro modo, que no todos los que nacen pueden sobrevivir.

La idea de la modificación de las especies por influencia del medio natural en el que vivían fue desarrollada por el paleontólogo francés Lamarck, quien demostró asimismo que los caracteres adquiridos son transmisibles hereditariamente. Las obras científicas de otros autores, como los geólogos Lyell *(Principios de Geología*, 1833) o Chambers *(Vestigios de la Historia Natural de la Creación,* 1844), fueron reconocidas por el propio Darwin como aportaciones de gran influencia en su obra. En suma, la grandeza de Darwin estuvo en formular de un modo general una teoría científica que, a pesar de las resistencias iniciales, acabó por formar parte del acervo común de la cultura del siglo XIX. El camino recorrido por Darwin no fue, pues, un trayecto solitario. Aunque desde su participación en la expedición del *Beagle* (1831-1836) por el Atlántico y Pacífico sur Darwin tenía diseñada su principal hipótesis de que las especies no son inmutables, no se decidió a darla a la luz por temor a ser rechazada. Sólo lo hizo en 1858-1859, cuando advirtió que otro autor, Alfred Russell Wallace, estaba trabajando en la misma teoría.

CHARLES DARWIN (1809-1882)



Científico y naturalista inglés, autor del más influyente libro publicado en el siglo XIX, *Sobre el origen de las especies a través de la selección natural* (1859), base de la teoría evolucionista, aplicada inicialmente al mundo natural y luego extendida, en su libro *El origen del hombre y la selección natural* (1871), a la evolución humana. Nacido en una familia de tradición científica y artística, fue un mal estudiante de medicina en Edimburgo y de teología en Cambridge, pues sus principales aficiones eran la botánica y el estudio de la naturaleza. Gracias a ello, pudo enrolarse en el viaje del navío *Beagle*, dedicado a la exploración de las costas del Atlántico y Pacífico sur, entre 1831 y 1836. En el curso de estos cinco años, Darwin observó el comportamiento de especies vegetales y animales, de fósiles e incluso de tribus indígenas en Tierra del Fuego. Darwin publicó pronto los resultados de estas investigaciones en lo relativo a observaciones geológicas y zoológicas, pero tardó más de veinte años en dar a luz el libro que lo consagraría como el autor de la teoría evolucionista.

Las conclusiones de Darwin, además de sus observaciones empíricas, debían mucho a obras precedentes, como las de Jean-Baptiste Lamarck *(Filosofía zoológica,* 1809) y de Thomas Malthus *(Ensayo sobre el principio de la población,* 1798). La base de la teoría evolucionista reside en la constatación de que las especies no son seres estancos, sino que experimentan constantes modificaciones, fruto de su lucha por la supervivencia. Dado que nacen más individuos de una especie de los que pueden sobrevivir, sólo los más aptos y mejor adaptados al entorno pueden tener éxito.

Las consecuencias científicas e ideológicas de las obras de Darwin fueron inmensas, dado que el evolucionismo descartaba la explicación del origen del mundo —y del hombre— contenida en la Biblia (Libro del Génesis). A pesar de las resistencias iniciales opuestas por la Iglesia, la doctrina evolucionista acabó por ser aceptada de forma generalizada. La razón última no está sólo en la solidez de las conclusiones de Darwin, sino en que era fácil su transposición desde el mundo de la naturaleza a la vida social y política. Si las especies y las razas se seleccionan de forma natural, también lo hacen los pueblos y las naciones. Éste fue el fundamento del darwinismo social, corriente ideológica que tuvo gran eco en la sociedad occidental de fines del siglo XIX, en el curso de la expansión imperialista de las potencias europeas.

La grandeza de la obra de Darwin no está sólo en el descubrimiento de las leyes de selección natural, sino en su capacidad para unir los resultados de la ciencia de la naturaleza y ciencia de la sociedad, y dar una explicación congruente de la evolución tanto de la vida natural como de la vida económica y social.

La aceptación del evolucionismo fue un proceso relativamente rápido, aunque trenzado de acendrados debates ideológicos, en especial por las consecuencias que tenía en el campo de las creencias religiosas. Nada más ser publicado el libro de Darwin tuvo lugar un gran debate en la Universidad de Oxford, donde se enfrentaron el obispo Wilberforce con Huxley, el más decidido defensor de Darwin. La refutación de las ideas darwinistas, aunque fue más fuerte en el ámbito de la Iglesia protestante que en la católica, tuvo poco éxito, a pesar de la ridiculización de afirmaciones como la descendencia humana del mono (que hizo Huxley en 1863 y no Darwin hasta su libro de 1871). La aparición de restos arqueológicos, como el hombre de Neandertal, así como la difusión de ideas de carácter racista, divulgadas entre otros por el conde de Gobineau *(Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas,* 1855), lograron fortalecer e incluso

popularizar el nombre de Darwin. Ello dio lugar a la aparición del concepto de darwinismo social, de gran influencia en la mentalidad colonialista de la época del imperialismo europeo finisecular, al permitir establecer divisiones entre razas superiores e inferiores.

El evolucionismo fue la gran ideología científica de la segunda mitad del siglo XIX, dado que reforzaba el ideal individualista del liberalismo que autores como Walter Bagehot trasladaron al campo de la política. Pero el darwinismo no había puesto en cuestión el principal paradigma científico heredado de la física clásica de Galileo y Newton, consistente en la unidad de espacio y tiempo. Será la física de principios del siglo XX la que rompa este paradigma y establezca uno nuevo, el que se asienta en los principios de la relatividad y la incertidumbre, que son las bases de la gran revolución científica de principios de siglo.

La física fue el campo científico donde ocurrieron las transformaciones más radicales durante el siglo XIX. En las décadas centrales de la centuria, las principales investigaciones se centran en el estudio del calor y la energía, lo que dio lugar a la formulación de las leyes de la termodinámica (1851), cuyo gran adalid fue el científico inglés Walter Thomson, luego conocido como lord Kelvin (primer título nobiliario concedido en el Reino Unido por méritos científicos). En cuanto al estudio de la luz, que ya había sido objeto de investigaciones por parte de Michael Faraday, experimenta su gran avance con la teoría electromagnética elaborada por el escocés James Clerk Maxwell (1861), lo que supuso el punto de arranque de la física moderna. Aunque esta teoría no cuestionó directamente la física newtoniana, abrió la posibilidad de una interpretación no mecanicista de la naturaleza.

El siguiente paso en la ruptura del paradigma newtoniano de la representación del mundo físico tiene lugar en las décadas que bordean el final de siglo. El matemático y filósofo vienés Ernst Mach efectuó la primera crítica del concepto de tiempo heredado de Newton, al advertir que la noción de tiempo absoluto “está desprovista de sentido”, no siendo más que una abstracción. Pero la ruptura obedecía incluso a nociones mucho más complejas. Desde finales de siglo, no sólo se puso en duda la objetividad del conocimiento del mundo sensible a través de la experiencia sino que se recuperó un papel central para el sujeto que observaba ese mundo. La certeza de que la ciencia suponía un reflejo exacto de la naturaleza comenzó a perderse. La realidad física no estaba formada por átomos que actuaban al modo de pequeñas “bolas de billar” que obedecían a leyes científicas comunes. Todo esto llevó al abandono de las nociones clásicas, casi admitidas vulgarmente, del espacio y tiempo, para postular que ambas

nociones son relativas. Al propio tiempo, a partir de los experimentos de Michelson-Morley, realizados en 1887, se abandona el concepto de éter, sustancia que se suponía que era el soporte de las ondas electromagnéticas. Los dos principales científicos que realizaron esta revolución en el campo de la física fueron los alemanes Einstein y Planck.

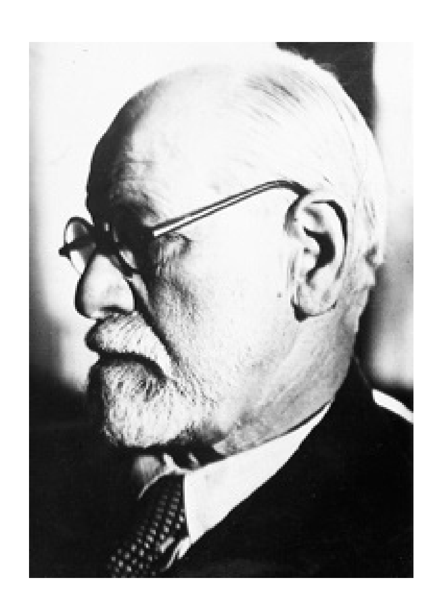
Albert Einstein formuló por primera vez su teoría de la relatividad especial en 1905, en la que se afirmaba que no existían las nociones de espacio y tiempo absoluto, sino que la "posición espacial y temporal de un cuerpo sólo puede ser definida con relación a la de otro cuerpo". Se pasaba de la teoría clásica fundada en la materia a la de energía, dado que la materia no es más que energía altamente concentrada, lo que abría el camino hacia la era nuclear. Esta teoría, que en principio fue mal acogida por la comunidad científica, fue ampliada en 1915 con la teoría de la relatividad general y acabó por ser universalmente aceptada a partir de 1919, cuando con ocasión de un eclipse solar se pudieron comprobar empíricamente las afirmaciones que Einstein había desarrollado de forma teórica.

Max Planck sentó otro de los pilares básicos de la física moderna, cuando en su teoría de la mecánica cuántica, presentada por primera vez en 1900, destruye el concepto clásico de causalidad. La explicación residía en el descubrimiento de la noción de cuanto *(quanta)* como medida de la energía, que podía ser emitida de forma discontinua. Otros científicos coetáneos, como Bohr, que aplicó la teoría cuántica al comportamiento de los átomos (1913), o Heisenberg, que formuló en 1927 el "principio de incertidumbre", acabaron de coronar esta gran revolución de la física moderna.

Las razones por las que se produjo este profundo cambio, obra de unos pocos autores escasamente aceptados al principio por la propia comunidad científica, son de muy diversa naturaleza. Interviene en ello tanto el desarrollo extraordinario de las matemáticas como la aparición de corrientes filosóficas como el positivismo lógico. Pero lo más importante a destacar, desde el punto de vista de la historia, es que estos descubrimientos científicos supusieron el final de una interpretación del universo basada en el conocimiento de hechos y de leyes. Desde principios del siglo XX, en virtud de esta revolución científica, se derrumba la idea de progreso y de evolución lineal, tanto en el mundo físico como en el humano y en el social. La representación determinista del mundo, heredada de Newton, quedó así desautorizada; en su lugar quedó una concepción abierta del saber y del conocimiento. El siglo XX es inexplicable sin estos fundamentos.

En el campo de las ciencias sociales, los grandes avances se produjeron asimismo en la segunda mitad del siglo. Aparte de las aportaciones realizadas por los escritos de Marx y Engels, así como por autores liberales como el francés Tocqueville o el inglés John Stuart Mill a mediados de siglo, en las obras de Comte y, sobre todo, de Émile Durkheim y Max Weber se configura la sociología, ciencia que trata de responder a la necesidad de comprender globalmente una sociedad cada vez más compleja. Un campo en el que se produjo la confluencia entre saber médico y preocupación social fue la psicología, cuyo desarrollo a fines de siglo revela la crisis intelectual de la sociedad burguesa europea. La figura que en este campo se convirtió en punto de referencia de toda la cultura europea del momento fue la del médico vienés Sigmund Freud, inventor del psicoanálisis. A través de sus celebradas obras, como *La interpretación de los sueños* (1900), o de su propia consulta vienesa, Freud logró difundir una nueva forma de interpretar los problemas humanos, mediante el conocimiento de la propia experiencia individual, en especial a partir de los problemas de la sexualidad y de la noción del inconsciente.

SIGMUND FREUD (1856-1939)



Médico austriaco, especializado en neurología, creador del psicoanálisis. Nacido en el seno de una familia judía procedente de Moravia, en 1881 se diploma en medicina en Viena, donde comienza sus primeras investigaciones sobre el sistema nervioso. Pensionado en París, estudia la terapia de la histeria con el neurólogo francés Charcot y más tarde, en Viena, estudia la hipnosis con Breuer. En esta ciudad desarrolla un trabajo clínico y de investigación que le permite crear la “escuela de Viena” de psicología, a la que pertenecieron discípulos como Adler y Jung. En 1908 funda la Sociedad

Psicoanalítica. El número de sus publicaciones fue enorme, alcanzando gran influencia internacional con obras como *La interpretación de los sueños* (1900), *Tres ensayos sobre la sexualidad* (1905), *Tótem y tabú* (1912) o *Más allá del principio del placer* (1920). En 1938, gravemente enfermo, debe abandonar Viena ante la llegada de los nazis, que cuatro años antes habían quemado sus libros en Berlín. Muere en Londres en 1939.

Su gran aportación científica fue el estudio de la compleja mentalidad humana y del inconsciente, más allá de los aspectos puramente anatómicos o fisiológicos. En la mente humana, Freud distinguió las esferas de lo consciente y racional (el *ego),* lo inconsciente e instintivo (el *ello)* y el *superego,* que es el conjunto de normas externas que interioriza el individuo. La relación entre estos tres componentes define muchos comportamientos anormales o enfermedades mentales, que él trataba mediante el método del psicoanálisis. A través de esta terapia accedía al inconsciente de la persona, que en general estaba condicionado por razones de carácter sexual reprimido, y que eran el origen de las enfermedades neuróticas que presentaban los pacientes. Aunque muchas de las tesis de Freud fueron vivamente discutidas (incluso por sus discípulos Jung y Adler), su influencia fue enorme no sólo en la psicología, sino en la interpretación de muchas manifestaciones culturales de la sociedad occidental. Porque la aparición del psicoanálisis supone la búsqueda de una explicación racional de los comportamientos del individuo en el seno de una sociedad como la europea de principios del siglo XX que se hallaba en acelerado proceso de transformación de sus pautas culturales y religiosas.

EL CAPITAL HUMANO

Por capital humano se suele entender la capacidad productiva que poseen los individuos de una sociedad determinada, debido tanto a sus destrezas técnicas como a su formación intelectual. Aunque resulta una evidencia, conviene recordar que la formación del capital humano es un hecho que debe relacionarse con el nivel de desarrollo económico de un país, aunque es materia de discusión establecer si existe relación temporal entre ambos procesos, dado que hay resultados históricos divergentes. Los más claros son los de Inglaterra, cuna de la revolución industrial y, sin embargo, carente de un sistema educativo pionero, frente al caso de Suecia, en la que precedió históricamente su elevado nivel educativo a su industrialización, que se demoró hasta el siglo XX.

Entre los muchos factores que intervienen en la formación y mejora del capital humano es claro que la educación desempeña el papel principal. Algunos países, tanto de Europa occidental como de América, lograron romper durante el siglo XIX la práctica de una educación reservada a las elites y convertir la educación en un sistema de carácter público bajo el patrocinio de las administraciones estatales. El acceso masivo a la educación no es todavía un hecho generalizado en la sociedad europea del siglo XIX; este proceso no tendrá lugar hasta después de la II Guerra Mundial. Pero la ruptura del control que sobre la cultura tenían

los grupos privilegiados (en especial, el clero) durante el Antiguo Régimen fue una de las armas más importantes para que la burguesía pudiese consolidar su ascenso social y para que los estados pudiesen acometer la nacionalización de sus ciudadanos mediante la integración cultural que supone la alfabetización masiva. La educación dejó de ser un privilegio para convertirse en un derecho. El acceso a la educación fue, de este modo, un poderoso instrumento de movilidad social y de reclutamiento de las elites, sobre todo en sociedades como la alemana, donde la cultura adquirida por las clases medias y los profesionales era un signo distintivo frente a la vieja nobleza terrateniente. Pero el ascenso social debido al talento y a los méritos individuales también forma parte del sistema educativo inspirado por la Revolución Francesa.

La generalización de la educación tenía también otro componente importante, al estar estrechamente vinculado con el desarrollo económico, la formación de mercados nacionales y el incremento de la población urbana. La creciente complejidad del trabajo industrial, así como el aumento progresivo de las burocracias estatales, exigían una cualificación técnica que sólo podría lograrse mediante una mejor formación de los trabajadores. La educación es indisociable del proceso de modernización económica y social que caracteriza al siglo XIX. Nacen así unas estructuras educativas, generalmente creadas por el Estado, que constituyen uno de los pilares básicos de la sociedad moderna. En el desarrollo del sistema educativo europeo se pueden advertir ritmos diversos, según niveles educativos y países.

El nivel de la enseñanza primaria es donde se produce el gran avance educativo del siglo XIX mediante una política de alfabetización de la población que permite no sólo adquirir las destrezas básicas de leer y escribir, sino convertir a la escuela en un pasaje vital asociado con la edad de la infancia. Por primera vez en la historia, los niños (y, en menor grado, las niñas) comienzan a “ir a la escuela”. El aprendizaje de la lectura era ya una actividad fomentada de forma general en algunos países, como Suecia o regiones alemanas y suizas, desde el siglo XVII. Una ley sueca de 1686 establecía que los niños debían superar un examen anual de lectura de la Biblia para poder formar parte de la comunidad parroquial, lo que aceleró extraordinariamente la alfabetización. Pero en el siglo XIX se acentúa claramente esta tendencia, de tal modo que hacia 1900 en los países germánicos y nórdicos, así como en algunas regiones de Gran Bretaña, Francia o Austria, y desde luego en Japón y en Norteamérica, el umbral de la alfabetización había sido traspasado por un 90 por ciento de la población. Eran los países que habían superado el analfabetismo aquellos en los que la

formación cultural masiva de la población fue paralela al proceso de modernización económica y social. Sin embargo, en la Europa mediterránea, la mitad de la población en 1900 era todavía analfabeta y en algunas regiones esta proporción alcanzaba a las tres cuartas partes.

Las razones que explican estos resultados educativos son diversas. Una de ellas tiene que ver con el factor religioso. Desde el Renacimiento, la cultura escrita se fue deslizando progresivamente desde el sur europeo hacia el norte, en paralelo al avance del protestantismo, que ha sido considerado frecuentemente como "la religión del libro". La insistencia de la Iglesia protestante en la lectura de los libros sagrados fue muy importante como medio para favorecer la alfabetización. La Biblia, en la Inglaterra del siglo XIX, fue el gran manual educador de la población, haciendo que ésta se familiarizara con todos los personajes bíblicos. Pero la influencia religiosa no lo explica todo porque existen ya en el siglo XIX regiones católicas (en Francia, sur de Alemania) que logran unas altas tasas de alfabetización. En su consecución intervienen las instituciones públicas, pero también las religiosas y confesionales.

La enseñanza primaria se convierte, durante el siglo XIX, en un asunto prioritario de la política de la mayoría de los estados industrializados, con la excepción más conocida de Inglaterra, donde el proceso alfabetizador durante el siglo XIX quedó confiado a instituciones religiosas o de carácter filantrópico, lo que explica su relativo retraso respecto de otros países en materia de organización educativa.

En Prusia, Francia, los países escandinavos y, con menos recursos, en la Europa mediterránea o danubiana, los estados asumen el principio de la escolarización obligatoria, la financiación pública de la enseñanza y el control de centros y reclutamiento de profesorado adecuado. Algo parecido sucede en Japón, donde se funda el ministerio de Educación apenas tres años después de la revolución Meiji. El modelo educativo francés, de origen napoleónico, se consolida definitivamente en la época de la III República, con las medidas tomadas por el gobierno de Jules Ferry en 1881-1882, que establecen el carácter obligatorio y gratuito de la enseñanza. En Alemania, especialmente en Prusia, la enseñanza primaria descansaba en una tupida red de escuelas locales organizadas desde 1763.

Uno de los más importantes conflictos culturales del siglo XIX fue el que enfrentaba a las Iglesias con los Estados en torno al control del sistema educativo. En el mundo protestante, la participación de las instituciones eclesiásticas fue muy importante en la alfabetización no sólo de Gran Bretaña,

sino también de Suecia, dado que la lectura se estimaba como un valor indispensable para la práctica religiosa, de acuerdo con los preceptos del propio Lutero. En cambio, en los países católicos, el Estado mantuvo un duro enfrentamiento con la Iglesia, a partir de la tradición napoleónica de atribución al Estado del monopolio de la enseñanza. A partir de la década de 1830, la Iglesia recobra parte de sus funciones educativas, en especial en países católicos como Bélgica, España o Portugal, gracias a la especialización de algunas congregaciones religiosas en la organización de centros educativos y a los acuerdos o concordatos celebrados entre las diferentes Iglesias nacionales y los estados. Con todo, si algo caracteriza a la historia del siglo XIX es la tendencia a la secularización de la enseñanza.

La organización de la enseñanza media y superior se corresponde todavía más claramente con el grado de desarrollo económico de cada país y la dimensión de sus burocracias estatales. No sólo se crean nuevos centros educativos, sino que se trata de hacer frente a la necesidad de una formación técnica y cualificada coherente con el proceso de consolidación de la sociedad industrial y capitalista. Existen también en este aspecto diversos modelos nacionales de sistemas de enseñanza.

En el caso de Francia, se diseñó el sistema durante el Imperio napoleónico, con la creación de un liceo en cada partido judicial (1802) y la prueba del bachillerato (1808) para acceder al nivel superior universitario. La característica central del sistema educativo francés era su condición piramidal, en la que los diferentes niveles de enseñanza estaban agrupados bajo el gobierno de un delegado del Estado, el rector. En Prusia, por su parte, el sistema educativo deriva de las reformas impulsadas por el ministro Humboldt durante los años 1806-1810, en que se funda la Universidad de Berlín y se transforman las escuelas de estudios clásicos en gimnasios, responsables de la formación educativa en los niveles medios.

Aunque se crean nuevos centros educativos en toda Europa, así como en los países americanos, la principal novedad reside en la atención prestada a los estudios de carácter técnico y científico. La cualificación técnica que antes del siglo XIX se obtenía casi en exclusiva en los centros militares o se aprendía en el seno de los gremios de artesanos especializados se traslada progresivamente hacia instituciones civiles supervisadas por el Estado, sean las propias universidades, en el modelo alemán, sean centros de nueva creación en el mundo francés y británico. Ejemplos de ello son la fundación en Francia de la *École Polytechnique* (1794), que se convertirá en el principal centro francés de

formación científica y técnica hasta el siglo actual. Escuelas de carácter técnico también se crearon en las ciudades centroeuropeas, desde Viena o Praga hasta Zúrich y Berlín, que complementaban de este modo el papel que ejercían las universidades, mucho más volcadas hacia la investigación científica y la formación técnica en el modelo alemán de tradición humboldtiana. Esta atención a la enseñanza técnica y profesional se plasmó también en la creación de escuelas de enseñanza media, separadas de liceos o gimnasios, que son las grandes protagonistas de la formación profesional moderna.

El acceso de la población a la enseñanza media se incrementó significativamente desde 1880 hasta las vísperas de la guerra. La aparición de nuevas profesiones en el sector terciario, así como el desarrollo de las burocracias administrativas, fomentaron la necesidad de cualificación técnica. Pero también influyeron razones de índole social. Hasta los años 1870, la selección de la burocracia no suponía una cooptación por méritos, sino por relevancia social. Tan sólo en Alemania y en Estados Unidos la cualificación se había convertido ya en el requisito fundamental de acceso a la función pública.

En cuanto a la enseñanza superior, las tasas de acceso a este tipo de formación eran todavía bajas a finales del siglo XIX, aunque relativamente significativas. Hacia 1900, la tasa de estudiantes universitarios era (con relación a la cohorte de población de su edad: dieciocho a veinticuatro años) del 2,3 por ciento en Estados Unidos y del 0,92 por ciento en Europa occidental. En la actualidad, estas tasas se establecen en torno al 50 y el 30 por ciento respectivamente. También en aquella fecha era casi irrelevante la presencia femenina en la enseñanza superior, frente a la hegemonía actual. Sin embargo, la presencia de las mujeres en las aulas universitarias era ya significativa a principios del siglo XX, ya que en 1900 se estimaba que la cuota de población estudiantil femenina universitaria era del 19 por ciento del total de estudiantes universitarios de la época.

En cualquier caso, resulta evidente que los esfuerzos de la sociedad liberal del siglo XIX se concentraron en lograr la alfabetización masiva de la población y dotar a la misma de unas destrezas básicas. Entre ellas, una de las más relevantes fue la escolarización en una lengua considerada nacional. La variedad lingüística que existía, sobre todo en Europa, a principios del siglo XIX era enorme. Se ha estimado que en Italia en el momento de su unificación tan sólo hablaba italiano el 2,5 por ciento de la población y que en Francia durante el II Imperio una quinta parte de la población no hablaba francés. Ejemplos semejantes se pueden encontrar en el Reino Unido y, desde luego, en el Imperio austro-húngaro. En

este sentido, el uso de una lengua nacional en la escuela se convirtió en uno de los agentes fundamentales en la nacionalización de los individuos, tanto en Europa como en Estados Unidos, donde la lengua inglesa actuó como amalgama del *melting pot* producido por la masiva inmigración europea, étnica y lingüísticamente plural y diversa.

Una limitada secularización

El nacimiento del mundo moderno conlleva, al mismo tiempo que una valoración de la razón, el progreso y la libertad individual, una progresiva secularización de la sociedad. Esto tiene dos consecuencias diferentes. Por una parte, la pérdida de influencia política de la religión, lo que desemboca en la separación entre Iglesia y Estado, y la proclamación de la superioridad del poder civil sobre cualquier otro. Esta escisión entre Dios y el César era muy antigua en la cultura occidental (y una de sus singularidades, en comparación con el mundo islámico o con el Imperio chino), pero se acentúa con la modernidad inaugurada por las revoluciones políticas del siglo XVIII.

Por otra parte, tiene lugar una transformación de las prácticas religiosas de la población europea; se tiende hacia una progresiva descristianización. Este proceso fue extremadamente lento, sobre todo en los países católicos, donde el poder cultural y político de la Iglesia se mantiene vigoroso al menos hasta la época de entreguerras e incluso hasta épocas más recientes, dado el apoyo político que la Iglesia católica le prestó a regímenes dictatoriales como los existentes en España y Portugal hasta mediados de los años setenta del Novecientos o el papel aglutinador que la religión católica tuvo en la defensa de la identidad nacional de países como Irlanda o Polonia.

La separación política entre la Iglesia y el Estado fue uno de los objetivos centrales de las revoluciones liberales. Esta configuración laica del poder civil fue especialmente difícil en los países de predominio católico, donde el poder del clero había sido muy fuerte en la sociedad del Antiguo Régimen. En estos países, la reforma de la Iglesia comportó inicialmente una desamortización de sus bienes (incluida la capacidad fiscal reconocida en los diezmos), la supresión de órdenes religiosas y la pérdida del control eclesiástico sobre la población mediante la secularización de la enseñanza o la institución del matrimonio civil. Todo ello estaba encaminado hacia la reducción de las actividades de la Iglesia al plano estrictamente pastoral. Sin embargo, este proceso tropezó con muchas

resistencias, lo que dio lugar a la formación de tendencias ideológicas “anticlericales” y “clericales”, así como a la lucha del clero por la recuperación de algunas de las funciones más importantes de su anterior estatus. El ámbito en el que esta recuperación fue más clara estuvo en la educación, donde desde mediados del siglo XIX se comenzaron a implantar congregaciones religiosas de fines casi íntegramente dedicadas a la enseñanza, como los hermanos de La Salle. Pero ésta también fue una de las causas de un conflicto más profundo, sobre todo en la Francia de la III República.

Las relaciones entre la Iglesia católica y los estados liberales se regularon, generalmente, a través de los concordatos, el primero de los cuales fue el suscrito con Napoleón en 1801, al que siguieron cerca de otros treinta más, como el de España en 1851 o el del Imperio austro-húngaro en 1855. En estos concordatos se fijaron las condiciones en las que los estados debían tratar a los miembros del clero, así como compensaciones económicas que la Iglesia debía recibir por la desamortización de los bienes eclesiásticos o la pérdida de territorios del Papado. Éste fue el caso de la unificación italiana, no aceptada por el papa Pío IX, lo que provocó una ruptura de relaciones entre el papado y el Estado italiano que no sería resuelto hasta el Tratado de Letrán de 1929, suscrito por Mussolini y el papa Pío XI. En el resto de los países europeos de tradición católica, sin embargo, la posición de la Iglesia durante el siglo XIX fue relativamente sólida, dada la intensa práctica religiosa de sus poblaciones que, como veremos, sufrirán un lento proceso de descristianización.

Las relaciones de la Iglesia católica con el mundo moderno oscilaron entre el rechazo frontal del mismo y las propuestas de transformación de aquellas ideas consideradas erróneas por los pensadores y teólogos católicos. En la primera posición se hallan múltiples manifestaciones ideológicas de condena de los signos distintivos de la modernidad, como el individualismo, el laicismo, la libertad de conciencia y de expresión y, en general, el liberalismo en su conjunto. Varias encíclicas papales insistieron en esta refutación del mundo moderno. El texto que mejor sintetiza la posición oficial del Vaticano fue la encíclica de Pío IX *Syllabus errorum* (1864), en el que se consideran erróneas cerca de ochenta proposiciones características del pensamiento moderno, además de calificar el liberalismo y la ciencia como hechos incompatibles con la verdad de la Iglesia.

Al propio tiempo, la Iglesia católica reforzó su autoridad interna y su solidez organizativa mediante diversos procedimientos. Por una parte, se ampliaron los seminarios diocesanos para lograr una mejor formación del clero, tanto en cuestiones teológicas como humanísticas. La conciencia de que el clero debía

intervenir en un mundo crecientemente hostil propició este esfuerzo intelectual. Las Iglesias cristianas impulsaron asimismo la creación de congregaciones religiosas con fines educativos o caritativos y también la formación de asociaciones formadas por laicos para lograr de ese modo una acción más intensa y directa en el seno de la sociedad civil. El mejor ejemplo de estas acciones fue la creación de numerosas sociedades destinadas a ejercer misiones evangelizadoras en los territorios que las potencias europeas estaban explorando o conquistando en Asia y África, y que van a tener un gran protagonismo en la expansión colonial europea. Como veremos, tanto católicos como protestantes rivalizarán en su carrera misionera.

Por otra parte, en la Iglesia católica se acentuó la estructura jerárquica mediante la declaración de la infalibilidad del Papa, aprobada en el Concilio Vaticano I, celebrado en Roma en 1870 en un contexto político de suma hostilidad al liberalismo representado por el rey piamontés Víctor Manuel, que acababa de concluir la unidad italiana y dejar al Papa recluido en el palacio del Vaticano. Era el primer concilio ecuménico celebrado por la Iglesia católica, tres siglos después del celebrado en Trento, en el que había quedado soldada la división de la Cristiandad entre católicos y protestantes.

La Iglesia no tuvo, sin embargo, una posición uniforme ni monolítica frente a la sociedad cambiante del siglo XIX. Hubo, por el contrario, un cierto resurgimiento religioso abanderado por movimientos renovadores, como el pietismo alemán o el evangelismo anglicano. Obras como *El genio del cristianismo* (1802), del vizconde de Chateaubriand, alcanzaron una enorme popularidad. Tanto los movimientos de carácter evangelista como el de los "socialistas cristianos" estaban profundamente preocupados por la situación de las clases trabajadoras. En el seno de la Iglesia católica, a pesar de las prohibiciones oficiales, se abrió paso en la primera mitad del XIX una corriente de catolicismo social que llegó a confluir parcialmente con el socialismo o el romanticismo social previo a las revoluciones de 1848. La figura del cura bretón Felicité-Robert de Lamenais fue la más influyente y conocida, al lado de otras como la del cardenal inglés Henry Newman, quien se convirtió del anglicanismo al catolicismo. Sin embargo, esta orientación católica no tardó mucho en ser condenada por la propia autoridad del Papa (encíclica *Mirari Vos*, 1832, de Gregorio XVI).

En el último tercio del XIX, con el acceso al pontificado del papa León XIII, la Iglesia católica comenzó a desarrollar una doctrina social propia, consistente en la defensa de una intervención más activa del clero en los problemas de obreros

y campesinos, a través de un sindicalismo de orientación católica que tuvo gran implantación en todo el primer tercio del siglo XX. En cierto modo, ésta era la forma de conciliar la querencia corporativista de la tradición eclesiástica con la actuación en el seno de la sociedad laica moderna. El punto de partida de este cambio de estrategia fue la encíclica *Rerum Novarum* (1891) de León XIII, a la que siguieron otros textos papales posteriores. Aunque la condena del mundo moderno se mantuvo, la Iglesia católica se esforzó por lograr una mejor adaptación al mismo. Desde el último cuarto del XIX aparece un movimiento sindical católico, impulsado en Alemania por W. Ketteler, obispo de Maguncia. En los países mediterráneos, desde principios del XX, se forma una densa red de organizaciones corporativas de orientación católica (sindicatos, círculos obreros, "ateneos" León XIII), que resultaron ser especialmente adaptadas a las tendencias sociales y políticas del periodo de entreguerras. El final del proceso será, como veremos, la fundación de los partidos políticos demócratacristianos, la gran novedad de la Europa continental de la segunda posguerra.

Otra cuestión diferente, más social que institucional, es el curso seguido por las prácticas religiosas de la población, donde se puede medir con mayor precisión la secularización o descristianización de la sociedad. La descristianización de la sociedad europea occidental es un hecho decisivo del mundo contemporáneo, pero su evolución pone de relieve que ha sido un hecho de ejecución muy demorada. Además, se trata de un proceso de carácter discontinuo no sólo temporalmente, sino también espacialmente, lo que muestra que obedece a causas muy diversas y poco homogéneas. Se encuentra una gran influencia de la religión en sociedades fuertemente industrializadas, como la Inglaterra victoriana o la Nueva Inglaterra norteamericana, mientras que en regiones profundamente agrarias o poco industrializadas, en las orillas del Mediterráneo español, francés o italiano, se comprueban intensas oleadas de descristianización desde el siglo XVIII. La pérdida del control de la vida social y cultural de la población europea por parte de la religión fue, pues, un proceso que duró más de dos siglos.

De acuerdo con el demógrafo Emmanuel Todd, se pueden establecer tres grandes fases o "rupturas" en este proceso de descristianización de Europa. La primera ruptura, en torno a los años 1730-1800, afecta principalmente a regiones del mundo católico: cuenca parisina, Provenza, regiones meridionales mediterráneas. La segunda oleada, acotada en torno a los años 1880-1930, incide especialmente en regiones de prácticas protestantes, en el centro y norte de Europa, donde se produce un hundimiento del protestantismo. La tercera ruptura,

efectuada después de la segunda posguerra, supondría la definitiva pérdida de poder de la Iglesia en las regiones de gran tradición católica que habían sobrevivido a los efectos descristianizadores del siglo XVIII.

Durante el siglo XVIII comienzan a debilitarse las prácticas religiosas de carácter católico en regiones francesas, medidas a través de formas de piedad como las misas fijadas en los testamentos, la asistencia a los oficios religiosos o la evolución del número de ordenaciones sacerdotales. No se observa, en cambio, una merma similar en los países de tradición protestante, lo que permite asegurar que hasta fines del siglo XIX el papel de la religión en la ordenación de las sociedades europeas continuó siendo muy importante. En los países protestantes tiene lugar, incluso, una reactivación de las creencias religiosas y una proliferación de sectas, como el movimiento evangélico, de gran influencia en Gran Bretaña. Sin embargo, hacia 1880 el protestantismo comienza a declinar. La razón fundamental está en la difusión de los principios darwinistas del evolucionismo, que destruyen la explicación bíblica del origen del hombre. Quizá esto explique la reacción producida, todavía en 1925, en el estado americano de Tennessee, donde se intentó proseguir con la lectura obligatoria de la Biblia en las escuelas, sobre todo del libro del Génesis. Pero también ejerció gran influencia la crítica positivista de los textos sagrados, al mostrar que buena parte del relato bíblico era común a muchas otras tradiciones culturales orientales. La Biblia se convertía, de este modo, en una parte de la historia de la humanidad.

La descristianización es, en conjunto, un fenómeno lento y profundo. Supone la pérdida de la fe, pero también el descenso de las prácticas religiosas. Avanza de forma paralela a la secularización de la enseñanza o la separación entre la Iglesia y el Estado, pero puede mostrar ritmos diferentes, según regiones geográficas, clases sociales e incluso géneros, dada la alta “feminización” de las prácticas religiosas desde el siglo XIX. Sin embargo, conviene separar los dos planos con que hemos enfocado este análisis de la secularización de la sociedad.

Durante el siglo XIX fue más fuerte el conflicto institucional entre el papado y los estados nacionales que la profundidad del fenómeno descristianizador. La aparición de sociedades de librepensamiento o de escuelas laicas, como la Escuela Moderna de Ferrer i Guardia en Barcelona, constituyeron más un combate ideológico contra la hegemonía de la religión que la expresión de su declinar. Será en el curso del siglo XX cuando, en el mundo occidental, tenga lugar una plena laicización de la vida pública, pero también de buena parte de los comportamientos sociales colectivos. Ello no impide que, en otras culturas

como la islámica, la religión siga manteniendo una enorme fortaleza ni que, en el ámbito de la cultura católica, la organización eclesial, desde las Iglesias nacionales hasta el propio Papado, mantengan una posición institucional y política de apreciable influencia en el conjunto de la sociedad. Pero si algo caracteriza al mundo occidental en la época contemporánea ha sido la profunda laicización de la vida cotidiana, desde los ritos de pasaje vital (nacimiento, matrimonio, muerte) hasta el calendario festivo o la onomástica de la población.

CAPÍTULO 5

EL DOMINIO EUROPEO DEL MUNDO. COLONIALISMO E IMPERIALISMO

La posición privilegiada de Europa en el contexto planetario es un hecho que arranca de fines del siglo XV, con el descubrimiento por Cristóbal Colón del continente americano y con la llegada a India de la expedición de Vasco de Gama. Desde entonces, el dominio ejercido sobre amplios territorios ultramarinos por parte de potencias europeas fue una constante hasta el siglo XX, primero por los imperios ibéricos y, desde el siglo XVII, por otras potencias como Holanda, Francia y, en especial, el Reino Unido. El declive de los imperios ibéricos se produce de forma rápida a principios del siglo XIX, tras el “grito de Ipiranga” (1821) que conduce a la independencia del Brasil portugués, y la batalla de Ayacucho (1824), que sanciona el final del dominio español sobre la América continental. En las primeras décadas del siglo XIX, dos tercios de los territorios sometidos a dominio colonial europeo adquieren su independencia. A partir de 1830, una nueva etapa histórica se abre en las relaciones entre Europa y el resto del mundo, al concentrarse la presencia de la colonización europea sobre los continentes de Asia y África.

La difusión de la práctica del colonialismo en la Europa del siglo XIX no era, pues, un hecho nuevo. Pero lo que acontece en este siglo es que se produce una progresiva sustitución de unas potencias coloniales por otras. Además, se pueden distinguir claramente dos fases en la historia de la expansión colonial europea contemporánea. La primera, que se extiende hasta 1880, se caracteriza por la práctica de un tipo de explotación colonial de carácter “informal”, esto es, en la que había relaciones económicas desiguales que no comportaban la obligación de un control político del territorio colonial por parte de la metrópoli. La tendencia predominante era la de establecer relaciones comerciales, pero no ocupar territorios, salvo en los casos de desplazamiento de las fronteras interiores, como sucede en América del Norte o en la Siberia rusa.

La novedad de los años posteriores a 1880 consiste en que el principio de territorialidad se convierte en una pauta obligada para los estados industrializados. Por esta razón, las principales potencias coloniales occidentales se ven en la obligación de establecer un dominio “formal” de inmensos territorios, organizar una administración específica de los mismos y afrontar costosas guerras y otros gastos que permitan asegurar sus posesiones. Se constituyen de este modo grandes imperios coloniales que, con diversas variantes, se mantienen en vigor hasta después de 1945, fecha a partir de la cual se abre el gran proceso de descolonización y emergencia política del Tercer Mundo.

Desde 1830 hasta 1914, la evolución de la historia mundial está presidida, más que en ninguna otra etapa anterior o posterior, por el continente europeo. El “largo siglo XIX” iniciado con la “doble revolución” de fines del XVIII y cerrado con el estallido de la guerra en el verano de 1914 es una etapa esencialmente eurocéntrica, no sólo por la concentración de acontecimientos históricos en territorio europeo, sino por la colonización y el control ejercido sobre el resto del mundo. El dominio que las potencias europeas consiguieron ejercer sobre el conjunto del planeta fue casi total. Hacia 1914, cerca del 85 por ciento de la superficie terrestre se hallaba bajo su control. Este dominio del mundo por parte de los países del continente europeo fue logrado de forma gradual a lo largo del siglo. Pero es entre 1880 y 1914 cuando tiene lugar la fase expansiva más importante, que coincide con una época histórica que ya era denominada por los propios coetáneos como la era del imperialismo. El imperialismo fue, pues, un proceso de larga gestación, pero de rápida ejecución. Fue obra de una generación, la que se podría llamar del *fin de siècle*, como de una generación será la tarea de la descolonización, en la inmediata segunda posguerra. Los imperios coloniales constituyen una fase breve de la historia mundial.

En la primera mitad del siglo XIX los principales esfuerzos se realizaron en el conocimiento y exploración de la parte de las tierras y mares que todavía no eran bien conocidos. A partir del último tercio de siglo, la carrera de las principales potencias europeas, a las que se unen Estados Unidos y Japón, desemboca en un reparto casi total del espacio colonial y en el ejercicio de un dominio cada vez más “formal” sobre estos territorios. La consolidación de la presencia inglesa en India y el sureste asiático, la formación de un imperio colonial francés en Indochina, el reparto de Oceanía y del Pacífico, así como la división de África son los grandes hitos de esta expansión imperialista.

El dominio europeo del mundo es la expresión de varias fuerzas profundas.

Por un lado, el empuje industrializador que había comenzado un siglo antes y que ahora se hallaba en fase de consolidación, a través de la segunda ola industrializadora. Por otro, la revolución tecnológica, visible en el sector de los transportes, pero también en los cuidados médicos y en la profilaxis de enfermedades endémicas. Además, la sociedad burguesa europea tenía una gran confianza en su futuro. En vísperas de la I Guerra Mundial, la conciencia de superioridad de Europa se expresaba no sólo en la "misión civilizadora" del hombre blanco, sino en la convicción de que el mundo se dividía entre las razas (o naciones) fuertes y viriles y las que se mostraban débiles o "moribundas". Idea expresada en la famosa alocución de lord Salisbury en Saint Martin's Hall en Londres en mayo de 1898 a los pocos días de la derrota en Cavite de la escuadra española a manos de la norteamericana, que resume una idea muy en boga en el periodo del *fin de siècle,* según la cual se podía establecer una jerarquía de razas, lo que, en realidad, quería decir entre naciones. La expansión imperialista fue concebida, además, como una manifestación de la política de rivalidad entre las grandes potencias. Todo ello contribuye a explicar esta hegemonía europea.

Hemos visto algunas de las consecuencias de la formación de una economía global mediante el proceso intenso de intercambio de mercancías entre países y de la formación de un mercado mundial, bien visible a través de la crisis agraria finisecular y la progresiva homogeneización de las economías nacionales. Pero esta globalización de la economía se pone de manifiesto también en otros aspectos no menos decisivos, como son los intercambios comerciales, las inversiones de capitales en el exterior o la explosión migratoria intercontinental, que fue una de las grandes epopeyas de la historia de la población mundial. El conjunto de todos estos hechos son expresión de la primacía europea, pero también se pueden considerar como causas o agentes de la gran expansión territorial de los imperios coloniales europeos del siglo XIX.

EL IMPERIALISMO COMO HECHO ECONÓMICO

Entre 1880 y 1914, de forma coetánea a la constitución de los imperios coloniales, surgen las primeras interpretaciones del fenómeno imperialista. El término "imperialismo" es un concepto acuñado ya a fines del siglo XIX para definir el proceso de conquistas coloniales por parte de las potencias occidentales. Era una expresión de la que, en opinión registrada por Hobson en

1902, “tanto se oye [hablar] hoy en día”, y que “alude al movimiento más poderoso de la actual vida política occidental”. Muchas son las interpretaciones que, desde entonces, se han elaborado para explicar este movimiento. Entre ellas, la más precoz y la más sostenida por los propios coetáneos fue la explicación económica de la expansión imperialista.

El primer análisis sistemático en esta dirección fue precisamente la obra del inglés Hobson *Imperialismo* (1902), a la que siguieron otras, de orientación marxista, como las del austriaco Hilferding *El capital financiero*, publicada en 1910, o el conocido opúsculo de Lenin, *El imperialismo, fase superior del capitalismo,* de 1916. Además de haber contribuido notablemente a la difusión, con matices peyorativos, del término “imperialismo”, estos autores insistieron de forma general en vincularlo a una explicación de carácter económico. El imperialismo sería, en esta tradición interpretativa, una consecuencia del desarrollo del capitalismo financiero o monopolista y de su necesidad intrínseca de buscar nuevos espacios a los que exportar sus mercancías y en los que colocar sus excedentes de capital.

La explicación del imperialismo por razones económicas tiene en su favor dos argumentos. La propia conciencia de los políticos coetáneos de la necesidad de propiciar la expansión colonial como una condición necesaria para abrir nuevos mercados y asegurar el predominio industrial de Europa. Es la conocida posición verbalizada por el político francés Jules Ferry, quien llegó a considerar la política colonial como “hija de la industrialización”. Y en segundo lugar, el análisis más objetivo, establecido por Hobson, Hilferding y Lenin, de que existe un nexo entre expansión ultramarina e inversión de capitales, de modo que “el imperialismo como fenómeno político sería el producto de las necesidades económicas del capitalismo financiero”, en palabras del marxista austriaco Rudolf Hilferding.

Desde luego, la colocación de capitales europeos en el seno de otras economías fue uno de los instrumentos más decisivos en la consecución de la hegemonía del mundo por parte de Europa. Esta exportación de capitales forma parte del proceso más general de integración de la economía mundial, pero también de establecimiento de relaciones de dependencia de unos países respecto de otros. En cualquier caso, son la condición necesaria para la expansión de una economía internacional organizada y especializada, con un centro productor de bienes industriales y consumidor de materias primas y una periferia que actúa justamente al revés. Gracias a estas inversiones exteriores tuvo lugar el gran impulso industrializador de Estados Unidos y de buena parte de la periferia

europea, tanto mediterránea (Italia, España) como oriental (Imperios ruso, otomano y austro-húngaro).

El ritmo seguido por las inversiones exteriores es desigual durante el siglo XIX. Habiendo comenzado tras las guerras napoleónicas, hacia 1850 se calcula que el total ascendía a 420 millones de libras. A partir de 1850, el crecimiento es muy elevado, triplicándose su monto en 1870, para alcanzar unos 4.750 millones de libras en 1900 y justamente el doble en 1914 (9.500 millones). Los sectores que atrajeron mayores cantidades de capital fueron los empréstitos públicos (bonos de los gobiernos), las vías de comunicación, especialmente los ferrocarriles de toda la periferia europea, y la industria extractiva de hierro, carbón, cobre y otros minerales. La preferencia por los préstamos a los gobiernos explica la tendencia a que los países prestamistas ejercieran cierta tutela sobre los deudores, lo que se complementa con la política imperialista de fines de siglo.

La realización de inversiones exteriores fue un fenómeno fundamentalmente británico hasta 1914 (43 por ciento del total), aunque también Francia (20 por ciento) y, en menor medida, Alemania (13 por ciento), Bélgica y Estados Unidos participaron activamente en esta política inversionista. Los banqueros del mundo eran, en realidad, siete países, que concentraban el 95 por ciento de todas las inversiones exteriores. La colocación de estos excedentes de capital no era uniforme espacialmente. Mientras que para los inversionistas franceses, la Europa mediterránea y oriental era su ámbito predilecto de actuación, para los británicos resultó siempre preferible la colocación de inversiones fuera de Europa, bien en América (tanto en Estados Unidos como en América del Sur), bien en colonias de su propio Imperio (India, Australia, Canadá). En conjunto, puede decirse que existía cierta especialización a escala mundial de las inversiones europeas, aunque todas ellas tuvieran los mismos fines: apertura de nuevos mercados, consecución de mayores beneficios e integración de los países periféricos en la economía capitalista central. Además, mediante estas inversiones se lograba el equilibrio de las balanzas de pagos de los países prestamistas, que compensaban con los llamados “ingresos invisibles” (intereses y dividendos de los préstamos) sus déficits comerciales, ya que importaban más bienes de los que exportaban. El ejemplo más claro de esta situación era el Reino Unido, con una balanza comercial sistemáticamente deficitaria durante toda la centuria.

Al tráfico de seres humanos, a través de las migraciones, y de la inversión de capitales se añade, a partir de 1870, otro de los indicadores del dominio europeo

del mundo: el tráfico de mercancías. Las razones que explican su enorme incremento, por encima del nivel de la producción de bienes, son varias y concurrentes. De una parte, los progresos alcanzados por los medios de comunicación, terrestres y marítimos, gracias al ferrocarril y al barco de vapor. Por otra parte, hay un aumento de excedentes comercializables, en especial en las “nuevas Europas”, que invaden con sus productos agrarios los mercados europeos. Finalmente, se asiste a una profunda reordenación de la población, con la creciente urbanización y una división social e internacional del trabajo.

El valor de las mercancías intercambiadas, desde 1870 hasta 1914, casi se cuadriplica. A pesar de este incremento, Europa sigue manteniendo su primacía en el valor global del comercio de todo el mundo, oscilando entre el 66,9 por ciento mundial en el periodo 1876-1880 y el 62 por ciento en las vísperas de la I Guerra Mundial. El pequeño descenso europeo es, a su vez, compensado por el incremento porcentual de los países del continente americano. La ampliación de los intercambios comerciales no está en relación directa con la extensión planetaria del comercio. Hacia 1913-1914, la principal cuota del tráfico de mercancías se realizaba entre los países más adelantados, de modo que cada una de las potencias industriales era el mejor cliente de su competidora.

La estructura de este comercio es muy ilustrativa de esta relación desigual que se establece entre Europa y el resto del mundo. Tres quintos del comercio están constituidos por materias primas (hulla, petróleo, caucho, alimentos), cuyo destino preferente son los países industrializados. Por su parte, los productos manufacturados proceden exclusivamente de los países europeos y norteamericanos. Esta hegemonía europea era, sobre todo, británica. Porque la flota de la Gran Bretaña suponía el 45 por ciento de la flota mundial y era superior a toda la del continente europeo. Por otra parte, en la City londinense se centralizaban todas las operaciones bursátiles, de seguros y de pagos.

Esta interpretación económica del imperialismo no goza actualmente de unánime refrendo historiográfico. En los estudios realizados sobre el imperialismo francés se ha puesto de relieve que no existe conexión directa entre inversiones exteriores y expansión colonial. La principal colocación de los capitales franceses en el exterior se hace en los Imperios ruso y otomano, con cuyas economías, sin embargo, es poco importante el intercambio comercial. Sólo en los casos de Alemania y Estados Unidos, países de potente economía pero de escasa implantación colonial, podría aceptarse que se atenían a los análisis marxistas del imperialismo. En todo caso, es inevitable pensar, como recuerda Eric Hobsbawm, en una dimensión económica del imperialismo.

Después de todo, en la principal potencia imperialista de la época, Gran Bretaña, la relación de su estructura comercial y financiera con su propio Imperio o con países de nueva colonización era muy elevada.

El imperialismo como hecho político

El capital y el comercio no explican, pues, de forma cabal el proceso imperialista. Es preciso recurrir a otro tipo de razones, tanto políticas e ideológicas como tecnológicas o ecológicas. Las interpretaciones de carácter político e ideológico son tal vez más poderosas que las propiamente comerciales y financieras. La carrera por la conquista de territorios nuevos formó parte del contexto de rivalidad entre las principales potencias, que desplegaron su política imperialista como un mecanismo de poder y de medida preventiva para evitar el crecimiento de los países rivales. A partir de 1890, con la llegada al poder del emperador Guillermo II en Alemania, la integración de la expansión colonial en la *Weltpolitk* de inspiración alemana es un hecho cada vez más frecuente. Los ejemplos de esta actuación de los países imperialistas como respuesta a la acción de sus rivales son muy abundantes. La expansión rusa por la Siberia central, en los confines de Persia y del Punjab, aceleró el dominio británico de las tierras norteñas de la península del Indostán. El control de la cuenca del Nilo por Gran Bretaña impulsó el expansionismo francés a partir de las costas de Senegal hacia África central. El miedo a que el Imperio portugués en el África meridional pudiera caer en manos de Alemania reforzó la tutela inglesa sobre Portugal, a pesar de la dureza del ultimátum de 1890. Las colonias influyeron notablemente en la política interna de los estados.

A esta influencia de los factores estratégicos hay que añadir los factores de carácter “chovinista” o “jingoísta”, que desembocaron en muchas ocasiones en una suerte de imperialismo popular o imperialismo de masas, propio de un periodo histórico en el que la opinión pública comenzaba a influir en las políticas de los gobiernos. La difusión de un nacionalismo de carácter popular, acompañado de una ideología racista derivada de la aceptación del darwinismo social, facilitó las decisiones de los gobiernos europeos y legitimó la acción imperialista de someter pueblos y culturas a pautas europeas, consideradas las mejores, por ser superiores. El deber de las “las razas superiores”, advirtió Jules Ferry en 1885, es “civilizar las razas inferiores”. Aunque ésta no sea una razón fundamental en la explicación causal del imperialismo, ni haya sido admitida de

forma unánime por los políticos europeos de fines del XIX, es evidente que este patriotismo occidental benefició el desarrollo posterior de la administración colonial.

Hay otro tipo de interpretaciones del fenómeno imperialista que subrayan el aspecto estratégico o periférico de la expansión colonial frente a la visión eurocéntrica de los análisis económicos y políticos. En la visión clásica de Robinson y Gallagher *(Africa and the Victorians*, 1961), que aceptan otros autores, los cambios cruciales que desencadenaron todo el proceso imperialista tuvieron lugar en el seno de los territorios luego colonizados más que en el interior de las metrópolis europeas. En este sentido, el sometimiento oficial de amplios espacios extraeuropeos al dominio de las potencias occidentales habría sido una respuesta a problemas que estaban más allá del control efectivo de las metrópolis y que no habían sido creados directamente por ellas, sino por los colonos de origen europeo instalados en las colonias de poblamiento de las zonas templadas del planeta. Como consecuencia de la enorme expansión europea sobre el resto del mundo, a través de las emigraciones, el establecimiento de colonias de comerciantes y el propio poblamiento de zonas templadas en África, Asia y, sobre todo, Oceanía, cada vez resultó más difícil para estos colonos mantener su posición frente a las poblaciones y estados indígenas. La consecuencia de esta debilidad periférica sería la demanda de protección metropolitana y la conversión de las colonias "informales" en imperios "formales" u oficiales. Tanto si los territorios de penetración europea eran resistentes a la presencia del hombre blanco como si sus estructuras políticas se habían desmoronado por razón de esta misma presencia, la anexión oficial de los mismos fue la alternativa más frecuente.

A estas razones habría que añadir el papel que desempeñó el subimperialismo colonial, esto es, la presión de las sociedades de colonos europeos para ampliar los territorios dominados y garantizar así mejor su seguridad de fronteras y la relación más estrecha con los gobiernos metropolitanos. Ejemplos de esta influencia subimperialista se pueden rastrear en la expansión francesa sobre el Magreb como medida protectora de Argelia, en la expansión británica en ambas márgenes de India (Pakistán y Birmania) o la propia actuación del Imperio británico en Oceanía, especialmente en Australia. Pero tal vez no habría que ir tan lejos para observar la presión de los colonos blancos. En la ocupación de las Grandes Llanuras del medio oeste americano, los tratados del gobierno con los indios fueron a menudo violados por la presión de los pioneros blancos, que primero invadían territorios controlados por las tribus indias y a continuación

demandaban protección del gobierno federal.

Todas estas interpretaciones del imperialismo contienen elementos explicativos importantes para comprender esta gran carrera por el dominio del mundo por parte de Europa. Hay razones concurrentes para entender este tránsito hacia un control oficial, formal y político de tan extensos territorios extraeuropeos. El historiador David Fieldhouse ha insistido, en una metáfora feliz aunque en exceso simplista, en explicar el imperialismo como un “perro metropolitano” movido por su “rabo colonial”, para subrayar precisamente la estrecha interrelación que se produce entre el centro y la periferia. Los problemas en la periferia, de carácter político pero que entorpecían el desarrollo de las actividades económicas y comerciales, debían ser resueltos por métodos políticos, lo que obliga a los gobiernos de las metrópolis a tomar la decisión de constituir formalmente los imperios coloniales.

Pero este dominio europeo de la periferia, por mucho que ésta lo demandase, no habría sido posible sin el componente ecológico y tecnológico que acompañó la expansión de los colonos de procedencia europea sobre territorios de clima templado, los conocidos como “nuevas Europas”. Con los colonos y comerciantes que se establecieron en las costas de África, en Australia y en Nueva Zelanda viajaron “malas hierbas”, animales domésticos que sustituyeron a los autóctonos y, sobre todo, enfermedades que mudaron las formas de vida, animal y vegetal, de amplios territorios de las nuevas Europas. A este “imperialismo ecológico”, analizado por Alfred Crosby, se le sumó, al propio tiempo, una superioridad tecnológica occidental, expresada en las armas de fuego (cañoneras, rifles de repetición), en los medicamentos, en la potencia naval o en la rapidez de las comunicaciones, que hicieron posible el imperialismo. Dicho en otras palabras: dejó de ser peligroso para el hombre europeo entrar en liza con los pueblos coloniales y, además, su sometimiento pudo hacerse a bajo coste. El flujo de nuevas tecnologías, concluye el historiador Headrick, “hizo el imperialismo tan barato que alcanzó el umbral de aceptación entre los pueblos y gobiernos de Europa y llevó a las naciones a convertirse en imperios”. Es evidente, pues, que para comprender cabalmente el dominio europeo del mundo, sobre todo en su fase imperialista, concurren numerosas razones, desde las estrictamente económicas y comerciales hasta las políticas e ideológicas o las tecnológicas. Todo ello aderezado con una adecuada salsa populista y de darwinismo social, propia de una sociedad como la europea de fines del XIX, que se veía a sí misma en la obligación de civilizar a las razas inferiores. El resultado fue la primera gran ola globalizadora del planeta, en

forma de inmensos imperios coloniales.

GEÓGRAFOS Y MISIONEROS

Hasta 1880, la conquista de territorios denominados colonias por parte de las metrópolis europeas no fue una tarea sistemática y concebida como un reparto entre potencias de continentes enteros. Supuso más bien la continuación de la política de "factorías", basada en el dominio de zonas costeras y el control de puertos de acceso a los territorios del interior, aunque en Asia (Indochina) y zonas del Pacífico sur (Australia y Nueva Zelanda) se ocuparon ya regiones muy valiosas. Es indudable, además, que en este periodo se sentaron las bases de la gran expansión imperialista de fines de siglo, mediante el mejor conocimiento de mares y continentes y la difusión de valores occidentales, a través de misioneros y agentes comerciales. Por si esto fuera poco, las líneas maestras de la posterior expansión imperialista quedan fijadas durante esta primera fase colonial. Las razones o causas que explican la expansión colonial son de muy diverso tipo. Algunas de ellas, como las migraciones, el comercio o las inversiones de capital, ya han sido aludidas. Debemos añadir a ellas algunos instrumentos o medios por los que fue posible esta ampliación de territorios que pasaron a ser controlados por las potencias occidentales. Destacaremos, sobre todo, tres de estos factores que facilitaron la expansión occidental sobre amplias regiones del planeta: las sociedades geográficas, las misiones y los progresos técnicos.

Los avances en la investigación geográfica permitieron conocer mejor la superficie del planeta y facilitar, de ese modo, una exploración efectiva de océanos, continentes y polos. Los progresos de la cartografía, así como del cronómetro de precisión, permiten afrontar estos retos. Para ello se forman "expediciones" que pretenden descubrir estados y civilizaciones del interior de África, Australia o Nueva Zelanda. Surgen pioneros y exploradores que, de forma individual o con el apoyo de grupos económicos y sociedades geográficas, emprenden largos viajes, siguiendo el curso de los ríos o hacia los polos. En África, los dos grandes misterios de los ríos Nilo y Níger son objeto de diversas expediciones de exploración. De la multitud de viajes conocidos cabe destacar el del francés René Callié que llega a Tombuctú, Mali, en 1828 desde Mauritania, o los de los británicos David Livingstone, que recorre el río Zambeze y alcanza las cataratas del lago Victoria, y Henry Stanley, que descubre las fuentes del río Congo. Un ejemplo de figura apasionada por las exploraciones geográficas es el

rey Leopoldo II de Bélgica, impulsor de la colonización de la margen izquierda del río Congo, para lo que contrató a Stanley, ya que la margen derecha había sido explorada por el francés Savorgnan de Brazza. Éste es el origen de las futuras colonias francesa y belga del Congo, conocidas en su etapa colonial por sus dos capitales: Brazzaville, del Congo francés, y Leopoldville, del Congo belga. La popularidad de estos exploradores del continente africano fue inmensa. El príncipe Alberto, consorte de la reina Victoria, se ocupaba, en 1857, en su correspondencia particular con su sobrino el rey de Portugal, don Pedro V, de ensalzar la obra exploradora de Livingstone, que consideraba imprescindible para fortalecer la hegemonía británica en el mundo, gracias al descubrimiento de yacimientos y materias primas en el África austral.

DAVID LIVINGSTONE (1813-1873)



Misionero británico explorador del África oriental y meridional. Nacido en el seno de una familia escocesa, de pocos recursos, combinó sus estudios de medicina con el trabajo en una pequeña industria. En 1838 fue aceptado como miembro por la Sociedad Misionera de Londres, siendo destinado en 1841 a Ciudad del Cabo (Suráfrica). Vivió en tierras africanas durante quince años, en los que realizó importantes viajes y expediciones misioneras por toda el África austral. Sus exploraciones permitieron descubrir el territorio que va desde Luanda (Angola) hasta Quilimane, en Mozambique, siguiendo el curso del río Zambeze, lo que le convirtió en un héroe nacional en Inglaterra. A partir de 1858, realizó otras dos expediciones, la última en torno a los lagos Nyasa y Tanganica. Murió en África en 1873.

Las exploraciones de Livingstone estaban movidas por principios de carácter religioso y científico y por su rechazo del esclavismo. Narradas por él mismo en varios libros (el primero de ellos, *Viajes misioneros e investigaciones en África del Sur*, 1857), los treinta años de estancia de Livingstone en África constituyen el mayor esfuerzo de un europeo por conocer el continente africano, sus pueblos y costumbres, pero también sus riquezas. El príncipe Alberto de Inglaterra, en una carta de 1857, le confesaba a su sobrino, el rey de Portugal, que “vi a Livingstone, el viajante por África, que hizo una

descripción extraordinaria de los recursos naturales que se encuentran entre las costas de Angola y de Mozambique".

Por su parte, la exploración de los mares debe mucho a las flotas de balleneros, que recorrieron tanto la costa norte del Pacífico como amplias regiones de Oceanía. Pero el conocimiento de los círculos polares, que no se culminará hasta principios del siglo XX con la llegada de Peary (1909) al polo norte y Amundsen (1911) al polo sur, enlaza de nuevo con el carácter individual de buena parte de la exploración del planeta.

El conocimiento de las sociedades consideradas "primitivas" y la difusión en su seno de los valores del hombre blanco fue también tarea de las misiones religiosas. Desde principios del XIX, se crean organizaciones para la propaganda religiosa, primero entre los protestantes y luego por parte de los católicos. Ejemplos de ello son la Sociedad Misionera de Londres (1795) o la Sociedad Misionera Metodista (1818), en la Iglesia protestante, cuya actuación principal se habría de desarrollar en el Pacífico. Por su parte, los papas Gregorio XVI y Pío IX impulsan la Congregación para la Propaganda de la Fe, así como la aparición de nuevas congregaciones religiosas, como los Padres Blancos (1868), de gran repercusión en África. El papel del misionero no es, en general, asimilable al del colonizador, pero su acción de evangelización y de difusión de valores culturales occidentales acaba por servir de soporte para la colonización. David Livingstone concentra en su persona las figuras del misionero (cristianismo), explorador (penetración comercial) y propagandista de la colonización (afán civilizador).

Tarea complementaria de la propaganda realizada por misioneros, exploradores y aventureros fue la desempeñada por escritores y periodistas que difundieron entre las sociedades burguesas occidentales los valores superiores del hombre blanco, forjaron una épica de la frontera o lograron familiarizar a sus lectores con las andanzas de viajeros y piratas. Entre los muchos nombres que podrían mencionarse, baste señalar a Herman Melville *(Moby Dick*, 1851), Julio Verne *(La vuelta al mundo en ochenta días*, 1873) o Rudyard Kipling *(Kim*, 1901), uno de los mejores divulgadores de la "responsabilidad del hombre blanco", al considerar como una misión "iluminar la mente de Asia y África con las ideas de Europa". Esta posición expresa una convicción muy arraigada en Occidente, según la cual habría que impedir que las sociedades "primitivas" o indígenas continuaran su evolución natural. Todo ello acrecentó la curiosidad por

las culturas no europeas que, en el fondo, no hacía sino reafirmar la superioridad occidental. El exotismo turco, que había sido el preferido en la época romántica, fue sustituido ahora por el oriental. La sociedad europea disfrutaba con las aventuras del doctor Fu Manchú, admiraba los pabellones coloniales que engalanaban las Exposiciones Universales o se quedaba pasmada ante los relatos que viajeros y funcionarios hacían de las costumbres de India o de China.

LEOPOLDO II DE BÉLGICA (1835-1909)



Vástago de la familia Sajonia-Coburgo, que sucedió a su padre, Leopoldo I, como rey de Bélgica en 1865. Además de su acción de gobierno, este monarca fue un hombre de negocios, entre los cuales uno de los más importantes fue la colonización de la extensa región africana del río Congo. Para ello, fundó en 1876 la Asociación Internacional del Congo y financió las exploraciones de Stanley, que le permitieron colonizar un territorio ochenta veces mayor que Bélgica. El control de la desembocadura del río Congo, pretendido por Inglaterra y Portugal, propició la convocatoria de la Conferencia de Berlín de 1885, en la que este monarca recibió, a título personal, el Estado libre del Congo, que colonizó y explotó durante varios decenios, aprovechando sobre todo la extracción de caucho. En 1908, el Congo pasó, como donación, a titularidad del Estado belga, en la que permaneció hasta su independencia en 1960.

Un arma decisiva para la penetración europea en los continentes que estaban relativamente poblados (África y Asia) y presentaban dificultades, incluso biológicas, para la vida del hombre blanco, fue el empleo de una tecnología superior. Esta superioridad se puso de manifiesto en aspectos relativos a la navegación marítima, con la aplicación del vapor, la mayor rapidez en los viajes

(el canal de Suez es el mejor ejemplo) y en la construcción de una red de comunicación e información (telégrafo, cable submarino). Pero además, hay dos innovaciones decisivas. Por una parte, la utilización de buques-cañonera para la exploración de los ríos y, sobre todo, para lograr la apertura de puertos al comercio occidental. Es lo que sucede en Asia, tanto en Japón como en China, donde se ejerce sistemáticamente la "diplomacia de la cañonera". El buque *Némesis* fue el primer buque occidental que, durante la guerra del opio, demostró su superioridad destruyendo con facilidad los barcos chinos en Cantón (los llamados "juncos").

La segunda innovación de relieve se refiere a algunos adelantos médicos, como el uso de la quinina, utilizada desde mediados de siglo como producto profiláctico que, tomado de forma preventiva, podía evitar contraer enfermedades como las fiebres tifoideas o la malaria, que eran el gran impedimento para entrar en África. De hecho, como señala Alfred Crosby, "la defensa más efectiva con que contaba el África occidental contra los europeos eran las enfermedades". Las primeras expediciones que se adentraron por el continente africano regresaban diezmadas; a partir del uso generalizado de la quinina, antes y durante los viajes, la mayoría de los europeos tenía posibilidades de retornar con vida. El propio Livingstone pudo sobrevivir tantos años gracias a la quinina. El interior de África ya no era inabordable, dado que la protección natural del continente fue cada vez menos eficaz frente a las expediciones occidentales. La mano europea ya podía soportar el calor.

LA FRONTERA INTERIOR: SIBERIA Y EL "FAR WEST"

Durante todo el siglo XIX, una de las manifestaciones más evidentes de la expansión colonizadora de los europeos fue la realizada, en dirección convergente, por Rusia en Siberia y por Estados Unidos y Canadá hacia el *Far West*. Se trata de la ocupación de extensos territorios por parte de dos países con una amplia frontera interior, pero móvil. El Imperio ruso, que consolida su posición en Siberia y ejerce una gran presión sobre Inglaterra en toda Asia, y Estados Unidos y Canadá, que protagonizan una singular conquista del oeste, hasta enlazar con las colonias establecidas a lo largo de la costa del Pacífico y unificar así todo el subcontinente de América del Norte.

La expansión territorial del Imperio ruso a través de la Siberia asiática había comenzado en el siglo XVII, habiendo alcanzado el océano Pacífico a principios

del XIX. Durante este siglo, Rusia amplió sus posesiones siberianas con el dominio del Turquestán y llegó hasta los confines del Imperio británico en India (con el estado-tapón de Afganistán de por medio). Por otra parte, hacia 1860, en el contexto del acoso occidental a China, Rusia logró una salida al mar templado de China a través de Vladivostock y otros puertos de la región del río Amur. La colonización efectiva de una Siberia poblada por poco más de millón y medio de habitantes se produjo entonces con la incorporación de unos cinco millones de emigrantes rusos. La construcción de diversas vías de comunicación, de las que la más conocida es el ferrocarril Transiberiano, terminado en vísperas de la guerra ruso-japonesa, integró toda la Siberia central y oriental en la Rusia europea.

La conquista del oeste, por parte de Estados Unidos y también del *dominion* de Canadá, es el ejemplo más acabado de la potencia colonizadora de la población europea inmigrante en los territorios de las “nuevas Europas”. En el caso del Canadá, esta expansión se realizó tardíamente, ya que la incorporación de los territorios situados entre los grandes lagos y la Columbia británica occidental no se realiza hasta principios del siglo XX. Sin embargo, diversas expediciones de buscadores de pieles permitieron mantener cierto control sobre estos extensos territorios que bordean la bahía del Hudson y el océano Ártico. La unión efectiva con la costa del Pacífico, donde una importante colonia dedicada a la pesca se había asentado ya en el siglo XVIII, no se realiza hasta 1885, en que queda terminado el ferrocarril del Pacífico.

En el caso de Estados Unidos confluyen problemas sensiblemente diferentes. La expansión hacia el oeste comienza poco después de la independencia de las trece colonias, con la adquisición de la Luisiana a Francia (1803) y la Florida a España (1820), que rápidamente se fueron poblando con nuevos colonos procedentes del este y que consideraban que su *destino manifiesto* era ocupar todo el subcontinente norte. En la década de 1840, gracias a la debilidad del gobierno de México, la petición de entrada en la Unión del estado independiente de Texas, y la influencia de la “fiebre del oro” de California (1848), se configuró casi definitivamente el territorio actual de Estados Unidos, que en 1867 se completó con la adquisición de Alaska y posteriormente de las islas Hawai, hasta formar los 50 estados actuales. El procedimiento seguido para la colonización del espacio fue muy simple. Dado que las tierras se consideraban propiedad del gobierno federal, cuando éstas se hallaban suficientemente pobladas, sus habitantes podían solicitar el ingreso como un nuevo estado en la Unión.

La colonización efectiva con la puesta en cultivo de estos inmensos territorios

fue tarea acometida durante la segunda mitad del XIX, tras la superación de la Guerra Civil (o de Secesión), que no sólo bloqueó la escisión de los estados esclavistas del sur, sino que aceleró la integración en la Unión de los territorios del medio oeste. La construcción del ferrocarril, con la unión en 1869 de las líneas de Central Pacific (procedente de San Francisco) y Union Pacific (procedente de Chicago), desempeñó un papel fundamental en la apertura de los mercados del este a la producción agrícola y ganadera de las Grandes Praderas, pero también fue el camino por el que muchos inmigrantes europeos iban llegando a los inmensos espacios del Medio y Lejano Oeste, hasta entonces habitados por tribus indias ("indias americanas", en el lenguaje políticamente correcto reciente).

Como se sabe bien por el cine o la literatura de quiosco, la ocupación de estos territorios no fue pacífica, sino que fue obra de pequeñas escaramuzas y algunas batallas dirigidas por veteranos de la Guerra Civil, como el general Custer y su Séptimo de Caballería, cuya fama posterior no hace justicia a su muerte, acaecida en 1874, en la batalla de Little Bighorn, a manos de indios sioux y cheyennes acaudillados por Caballo Loco. Con todo, la lucha contra los indios continuó cada vez con mayor intensidad. Hacia 1890 se declaró oficialmente por parte del gobierno federal el final de la frontera y también el de la resistencia de los indios americanos al avance de pioneros, colonos y ganaderos, después de la masacre de Wounded Knee y el asesinato de Tatanka Iyotake (Toro Sentado), viejo jefe de los sioux, o del envío a una reserva de Oklahoma de Chief Joseph, el líder de los pacíficos nez percé, que confesó en el momento de su rendición: "Estoy cansado. Mi corazón está enfermo y triste". Había terminado la conquista del oeste y comenzaba el mito de la frontera.

TORO SENTADO (H. 1831-1890)



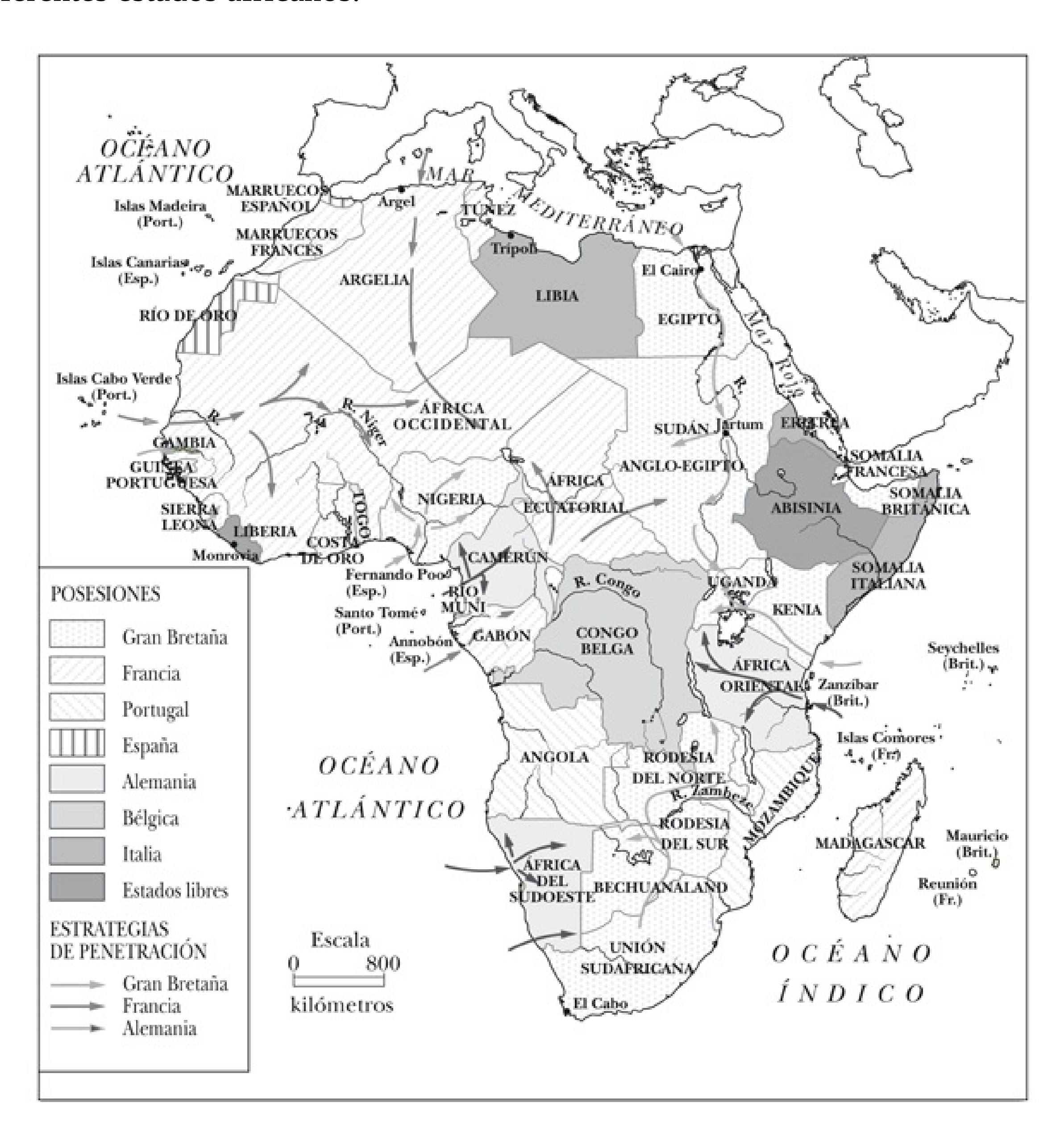
Tatanka Iyotake, apodado Toro Sentado, fue el líder de la nación sioux que se enfrentó a la expansión del hombre blanco por las llanuras de Dakota. Después de frecuentes enfrentamientos con las tropas americanas, logró firmar el tratado de Fort Laramie (1868), por el que EE UU reconocía a la nación sioux un extenso territorio como reserva. Pero el descubrimiento de yacimientos de oro en las Colinas Negras hizo que el gobierno de EE UU entrase de nuevo en guerra con las tribus indias, compuestas, además de los sioux, por cheyennes y arapahoes, que se enfrentaron victoriosamente a las tropas del general Crook (batalla de Rosebud) y del general Custer, derrotado en Little Bighorn (1876).

Los indios vencieron en algunas batallas, pero no podían ganar la guerra. Su supervivencia dependía de la cabaña de búfalos, que fueron aniquilados por los colonos blancos. Las tribus dirigidas por Toro Sentado hubieron de buscar refugio en Canadá. Rendidos por el hambre, retornaron a EE UU y dejaron de luchar a partir de 1880. La resistencia a la expansión hacia el oeste de los colonos blancos había terminado. Durante algún tiempo, Toro Sentado formó parte del *show* de Buffalo Bill y ante el peligro de que volviese a encabezar una revuelta sioux fue detenido y asesinado en 1890, cuando sus seguidores intentaban liberarlo. Con él moría el principal líder de los indios de las Grandes Praderas, el héroe que había profetizado en la “Danza del Sol” que los soldados blancos caerían como moscas en el valle de Little Bighorn, que fue lo que aconteció con las tropas del general Custer. La abundante literatura producida por la conquista del oeste le hizo justicia.

En 1893, Frederic Turner escribía (aunque no se publicó hasta 1920) su conocida obra *The Frontier in American History*, en la que se consideraba la frontera como el factor decisivo en la configuración de la historia de Estados Unidos y de la cultura de sus habitantes: sentido individualista, emprendedor, igualitario y pragmático, lo que le permitiría calificar a Estados Unidos como la “tierra de las oportunidades”, al menos para los blancos. Mientras tanto, los “indios americanos” supervivientes (alrededor de millón y medio), recluidos en reservas, comenzaron a su vez a elaborar la explicación poética de su derrota: los dioses les habían vuelto la espalda y se habían hecho blancos.

LA EXPLORACIÓN Y "REPARTO" DE ÁFRICA

La división del territorio africano entre las potencias europeas es un proceso posterior a 1880, quedando formalmente consagrado después de la celebración de la Conferencia de Berlín de 1884. Sin embargo, el periodo que va de 1830 a 1880 es, en opinión de David Fieldhouse, el momento en que se "gestaron las fuerzas" que iban a llevar al reparto del continente. La visión que ofrecen los mapas puede resultar, pues, un poco engañosa. Es la época en que se efectúa la gran tarea de explorar el interior del continente, tomando contacto con los diferentes estados africanos.



REPARTO DE ÁFRICA (1885)
La ocupación del territorio del continente de África por las potencias coloniales europeas fue un proceso acelerado. En la prensa de la época se le llamó por esa razón la "rapiña" o "pelea" por África.

La situación del África precolonial era muy diversa, pero distaba mucho de parecerse a un conglomerado de tribus salvajes sin organización ni tradición política, que sólo con la llegada de los europeos hubieran accedido a la civilización. Es cierto que por influencia del comercio esclavista o por debilitamiento del Imperio otomano, muchos de estos estados habían perdido gran parte de su antiguo esplendor. Pero, a pesar de todo, verdaderos imperios o estados, con muchos siglos de historia, se mantenían en vigor a la llegada de los europeos. En el Magreb coexistían el sultanato de Marruecos, las regencias berberiscas de Argelia, Túnez y Trípoli y el reino de Egipto, dirigido por el macedonio Muhammad Alí hasta 1848. En el África occidental y ecuatorial, el reino de Dahomey, así como el del Congo, lograron impresionar a los viajeros occidentales por sus ejércitos, riquezas y organización; y en el África austral, eran importantes los reinos de Zanzíbar o el de los zulúes, que dirigido por Tchaka, apodado el "Napoleón negro", agrupaba a principios del XIX las regiones de Natal, Orange, Transvaal y Mozambique.

La presencia europea en África anterior a 1880 constaba de algunas posesiones costeras por parte de viejos imperios coloniales (portugueses y holandeses —bóers— en el África austral) o de recientes instalaciones como las de Liberia y Costa de Marfil. Durante el siglo XIX esta presencia se amplió a través de otros dos grandes ejes de penetración, en África del norte y en Senegal, así como con la entrada de Gran Bretaña en África del Sur. El dominio europeo del norte de África tuvo su principal expresión en la conquista de Argelia por los franceses y en el control de Egipto, por Francia e Inglaterra, como lugar estratégico de paso hacia India a través del canal de Suez. Este "control dual" se establece a partir de 1876, aunque se mantiene la ficción de que Egipto continúe como un territorio políticamente independiente, gobernado por un *jedive*.

La incorporación de Argelia al dominio de Francia comienza en 1830 con la toma de la ciudad de Argel y tardaría treinta años en ocupar los territorios del interior, debido al estado casi permanente de guerra en que mantuvieron a los ejércitos franceses las tribus bereberes. Es una de las razones que explica, en virtud de una actitud "subimperialista" de los colonos que, para dotar de mayor seguridad a esta colonia, la presencia francesa se extendiera hacia Túnez y Marruecos, a partir de los años 1880. Argelia es el ejemplo clásico de colonia de

poblamiento, instalándose allí no sólo franceses sino también numerosos españoles. Los colonos europeos eran unos 800.000 hacia 1914. Uno de ellos, casado con una mallorquina, combatiente del ejército francés muerto en la I Guerra Mundial, fue el padre de Albert Camus, quien lo dejó reflejado en su libro autobiográfico (y póstumo), *El primer hombre*.

La colonización del África occidental tuvo menor intensidad que la del Magreb, no produciéndose su dominio oficial hasta después de 1880, a pesar del gran interés comercial que tenía esta región. Las costas de Senegal eran un lugar frecuentado por comerciantes ingleses y franceses, desde donde ejercían un comercio triangular de traslado de esclavos a las Antillas y desde aquí de azúcar hacia Europa. Sin embargo, la política del francés Louis Faidherbe (1854-1865) como gobernador del Senegal tuvo importantes consecuencias posteriores: estableció la prioridad del eje Senegal-Níger-lago Chad y además contribuyó a crear el cuadro administrativo que gestionará la posterior colonización francesa en África.

En el África meridional, la antigüedad de la colonización de la región de El Cabo por parte de la Compañía Holandesa de las Indias se remonta al siglo XVII. Se trata de una precoz colonia de poblamiento europea que en 1806 es transferida a Inglaterra. Los colonos, holandeses calvinistas conocidos como los bóers, esto es, "campesinos", se dedicaban a la agricultura y ganadería y eran grandes defensores del esclavismo. La entrada de la colonia surafricana bajo dominio británico causó constantes problemas a los bóers. Con la abolición del esclavismo en 1833, buena parte de los bóers abandonan El Cabo y emprenden sucesivos "viajes" (el *Great Trek* entre 1834 y 1848) o desplazamientos de más de quince mil personas desde su primitivo asentamiento hacia los territorios de Natal, Orange y Transvaal. Las disputas con los británicos, que controlaban las salidas al mar y que comenzaban a mostrar interés por los yacimientos de diamantes y oro descubiertos desde 1867, ocasionaron varios enfrentamientos, conocidos como las guerras bóers, de las que la más dura fue la segunda, desarrollada en el tránsito intersecular (1899-1902).

El reparto y atribución efectiva del continente africano a una potencia europea tiene lugar de forma rápida a partir de 1880, de modo que hacia 1898, cuando se produce la "crisis de Fashoda", todo el territorio africano está sometido a una potencia extranjera, salvo casos aislados como Abisinia o Liberia. Se consumó así lo que en la literatura periodística coetánea se denominó *The Scramble of Africa*, esto es, la pelea por el continente. En efecto, el reparto fue una consecuencia de la lucha, con episodios de rebatiña, entre las potencias

occidentales no sólo por apropiarse de espacios, sino de evitar que los rivales hicieran lo mismo. Ser fuerte en África era sinónimo de potencia en Europa.

Los factores desencadenantes del reparto fueron varios. La ocupación inglesa de Egipto, en 1882, propició el expansionismo francés en el Magreb y el África subsahariana y tropical. La conversión de Alemania en gran potencia y la progresiva demanda, en contra de la vieja opinión de Bismarck, de colonias propias también aceleró los acontecimientos. Finalmente, la actuación en la cuenca del río Congo del rey belga Leopoldo II acabó por ser el catalizador de las fuerzas imperialistas en África. Para evitar conflictos entre las grandes potencias, Leopoldo II y Bismarck convocaron la Conferencia de Berlín (1884-1885), donde se sentaron las bases de la política a seguir en el continente africano.

Los principales acuerdos tomados en Berlín fueron el reconocimiento de la libertad de navegación de los ríos Níger y Congo (que era el origen inmediato de la Conferencia), la libertad de comercio en el África central y el establecimiento de una nueva doctrina de ocupación territorial, según la cual son los ocupantes costeros y no los descubridores o exploradores los titulares efectivos de los mismos. Principio que, sin embargo, no se respetaría en el caso del Imperio portugués, cuando pretende enlazar territorialmente Angola con Mozambique para formar un “mapa color de rosa” en el África meridional, a lo que se opuso de modo fulminante Inglaterra mediante el ultimátum, de enero de 1890. Por su parte, el territorio del Congo quedaba atribuido a la asociación privada que presidía el rey Leopoldo II (la Asociación Internacional del Congo).

Los resultados del reparto del continente obedecen básicamente a dos grandes líneas de fuerza. Por una parte, la aparición de nuevas potencias coloniales, de las que la más importante es el II Imperio *(Reich)* alemán, que logra construir un importante imperio colonial, con sus posesiones en el golfo de Guinea (Camerún y Togo) y en el África meridional y oriental (actuales Namibia y Tanzania). Italia, a pesar de su fracaso en Abisinia, logra instalarse en Eritrea y Somalia y, años más tarde, en la Tripolitania (Libia), mientras que Bélgica hereda, por cesión de su rey Leopoldo, el dominio del Congo en 1890. Por otra parte, los dos grandes imperios coloniales de Francia e Inglaterra desarrollan su política colonial a partir de las pautas ya establecidas en la primera mitad del siglo. Francia, desde las bases de Argelia y del Senegal, avanza hacia el centro de África, con la intención de alcanzar la región del Sudán y llegar al mar Rojo. El punto culminante de su ambición expansiva está en la expedición de Marchand desde el Congo francés en dirección hacia el alto Sudán, pero fue obligado a

detenerse por el ejército inglés de Kitchener en julio de 1898, lo que dio lugar a un grave conflicto diplomático anglo-francés, conocido como la “crisis de Fashoda”.

Gran Bretaña, por su parte, a partir de su presencia en Suráfrica y en Egipto, aspira a establecer un dominio territorial continuo entre El Cairo y Ciudad del Cabo. Para ello hubo de conquistar Sudán, logrado por Kitchener en la batalla de Omdurman en 1898, y evitar que los exploradores portugueses Serpa Pinto y Paiva Couceiro consolidaran su enlace entre Angola y Mozambique. Pero la presencia alemana en el África oriental impidió la formación de un imperio británico en África que fuera territorialmente continuo. Ninguna de las dos grandes potencias lo logró, aunque en el caso de Gran Bretaña, su presencia estaba asegurada en los cuatro mares que circundan el continente africano.

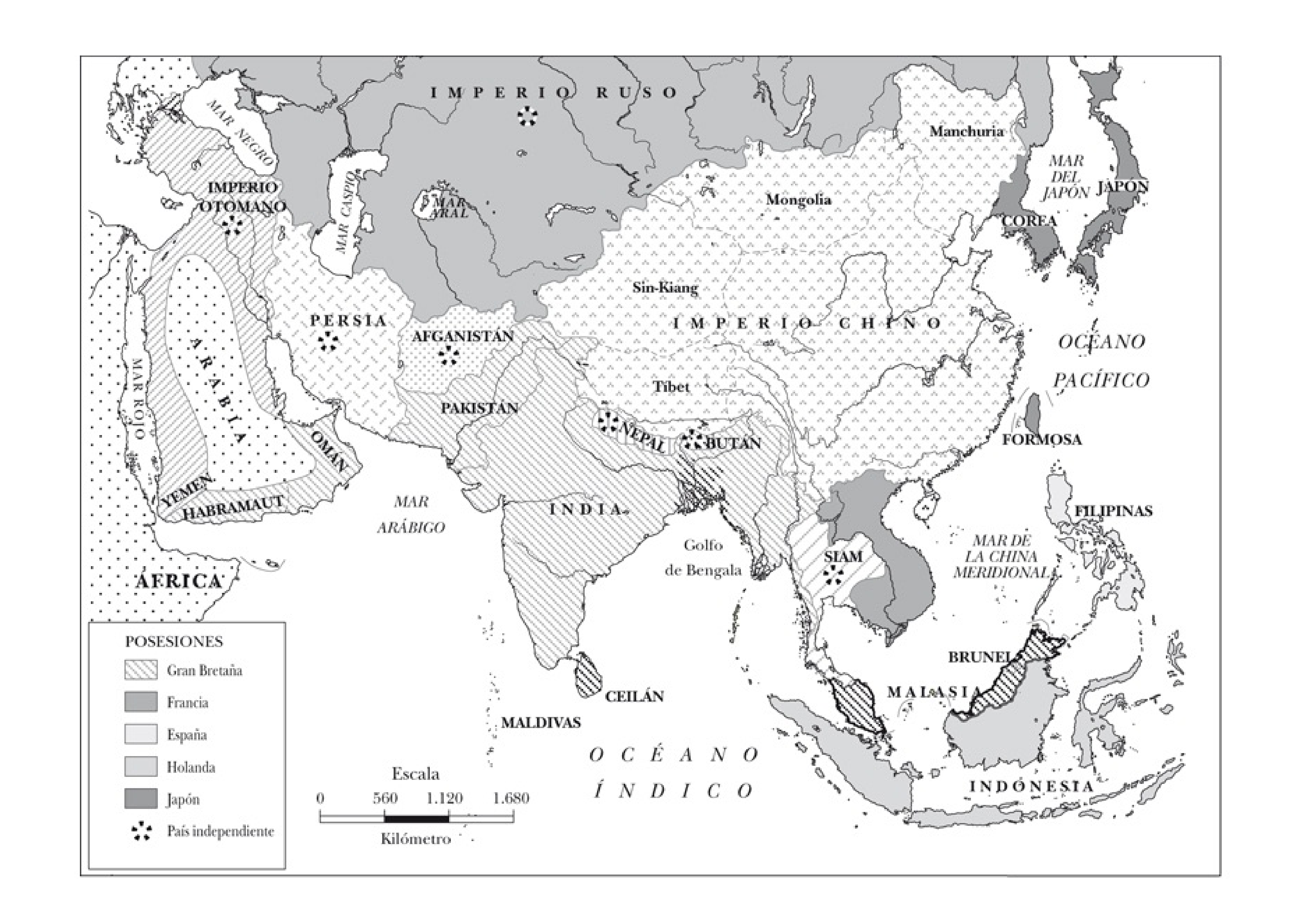
LOS EUROPEOS EN ASIA

El continente asiático, a diferencia del africano, era mucho mejor conocido por parte de los europeos y, además, estaba gobernado en gran parte por sólidas estructuras políticas, con dinastías imperiales de tradición plurisecular, como sucedía en China y Japón. Por otra parte, los viejos imperios coloniales, como el portugués, español y holandés, disponían de enclaves y amplias posesiones en Asia (Indonesia, Filipinas, Goa), a los que se añadía la presencia de Gran Bretaña en India desde 1763. Tres son los ámbitos en los que se desarrolla la acción de las potencias occidentales (incluido Estados Unidos) en el mundo asiático: India y territorios contiguos, la península de Indochina y el mar de la China con los intentos de penetrar en su imperio.

El continente de Oceanía, en cambio, fue un espacio en el que la penetración europea se efectuó según los esquemas más generales de la colonia de poblamiento, propia de la formación de las “nuevas Europas”. Tanto en Australia como en Nueva Zelanda, la colonización europea supuso la casi total desaparición de la población aborigen del continente de Oceanía, así como la organización de sus estructuras económicas y sociales al estilo europeo. Todo este proceso fue realizado en el marco del Imperio británico.

India pasó a ser una colonia británica a partir de 1763, como consecuencia de la guerra de los Siete Años. Pero su control fue realizado durante cien años a través de la Compañía de las Indias Orientales *(East Indian Company),* que monopolizaba todo el comercio británico con el océano Índico. La base principal

de operaciones era la región de Bengala, con su capital en Calcuta, aunque progresivamente se fue extendiendo el control británico sobre el territorio, muy poblado, pero fragmentado políticamente.


IMPERIO RUSO
MAR NEGRO
MAR CASPIO
MAR ARAL
IMPERIO OTOMANO
Manchuria
Mongolia
MAR DEL JAPÓN
JAPÓN
COREA
Sin-Kiang
IMPERIO CHINO
OCÉANO PACÍFICO
PERSIA
AFGANISTÁN
ARABIA
MAR ROJO
Tíbet
PAKISTÁN
NEPAL
BUTÁN
FORMOSA
OMÁN
YEMEN
HABRAMAUT
MAR ARÁBIGO
INDIA
FILIPINAS
MAR DE LA CHINA MERIDIONAL
Golfo de Bengala
SIAM
ÁFRICA
POSESIONES
Gran Bretaña
Francia
España
Holanda
Japón
País independiente
BRUNEI
CEILÁN
MALASIA
MALDIVAS
OCÉANO ÍNDICO
INDONESIA
Escala
0
560
1.120
1.680
Kilómetro

REPARTO DE ASIA

Desde la segunda mitad del siglo XIX se intensificó la penetración colonial en los espacios asiáticos.

Tras la revuelta de los cipayos en 1857, el gobierno británico asumió directamente la administración de India, mediante un gobernador general y la dotación de un cuerpo de funcionarios civiles (el *Indian Civil Service),* que fue quien pilotó el proceso de transformación de India mediante la construcción de vías de comunicación, el establecimiento de centros educativos al estilo occidental y la especialización de su economía de forma complementaria a la británica. La economía de India desarrolló a gran escala la producción de algodón con destino a la industria inglesa, que luego era vendido, ya tejido, en la propia India, después de haber recorrido miles de kilómetros en ambas direcciones. Ésta es una de las razones que explica la “desindustrialización” de India durante el siglo XIX, en beneficio de la posición británica.

Al mismo tiempo, se produce la expansión territorial británica sobre todo el espacio indio, llegando por el norte y el oeste hasta los confines de las posesiones que controlaba Rusia en el Asia central, estableciéndose Afganistán como territorio-colchón entre ambas potencias. Por la parte oriental, fue la búsqueda del mercado chino y la necesidad de asegurar Bengala, lo que obligó a Gran Bretaña a ocupar Birmania. Así, el Imperio británico abría una vía terrestre hacia China y evitaba, con Siam de estado-tapón, una mayor expansión de Francia en el sur de la península de Indochina (Cochinchina). La presencia británica en Asia, aparte del acceso a la costa china, se completaba con sus posesiones en Malaisia, en donde Singapur era desde principios del siglo XIX el centro de los intereses británicos en la región.

El otro polo de atracción de las potencias occidentales en Asia fue la península de Indochina, situada en el sureste del continente, donde el gran protagonismo durante un siglo le corresponde a Francia. La presencia de Francia en Asia es el aspecto más novedoso de la expansión colonial europea del siglo XIX, dado el escaso interés que hasta entonces habían tenido los franceses por establecerse en Extremo Oriente. Sin embargo, a fines del siglo XIX se consideraba Indochina como la perla del imperio colonial de Francia. El proceso de ocupación territorial comenzó en la zona de Saigón y el delta del río Mekong (Cochinchina), como mecanismo de protección de las misiones católicas allí establecidas, pero también para tener una base desde la que participar en el comercio con China, especialmente el de la seda. Hacia 1885-1887 se completa

la formación de la Indochina francesa con la ocupación de Camboya, Annam y Tonkín. Con ello quedaba configurado el imperio colonial francés en Asia, establecido sobre un territorio con fuertes resistencias y constantes revueltas contra la ocupación occidental, lo que se convertirá en una constante histórica hasta la guerra de Vietnam.

Caso diferente fue la relación de Occidente con el imperio de China. La obsesión del mundo occidental por conocer y penetrar en China era muy vieja, como demuestran las andanzas de viajeros medievales como Marco Polo. De China venían hacia Occidente no sólo valiosos productos (seda, especias), sino muchos de los inventos que hicieron posible la superioridad técnica de Europa. Pero desde fines del siglo XV, China experimentó un proceso de ensimismamiento que la hizo todavía más inaccesible a las relaciones con Occidente, a pesar de las misiones jesuíticas que allí se instalaron, pero que no tardaron en ser suprimidas. Fue hacia fines del siglo XVIII cuando los británicos comenzaron a intentar la apertura de los puertos chinos al comercio con Occidente. Lograr entrar en China fue la gran tarea occidental de todo el siglo XIX.

China era el más grande imperio asiático, con gran fortaleza demográfica (unos 400 millones) y una organización política sólida, con base en la dinastía imperial y en una burocracia de mandarines muy cualificada y orgullosa de su superioridad. No en vano, China se calificaba a sí misma como el “Imperio del Centro”. El resto del mundo era simplemente periferia escasamente civilizada, dado que los extranjeros eran considerados, sin excepción, como “bárbaros”. De hecho, el Imperio chino carecía de lo que en Occidente se denomina ministerio de Estado o de asuntos exteriores hasta mediados del siglo XIX. Las relaciones con el resto del mundo no eran consideradas como algo prioritario.

La primera fase de la apertura de China comenzó en 1839 con la primera guerra del opio. Gran Bretaña, que había perdido con la independencia de las trece colonias de América del Norte su lugar de aprovisionamiento de té, comenzó a importarlo de China. Para hacer frente a este flujo comercial, quiso pagarlo con cargamentos de opio, al que los chinos eran tan aficionados como los ingleses al té, que éstos producían en India. Ante las dificultades crecientes que a este comercio oponía el Imperio chino, Gran Bretaña empleó su fuerza naval para lograr sus objetivos. Es, en síntesis, la epopeya de la cañonera *Némesis*, que destruye con facilidad a los “juncos” chinos. La consecuencia de esta derrota china es la firma del tratado de Nanking (1842), según el cual China cede a Gran Bretaña la isla de Hong-Kong y, además, admite el libre comercio

en cinco puertos costeros, de los que el más importante seguía siendo Cantón, convertido desde entonces, en expresión de Pierre Renouvin, en el “torno” de entrada de las mercancías occidentales en el mercado chino. Fue la primera fase de lo que los chinos llamaron los “tratados desiguales”, que en 1844 también hubieron de firmar con EE UU y Francia. El mercado chino, que por siglos había permanecido en clausura, tenía ahora algunos “tornos”, por los que introducir mercancías.

A partir de este momento se inicia un progresivo asalto a la fortaleza del Imperio chino, trenzado de diferentes tratados en los que se ponía de manifiesto su debilidad. Fue lo que sucedió con ocasión de la revuelta de los *Taiping*, que concluye con el tratado de Tientsin (1860) y la apertura de once puertos más al comercio occidental. La fase final de esta apertura de China a Occidente se produce a fines de siglo con la guerra chino-japonesa (1894-1895), que supone grandes pérdidas territoriales de China frente al emergente imperialismo de Japón, y con el episodio de la guerra de los bóxers (1900), en la que las potencias occidentales intervienen militarmente para evitar la revuelta xenófoba de expulsión de los extranjeros. La doctrina occidental del librecambismo se impuso definitivamente. Con la caída del Imperio (1911) se inicia otra fase histórica de gran inestabilidad, que terminará, después de la II Guerra Mundial, con la revolución socialista protagonizada por Mao Zedong.

LA ORGANIZACIÓN DE LOS IMPERIOS

El control y ocupación de los inmensos territorios explorados y sometidos en los continentes extraeuropeos obligó a las potencias coloniales a organizar un sistema de administración y gobierno de las colonias o, caso de ser posible, recurrir a la fórmula del protectorado, mediante la cual las autoridades políticas locales aceptan mantener un gobierno bajo la tutela de una potencia extranjera. Es el mecanismo utilizado en el norte de África (Marruecos, Túnez, Egipto) y en zonas del sureste asiático. Pero lo más frecuente fue que las potencias colonizadoras tuvieran que hacerse cargo, en virtud del dominio formal propio de este periodo histórico, del gobierno de los nuevos territorios, con independencia del nivel de autonomía que les pudieran conceder.

El proceso de formación de las administraciones coloniales fue tarea lenta, pero constituye el necesario complemento de todo el esfuerzo de ocupación territorial desplegado desde principios del XIX y, más intensamente, a partir de

1880. Se conocen diversas modalidades de organización de los extensos imperios coloniales, además del protectorado: territorios en régimen de arriendo (sucede en China), concesión de la explotación de la colonia a compañías mercantiles privadas o, aunque muy esporádicamente, régimen de condominio de dos o más potencias.

Sin embargo, los sistemas administrativos básicos se pueden reducir a dos: a) la anexión de la colonia y su integración en la administración metropolitana, como parte de la misma, con un reconocimiento de derechos políticos de los colonos (blancos) análogos a los ciudadanos del estado imperialista, y b) la asociación de la colonia a la metrópoli, lo que permite establecer un gobierno indirecto *(indirect rule)* y, en general, "responsable", lo que significa que existen parlamentos o consejos locales ante los que debe responder el titular del gobierno ejecutivo de la colonia y que, por tanto, se practica el principio anglosajón del "autogobierno" *(self-government).* En líneas generales, cada uno de estos modelos identifica a uno de los dos grandes imperios coloniales, Francia y Reino Unido respectivamente.

El régimen administrativo del Imperio británico se basó con frecuencia en el establecimiento de dominios, fórmula adecuada para el gobierno de los territorios de las "nuevas Europas", en general colonias de poblamiento ocupadas por la masiva inmigración de procedencia europea y, en especial, de origen británico. En Canadá, Australia, Nueva Zelanda o la colonia de El Cabo se fueron constituyendo durante la segunda mitad del siglo XIX sistemas de gobierno local, apoyados en cámaras de representantes, que disfrutaban de amplias facultades en lo relativo a su régimen interior. Sólo dos ámbitos les estaban vedados: las relaciones exteriores y la política de defensa. El titular del gobierno lo desempeñaba un gobernador, cuyo nombramiento correspondía a la Corona inglesa.

Un caso especial fue la administración de India, en la que convivían diferentes modelos. Diversos estados indígenas estaban sometidos al régimen de protectorado; pero el conjunto de India dependía directamente de la Corona británica, cuya titular en 1877, la reina Victoria, fue proclamada emperatriz de India. Pese a los intentos del nacionalismo indio, manifestados a través del partido político Congreso Nacional, de conseguir para su país un régimen de gobierno semejante al resto de los dominios de la Corona británica, la dependencia directa de India respecto de Londres permanecerá en vigor hasta la independencia. No en vano India fue considerada como la "joya de la Corona", la frontera particular del Imperio británico.

El sistema de gobierno del imperio colonial francés condujo, en general, a la conversión de las colonias en departamentos al estilo de la administración de la metrópoli. Esto es lo que sucedió en el Senegal, Argelia, las posesiones de las Antillas o la Cochinchina. Esta integración conllevó la participación de la población de la colonia, limitada generalmente a los colonos de origen europeo, en el sistema político francés (incluida la elección de representantes en la Asamblea Nacional). En otras partes del Imperio predominó la administración directa (Madagascar) o el régimen de protectorado, como en el norte de África. En la época de entreguerras adquirirá mayor fortaleza este sistema de administración directa, con el agrupamiento en grandes regiones territoriales del imperio colonial, en la búsqueda de una mayor integración del mismo en el sistema político francés.

El caso de Argelia es paradigmático, donde hasta 1870 se oscila entre la asimilación y la asociación, conviviendo, por tanto, un sistema de administración civil, en la zona repoblada por europeos y uno militar que se ocupaba del traspaís. Napoleón III aspiró a crear un "reino árabe", asociado a la Corona francesa, pero fracasó en su intento. A partir de 1871 se retorna a la política de asimilación, de modo que la colonia argelina es dividida en tres departamentos, lo que coloca los asuntos argelinos en dependencia directa del gobierno de París. Pero sólo los colonos europeos y los judíos gozan de derechos políticos, mientras que queda excluida la mayoría de la población indígena musulmana. Esta segregación política será el origen de muchos conflictos durante todo el siglo XX, antes y después de la independencia argelina.

RESISTENCIAS Y CONFLICTOS

La ocupación de los diversos territorios coloniales, pese a la superioridad tecnológica y bélica de las potencias ocupantes, no estuvo exenta de una gran variedad de resistencias locales y además de motivos de conflicto. Las resistencias al imperialismo comenzaban en la propia metrópoli, con sectores de la población y partidos políticos contrarios a la carrera imperialista. En general, la izquierda europea, tanto la agrupada en torno a los partidos radicales como de los socialistas, mantuvo una posición de crítica cuando no de lucha directa contra los gobiernos metropolitanos, sobre todo por lo que suponía de apoyo al militarismo. Es el caso de figuras como Clemenceau o Jaurès en Francia, de los laboristas en el Reino Unido o de los socialdemócratas en Alemania. En

sucesivos congresos de la Internacional Socialista se aprobaron resoluciones antiimperialistas, de las que la más conocida es la del congreso de Stuttgart (1907). La denuncia del imperialismo como una práctica propia del capitalismo monopolista forma parte de la mejor tradición socialista de la época de preguerra, como revelan las obras de Kautsky, Hilferding y Lenin. Pero aparte de esta corriente anticolonialista europea, conviene tener en cuenta algunas de las resistencias desarrolladas en el seno de las colonias.

Las formas de oposición al dominio colonial de las potencias extranjeras eran muy variadas. En general, el gran instrumento que servía de amalgama a las resistencias venía dado por la defensa de valores de carácter cultural o religioso que la presencia europea ponía en peligro. También adquirieron gran desarrollo las sociedades secretas. Pero la oposición violenta, mediante enfrentamiento bélico, al avance de los europeos es lo más frecuente en todos los casos conocidos, tanto en los más mitificados a través de la literatura y el cine, como es la lucha de los colonos blancos americanos contra las tribus indias, como en los menos conocidos pero no menos épicos, el caso de los zulúes en el África austral o los maoríes en Nueva Zelanda. La resistencia zulú fue una de las que más conmovió la opinión pública occidental, dada la derrota infligida en 1879 al ejército británico, en el que murió el propio hijo de Napoleón III. Pero la oposición de los zulúes no fue la única. En el continente africano, los enfrentamientos bélicos fueron frecuentes, especialmente en las regiones pertenecientes al África musulmana. En Sudán, las tropas británicas del general Gordon habían caído derrotadas frente a las del Mahdi sudanés en 1884 y no logran reconquistar el territorio hasta la batalla de Omdurman, ganada por Kitchener en 1898; en Abisinia, los ejércitos italianos reciben una severa derrota en la batalla de Adua (1896); y en Marruecos, tanto el ejército francés como el español vivieron en un clima de conflicto hasta 1926, en que tiene lugar la operación conjunta hispano-francesa del desembarco de Alhucemas, que pone fin a la resistencia de las tribus rifeñas dirigidas por Abd el Krim.

En el continente asiático, la oposición a la ocupación extranjera toma formas, con frecuencia, de revueltas internas y de apelación a los valores tradicionales como signo distintivo frente a los intentos de aculturación de las administraciones coloniales. Es el caso de la revuelta de los cipayos en India o la guerra de los bóxers en el Imperio chino.

Los cipayos eran soldados indios encuadrados en el ejército británico bajo la dirección de la Compañía de las Indias Orientales. Su lealtad comenzó a resquebrajarse a partir de la tendencia de las autoridades británicas a arrebatar el

gobierno de diversos estados indios a sus legítimos herederos. Esto provocó una situación de descontento que explotó por un motivo trivial: el cambio de cartuchos hechos con papel engrasado con grasa de vaca y cerdo, lo que era doblemente lesivo, desde el punto de vista cultural, para hindúes (por el carácter sagrado de la vaca) y musulmanes (por su repudio del gorrino). En 1857 estalló un motín en el ejército de Bengala, que se convirtió en revuelta en todo el norte de India, con grandes dosis de violencia y masacres, que quedó finalmente dominada después de un año. Las consecuencias de esta "gran rebelión" fueron enormes, en lo que se refiere al sistema de gobierno de India. De ello eran bien conscientes los británicos, como revela una carta del príncipe Alberto dirigida ese mismo año a su sobrino, el rey de Portugal: "Este motín es una fase completamente nueva en la historia de India". Pero la revuelta revela hasta qué punto los valores europeos chocaban con la tradición cultural autóctona, tal como manifiesta con lucidez el virrey lord Lytton pocos años después, cuando observa que los conceptos políticos occidentales (libertad, tolerancia, imperio de la ley) son para la población de India "fórmulas misteriosas de un sistema de administración extraño y artificial".

La rebelión de los bóxers en China tiene lugar en 1900. Fue un movimiento denominado por los chinos como "puños armoniosos" y "bóxer" por los occidentales, dado que muchos de sus miembros practicaban el boxeo chino, una forma de adiestramiento físico y de lucha ritual. Estaba dirigido por una sociedad secreta y sus objetivos eran la expulsión de los extranjeros y el término de la política de concesiones hechas en los diferentes "tratados desiguales". Su orientación xenófoba revela que amplios sectores sociales del Imperio chino (incluida la emperatriz Cixi) eran contrarios a la apertura de China al exterior y demandaban una política más nacionalista, tras la humillante derrota del ejército chino a manos de Japón en la guerra de 1895. Los bóxers pretendían asaltar las legaciones extranjeras asentadas en Pekín, que fueron sitiadas durante casi dos meses (los 55 días luego revividos en una conocida película), pero este objetivo fue impedido tanto por la pasividad del ejército imperial como por la llegada de refuerzos internacionales. Esta nueva derrota aceleró la descomposición del milenario imperio chino, el "Reino del Centro", brevemente gobernado por Pu-Yi, el "último emperador".

Además de la oposición bélica, comenzó a forjarse una oposición política en el seno de las colonias. Las minorías dirigentes de la población no europea de las colonias, a pesar de su formación en universidades occidentales, comenzaron a desarrollar una incipiente conciencia nacional, que permitió la creación de

movimientos y partidos políticos defensores de la independencia política de las colonias. Comienza así un proceso de nacionalismo colonial que culminará con el proceso de descolonización a partir de la II Guerra Mundial. El ejemplo más precoz de esta oposición política al dominio colonial es el de India, donde se funda ya en 1885 el primer partido político autóctono: el Partido del Congreso Nacional Indio, el que luego guiarán Gandhi y Nehru. Aunque la orientación política de este movimiento comenzó siendo de carácter moderado y colaboracionista, con reconocimiento del papel jugado por Gran Bretaña en la transformación de India, su evolución se fue encaminando hacia una progresiva reivindicación de competencias de autogobierno. En 1906 se declaró favorable a la autonomía interna de India y en 1920 daría el paso hacia la reclamación de la independencia.

El ejemplo de India tardó en ser imitado en otros lugares, de modo que hasta la época de entreguerras no se configuran de forma efectiva movimientos similares de oposición política, aunque tímida y moderada, al dominio colonial. Sin embargo, como sucede con el proceso de expansión colonial, también las líneas maestras del camino inverso de la descolonización se están forjando en este periodo.

Las colonias, en tanto que expresión de la grandeza de las metrópolis imperialistas, también fueron escenario de conflictos provocados por fricciones en el expansionismo territorial occidental. De hecho, los conflictos coloniales entre las potencias imperialistas fueron abundantes. En África, el episodio de Fashoda (1898) representa el punto culminante de la rivalidad anglo-francesa por el control del alto Nilo; en el continente asiático, el expansionismo ruso en Siberia y el japonés en el mar de la China provocó sendas guerras, ganadas ambas por el Imperio de Japón; en el Caribe y el Pacífico, como fruto de la nueva política imperialista de Estados Unidos, tuvo lugar la guerra con España y la redistribución de sus colonias entre nuevas potencias. En el África austral, las expediciones de los portugueses Serpa Pinto y Paiva Couceiro por la cuenca del Zambeze provocaron una fulminante reacción británica en 1890. Los conflictos imperialistas abundan y, como veremos, están en la base del estallido de la I Guerra Mundial (casos de los Balcanes y Marruecos).

Pero hay un tipo de enfrentamiento más singular, que es el desarrollado en territorio colonial, entre poblaciones de origen europeo. El mejor ejemplo son los continuos conflictos entre los colonos holandeses —bóers— e ingleses, durante todo el siglo XIX, en las posesiones de África del Sur. Los bóers, asentados en las repúblicas de Orange y Transvaal, veían con recelo la

inmigración de británicos *(uitlanders)* hacia sus repúblicas, atraídos por la fiebre del oro. La explotación de las ricas tierras del Transvaal y Orange, donde se descubrieron minas de oro y diamantes, así como las resistencias de los bóers a reconocer plenos derechos políticos a los *uitlanders* están en la base del conflicto que tuvo lugar entre 1899 y 1902. A ello también había contribuido decisivamente la política anexionista del empresario británico Cecil Rhodes, quien incluso financió, con poco éxito, algunas acciones militares contra los bóers *(raid* de Jameson, en 1895).

Todo ello conduce a la guerra de los bóers, en la que las repúblicas presididas por el bóer Paul Kruger se enfrentaron a la colonia de El Cabo, respaldada por el Imperio británico. Aunque los bóers acabaron por ser derrotados obtuvieron triunfos bélicos muy resonantes (disponían de un moderno armamento: rifles Mauser y cañones Krupp), lo que les proporcionó una gran simpatía internacional, en la que no estaba ausente el propio sentimiento antiimperialista europeo y la rivalidad anglo-alemana, ya puesta de manifiesto en 1896 con el telegrama de apoyo del *kaiser* Guillermo II a Kruger. En 1902, la guerra terminó con la derrota de los bóers, pero tras unos años de anexión de los territorios derrotados, en 1909 el Parlamento británico vota la *South Africa Act*, mediante la cual se produce la reunificación de ambas colonias, bajo la denominación de Unión Surafricana. Sin embargo, la tradición de segregación racial de los bóers acabaría por imponerse a través de la creación de diversos partidos *afrikaners*, que se prolongó en la práctica del *apartheid* hasta fines del siglo XX.

La guerra de los bóers, aun desarrollándose en un escenario muy alejado, cautivó la atención de la opinión pública de Europa y acentuó el debate, tan común a finales del siglo XIX, sobre la jerarquía de las razas y las naciones. Los sucesivos conflictos que tenían lugar en la región de los Balcanes, la rivalidad anglo-alemana o el impenitente revanchismo francés respecto de la derrota de Sedán, también familiarizaron a las potencias europeas con la idea de que, en un futuro no muy lejano, habría de recurrirse a la guerra como medio último de ejercer la política, “more Clausewitz”. La intuición de que una época se acababa y otra comenzaba era muy común en la Europa de finales del XIX que, precisamente, acuñó la expresión *fin de siècle* para referirse a un periodo que, de creer al protagonista de *El retrato de Dorian Gray*, de Oscar Wilde, también debería significar el *fin du globe*.

La Europa de principios del siglo XX intuía que se avecinaba un tiempo de grandes conflictos, incluso de naturaleza diferente a las guerras tradicionales, de carácter limitado. Las guerras modernas serían cada vez más “totales”. Era lo

que había pronosticado H. G. Wells en *La guerra de los mundos*, en 1898. Y algo de esto fue lo que sucedió a partir del verano de 1914, con el estallido de una guerra que comenzó siendo europea y acabó siendo mundial. Con ella terminó una época de la historia del mundo y alumbró otra bien diferente.

CAPÍTULO 6

LAS LUCES APAGADAS DE EUROPA. LA I GUERRA MUNDIAL

Los años finales del siglo XIX han sido definidos por los propios coetáneos como el *fin de siècle,* concepto acuñado entonces para definir no sólo el tránsito entre dos centurias, sino también el estado de ánimo de una sociedad que combinaba a partes iguales la ilusión "materializada en la mágica fecha del cambio de siglo", como dijo luego el austriaco Robert von Musil, con el temor e incluso el miedo sobre el inmediato porvenir. A fines del XIX se hablaba del "peligro amarillo" y de la necesaria jerarquía entre las razas y de los inevitables conflictos entre ellas, como pronosticaban autores de gran éxito internacional, como Houston Chamberlain o Vapour de Lapage. Las guerras eran algo lejano, que tenían lugar en terrenos coloniales, en Suráfrica o en el Extremo Oriente, pero no por ello se despreciaba su importancia, como revela el libro de H. G. Wells *(La guerra de los mundos,* 1898). Sin embargo, podría decirse que para la mentalidad europea corriente, la confianza en un futuro mejor era superior a la incertidumbre o el recelo sobre el mismo. Algunas razones avalaban esta confianza.

El dominio europeo del mundo y la expansión imperialista habían supuesto, además de la hegemonía de Europa sobre el conjunto del planeta, una profunda transformación de la historia mundial. Al carácter global que adquirieron las relaciones económicas se sumaron las decisiones políticas y las estrategias de las principales potencias, tanto europeas como las nuevas potencias no europeas, Estados Unidos de América y Japón. Durante algunas décadas, el mundo occidental pudo vivir el sueño del *Titanic,* del goce de un estado de permanente *belle époque,* basado en la confianza en su superioridad y en la conciencia de que no había límites para tal supremacía. Sin embargo, el iceberg con que había chocado el gran transatlántico en 1912 también apareció en la historia de Occidente, muy en especial en el continente europeo. El choque fue el estallido en el verano de 1914 de la llamada Gran Guerra europea, luego convertida en I Guerra Mundial. Como a la tripulación del *Titanic,* a los dirigentes europeos les

sorprendió que la guerra tuviera lugar, aunque de una forma más o menos consciente en realidad la habían estado preparando. El inicio de la guerra fue visto de este modo como un acto de fatalidad, del que nadie quería hacerse plenamente responsable, como llegaron a verbalizar a los pocos días del estallido del conflicto los primeros ministros de Alemania y de Gran Bretaña. El premier británico, Edward Grey, lo expresó de forma tan melancólica como premonitoria: “Las luces se están apagando en toda Europa. No volveremos a verlas alumbrar en lo que nos queda de vida”.

A pesar de la aparente sorpresa, el conflicto bélico no puede decirse que fuera del todo inesperado. Una larga etapa de juego político entre las principales potencias y, sobre todo, una progresiva disociación entre los dirigentes políticos y la evolución de los diferentes estados e imperios europeos explican los acontecimientos desencadenados a partir de 1914. Que hubiera una guerra entraba, pues, dentro de lo posible en la Europa de principios de siglo. Lo que no resultaba imaginable era la magnitud de las transformaciones que la guerra acabaría por traer, ya que de sus resultados se nutrió casi todo el siglo XX. Esta guerra acarreó tales consecuencias que bien puede considerarse como la partera del siglo, un gran gozne de la historia contemporánea. De hecho, aquí comienza el “corto siglo XX”. Pero antes de abordar las dimensiones del conflicto y sus consecuencias, a través de la paz de Versalles, debemos retornar sobre nuestros pasos y volver a aquel otro Versalles, el de 1871, cuando en el Salón de los Espejos tiene lugar el solemne acto fundacional del II Imperio alemán (el conocido como II Reich o Imperio guillermino), después de la derrota de Francia en la guerra con Prusia en 1870. Allí comienza una nueva fase de la historia europea, con la conversión de Prusia en una gran potencia, y allí se incuba el ánimo de revancha de Francia, humillada por las tropas de Helmuth von Moltke y derrotada, como metafóricamente advirtió Ernest Renan, por la universidad alemana.

ALEMANIA Y LA “WELTPOLITIK”

La política exterior europea había estado basada, desde el siglo XVIII, en la teoría del “equilibrio” de las potencias y en la inexistencia de un poder hegemónico, que debían compartir Gran Bretaña, Francia, Austria y Rusia. Con el proceso de unificación de Alemania, que simbólicamente se termina con la fundación del Imperio guillermino bajo la batuta política del canciller Otto von

Bismarck, se inaugura una nueva etapa en la política y la diplomacia europeas. Comienza la preponderancia de Alemania sobre el continente, que es el hecho esencial de la historia diplomática del mundo de fines del XIX. Alemania representa la emergencia de *Mitteleuropa*, de la Europa central, de base germánica, que se sitúa entre los eslavos del este y los latinos del oeste. Esta ubicación en el centro del continente explica muchos de los comportamientos de la Alemania contemporánea. El propio canciller Bismarck era consciente de ello, cuando se refería a la "pesadilla de las coaliciones" como un constante peligro para Alemania. Pesadilla que le llevó a luchar durante veinte años para evitar la formación de una tenaza antialemana.

Las consecuencias de esta conversión de Alemania en primera potencia europea se perciben, en el terreno de las relaciones internacionales, en la defensa del interés nacional como objetivo prioritario. Es la aplicación de los principios de la *realpolitik* a la política exterior. La actividad diplomática de Bismarck se orientará en esta dirección al tratar de buscar sucesivos sistemas de alianzas entre estados que evitasen coaliciones antialemanas, en especial las ansias del posible revanchismo francés tras las pérdidas territoriales de Alsacia y Lorena, y que, por tanto, garantizasen un arbitraje político de los posibles conflictos. El objetivo último era estabilizar Europa en torno a Alemania. El desarrollo de esta estrategia diplomática desembocó en sucesivas alianzas, que vinculaban a Alemania con otras potencias. En 1873, a través de la Liga de los Tres Emperadores, la alianza se estableció con Austria-Hungría y Rusia, para evitar la unión de los dos Estados recientemente derrotados (Austria y Francia) por Prusia en el proceso de unificación de Alemania; en 1882, después de varios problemas surgidos en los Balcanes que enfrentaban a Rusia y Austria, logra firmar la Triple Alianza, con Austria-Hungría e Italia, pero sin desentenderse totalmente de la relación con Rusia. Al propio tiempo, otros tratados bilaterales, así como la presidencia de congresos internacionales celebrados en Berlín (1878, cuestión de los Balcanes; 1885, cuestión colonial), permitían mantener los ejes básicos de la diplomacia de Bismarck: carácter central de Alemania en la diplomacia europea, aislamiento de Francia aunque se apoyase su carrera colonial, buenas relaciones con Inglaterra, que seguía practicando su política de "espléndido aislamiento" y sostén del Imperio austro-húngaro en su desplazamiento hacia los Balcanes a costa del Imperio otomano, el "hombre enfermo" de la Europa del siglo XIX.

OTTO VON BISMARCK (1815-1898)



Estadista prusiano y principal dirigente del Imperio alemán desde 1871. Nacido en el seno de una familia de la nobleza prusiana (los *junkers),* comenzó su actividad política en 1847, como miembro del Parlamento prusiano, prolongándose su protagonismo en la política alemana y europea más de cuarenta años. Desde 1862, en que es nombrado primer ministro de Prusia, conduce el proceso de unificación de Alemania, mediante sucesivas guerras contra Dinamarca, Austria y Francia. A partir de 1871, después de la guerra franco-prusiana, fue el principal dirigente político del Imperio alemán, hasta que abandonó el cargo en 1890.

De ideas conservadoras, pragmático y autoritario, profundamente nacionalista, fue defensor de la *realpolitik*, un estilo de hacer política que combinaba el empleo de la diplomacia y la política de alianzas con el recurso a la guerra y a la demostración de fuerza. Defensor de la primacía de la razón de Estado como principio político, gobernó el Imperio guillermino con mano de hierro y apariencia constitucional, combatiendo a los socialdemócratas y, al propio tiempo, promulgando una avanzada legislación social. Su perspectiva política era esencialmente europea, sin haber llegado a comprender cabalmente la expansión imperialista iniciada por las grandes potencias hacia 1880. Precisamente fue la estrategia política del joven emperador Guillermo II, que deseaba un puesto de primer plano para Alemania en la política mundial *(weltpolitik),* lo que aceleró su caída política en 1890, tras la cual se dedicó, en sus últimos años, al cuidado de su patrimonio familiar en la región de la Pomerania.

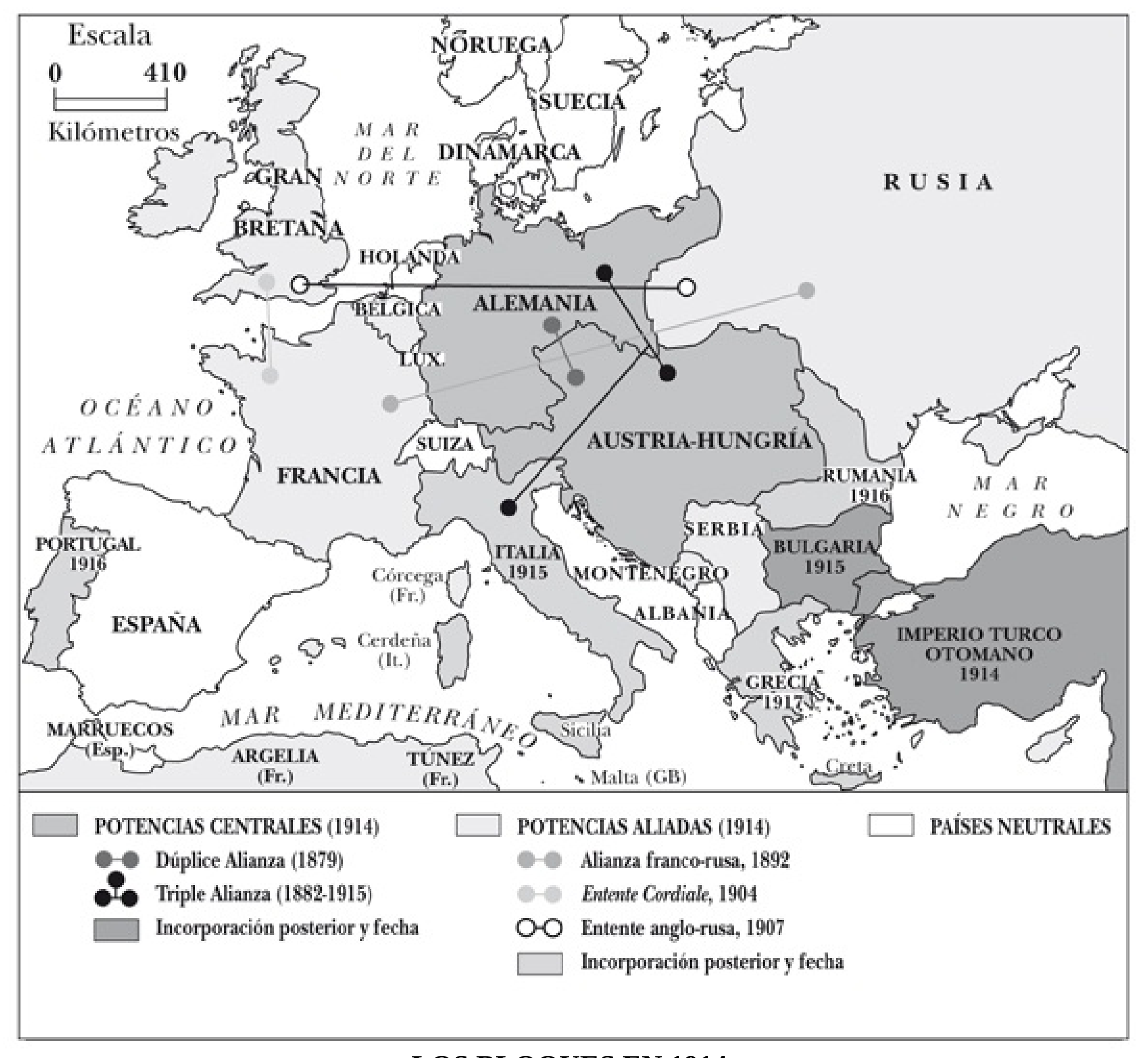
Esta orientación de las relaciones internacionales cambió a partir de la década de 1890, coincidiendo con la caída de Bismarck y la formulación de una nueva estrategia diplomática por parte del emperador Guillermo II: la “política mundial” o *weltpolitik*. Para Alemania, el único objetivo ya no era aislar a Francia. Comenzó a desarrollarse una competencia con Gran Bretaña, en un intento de poner en cuestión su liderazgo mundial y procurarse un “lugar al sol”, como quería el canciller Von Bülow. El miedo británico hacia los productos *made in Germany*, como expresa una popular obra de 1900, comienza a hacerse

realidad. La creación de una potente marina de guerra y la petición de participar en el reparto de los territorios coloniales son los mejores exponentes de este cambio de política. Los caminos hacia la guerra comienzan a ser transitados por las distintas potencias europeas.

La decisión de Alemania de crear una potente flota militar se concreta durante la década de los años noventa al serle encomendada al almirante Alfred von Tirpitz la cartera de Marina en 1897. Sus proyectos se asentaron en las "leyes navales" de 1898 y 1900, que marcan la dirección del expansionismo naval de Alemania. Los gastos dedicados a la construcción de la flota se cuadruplicaron entre 1890 y 1913 (de 90 millones de marcos se pasó a 400), de modo que a partir de 1900 fue ya evidente para los británicos que, también en el mar, estaban siendo retados por los alemanes, los cuales se atrevían a desafiar a quienes orgullosamente se habían definido, en expresión de lord Salisbury, como "peces". Esta política naval simboliza la intención de Alemania de convertirse en una potencia mundial, ya que, a juicio del propio *kaiser,* la flota era el instrumento que permitiría el desarrollo de la *weltpolitik*. En vísperas de la guerra, la escuadra alemana seguía siendo inferior a la británica, especialmente en la dotación de nuevos acorazados botados por primera vez por los británicos en 1906, pero era ya la segunda del continente y además se había roto el viejo principio británico de disponer de una armada que duplicara la perteneciente a las dos potencias siguientes, el llamado *two powers standard*.

POLÍTICA DE ALIANZAS Y GUERRAS LIMITADAS

Los caminos hacia la guerra se agrandan un poco más a partir de la década de 1890 mediante un doble proceso. Por una parte, gracias a la concreción de forma cada vez más rígida de unas alianzas internacionales que funcionan casi como bloques, aunque, a diferencia de los formados durante la guerra fría posterior a la II Guerra Mundial, carecen de principios ideológicos homogéneos y, obviamente, de armas nucleares de efecto disuasorio. Por otra parte, se hacen cada vez más frecuentes los conflictos y las guerras de carácter limitado, bien por motivos derivados del expansionismo colonial (casos de la guerra ruso-japonesa o de la crisis de Fashoda) o de la decadencia del Imperio otomano, expresada en los problemas en la península de los Balcanes, donde tienen lugar varias guerras y, además, salta la chispa en 1914 con el magnicidio de Sarajevo.



LOS BLOQUES EN 1914

La formación de dos bloques opuestos en los que estaban involucradas las principales potencias europeas es el rasgo más característico del periodo de preguerra. El primer bloque, constituido por la Triple Alianza formada por Alemania, Austria-Hungría e Italia, es una derivación de la diplomacia bismarckiana y obedece a la estrategia alemana de poder penetrar en los Balcanes y en el Imperio otomano, a través del apoyo al Imperio austro-húngaro que, de ese modo, cerraba el paso al Imperio zarista. Lo que mejor simboliza este interés alemán por el Oriente Próximo es la construcción del ferrocarril a Bagdad (el *Bagdadbahn)*, y el hecho de que fue destino de importantes inversiones de capitales. A pesar de que Bismarck no reputaba de gran interés el control de los eslavos, esta alianza tenía en los Balcanes su principal razón de ser, lo que refuerza la unión entre alemanes y austro-húngaros. La pertenencia de Italia a esta alianza fue siempre insegura, de modo que es en la unión del

Imperio guillermino y el austro-húngaro donde está el núcleo de esta unión de los llamados durante la guerra “Imperios centrales”.

El segundo bloque es la Triple Entente, cuya configuración tardó más de un decenio, pero que constituye el rasgo más sorprendente, de acuerdo con una extendida opinión historiográfica, de estos años previos a la guerra. La Triple Entente tiene su origen en la alianza de Francia con Rusia forjada a partir de 1891, mediante varios acuerdos de ayuda de una potencia a la otra en caso de ser atacada por miembros de la Triple Alianza. Se trataba de un acuerdo que rompía el mutuo aislamiento diplomático de ambos países, especialmente el de Francia que tanto había perseguido Bismarck y, a la vez, hacía evidente el carácter central de Alemania que, a partir de este momento, tendría que pensar en su estrategia militar en la necesidad de afrontar una guerra con dos frentes. Las razones de la alianza franco-rusa están tanto en las divergencias del zarismo con Alemania respecto de la política balcánica como en la progresiva presencia francesa en las finanzas rusas. Fue el primer gran éxito diplomático de la III República Francesa, que logró incluso que el zar de todas las Rusias, receloso del sistema político francés, laico y republicano, escuchara sin pestañear el himno de *La Marsellesa* en las diversas visitas de estado que ambas potencias se intercambiaron.

Pero esta alianza franco-rusa adquirió un nuevo sesgo con la incorporación de Gran Bretaña, después de un breve periodo en que había intentando acercarse a Alemania, como estrategia propia del ministro de las Colonias, Joseph Chamberlain, quien soñaba con una alianza “teutónica”. Al final se impuso el acuerdo con Francia. El primer paso se da en 1904 con la firma de la *Entente Cordiale* entre Francia e Inglaterra y, posteriormente, a partir de la crisis de Marruecos, se incorpora a la alianza el Imperio ruso, firmándose la Triple Entente en 1907. Esta incorporación del Reino Unido a un sistema de alianzas continental resulta una gran novedad y sólo puede entenderse como un medio para frenar el expansionismo alemán, especialmente en el ámbito naval. Pero había también otras razones de carácter económico y colonial. La rivalidad colonial entre Francia e Inglaterra, que había llegado a su cenit con el incidente de Fashoda (1898), aconsejaba una política de entendimiento. Esto es lo que sucede con la *Entente Cordiale*, repartiendo las zonas de influencia del norte de África: Francia no “entorpecería” la acción inglesa en Egipto, mientras que Gran Bretaña reconoce que “pertenece a Francia vigilar la tranquilidad” de Marruecos. Por otra parte, tras las guerras exitosas de Japón y de Estados Unidos contra viejos imperios (Rusia y España), estos nuevos jugadores hacían acto de

presencia en el concierto de la diplomacia internacional. Los dos grandes imperios coloniales del momento debían tomar buena nota de ello. La fácil victoria de los japoneses sobre los rusos en 1905, así como la debilidad interna que mostraba Rusia, inclinaron la balanza a favor de una entente anglo-francesa que incluía a Rusia y, además, disuadía a Alemania.

La consolidación de este sistema de alianzas, que coincide con el final del reparto del mundo colonial y con la emergencia de nuevos imperialismos extraeuropeos, supone que toda modificación del *statu quo* mundial afectaba directa o indirectamente a varias naciones y convertía en potencialmente peligrosa cualquier acción expansiva o de ruptura de este sistema. Por eso, las diferentes crisis bélicas y diplomáticas que se suceden desde principios del siglo XX no hacen sino poner a prueba esta política de bloques. Son los caminos que conducen a la guerra de 1914. Se trata de conflictos y guerras de carácter limitado, pero que obligan a conferencias y acuerdos de alcance general. Dos son los focos de tensión principales: el reino de Marruecos y la península de los Balcanes.

En Marruecos se suceden dos conflictos que tienen como protagonista al emperador alemán, Guillermo II, y que, estando concebidos como fórmula para quebrar la alianza franco-inglesa, acaban por fortalecerla. El primero de ellos tiene lugar en 1905, cuando arriba a Tánger el emperador alemán y pronuncia un discurso a favor del sultán marroquí y de la independencia del reino. La consecuencia de esta intervención fue la convocatoria de la Conferencia internacional de Algeciras (1906), en la que se reforzó la posición francesa (y parcialmente, de España) sobre Marruecos. En la segunda ocasión, en 1911, es el acorazado alemán *Panther* el que entra en el puerto de Agadir, como prueba de fuerza contra la intromisión francesa en el interior de Marruecos y para exigir compensaciones territoriales o concesiones mineras. Después de largas negociaciones, en las que la parte principal la desempeña Gran Bretaña, la crisis se salda con la cesión a Alemania de una parte del Congo francés y se reconoce de nuevo el protectorado francés y español sobre el territorio marroquí. Lo que ponen de relieve estos acontecimientos marroquíes es la voluntad de Alemania de actuar en la política mundial como primera potencia, mostrar su poderío bélico, sobre todo en el mar, y fomentar la adhesión popular a su política expansionista y a su rivalidad con los británicos.

Por su parte, en los Balcanes emerge ahora, a principios de siglo, la vieja "cuestión de Oriente", que ya fue asunto preferido de las cancillerías europeas durante todo el siglo XIX, desde que el Imperio otomano fue perdiendo fortaleza

y control sobre los pueblos balcánicos. Diversos procesos de independencia llevados a término en el siglo XIX (Serbia, Grecia, Rumania, Bulgaria) permitieron configurar un nuevo mapa político de los Balcanes. El congreso de Berlín de 1878 había ratificado, además, la presencia de Austria-Hungría en la zona, al serle encomendada la administración de Bosnia-Herzegovina. Los dos puntos principales de fricción eran uno externo a la región y otro interno. El externo venía determinado por el enfrentamiento entre Austria-Hungría y Rusia sobre el control político y económico de los Balcanes que, sobre todo para Rusia, era asunto vital por su dependencia de la salida al mar caliente a través del estrecho de los Dardanelos. El interno tenía que ver con la ambición del reino de Serbia (3,3 millones de habitantes) de constituir una gran Serbia que fuese capaz de reunir bajo un mismo estado a todos los serbios, de los que más de siete millones vivían en el Imperio austro-húngaro (incluida Bosnia). No es extraño que los austriacos consideraran a Serbia, en algún momento, como el "Piamonte" de los Balcanes.

A partir de 1908, en la conocida como "crisis bosnia", se desencadenan varias guerras balcánicas que constituyen el precedente más directo de la guerra general de 1914. Ante las dificultades que presentaba el control de Bosnia a través de la ocupación militar acordada en 1878, el Imperio austro-húngaro decide llevar a cabo la anexión de Bosnia-Herzegovina al imperio, con un estatuto especial, al no ser asignado el territorio ni a Austria ni a Hungría, lo que abría la posibilidad de fundar dentro del Imperio una tercera estructura política en la que se podrían agrupar todos los pueblos eslavos que estaban sometidos a la monarquía dual austro-húngara. A pesar de las protestas de Rusia y de Serbia, la anexión se consumó gracias al respaldo que Alemania prestó a Austria. La alianza mutua se ponía a prueba. Pero no tardaron en surgir nuevos conflictos, en especial por la aspiración de Rusia de ejercer un control sobre la península de los Balcanes. Son las llamadas guerras balcánicas de 1912 y 1913. En la primera guerra, una alianza interna de los pueblos balcánicos (Serbia, Bulgaria y Grecia) apoyada por Rusia consigue expulsar de la península a los turcos, alcanzando Bulgaria acceso al mar Egeo. Una segunda guerra, poco después, entre los vencedores, acaba por reordenar la división política de la península, repartiendo gran parte del territorio de Bulgaria en favor de sus vecinos y creando el estado-tapón de Albania.

Las consecuencias de estas guerras balcánicas estriban, como en el caso de Marruecos, en su capacidad para robustecer alianzas y establecer bloques. El viejo enfrentamiento de Austria-Hungría y Rusia a propósito de los Balcanes

tiene ahora al reino de Serbia como principal fuerza de choque, dado que el expansionismo serbio, apoyado por los rusos y por Occidente, era una amenaza directa para austriacos y, sobre todo, húngaros que ejercían un férreo control de los eslavos en Croacia. Pero estas guerras lo que ponen de relieve, sobre todo, es la incapacidad del Imperio austro-húngaro, pese a su enorme pluralismo étnico y cultural, para resolver el problema balcánico. El atentado de Sarajevo pudo parecer casual en su ejecución concreta, pero dista mucho de ser producto del azar en una perspectiva de medio plazo.

"PARA BELLUM": EL REARME MATERIAL Y MORAL

El viejo adagio latino *si vis pacem, para bellum*, no se cumplió del todo en estos años primeros del siglo XX. La guerra fue preparada, sin saber muy bien contra quién ni cuándo podría estallar, pero la paz no fue preservada. Porque el camino hacia la guerra estuvo entreverado no sólo de alianzas y guerras, sino también de una carrera armamentística que propició el rearme de las principales potencias. Al rearme material se añadió una legitimación ideológica y propagandista del belicismo, a través de gestos de los dirigentes políticos (el caso más extremo es el del emperador Guillermo II), de la prensa de masas y de una literatura belicista que surgía en el caldo de cultivo del imperialismo y de la superioridad europea.

El aumento de gastos militares en Europa es un hecho evidente desde fines del XIX, hasta el punto de que copaban, a principios de siglo, el 40 por ciento de los presupuestos nacionales. En el Reino Unido, estos gastos no hicieron más que duplicarse entre 1887 y 1913, mientras que en Alemania el gasto era todavía mayor. Un buen indicador de este rearme es el enorme incremento del tamaño de los ejércitos. Excepto en Gran Bretaña, donde el personal militar se mantuvo casi estable entre 1890 y 1914, en el resto de las grandes potencias esta dimensión de los ejércitos de tierra y mar casi se duplicó. Una gran parte de la población era llamada a filas y entrenada durante varios años, lo que permitía asegurar el principal problema estratégico del momento: la rápida movilización de los efectivos militares. Pero esta carrera armamentística no se basó sólo en el incremento de efectivos humanos sino, y sobre todo, en el mejor equipamiento tecnológico de los ejércitos. Los grandes avances realizados en la gran industria de fines de siglo se aplican sistemáticamente al ámbito militar, construyendo acorazados, submarinos o cañones, y las principales firmas industriales del

continente tienen en los pedidos militares su principal cliente.

El rearme moral es quizá más sorprendente. Pero sólo voces aisladas, fundamentalmente de los partidos socialistas, se manifiestan en contra de la carrera imperialista y, a la vez, del militarismo que, desde principios de siglo, deja de aplicarse a los territorios coloniales para anidar en los habitantes de las metrópolis. El viejo "jingoísmo" imperialista se transforma ahora en patriotismo nacionalista, especialmente en Alemania, pero también resulta visible en el resto de los países occidentales. Ésta es, sin duda, la razón por la cual el estallido de la guerra no encontró ningún tipo de resistencia. Al contrario, fue tal el entusiasmo patriótico que la tasa de desertores llamados en 1914 a la movilización general fue bajísima. En Gran Bretaña el número de voluntarios para la guerra se elevó a un millón en los primeros ocho meses, y en Rusia los obreros desfilaron detrás de la bandera desplegada por el zarismo. Fue la *Union sacrée* (unión sagrada), bautizada por el presidente francés Raymond Poincaré para definir la posición unánime de los franceses ante la declaración de guerra contra Alemania. A liberales y pacifistas como Bertrand Russell no les cabía en la cabeza que incluso colegas académicos antaño vagamente neutrales abrazasen la causa de la guerra con gran pasión. El patriotismo se había impuesto, como reconocía el propio Russell en un artículo publicado el 15 de agosto de 1914 en el periódico inglés *Nation:* "Un mes atrás, Europa era un acuerdo pacífico entre naciones; si un inglés mataba a un alemán, iba a la horca. Ahora, si un inglés mata a un alemán, o si un alemán mata a un inglés, es un patriota que ha servido bien a su país". Lo que había sucedido en ese mes forma parte de uno de los principales enigmas del mundo contemporáneo, comenzando por las razones del estallido de una guerra que se convirtió en una de las piedras miliares del mundo contemporáneo.

¿POR QUÉ ESTALLA LA GUERRA?

A pesar de este ambiente belicista y de que era previsible algún tipo de conflicto, el estallido de la guerra fue entonces y sigue siendo hasta hoy un ejemplo historiográfico singular: por qué un hecho aislado provoca un conflicto generalizado. En junio de 1914, el heredero de la Corona austro-húngara, el archiduque Francisco Fernando, realiza una visita a Sarajevo, la capital de Bosnia-Herzegovina, en el curso de la cual es asesinado, después de un atentado fallido realizado en la misma jornada, por la mañana. Era un domingo, día 28,

fecha de aniversario de la boda de los archiduques. Un acontecimiento que, como advierte Henry Kissinger, resume “la mezcla de lo trágico y lo absurdo” que caracterizó la desintegración del Imperio austro-húngaro. El asesino era un bosnio proserbio, Gavrilo Prinzip, que formaba parte de la sociedad secreta serbia Mano Negra, cuyo objetivo era la formación de la gran Serbia y la liberación del dominio austriaco. Aunque este magnicidio conmovió a la opinión pública y, sobre todo, a los gobiernos de la Triple Alianza, no fue el origen inmediato de la guerra. El heredero no era especialmente apreciado, sobre todo por los húngaros y, de hecho, recibió un funeral de tercera clase (debido, sin duda, a los prejuicios impuestos por la etiqueta de entonces, al no ser de sangre real la esposa de Francisco Fernando). Como cuenta Joseph Roth en su novela *La marcha de Radetzky*, cuando la noticia del magnicidio llegó al destacamento militar donde se hallaba el protagonista, en la lejana Galitzia polaca, las reacciones fueron una expresión de la diversidad étnica y cultural del imperio de Francisco José: los austriacos y eslovenos lo lloraban, mientras que los magiares celebraban que, al fin, “la había diñado ese puerco”.

La declaración de guerra no se produjo hasta principios de agosto. Entretanto, tuvo lugar una ronda de consultas diplomáticas, de las que las más conocidas son las cruzadas entre las cancillerías de Viena y Berlín. Hubo, además, intentos de convocatoria de una nueva conferencia internacional, apadrinada por Inglaterra, que no cuajaron. Hacia finales de julio, dos hechos desencadenaron la guerra. El primero fue el ultimátum de Austria a Serbia, redactado ya el día 19 (pero enviado el 23, para evitar que fuera divulgado durante la visita oficial que el presidente francés Poincaré estaba realizando a Rusia). Pese a la dureza del ultimátum, todas sus exigencias, salvo una, fueron aceptadas por Serbia. Para Austria fue suficiente argumento y le declaró la guerra a los serbios, con la certeza de que contaba con el amparo de Alemania. El segundo hecho es la movilización general decretada por Rusia el día 30, en defensa de Serbia, que tuvo un efecto dominó sobre los estados mayores de los principales contendientes, lo que conduce al estallido final de la guerra, el 4 de agosto. De un conflicto austro-serbio se pasa, en menos de una semana, a una guerra general que, sin saber muy bien cómo, la sociedad europea aceptó de forma más emotiva que racional.

Desde entonces se han escrito millares de libros para preguntarse cómo fue posible que un incidente aislado, en una provincia imperial alejada, pudiera haber provocado un conflicto general. Durante muchos años se han cargado sobre Alemania las responsabilidades del inicio de la guerra, de acuerdo con lo

establecido por el artículo 231 del Tratado de Versalles. Es la tesis también de muchos historiadores, entre ellos la de un famoso libro del alemán Fischer *(Los objetivos bélicos de la Alemania imperial*, 1961), que señala las ambiciones anexionistas alemanas como el móvil principal de la guerra, en cierto paralelismo de lo que luego supuso el periodo nazi. Sin embargo, las respuestas unívocas suelen ser poco convincentes. La guerra fue más bien el resultado de una combinación de factores, tanto objetivos y de largo plazo como subjetivos y casi individuales.

Entre los primeros, es evidente que hay que tener en cuenta toda la política europea de formación de alianzas, expansión imperialista y rearme material e ideológico. Estamos en el momento histórico de mayor apogeo del principio de territorialidad y, en este sentido, la guerra de 1914 obedece más a la defensa de espacios territoriales que a la preservación de principios ideológicos o morales. De hecho, la guerra no derivó de una violación de los tratados o pactos establecidos entre los estados, sino precisamente de lo contrario: fueron más fuertes los compromisos previos que los propios acontecimientos del verano de 1914. Pero también conviene tener en cuenta otros factores, más subjetivos, que explican el estallido de la guerra.

En primer lugar, la autonomía de decisión respecto del poder político que tuvieron los militares, sobre todo a la hora de decretar la movilización general. En el caso de Rusia, donde el zar albergaba dudas sobre el camino a seguir, “parece ser que los oficiales de los cuarteles generales arrancaron los cables telefónicos para evitar que se cambiara de opinión”, según observa Michael Mann. Pero similar situación se vivió en Alemania, donde el militar Moltke tomó decisiones a espaldas del canciller Bethmann-Hollweg. En segundo lugar, la gestión de la información por parte de los dirigentes políticos no fue del todo clara, ya que primaron las ambigüedades o se ocultaron decisiones a la opinión pública. Esto sucedió en el caso de Gran Bretaña, donde Edward Grey fue acusado de mantener en secreto acuerdos con Francia que le impedían de hecho mantenerse en situación de neutralidad respecto del conflicto franco-alemán. Algo parecido sucedía en el bloque austro-alemán, donde los cancilleres e incluso el propio emperador Guillermo II desconocían los planes militares de violación de la neutralidad de Bélgica, en el ataque alemán contra Francia. En suma, el estallido de la guerra no fue el resultado de una acción política consciente y racional, desde el punto de vista geopolítico. Fue más bien un hecho acaecido de modo inevitable, en el que “las grandes potencias parecían avanzar hacia la destrucción con los ojos abiertos”, en feliz expresión de

Michael Mann. El desarrollo de la guerra muestra que sus posibilidades destructivas eran mucho mayores de lo que se suponía cuando se decretó la movilización general de los principales países contendientes.

LA GUERRA EN LOS FRENTES

El desarrollo de la guerra no se atuvo a las previsiones que se habían hecho. Se pensaba en una guerra rápida, de varias semanas y, en cambio, duró más de cuatro años. Los principales estados mayores (sobre todo, Alemania y Francia) habían elaborado complejos planes de actuación que sólo fueron respetados parcialmente. Es el caso del plan Schlieffen, obra de este militar alemán, y del francés plan XVII, que era la versión número diecisiete de su estrategia contra el ejército alemán; ambos quedaron rápidamente desbordados por la dinámica de la guerra. Fue un conflicto bélico que, como gozne de dos épocas históricas bien diferentes, constituye en sí mismo un ejemplo de mutación interna. Se trata de la primera guerra auténticamente de masas, en la que se emplean por primera vez adelantos tecnológicos impresionantes (submarino, aviones de combate, gases, tanques) pero dentro de una estrategia bélica un poco anticuada. El resultado fue una inmensa carnicería, con millones de pérdidas humanas.

Los contendientes que se enfrentaron inicialmente en la guerra estaban ya agrupados a través de las alianzas que durante años se habían estado urdiendo en Europa. En el caso de la Triple Alianza, sin embargo, Italia hizo valer su "sagrado egoísmo nacional", que la enfrentaba a Austria-Hungría por los territorios "irredentos" del norte, y no sólo no entró en guerra sino que, cuando lo hizo, fue en el bando de las potencias de la Entente, en mayo de 1915. A las diversas potencias integradas en el sistema de alianzas hay que añadir la decantación de algunos países balcánicos, como Turquía y Bulgaria, que se alinearon con los "imperios centrales", mientras que Grecia y Rumania hacían grandes esfuerzos por permanecer neutrales para, a partir de 1916, integrarse con los países de la Entente. En el conjunto de Europa, salvo España, Suiza, Holanda y los países escandinavos, el resto de los países estuvo involucrado directa o indirectamente en la guerra. Con la incorporación de los territorios coloniales, de Estados Unidos y de Japón en diferentes fases de la confrontación, puede decirse que lo que fue inicialmente una guerra civil europea (tal como la definió entonces el general francés Louis-Hubert-Gonzalve Lyautey) acabó siendo un conflicto de ámbito mundial.



DESARROLLO DE LA I GUERRA MUNDIAL

Los recursos de que disponía cada uno de los bandos era ciertamente desigual, dado que el mayor peso demográfico y de equipamiento bélico correspondía a los países de la Entente (238 millones de habitantes frente a los 116 de las potencias centrales). Sin embargo, la mejor preparación técnica de los ejércitos centrales, su mayor movilidad y mejor posición geoestratégica compensaban esta desventaja inicial. Además, el ejército británico sólo era determinante para el dominio de los mares, mientras que las divisiones rusas adolecían de mala organización y de armamento anticuado.

Los lugares en donde se desarrollaron los combates fueron menos de los que

cabría suponer en una guerra europea que acabó siendo una guerra total y mundial. El principal teatro de operaciones fue, sin duda, el norte de Francia, donde se mantuvieron casi estables los frentes entre 1914 y 1918 y tuvieron lugar las principales batallas y, sobre todo, las más costosas en pérdidas humanas. El segundo frente importante fue el oriental, desde la Prusia oriental alemana en el norte hasta Galitzia y Ucrania en la frontera de Rusia con Austria. Éstos fueron los dos frentes principales.

A ellos hay que añadir otros lugares de la guerra. Después de la entrada de Italia en la contienda se abrió un frente entre ella y Austria en el nordeste italiano (Véneto, Friuli). La vieja táctica inglesa de abrir frentes secundarios también se ejerció en esta ocasión con la expedición a los Dardanelos y el intento, fallido, de ocupación de la península de Gallípoli, en la que lucharon australianos y neozelandeses. Se trataba de atacar los imperios centrales (y Turquía, que era la llave del paso de Rusia al “mar caliente” mediterráneo) por su flanco más débil, lo que Winston Churchill consideraba el “vientre blando” de Europa. Fuera del continente europeo, los enfrentamientos bélicos fueron escasos. En los territorios coloniales, aparte de la ocupación de las colonias alemanas por otras potencias (las del Pacífico por Japón; las de África por Francia e Inglaterra), fue importante el papel de ingleses en Mesopotamia, donde el arqueólogo y militar T. E. Lawrence *(Lawrence de Arabia)* logró agrupar a los árabes en una lucha de liberación contra los turcos.

A estos frentes terrestres se suma la guerra en el mar, donde únicamente hay dos enfrentamientos relevantes. La batalla de Jutlandia entre las flotas alemana y británica tiene lugar, por breves horas, en mayo de 1916 y es el único ejemplo de contienda frontal entre las dos armadas durante toda la guerra, aunque el objetivo británico de impedir la salida a alta mar de los efectivos alemanes fue conseguido. Por esta razón, la estrategia de la guerra marítima derivó hacia la guerra submarina, que era el modo que tenía Alemania de combatir el bloqueo a que la sometía la armada británica. El océano Atlántico se convirtió así en un nuevo teatro de operaciones, en el que se vio afectada no sólo la marina de guerra sino la mercante. El hundimiento en 1915 del mercante inglés *Lusitania,* en el que viajaban ciudadanos norteamericanos, fue el primer paso en la toma de conciencia de Estados Unidos a favor de su intervención en la guerra. Pero la guerra submarina total no fue decidida por Alemania hasta febrero de 1917, cuando se propuso (con éxito) hundir más de seiscientas mil toneladas de mercancías al mes. Esto, así como los efectos diplomáticos del “telegrama Zimmerman”, aceleraron la entrada de Estados Unidos en la contienda, en la

primavera de 1917. Fue la gran novedad histórica: un país de tradición aislacionista y monroísta desplaza al continente europeo varios cuerpos de ejército y pone al servicio de los aliados un inmenso potencial productivo. Un concurso decisivo, que compensó el derrumbamiento de Rusia en el frente oriental, y que habría de inclinar la balanza de la guerra del bando aliado. Pero que también resultó decisivo en la organización de la paz y en la pérdida de protagonismo de las potencias europeas en la política mundial.

La guerra pasó por diferentes fases, que obedecen a estrategias militares muy diferentes. En un primer momento, se siguieron las viejas pautas militares de la guerra de movimientos, desplegada efectivamente en el frente occidental por los alemanes contra los franceses, según las previsiones del plan Schlieffen. Este plan partía de la base de que Alemania debía afrontar primero un "guerra relámpago" en el oeste, para desarbolar el frente francés, y luego concentrarse en el frente oriental y ganar la partida al ejército ruso, que se consideraba el más temible. Pero estas previsiones fallaron, por varias razones. Por la rápida incorporación de Gran Bretaña, tras la violación alemana de la neutralidad belga; y, sobre todo, por la capacidad de resistencia francesa, puesta de manifiesto en la batalla del Marne (septiembre de 1914) dirigida por el mariscal francés Joffre, que evitó que París cayese en manos del ejército alemán. Aunque en el frente oriental Alemania cosechó importantes éxitos sobre Rusia, en las batallas de Tannenberg y los Lagos Masurianos, ganadas por Hindenburg y Ludendorff (agosto-septiembre de 1914), la guerra de movimientos había fracasado. Alemania debería afrontar lo que más temía: atender a los dos frentes y evitar ser cercada.

Comienza así una segunda fase de la guerra, que dura casi hasta sus últimos meses, y se caracteriza por una estabilización de los frentes y el desarrollo de las tácticas de defensa mediante trincheras. Esto provoca un enorme desgaste de los efectivos, pero es el mejor ejemplo de una situación de empate, al no haber funcionado el esquema de origen napoleónico de la batalla rápida. Los defensores tenían ventaja y lograron repeler a los agresores en todas partes, aunque fuese a costa de muchas pérdidas. En Verdún (1916), los franceses a los alemanes; en la batalla de la Somme (1916), los alemanes a los franco-británicos; en Gallípoli y los Dardanelos, los turcos a los británicos y a otros combatientes del Imperio. La guerra en las trincheras era altamente mortífera, al mantener a millones de soldados bajo los efectos de lo que el entonces joven combatiente alemán Ernst Jünger, llamó "tempestades de acero". En las trincheras también se labraron algunos de los testimonios más estremecedores,

compuestos por soldados, sobre el carácter absurdo de la lucha y afloraron algunas tentativas de motines militares, vagamente análogas a los soviets rusos.

En esta situación de empate y de estabilización de los frentes, un cambio trascendental tuvo lugar en 1917, año considerado “crucial” en el desarrollo de la guerra, mediante dos hechos coetáneos aunque no directamente concatenados. De un lado, el desplome del frente ruso gracias al proceso revolucionario que desembocó en la revolución socialista y en la toma del poder por Lenin, para quien uno de los pilares del éxito de la revolución radicaba en la firma de la paz con los alemanes, objetivo logrado a través del armisticio de Brest-Litovsk (diciembre de 1917), al que seguiría un tratado de paz signado en el mismo lugar (3 de marzo de 1918).

La otra gran novedad fue la incorporación a la guerra de Estados Unidos, debida a varios factores. Las consecuencias de la guerra submarina, la existencia de fuertes intereses económicos con las potencias aliadas y una voluntad política de Wilson de ganar la guerra para la democracia y acabar, de ese modo, con los imperios y las formas autocráticas de ejercicio de la política. El “telegrama Zimmerman” sirvió, como en la vieja diplomacia, de excusa formal para precipitar la declaración de guerra al imperialismo prusiano. La guerra se encaminaba hacia su fase final.

El desarrollo de la guerra no se ciñó exclusivamente a estos problemas tácticos. Durante estos cuatro años fueron surgiendo nuevos modos de afrontar la lucha y nuevas armas de combate. Dada la situación de punto muerto en que se encontraban los frentes terrestres, las potencias aliadas acudieron al sistema del bloqueo marítimo, lo que acarreó graves consecuencias para las poblaciones civiles de los contendientes, especialmente la de Alemania. Otra forma de lucha nueva fue el empleo de la aviación, en principio como medio de reconocimiento y apoyo del ejército terrestre y posteriormente como un espacio propio para la guerra, lo que abrió la posibilidad al combate aéreo. Pero la aviación abrió también la posibilidad de atacar a la retaguardia, lanzando bombas sobre ciudades o centros industriales. Londres y París fueron objetivos frecuentes de los zeppelines alemanes.

Esta guerra presenció también la aplicación de nuevas armas de combate, que se combinaban con los métodos más tradicionales del empleo masivo de la infantería. Aparte de los submarinos y los aviones, cabe destacar la utilización de gases tóxicos (en la batalla de Yprès, 1915, por el ejército alemán) o la progresiva sustitución de la caballería montada por el carro de combate. Otras innovaciones, como el empleo de fusiles de carga rápida o de ametralladoras, ya

había sido ensayado en diferentes guerras coloniales anteriores, así como en la confrontación ruso-japonesa, en la que el uso de la pólvora blanca concedió a los nipones una enorme superioridad.

La guerra en la retaguardia

La I Guerra Mundial fue el primer ejemplo histórico de una guerra total. Esto supone no sólo la voluntad de buscar la rendición del adversario (descartando, por tanto, compromisos y armisticios), sino la conversión de la población civil en combatientes bélicos. La guerra no se desarrolla únicamente en los frentes de batalla. Es la gran innovación de esta guerra, que se ampliará en todas las contiendas del siglo: la vieja disociación medieval entre *bellatores* y *laboratores* deja de tener sentido. Para los países contendientes, los objetivos bélicos no son únicamente los frentes, sino todo su territorio. De hecho, a lo largo del siglo XX, el porcentaje de víctimas de guerra de condición civil ha acabado por ser mucho mayor que las de condición militar, gracias a lo que eufemísticamente se ha denominado como “efectos colaterales” de las acciones de combate.

Al propio tiempo, esta guerra pone de manifiesto la profunda implicación que la contienda trasladó de los frentes hacia la retaguardia. Ya en las primeras fases de la misma, dado el enorme entusiasmo popular con que fue acogida, esta guerra se vio pertrechada de un gran soporte político y moral que duró, al menos, hasta 1916. En este sentido, dada la inmensa capacidad de destrucción que tenían los ejércitos, gracias al uso del ferrocarril como medio de movilización y aprovisionamiento de los frentes, resulta extraordinario comprobar la facilidad con que eran reemplazados los muertos y heridos en el campo de batalla. Esta movilización de las voluntades, que es la base última de la guerra en la concepción de Clausewitz *(De la guerra,* 1832), tuvo efectos trascendentales en varios aspectos, de los que destacaremos dos, por sus enormes repercusiones posteriores; en primer lugar, la transformación de las estructuras productivas de los países beligerantes en economías de guerra y, en segundo lugar, la progresiva aparición de un frente interior de crítica y rechazo de la guerra.

El desplazamiento a los frentes de guerra de millones de hombres supuso un gran esfuerzo organizativo. Dado que los combates entraron en una fase de desgaste era necesario acometer también en la retaguardia una movilización total de los recursos disponibles: se calculaba que por cada combatiente era necesario el concurso de tres trabajadores. Frente a la vieja tradición de que los ejércitos se

sostuvieran sobre el territorio que ocupaban, la utilización de las redes ferroviarias permite aprovisionarlos con facilidad. Los problemas más apremiantes para todos los países beligerantes son comunes a todos ellos. Han de hacer frente a la escasez de materias primas, deben reclutar mano de obra que sustituya la absorbida por el reclutamiento militar y han de regular el consumo, mediante rígidos controles. Todo ello produce un trastocamiento general de la economía de los principales países. Francia tenía parte de su territorio más industrializado ocupado por Alemania; Gran Bretaña dependía en exceso de las importaciones procedentes de Estados Unidos; Alemania sufría en especial los efectos del bloqueo. Todo esto provocó cambios drásticos en las retaguardias. Las mujeres fueron llamadas al trabajo en las fábricas; el consumo diario se vio regulado mediante cartillas de racionamiento; la inflación fue la tónica de las economías europeas; los intercambios comerciales debían ser estrictamente revisados. Y para sufragar el costo financiero de la guerra, los gobiernos (sobre todo, los aliados) hubieron de pedir préstamos que, en general, acababan procediendo de Estados Unidos.

La consecución de estos objetivos sólo era posible mediante un procedimiento político nuevo, dentro del modelo económico del capitalismo liberal: el Estado debía intervenir activamente en la dirección de la economía, fijando precios, orientando la producción, regulando los mercados. El mejor ejemplo de esta práctica lo presenta Alemania, donde el magnate de la industria eléctrica Walter Rathenau fue el encargado de organizar todo el entramado de una economía de guerra, desde la obtención de materias primas (incluidos productos sintéticos, como el petróleo, el caucho o la seda) y la regulación del consumo, hasta la ordenación de las industrias de acuerdo con su interés para la guerra.

La guerra afectó igualmente a la economía de los países que eran neutrales o que entraron tardíamente en la contienda. El caso de la economía española es muy ilustrativo, ya que es durante la guerra europea cuando tiene lugar el gran proceso de transformación de su industria pesada, de la marina mercante y de la propia industria textil, además de estimular la producción de nuevas fuentes energéticas, como la electricidad. La economía nacional que más robustecida saldría de la guerra fue, sin embargo, la de Estados Unidos. Sus exportaciones de productos alimenticios se duplicaron durante la guerra, además de haberse convertido en el principal país acreedor del planeta.

El sostén político y moral de la guerra fue bastante firme hasta 1916. Los efectos de la “unión sagrada” y de la propaganda oficial logran mantener el entusiasmo de 1914. El pacifismo defendido por la Internacional Socialista

reaparece de nuevo en el manifiesto de Zimmerwald en 1915, pero la oposición a la guerra no gana posiciones hasta fines de 1916. Es en este momento cuando aparecen movimientos de indisciplina militar (frente francés, armada alemana, ejército ruso) que revelan un rechazo frontal a las masacres que provocaba la guerra de desgaste; en la retaguardia, emergen asimismo signos de descontento social, con huelgas de obreros de la metalurgia.

Este giro reivindicativo de la población militar y civil provoca en Francia, Alemania y Gran Bretaña importantes cambios políticos que, en general, tienden a favorecer las posiciones más favorables a la guerra. En Alemania se hacen con el poder político los generales Hindenburg y Ludendorff; en Francia y Gran Bretaña se forman gabinetes dirigidos por Georges Clemenceau y Lloyd George, que marcan como principal prioridad mantener la guerra, frente a las aisladas peticiones de paz o armisticio que, desde fines de 1916, diversos dirigentes (Wilson, Benedicto XV, el emperador Carlos I de Habsburgo) comenzaron a presentar a los contendientes. A finales del año 1916 y principios de 1917, muchos de los combatientes que habían sobrevivido a las "tempestades de acero" estaban cansados de esta lucha en que "los ciegos luchan contra los ciegos", como advirtiera un soldado inglés en el frente de Flandes. Pero el final de la guerra tardaría todavía bastantes meses en llegar.

El final de la guerra

El armisticio que fija el final de la guerra se firma en Rethondes el 11 de noviembre de 1918 entre las potencias aliadas y una Alemania presidida por el socialdemócrata Friedrich Ebert, que se hace cargo del poder el 9 de noviembre, una vez proclamada en Berlín la República y tras la abdicación del *kaiser* Guillermo II, que se refugia en Holanda. Tanto en las filas del ejército y de la armada como en la retaguardia habían crecido el descontento y la desmoralización de la población respecto de la guerra. El peligro de una revolución social se cierne sobre el Imperio, lo que acelera el final de la guerra. Aunque la decisión de solicitar el armisticio fue tomada por los militares, la derrota será atribuida por ellos a la debilidad del gobierno republicano, naciendo de aquí el mito de que el ejército alemán no había sido vencido, sino que había recibido una "puñalada por la espalda". Es la base de la crítica nazi a la República de Weimar.

La firma de la paz no evitó, sin embargo, la destrucción del poderío bélico de

Alemania. El ejército alemán debe retirarse al este del Rin, entregar la marina de guerra y la aviación, así como su armamento pesado. Éste es el momento en que cesan las hostilidades bélicas y se inicia el proceso de redacción de los tratados de paz, que ocupará varios años a los vencedores. El armisticio alemán fue el último de los firmados, habiendo sido precedido por el resto de sus aliados que, poco antes, habían suscrito documentos similares. Bulgaria el 29 de septiembre, Turquía el 30 de octubre y Austria-Hungría el 3 de noviembre.

Las razones de la derrota de los imperios centrales son, como las que iniciaron la contienda, de carácter múltiple. Desde luego, hubo una razón objetiva importante, como es la entrada de Estados Unidos en la guerra, lo que aportó no sólo refuerzos bélicos, sino un inmenso arsenal de recursos procedentes de su boyante potencia económica. En conjunto, los gastos de guerra de las potencias aliadas fueron muy superiores (más del doble) a los de los imperios centrales, así como el total de las fuerzas movilizadas (40 millones frente a 25). A estas razones de carácter material hay que agregar factores de orden social y político, que resultaron decisivos. La descomposición del Imperio austro-húngaro, preso de divisiones nacionales y de agitaciones sociales, es manifiesta desde 1917; en Alemania, desde mediados de 1918, crece asimismo el rechazo a la política militarista y dirigista de los generales Hindenburg y Ludendorff. Se produce así de forma convergente la capitulación militar y una modificación de las instituciones políticas, tal como demandaba el presidente norteamericano Wilson cuando el canciller alemán Max von Baden se dirigió a él para firmar la paz.

A pesar de todo, durante el año 1918 habían tenido lugar importantes ofensivas militares alemanas sobre el frente francés que sólo a partir de agosto son contrarrestadas por el ejército de los aliados, dirigido por el mariscal francés Ferdinand Foch. El frente de batalla ocupado por el ejército alemán estaba situado todavía, incluso en la fecha del armisticio, fuera de las fronteras de la Alemania de 1914. El término de la contienda no supuso, pues, una ocupación del territorio alemán por las tropas aliadas ni su estructura productiva sufrió devastaciones de importancia. Sin embargo, no se puede infravalorar el significado de esta Gran Guerra: su balance final presenta resultados cuantitativos y cualitativos de gran relevancia.

El balance general de la guerra se mide, en sus aspectos materiales, en el enorme precio humano que supuso. Alrededor de 65 millones de hombres fueron movilizados, de los que unos nueve millones murieron en la guerra y otros tantos fueron heridos, a los que habría que añadir las bajas civiles y las producidas por epidemias como la gripe “española” de 1918. Sólo en Europa se estima en seis

millones el número de muertos que provocó esta gripe. El país más afectado por las bajas de guerra fue Francia, donde desapareció por este motivo el 3,28 por ciento del total de su población de 1913. Pero las pérdidas también fueron elevadas en Alemania, Austria-Hungría y Rusia. Fue el fruto de la prolongada guerra de desgaste.

En cambio, son mucho menos importantes las pérdidas materiales. Tan sólo en el nordeste francés, en Bélgica y en el nordeste italiano fueron apreciables las destrucciones de minas, casas o terrenos de uso agrícola. De mayor trascendencia fueron, sin duda, los cambios institucionales que los tratados de paz diseñaron: la fragmentación de los imperios derrotados, sobre todo el austro-húngaro y el turco, con el bloqueo de vías de comunicación o la formación de nuevos estados nacionales, obligó a crear nuevas estructuras administrativas y a integrar regiones de desarrollo muy desigual en espacios económicos homogéneos. Todo ello tuvo un coste, a juicio de historiadores como Derek Aldcroft, muy superior a las pérdidas territoriales y demográficas.

La guerra, además, debilitó la posición del continente europeo en el concierto internacional. Su participación en el comercio mundial de productos manufacturados descendió significativamente. La supremacía económica se trasladó a Estados Unidos que, además, se convirtió en país acreedor de las economías europeas. El costo económico de la guerra también debe tener en cuenta este endeudamiento que los países europeos contrajeron con Estados Unidos, que superaba los diez mil millones de dólares en 1919.

Los armisticios, sin embargo, no hicieron callar del todo a los fusiles. Durante algún tiempo, permanecieron rescoldos de la guerra en diversos confines del continente europeo, sobre todo bajo la forma de guerras civiles. Afloran ahora las tensiones sociales contenidas durante la guerra y se hacen patentes los efectos económicos y sociales de la contienda, en forma de paro, inflación, empobrecimiento de los grupos sociales dependientes de ingresos fijos (asalariados, rentistas...) y readaptación de la economía de guerra a la nueva situación. Todo ello crea un clima en Europa calificado de “oleada roja” o “trienio bolchevique”, dada la influencia ejercida por el ejemplo soviético. Es la resaca de la guerra.

En Alemania, desde la propia proclamación de la República en noviembre de 1918 se vive en una situación de guerra civil, que se pone de manifiesto en la propia división interna del movimiento socialista. Frente a los socialdemócratas que habían apoyado la guerra en 1914 y que ahora detentan el poder de la República se alzan los espartaquistas, dirigidos por Karl Liebknecht y Rosa

Luxemburgo, que aspiran a consolidar en Alemania una revolución social y política similar a la soviética. En enero de 1919, el gobierno socialdemócrata, apoyado en una fuerza militar (el *Freikorps)* aplasta una insurrección revolucionaria en Berlín que evita así que el "peligro bolchevique" se traslade a la poderosa Alemania. En otros lugares del continente, sin embargo, hubo experiencias de revolución política efectiva, aunque poco duraderas: república "social y obrera" en el estado de Baviera, dirigida por Kurt Eisner, que dura hasta mayo de 1919, o república bolchevique de Bela Kun en Hungría durante la primavera de 1921, que también es aplastada por fuerzas militares.

Las agitaciones sociales, los conflictos y las huelgas obreras son muy frecuentes en toda Europa entre 1919 y 1921, desde los nuevos países creados a partir del hundimiento de los imperios hasta países neutrales durante la contienda, como España, en donde los conflictos obreros y campesinos, especialmente en Cataluña y Andalucía, fueron muy numerosos. La razón común a todos estos problemas de carácter social era la misma en todas partes: lo que se discutía era sobre quién habrían de recaer los gastos provocados por la guerra, después de un periodo de elevados beneficios económicos, inflación y pérdida de poder adquisitivo de las clases asalariadas, urbanas y rurales.

Las respuestas políticas dadas a estas reivindicaciones fueron, en los primeros años de posguerra, de orientación reformista de izquierdas. En Alemania, en Austria, en Francia y, en 1924, en Gran Bretaña, los gobiernos fueron dirigidos, parcial o totalmente, por socialistas o laboristas. Era la expresión política del cambio del modelo económico que la guerra había propiciado: la sustitución de los mecanismos de mercado por la planificación y la intervención del Estado. Ideas que también estarán presentes en las opciones autoritarias o fascistas que a su vez emergen inmediatamente después de la guerra.

Las consecuencias de la guerra fueron más poderosas de lo que los propios coetáneos fueron capaces de advertir. Gran parte de los dirigentes de la posguerra pensaban que se podría restaurar el viejo orden de la *belle époque:* vuelta al patrón oro, diplomacia de salón, expoliación colonial, pago de la factura de la guerra por los perdedores. Pero la guerra no había pasado en vano y este ansia restauracionista no pudo ser colmada, a pesar de lo que creían los propios protagonistas de los tratados de paz de Versalles. Si inesperado había sido el estallido de la guerra, las consecuencias de la paz serían igual de distantes de las previsiones albergadas por la mayoría de los dirigentes políticos.

Los tratados de paz

Justo cinco años después del magnicidio de Sarajevo, en el Salón de los Espejos de Versalles se firma el primero de los tratados de paz, el que regulaba las condiciones impuestas por los vencedores a Alemania. Había transcurrido casi medio siglo desde aquel otro acto solemne de la fundación del Reich alemán en este mismo escenario, con Bismarck de maestro de ceremonias y Guillermo de emperador coronado. Ahora era el momento de la humillación alemana y del revanchismo francés, con el viejo radical Georges Clemenceau al frente de los destinos de una República francesa que, después de tantas muertes y tantos sacrificios, había conseguido derrotar a su enemigo histórico, Alemania. Pero los dirigentes alemanes no fueron llamados a Versalles, donde se firmó un tratado impuesto y no discutido con los vencidos. De aquí nace la amargura de la paz, el llamado *Diktat* de Versalles, que Alemania no aceptará. Son las semillas de la II Guerra Mundial.

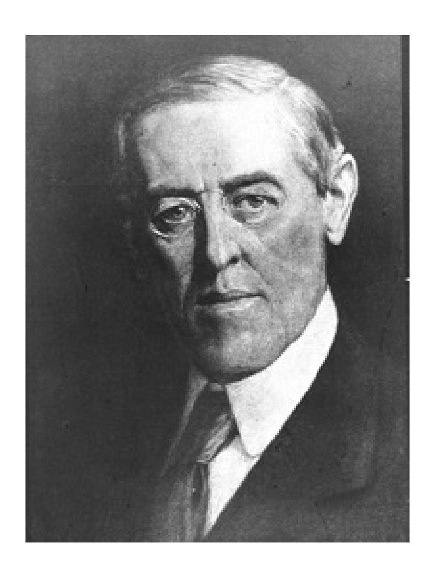
Pero en las conferencias de paz organizadas a partir del final de la guerra sucedieron muchas otras cosas. Un nuevo mapa de Europa, más próximo al actual que al existente en 1914, fue configurado en esta ocasión; y una redistribución de los imperios coloniales conoció nuevas formulaciones jurídicas y nuevas zonas de influencia, de las que el Oriente Próximo es la más importante. La organización de la paz fue tarea difícil, más que hacer la guerra, como advertía el presidente Wilson. Las razones de esta dificultad estriban en dos hechos. El primero es la división existente entre los países vencedores, que aspiraban a ver satisfechos asuntos muy diferentes. El segundo es la ausencia de los países vencidos de la mesa de negociación y su exclusión del principal instrumento creado para garantizar la paz, como era la Sociedad de Naciones. Ni Alemania ni Rusia (aunque por otras razones) participaron en las negociaciones de paz ni formaban parte inicialmente de la Sociedad de Naciones. Lo grave fue que tampoco se integró en ella Estados Unidos, ya que el Congreso norteamericano rechazó la propuesta de Wilson y apostó por una vuelta al aislacionismo. El nuevo orden internacional, basado en la diplomacia de la seguridad colectiva, nacía con la ausencia de las tres principales potencias de los años de entreguerras.

Los tratados firmados con los países vencidos fueron diferentes. El de Versalles (28 de junio de 1919) era el más importante, al establecer las duras condiciones impuestas a Alemania: amputaciones territoriales (15 por ciento de su extensión), con división en el este del reino de Prusia y devolución de

Alsacia-Lorena a Francia, pérdida de las colonias, drástica reducción del ejército, desmilitarización de Renania y pago de fuertes sumas de dinero en compensación por las pérdidas aliadas. Eran las “reparaciones” o compensaciones derivadas de la responsabilidad alemana en el desencadenamiento de la guerra. La fijación de su cuantía ocupó buena parte de los esfuerzos diplomáticos de los años veinte. El tratado de Saint-Germain (octubre de 1919) y de Trianon (junio de 1920) regulaba el futuro del Imperio austro-húngaro, el de Neuilly (noviembre de 1919) establecía las condiciones para Bulgaria, mientras que por el de Sèvres (agosto de 1920) se hacía lo propio con el Imperio turco.

A las negociaciones de paz fueron convocados más de treinta estados, que enviaron a París un millar de delegados y representantes, los cuales participaron en más de millar y medio de reuniones. Pero el protagonismo fue desempeñado por los llamados *Big Four,* esto es, los representantes de los “Cuatro Grandes” países vencedores: Georges Clemenceau (Francia), Woodrow Wilson (Estados Unidos), Lloyd George (Gran Bretaña) y Vittorio Orlando (Italia). Cada uno de ellos tenía una ambición diferente. El presidente Wilson había fijado sus ideas en un discurso pronunciado en enero de 1918 ante el Congreso estadounidense, en el que se recogían los catorce puntos que estimaba básicos para alcanzar la paz. De entre ellos, cabe destacar dos muy importantes: a) el establecimiento del principio de las nacionalidades, y b) la creación de un organismo supranacional encargado de garantizar en el futuro la paz y los acuerdos entre las potencias, que era la Sociedad de Naciones. El francés Clemenceau, en cambio, mantenía como principal obsesión la creación de una línea de seguridad para Francia, lo que debía hacerse a costa del debilitamiento de Alemania. Esto le llevó a magnificar lo que sería uno de los grandes problemas de la posguerra: el pago por Alemania de las reparaciones de guerra y la fijación de responsabilidades, todo ello envuelto en una atmósfera revanchista expresada en la consigna de que “Alemania pagará”. El británico Lloyd George, de quien se decía que “a menudo no sabía en qué lugar del mapa estaban los países que cortaba y desmembraba” en Europa, se preocupaba sobre todo por el futuro del Imperio otomano y la presencia británica en el Oriente Próximo, mientras que el italiano Orlando, obsesionado con la recuperación de territorios que hasta entonces había poseído el Imperio Habsburgo, se vio frenado frecuentemente en sus ansias anexionistas en la costa adriática, como la ciudad de Fiume (Rijeka).

THOMAS WOODROW WILSON (1856-1924)



Presidente de Estados Unidos durante dos mandatos (1913-1921), como candidato del Partido Demócrata. Hijo de un pastor presbiteriano sureño, se formó en derecho e historia en la Universidad de Princeton, de la que fue rector en los años inmediatamente anteriores a su entrada en la vida política. Su ascensión política fue meteórica. Gobernador de Nueva Jersey en 1911, fue proclamado candidato demócrata en 1912. Su victoria electoral fue aplastante (435 votos electorales frente a 96 de los republicanos, que presentaron dos candidaturas), mucho más fácil que la elección de 1916, que estuvo a punto de perder. Su programa político, llamado "Nueva Libertad", cambió profundamente la vida política americana. Instituyó la Reserva Federal como banco central, extendió el derecho de voto a la mujer (Enmienda 19 de la Constitución) y luchó contra el poder de los monopolios, mediante una reforma del sistema tributario.

Su obra más conocida fue, sin embargo, la desarrollada en política exterior. Aunque era firme partidario de la neutralidad (incluso en las elecciones de 1916 acuñó el eslogan "mantengámonos fuera de la guerra"), la evolución de la guerra en Europa fue decantando su posición hacia la intervención en la misma, después de varios ataques de los submarinos alemanes a navíos en el Atlántico y ante el temor de una alianza de Alemania con México, azuzada por la publicación del "telegrama Zimmerman", que exasperó a la opinión pública estadounidense. En abril de 1917, el Congreso de EE UU vota la declaración de guerra a Alemania, autorizando el envío de contingentes de tropas al continente europeo. La intervención estadounidense, a favor de los aliados, fue decisiva.

El principal protagonismo político de Wilson estuvo en la preparación de los tratados de paz, celebrados en Versalles durante el primer semestre de 1919. Wilson, que había hecho público un año antes el programa de los "Catorce Puntos", se tomó tan en serio la reunión de París que fue el primer presidente que abandonó su país en pleno mandato presidencial, permaneciendo en Europa más de seis meses. Wilson participó personalmente en las deliberaciones de Versalles y logró imponer algunos de sus criterios, como es el reconocimiento del principio de la autodeterminación de los pueblos sometidos a los imperios derrotados y la creación de la Sociedad de Naciones como instrumento que debía garantizar la seguridad colectiva y evitar nuevas guerras. Pero su éxito no fue completo, dado que el Senado de EE UU no aprobó la participación en la Sociedad de Naciones. Amargo final que, unido a sus achaques físicos, apenas se vio compensado por la concesión del Premio Nobel de la Paz en 1920. A pesar de todo, su política exterior fue una de las más influyentes de Estados Unidos en todo el siglo XX.

La mayor parte de estos objetivos fueron plasmados en los textos de los tratados de paz. Pero los resultados de su aplicación no fueron satisfactorios ni para vencedores ni para vencidos. Nace así una paz que habiendo sido concebida, como proclamara Lloyd George al anunciar el armisticio de Rethondes, como “el fin de todas las guerras”, fue el origen de constantes conflictos. Uno de los más difíciles de afrontar fue precisamente el derivado de la fragmentación del Imperio austro-húngaro y del Imperio otomano, y la configuración de un nuevo mapa de Europa: establecimiento de fronteras, defensa de las minorías nacionales irredentas, realización de plebiscitos fueron algunos de estos problemas.

EL NUEVO MAPA DE EUROPA

La remodelación política de Europa efectuada en los tratados de paz fue la más importante de toda la historia contemporánea, incluida la realizada en la época napoleónica. Salvo en los países que habían permanecido neutrales, todos los demás experimentan algún tipo de modificación de sus fronteras territoriales o de sus posesiones coloniales. Los grandes perdedores son los viejos imperios de Austria-Hungría, Rusia y Turquía, mientras que los ganadores son Francia, Italia y algunos países balcánicos. Surgen nuevos estados, como Polonia y Sudoeslavia (Yugoslavia, desde 1929), que agrupan territorios de muy diversa procedencia. El Imperio de los Habsburgo se reparte entre tres nuevos estados (Austria, Hungría y Checoslovaquia) y los estados vecinos (Polonia, Rumania, Sudoeslavia e Italia). Por su parte, el Imperio otomano es reducido a la península de Anatolia, lo que consolida el resultado de las guerras balcánicas de 1912-1913, pero al tiempo es privado de todo control sobre el Oriente Próximo. En definitiva, el mapa de Europa que se configura ahora está mucho más próximo del que surge a partir de 1989 tras el desplome de los países del socialismo real (salvo en la desmembración de Yugoslavia y en las fronteras polacas) que del que estaba en vigor en 1914.

Uno de los principios esenciales de la propuesta del presidente Wilson era el respeto a la independencia de las naciones, fundamentada en la identidad lingüística y cultural de sus habitantes. Esto es lo que explica la formación de los

estados bálticos, la reunión de los eslavos del sur en el nuevo estado yugoslavo, la delimitación territorial de Austria y de Hungría y la propia formación del estado polaco. Sin embargo, los asentamientos humanos de los diferentes pueblos no tenían continuidad territorial. De ahí la aparición de minorías nacionales dentro de los nuevos estados, lo que provocó frecuentes movimientos de irredentismo por parte de las potencias vecinas. Es el caso de los sudetes (alemanes) en Checoslovaquia, de alemanes en Rumania o Polonia, de magiares en Rumania o Checoslovaquia. No en vano fue éste uno de los principales asuntos tratados por la Sociedad de Naciones durante toda su existencia, aunque no sería hasta después de 1945 cuando se propician los desplazamientos masivos de población de un territorio a otro, creándose así la condición de “refugiados”.

Al problema de las minorías se sumaba el del establecimiento de las fronteras. En algunos casos, como en Silesia o Schlesswig, fue necesaria la realización de plebiscitos entre la población que, en general, fueron favorables a la integración en el estado vecino más próximo culturalmente. En otros casos, la fijación de fronteras provocó enfrentamientos armados. Los polacos, dirigidos por Józef Pilsudski, pretendían ampliar su territorio a costa de la URSS, traspasando la división conocida como la “línea Curzon”, lo que les llevó a una guerra con los rusos que desplazó hacia el este la frontera polaca en unos cien kilómetros (tratado de Riga, 1921). En Turquía, la revuelta protagonizada por Mustafá Kemal *(Ataturk)* en 1919 provoca no sólo la deposición del sultán, sino la revisión de las fronteras establecidas por el tratado de Sèvres, al lograr expulsar a los griegos de la costa de Anatolia y recuperar el traspaís de la ciudad de Estambul. Un nuevo tratado (Lausana, 1923) fijó definitivamente las fronteras de la moderna Turquía.

Las consecuencias de esta nueva ordenación política de Europa fueron de gran trascendencia, sobre todo en la zona oriental y meridional, donde durante todo el periodo de entreguerras estuvieron latentes dos problemas. De una parte, la insatisfacción alemana con las fronteras orientales, que habían supuesto la división de Prusia mediante el corredor de Danzig y la pérdida de territorios en Posnania y la alta Silesia. Por otra parte, la constante inestabilidad de los nuevos estados surgidos de la desmembración de los imperios provocó un vacío que luego intentará rellenar la Alemania expansionista de la época de Hitler. Es la batalla por el “control del Este” que a juicio de algún historiador determina la II Guerra Mundial.

La paz en las colonias

Los efectos de la guerra sobre las colonias fueron más profundos de lo que podría deducirse del carácter casi estrictamente europeo de la contienda. El periodo de entreguerras abre nuevas perspectivas para el mundo colonial. La afirmación del principio de las nacionalidades impulsa la toma de conciencia nacional en diferentes colonias, como India; la desposesión de Alemania de sus colonias abre nuevas fórmulas para el control de las mismas. Nace entonces el sistema de *mandatos*, mediante el cual se atribuye a una potencia europea, bajo la tutela de la Sociedad de Naciones, la administración de un territorio. No se practica, por tanto, la anexión, como en el periodo imperialista. El reparto de las colonias alemanas en África se efectuó entre Gran Bretaña, que recibió una pequeña parte del Camerún y casi toda el África oriental alemana (Tanganica); Francia, que tomó bajo su mandato casi todo el Camerún; y Suráfrica, a la que se le asignó toda la parte alemana del África occidental (la actual Namibia). En el Pacífico, el reparto benefició a Japón (islas Carolinas, Marianas y Marshall) y de nuevo a los dominios británicos de Australia y Nueva Zelanda.

Pero la asignación más importante de nuevos territorios a un mandato europeo tiene lugar en el Oriente Próximo, como consecuencia de la fragmentación del Imperio turco (tratado de Sèvres) y, sobre todo, por el creciente valor estratégico de la región en cuanto que productora de petróleo. La política seguida fue, sin embargo, confusa, lo que explica la inestabilidad política y los conflictos que allí han tenido lugar desde entonces hasta la actualidad.

Una vez que el Imperio turco entró en la guerra del lado del bloque formado por los imperios centrales, Gran Bretaña diseñó para el Oriente Próximo una estrategia política en varias direcciones. Por una parte, se propuso un acercamiento a los árabes como medio de combatir la retaguardia turca, para lo que no sólo apoyó las acciones de Lawrence de Arabia, sino que prometió al rey hachemita Hussein la formación de un gran reino árabe al término de la guerra. Era el precio a pagar por el concurso de los beduinos en la guerra contra los turcos. Por otra parte, a través de varios tratados, mantenidos durante algún tiempo en secreto, con las potencias aliadas se dibujó asimismo el mapa futuro de la región, con atribuciones de zonas de influencia para Gran Bretaña, Francia e Italia (acuerdo Sykes-Picot, 1916). Y, por si esto fuera poco, se apoyó la reivindicación sionista de retorno a la tierra prometida de Palestina y de creación de un “hogar nacional judío” mediante la llamada “Declaración Balfour” (1917), contenida en una carta dirigida por el ministro de Asuntos Exteriores inglés

(Balfour) al sionista lord Rothschild. Era otro modo de bienquistarse con el *lobby* sionista estadounidense, del que dependían los préstamos necesarios para sostener la guerra.

El resultado de esta política europea en la zona no desemboca en la creación de un gran estado árabe, lo que alimenta por mucho tiempo el nacionalismo árabe. Por el contrario, lo que se produce es una suerte de balcanización de la región, con una hegemonía de Gran Bretaña, que ejerce su "mandato" sobre los nuevos estados de Irak y Transjordania, atribuidos a dos hijos del rey Hussein, y sobre Palestina, para la que seguía vigente la declaración Balfour. Por su parte, Francia obtuvo el "mandato" sobre el Líbano y Siria, aunque en este último caso, con ciertas dificultades. Únicamente la península Arábiga, bajo el gobierno del rey Saudí, logra una independencia formal durante este periodo.

El carácter auroral de un nuevo periodo histórico que tiene la I Guerra Mundial se puede observar en muchos aspectos. Pero quizá no sea el menos importante esta influencia ejercida en la configuración de nuevos estados en dos regiones que durante todo el siglo XX han resultado especialmente conflictivas: los Balcanes y el Oriente Próximo. En ambos casos se combinaron varios factores en la génesis de los resultados finales. Por un lado, la desmembración del viejo Imperio Habsburgo y del Imperio otomano, que liberaron toda la Europa danubiana y balcánica. Por otro, el ansia de las potencias europeas occidentales de ejercer un control directo sobre la zona del Oriente Próximo, lugar de producción de un recurso decisivo para la economía mundial del siglo XX, como era el petróleo. Por último, habría que tener en cuenta el "miedo rojo", como resorte que aceleró la creación de pequeños estados-nación en toda la Europa central y oriental, en un intento de establecer un *cordon sanitaire* de carácter nacional a la revolución social de los bolcheviques rusos.

Las luces de Europa, a pesar del pronóstico de Grey, volvían a alumbrar de nuevo. Pero los rayos de sus focos habían cambiado de dirección, porque la guerra lo había trastocado todo, imperios y naciones, economías y clases sociales, elites políticas y organizaciones de partidos. Los tratados de paz dejaron más problemas en pie de los que realmente habían resuelto. Pero esto da idea no tanto de la incapacidad de los organizadores de la paz cuanto de la magnitud de las cuestiones que debieron afrontar. En la conjunción de los años 1917, momento del estallido de la Revolución Rusa, y 1921, cuando se terminan los tratados de paz y se estabiliza el régimen soviético, se desarrolla el periodo más decisivo de la historia del siglo XX, como tendremos ocasión de ver en los próximos capítulos. Porque es en este periodo cuando se manifiestan con mayor

claridad los dos actores principales de la historia del siglo XX, como son las clases sociales y las naciones o, dicho de otro modo, la fuerza de los estados nacionales, por inspiración de la doctrina del presidente Wilson, y la seducción de la revolución social, fruto de los ecos llegados desde Rusia y de la doctrina de Lenin. Todo el periodo que, después de 1945, se conocerá como de "entreguerras" será un laboratorio de confrontación de estos problemas, bien en la oposición entre democracia y fascismo, entre democracia y comunismo, o bien entre fascismo y comunismo. La segunda mitad del siglo XX irá despejando esta triple confrontación.

CAPÍTULO 7

DEL ZARISMO AL SOCIALISMO EN RUSIA

RUSIA EN VÍSPERAS DE LA REVOLUCIÓN: MODERNIZACIÓN ECONÓMICA Y FRUSTRACIÓN DEL PARLAMENTARISMO

Las estructuras de la Rusia de los zares a principios del siglo XX ofrecían un marco muy distinto al de la Europa occidental. Se trataba de un Estado sujeto a una fuerte dosis de inmovilismo político, incapaz de resolver las múltiples tensiones y las nuevas demandas generadas por el crecimiento industrial y por las transformaciones sociales que se derivaban del mismo. Era un sistema dominado por una burocracia, una nobleza terrateniente y una Iglesia ortodoxa que garantizaban al zar la lealtad de sus súbditos incultos y supersticiosos, sobre todo en las zonas rurales. Un sistema autocrático que el zar Alejandro III (1881-1894) había reforzado en los últimos decenios del siglo XIX. La ascensión al trono de Nicolás II, en 1895, no trajo cambios sustanciales.

En lo político se reproduce la misma línea de actuación que en la etapa anterior, mientras que en el plano económico Rusia se inscribe en un proceso acelerado de revolución industrial. En efecto, a los primeros embriones de industrialización, localizados en los alrededores de San Petersburgo y en la costa báltica, potenciados por la abolición de la servidumbre en 1861, suceden en la transición de un siglo a otro nuevos impulsos alimentados por un conjunto de variables. Los excedentes obtenidos de la exportación de cereales, la emisión de deuda pública interior y la contratación de empréstitos en el exterior son las bases financieras que posibilitan los nuevos rumbos industrializadores. La construcción de nuevas líneas férreas, entre ellas el Transiberiano, a la vez que abre nuevos espacios económicos y permite la colonización de tierras, descongestionando el poblado agro-ruso, asegura mercados y, por tanto, la consolidación de una industria pesada que explota los ricos yacimientos de hierro, carbón y petróleo de los Urales y de Ucrania.

Las transformaciones económicas creaban las condiciones para un cuestionamiento del sistema político autocrático. A principios del siglo XX calaba

con más fuerza entre los sectores de las nuevas clases medias un discurso político dirigido a la creación en Rusia de un sistema parlamentario. A la par surgían las primeras organizaciones obreras de clase. En 1898 vio la luz el Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, con una frágil incidencia, fraccionado en dos tendencias a la altura de 1904, los mencheviques y los bolcheviques.

En este ambiente repleto de tensiones la guerra ruso-japonesa de 1904-1905 coadyuvó a complicar la situación. Rusos y japoneses chocaron por el control y la influencia en Manchuria y en Corea. Pero también fue una guerra de prestigio entendida por el zar como un posible mecanismo de reafirmación de su poder. Sin embargo, los reveses sufridos por las tropas rusas produjeron el efecto contrario y avivaron los descontentos. La revolución de 1905 comenzó con un hecho emblemático: el domingo sangriento. El 22 de enero una manifestación de millares de obreros, conducidos por el pope Gapón, se dirigió al palacio de Invierno, en San Petersburgo. El objetivo era elevar una petición al zar solicitando mejoras en las condiciones de vida, así como unos embrionarios cambios políticos. El ejército disolvió violentamente la manifestación, con un elevado coste en vidas humanas. A partir de este momento huelgas, motines y levantamientos se extendieron por todo el imperio, afectando incluso a la base del ejército. Fue el caso del motín del acorazado *Potemkin*, en junio, que encontró eco en otras unidades navales y del ejército de tierra. La revolución de 1905 presentó dos fases sucesivas claramente diferenciadas. Hasta finales de octubre funcionó la alianza implícita entre los sectores burgueses liberales y el incipiente movimiento obrero. El 30 de octubre el zar otorgó concesiones reformistas, intentando frenar el movimiento revolucionario: la instauración del sufragio universal masculino, el reconocimiento de algunas libertades cívicas y la creación de una cámara representativa, la Duma. Desde el mes de octubre el protagonismo revolucionario pasó al movimiento obrero, que experimentó con una célula organizativa de vital importancia en la historia posterior de Rusia: el *soviet*, es decir, el consejo de obreros y soldados. Se sucedieron las huelgas obreras, finalmente aplacadas en el mes de diciembre.

La revolución de 1905 sirvió de enseñanza y reflexión para el movimiento obrero, sobre todo para los bolcheviques. Se hizo hincapié en la retirada de la burguesía liberal, una vez conseguidas las reformas propuestas. Igualmente se reflexionó sobre la actitud del ejército, compuesto mayoritariamente por campesinos, que permaneció fiel al zar, haciendo la salvedad de algunos motines. Asimismo, se sacaron conclusiones sobre la pasividad del campesinado. Por último los bolcheviques centraron su análisis en la falta de unidad de acción

del movimiento obrero, dividido entre mencheviques, bolcheviques, socialistas revolucionarios y una mayoría aún no organizada en partidos. De todo este conjunto Lenin obtuvo una conclusión: *solamente el proletariado podría transformar una revolución burguesa en revolución socialista*, en un marco que hiciera posible la alianza entre la clase obrera y el campesinado. Fue la primera conceptualización de la *dictadura del proletariado*.

El periodo comprendido entre 1906 y 1914 contempla en Rusia dos hechos fundamentales, condicionantes del futuro próximo. Por un lado la frustración parlamentaria, que trae consigo el divorcio entre representación nacional y gobierno, el debilitamiento de las bases del zarismo y el apogeo de las camarillas palatinas. Por otro lado, el hambre de tierras se agrava. Ya en 1906 se hizo patente la oposición del zar a cualquier reforma estructural, a pesar de las promesas incluidas en el manifiesto de octubre de 1905. Antes de que la primera Duma elegida abriera sus sesiones, Nicolás II dictó varias leyes fundamentales destinadas, de hecho, a limitar las competencias del nuevo Parlamento, que no podría tratar asuntos de política exterior ni la vertiente militar del presupuesto estatal. Como contrapeso conservador, el Consejo de Estado se convertía en cámara alta, la mitad de cuyos miembros serían elegidos por el zar, y se facultaba al poder ejecutivo para disolver la Duma. Por supuesto el gobierno no era responsable ante el Parlamento, y el zar se reservaba el derecho a veto. Una frustración creciente respecto de la esperanza parlamentaria acompaña el quehacer de las nuevas dumas. La primera, con mayoría del partido constitucional demócrata, apenas dura dos meses: es disuelta el 22 de julio de 1906, en cuanto plantea la reforma de las leyes fundamentales, la implantación del sufragio universal, la responsabilidad de los ministros ante el Parlamento y la reforma agraria. La segunda, elegida en 1907, corre la misma suerte, después de seis meses de estériles sesiones. Igual sucede con la tercera. Una larga carrera de decepciones que señalan la dificultad de instauración de un régimen representativo y parlamentario. Es el propio Nicolás II quien no comprende que el inmovilismo político está cuarteando los cimientos de la monarquía. Falto de la personalidad de un Alejandro II, demuestra su escasa visión política de futuro, recordando a la Duma que “el poder autocrático supremo pertenece al emperador de todas las Rusias”.

VLADIMIR ILLICH ULIANOV LENIN (1870-1924)



Hijo de una familia de clase media, Lenin es el artífice intelectual y táctico de la revolución bolchevique de 1917. Su primera toma de conciencia política procedió de un drama familiar: el ajusticiamiento de su hermano Alejandro como consecuencia del intento de atentado contra el zar Alejandro III en 1887. Estudiante de Derecho, Lenin entró pronto en relación con los círculos marxistas. En 1895 organizó en San Petersburgo el grupo socialdemócrata Unión de Lucha para la Liberación de la Clase Obrera. Detenido a finales de este año, acabó deportado en Siberia desde 1897 a 1900. Allí se casó con Nadia Kupruskaya, la militante revolucionaria que sería su leal compañera a lo largo de su vida, a la par que concluía una de sus obras más importantes: *El desarrollo del capitalismo en Rusia*. En 1900 Lenin optó por el exilio voluntario, desarrollando una enorme actividad política e intelectual. En 1901 fundó el periódico revolucionario *Iskra* (La chispa) y un año después publicó su célebre folleto *¿Qué hacer?,* de indudables repercusiones posteriores en cuanto a la táctica revolucionaria, que habría de depender de un partido de revolucionarios profesionales, capaz de despertar y llenar de contenido a la conciencia revolucionaria del pueblo. En 1903, en el Congreso de Londres del Partido Socialdemócrata Ruso, Lenin impuso sus tesis, que de hecho fraccionaron a la organización en dos tendencias: los bolcheviques y los mencheviques. Lenin planteó la revolución socialista a base de la alianza entre la clase obrera industrial y el campesinado hambriento de tierras, sin necesidad de pasar por la etapa democrático-burguesa como preconizaban los mencheviques. Lenin, pues, comenzaba a acoplar el marxismo a la realidad de un país agrario como lo era la Rusia zarista. En 1912 se consumó la separación organizativa de bolcheviques y mencheviques. Desde su plataforma suiza Lenin publicó en 1916 *El imperialismo, estado superior del capitalismo,* donde planteó la naturaleza imperialista de la I Guerra Mundial, siguiendo una línea de crítica ya expresada anteriormente sobre el apoyo nacionalista de los partidos socialistas a sus respectivos gobiernos. Lenin era consciente de las condiciones revolucionarias abiertas por el conflicto bélico. Gracias a las gestiones de los socialistas suizos, el gobierno alemán permitió el paso por su territorio del famoso vagón de tren precintado que transportaba a Lenin a través de Suecia y Finlandia. En abril de 1917 llegó a Petrogrado, dando a conocer sus *Tesis de abril*, documento básico sobre el futuro de la revolución. Lenin rechazaba toda colaboración con el gobierno provisional surgido de la caída del zarismo. Reclamaba el establecimiento inmediato de la paz, el traspaso del poder a los soviets y el control obrero y campesino de fábricas y tierras.

En suma, unas propuestas radicales que llegaron a sorprender a muchos bolcheviques. Era uno de los pocos con la firme creencia de que había llegado el tiempo de la revolución proletaria. En sus análisis se entremezclaban la seguridad intelectual y una especie de fe cargada de misticismo. En el verano de 1917 Lenin se planteó incluso el mañana de la revolución. En su obra *El Estado y la revolución* depura la noción de dictadura del proletariado como nueva clase dominante; era la médula

de la definición del Estado emergente de la revolución. Y en octubre llegó el gran momento: Lenin diseñó la vía insurreccional que desembocó en la toma del palacio de Invierno. Luego dirigió el proceso de transformaciones revolucionarias desde su cargo de presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo. De hecho, el entramado de los soviets quedó sustituido por la dictadura del Partido Comunista y la progresiva represión de las disidencias. La práctica del centralismo democrático en el funcionamiento del partido fue interpretada en clave de una dirección colegiada en que sobresalía la personalidad de un Lenin capaz de postular, después de la guerra civil, soluciones flexibles en el campo económico, como fue la Nueva Política Económica (NEP). En mayo de 1922 un primer ataque de apoplejía debilitó enormemente su salud. Murió en su casa de campo de Gorki el 21 de enero de 1924.

El otro gran tema, el hambre de tierras, entronca con la figura de Stolypin, representante a partir de 1906 de una vía tímidamente reformista, equidistante de las dos primeras dumas y de los inmovilistas círculos cortesanos. Ministro del Interior en 1904 y primer ministro en julio de 1906, su política se resuelve en una especie de dialéctica inmersa en el binomio concesión-represión. Su iniciativa más importante fue la reforma campesina de noviembre de 1906, que pretendía conseguir una estabilidad política duradera en el campo y ensanchar las bases sociales del régimen, ampliando el número de propietarios rurales. Por otro lado, perseguía una mayor racionalización de la economía agraria, que estimulase el crecimiento industrial y consolidase el mercado nacional. Las leyes de 9 de noviembre de 1906 y de 14 de junio de 1910 permitían a los campesinos abandonar el Mir, especie de comunidad agraria, y constituirse en propietarios privados de las parcelas que estuviesen cultivando. Hasta 1915, un tercio de los campesinos se separaron de sus comunidades rurales y se vendieron, a través del banco campesino, cuatro millones de hectáreas procedentes del Estado. A pesar de la movilidad que las reformas trajeron consigo, no lograron calmar el hambre de tierras de los campesinos menos favorecidos. A partir de 1910 el nuevo empuje industrializador encuentra, pues, el camino abonado. El capital extranjero, la integración del mercado interior, el excedente demográfico —calculado en dos millones de personas anuales— son los motores de una expansión repleta de promesas y expectativas de futuro ante la virtual riqueza del inmenso territorio asiático.

En vísperas de la I Guerra Mundial, muchos de los problemas planteados, sobre todo los de naturaleza política, continuaban sin solución. El régimen tendía a replegarse sobre sí mismo, a partir del asesinato de Stolypin, en el verano de 1911. Impotente la oposición burguesa y emigrada la cúpula de los partidos obreros, la toma de decisiones políticas estaba mediatizada por la constitución de

camarillas palatinas, que ponían de manifiesto un mundo de intrigas y unas frágiles bases de sustentación. Los apoyos al régimen estaban configurados, además de por la oficialidad del ejército, por una estrecha franja de terratenientes y burócratas, que eran mayoritarios en la Duma porque así lo permitía el restringido sistema electoral. El resto se reducía a una pasividad más o menos hostil.

Resultaría excesivo hablar de situación prerrevolucionaria en la Rusia de 1914. La incidencia de los grupos políticos socialistas era todavía muy limitada en el seno del movimiento obrero o en el campo. No obstante, el aumento de las huelgas denotaba el resurgir de la agitación social. También en el campo, donde 30.000 terratenientes se repartían la mitad de las tierras disponibles, mientras que la otra mitad estaba desigualmente repartida entre 82 millones de campesinos, además de los trabajadores sin tierra.

La I Guerra Mundial agudizó el cúmulo de tensiones heredadas. Fue *el acelerador de la historia,* en frase de Lenin. En términos políticos, las camarillas palatinas esperaban que la guerra fuera el instrumento que aglutinara al pueblo ruso en torno a la figura del zar. Sin embargo, la suerte de las armas fue esquiva a las tropas rusas, después de un comienzo esperanzador. La guerra hizo patente la debilidad del gigante. El esfuerzo bélico, los reveses militares y la prolongación del conflicto alteraron sustancialmente la disciplina en el frente y la vida en la retaguardia. La recluta de campesinos paralizó el campo. El hambre hizo mella en las ciudades. El desabastecimiento derrumbó la moral de las tropas y de la retaguardia. El descontento se extendió por doquier. Ideas diferentes de oposición radical germinaron por todas partes, siempre encaminadas a la sustitución del régimen autocrático. Como solución, los burgueses liberales y un sector del movimiento obrero insistieron en la creación de un sistema parlamentario. Para los bolcheviques, la era de las reformas ya había pasado. Los soldados campesinos sólo querían escuchar las palabras paz, pan y tierras. La contrapartida ofertada por los círculos palatinos era la continuación de una guerra interminable. Estamos a principios de 1917.

LAS REVOLUCIONES DE 1917

A la largo de 1917 la historia se aceleró vertiginosamente. Se sucedieron la caída del régimen zarista, el intento frustrado de constituir una república reformista, los ensayos contrarrevolucionarios para reinstaurar el viejo orden y,

finalmente, los sucesos revolucionarios de octubre. En un ambiente de desintegración, la manifestación del 23 de febrero en Petrogrado en demanda de paz y pan fue el punto de partida. La organización del movimiento significó su expansión en días sucesivos. La huelga general del 25 de febrero puso de manifiesto la presencia del movimiento obrero. El 26, los síntomas de rebeldía se extendieron a los cuarteles. Al día siguiente se constituyó un gobierno provisional encabezado por Luov, con Kerenski como ministro de Guerra. Al mismo tiempo los obreros y los soldados creaban sus propias células de poder, a imitación de 1905: los soviets. Poco después abdicó el zar Nicolás II. Estaban sobre el tapete dos fórmulas alternativas al zarismo, de contenido sociológico y político diferentes. El gobierno provisional representaba a los sectores de la burguesía liberal, cuyo objetivo político era el establecimiento de una república parlamentaria de corte occidental. En esta línea se movió un sector del movimiento obrero, sobre todo los mencheviques, persuadidos de que todavía era el tiempo de la burguesía y de sus reformas. El otro poder emergente, los soviets, vislumbraba de forma no bien definida una solución política de tipo revolucionario. Sus protagonistas fueron los bolcheviques, o más bien un sector de ellos cuya estrategia y práctica políticas quedaron plenamente determinadas con la llegada de Lenin a Petrogrado el 3 de abril de 1917.

En sus *Tesis de abril*, Lenin planteó el objetivo último bolchevique: la revolución socialista, que tendría como premisas fundamentales de actuación el rechazo a la guerra y el reparto de tierras, para forzar una alianza obrero-campesina y, como práctica política, la negativa a cualquier colaboración con el gobierno provisional y con su futura expresión parlamentaria, la Duma. Lenin fue el teórico y el organizador de la revolución. Había dedicado toda su vida a su formación teórica, que procedía de los marxistas rusos y alemanes, y adaptó el marxismo a las condiciones de un país atrasado como el Imperio ruso. Estas teorías tuvieron su realización práctica en el ensayo fracasado de revolución de 1905, de donde surgió lo que en 1917 fue el instrumento de la revolución, el soviet. En su obra *El imperialismo, estado superior del capitalismo* (1916), además de valorar la Guerra Mundial como un conflicto imperialista en la etapa del capitalismo financiero, Lenin planteó que la revolución socialista podría dar inicio en un país atrasado como Rusia. En *El estado y la revolución* (1917) fijó el papel de los soviets en la construcción del socialismo y la naturaleza de la dictadura del proletariado. Ya en 1901, en su folleto *¿Qué hacer?* había definido el modelo de partido que podía dirigir una revolución: un partido de revolucionarios profesionales.

Durante 1917 la evolución política rusa estuvo siempre mediatizada por la guerra. La actitud continuista del gobierno provisional y de los grupos políticos que lo sustentaban, sobre todo el Kadete —partido democrático constitucional—, se extendió a las filas bolcheviques, en cuyo seno el sector denominado blando no mantenía las posturas tajantes de Lenin para acabar con la guerra. Asimismo, endureció a los sectores políticos más conservadores, que mantenían un discurso nacionalista y eran partidarios de la continuación de la guerra a toda costa. Con ello pretendían mantener la estructura del ejército, que podía ser utilizado en el interior para eliminar la creciente influencia de los bolcheviques y, en un futuro, para conseguir la vuelta al viejo orden.

El gobierno provisional, preso de una doctrina tendente al respeto de los compromisos bélicos con los aliados, acabó haciendo suyo el objetivo de los conservadores, pero con propósitos políticos diferentes. Las ofensivas del verano provocaron la insurrección popular del 3 de junio en Petrogrado, encabezada por los bolcheviques. Lenin, tras el fracaso de la insurrección, se exilió en Finlandia, y el partido pasó a la clandestinidad. Las derrotas militares que culminaron con la ocupación alemana de Riga, el 21 de agosto, plantearon el enfrentamiento entre el gobierno provisional, dirigido ahora por Kerenski, y el núcleo de la oficialidad conservadora, en cuya cúspide se encontraba el general Kornilov. Esta confrontación volvió a situar a los bolcheviques en el primer plano del proceso revolucionario. El 7 de septiembre Kornilov intentó un golpe de Estado con las tropas retiradas del frente. Sus exigencias eran el establecimiento de un gobierno autoritario que retrotrajera la situación a la etapa anterior al mes de febrero. La doble respuesta del gobierno provisional y de los soviets acabó con el intento, pero la iniciativa quedó en manos de estos últimos.

Lenin preparó desde principios de octubre el asalto final. El día 9 el Comité Central bolchevique, por diez votos contra dos, se pronunció por la insurrección armada. El 15 se formó el Comité Militar Revolucionario, en Petrogrado, con Trotski a la cabeza. La chispa definitiva estalló cuando Kerenski decidió enviar al frente nuevos regimientos acantonados en la ciudad. Por fin la insurrección se puso en marcha el 24 de octubre, perfectamente planificada, con la ocupación de los puntos neurálgicos de la ciudad. En la madrugada del día siguiente culminó el asalto al poder con la toma del palacio de Invierno y la huida precipitada de Kerenski. La revolución acababa de conquistar Petrogrado, pero hasta el 2 de noviembre los soviets no se hicieron con el control definitivo de Moscú. En los meses siguientes la revolución se propagó por los principales centros urbanos de la Rusia europea, pero extensos territorios siguieron bajo el poder de las antiguas

autoridades. Fueron los prolegómenos de la guerra civil.

La construcción de la Unión Soviética

El mismo día 26 de octubre en que cayó el palacio de Invierno quedó constituido el primer gobierno de Comisarios del Pueblo. Presidido por Lenin, contaba entre sus personalidades más destacadas a Trotski (Asuntos Exteriores), Rikov (Interior), Lunatcharski (Educación) y Stalin (Nacionalidades). La construcción del poder soviético estuvo plagada de dificultades que condicionaron decisivamente su futuro. A corto plazo, la célebre trilogía bolchevique, paz, pan y tierras, fue mediatizada por la guerra civil que asoló al país entre 1918 y 1921.

LEÓN TROTSKI (1879-1940)



Lev Davidovich Bronstein procedía de una familia de propietarios judíos. Hombre clave en el proceso revolucionario del octubre bolchevique de 1917, como teórico y organizador, Trotski inició su andadura política cuando estudiaba Derecho en la Universidad de Odessa, relacionándose con los círculos populistas y socialdemócratas. En 1897 dirigió el periódico obrero *Nuestra causa*. Su compromiso revolucionario le valió la detención por la policía zarista en 1898 y la deportación a Siberia en 1900, de donde escapó en 1902 y llegó a Londres con un pasaporte a nombre de Trotski, antiguo carcelero suyo. Nombre falso que se acabó convirtiendo en el permanente seudónimo del político revolucionario. En este primer exilio entró en contacto con otros marxistas rusos emigrados. El propio Lenin solicitó su colaboración para el periódico *Iskra*. La pluma incisiva y brillante de Trotski demostró sus dotes de periodista político. En los congresos del Partido Socialdemócrata Ruso de Londres (1903) se situó en las filas mencheviques. Volvió a Rusia en 1905 desarrollando un papel de

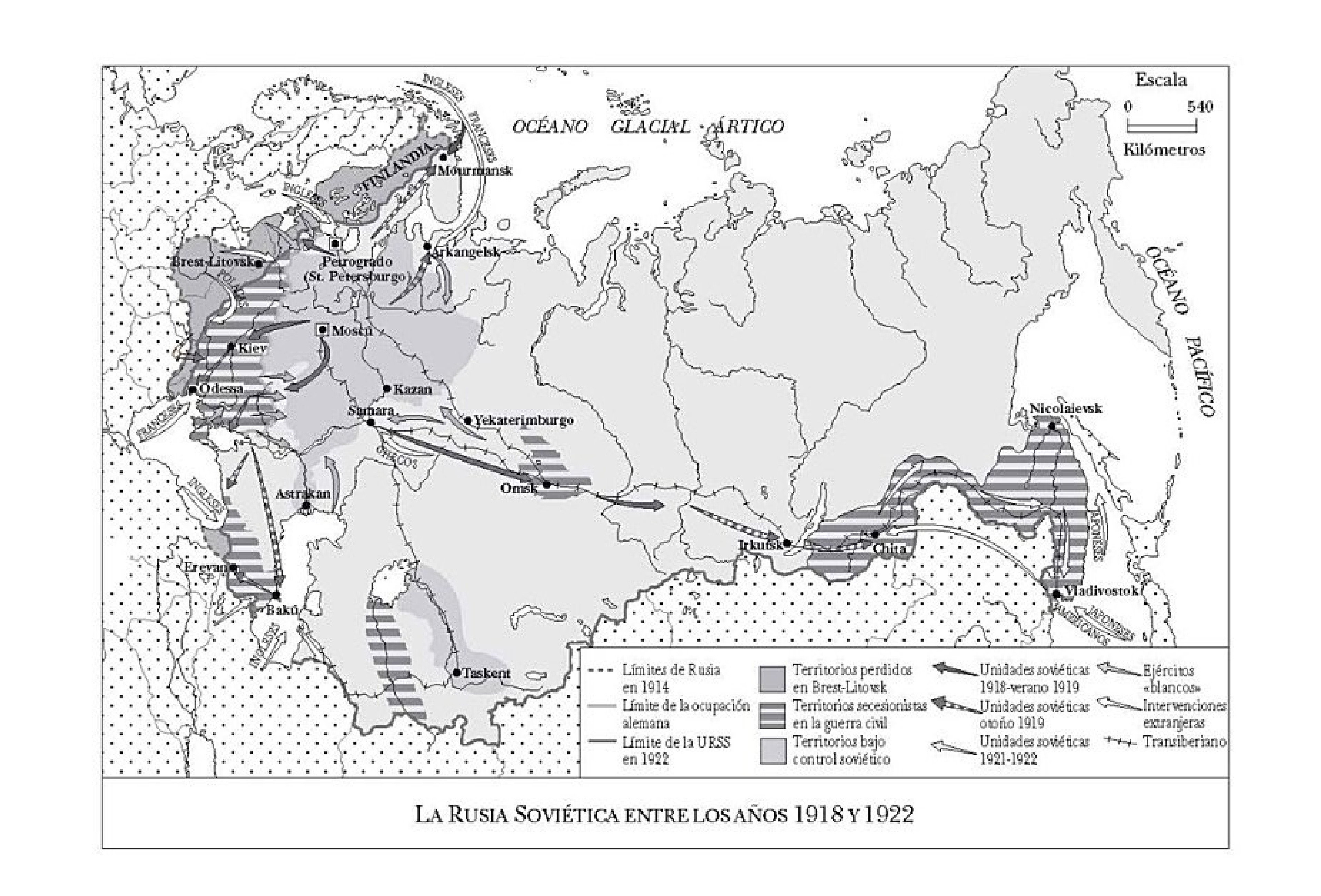
primer orden en los acontecimientos revolucionarios de aquel año. En el mes de octubre encabezó el soviet de San Petersburgo y dirigió el periódico *Izvestia*. Fue nuevamente detenido y deportado, y una vez más consiguió escapar. Fijó su residencia en Viena y visitó varios países, entre ellos España. Cuando se hunde el zarismo en febrero de 1917, Trotski está en Estados Unidos, llegando a Petrogrado en mayo, después de un accidentado viaje. Trotski ya posee una teoría plenamente consolidada sobre la revolución. Su tesis básica se elabora a partir de la noción de la revolución permanente a escala mundial. Las condiciones creadas por la industrialización en Rusia permitirían a la clase obrera dirigir el estadio de la revolución liberal-burguesa, para transformarla en revolución proletaria, a la cual deberá subordinarse el campesinado. La exportación de la revolución más allá de las fronteras rusas es indispensable para su consolidación. En julio de 1917 Trotski se incorporó definitivamente a las filas bolcheviques. Su actuación resultó esencial en el desencadenamiento del octubre soviético. Apoyó, al principio con reservas, las tesis insurreccionales de Lenin, desde la presidencia del soviet de Petrogrado. Tras el triunfo de la Revolución desempeñó el cargo de comisario de Asuntos Exteriores y acabó por aceptar la propuesta de Lenin de una paz inmediata con Alemania, que se firmó en Brest-Litovsk en marzo de 1918, aunque presentó su dimisión. Nombrado comisario de Guerra, Trotski demostró su capacidad infatigable de organizador, dotando de consistencia al Ejército Rojo durante la guerra civil contra las tropas blancas y los ejércitos extranjeros de intervención. Las posturas teóricas de Trotski permiten fijar dos diferencias fundamentales con respecto a Lenin. En primer lugar, la idea de la revolución permanente, aunque formaba parte de la teoría leninista, en la práctica estaba siendo arrinconada por el pragmático Lenin, sobre todo después de los fracasos revolucionarios en Alemania, Austria y Hungría. En este sentido, “el socialismo en un solo país” que formará la política de Stalin, tiene sus raíces en los años veinte. Igualmente Trotski se muestra contrario a la Nueva Política Económica (NEP), postulando una industrialización rápida en la línea defendida por Preobayenski. A la muerte de Lenin en 1924, Trotski resumió en su obra *Lecciones de octubre* su visión crítica con respecto a los viejos líderes bolcheviques y al funcionamiento del centralismo democrático. Posteriormente centró sus ataques contra Stalin y su proyecto político, del que dijo que era una reacción burocrática y termidoriana. Esta oposición tomó cuerpo en la alianza de Trotski con Zinoviev y Kamenev, sus antiguos adversarios. Paulatinamente, el contraataque de Stalin acentuó la soledad de Trotski en el seno de los aparatos políticos: en enero de 1925 fue destituido del comisariado de la Guerra; en octubre de 1926 se le obligó a abandonar el Politburó del partido; en noviembre de 1927 le echaron del partido y, finalmente, fue expulsado de la Unión Soviética en enero de 1929. Así inició un itinerante y creativo exilio. Primero en Constantinopla, donde preparó la *Historia de la Revolución Rusa* (1932), precedido de *La revolución permanente* en 1930. Luego recaló en Francia, desde 1933 a 1935, momento en el que fue expulsado como consecuencia del pacto franco-soviético. Posteriormente residió en Noruega, para establecerse finalmente en México a partir de 1937. Hasta allí llegó el acoso de Stalin, en plena época de purgas, que se concretó dramáticamente en agosto de 1940, con el asesinato de Trotski por la mano de Ramón Mercader. Desapareció el intelectual más brillante y occidental de la Revolución soviética.

En su primer decreto, el nuevo gobierno repartió las tierras a los campesinos pobres, sin dar ninguna indemnización a los terratenientes. Fue una medida tendente a la satisfacción de la secular reivindicación de los campesinos hambrientos de tierras, y que también pretendía ensanchar las bases sociales del nuevo régimen. Un año después la vorágine de la guerra civil, el acaparamiento por parte de los campesinos, el desabastecimiento de las ciudades y la

desarticulación económica obligaron a una política de requisas, justificada en términos ideológicos por los decretos que instauraban la propiedad socialista en el campo.

La retirada de Rusia de la Guerra Mundial se saldó con el tratado de Brest-Litovsk, firmado con Alemania el 3 de marzo de 1918. Se había impuesto la propuesta de Lenin, no compartida por otros dirigentes bolcheviques, como Bujarin, partidario de un esfuerzo bélico último para asegurar una negociación más ventajosa. En dicho tratado Rusia perdía regiones de enorme importancia económica, pero Lenin tenía la convicción de que cualquier paz, por gravosa que fuera, era imprescindible para la supervivencia de la revolución. Sin embargo, los efectos fueron contradictorios. Si por un lado se ampliaban las bases sociales con los soldados desmovilizados, por otro las potencias aliadas, que ideológicamente no podían admitir la revolución, encontraron en la desafección rusa el argumento para su posterior intervención en la guerra civil a favor de la contrarrevolución.

En el plano político la dinámica leninista, en los primeros meses, estuvo dirigida a asegurar el poder bolchevique, que se consideraba esencial para la consolidación y salvaguarda de la revolución. Eliminados los partidos burgueses, las tensiones se circunscribieron a los tres partidos presentes en los soviets: bolcheviques, socialrevolucionarios y mencheviques. Las elecciones para la asamblea constituyente del 25 de noviembre dejaron a los bolcheviques en minoría, con el 25 por ciento de los votos, mientras que los mencheviques obtuvieron la mayoría. El 6 de enero de 1918 el gobierno disolvió la asamblea. También se sucedieron las confrontaciones en el seno de los soviets, hasta que la hegemonía bolchevique se hizo realidad. A lo largo de la primavera se produjo, pues, una suplantación: el viejo lema “todo el poder para los soviets” se convirtió en “todo el poder para el Partido Comunista”, nueva y definitiva denominación que tomaron los bolcheviques. Sucesivamente desaparecieron de la escena política los mencheviques, los socialrevolucionarios y los pequeños núcleos anarquistas. En julio de 1918 Rusia adoptó una constitución que definió al país como República federal socialista y soviética rusa, bajo el régimen de dictadura del proletariado.



La Rusia Soviética entre los años 1918 y 1922

A principios de 1918 la revolución sólo había triunfado en los principales centros industriales y urbanos. Regiones enteras quedaron fuera del control bolchevique y de ellas surgió la contrarrevolución. La guerra civil se desarrolló desde la primavera de 1918 en un complejo contexto. En síntesis, el enfrentamiento polarizó a Rusia entre un bando bien definido y organizado, los bolcheviques, y una contrarrevolución dividida en sus objetivos e intereses, donde se entremezclaron partidarios del antiguo régimen zarista, defensores del régimen de febrero y disidentes de octubre. Sobre el conjunto actuó el problema de las nacionalidades y la intervención extranjera. Desde sus plataformas en Siberia, la región del Volga, el Cáucaso, Ucrania, el Báltico y el norte, con la colaboración de tropas inglesas, francesas, norteamericanas y japonesas, los ejércitos blancos se enfrentaron al joven poder socialista. Como respuesta al acoso, los bolcheviques establecieron una estrategia basada en el incremento de la centralización política, el comunismo de guerra y la creación del Ejército Rojo, organizado por Trotski. Fue un conflicto bélico sin frentes definidos, con continuos vaivenes del poder rojo y del poder blanco sobre amplios territorios. La mayor capacidad organizativa y estratégica del Ejército Rojo terminó por inclinar la balanza a su favor.

En la primavera de 1919 se retiraron las tropas inglesas, francesas y japonesas, poniendo fin a una intervención extranjera motivada por la hostilidad hacia una revolución en la que veían peligro de contagio, y por las expectativas de una posible desintegración del espacio del viejo Imperio ruso, que ponía en juego muchos intereses: desde el control del petróleo del Cáucaso hasta la fijación de zonas de influencia en la Rusia asiática. A partir de este momento, el Ejército Rojo tomó la iniciativa. En el otoño de 1920 quedó resuelta la guerra ruso-polaca, y los últimos restos de los ejércitos blancos embarcaron en Crimea.

La guerra civil alteró los planes de Lenin para el inmediato futuro de la revolución. El comunismo de guerra —que supuso la nacionalización de la industria y la prematura socialización del campo—, la supresión de toda disidencia fuera del partido, la intervención de las potencias y el fracaso de la extensión de la revolución a otros países europeos trastocaron el desarrollo gradual de la revolución. Lenin nunca había dudado de la hegemonía bolchevique en el proceso revolucionario, pero había contemplado la colaboración con otras fuerzas de izquierda, especialmente con los

socialrevolucionarios, por su implantación en el campo, donde los bolcheviques tenían muy poca incidencia, expresando así en la práctica política la alianza obrero-campesina. En el plano económico, el comunismo de guerra fue una salida radical exigida por las circunstancias, ya que Lenin pensó la revolución con el concurso de capitales y tecnología procedente del exterior.

La guerra civil complicó el problema de las nacionalidades, delicado asunto en un conjunto territorial formado por un mosaico de lenguas, culturas y religiones como había sido el viejo Imperio zarista, que había estado siempre sometido a una violenta política de rusificación. Los bolcheviques admitieron el principio de autodeterminación de los pueblos, con el que se facilitaría, a su juicio, la expansión de la revolución a escala mundial. Otra cosa muy diferente era su aplicación al espacio interior. Desde la primavera de 1918 el Estado soviético adoptó una estructura federal sancionada por la Constitución de 1923, por la que se estableció la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), formada por la República Rusa, la Transcaucásica, Ucrania y Bielorrusia. En 1924 se incorporaron Uzbekistán y Turkmenistán, mientras que Tajikistán lo hacía en 1929. Esta estructura federal, en teoría, contemplaba el autogobierno de las repúblicas, pero en la práctica aseguraba el predominio de Moscú. No obstante, el sistema se diferenciaba enormemente del zarista por el mayor respeto a las diferentes culturas. El sometimiento a Moscú se consiguió a través de la captación de las elites locales, a las que se incorporó al partido, logrando que asumieran los valores comunistas y se integraran en los aparatos centrales del poder. El respeto a las nacionalidades decayó en época de Stalin, conforme se acentuaban los procesos de centralización política. En gran medida Stalin retomó las prácticas de rusificación del zarismo.

Lenin pensó la revolución como el primer episodio de una revolución a escala mundial. Siguiendo a Marx, creía que la supervivencia de la revolución en Rusia pasaba por el triunfo de la misma en Alemania. Los acontecimientos posteriores a 1918 alentaron al principio y frustraron, después, estas esperanzas. Con ocasión de la intervención internacional en la guerra civil rusa, Lenin apeló al proletariado internacional para frenar dicha intervención. El internacionalismo leninista se concretó en marzo de 1919, en la fundación de la III Internacional, presidida por Zinoviev. Considerada como la heredera legítima de la II Internacional, congregó a los nacientes partidos comunistas del mundo entero. Con la III Internacional el movimiento obrero mundial se dividió en dos grandes tendencias: la socialdemocracia y el comunismo, este último subordinado a las directrices procedentes de Moscú. En todo caso, la Revolución Rusa estuvo

aislada en su lucha frente a la contrarrevolución y la intervención extranjera. Paulatinamente, la Revolución Rusa fue caminando hacia un puerto de destino desarrollado convenientemente en la etapa estalinista: el socialismo en un solo país. Téngase en cuenta que el fracaso del ensayo de revolución alemana a principios de 1918, el movimiento espartaquista y la posterior disolución de la República de los Consejos de Bela Kun, en Hungría, pusieron de manifiesto las dificultades para la expansión de la revolución más allá de las fronteras soviéticas. No obstante, el miedo al contagio rojo llenó las esferas políticas de los países capitalistas. Para sectores del mundo obrero de estos países, la Revolución rusa se convirtió en esperanza social y en posible o en hipotético objetivo político. Con mayor o menor fuerza, nacieron partidos comunistas por todo el globo. Y el miedo al contagio impuso unas políticas de cordón sanitario que a escala interior tendían a aislar a los partidos comunistas recién constituidos y a escala exterior aislar a la recién constituida Unión Soviética. En cualquier caso, los niveles de conflictividad social se intensificaron entre 1918 y 1920 en casi todos los países. En el seno del movimiento obrero las corrientes socialdemócratas continuaron siendo mayoritarias.

Superada la guerra civil y asegurado el poder comunista, la revolución pretendió retomar sus orígenes, al menos en el plano económico. Desde 1921 hasta 1928 se abrió el periodo más creativo de la Revolución rusa en todos su aspectos, durante el cual se intentó a veces conciliar opciones opuestas, que desembocaron en contextos contradictorios. El ejemplo más claro de ese juego de contrarios fue la oposición entre el incremento de la centralización del poder, con el consiguiente silenciamiento de la oposición no comunista, y la apertura de un debate en el seno del Partido Comunista sobre la construcción del socialismo. En el plano económico se opusieron quienes planteaban una lenta transición y los defensores de la socialización acelerada. En el plano político, los debates enfrentaron a los partidarios de una mayor o menor democratización de las estructuras del partido, tras lo que se escondía la pugna por el poder, sobre todo a partir de la enfermedad de Lenin. En el plano cultural, el debate giró entre los defensores de las vanguardias y los partidarios del realismo socialista.

En marzo de 1921, el X Congreso del Partido Comunista impuso un cambio de rumbo en la economía soviética, dirigido a sustituir el ineficiente comunismo de guerra. Los costes de la guerra civil revelaban unos índices económicos angustiosos. Respecto de los valores de 1913, la producción agraria apenas llegaba a un tercio, la industrial a un 13 por ciento y el tráfico ferroviario alcanzaba un 12 por ciento. Una situación insostenible, agravada por los brotes

de protesta social que recordaban a los antiguos motines de subsistencias.

La Nueva Política Económica (NEP) desarrolló un peculiar sistema mixto, una especie de capitalismo de Estado en el que convergían elementos capitalistas y socialistas. Las reformas permitieron nuevamente la propiedad privada campesina, incorporaron mecanismos de mercado, reconstruyeron la circulación monetaria para superar la hiperinflación de la etapa anterior y corrigieron las previsiones industriales. El modelo fue entendido como la pausa necesaria para el posterior desarrollo integral del socialismo. Se tomó como base la importancia del excedente campesino en el crecimiento económico, en la normalización del abastecimiento de las ciudades y en la fijación de un nuevo contrato social entre el campesino y el poder político. La revolución quería conquistar nuevamente al campesinado.

En el plano industrial se asistió a un doble proceso durante la NEP: la desnacionalización de las pequeñas unidades de producción y la incorporación de cierta dosis de autogestión administrativa en la gran industria, que siguió en manos del Estado. La NEP cumplió sus objetivos. En 1926 la economía soviética ya había recuperado los niveles de 1913, sobre todo en el sector agrario. Sin embargo, las tensiones también se acumularon. En términos sociales las diferencias aumentaron en el campo, que tendió a polarizarse entre una capa de campesinos acomodados, los *kulags*, y el aumento de los campesinos sin tierra. Además, la diferencia entre precios agrarios y precios industriales volvió a originar problemas de acaparamiento y dificultades de abastecimiento en las ciudades. Un sector del Partido Comunista entendió la NEP como una lenta pero evidente reconstrucción del capitalismo en la Unión Soviética; este argumento crítico fue utilizado por los que luchaban por hacerse con el poder tras la muerte de Lenin en 1924. Stalin se situaba entre ellos.

El nuevo ambiente generado en época de la NEP alimentó el debate cultural en torno a los cauces por los que debería transcurrir el arte proletario de la revolución. Cuando estalló la revolución de octubre la mayoría de los intelectuales “traicionaron a su clase”, es decir, colaboraron con la revolución, atraídos por la idea de la construcción de una nueva sociedad y, por tanto, de una revolución cultural de la que saldría el hombre nuevo. Aunque de forma minoritaria, el mundo cultural ruso anterior a la revolución ya había entrado en la senda de las vanguardias, arrastrado por el faro de París. Ejemplo de ello fue la vinculación con el movimiento futurista del poeta Vladimir Maiakovski, que en 1915 había escrito su célebre poema “Una nube en pantalones”, o el pintor Kazimir Malevic, quien, influido por el cubismo y el futurismo, redujo las

figuras a cilindros, creando un estilo nuevo que denominó el tubismo. Este artista sucedió, en 1919, a Marc Chagall en la dirección de la Escuela de Arte de Vitebsk; posteriormente pasó a dirigir el Instituto de Cultura Artística de Leningrado. En los años veinte el debate se polarizó entre los partidarios del vanguardismo y los que defendían un realismo socialista, considerado más asimilable por el pueblo, porque no significaba una ruptura con la tradición. Tal debate creó posturas diversas dentro del partido bolchevique. La constitución de la Lek, el frente de izquierdas del arte, pretendía encontrar un puente entre el vanguardismo y la cultura proletaria. El debate se cerró violentamente en los primeros tiempos de Stalin, cuando el arte de vanguardia fue definido como contrarrevolucionario por el Partido Comunista, el 23 de abril de 1932. El realismo socialista se convirtió en la doctrina y la práctica oficial en el terreno de la cultura durante el estalinismo. De todas formas, las tensiones y las resistencias subsistieron, como se puede apreciar en la música de Prokofiev, Shostakovich o Khatchaturian. Igualmente sucedió en el cine con los trabajos de Eisenstein. En la literatura resultó más evidente el triunfo del realismo socialista, por la eficaz acción de la censura. No obstante, la mayor o menor tolerancia en tiempos de Stalin estuvo directamente relacionada con la mayor o menor fidelidad o subordinación a la persona del dictador, o, en otras palabras, a la pertenencia al círculo de poder que funcionaba en torno al dictador.

La era de Stalin

Lenin había previsto, para su sucesión, una dirección colegiada formada por los viejos dirigentes bolcheviques, entre los que destacaban Trotski, Stalin, Zinoviev, Bujarin y Kamenev. Todos ellos tenían ansias personales de poder y concepciones diferentes sobre el futuro de la revolución, pero acabaron sobresaliendo las figuras de Stalin y Trotski. Ambos eran excelentes organizadores. Trotski, además, contaba con un bagaje intelectual muy sólido; había sido el organizador del Ejército Rojo y, a pesar de su pasado menchevique, su figura salió muy fortalecida como consecuencia de la derrota de la contrarrevolución durante la guerra civil.

Sin embargo, en términos políticos, Stalin estaba más asentado en la trama de poder del partido. De origen georgiano, cursó sus estudios en un seminario ortodoxo. Este hecho, así como su buen conocimiento de la Rusia profunda y de las peculiaridades psicológicas y sociológicas del país, tuvieron una importancia

decisiva en la evolución de su carácter e ideología. En 1898 se adhirió al Partido Socialdemócrata y, como revolucionario de primera hora, sufrió la represión del zarismo. Desde 1912, año en el que pasó a formar parte del comité central, su ascenso dentro del partido fue continuo. Desterrado a Siberia en 1913, no engrosó las filas de los exiliados bolcheviques en Europa. Desde su regreso a Petrogrado, en 1917, prosiguió su ascenso político. Fue comisario de las nacionalidades en el primer gobierno revolucionario, colaborando con Trotski en la organización del Ejército Rojo y alcanzando, en 1922, la secretaría general del partido.

Este cargo era de carácter burocrático, pero Stalin lo llenó de contenido y de poder hasta el punto de que fue el instrumento clave en su triunfo frente a los otros candidatos. A pesar de las reticencias de Lenin con respecto a su personalidad, entre 1925 y 1928 se consolidó como el sucesor del líder bolchevique. Consiguió desembarazarse de la vieja guardia. Su enfrentamiento con Trotski fue el más significativo. Este último se había mostrado crítico con la vieja guardia. En otoño de 1924, Trotski publicó *Lecciones de octubre,* que produjo una fuerte reacción contraria en el comité central del partido. Su unión con dos viejos adversarios suyos, Kamenev y Zinoviev, configuró la "nueva oposición". De hecho Trotski estaba cada vez más aislado dentro del partido. En enero de 1925 Stalin le destituyó como comisario de Guerra. En octubre de 1926 fue separado del politburó; en noviembre de 1927 fue excluido del partido, y en enero de 1929 expulsado de la Unión Soviética. Se instaló sucesivamente en Turquía, Francia, Noruega y México. Allí fue asesinado por agentes de Stalin en 1940. Zinoviev, como abanderado del ala izquierda del partido, también fue excluido del mismo. Por último, la oposición de derechas encabezada por Bujarin fue derrotada cuando en 1929 Bujarin fue expulsado del politburó. En ese año, tras la purga de los principales opositores, comenzó la dictadura estalinista.

Como producto político, el estalinismo se resuelve en la dictadura de Stalin, caracterizada por el dominio absoluto del Partido Comunista sobre el Estado y la sociedad soviética, llevando hasta sus últimas consecuencias la teoría leninista. A ello se une la planificación imperativa de la economía, cuya ejecución corría a cargo de órganos burocráticos. El estalinismo hundía sus raíces en la teoría del "socialismo en un solo país". Dado que las condiciones de la política internacional no permitían la exportación de la revolución, lo que importaba era consolidarla en la Unión Soviética, dejando para un futuro lejano e indeterminado el proyecto de pasar a la acción a escala mundial. La teoría del

socialismo en un solo país, que había constituido la principal controversia entre Stalin y Trotski, reproducía la naturaleza del poder de la vieja Rusia de los zares. La hostilidad internacional hacia la revolución desde 1917 era real, sin duda, pero Stalin la exageró convenientemente para consolidar su poder. La idea del socialismo en un solo país tenía como sustrato económico la imperiosa necesidad de la industrialización acelerada de la Unión Soviética. Stalin lo consideró como la culminación de la idea leninista de que el socialismo era equivalente a la industrialización más la electrificación. Solamente con una industria desarrollada y, sobre todo, con una industria pesada fuerte, sería posible una defensa nacional que asegurase el porvenir de la revolución. En última instancia, el estalinismo fue una mezcla del viejo nacionalismo zarista y de una lectura peculiar de la doctrina leninista.

Dentro del Partido Comunista se produjo una secuela de sustituciones que burocratizaron el principio del centralismo democrático. El Partido Leninista, como vanguardia del proletariado, se transformó tras la revolución en la encarnación de la revolución proletaria mediante la ocupación del Estado. El Partido Comunista fue sometido a su vez a la voluntad del comité central, que fue relegado por el politburó durante la lucha por la sucesión de Lenin, y este organismo fue suplantado por Stalin. Así Stalin llegó a un liderazgo infalible, basado en el culto a la personalidad y en el sometimiento brutal de cualquier disensión. El debate político fue sustituido por la obediencia ciega y por el terror. La identificación entre el Partido Comunista y el Estado soviético, cuyos embriones ya habían estado presentes en la época de Lenin, alcanzó su máximo exponente en la era estalinista. Tomó cuerpo legal en la Constitución de 1936, cuya definición del Estado obrero quedó degradada en la práctica. Cualquier atisbo de autogestión fue anulado. Al establecerse el papel dirigente del Partido Comunista se legalizó la dictadura personal de Stalin.

La práctica política cotidiana predominante durante toda la época de Stalin fue el terror, ejercido tanto en el seno del partido como sobre el conjunto de la sociedad. En primer lugar, dentro del partido se imponía el terror mediante el desplazamiento de las elites políticas y la eliminación física de los adversarios. En segundo lugar, la sociedad soviética sufrió el terror hacia el partido, que imponía la colectivización forzosa, con grandes desplazamientos de población y reclusión en campos de internamiento. La aplicación sistemática de estos procedimientos fueron las denominadas purgas, que se sucedieron durante toda la época estalinista y alcanzaron su mayor virulencia entre 1935 y 1939. En ellas fue cayendo la vieja guardia bolchevique: Zinoviev, Kamenev y Tomski, en la

purga de 1936; Radek, en 1937; Bujarin y Rikov, en 1938. El gran proceso contra el Estado Mayor, ejemplificado en la figura del mariscal Tujachevski, sirvió para descabezar al ejército en puertas de la II Guerra Mundial. Otros procesos menores salpicaron la práctica estalinista, llevándose consigo a centenares de millares de ciudadanos soviéticos. El instrumento del terror radicó en la policía política, NKVD (Narody Komissariat Vnutrennikh, Comisariado Popular de Asuntos Internos), creada en tiempos de la guerra civil, pero ahora con un poder omnímodo sobre la sociedad y el partido, aunque también estaba sujeta a las depuraciones de Stalin. El sistema del terror generó una dinámica propia. El temor, la delación y la sospecha invadieron la sociedad soviética, en la que surgieron por doquier cómplices y delatores. La propia sociedad alimentó la dinámica del terror, produciendo fieles servidores al sistema.

Sólo con el terror, un régimen político no puede reproducirse. A lo largo de la era estalinista, de las transformaciones económicas y sociales surgió una especie de burguesía socialista. Planificadores económicos, directores de los combinados industriales, gerentes de las cooperativas agrarias, burócratas del partido y del Estado y las elites de las repúblicas constituyeron la *nomenklatura*. Paradójicamente, un Estado, ideológico en su definición, obrero y marxista leninista en la práctica, transformó el discurso político en una retórica vacía y anquilosada, y provocó la despolitización generalizada.

La política estalinista cambió radicalmente a la sociedad soviética. Una sociedad agraria con islotes industrializados fue transformada en todas sus estructuras. Los mejores indicadores son el crecimiento de la población industrial y urbana, la incorporación masiva de la mujer al trabajo, el retroceso del analfabetismo —uno de los logros más espectaculares— o el despegue tecnológico. Un balance que podría considerarse brillante si no fuera por el enorme coste social del mismo.

Coincidente con las transformaciones en el plano político, la economía soviética configuró una estructura peculiar que puede denominarse estalinismo económico. Para empezar hay que destacar la planificación imperativa, burocratizada, directamente controlada por los organismos planificadores, que fijan las magnitudes macroeconómicas y regulan, en sustitución del mercado, los niveles de producción, ahorro, inversión, consumo, precios y salarios, utilizando como coartada la distribución equitativa del producto social. En segundo lugar, destaca el rechazo en la práctica de cualquier forma de autogestión obrera o administrativa de las empresas, en todo caso muy limitada, por lo menos hasta la reforma de la empresa soviética en los años sesenta. Dadas las condiciones de

casi aislamiento financiero con respecto al mercado mundial —impuesto desde el exterior o voluntariamente mantenido desde el interior—, el excedente de capitales debe ser obtenido necesariamente en el mercado interior; para ello el sector agrario se convierte en el gran financiador que impulsa el crecimiento industrial propuesto.

El problema residía en que el esquema soviético apenas contemplaba la reinversión del excedente agrario en el propio campo, con lo que la agricultura quedó subordinada al desarrollo industrial. El desfase entre el rápido incremento de la industria y el retraso agrario fue uno de los principales lastres de la economía soviética a lo largo de su evolución. Los mismos problemas de financiación imponían la disminución del consumo privado para conseguir un índice más elevado de ahorro destinado a la inversión. Además, el planificador primaba a la industria pesada sobre la de bienes de consumo, bajo la lógica de la industrialización en un marco autárquico, que exigía la formación de una sólida industria de bienes de producción para un ulterior crecimiento autosostenido. Señalemos, por último, la existencia de un doble mercado: el oficial, que respondía a las coordenadas expuestas, y el mercado negro, que se alimentó de una economía subterránea que escapaba a las previsiones del planificador y que, a veces, actuaba de válvula de escape para el enorme caudal de sacrificios demandado.

En diciembre de 1927, el XV Congreso del Partido Comunista inició el desmantelamiento de la NEP al definir el primer plan quinquenal (1928-1932), que incluía la colectivización de la agricultura. En la crisis de la NEP confluyeron factores políticos relacionados con la lucha por el poder, que incidieron decisivamente sobre el plano económico. Desde este último punto de vista se perseguía un nuevo modelo que estructuralmente asegurase la industrialización acelerada y que, a corto plazo, evitara los desajustes entre el sector público y el privado. El nuevo modelo económico impuesto por Stalin no incorporaba ninguna novedad teórica. Sus presupuestos enraizaban sobre el gran debate de la acumulación socialista originaria, acerca del papel que debía cumplir la agricultura como proveedor de recursos al crecimiento industrial. Igualmente, la colectivización se inscribía en el marco teórico y en los ensayos prácticos efectuados durante la etapa inmediatamente posterior a la revolución de octubre. Resulta, pues, evidente la continuidad entre las líneas programáticas de los primeros tiempos de la revolución y la marea colectivizadora que se desató a partir de 1928. La única diferencia reside en que Stalin aplicó una extremada violencia para acelerar el cambio. La colectivización se basó sobre

dos formas de propiedad socialista: el sovjós, o granja estatal, y el koljós, un sistema de propiedad colectiva fuertemente controlado por el Estado —que se reservaba incluso la propiedad de la maquinaria—. La resistencia campesina ante la colectivización se venció mediante violentos métodos coercitivos, como la deportación de pueblos enteros e, incluso, su eliminación física.

Los resultados económicos de la colectivización fueron diversos. La colectivización en masa es una de las variables explicativas del retraso sufrido por el campo soviético y de la subordinación violenta de la agricultura al crecimiento industrial. Los rendimientos agrarios fueron muy reducidos. La cabaña soviética todavía no había recuperado, en 1935, los niveles de 1928. No obstante, la producción total de cereales aumentó considerablemente, más que nada gracias a la roturación de nuevas tierras, proceso conocido como colonización socialista. A mediados de la década de los treinta la propiedad privada había prácticamente desaparecido del campo soviético, salvo las pequeñas parcelas reservadas a los koljosianos, que apenas representaban el 1 por ciento del suelo agrario total. Los 14.800 koljoses de 1927 se transformaron en 240.000 en 1937, agrupando al 90 por ciento del campesinado.

En el plano industrial la socialización presentó menos tensiones. Por un lado, los grandes establecimientos y los sectores básicos de producción no habían sido desnacionalizados a lo largo de la NEP. Igualmente, los resortes financieros estuvieron siempre en manos del Estado. Stalin reforzó unas tendencias anteriores, que preveían desde 1928 la desaparición del artesanado. A partir de 1926 disminuyó, en progresión constante, la aportación del sector privado al crecimiento industrial soviético. En ese año el 20 por ciento de la producción industrial procedía de la actividad privada; en 1930 ya sólo representaba el 5,6 por ciento, y en 1932 era prácticamente inapreciable, con tan sólo el 0,5 por ciento. Lo mismo cabría decir del comercio privado. En 1928, el 22,5 por ciento del comercio al por menor era realizado por comerciantes privados; en 1930 esta cifra se redujo al 5,6 por ciento. Finalmente, en 1932, se prohibió el comercio privado bajo pena de prisión. En suma, entre 1931 y 1935 el proceso de resocialización prácticamente había concluido, eliminando los últimos residuos de una economía de mercado. En 1937, el 99,1 por ciento de la renta nacional soviética procedía del sector privado.

El estalinismo económico se llevó a la práctica mediante los planes quinquenales. Se trataba de una política económica dirigida y controlada por el Estado que, sustituyendo enteramente a la iniciativa privada, perseguía el mayor índice de crecimiento económico posible en un espacio de tiempo determinado.

Los sucesivos planes quinquenales que se pusieron en marcha desde 1928 estaban consagrados a la industrialización de la Unión Soviética. En términos macroeconómicos, fueron un éxito hasta los años sesenta. En el plano microeconómico, los costes sociales y la creación de sectores ineficientes cuestionan el éxito, aunque resulta evidente el enorme crecimiento de la renta nacional soviética entre 1926 y 1937, que pasó de 24.680 millones de rublos a 96.300 en 1937.

Con esta política de quemar etapas la Unión Soviética realizó una profunda revolución industrial en el espacio de diez años, transformando enteramente la estructura económica del país. Si en el sector industrial los objetivos de los planes quinquenales se cumplieron en un 90 por ciento aproximado, en la agricultura las estimaciones oficiales quedaron desmentidas por la realidad. A veces la producción apenas llegaba al 25 por ciento de las estimaciones del planificador. Una variada forma de problemas de financiación, de formación de mano de obra, de los deseos de los consumidores y de causas naturales alejaron los resultados finales de las previsiones proyectadas. El incremento de los gastos destinados a defensa también tuvo efectos negativos. En último término, la planificación y la estructura económica de la Unión Soviética en la época de Stalin marchó pareja a la estructura política del poder. Formaron un todo coherente en el que el socialismo en un solo país, como síntesis del estalinismo político, fue de la mano de un sistema económico autárquico, cuyo centro último de decisión se situaba en el Kremlin, y cuyas ramificaciones a lo largo y ancho de la Unión Soviética dieron como resultado un cuerpo de burócratas económico-industriales subordinados enteramente a la figura del dictador y a su entramado de poder. Esta *nomenklatura,* que subsistió más allá de la muerte de Stalin, en 1953, constituyó una herencia que sirve para entender los límites de los procesos posteriores de desestalinización.

CAPÍTULO 8

LA ECONOMÍA DE ENTREGUERRAS

Las perturbaciones de la economía mundial entre 1918 y 1939 deben ser entendidas como la alteración de una transición económica natural hacia un modelo distinto del capitalismo liberal del siglo XIX. Las consecuencias económicas de la Gran Guerra y los planteamientos fallidos de la paz en Versalles son la explicación fundamental, pero no la única, de esa alteración. La evolución económica entre 1918 y 1940 no se explica sólo como una mera secuencia de un tiempo de prosperidad, los años veinte, un detonante crítico, el crack de 1929, y una depresión posterior que se extiende a lo largo de los años treinta. Es preciso considerar también las dificultades por las que pasó el alumbramiento de un nuevo modelo económico global, que pudiera sustituir el capitalismo liberal del siglo XIX.

LAS PERTURBACIONES DE LA I GUERRA MUNDIAL. EL FRACASO ECONÓMICO DE VERSALLES

Cuando termina la I Guerra Mundial en 1918 los fundamentos del capitalismo liberal del siglo XIX ya se estaban cuestionando en todas partes. Antes de 1914 ya eran manifiestas un conjunto de fracturas: el predominio económico de Gran Bretaña, el patrón oro y el funcionamiento del mercado internacional se habían alterado seriamente por la segunda revolución industrial en los últimos decenios del siglo XIX, así como por el surgimiento de dos nuevas potencias industriales, Estados Unidos y Alemania, que económica y tecnológicamente ponían en entredicho la hegemonía británica. El conflicto bélico precipitó estas fracturas.

En los prolegómenos de la I Guerra Mundial el tono de la economía ya estaba marcado por los resultados de la segunda revolución industrial. El incremento de la producción industrial en todo el mundo, las nuevas exigencias inversoras, los avances tecnológicos ponían continuamente de manifiesto los límites del viejo

capitalismo liberal clásico de la primera revolución industrial. Resultaba evidente la necesidad de que los Estados participasen cada vez más en el mundo económico. Los ejemplos de las industrializaciones alemana, rusa o japonesa sirvieron de emblema para las nuevas necesidades. El viejo capitalismo liberal basado en la mano invisible de Adam Smith, en las teorías del *homo economicus* racional o en las pequeñas unidades de producción industrial quedaba sustituido por una reglamentación económica por parte de los Estados, por una concertación más estrecha entre banca e industria y por los nuevos métodos de intensificación del trabajo. A escala financiera el papel que habían tenido hasta entonces la libra esterlina, el patrón oro y la City londinense mostraba insuficiencias para asegurar la liquidez exigida por el masivo incremento de los intercambios internacionales. El mercado mundial mudaba de forma acelerada sus estructuras, a la par que surgía una contradicción entre el mayor desarrollo de los nacionalismos económicos y la necesidad de un espacio mundial mejor articulado que asegurase los intercambios internacionales.

La I Guerra Mundial aceleró la desintegración del viejo modelo. Los intercambios internacionales quedaron dislocados, sobre todo si tenemos en cuenta que antes de 1914 el grueso del tráfico comercial se realizaba precisamente entre Gran Bretaña, Alemania, Francia y Estados Unidos. Esta interrupción coincidió con los avances de los nacionalismos económicos, fruto de las economías de guerra. Las teorías ya existentes, que reclamaban una participación más activa de los Estados en el ámbito económico, se hicieron realidad en los países contendientes, ya que las economías de guerra trajeron un mayor control de los precios y de la asignación de los recursos por parte de los gobiernos. Las estructuras industriales quedaron artificialmente alteradas por la producción de guerra. Surgieron problemas de financiación que perturbaron los sistemas crediticios, debido a que los gobiernos utilizaron sus depósitos de oro para la compra de pertrechos y armas en el exterior e incrementaron la circulación monetaria para sufragar los gastos interiores. Cuando terminó el conflicto fue necesaria la reconversión de las economías a la paz, pero las dificultades interiores y exteriores eran enormes. Los daños de la guerra alcanzaron unas cotas desconocidas hasta entonces. A las decenas de millones de muertos se unieron unos costes directos e indirectos en torno a los 350.000 millones de dólares de 1914.

En lo tocante a la administración interna, los Estados inauguraron unas prácticas intervencionistas que luego se siguieron manteniendo, pero sin una reglamentación definida. Las reestructuraciones industriales sólo podrían

resolverse a medio plazo y los procesos inflacionistas complicaron el panorama. En 1918 los precios se habían multiplicado por 15 en Alemania, por 5,5 en Francia, por 3 en Gran Bretaña y por cifras más elevadas en países menos pujantes. La suma de estas complicaciones provocó las crisis de reconversión que se extendieron hasta 1923.

En el ámbito internacional, la fragmentación del mercado mundial era un hecho al que deberían dar una solución los plenipotenciarios que elaboraban la paz en Versalles. La I Guerra Mundial consolidó el desplazamiento de Gran Bretaña por Estados Unidos. Al finalizar la guerra el predominio de Wall Street parecía inevitable, conforme se ensanchaba su saldo acreedor. En 1914 la deuda exterior norteamericana todavía se elevaba a 3.700 millones de dólares. La situación se invirtió en 1919, con un saldo acreedor para Estados Unidos valorado en 3.000 millones de dólares. En 1919 Estados Unidos habían prestado a Europa 6.000 millones de dólares.

En términos reales, el dólar era la única moneda convertible en oro y Nueva York la única plaza financiera capaz de mantener un sistema de préstamos a largo plazo. La economía norteamericana se convertía en la única gran financiadora de la reconstrucción europea y de la reactivación económica posterior. La guerra había supuesto la quiebra definitiva del patrón oro clásico, explicada por la pérdida de peso de la libra británica.

En términos económicos, los tratados de paz de Versalles supusieron un rotundo fracaso, por dos razones fundamentales. En primer lugar, porque ni siquiera esbozaron un diseño institucional que fijara las reglas del juego para el funcionamiento de la economía internacional; en segundo lugar, porque el principio de la culpabilidad alemana dificultó la reconstrucción económica de una de las principales potencias de antes de 1914 y que, por tanto, era una pieza clave e indispensable en el restablecimiento económico europeo.

Un joven economista miembro de la legación británica en Versalles, John Maynard Keynes, en su célebre libro *Las consecuencias económicas de la paz,* planteó las repercusiones negativas que tendría para toda Europa el pago de las reparaciones de guerra por parte de Alemania. El artículo 231 del Tratado de Versalles, al sentar la responsabilidad de Alemania, fijó unas reparaciones muy gravosas para la economía alemana. Keynes abogó por una política más generosa con el vencido, que permitiera a Alemania volver a ser una gran potencia económica, gracias a lo cual la economía europea hubiera encontrado cauces más anchos para su reconstrucción. Las palabras de Keynes resultaron proféticas:

…si lo que nos proponemos es que, por lo menos durante una generación, Alemania no pueda adquirir siquiera una mediana prosperidad; si creemos que todos nuestros recientes aliados son ángeles puros y todos nuestros recientes enemigos, alemanes, austriacos, húngaros y los demás son hijos del demonio; si deseamos que año tras año, Alemania sea empobrecida y sus hijos se mueran de hambre y enfermen, y que esté rodeada de enemigos, entonces rechacemos todas las proposiciones generosas, y particularmente las que puedan ayudar a Alemania a recuperar una parte de su antigua prosperidad material... Pero si tal modo de estimar a las naciones y las relaciones de unas con otras fuera adoptado por las democracias de la Europa occidental, entonces, ¡que el Cielo nos salve a todos! Si nosotros aspiramos deliberadamente al empobrecimiento de la Europa central, la venganza, no dudo en predecirlo, no tardará.

JOHN MAYNARD KEYNES (1883-1946)



Figura decisiva en la configuración económica de los países de capitalismo avanzado después de la II Guerra Mundial. Miembro de la delegación británica en las conferencias de paz de Versalles, criticó el carácter revanchista de los tratados, y en su obra *Las consecuencias económicas de la paz,* publicada en 1919, alertó de la catástrofe alemana y de sus posibles consecuencias posteriores. Su formación académica se desarrolló en la Universidad de Cambridge, de la que fue profesor desde 1920. Miembro destacado de la intelectualidad británica, perteneció al elitista y progresista grupo de Bloomsbury. Su continuada reflexión económica culminó en 1936 con la publicación de la *Teoría general del empleo, el interés y el dinero* en la que planteó la cuestión de cómo sostener e incrementar la demanda efectiva. Resaltó el papel del Estado favoreciendo las inversiones productivas, desarrollando las inversiones públicas, estimulando la producción y la exportación y regulando el equilibrio económico a través de políticas monetarias y el equilibrio social a través de políticas fiscales. Participó en la organización del Fondo Monetario Internacional, en la conferencia de Bretton Woods de 1944, exponiendo su tesis, que no fue aceptada, de crear un banco central a escala mundial con la capacidad de emisión de moneda, a la que denominó bancor.

Los límites de la expansión de los años veinte

Entre 1920 y 1939 en la evolución de la economía internacional se oponen dos conjuntos de circunstancias que actúan de modo antagónico. El primero de ellos plantea una serie de variables propicias para el crecimiento económico: los avances tecnológicos que se multiplicaron desde finales del siglo XIX desembocaron en un conocimiento más científico de las economías industriales y en unas técnicas más depuradas para su gestión; el aumento demográfico, a pesar de los desastres de la guerra, facilitó mercados más amplios y diversificados, y se produjo la implantación de un nuevo modelo demográfico en el cual el hombre superó los antiguos ciclos catastrofistas de manera definitiva; los avances en la agricultura acabaron con la escasez e hicieron posible el crecimiento sostenido de unas pujantes agriculturas de exportación; los adelantos en el mundo de las comunicaciones, principalmente el teléfono o la radio, redujeron los tiempos y los espacios. Todo esto conformó el lado positivo de los entramados económicos. En su obra *Estructura y ciclos económicos*, publicada en 1944, el economista J. Akerman se hacía eco de la intensificación del trabajo en los años veinte en Estados Unidos. La sustitución del trabajo humano y de la máquina de vapor por motores eléctricos ya había alcanzado un nivel elevado a la altura de 1914, momento en el que estos últimos representaban el 30 por ciento del total de las máquinas energéticas que funcionaban en el mundo industrial. En 1929 el incremento resulta arrollador: el 70 por ciento de la producción energética procedía de los motores eléctricos. Si a ello añadimos la propagación de los métodos de trabajo en cadena, obtendremos el aumento intenso y continuado de los índices de productividad.

Frente a ello, otro conjunto de variables originaron perturbaciones que determinaron la economía de entreguerras. Su definición resulta clave para comprender las limitaciones de los felices años veinte, las circunstancias del crack de 1929 y la extensión generalizada de la depresión económica de los años treinta, en una intensidad desconocida hasta aquella época que se convirtió en dramática. La expansión de los años veinte estuvo prácticamente restringida a Estados Unidos, país que no asumió el papel hegemónico alcanzado después de la guerra. En el resto de los países industrializados, la expansión llegó tarde o de forma marginal, como ocurrió en el Reino Unido.

En Gran Bretaña se produjo un estancamiento económico en el que tuvieron

influencia decisiva el envejecimiento de su utillaje industrial, el desfase de la oferta, incapaz de competir en los mercados exteriores con países técnicamente más agresivos, y, sobre todo, la resistencia de la City a perder su control de las finanzas mundiales. Gran Bretaña sacrificó su producción interior al mantenimiento de una libra fuerte que pudiera competir en el exterior con el dólar. Como forma de combatir la naciente hegemonía norteamericana, los británicos intentaron reforzar la exportación de capitales. Pero este intento se vio frustrado a la larga, ya que desembocó en la fuerte reducción de las exportaciones industriales, que en 1927 eran un 15 por ciento inferiores a las de 1913. Esta defensa de la libra impuso una política deflacionista que generó unas tasas de paro superiores a las que se estaban produciendo en otras economías industrializadas. El enfrentamiento libra-dólar era uno de los síntomas básicos de la inestabilidad económica de todo el periodo de entreguerras.

En Francia la recuperación económica de posguerra estuvo lastrada por los destrozos de la guerra, las dificultades de la reconversión, la ausencia de un consenso que vertebrara unas políticas económicas decididas, la inestabilidad del franco y la equivocada confianza en que el pago de las reparaciones alemanas de guerra iba a convertirse en el instrumento fundamental de la reconstrucción. Hubo que esperar a la definitiva estabilización del franco con Poincaré en 1928 para observar un funcionamiento normal de la economía francesa.

En Alemania la situación fue catastrófica. Sujeta al enorme pago de las reparaciones, percibido además como una injusta humillación nacional, las posibilidades de recuperación fueron nulas. El peor momento se situó en 1923. A principios de año, Alemania suspendió el pago de sus reparaciones. La respuesta francesa fue la invasión de la rica zona industrial del Ruhr. La réplica alemana significó la financiación de una resistencia pasiva, que unida a fuertes movimientos especulativos, dio como resultado una hiperinflación que alcanzó su máximo en el mes de noviembre. La moneda perdió su valor y la economía quedó colapsada. Para solucionarlo se convocó una negociación internacional, con la participación de Estados Unidos —el plan Dawes— en la que se logró la estabilización del marco alemán y la continuación del pago de las reparaciones de guerra, sobre la base de un circuito financiero en cuya cabecera se situaba Estados Unidos.

Estados Unidos concedió a Alemania préstamos que permitieron el pago de reparaciones reducidas a Francia y Gran Bretaña; estos países a su vez respondieron de sus compromisos deudores con Estados Unidos. Este circuito, fundamental en la recuperación europea del periodo 1925-1929, se rompió a

partir del crack bursátil de 1929. A corto plazo, Alemania consiguió un principio de reactivación económica desde 1926, cuyo símbolo fue el Reichmark como nueva unidad monetaria.

En Centroeuropa las dificultades económicas corrieron parejas a la desmembración del espacio económico del antiguo Imperio austro-húngaro. El surgimiento de nuevos países, el trazado de nuevas fronteras, con sus correspondientes barreras arancelarias, la creación de nuevas administraciones, las viejas rencillas políticas, la aparición de nuevas monedas con escaso peso específico, las dificultades en las comunicaciones, agravadas por los distintos anchos de las vías férreas, configuran un panorama de caos económico, que no fue superado en toda la década de los años veinte. El espacio económico centroeuropeo, cuyo núcleo era Viena y con la asistencia de Berlín, quedó transformado en un rompecabezas dislocado.

En la Europa mediterránea, Italia y España fueron dos ejemplos de las tendencias nacionalistas en economía, con una fuerte presencia del Estado como inductor del crecimiento económico. En ambos países, regidos por sendas dictaduras políticas, aunque de contenido ideológico diferente, la creación de infraestructuras y la extensión de las obras públicas fueron dos recursos para la consecución del pleno empleo.

En Latinoamérica, y en espacios concretos del mundo colonial, la respuesta económica a la I Guerra Mundial había sido una política de sustitución de importaciones, con lo que aumentaron sus niveles de industrialización. El incremento de las exportaciones se extendió hasta 1921 aproximadamente, pero las defensas arancelarias de los países industrializados invirtieron la tendencia. Las inversiones extranjeras fueron muy importantes en este proceso, sobre todo las de Estados Unidos en Latinoamérica, donde entró en colisión con los intereses británicos, allí instalados desde el siglo anterior. En 1925, más del 75 por ciento de las transacciones comerciales latinoamericanas se reglamentaban en Nueva York. En 1929, el 38,7 por ciento de las ventas de América Latina se dirigían a Estados Unidos y un 34 por ciento procedían del mismo país.

En el área del Pacífico la economía japonesa parecía mantenerse al margen de los conflictos. Desde la época Meiji, en 1868, en la que se produjeron cambios institucionales, sociales y económicos, Japón se había transformado a la llegada del siglo XX en un país industrializado con una economía extravertida de brillantes resultados, que buscó su definitiva consolidación más allá de sus fronteras. Para ello practicó una política expansionista por el área del Pacífico, cuyo horizonte se situó en el espacio económico chino, concretamente en la

región de Manchuria, rica en recursos naturales. El interés de Japón hacia esta zona geográfica entró en confrontación con los crecientes intereses norteamericanos, desarrollados desde las islas Filipinas.

Las dificultades económicas nacionales se agravaron por los desajustes a escala internacional. Estos problemas tuvieron un trasfondo demográfico que no fue desdeñable. Los países que antes absorbían población europea comenzaron a imponer limitaciones a la inmigración. El ejemplo más representativo se produjo en Estados Unidos, donde la Quota Act de 1921 y la Immigration Restriction Act de 1924 establecieron cupos, restringiendo el número de inmigrantes a 162.000 por año.

La vigencia del nacionalismo económico, herencia del viraje proteccionista de finales del siglo XIX, dificultó los circuitos comerciales internacionales y la expansión económica a largo plazo. Los avances de las posturas proteccionistas fueron generales y especialmente significativas en Gran Bretaña y Estados Unidos, por su influencia en el resto de las economías.

En Gran Bretaña, la Ley de Salvaguarda de las Industrias y la Ley de Importación, aprobadas en 1921, organizaron una red arancelaria para determinados sectores de la industria nacional en un país que históricamente había sido la cuna del librecambio. En Estados Unidos la puesta en vigor de la tarifa Fordney-McCumber en 1922 aumentó los derechos arancelarios hasta una de las cotas más altas de la historia norteamericana. De aquí surgió una incompatibilidad manifiesta con el nuevo papel de Estados Unidos como país prestamista a escala mundial. Las elevadas tarifas entorpecieron las ventas de los países deudores a Estados Unidos y con ello el pago de los intereses de los préstamos o su devolución. Estados Unidos no supo reproducir el papel librecambista de Gran Bretaña en el siglo XIX. La respuesta británica se encaminó a conseguir un desarrollo del Imperio a través de la redistribución en el área colonial de los excedentes de población de la metrópoli, según estaba proyectado en la Empire Settlement Act de 1922. El intento concluyó en relativo fracaso porque únicamente 400.000 emigrantes se instalaron en Australia y Nueva Zelanda entre 1922 y 1931.

Los avances proteccionistas amenazaron la triangulación comercial Europa-Estados Unidos-áreas coloniales, indispensable para el buen funcionamiento del mercado mundial. La Conferencia Económica Mundial de 1927 planteó, sin resultados duraderos, la necesidad de recortar el proteccionismo y de acabar con las limitaciones comerciales cuantitativas. Las restricciones al tráfico comercial mundial plantearon problemas de sobreproducción relativa. Las distintas

economías industriales encontraron dificultades para su acoplamiento a escala internacional. La misma situación se reprodujo en el sector agrario, acentuado por el desfase pronunciado de unos precios agrícolas cuyo aumento fue menos rápido que el de los productos manufacturados. El índice de precios para el sector agrario en Estados Unidos pasó de 147 en 1925 a 138 a principios de 1929.

Entre las circunstancias que limitaron la expansión económica de los años veinte deben destacarse las perturbaciones monetarias, fruto de la crisis del patrón oro y de la ausencia de un sistema monetario internacional que contrarrestara los efectos del nacionalismo económico. Esta ambientación monetaria tuvo una manifestación concreta en la rivalidad entre la libra y el dólar. En 1922, la Conferencia de Génova elaboró un nuevo sistema basado en la revisión del patrón oro clásico, el Gold Exchange Standard, que estableció el empleo de divisas clave, la libra y el dólar, y no sólo del oro como cobertura de los billetes emitidos. La institucionalización de dos divisas básicas y la consiguiente descentralización financiera provocó un incremento de las rivalidades entre diversos polos financieros. Con ello se extendieron las tensiones especulativas y una creciente inestabilidad. La competencia entre la City y Wall Street fue especialmente agresiva en los préstamos exteriores a corto plazo y se relajaron las reglas de la prudencia bancaria. El restablecimiento unilateral en Gran Bretaña del patrón oro en 1925 señaló el punto culminante de la rivalidad entre los dos centros financieros. La City sacrificó el desarrollo interno en favor del equilibrio exterior. El retorno de la libra al patrón oro incrementó los movimientos especulativos y no evitó la decadencia financiera británica. Los capitales a corto plazo que afluían a Londres tendían a convertirse en oro para posteriormente dirigirse a París, colaborando a la estabilización del franco, o a Nueva York, fomentando la especulación bursátil. Alemania era el país industrial más vinculado financieramente a Estados Unidos. Sobre un total de 1.546 millones de dólares en préstamos del exterior, negociados por Alemania más allá de sus fronteras, fueron cubiertos 1.039 por la banca norteamericana. Bastaba que la tendencia se invirtiera y que Estados Unidos repatriara capitales para que el circuito financiero previsto por el plan Dawes quedara bloqueado, como realmente sucedió en 1929.

Los felices años veinte fueron, sobre todo, un producto netamente norteamericano. La sociedad de consumo inició allí su expansión. Durante el periodo de 1922 a 1925 las bases del crecimiento fueron sólidas. Los beneficios obtenidos durante la Guerra Mundial, el predominio del dólar, las ventas masivas

a Europa y el auge controlado del crédito interior aseguraron los puntales del crecimiento industrial y agrario, con unas tasas de inversión situadas en el 20 por ciento del Producto Nacional Bruto, muy superiores a las de los restantes países industriales. La trilogía del crecimiento fue la construcción, el automóvil y la electricidad, con una evidente capacidad multiplicadora en otros sectores.

A partir de 1925 empezó a invertirse la tendencia. El aumento descontrolado del crédito para aumentar la demanda interior reforzó los movimientos especulativos en el mundo bursátil. El dinero fue abandonando las inversiones productivas. Las autoridades monetarias reaccionaron tardíamente sin una estrategia definida. La reducción del volumen del crédito y la subida de la tasa de descuento apenas frenaron la especulación. Además, en aquella época se desconocían las estrategias globales de intervención monetaria que a partir de los años cincuenta fueron práctica habitual.

LA CRISIS DE 1929

El modelo reposaba cada vez más en la especulación, hasta que la situación se hizo insostenible. El octubre negro de 1929 señaló el desplome bursátil. El crack inició en Estados Unidos un largo periodo de depresión económica cuyo fondo se situó a mediados de 1933. El cierre de los mercados europeos y el descenso paulatino de los precios agrarios fue contrarrestado por el gobierno y el sistema bancario estimulando la inflación del crédito. Esta política dio como resultado la superabundancia de capitales a corto plazo y, como consecuencia, la puesta en marcha de tendencias especulativas cada vez más visibles a lo largo del periodo de 1926-1929. La inflación del crédito provocó repercusiones negativas al desviar el dinero de las inversiones productivas. Por ejemplo, la industria de la construcción ya dio muestras de estancamiento desde comienzos de 1929. En resumen, desde 1926 a 1929 se produjo un desfase cada vez más acusado entre el alza bursátil y la actividad económica real, que constituyó la causa inmediata del hundimiento posterior. La tardía reacción de las autoridades monetarias norteamericanas no consiguió frenar la especulación y, por otro lado, como se demostró, el sistema bancario norteamericano era frágil. En Estados Unidos no existían grandes bancos de depósitos con sucursales abiertas en todo el país; el radio de acción se limitaba a un estado concreto y aunque mantenían conexiones entre sí, este sistema configuraba una pirámide bancaria repleta de incertidumbre.

De manera repentina, desde principios de octubre de 1929 se manifestaron en la Bolsa de Nueva York los indicios de una inversión de la tendencia al alza. El 24 de octubre estalló el pánico, incrementándose la oferta hasta casi los trece millones de acciones, frente a una demanda prácticamente nula y el martes 29 se ofrecieron 16 millones de valores. La primera repercusión del hundimiento bursátil fue la desarticulación del sistema financiero. En conjunto, entre 1929 y 1932, 5.096 bancos presentaron suspensión de pagos. El derrumbamiento de la banca arrastró la quiebra de numerosas empresas comerciales e industriales. Por otra parte, se produjo una acumulación de stocks que provocó una fuerte reducción de los precios. Esta reducción afectó gravemente al sector agrario. El campesino difícilmente podía romper el círculo vicioso de los costes: la caída de los precios agrarios fue más rápida que la del coste de la vida y que el precio de los productos necesarios para continuar la actividad agraria, con lo que se extendió la ruina del campesinado. El descenso generalizado de la actividad económica elevó las tasas de paro hasta límites desconocidos en el mercado de mano de obra norteamericano, que había disfrutado de una situación de pleno empleo a partir de 1926.

El crack de 1929 provocó reacciones en cadena que ahondaron la depresión en Estados Unidos y exportaron la crisis más allá de sus fronteras. Las quiebras bancarias generaron nuevas quiebras comprometiendo la capacidad del crédito y la confianza de los depositantes, a la par que se favorecía el atesoramiento de oro y billetes y se paralizaban los mecanismos de inversión. El descenso de los precios redujo el poder de compra de vendedores y productores, mientras que los compradores se mantenían cautelosamente a la expectativa. El incremento del paro determinó una disminución de los gastos de consumo que incitó a productores y vendedores a no renovar sus existencias y a no modificar su capital fijo. Las reacciones psicológicas perturbaron la situación en un ambiente cargado de pesimismo e inquietud. El comercio norteamericano disminuyó drásticamente sus compras en el exterior. Estados Unidos repatrió sus inversiones en el extranjero.

En una Europa debilitada por los problemas de reconversión y por la tardía reactivación económica, la recepción de la crisis se hizo visible desde 1931. La repatriación de capitales por Estados Unidos actuó como detonante de las quiebras bancarias en Alemania y Austria, provocando además fuertes tensiones en la City de Londres. Las exportaciones europeas a Estados Unidos disminuyeron de forma alarmante. El descenso de los precios europeos siguió el mismo curso que en Estados Unidos. El paro hizo mella en todas partes. Las

psicologías del pesimismo también se extendieron por toda Europa, afectando no sólo al mundo obrero, sino también a amplios sectores de las clases medias, proclives a encontrar soluciones en las formulaciones políticas de corte totalitario o autoritario. En 1931, en un informe de la Unión Nacional de los Empleados Alemanes podían leerse las siguientes palabras, que expresan el miedo de la clase media alemana a la proletarización:

> Teniendo en cuenta el destino que golpea nuestra condición frente a la crisis económica, es necesario hablar de una crisis de proletarización para describir el desastre económico que se ha abatido sobre Alemania. El año 1930 y los efectos cada día más graves de la crisis económica amenazan nuestra profesión y nuestra condición y, por tanto, el modo de vida que nos diferencia de los obreros.

Aunque el ambiente de crisis tuvo los mismos síntomas en todas partes, las soluciones se adecuaron a las realidades de cada país. Sin embargo, hubo dos respuestas comunes: las políticas deflacionistas y los proteccionismos económicos. Con las políticas deflacionistas se perseguía un nuevo equilibrio de precios y la liquidación de los stocks acumulados. En ellas subyacían algunos de los mitos económicos que con más fuerza incidían en la toma de decisiones y que posteriormente fueron corregidos por las nuevas teorías económicas: el presupuesto equilibrado, la moneda fuerte y el automatismo del mercado.

Los proteccionismos económicos, ya presentes a lo largo de los años veinte, se exacerbaron a partir de 1929. La década de los treinta marcó el apogeo de los nacionalismos económicos que impidieron aunar esfuerzos para encontrar una salida concertada a la crisis. La ausencia de organismos económicos internacionales favoreció la compartimentación del mercado mundial. El fracaso de la Conferencia Económica de Londres en 1933 fue la expresión de esta fragmentación. El acuerdo tripartito de Londres en 1936, entre Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos, no fue más allá de una declaración de principios sin que se consiguiera la necesaria estabilidad monetaria internacional y el recorte de los proteccionismos.

Los países industrializados se replegaron sobre sí mismos y sus colonias y áreas de influencia. El ejemplo más sintomático fue la firma de los acuerdos de Ottawa en octubre de 1932 entre Gran Bretaña y su Imperio. En las potencias industriales sin un imperio colonial el nacionalismo económico llegó a sus últimas consecuencias, al conjugar tres elementos: las formulaciones autárquicas, la militarización de la economía y la agresión exterior. En las teorías del espacio vital de Hitler se expresó la necesidad de unos mercados exteriores que asegurasen una salida a la industria y el abaratamiento de las materias

primas. La invasión japonesa de Manchuria, además de seguir una tradición anterior, se explica por los efectos inmediatos de la crisis de 1929.

El fracaso de las políticas deflacionistas planteó la necesidad de buscar nuevos rumbos a partir de 1932. Significó en parte la toma de conciencia de la quiebra definitiva de los principios del capitalismo liberal, que ya habían sido cuestionados desde finales del siglo XIX. Las nuevas políticas permitían la intervención del Estado, lo que significó el preludio de las prácticas keynesianas, generalizadas después de la II Guerra Mundial. El intervencionismo se entendió de manera diferente en los países democráticos y en los totalitarismos de corte fascista. En los primeros, el apoyo del Estado a la actividad privada dio lugar al desarrollo de las empresas públicas. En los segundos, Alemania e Italia, la intervención estatal incrementó las tendencias autárquicas, que se centraron en los planes de obras públicas y de rearme.

En los países industrializados la reactivación económica se organizó a través de los siguientes puntos: la ayuda inmediata a las empresas en dificultades, con un triple mecanismo: las subvenciones a fondo perdido, el saneamiento de las empresas en crisis por medio de la compra de acciones o del crédito barato y la nacionalización de las empresas con déficit crónico; la continuación del proteccionismo comercial junto con la limitación de las importaciones; el restablecimiento del poder adquisitivo del campesinado mediante compra de excedentes, subvenciones por limitación de cultivos o por la fijación de precios agrarios; la financiación del rearme. En 1938 los gastos militares representaban el 16,6 por ciento sobre el total de la producción en Alemania, e1 12,7 por ciento en Italia y el 7,9 por ciento en Francia y, por último, el incremento de medidas racionalizadoras y del progreso técnico aplicado a la industria desde 1933, con la consiguiente reducción de los precios de coste pero también por la sustitución de hombres por máquinas. Así, el restablecimiento de la producción industrial fue más rápido que el de la reducción del paro.

EL MUNDO EN DEPRESIÓN. LAS RESPUESTAS NACIONALES A LA CRISIS

En Estados Unidos, durante el mandato del presidente Hoover entre 1929 y 1933, las iniciativas económicas dieron lugar a una situación llena de contradicciones que agravaron la crisis. Las medidas deflacionistas, el mito del presupuesto equilibrado, el temor a la devaluación monetaria contrastaron con los primeros ensayos de una política anticíclica. En 1932 la situación resultaba

catastrófica. Había entrado en crisis uno de los pilares fundamentales que animaba la organización social: el mito del sueño americano, sustituido por un ambiente de pesimismo radical. En su autobiografía, titulada *Vueltas al tiempo,* Arthur Miller reproduce esta psicología colectiva:

> El verano de 1932 fue probablemente el punto más bajo de la depresión. Todo era muy sencillo: nadie tenía dinero... Fue también el año de las colas en las panaderías, de hombres sanos y robustos que formaban parte de batallones de seis y ocho en fondo a lo largo del muro de algún almacén, en espera de que este o aquel organismo municipal improvisado, o el Ejército de Salvación, o cualquier iglesia, les diese un tazón de caldo o un panecillo.

Por su parte, John Steinbeck, en su obra *Las uvas de la ira*, reflejó a la perfección el ambiente imperante en el campo norteamericano. *¿Hermano, me das diez centavos?* fue una canción que, en la voz de Bing Crosby, simbolizaba el grito desgarrador de la cohorte de mendigos involuntarios que poblaban las calles.

El gran viraje se produjo con el New Deal, conjunto de medidas económicas que entraron en vigor con el ascenso a la presidencia de Roosevelt, que supuso una innovación en el ambiente liberal y no intervencionista que había caracterizado la política económica norteamericana, aunque los nuevos rumbos que adoptó obedecían más a experiencias prácticas que a un proyecto dictado por una reflexión teórica.

La primera medida fue la devaluación del dólar, que estuvo acompañada de otras acciones sobre asuntos monetarios. En marzo de 1933, la Emergency Banking Act prohibió el atesoramiento y la exportación de oro. Cuatro meses después la Banking Act permitió reestructurar el sistema financiero. En el plano agrario, la Agricultural Adjustment Act planteó la recuperación de las rentas campesinas, a través de la limitación de la producción, el relanzamiento de los precios y la subvención de las exportaciones. Tres años después el ingreso agrario se había duplicado. En cuanto a la industria, en junio de 1933, la National Industrial Recovery Act puso en práctica una serie de medidas destinadas a la reactivación industrial, que combinaba acciones racionalizadoras, subvenciones, la reducción de la semana laboral, la fijación de un salario mínimo y la realización de un programa de obras públicas. Este último punto permitió afrontar la lucha contra el paro, que durante la etapa Hoover se había basado fundamentalmente en la ayuda asistencial. La política de obras públicas alcanzó su cota máxima con la Public Works Administration, creada en 1935, que consiguió dar trabajo a más de tres millones de parados en una actuación

combinada con la Tennessee Valley Authority, instaurada en mayo de 1933, para la colonización e industrialización del valle del río Tennessee bajo el régimen de empresa pública.

FRANKLIN DELANO ROOSEVELT (1882-1945)



Presidente de los Estados Unidos de América durante un periodo excepcional, entre 1932 y el año de su muerte, abril de 1945. Miembro del Partido Demócrata, su ejecutoria política está asociada a las políticas contra la Gran Depresión (expresadas en el lema del New Deal) y a la participación de EE UU en la II Guerra Mundial. Como participante en las diversas conferencias aliadas de Teherán (1943) y Yalta (1945) fue uno de los principales artífices del mundo de la posguerra, a pesar de no haber podido vivirla. Como dirigente de su nación, forma con Washington y Lincoln el trío de presidentes más decisivos que ha tenido EE UU desde su independencia hasta fines del siglo XX.

Nacido en Nueva York, en el seno de una típica familia de patricios de la costa este, emparentado con un anterior presidente (Theodore Roosevelt), que a su vez era el tío carnal de su esposa Eleanor, se formó en las universidades de Harvard y Columbia, incorporándose a la vida política en 1913, como subsecretario de Marina durante la presidencia de W. Wilson. A pesar de haber contraído una poliomielitis en 1921, su tenacidad le permitió continuar en la vida pública, siendo elegido gobernador de Nueva York en 1928. En las elecciones presidenciales de 1932, derrotó al presidente en ejercicio, Hoover, obteniendo el 57 por ciento del voto popular, mayoría que revalidó en las tres reelecciones siguientes, caso único en la historia estadounidense. En las elecciones de 1936, sólo perdió en dos estados.

La grandeza de Roosevelt como estadista está en su capacidad para transformar el ejercicio de la política como instrumento que permite luchar por la construcción de un mundo diferente. A pesar de su procedencia social —que algunos coetáneos estimaban que había traicionado— fue capaz de llevar adelante una política económica y social que favoreció a las clases trabajadoras, fuertemente abatidas por la crisis del 29 y el desempleo masivo, lo que reforzó la democracia y asentó los principios del Estado de bienestar. Como dijo en su alocución inaugural del segundo mandato, el “test de nuestro progreso no está en añadir mayor riqueza a quienes tienen demasiada, sino en dotar de lo necesario a quienes poseen poca”. Sus principales medidas políticas, contenidas en las acciones del New Deal

desplegadas durante la década de los treinta, consistieron en aplicar los principios de Keynes en una América habituada a la práctica del *laissez faire*. Esto supuso apoyar programas de lucha contra el paro a través de ambiciosas obras públicas, regular las relaciones laborales y establecer medidas de carácter social (jornada de trabajo, protección de la vejez, jubilación, salarios mínimos, etc.). Frente a la tradición individualista estadounidense, la política de Roosevelt se caracterizó por un moderado intervencionismo de la administración pública en la vida económica y social. Ésta fue su gran apuesta democrática en un periodo histórico de extremismos.

Su segunda aportación a la política fue la de encauzar a EE UU hacia el liderazgo mundial, superando la posición aislacionista que, a pesar de los esfuerzos de Wilson, se había instalado en América tras la paz de Versalles. Después de su primera reelección y, sobre todo, a partir del estallido de la guerra en Europa, Roosevelt emprendió una campaña de sensibilización del pueblo estadounidense contra el aislacionismo (las famosas "charlas junto a la chimenea"), según el principio de que EE UU debería proteger la democracia del peligro fascista allí donde estuviera en peligro y, de forma más amplia, luchar por la creación de una "comunidad mundial compatible con los ideales democráticos y sociales de Estados Unidos" (Henry Kissinger). El apoyo a las democracias europeas se concretó en la Carta del Atlántico, firmada en agosto de 1941 con Winston Churchill, en la que se plasmaron las "cuatro libertades" de inspiración rooseveltiana (expresión, creencias, no carencia y no temor) como el objetivo esencial para la construcción de un nuevo mundo. El ataque japonés a Pearl Harbor acabó de inclinar la balanza del lado de la intervención de Estados Unidos en la guerra.

El mundo de la posguerra, surgido de los sangrientos combates de los campos de batalla, y preparado en las diversas conferencias que los aliados contra el "enemigo común" mantuvieron entre sí, debe mucho a este empeño de Roosevelt por extender fuera de EE UU los principios de la democracia y las libertades. Este mundo, a pesar del repentino estallido de la guerra fría y de los peligros surgidos de la amenaza del hongo atómico —fruto del Proyecto Manhattan apadrinado por Roosevelt— fue en gran parte concebido por un estadista que, uniendo pragmatismo y utopía, se comportó de un modo que "no parecía tener ningún temor al futuro" (Isaiah Berlin). Y éste fue su mayor legado a la historia de la humanidad de la segunda mitad del siglo XX.

Los resultados del New Deal no estuvieron en correlación con la magnitud de los medios empleados. El incremento en la inversión pública no compensó la debilidad de la inversión privada, que todavía en 1937 era un 30 por ciento inferior a la de 1929. En 1937 todavía había 7.300.000 parados. Además, el New Deal chocó con la oposición de las elites económicas norteamericanas, que, acostumbradas al más estricto liberalismo, no comprendían la política económica de Roosevelt, a la que exageradamente definían como socializante.

En Gran Bretaña, la crisis de 1929 se encadenó con los problemas estructurales anteriores. Las respuestas a la crisis fueron opuestas a los principios que habían inspirado la economía británica durante todo el siglo XIX: el 20 de septiembre de 1931 abandonó el patrón oro y devaluó la libra esterlina en un 25 por ciento; en febrero de 1932, la Import Duties Act impuso unos aranceles que gravaban las importaciones entre el 15 y el 30 por ciento; en agosto de 1932, los acuerdos de Ottawa con el conjunto del Imperio establecieron una especie de

mercado imperial protegido. Este conjunto de medidas fue tan estratégico que ofreció resultados de inmediato. En 1935 se alcanzaron los niveles productivos y salariales de 1929. Las exportaciones británicas hacia el Imperio que, en 1929 suponían el 41,4 por ciento del total, se elevaron en 1938 al 70 por ciento.

En un primer momento Francia fue el país industrializado menos afectado por la crisis. Entre 1932 y 1935 la producción industrial sólo se redujo en un 27 por ciento con respecto a 1929 y el paro alcanzó una cifra máxima de 430.000 trabajadores en 1935, en gran medida por la expulsión de obreros extranjeros. La política deflacionista se practicó durante un periodo de tiempo más largo que en otros países, hasta la llegada del Frente Popular en 1936, momento en el que se produjo un giro en la política económica francesa.

El gobierno, presidido por el socialista Léon Blum, inspirándose en parte en el New Deal, promovió un programa para la recuperación del poder adquisitivo, como paso previo a la reactivación. En las medidas que se adoptaron subyacían las preocupaciones sociales de la izquierda francesa. Su punto clave fueron los acuerdos de Matignon del verano de 1936: aumento de los salarios de un 10 a un 15 por ciento; reducción de la semana laboral a 40 horas, en parte para absorber el paro; vacaciones anuales de quince días pagadas y la institucionalización de los convenios colectivos. En el plano monetario, se procedió a la devaluación del franco para tratar de aumentar las exportaciones. Con la creación del Office du Blé —Oficina del Trigo— se pretendió el incremento del poder adquisitivo del campesinado, la regulación de los precios agrarios y la reducción de los riesgos de sobreproducción. Si desde el punto de vista social la política del Frente Popular dejó una impronta duradera e imborrable en la historia de Francia, en lo económico los resultados fueron más modestos. Aún en 1937 el nivel de producción era un 16 por ciento inferior al de 1929. La financiación del rearme a partir de 1938 colaboró al incremento de la producción industrial.

Alemania fue muy vulnerable a la crisis de 1929, lo cual tuvo importantes consecuencias políticas que, a corto plazo, explican la subida del nazismo al poder. Los primeros efectos de la crisis se hicieron sentir en 1930. El fracaso de las políticas deflacionistas propició la mayor intensidad de la crisis y el incremento masivo del paro. En 1931, el desplome del sistema bancario alemán ensanchó la sima de la catástrofe. Desde 1933, la política de reactivación emprendida por los nazis adquirió claros tintes autárquicos. Una vez se hubo desprendido de las veleidades socializantes, el programa nazi convirtió el Estado en el núcleo central de la capacidad de decisión económica, gracias a dos motores sucesivos y complementarios: los planes de obras públicas y el rearme.

El Estado, vía impuestos y préstamos, pagaba a los proveedores e indirectamente absorbía el paro. Esta masa creciente de rentas no ocasionó ninguna subida de precios. Éstos quedaron bloqueados, al mismo tiempo que se orientaba el consumo. El nivel de paro disminuyó sucesivamente hasta alcanzar en 1939 el pleno empleo. El Estado reguló también el comercio exterior. A través de acuerdos bilaterales se obligó a los exportadores extranjeros a comprar en Alemania por una suma equivalente al valor de sus ventas. Es lo que se denominó la política del marco bloqueado. Los acuerdos se suscribieron sobre todo con países del área danubiana y balcánica que pasaron a la órbita económica alemana, circunstancia que acarreó posteriormente implicaciones políticas decisivas.

Las economías de las áreas coloniales y de Latinoamérica fueron muy vulnerables a los efectos de la crisis. Sufrieron especialmente la caída de los precios agrícolas y de la demanda de los países industrializados. Quedaron más afectados aquellos países de economía de monocultivo que aquellos otros que habían iniciado procesos de industrialización por sustitución de importaciones. La repatriación de capitales británicos y norteamericanos acentuó las consecuencias. La situación económica agravó la inestabilidad política en Cuba, Brasil, Uruguay, Chile, Ecuador y el área centroamericana. A partir de 1933, con los primeros síntomas de reactivación en Estados Unidos se volvieron a restablecer los circuitos con Latinoamérica. En el área colonial británica los acuerdos de Ottawa de 1932 reconstruyeron las exportaciones al mercado británico.

CAPÍTULO 9

POLÍTICA PARA UNA SOCIEDAD DE MASAS. DEMOCRACIAS Y FASCISMOS EN LA ÉPOCA DE ENTREGUERRAS

Los dirigentes políticos europeos proclamaron en 1918 que el final de la Gran Guerra lo sería a su vez de todas las guerras. Su optimismo era tal que creían poder retornar a la situación anterior a 1914. La vuelta a la normalidad *(back to normalcy)* fue un eslogan que incluso hizo fortuna en Estados Unidos. Sin embargo, nada fue igual en el mundo después de la guerra. Una nueva etapa histórica se abrió con ella. Los veinte años que median entre la paz de Versalles y la invasión de Polonia por Alemania constituyen una época de profundo reajuste de las estructuras heredadas del siglo XIX. De cambios económicos, con la alteración de muchos de los principios del capitalismo liberal. De cambios políticos radicales, como la Revolución Rusa en el inmenso Imperio zarista, que a la vez ejerció una enorme influencia (como ejemplo a seguir o por rechazo a ella) sobre los países occidentales. De todo ello nos hemos ocupado en capítulos anteriores.

En éste vamos a presentar las transformaciones sociales ocurridas después de la guerra, así como la crisis de la vida política, desgarrada por la enorme seducción que sobre el hombre de entreguerras ejercieron los extremos políticos. En uno de estos extremos, se hallaba la utopía de una sociedad socialista, a la que servía de acicate el ejemplo soviético, que cautivó a millones de conciencias y voluntades, especialmente entre los jóvenes europeos. Muchos de ellos estaban dispuestos a entregarlo todo, incluso su vida, a favor de la revolución social. En el otro extremo se encontraba la corriente política autoritaria, que desembocó en ejemplos de regímenes fascistas y totalitarios como Italia o Alemania, que contenía a su vez abundantes mensajes de utopía a favor de una sociedad y un hombre nuevos, en una suerte de revolución antirrevolucionaria. En medio, los regímenes políticos de raíz liberal y democrática, que debieron realizar grandes esfuerzos para evitar su quiebra e incluso su desaparición. Algunos lo lograron con comodidad, como Estados Unidos, Inglaterra o algunos países europeos de

tradición neutral (Suiza, Suecia…), pero otros acabaron por sucumbir a sus contradicciones internas (España, Portugal, Europa oriental y meridional) o a las presiones de sus vecinos (Checoslovaquia).



REGÍMENES POLÍTICOS EUROPEOS EN 1938
En sólo veinte años se produjo un "vuelco" hacia la dictadura.

La vida política de la época de entreguerras fue, pues, un periodo de crisis de los regímenes políticos liberales, surgidos de la tradición ilustrada y de la Revolución Francesa, sin que su tránsito hacia regímenes de carácter democrático fuese pacífico y aceptado de forma general. Por el contrario, predominaron las alternativas autoritarias o fascistas, surgidas en buena parte como rechazo de los ecos de la Revolución Rusa o dicho de forma más directa, del “miedo rojo”. Además, si algo caracteriza a la política de entreguerras es el acceso de amplias y nuevas capas de población a la vida política y al ejercicio de sus derechos cívicos y sociales, gracias a la difusión del sufragio universal (generalmente, sólo masculino entonces) y al protagonismo alcanzado por los partidos socialdemócratas y los sindicatos obreros. El gran reto de la época de entreguerras fue la integración de las masas en la vida política de las naciones. El resultado más frecuente fue que esta incorporación al ejercicio de la política no se hizo a través de procedimientos parlamentarios, sino mediante el recurso a los sentimientos más irracionales y emotivos de las masas, especialmente en los regímenes fascistas. Por eso, antes de ocuparnos de la evolución de la vida política, conviene hacer referencia a las grandes líneas que rigen la nueva sociedad surgida de los escombros de la guerra.

LA SOCIEDAD DE LA POSGUERRA

El final de la guerra no sólo trajo consigo cambios en el mapa de Europa, con la descomposición de viejos imperios y el nacimiento de nuevos estados, o alteraciones económicas, con la secuela de deudas de guerra y procesos inflacionarios. Se transformó profundamente la sociedad, con la emergencia de la metrópolis moderna y la difusión de gustos y modos de vida diferentes, de carácter urbano, que suponen una ruptura drástica con las pautas de la *belle époque.*

El primer elemento a tener en cuenta es la importante terciarización que experimenta la estructura social del mundo occidental, especialmente en el ámbito de las “nuevas Europas” transoceánicas. Los enormes cambios provocados por la segunda fase de la industrialización habían supuesto, desde fines del siglo XIX, una pérdida de importancia del sector agrario en los países occidentales y un desplazamiento masivo de la población hacia las ciudades y las ocupaciones industriales y de servicios. Esta tendencia se acentúa con fuerza a

partir de la guerra. Pero el destino preferido de aquellos que abandonan el campo no es la industria sino los servicios. Son los denominados trabajadores de “cuello blanco”, vinculados al crecimiento de la administración, los servicios metropolitanos, el comercio y la banca. Esta tendencia es diferente en Europa occidental y los países de las “nuevas Europas”, donde el tránsito desde una sociedad agraria a una terciaria fue casi directo durante las tres primeras décadas del siglo XX.

En Europa occidental, con la excepción de la URSS, el sector agrario deja de ser la ocupación más importante de la población durante la década de 1920, mientras que en Estados Unidos, Australia o Argentina ya lo era desde principios de siglo. Pero la prosperidad económica de los años veinte aceleró este proceso. En Estados Unidos, la industria aumenta en un millón de trabajadores, mientras que el sector servicios lo hace en seis millones. A la altura de 1930, la población ocupada en el sector terciario ya supone el 47 por ciento del total, frente a un 31 por ciento ocupado en la industria. Con diferencias de ritmo importantes, ésta es también la tendencia general en Europa occidental. En Japón, sin embargo, no será hasta después de la II Guerra Mundial cuando la agricultura pierda su posición predominante en la estructura ocupacional de la población.

En esta transformación social desempeña un papel importante uno de los principales legados de la guerra: la incorporación masiva de la mujer al trabajo. En los países europeos, este acceso femenino al mundo laboral se encamina sobre todo al sector industrial, mientras que en Estados Unidos la mano de obra femenina nutre especialmente el sector servicios (comunicaciones, publicidad, comercio...). Sin embargo, conviene advertir que este crecimiento de los sectores industrial y terciario encubre, incluso antes de 1929, amplias bolsas de desempleo temporal o de paro estructural de contingentes demográficos expulsados del campo pero todavía mal instalados en la economía urbana. Es en esta divergencia entre ocupados y desocupados donde nacerán algunos de los más agudos problemas de la época, como el ascenso de los fascismos y de los regímenes autoritarios.

Estas dificultades políticas también tienen su origen en otras de las consecuencias sociales de la guerra, que afectó muy directamente a la estructura de la riqueza. Viejas fortunas fundadas sobre la percepción de rentas fijas y de inversiones exteriores (el caso más llamativo fue la pérdida de los ahorros colocados en Rusia) quedaron aniquiladas por la inflación y los cambios surgidos después de la guerra. La inflación socavó especialmente a la clase media, a los pequeños comerciantes y artesanos, que vieron cómo sus ahorros

depositados en entidades bancarias, mutualidades y cooperativas se redujeron a la nada. Hay un proceso de empobrecimiento o “proletarización” de la vieja clase media de los países industrializados (Francia y Alemania, en especial). En contrapartida, surgen nuevas fortunas, forjadas en el suministro de bienes y equipos a los frentes de guerra, en la especulación y en los servicios de intermediación. Son los “nuevos ricos” que han dejado inmortalizados artistas como el expresionista alemán George Grosz.

En 1930, el filósofo español Jóse Ortega y Gasset publicaba un libro con cuyo título definía cabalmente la sociedad europea de entreguerras. Frente a la participación restringida de la población en la vida social y política que caracterizaba a la época anterior a la guerra, ésta había traído a las masas a un primer plano de la historia. Era *La rebelión de las masas*. La denominación esconde una valoración elitista de carácter negativo, que compartieron muchos intelectuales europeos de la época, pero es evidente que, al mismo tiempo, define la magnitud de las transformaciones de la sociedad coetánea a Ortega. La “masa” venía a sustituir lo que en el siglo XIX se denominaba “plebe” o “muchedumbre”. Las masas lo ocupaban todo: las ciudades estaban rebosantes, los medios de transporte se abarrotaban con frecuencia, las residencias familiares individuales dejaban paso a los grandes rascacielos, comenzaban las vacaciones masivas y el excursionismo, se popularizó el deporte y la mujer accedía masivamente al mundo del trabajo, pero también al ocio. El ejemplo más clásico es la *flapper* americana, vestida con falda y pelo corto, que bebe y fuma, sirve de reclamo en los mensajes publicitarios o participa en concursos de belleza (la primera Miss América, M. Gorman, es elegida en 1921).

Esta difusión de gustos y comportamientos propios del “hombre-masa” tuvo su principal soporte en la modificación de la estructura laboral, en la aparición de una sociedad de consumo y en la apreciación del ocio como un valor complementario del trabajo. La jornada laboral de ocho horas, vieja reivindicación del sindicalismo del XIX, se generaliza en muchos países industriales a partir de 1919, lo que abre la puerta al ocio y a la vacación como parte integrante del ciclo laboral. La difusión del consumo como pauta de comportamiento masivo de una sociedad es un hecho todavía restringido a Estados Unidos, donde la publicidad y los medios de comunicación de masas (la radio) adquieren una gran implantación a partir de la década de 1920. Los gastos en publicidad alcanzan en Estados Unidos en 1929 un dos por ciento de la renta nacional; se generaliza la venta masiva a crédito y surgen las grandes cadenas de almacenes. La industria automovilística representa bien esta nueva orientación:

el parque móvil de EE UU había pasado de un millón de vehículos antes de 1914 a más de 26 millones hacia 1929. Las diferencias entre países, no obstante, eran enormes. En EE UU había en 1929 un automóvil por cada cinco habitantes, mientras que en Francia la proporción era de uno para cada cuarenta y cuatro habitantes.

La formación de una sociedad de consumo fue más rápida en Estados Unidos por razones relacionadas con su propia estructura económica (la producción masiva y especializada) y debido a su estructura social, dado que, pese a las enormes diferencias de riqueza, la discriminación social era menor que en Europa. En cambio, en el viejo continente se desarrolla notablemente el ocio, concebido no como descanso, sino como una cierta continuidad del trabajo. Es el concepto del *dopolavoro* que se acuñó en la Italia fascista, pero que se generalizó en todo Occidente. La práctica de las vacaciones pagadas es ya general en la década de los treinta, tanto en Francia como en Inglaterra. Es la época de las "colonias" de vacaciones, en la que se pasa del balneario termal a la playa marina. El viejo encanto de nombres como Vichy, Bath o Carlsbad deja su lugar a "lidos" y playas del Adriático, la Costa Azul, Normandía o del golfo de Vizcaya.

Esta emergencia de las masas al protagonismo social y político provocó efectos de rechazo, consistentes en el desprecio de los valores populares y en la aparición de una cultura esnob, caracterizada por sus comportamientos y gustos elitistas, tanto en el arte o la literatura como en la propia vida cotidiana. La tendencia a subrayar las distancias, en la forma de vestir, en los gustos, en la elección del barrio para vivir o en los objetos de consumo fue el contrapunto a esta masificación que imponía la sociedad de consumo. Para muchos herederos de la tradición aristocratizante, la cultura de las nuevas capas sociales era la propia del "hortera" o del "filisteo", rico pero carente de gusto. Sin embargo, el ascenso del filisteo fue imparable, advertido ya desde fines del siglo XIX. En 1901, el entonces joven historiador inglés Trevelyan pudo exclamar que "los filisteos han capturado el Arca de la Alianza". El miedo de Trevelyan estaba justificado, porque si algo caracteriza al siglo XX es la democratización de la cultura y el acceso de las masas a la misma, gracias sobre todo a los medios de comunicación y la generalización de la enseñanza.

LAS NUEVAS METRÓPOLIS

El éxodo rural, acentuado por la crisis agraria y por las masivas migraciones transoceánicas, explica el intenso proceso de urbanización que se vive en el mundo durante el siglo XX. Hacia 1900, la población urbana en Europa occidental o en Estados Unidos rondaba el 40 por ciento, mientras que en Rusia o Japón los porcentajes eran netamente inferiores (16 y 14 por ciento); hacia mediados de siglo, ya superaban el 50 por ciento en la URSS o en Japón, alcanzando proporciones superiores al sesenta por ciento en Europa occidental o en América del Norte (EE UU y Canadá). Algunas ciudades, como Nueva York, París, Londres, Berlín, Tokio o Moscú experimentaron un crecimiento espectacular. Pero quizá lo más importante a destacar es que este proceso urbanizador es un fenómeno especialmente intenso fuera de Europa. Entre las 20 mayores ciudades del mundo en 1910, diez de ellas eran europeas. En 1950, poco después de la II Guerra Mundial, esta proporción se había reducido a cuatro.

La novedad de la época es, sobre todo, la mitificación de la vida urbana, lo que en la literatura, en la expresión artística y en el cine se ha denominado como “metrópolis”, según el conocido film de Fritz Lang. Las concentraciones metropolitanas obligaron a desarrollar nuevos modos de ordenar los espacios urbanos y de construir los edificios. Nacen las ciudades “verticales”, al poblarse su centro de grandes rascacielos, que pueden ser construidos gracias a los avances tecnológicos y a la capacidad innovadora de arquitectos como el americano Sullivan, que comienza a construir en Chicago, hacia fines del XIX, edificios de hasta veinte plantas. A partir de los años veinte, el distrito de Manhattan, en Nueva York, con su “línea del cielo” formada por las agujas de rascacielos como el Empire State Building, se convertirá en el símbolo de las nuevas metrópolis. Pero el desarrollo vertical no lo es todo. También tiene lugar ahora la construcción de “ciudades-jardín” y de bloques de viviendas populares, como respuesta al problema de alojamiento que se plantea en la posguerra, especialmente en los países europeos. Sólo en el Reino Unido se construyen más de cuatro millones de viviendas entre 1919 y 1939. Los grandes arquitectos europeos, como el francés Le Corbusier o el alemán Gropius, líder de la Bauhaus, desarrollan modelos teóricos de urbanismo, adecuados a las nuevas funciones de la ciudad. Nace así el edificio de viviendas colectivas, con destino a las clases trabajadoras, que sustituye las casas unifamiliares, propias de la clase media. A una sociedad urbana de masas responde una arquitectura definida por su carácter estándar. Es el comienzo de las “ciudades-dormitorio”, modelo en el que queda separada más claramente que en la época de la revolución industrial la

vivienda del lugar de trabajo.

El desarrollo de las metrópolis no sería posible sin los avances tecnológicos propiciados por la segunda fase de la industrialización. El consumo de energía eléctrica fue el hecho decisivo, tanto para la iluminación urbana como para la aparición de nuevos medios de transporte, como el tranvía y los trenes subterráneos de carácter “metropolitano”. El primer metro comenzó a rodar en Londres durante la segunda mitad del XIX, pero las grandes capitales mundiales no tardaron en dotarse de la red de metro: París (1900), Nueva York (1904), Berlín (1908), Madrid (1919) o Moscú (1935). Otros avances tecnológicos tuvieron en las metrópolis su principal campo de expansión: gracias al teléfono y el automóvil, se desarrolló un nuevo estilo de vida, en el que se combina la soledad del individuo, extraído de su pequeña comunidad, con su pertenencia a una sociedad de masas. En algunas obras literarias de la época, como la novela de Alfred Döblin *Berlin Alexanderplatz* (1928), se refleja esta situación, en la que su protagonista, Franz Biberkof, analiza el vientre de una gran metrópolis como Berlín con la mera descripción de la vida de los habitantes de esta gran plaza.

LA CRISIS DEL LIBERALISMO

El fin de la guerra habría de suponer, como quería el presidente Wilson, el triunfo de la democracia o, dicho de otro modo, la sustitución del liberalismo como sistema político dirigido por una minoría de gobernantes ilustrados, por un sistema de carácter democrático, en el que los parlamentos y la opinión pública ejerzan su capacidad de controlar el poder. Ciertamente, entre 1918 y 1920 se crearon en Europa, a partir de los imperios derrotados, numerosos estados dotados de constituciones formalmente democráticas. En aquel momento había 35 gobiernos constitucionales de un total de 64; veinte años más tarde, habían quedado reducidos a menos de una docena. Si en 1919 todos los países del continente europeo, salvo Hungría y Rusia, tenían regímenes formalmente democráticos, hacia 1940 se habían reducido a sólo seis. ¿Por qué retrocedió tan claramente la democracia? Las razones hay que buscarlas en la profunda modificación de la estructura social y de las normas por las que se debe regir la actividad política, tanto en la forma de organizar la representación de los ciudadanos como en el proceso seguido para la toma de decisiones. Como sucedió también en el ámbito de la economía, los cauces clásicos del liberalismo

político quedaron desbordados por la incorporación de las masas a la vida pública, pero, al propio tiempo, las avenidas abiertas por las democracias no eran capaces de acoger la pluralidad de tensiones e intereses que este nuevo panorama social y político trajo consigo en la época de entreguerras. Más que de crisis del liberalismo, habría que hablar de lenta génesis de las democracias, sólo robustecidas plenamente a partir de la segunda posguerra.

Uno de los principales indicadores de este difícil tránsito del liberalismo hacia la democracia está en el curso seguido por el parlamentarismo, ejercido con pasión en muchos países, pero también objeto de las más feroces críticas por parte de los intelectuales pertenecientes a la "revolución conservadora" y elitista, forjada en la crisis del positivismo desde fines del siglo XIX. La existencia de regímenes políticos fundados en el control del poder ejecutivo por parte del Parlamento se había ido consolidando durante el siglo XIX en Europa occidental y América. Pero la naturaleza de estos sistemas políticos liberales era de carácter restringido, dada la hegemonía política que ejercían la nobleza y la burguesía. En general, las masas obreras y campesinas estaban al margen de la vida política. Como recuerda el poeta inglés Stephen Spender *(Un mundo dentro del mundo,* 1951) a propósito de su experiencia familiar en los años inmediatos a la guerra, para "un europeo liberal", lo más "temible era que esos 'salvajes de izquierda' irrumpiesen en la vida política". Sin embargo, con el final de la I Guerra Mundial, este momento parecía haber llegado, con la generalización de las democracias y la puesta en cuestión del viejo parlamentarismo liberal. Las causas que explican la crisis del parlamentarismo son varias, pero todas ellas se pueden considerar derivaciones de la propia contienda bélica. El reforzamiento del papel del Estado, la irrupción de las masas en la vida pública o el fortalecimiento de la vía corporativista como medio más eficaz para la defensa de intereses particulares son algunas de estas consecuencias surgidas de la guerra y desarrolladas ampliamente durante la década de los años veinte.

En primer lugar, esta crisis se explica por la ampliación de las bases sociales de la representación parlamentaria y de la participación política. El carácter censitario del sufragio, característico del liberalismo político, es sustituido por el sufragio universal. Las masas acceden directamente a la participación política. Por otra parte, los partidos políticos dejan de ser clubes de notables o federaciones de comités locales para convertirse en partidos de masas, con nuevos dirigentes y miles de afiliados. La expresión más adecuada de este nuevo tipo de organización política son los partidos socialistas y de raíz obrera, como los partidos socialdemócratas en Alemania y Austria, el partido laborista en

Inglaterra o los partidos radical y socialista en Francia. De hecho, el principal sostén de la democracia en toda Europa en el periodo de entreguerras fue la socialdemocracia.

Esto supuso para los partidos tradicionales, generalmente vinculados a sectores de la burguesía, una creciente dificultad de adecuación a las nuevas reglas de juego. Reglas que no fueron aceptadas de forma pacífica y generalizada. De hecho, la falta de aceptación por parte de la burguesía de los regímenes democráticos surgidos de la posguerra es la causa más frecuente de su destrucción o debilitamiento. Ningún régimen político liberal y democrático fue destruido durante este periodo por partidos de izquierda. Como recuerda Eric Hobsbawm, “el peligro venía exclusivamente de la derecha”, aunque —añadimos nosotros— el acicate procediese del miedo a los efectos de la revolución social que propugnaba la izquierda.

Un segundo elemento central en la crisis de las democracias de entreguerras fue, precisamente, el mal uso que los sistemas políticos acabaron por hacer de las prácticas parlamentarias, lo que propició que se recurriese de modo cada vez más frecuente a vías no parlamentarias para la resolución de los problemas sociales y políticos. En esencia, ésta es la práctica del llamado *corporatismo* (en la acepción de Charles S. Maier, que lo diferencia del “corporativismo” propio de los regímenes autoritarios), que consiste en el desplazamiento del principal poder de decisión desde los representantes elegidos (parlamentos) a las fuerzas organizadas de la vida económica y social (sindicatos obreros, organizaciones patronales y ligas de intereses). Muchos conflictos sociales y políticos acabaron por ser negociados al margen de los parlamentos que, de este modo, abonaban la imagen de instituciones estériles habitadas por charlatanes políticos. Esto supuso una frecuente inestabilidad política, manifestada no sólo en la abundancia de elecciones, sino en los frecuentes cambios de gobierno. Los casos de la III República francesa o de la Alemania de Weimar, con un promedio de más de un gobierno por año, son bastante significativos. Los parlamentos estaban deslegitimados y los gobiernos carecían del respaldo suficiente.

Esta capacidad de mediación entre intereses organizados al margen de los parlamentos tuvo dos efectos complementarios. Por una parte, reforzó el papel de los sindicatos, que experimentan una gran expansión desde finales de la guerra. Según los cálculos de Aldo Agosti, se pasaría en Europa de menos de 16 millones de afiliados en 1913 a más de 46 millones en 1921. La capacidad de negociación sindical fue muy fuerte incluso en países de bajo desarrollo corporativo, como EE UU o Francia. La generalización de la práctica del

“convenio colectivo” fue la expresión de este nuevo modo de regular las relaciones laborales. Por otra parte, puso cada vez más de manifiesto la separación entre sectores sociales organizados, que eran capaces de hacer frente a la inflación y la crisis económica posterior a la guerra, y los “perdedores no organizados” (en general, las clases medias), que desarrollaron así una gran hostilidad al liberalismo y al parlamentarismo, a quienes hacían responsables de su situación. El ejemplo de la Alemania de Weimar es bien ilustrativo, donde el caldo de cultivo del nazismo estuvo en esta crítica frontal al sistema político parlamentario.

Por otra parte, hay que tener en cuenta la enorme contradicción existente entre este modo nuevo de regular las relaciones sociales y la política económica seguida en el periodo. La fortaleza de los sindicatos hacía inevitable la constante subida de salarios y, por tanto, de una política inflacionista que evitase el estallido de conflictos sociales. Sin embargo, la obsesión de los políticos europeos de la época era la vuelta al patrón oro, lo que sólo era posible mediante una política económica deflacionaria que permitiera obtener los recursos suficientes para pagar a Estados Unidos las deudas de guerra contraídas por los países europeos. Una enorme contradicción que la Gran Depresión del 29 pondría al descubierto de forma descarnada. Paradoja de la que se había dado cuenta el economista británico Keynes durante las negociaciones de la paz.

Un tercer elemento importante está en el propio mapa político surgido de la posguerra. Las democracias más estables correspondieron a países vencedores de la contienda (o neutrales), mientras que la mayor fragilidad se observa en el seno de los países derrotados. Es evidente que esta debilidad de los regímenes democráticos establecidos en los estados surgidos de la descomposición de los imperios vencidos deriva de la ausencia de tradición democrática y constitucional, así como de la enorme separación social entre clases dominantes tradicionales y masas campesinas. La ausencia de tradición política liberal fue un lastre para muchos países de la *Mitteleuropa* del periodo de entreguerras, que se encontraron de repente con la doble tarea de establecer la democracia y construir la nación.

Pero también hay que tener en cuenta otro factor importante, como es la enorme heterogeneidad de tipo étnico, lingüístico y religioso que tenían estos nuevos estados. La necesidad de establecer economías nacionales y administraciones sobre territorios desarrollados de forma muy desigual fue un problema decisivo para la mayoría de los países de la Europa oriental y balcánica. Además, la diversidad étnica propició movimientos irredentistas y

conflictos entre minorías, lo que contribuía a debilitar el sistema político establecido a partir de 1918. El final de la guerra había supuesto la desaparición de estados plurinacionales, como el de Austria-Hungría, sin que la proliferación de los pequeños estados-nación que se crearon fueran capaces de lograr la legitimidad suficiente a causa, precisamente, de su carácter multiétnico. Como ha señalado el sociólogo J. J. Linz, “sin referencia al nacionalismo no es posible entender la crisis europea” de entreguerras.

La tradición del parlamentarismo liberal sufre, pues, un importante reajuste durante la posguerra, debido a los cambios profundos que la guerra había provocado. También entran en crisis los instrumentos en que se había sustentado la causa de la democracia liberal antes de 1914, al producirse un desplazamiento hacia los extremos de la representación política. En el Reino Unido, los laboristas sustituyen a los liberales en la alternancia en el gobierno; en Francia, el Partido Radical, que había sido el eje de la III República hasta 1914, se ve desplazado por los socialistas; en muchos de los países vencidos, los partidos conservadores son sustituidos a su vez por la corriente del cristianismo social. Las transformaciones políticas en la época de entreguerras son, pues, profundas y cruciales. Pero no se manifiestan por igual en todas partes. Hay democracias que resisten y otras que no son capaces de asentarse. Ejemplo de lo primero son Francia, el Reino Unido o Estados Unidos; de lo segundo, la Alemania de Weimar o, en general, la Europa central y balcánica. De ello nos ocupamos a continuación.

LAS DEMOCRACIAS OCCIDENTALES

La geografía de las democracias parlamentarias estables en la época de entreguerras se circunscribe a la Europa occidental y nórdica, además de Checoslovaquia en el centro del continente y de Estados Unidos en América. Pero hay tres países de especial importancia, cuya evolución política conviene seguir: Reino Unido, Francia y Estados Unidos. En ellos, los principios del pluralismo político, el control del poder a través de mecanismos parlamentarios y la defensa de las libertades individuales se mantienen de forma permanente, pese a la existencia de tendencias fascistas en Francia o a la aparición de corrientes puritanas en Estados Unidos. La democracia parlamentaria logró no sólo conectar con la tradición política del liberalismo anterior a 1914, sino evitar los problemas surgidos después de la guerra.

La Francia de entreguerras presenta un panorama global ciertamente contradictorio. Su evolución económica ha estado caracterizada por el fuerte crecimiento industrial, la bonanza de sus relaciones comerciales con un imperio ultramarino todavía más amplio que antes de la guerra y la recuperación de la estabilidad del franco, a partir de 1926, durante el gobierno de Raymond Poincaré. A pesar de que su población padece un temprano envejecimiento, se produce una fuerte inmigración (2,9 millones de extranjeros en 1931) que compensa su debilidad demográfica. Muchos franceses creían que, una vez restañadas las heridas producidas por la guerra y lograda la sumisión de Alemania, vivirían en una "isla feliz", en expresión del presidente Tardieu, pronunciada pocos días después del "martes negro" de Nueva York. Pero la crisis económica de 1929 y los conflictos sociales de la década de los treinta les despertarían de este sueño.

La evolución política de la Francia de entreguerras se caracteriza, sin embargo, por una gran inestabilidad e incluso confusión, aunque se produce una alternancia regular en la orientación política del Parlamento y de los gobiernos. Durante la década de los veinte, el predominio político corresponde a las fuerzas de derecha, salvo en un periodo breve conocido como el "Cartel de izquierdas" (1924-1926). En efecto, desde el final de la guerra hasta 1924 domina el panorama político el Bloque Nacional, constituido en torno al revanchismo frente a Alemania y como antídoto frente a la revolución social de inspiración socialista. A partir de 1926, después de un gobierno de orientación radical y socialista, retorna la Unión Nacional que, presidida por Poincaré, se concibe como un gobierno de reconciliación nacional y de recuperación del prestigio de la moneda francesa. Las grandes figuras políticas de este periodo son el propio Poincaré y Aristide Briand, gran protagonista de la diplomacia europea y diseñador, con el alemán Stresemann, del retorno de Alemania a los órganos de la política internacional (Tratado de Locarno, 1925).

En la década de los treinta, la III República francesa vive los años de mayor confrontación política interna, sólo comparable al clima que había padecido a principios de siglo con ocasión del *affaire Dreyfus*. El impacto de la crisis económica de 1929, aunque tarda en manifestarse, provoca una gran inestabilidad política a partir de 1932, a lo que se suman escándalos financieros como el "caso Stavisky", en el que se ven involucrados destacados dirigentes políticos.

Dos hechos marcan el periodo. El primero es la fuerte organización de las fuerzas de extrema derecha, a través de ligas como la *Croix de feu* ("Cruz de

fuego”) o de partidos como Acción Francesa, dirigido por Charles Maurras y Léon Daudet. Se generaliza una estrategia de violencia callejera y enfrentamiento directo con socialistas y comunistas, que alcanza su punto culminante en la jornada del 6 de febrero de 1934, en la que se produce un sangriento enfrentamiento civil en la plaza parisina de la Concordia, con el saldo de 15 muertos y más de mil heridos. El objetivo de los manifestantes era entrar en la Asamblea Nacional, en la que estaba presentando su programa de gobierno Édouard Daladier, quien, pese al respaldo parlamentario obtenido, al día siguiente presenta su dimisión.

Una de las consecuencias de este hecho es la toma de conciencia, por parte de la izquierda, de la existencia de un peligro fascista en Francia, lo que supone un viraje tanto por parte de los socialistas como de los comunistas. Los socialistas aceptan ya la necesidad de participar en el gobierno, mientras que los comunistas abandonan las críticas a los socialistas, a los que tildaban de “socialfascistas”. Nace así el segundo hecho decisivo del periodo: la formación de un Frente Popular que consiga, a la vez, poner coto al fascismo y luchar contra los efectos de la crisis económica. El triunfo del Frente en las elecciones de 1936 y la asunción del gobierno por el socialista Léon Blum inaugura una etapa de profundas transformaciones en la política social y económica de Francia. Una gran huelga general, seguida por dos millones de obreros, recibe al gobierno de Blum, que resuelve el problema a través de los llamados “acuerdos de Matignon”. Medidas como la jornada de 40 horas, el reconocimiento de los convenios laborales colectivos o las vacaciones pagadas fueron conquistas sociales de entonces y forman parte de la mejor herencia del gobierno de Blum. A pesar de todos estos vaivenes políticos, la democracia parlamentaria francesa se mantendrá en vigor hasta 1940, cuando una Alemania triunfante que en pocas semanas desarbola el ejército francés da pie a la creación de la república colaboracionista del “régimen de Vichy”, presidido por el mariscal Pétain, en la parte meridional del hexágono francés.

En el Reino Unido tiene lugar, durante este periodo, una evolución sensiblemente diferente de la francesa. La situación económica es mucho menos boyante, dado el “climaterio” en que había entrado su economía antes de la guerra. Las industrias tradicionales, como la textil o la del carbón, sufren un gran descenso en su producción, lo que provoca duros conflictos sociales como la huelga general de 1926, en la que los mineros permanecen sin ir al trabajo por un periodo de seis meses. Por otra parte, el comercio exterior se encuentra bloqueado por dos razones complementarias: el creciente desarrollo económico

de los *dominions* de su imperio colonial y el mantenimiento del patrón oro, lo que provoca una sobrevaloración de la libra y una dificultad adicional para la exportación.

La evolución política está presidida, en cambio, por la solidez de sus instituciones y la continuidad con las prácticas de preguerra, salvo en un único fenómeno: la sustitución del viejo Partido Liberal por el Partido Laborista en la alternancia de gobiernos. Triunfante en 1918 la coalición presidida por el liberal Lloyd George, en 1922 es derribada y a él le sucede el conservador Law y luego Stanley Baldwin, que permanece hasta mediados de 1924, momento en el que se produce, por primera vez en la historia, el acceso del líder laborista Ramsay MacDonald a la jefatura del gobierno, aunque la presencia del líder laborista en Downing Street fue de apenas seis meses. Desde finales de 1924 hasta 1929 seguirá siendo Baldwin el responsable del gobierno que se debe enfrentar, entre otros problemas, a la huelga general de 1926, de la que los sindicatos salen derrotados. Es un periodo estable, beneficiado por la ola de prosperidad mundial, aunque la política deflacionaria desarrollada por Churchill como ministro de Hacienda no favoreció el crecimiento económico británico.

En 1929 retorna de nuevo al gobierno el laborista MacDonald, primero como jefe de un gobierno laborista en minoría y, desde 1931, al frente de un "gobierno nacional" que dura hasta 1935 y que es el encargado de hacer frente a los efectos de la crisis económica. Sólo en 1931, después del estallido de la crisis, abandona Gran Bretaña algunos de sus seculares principios de política económica: devaluación de la libra (en torno al 35 por ciento de su valor anterior a 1913), moderado retorno al proteccionismo, expresado en la campaña publicitaria de *Buy British* (compra productos británicos) e intervención del Estado en la organización de la industria y de la agricultura. Estas medidas tuvieron efectos sociales bastante positivos, expresados en la mejora del nivel de vida, construcción masiva de viviendas y difusión entre la clase obrera de prestaciones sociales, como las vacaciones pagadas (15 millones de veraneantes, en 1937).

A partir de 1935, fueron los conservadores, liderados por Baldwin, Chamberlain y, finalmente, Churchill los que dirigieron la política británica hasta la nueva victoria laborista de Clement Attlee en 1945, recién concluida la guerra. La ausencia de partidos políticos de carácter extremista y el arraigo del parlamentarismo británico explican esta fortaleza del sistema político en tiempos de tanta confrontación.

Una de las principales novedades del periodo fue, sin duda, la independencia de Irlanda, cuya aspiración a contar con instituciones políticas propias era

anterior a la guerra. En 1919, los diputados irlandeses agrupados en el partido *Sinn Fein* (“Nosotros solos”) y dirigidos por Eamon de Valera, se niegan a ir al Parlamento de Londres, constituyendo uno propio en Dublín, en un ambiente internacional favorable a las causas nacionales, especialmente por influencia de las ideas del presidente Wilson. Comienza así el proceso de independencia que, pese a todo, estuvo teñido de graves problemas. Después de un enfrentamiento militar contra los ingleses, se produce la partición de la isla, con predominio de protestantes unionistas en el norte (Ulster) y hegemonía de católicos independentistas en el sur. Nace así la Irlanda independiente (Eire), concebida como un *dominion* dentro del Imperio británico, pero que se incorpora al pequeño grupo de estados democráticos forjados en la época de entreguerras. En 1937 aprueba un texto constitucional que la convierte en un estado soberano, ya plenamente independiente de la tutela de la Corona británica.

ESTADOS UNIDOS, ENTRE LA PROSPERIDAD Y LA CRISIS

El caso de EE UU es, asimismo, bastante diferente del de Francia e Inglaterra. La razón fundamental estriba en las condiciones en que accede al periodo de la posguerra. El esfuerzo bélico americano había sido menor y, en cambio, los beneficios obtenidos fueron muy superiores, dada la condición de país prestamista de las principales naciones europeas. Por otra parte, el declive de Europa y el ascenso de Estados Unidos al rango no sólo de primera potencia económica, sino también política y militar, sitúa en otra perspectiva la evolución de la nación americana. Lo más notable de la América de la “prosperidad” fue, sin embargo, el mantenimiento del aislacionismo como principio de política internacional aplicado hacia Europa o Extremo Oriente, mientras se acentuaba la tradición monroísta respecto del continente americano, expresada en la política de la “buena vecindad” diseñada en especial para las repúblicas de Centroamérica. La atención preferente a la política interior marca la pauta de EE UU en la época de entreguerras. Las consecuencias de esta opción se pueden observar en varios aspectos.

De los efectos del proteccionismo económico y del control de la inmigración masiva, que había alcanzado su cenit justo antes del estallido de la guerra en Europa, ya nos hemos ocupado en el tema anterior. Pero hay muchos otros ingredientes en esta gran transformación interior que experimenta la América de entreguerras. El más importante es, sin duda, la aparición de un

fundamentalismo moral que sirve de contrapeso a los rápidos avances derivados de la prosperidad económica y de la sociedad de consumo, que permiten una liberación de costumbres, que la publicidad, el cine o el jazz popularizan. Esta reacción moral tuvo componentes de xenofobia, especialmente contra los italianos, como pone de relieve el conocido caso de los anarquistas Sacco y Vanzetti, condenados en 1921 por un crimen que no habían cometido y, finalmente, ejecutados en 1927. Ejemplos de este puritanismo se dieron en la lucha contra la enseñanza de teorías darwinistas en las escuelas y el retorno a la Biblia como fuente científica, que es lo que sucedió en Tennessee en 1925 después del proceso Dayton. Sin embargo, los dos principales elementos de esta emergencia fundamentalista son la prohibición del alcohol y el desarrollo de diversas sectas, entre las que la más influyente fue el Ku Klux Klan. El KKK, que había sido fundado en Atlanta en 1915, adquiere una enorme implantación social hacia 1925, cuando alcanza más de cinco millones de afiliados en los estados del centro y del norte. Los efectos de la "ley seca", establecida en la enmienda 18 de la Constitución en 1919, tuvieron también mayor trascendencia moral que real. El consumo de alcohol no descendió y, además, provocó una ola de delincuencia y gangsterismo. Pero las clases trabajadoras se vieron privadas de su consumo y, lo que es más importante, de la taberna y el *saloon* como lugar de encuentro. La alternativa fue escuchar la radio o ir al cine. El así llamado "noble experimento" había funcionado como un instrumento de aculturación de las masas trabajadoras de origen inmigrante.

La suma de todos estos aspectos se resume en el triunfo de la ideología WASP *(White, Anglo-Saxon, Protestant),* que representa la visión de América hegemonizada por los inmigrantes de origen británico frente a los católicos mediterráneos. Después de varias décadas de expansión territorial, de inmigración masiva y de desarrollo económico, en la América del Norte de entreguerras se impuso como tarea la construcción de una sociedad homogénea, en la que la práctica del *melting pot* acabó por producir resultados: la unificación bajo unas pautas culturales comunes de la diversidad de etnias y lenguas que habían llevado a EE UU los más de treinta millones de inmigrantes. El fundamentalismo puesto en boga, así como la eclosión del consumo de masas y la influencia ejercida por los nuevos medios de comunicación (radio y publicidad) y el cine fueron los instrumentos precisos para lograr esta estandarización de gustos y comportamientos que tanto caracteriza a la sociedad estadounidense del siglo XX. Una producción industrial masiva exige no sólo un consumo masivo, sino un mercado interior homogéneo y estable: en rigor, éste es

el estilo definido como el *American Way of Life.*

La evolución de la vida política americana durante este periodo no presenta las mismas incertidumbres y vaivenes que se observan en Europa. La fortaleza de sus instituciones políticas es evidente, pese a los problemas planteados. La fase final de la presidencia de Wilson se caracteriza por una crítica de los principios que este presidente, de tradición ilustrada y miembro del Partido Demócrata, había defendido en la organización de la paz en Europa (rechazo del Tratado de Versalles y del ingreso de EE UU en la Sociedad de Naciones) y por una mitificación de la necesidad de "volver a la normalidad", como predicaban los republicanos. Este retorno hacia los problemas domésticos suponía el apoyo decidido a los negocios, el control del sindicalismo obrero y la conjura de lo que, en 1919, se estimaba como un "peligro bolchevique". Con estos presupuestos comienza una década de gobierno de los republicanos, con los presidentes Harding (1920-1923), Coolidge (1923-1928) y Hoover (1928-1932). La orientación económica de estos presidentes fue el apoyo decidido a los negocios, permitiendo la concentración monopolista, rebajando la presión fiscal y afirmando el proteccionismo interior. "El negocio de América son los negocios", exclamaba en 1925 el, por otra parte, poco hablador presidente Coolidge.

Pero la crisis de 1929 cambió drásticamente las cosas. Aunque el presidente Hoover no se cansaba de repetir que "la prosperidad está a la vuelta de la esquina", aquélla se hacía de rogar, hasta el punto de que los efectos de la crisis duraron hasta principios de los cuarenta. El desempleo alcanzó a 12,8 millones en 1932 y la convicción general era la de vivir de nuevo, como diría Dickens, unos "tiempos difíciles". Es en este contexto en el que se produce el triunfo de los demócratas, dirigidos por Franklin Roosevelt, cuyo programa de recuperación económica y lucha contra el desempleo no concluiría hasta la entrada de EE UU en la II Guerra Mundial.

LA ALEMANIA DE WEIMAR

El fin de la guerra y la proclamación de la República abre un periodo nuevo en la historia de Alemania, que es conocido por el nombre de una pequeña y bella ciudad de Sajonia, Weimar, donde se aprobó la nueva Constitución, considerada entonces como una de las más democráticas del mundo. Es una etapa breve, de apenas quince años, que termina abruptamente con la llegada de los nazis al poder (aunque éstos no derogaron la Constitución). Pero al mismo

tiempo es una época de grandes transformaciones, tanto en el ámbito económico como, sobre todo, en el cultural y artístico. La República de Weimar fue el gran laboratorio ideológico de la Europa de entreguerras y Berlín, la capital emblemática del mismo. El cine, el teatro, la arquitectura o la pintura de estos años van unidos a los nombres de Fritz Lang, Erwin Piscator, Mies van der Rohe, Paul Klee o George Grosz. Muchos europeos (escritores, artistas, científicos e incluso políticos) de fines del XIX, que habían tenido a París y Londres como sus referencias preferidas de ciudades modernas e innovadoras cultural y artísticamente, hubieron de volver su mirada hacia Berlín en estos años de entreguerras, como muestra una abundante literatura de obras de ficción o de relatos de viajes.

La aspiración esencial de la Alemania de la posguerra estuvo centrada en dos objetivos. El primero fue luchar contra las consecuencias del Tratado de Versalles, bien a través de la resistencia al pago de las reparaciones exigidas y a la prohibición de un rearme militar, bien a través de una intensa acción diplomática, que se puede personalizar en la figura de Gustav Stresemann, ministro de Exteriores entre 1923 y 1929. Acoplar la nueva Alemania al marco de las relaciones internacionales fue el gran problema de entreguerras.

El segundo objetivo consiste en el establecimiento de una democracia política y económica que, superando los defectos del Imperio fundado por Bismarck, enlazara con la tradición política representada por el Parlamento de Francfort de 1848. Ambas aspiraciones lograron cierta satisfacción durante los años de prosperidad (1924-1929), pero pronto la Gran Depresión iniciada en 1929 las dejaría bloqueadas. De aquí arrancan las dos líneas de fuerza que, desde luego con otros métodos, seguirá el nazismo durante la década de los treinta.

El establecimiento de un régimen de democracia política se resume en la Constitución de Weimar, redactada por una comisión presidida por Hugo Preuss. Este texto recoge los principios clásicos de las libertades individuales (de expresión, de reunión, etc.), pero también regula derechos económicos y sociales (al trabajo, a la vida digna, a la vivienda...). Ello refleja la voluntad de construir en Alemania un “Estado social de derecho” y una democracia económica, precedentes del Estado de bienestar generalizado en la segunda posguerra. La Constitución diseña asimismo la estructura del Estado y la organización del poder sobre la herencia del Imperio guillermino.

La República mantiene una doble organización territorial: por una parte, el Reich como administración central que se ocupa de los asuntos exteriores, ejército, comunicaciones y moneda; por otra parte, 17 estados o *länder,* con

amplias competencias sobre policía, justicia o sanidad. Sólo la administración del estado o *land* de Prusia tenía seis veces más funcionarios que el Reich. En cuanto a la organización del poder, aunque se afirma que deriva del pueblo, en la división de poderes se concede una gran relevancia al presidente del Reich, de elección directa y con grandes competencias, incluidas algunas de carácter excepcional (como el artículo 48, que le autorizaba a proclamar el estado de excepción y recurrir al ejército), que fueron ampliamente usadas por los dos presidentes habidos en Weimar: el socialdemócrata Friedrich Ebert (1918-1925) y el militar conservador Paul von Hindenburg (1925-1934).

En la aprobación de la Constitución se diseñaron claramente las fuerzas políticas que protagonizaron la Alemania de Weimar. El texto fue apoyado por los partidos conocidos como la "coalición de Weimar" (socialdemócratas, liberales, centro católico), mientras que recibió el rechazo de las fuerzas extremas de derecha e izquierda, que se colocan así, desde el principio, al margen del sistema. La Constitución de Weimar sirve desde 1919 de elemento definidor de la dinámica política de la República, al establecer claramente los partidarios del sistema o los que no se sentían leales al mismo —partidos de extrema derecha e izquierda, pero también militares y organizaciones paramilitares, como la SA *(Sturmabteilung,* División de Asalto)— dirigida por el nazi Ernest Röhm. El principal problema radica en que si en 1919 la oposición a la Constitución representaba un porcentaje electoral bajo (15 por ciento del electorado), en 1932 había subido hasta un 44 por ciento. El régimen de Weimar sufría un acoso por ambos flancos, ya que tanto comunistas como nazis comenzaron a hacer a la República de Weimar responsable del estado de crisis desatado a partir del año 1929.

La vida política de la Alemania de Weimar se puede dividir en tres periodos internos. Una etapa inicial, hasta 1923, de frecuentes revueltas y *putsch,* de inflación y resistencia pasiva a las exigencias de pago de las reparaciones. Una etapa de mayor estabilidad, entre 1924 y 1929, de clara expansión económica y recuperación del protagonismo de los grupos industriales. Y un tercer momento de crisis, en el que se combinan alguno de los efectos del crack de 1929, como el desempleo masivo, o el espectacular ascenso electoral del partido de Hitler, con una progresiva deslealtad respecto de la República por parte de los partidos liberales y del centro católico. Con todo, el problema central de la Alemania de Weimar fue la constante limitación a que se enfrentaron sus organizaciones políticas. Los partidos del centro y de la derecha no lograban vincular a todo su electorado con los ideales republicanos, viendo cómo a partir de 1930 emerge

repentinamente el Partido Nazi; y el Partido Socialdemócrata, eje fundamental del sistema de Weimar, estaba demasiado atenazado por su tradición de representante de la clase obrera organizada y empleada. A su izquierda creció un poderoso Partido Comunista, en paralelo con el ascenso nazi, que trata de encauzar las aspiraciones de desempleados y clase media abatida por la crisis. En 1932, los partidos de la "coalición de Weimar" sólo representan al 36 por ciento del electorado. Su colapso estaba próximo.

La destrucción de la democracia de Weimar fue, pues, fruto de varias fuerzas concurrentes, que se fueron decantando progresivamente durante los años veinte y estallaron a principios de los treinta. Los intereses agrarios, tradicionalmente organizados en Ligas de propietarios, se sentían marginados frente a la política económica de inspiración industrialista practicada por los dirigentes de Weimar. Las clases medias de profesionales y del pequeño comercio e industria se creían perjudicadas frente a la gran industria y a las organizaciones obreras, mucho más fuertes en la negociación y defensas de sus intereses. Los grandes industriales temían la fuerza de los sindicatos y el retorno del "peligro rojo". En medio de esta pluralidad de conflictos solapados, la acción política del Parlamento y de los gobiernos no era capaz de conciliar tantos intereses contrapuestos. Los efectos de la crisis económica, con la aparición en escena de millones de desempleados, acumuló un nuevo problema: la llegada del nazismo. La primera potencia económica del continente europeo, con la quiebra de su régimen democrático, inclinó la balanza de la política en la Europa de los años treinta. Fue entonces cuando el fascismo, vinculado a la experiencia de la Italia de Mussolini, adquiere una dimensión de alcance mundial. Alemania lo hizo posible.

La oleada fascista

Del mismo modo que se ha podido hablar de diversas ondas u oleadas democratizadoras, también se puede decir que, en el periodo de entreguerras, tuvo lugar en Europa (e incluso fuera de ella, en Japón o en América Latina) una verdadera eclosión de regímenes políticos de naturaleza fascista. En la crisis de los regímenes democráticos y la emergencia de los fascismos, sea en forma de dictaduras autoritarias, sea como totalitarismos, se combinan varios elementos concurrentes. Ya se ha aludido a algunos de ellos al explicar el difícil arraigo de la democracia parlamentaria en los estados europeos surgidos de los tratados de paz. Hay otros no menos importantes que se han visto en otros capítulos. Por una

parte, la crisis económica mundial de 1929, sin cuyo estallido serían difíciles de explicar fenómenos decisivos, como el ascenso del nazismo alemán. Por otra, la influencia ejercida por la Revolución Rusa y por el “peligro bolchevique”, que amplios sectores de las clases medias y acomodadas europeas sintieron como una amenaza. Este temor explica no sólo la resistencia a admitir a los partidos socialistas en los gobiernos, sino la decantación general de las fuerzas conservadoras hacia posiciones autoritarias o fascistas.

La aparición y naturaleza de los fascismos es uno de los hechos históricos recientes que ha merecido mayor número de obras e interpretaciones. Incluso no existe un acuerdo sobre los conceptos a utilizar, dado que se emplean, de forma alternativa o selectiva y gradual, términos como fascismo, totalitarismo, autoritarismo o dictadura, para definir todos aquellos regímenes políticos que se caracterizan por su negación del pluralismo político y el ejercicio carismático del poder. Aunque el elenco de problemas que suscita este asunto es enorme, hay dos cuestiones básicas en cualquier análisis del fascismo. En primer lugar, cuáles han sido sus características como sistema político; y, en segundo lugar, cuáles son las razones y el contexto histórico que explica esta oleada fascista en la época de entreguerras.

El análisis de las diversas formas de fascismo revela que, bajo esta denominación, se engloban movimientos políticos antiliberales, opuestos a la tradición política surgida de las revoluciones burguesas de 1789 y de 1848, que tenían, como hemos visto en su lugar, su principal pilar en el reconocimiento de la persona humana como sujeto político poseedor de derechos inalienables (libertad, propiedad, igualdad jurídica). Frente a esta tradición liberal, el fascismo desplaza el centro de gravedad de su concepción de la política desde el individuo hacia el Estado o, al menos, hacia organizaciones supraindividuales de carácter orgánico y corporativo. Es su respuesta a la necesidad de encuadrar políticamente a las masas, haciendo depender a los individuos de una voluntad externa. Dentro de la variedad de regímenes fascistas (o totalitarios, según la acepción de Friedrich y Brzezinski) se pueden observar algunos elementos comunes que, con mayor o menor intensidad, se encuentran en los fascismos europeos de entreguerras.

El fascismo se caracteriza, en general, por tratarse de una ideología política de carácter totalizador, aplicable a todos los aspectos de la existencia humana, y con una concepción milenarista que aspira a la creación de una nueva sociedad, habitada por un hombre nuevo. Su mensaje es radical, en el sentido de aspirar a la transformación de la sociedad, de sus símbolos y de sus vías tradicionales de

organización política. Pero esta revolución no podía llevarla a cabo el individuo aislado, sino que debía ser el Estado o, en su defecto, un conglomerado de organizaciones intermedias de naturaleza corporativa. El individuo debe someterse al Estado, actor que monopoliza el ejercicio del poder.

Para llevar a cabo este objetivo, el primer instrumento es la negación del pluralismo político y la adopción del modelo de un partido único, que sustituye lo que se considera una de las principales lacras del liberalismo, como es el "Estado de partidos" y su corolario, que es el parlamentarismo. Al partido único le corresponde un líder fuerte y con carisma, que encarna las principales cualidades de la comunidad política y ejecuta la voluntad de las masas. En todos los regímenes fascistas afloró un dirigente o jefe, denominado generalmente guía o conductor del pueblo: "Führer" en Alemania, "Duce" en Italia, "Conducator" en Rumania o "Caudillo" en España.

Característica común de los movimientos fascistas fue la intensa movilización de las masas, buscando no sólo la destrucción de la identidad personal, sino la adhesión entusiasta y emocional a valores como la patria, la raza o el jefe. Este encuadramiento de la población en los valores propugnados por la ideología fascista se realizó por muy diversos medios, desde los meramente persuasivos de la propaganda o la enseñanza hasta los más coercitivos del uso de la violencia y la técnica del terror. Aunque gran parte de la población adoptó de forma voluntaria los presupuestos de la ideología fascista, todos los regímenes fascistas emplearon la violencia física, psíquica o moral para lograr sus fines. De hecho, uno de los principales objetivos del fascismo fue la destrucción de la dignidad moral de los individuos, lo que en grados extremos sólo podría lograrse mediante la violencia política. La plasmación de estos principios se encuentra no sólo en el antisemitismo, sino en la legitimidad moral con que se llevaron a cabo limpiezas étnicas o genocidios como los practicados en los campos de concentración.

A estos presupuestos de orden ideológico y moral del fascismo, habría que añadir algunos rasgos comunes perceptibles en su acción de gobierno, una vez alcanzado el poder. El ejercicio del poder en los regímenes fascistas no fue, sin embargo, tan simple como pudiera pensarse. A pesar de la negación (o aniquilación) de la oposición política interna, y de la existencia de una fuerte jerarquía simbolizada en la figura del Jefe, el poder fue ejercido, incluso en el caso del nazismo alemán, a través de prácticas policráticas, en las que el poder se hallaba repartido o distribuido según una lógica muy diferente a la de los sistemas políticos parlamentarios. Las diversas organizaciones de los Estados

fascistas, fuesen éstas administrativas, sindicales, militares o policiales, desplegaron una intensa competencia mutua, sólo atenuada por el poder carismático del líder.

En cuanto a su política económica, los regímenes fascistas practicaron un constante nacionalismo económico. La necesidad de responder con medidas urgentes a la crisis económica de 1929 o a carencias históricas de más larga trayectoria (caso de Italia o incluso España), aceleró el control de la economía por parte del Estado y facilitó la adopción de una política económica intervencionista y, en buena medida, de carácter autárquico. La economía nacional debía ser capaz de lograr el autoabastecimiento y de suplir las carencias internas mediante la creación de organismos encargados de pilotar una producción sustitutiva, tanto en el ámbito industrial como en el agrario. En este sentido, los estados fascistas fueron la expresión máxima del principio de territorialidad que caracteriza buena parte del mundo contemporáneo.

Las razones que explican la aparición de regímenes fascistas también han suscitado numerosas interpretaciones. Las explicaciones más clásicas son las que vinculan la emergencia del fascismo con la necesidad del gran capital de recurrir a la dictadura política para garantizar su supervivencia o, en otra perspectiva, como un modo de acceder a la modernización en aquellos países cuya industrialización había sido tardía, débil o bien muy dependiente de sectores tradicionales. La primera interpretación ha sido la más frecuente en el seno de la tradición marxista. La segunda ha tenido, tanto en Italia como en Alemania, muchos sostenedores, como los historiadores Renzo de Felice o Hans Ulrich Wehler. En el caso alemán, además, se ha insistido mucho en el carácter excepcional de su evolución histórica (el denominado *Sonderweg* o camino especial), en la que hubieron de convivir estructuras muy arcaicas de carácter político con otras muy avanzadas en el plano económico. Esta contradicción sería la explicación básica de la aparición del nazismo alemán.

A estas interpretaciones, conviene añadir la concepción del fascismo como un fenómeno inexplicable fuera de la época de entreguerras. Los efectos de la Guerra Mundial fueron decisivos, no sólo en el modo en que trastocaron las estructuras de la sociedad, sino en haber forjado una mística belicista que, en tiempos de paz, mantuvieron vigentes las legiones de ex combatientes, que tanto protagonismo tuvieron en los primeros pasos dados por los partidos y organizaciones fascistas, fuesen los *Freikorps* alemanes o los *Fasci di combattimento* italianos. La guerra, larga y cruenta en las trincheras, había fomentado, en palabras del Jünger de *Tempestades de acero* (1920), “el deseo

abrumador de matar”. Apología de la acción y de los instintos básicos del hombre que rige buena parte de la moral de la sociedad de entreguerras. Por otra parte, el impacto de la depresión de 1929 fue, asimismo, decisivo en la quiebra de la República de Weimar y en el ascenso del nazismo en Alemania. Y es evidente que sin el triunfo de Hitler, el fascismo no hubiera alcanzado una dimensión mundial, a pesar de su amplia difusión ya desde la década de los veinte en numerosos países europeos.

El principal soporte sociológico de los fascismos fue, casi de forma universal, la clase media. Estos estratos medios, urbanos y rurales, habían perdido seguridad y estabilidad desde el fin de la guerra, les habían surgido nuevos competidores entre la nueva burocracia y los trabajadores de “cuello blanco” y, además, carecían de instrumentos organizativos propios. Lo que da coherencia a la pequeña y mediana burguesía europea es la crítica al parlamentarismo y al Estado liberal, así como a los efectos de la guerra, sea en forma de *diktat* de Versalles para los alemanes, de “victoria mutilada” para los italianos o de fronteras artificiales en la mayoría de los estados surgidos del Imperio austro-húngaro y del Imperio otomano.

Otro ingrediente fundamental en el ascenso de los fascismos fue el creciente poder que alcanzaron los sindicatos de clase y los partidos obreros a la salida de la guerra. A pesar de la escisión de los partidos comunistas del tronco común socialista y de la orientación reformista de la socialdemocracia europea, el acceso al poder de esta última era considerado como el anuncio de un peligro bolchevique. De hecho, los movimientos fascistas más fuertes se forjaron en aquellos países en los que la clase obrera había alcanzado mayores cotas de poder o había intentado, a través de movimientos insurreccionales, instaurar regímenes socialistas.

El fascismo tuvo, pues, mucho de movimiento de reacción contra el liberalismo democrático y de oposición al posible avance de las fuerzas obreras organizadas. Fue la expresión de la incapacidad de las viejas clases dominantes para mantener su hegemonía y fue, al tiempo, la ocasión de incorporarse a la vida política para amplias masas de ciudadanos desencantados de unos Estados liberales que no eran capaces de satisfacer sus necesidades. El radicalismo de los movimientos fascistas fue proporcional al grado de profundización democrática de la sociedad que trataba de cambiar. En los estados débilmente desarrollados, el fascismo se apoyó en sectores clericales o militares para alcanzar el poder o sostenerse en él (Hungría, Polonia, Portugal o España); en cambio, allí donde la movilización democrática había sido profunda, como en la Alemania de Weimar,

fue donde adquirió mayor capilaridad social, alcanzando hasta los últimos confines de la sociedad.

Algunos elementos definidores del fascismo, como pueden ser el radicalismo xenófobo y antisemita, el gusto por lo irracional y la crítica al liberalismo, ya existían antes de la guerra. La novedad del periodo de entreguerras es que estas ideas encuentran arraigo sociológico. Los elementos potenciales para el desarrollo del fascismo existían, pero éstos no conducían necesariamente al mismo. Fueron la guerra, la crisis social subsiguiente, el miedo bolchevique y, finalmente, la crisis de 1929, los elementos que precipitaron la difusión por toda Europa de los regímenes fascistas. Esta diversidad de orígenes y de procesos es lo que explica no sólo su triunfo, sino las manifestaciones que presenta y su diferente implantación en el tiempo. De las experiencias más significativas, como son el caso italiano y el alemán, nos vamos a ocupar a continuación.

El fascismo italiano

El fascismo italiano accede al poder en 1922 y se mantiene en el mismo hasta finales de la II Guerra Mundial. Es el régimen que cubre más ampliamente todo el periodo de entreguerras, no sólo en el sentido cronológico, sino en el más relevante de tener en la guerra su alfa y su omega. El fascismo italiano se engendra en la guerra del 14 y sólo cae tras la derrota militar de 1945. Como sucede en todos los regímenes de carácter autoritario, es indisociable de la personalidad de su líder, denominado en este caso *Duce*. Se trata de Benito Mussolini, nacido en la región de la Romaña, formado en el Partido Socialista, del que disiente en la crisis de 1915 por su decidida posición intervencionista en la guerra, frente a los imperios centrales y al lado de Francia. En 1919 funda en Milán los *Fasci di combattimento*, nombre con resonancias de la Roma imperial a lo que será muy afecta la simbología fascista italiana. En su evolución histórica deben distinguirse tres aspectos: los orígenes del movimiento fascista, la instalación en el poder y, finalmente, la naturaleza del Estado fascista y sus principales realizaciones.

Los orígenes del fascismo italiano entroncan claramente con la guerra y sus consecuencias. Como ya había advertido en 1938 Angelo Tasca, "el fascismo es un fenómeno de la posguerra". En esta etapa coinciden dos hechos que, de forma concurrente, acaban facilitando la llegada al poder de los fascistas. El primero es una crisis nacional, debida a la difusión de un sentimiento de una Italia

“vencida” entre los vencedores. Es el eslogan de la “victoria mutilada”, que propagó el nacionalismo italiano, representado entre otros por el poeta Gabriele d’Annunzio. La guerra había costado enormes sacrificios (670.000 muertos, más de un millón de heridos, regiones devastadas como el Véneto) y los resultados eran pobres. A esto se añade una profunda crisis social: una gran conflictividad social, con una oleada de huelgas y ocupaciones de tierras y fábricas por obreros agrícolas e industriales, especialmente en las regiones del norte de Italia. Crisis que es el resultado de la inflación y el desempleo provocados por el final de la contienda.

La estrategia de los grupos fascistas es hacer frente al desorden social, mediante la violencia de sus *squadre,* que realizan acciones punitivas sobre los militantes de izquierda, sin apenas coste. En abril de 1921 mueren 38 socialistas por cada dos fascistas. La expansión de la militancia fascista es rápida, lo que aconseja la creación de un Partido Nacional Fascista, fundado en noviembre de 1921. Durante el año 1922, los partidos políticos tradicionales son incapaces de garantizar la estabilidad política. Después de haber logrado el fracaso de la huelga general de agosto de 1922, los fascistas deciden organizar la Marcha sobre Roma, a partir de previas concentraciones en diferentes ciudades (especialmente, del norte). La prueba de fuerza termina con la llamada de Mussolini al poder por parte del rey Víctor Manuel. La estrategia de la acción directa y del enfrentamiento con las fuerzas de izquierda había dado sus frutos. Como sucederá un década más tarde en Alemania, un movimiento fascista accede al poder de forma legal.

Este rápido acceso de los fascistas al poder tiene su explicación en la incapacidad de los partidos políticos tradicionales para hacer frente al desorden social y a la amenaza de una revolución socialista. De hecho, el principal arraigo sociológico del fascismo tuvo lugar en las regiones del norte y del valle del Po, donde convivían las principales industrias con la agricultura más evolucionada. En las ciudades de la región de Emilia (Ferrara, Parma, Módena) fue donde se estableció la más estrecha alianza entre clases medias, urbanas y rurales, y grupos fascistas.

La instalación del fascismo en el poder fue una tarea desarrollada progresivamente durante la década de los años veinte. En su primer año, Mussolini gobierna con plenos poderes, aunque dentro de una apariencia de respeto de los principios democráticos. En 1924 tienen lugar unas elecciones que gana ampliamente la coalición dirigida por Mussolini, gracias a la violencia ejercida sobre los partidos de oposición. Un diputado socialista, Matteotti, que

denuncia esta situación, es asesinado por los fascistas. Este hecho provoca una crisis del régimen, que se resuelve con un giro en la evolución del fascismo. En 1925, Mussolini admite la "responsabilidad política, moral, histórica de lo que ha sucedido" y anuncia el establecimiento de un régimen autoritario.

Éste es el principio de una serie de decretos (trece, entre 1925 y 1928), conocidos como las leyes "fascistísimas", que suponen la transformación del estado liberal en estado fascista. Se suprimen las libertades individuales, se elimina el control del poder ejecutivo por el Parlamento, se prohíben los partidos (excepto el fascista) y se crea una policía política (la OVRA). Con los acuerdos del pacto de Letrán (1929) que regulan las relaciones con la Iglesia y reconocen el Estado del Vaticano, se cierra esta fase de instalación de Mussolini en el poder.

La evolución del régimen dirigido por Mussolini adquiere, a partir de 1925, las características propias del fascismo totalitario. El poder del Estado se refuerza no sólo mediante la abolición de los derechos políticos individuales, sino con la organización de una estructura corporativista, definida en la Ley Rocco (1926) y en la Carta del Trabajo (1927) que tenían el objetivo de integrar a empresarios y trabajadores en el seno de "corporaciones". La vida económica queda así regulada por el Estado. El intervencionismo estatal en el campo económico se realiza a través de campañas propagandísticas a favor de la producción autárquica en la agricultura, como la "batalla del trigo" (1925) o la política de "colonización" rural, y en la industria con la creación en 1933 del IRI *(Istituto per la Ricostruzione Industriale),* organismo estatal que controlaba la industria básica italiana. En el ámbito ideológico y simbólico, los esfuerzos del régimen se centraron en la mitificación de la figura del *Duce,* a través de los libros escolares, las organizaciones juveniles paramilitares (los *balillas)* o las grandes concentraciones de masas en la romana piazza Venezia. Pero no sólo se organiza el trabajo; también el ocio y el tiempo libre es regulado, a través de la *Opera Nazionale Dopolavoro,* el más ambicioso intento del fascismo para ganarse el apoyo de la población e integrar al individuo en el seno del Estado orgánico, que no sólo atiende al trabajo sino al ocio y la vida familiar.

El nazismo alemán

La llegada de los nazis al poder en Alemania se produjo a principios de 1933, cuando el presidente Hindenburg nombra canciller a Adolf Hitler. La

importancia de este hecho está no sólo en la naturaleza ideológica del Partido Nazi y en los objetivos políticos de su líder, sino también en que supone la destrucción de la experiencia democrática del entonces estado más industrializado de Europa, como era la República de Weimar. La instalación de los nazis en el poder marca un punto de ruptura en la política europea de entreguerras, porque refuerza las tendencias fascistas y dictatoriales de muchos otros países y porque además abre el paso al rearme, al expansionismo territorial y finalmente a la II Guerra Mundial. La "cuestión alemana", que había sido mal resuelta en la paz de Versalles, abre el camino para otra contienda bélica, veinte años después de haber sido cerrada en falso la primera.

El Partido Nazi (NSADP, Partido Nacional Socialista de los Trabajadores Alemanes) había sido fundado en Múnich en 1919 por un mecánico ferroviario. En ese mismo año, Hitler se adhiere al partido y al frente del mismo ya participa en el fracasado *putsch* de Múnich de 1923. Durante la década de los veinte, el Partido Nazi obtiene un escaso apoyo electoral. Sin embargo, es un periodo importante para la formación de su núcleo dirigente, constituido por Goering, Strasser, Röhm y Hess, además del propio Hitler. Asimismo, es la etapa en la que Hitler logra establecer un dominio absoluto sobre el partido (el *Führerprinzip* o "principio de caudillaje") y en que sienta sus bases ideológicas, contenidas en el libro *Mein Kampf* ("Mi lucha"), escrito en la cárcel y publicado en 1925. Estas ideas son las de un racismo defensor de la superioridad étnica de los arios y, por tanto, del antisemitismo; de crítica del parlamentarismo y de las instituciones democráticas, a las que deben sustituir un estado dictatorial y un líder; de belicismo y expansionismo territorial, que conduce a la defensa del *lebensraum* ("espacio vital") y del revisionismo del Tratado de Versalles; y, naturalmente, es un libro teñido de anticomunismo que explota el miedo al bolchevismo que la sociedad alemana había visto de cerca en 1919.

ADOLF HITLER (1889-1945)



Político de origen austriaco, canciller de la Alemania nazi desde 1933 hasta 1945. De origen social modesto, vivió en Viena durante su juventud, trasladándose a Múnich en 1913. Participa en la I Guerra Mundial enrolado en el ejército alemán y fue herido. Muy afectado por la derrota de 1918, retorna a la ciudad de Múnich, donde se adhiere a un partido nacionalista, que él refunda como Partido Nacional Socialista de los Trabajadores Alemanes (Partido Nazi), del que se convierte en presidente. En 1923 participa con Ludendorff en el fracasado *putsch* de Múnich, que lo lleva a la cárcel, donde permanece por poco tiempo, aunque el suficiente para escribir su única obra, *Mein Kampf* ("Mi lucha"), en la que resume sus ideas políticas y su programa de actuación posterior.

Durante la década de los veinte, la posición política de Hitler era extremadamente débil, no consiguiendo resultados significativos en las diversas elecciones a las que concurrió. Sin embargo, fue en este periodo cuando forjó el núcleo duro del Partido Nazi, con colaboradores de gran influencia posterior como Goering y Goebbels, así como el esquema básico de su ideología. La ocasión histórica que propició su ascenso al primer plano de la política fue la crisis de 1929, cuyos efectos se hicieron sentir sobre amplias capas de la población alemana, tanto trabajadores industriales y campesinos como entre las clases medias. En 1932, el Partido Nazi consigue convertirse en un grupo político poderoso, llegando a competir con el mariscal Hindenburg en las elecciones a presidente del Reich.

En enero de 1933, en medio de la crisis social y política de la República de Weimar, Hitler consigue ser nombrado canciller y formar un gobierno en el que el control de los principales ministerios se confiaba a miembros del Partido Nazi. A partir de aquí, Hitler se convierte en el dictador *(Führer)* de Alemania, sustituyendo el régimen constitucional de Weimar por uno totalitario. Su asentamiento en el poder fue una combinación de violencia callejera, demostración de fuerza mediante grandes paradas militares, ilegalización de los partidos políticos y exterminio de sus adversarios, tanto internos (como Röhm y sus huestes de la SA, purgadas en la "noche de los cuchillos largos" de 1934), como externos (comunistas, socialistas y, sobre todo, judíos). La política antisemita, que formaba parte del programa originario del partido, comienza con las "leyes raciales" de Núremberg (1935) y llega a su culminación a partir de 1939, con el establecimiento de la "solución final" y la construcción de numerosos campos de concentración, donde murieron seis millones de judíos. Desde su llegada a la cancillería, Hitler gozó de amplios apoyos políticos, económicos y sociales (los llamados "verdugos voluntarios"), que le permitieron desarrollar su programa antisemita, pangermanista, nacionalista y dictatorial.

La principal obsesión de Hitler era recuperar el prestigio de Alemania, mediante una política agresiva y revanchista que denunciaba las consecuencias del Tratado de Versalles. En esta dirección, abandonó la Sociedad de Naciones, aceleró el rearme militar de Alemania, ocupó la Renania, se benefició de la política de "apaciguamiento" propugnada por Francia e Inglaterra (acuerdos de Múnich) y, a partir de 1938, forzó la integración en el III Reich de todos los territorios habitados por

alemanes (Austria, los sudetes de Chequia), hasta desembocar en la invasión de Polonia en septiembre de 1939, después de un sorprendente pacto establecido con Stalin. Con ello, empieza la II Guerra Mundial. A pesar de los grandes éxitos iniciales del ejército alemán, sus posiciones comenzaron a debilitarse claramente en 1943, después de la batalla de Stalingrado y el desembarco de los aliados en el sur de Italia. En 1944, Hitler sobrevivió a un complot militar que estuvo a punto de asesinarlo. Con el ejército soviético a las puertas de Berlín, Hitler se suicida en la Cancillería, lo mismo que su ministro de Propaganda, Goebbels.

La figura de Hitler, más allá de sus limitaciones personales, constituye una piedra miliar de la historia del siglo XX, por la extraordinaria dimensión de la guerra que provocó, pero sobre todo por el nivel de degradación de la dignidad humana que representó alguna de sus acciones, como el Holocausto. Por ello, la guerra se convirtió en una lucha contra "el enemigo común" de las democracias occidentales y del régimen soviético. Y la consideración que merecieron los crímenes cometidos por los nazis fue de orden moral y no político o militar. La experiencia del nazismo desborda la figura del *Führer,* por el gran trauma moral que dejó tras de sí, pero también por la regeneración política y moral que propició, cuyos efectos constituyen uno de los principales legados del siglo XX al tercer milenio.

La organización política de los nazis descansaba en varios pilares. Un partido fuertemente jerarquizado, con un pequeño grupo dirigente y 34 responsables locales (los *Gauleiter);* una sección paramilitar (las SA dirigidas por Röhm), que tenían a su cargo la demostración de fuerza, la práctica de la violencia y el servir de guardia pretoriana; y organizaciones juveniles como la Juventud Hitleriana. El ascenso del partido de Hitler no se produce hasta las elecciones de 1930, en las que alcanza una cuota del 18 por ciento del electorado, lo que le supone convertirse en el segundo partido del *Reichstag*, con sus 107 diputados. A partir de aquí, su aumento será constante hasta las últimas elecciones celebradas en marzo de 1933, con Hitler ya en la Cancillería, aunque ni en este momento los nazis alcanzaron una mayoría absoluta.

El repentino éxito de los nazis se explica por varias razones. La Gran Depresión económica de 1929 tiene efectos desastrosos sobre Alemania, donde el nivel de desempleo crece hasta cerca de siete millones en 1932 (más de un tercio de la población activa). Pero el paro también fue muy elevado en otros países, como Estados Unidos o Inglaterra, sin que allí arraiguen soluciones fascistas. En el caso de Alemania influyen además los efectos de la hiperinflación, con el consiguiente empobrecimiento de la clase media tradicional, así como la política deflacionaria aplicada desde 1930 por el canciller Brüning para combatir la crisis, lo que supuso unas costosas medidas de austeridad muy sentidas por la clase obrera. Y además de todo ello, las instituciones políticas de la República de Weimar no se hallaban consolidadas ni

gozaban de la lealtad necesaria entre las fuerzas políticas externas a la "coalición de Weimar". Todo ayudaba a que crecieran las opciones políticas extremas, pero el Partido Nazi fue el más favorecido por las circunstancias, incluida la estrategia frontalmente antisocialista del Partido Comunista que permitió incluso alianzas de los comunistas con los nazis en el Parlamento de Prusia, en 1932.

El apoyo electoral conseguido por los nazis es, de todas formas, un buen indicador de la situación social en que se hallaba Alemania en los años treinta. Siendo el Partido Nazi una organización básicamente urbana e integrada por miembros procedentes de medios profesionales y de la pequeña burguesía, a partir de 1930 consigue una fuerte expansión entre la población rural y de las pequeñas ciudades en la Alemania del norte y oriental, protestante y agraria. El análisis de las elecciones de 1930 a 1933 revela que es en las regiones industriales y católicas (Berlín, Silesia, Wurtemberg, Baviera) donde menos apoyo recibe el nazismo, mientras que se convierte en fuerza mayoritaria en regiones como la Pomerania o la Prusia oriental. Esto demuestra que el avance nazi se produce a costa de los viejos partidos nacionalistas y liberales, mientras que el centro católico resiste en Baviera y Renania. El mejor ejemplo de ello es quizá la figura de Franz von Papen, del *zentrum* católico, que habiendo sido vicecanciller con Hitler, no sólo sobrevivirá a la derrota del nazismo, sino al mismo proceso de Núremberg.

En la llegada de Hitler a la Cancillería del Reich se combinan los medios legales (aunque los nazis no se recataban de anunciar que luego no respetarían la legalidad) con la presión ejercida a través de paradas militares, grandes concentraciones y acciones callejeras violentas. El éxito de los nazis fue, como reconoció en un informe secreto Goebbels en 1940, que "nuestros enemigos internos nunca vieron adónde íbamos, ni que nuestro juramento de lealtad no era sino un truco" para poder pasar "por la zona de peligro", esto es, por la pasarela que les permitiese la conquista del poder. A esta astucia nazi se suma una serie de intrigas políticas, en las que participan activamente sectores del ejército, como el general Von Schleicher; magnates de las finanzas, como Schroeder o Thyssen, o el propio Franz von Papen que en alguna ocasión hizo de intermediario entre Hitler y la gran industria renana. Las maniobras de los partidos de derecha para integrar en el gobierno a los nazis en una posición subsidiaria se encontraron con la negativa frontal de Hitler, que practicaba la política del "todo o nada". El 30 de enero de 1933, el presidente Hindenburg accedió a nombrar canciller a aquel "cabo austriaco" que, en la opinión del viejo mariscal, todo lo más servía para ministro de Correos. Comienza así el gobierno

nazi, con una apariencia de legalidad que sería decisiva para la legitimidad del régimen y su aceptación por parte de la población alemana.

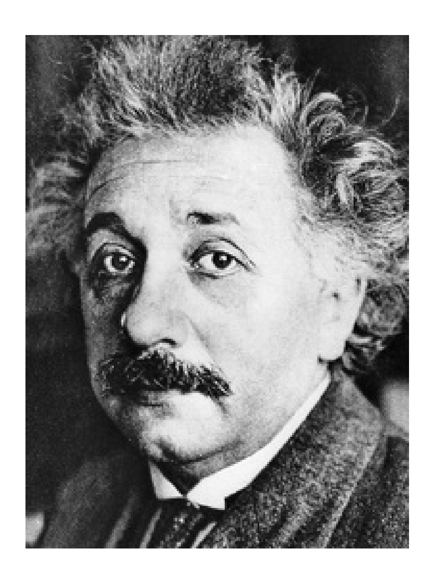
Una vez conquistado el poder, el ejercicio del mismo por los nazis se encaminó rápidamente hacia la aplicación de sus principios ideológicos básicos. El primer objetivo es la obtención de poderes extraordinarios para el *Führer,* lo que logran los nazis en marzo de 1933, con los votos favorables de la mayoría del *Reichstag*, incluidos muchos socialdemócratas. Es posible que en ello haya influido el ambiente de gran violencia en que se había celebrado la primera (y última) convocatoria electoral realizada por Hitler como canciller: incendio provocado del *Reichstag*, ilegalización del Partido Comunista, disolución del resto de los partidos y sindicatos, a excepción del Partido Nazi. A continuación, Hitler reforzó todavía más su autoridad sobre el partido, a través de la "noche de los cuchillos largos" (30 de junio de 1934): los principales dirigentes de las SA, que cada vez eran más incompatibles con el ejército regular, fueron asesinados, así como algunos otros dirigentes políticos (Strasser, Schleicher). También comenzó la política antisemita, con el boicot a establecimientos de los judíos, así como una intensa política de propaganda y de control de la cultura y los medios de comunicación, dirigida por Goebbels.

La estrategia de los nazis en su primera fase de ejercicio del poder fue ir transfiriendo progresivamente la estructura del partido a la administración del Estado, en una tarea de ocupación de los centros neurálgicos del poder. El proceso comienza con la encomienda a miembros del partido de tareas básicas en la organización del estado hitleriano, que las desempeñaban de forma paralela al funcionamiento de la administración, a través de "oficinas" especializadas. De la policía y control social se ocupan las SS *(Schutzstaffel)* de Himmler; de la planificación económica, a través del Plan Cuatrienal, Goering; de la política exterior, Von Ribbentrop. Esto es lo que ha permitido definir el régimen como una "policracia" o agregado de poderes, donde el único dirigente indiscutido era el propio Hitler. De hecho, tal era la diversidad de centros de decisión, que el propio Consejo de ministros acabó por dejar de celebrar reuniones (la última tuvo lugar el 5 de febrero de 1938). Pero hacia esta fecha también se produce la confluencia de la administración tradicional y la creada por el partido. El ejemplo más claro es la entrada en el gobierno de Von Ribbentrop, que sustituye a Von Neurath como ministro de Asuntos Exteriores.

La transformación de la estructura del Estado afectó también a su organización territorial, con la supresión de competencias hasta entonces atribuidas a los *länder*. Pero el gran cambio efectuado por los nazis desde el

poder estribó en su capacidad para lograr la penetración social de las nuevas ideas. La continua alusión a los alemanes como pueblo superior o “pueblo de señores” *(Herrenvolk),* la política antisemita ejercida de forma sistemática desde 1933 y acentuada desde 1938 con el episodio de la “noche de los cristales rotos” o la divulgación propagandística de los logros del régimen tenían el objetivo de crear un vínculo estrecho entre pueblo y líder, lo que garantizaba no sólo la eliminación de la oposición sino el compromiso activo de la población con la política nazi. La pericia nazi en la movilización de masas fue enorme: en la reunión del partido en Núremberg, en 1934, participaron cerca de medio millón de personas. Pero allí donde no era suficiente la persuasión ideológica se empleaba una política de terror, a través de las SS y la policía política (Gestapo), para arrestar y eliminar a los disidentes. Antes del comienzo de la guerra y de la actuación contra las poblaciones de territorios ocupados se estiman en 350.000 los detenidos en Alemania. A ellos habría que añadir los exiliados, que fue una de las formas más frecuentes de resistencia al régimen nazi, como sucedió con muchos científicos e intelectuales que se refugiaron en otros países europeos y, sobre todo, en Estados Unidos de América. El caso más conocido es el del físico Albert Einstein.

ALBERT EINSTEIN (1879-1955)



Físico alemán conocido por ser el autor de la teoría de la relatividad y por sus aportaciones al conocimiento de la energía nuclear. Según una encuesta de la revista *Time* (31 diciembre 1999), ha sido el personaje más influyente del siglo XX. Nacido en Ulm, Alemania, de familia judía, cursó estudios en la Escuela Politécnica de Zúrich y comenzó trabajando en la oficina de patentes de Berna. En 1905 publicó “Sobre la electrodinámica de los cuerpos en movimiento”, artículo en el que está la

base de la teoría de la relatividad especial, condensada en la conocida fórmula de *E=mc2*, en la que establece la equivalencia entre la energía *(E)* y la materia, representada por la masa *(m)* y la velocidad de la luz en el vacío *(c)*. Sus descubrimientos se perfeccionaron posteriormente con la formulación de la teoría general de la relatividad, en 1915, lo que supuso la sustitución de la física de Newton, sobre todo a partir de 1919, cuando una expedición británica confirmó sus previsiones de que los rayos de luz cambian de dirección en presencia de campos gravitacionales.

En 1911 obtuvo la cátedra de Física de la Universidad de Praga y a finales de 1913 fue nombrado catedrático de la Universidad de Berlín. En 1916 publica la teoría general de la relatividad, base sobre la que se asienta la actual teoría del universo, la conocida como teoría del Big Bang. En 1921 recibió el Premio Nobel de Física. En 1933, al subir Hitler al poder en Alemania, Einstein se vio obligado a emigrar a Estados Unidos por su origen judío y su militancia antinazi y progresista. Cuando estalló la II Guerra Mundial se dirigió al presidente Roosevelt para alertarle del peligro de la física atómica alemana. Aunque se declaraba pacifista, fue uno de los impulsores del Proyecto Manhattan que se adelantó a cualquier otro y desembocó en la creación de las primeras bombas atómicas, que se lanzaron en 1945 sobre Hiroshima y Nagasaki, y cuyos fundamentos teóricos estaban contenidos en la teoría de la relatividad.

Posteriormente, y ante el cariz que tomaba la carrera de armamentos tras la II Guerra Mundial, alertó del peligro nuclear reafirmando sus posiciones pacifistas, fijó su residencia en el Institute of Advanced Study de Princeton, donde permaneció hasta su muerte el 18 de abril de 1955.

Las dos grandes áreas de gobierno a las que los nazis prestaron especial atención fueron la política económica y las relaciones exteriores. La economía alemana bajo el nazismo se caracteriza por sus objetivos de desarrollo autárquico y de fortalecimiento de la industria bélica. Para ello se concibieron ambiciosos planes de construcción de autopistas y de apoyo a la industria pesada y química, que propiciaron la eliminación del paro, la recuperación hacia 1936 de los niveles de producción industrial anteriores a la crisis y el rearme del ejército alemán.

La política exterior era para Hitler mucho más importante todavía que la interior, lo que ya constituía una tradición del Imperio alemán desde la época de Bismarck. El objetivo prioritario de esta política era lograr la revisión de los acuerdos del Tratado de Versalles, el control de la frontera del este y la aplicación de las ideas del pangermanismo. Las sucesivas medidas tomadas por Hitler en este campo son cada vez más precisas. Comienzan con el abandono de la Sociedad de Naciones, sigue con la ocupación de las zonas desmilitarizadas de Renania y terminan con las anexiones de Austria y Checoslovaquia. Todo ello respondía a un mismo esquema: la constitución de Alemania como gran potencia en la Europa central, en la *Mitteleuropa*. Con el pacto germano-soviético de agosto de 1939 se cierra esta etapa. La inmediata invasión de Polonia y el estallido de la II Guerra Mundial abren otra, cuyo final trae también la

destrucción de la experiencia vivida por Alemania bajo el dominio de Hitler.

La experiencia del fascismo en la Europa de entreguerras fue tan intensa como traumática. Durante los años treinta, los países europeos democráticos intentaron en vano una política de "apaciguamiento" frente a las sucesivas exigencias expansionistas y revisionistas del régimen de Hitler, porque también temían la potencia de la URSS y su influencia en Occidente a través de la Komintern y de su estrategia de los frentes populares. La política de no intervención respecto de la Guerra Civil española fue el mejor ejemplo no sólo de cálculo político, sino de indiferencia moral frente al avance de un nuevo régimen de inspiración fascista, como era el representado por la España de Franco. De este sueño despertó Europa en septiembre de 1939, primero con el pacto germano-soviético y, una semana más tarde, con la invasión de Polonia por Alemania y su inmediato reparto entre aquélla y la URSS. Comienza con ello la II Guerra Mundial, de nuevo con el espacio europeo como principal escenario del conflicto. Aún faltaban casi dos años para que el fascismo representado por las potencias del Eje (Alemania, Italia y Japón) se quedase ya sólo en el campo de batalla, convertido en el "enemigo común" de las democracias occidentales y del socialismo soviético, cuando desde 1941 se unen los esfuerzos de las democracias occidentales, incluido EE UU, con la URSS de Stalin en su lucha contra el Eje. Para entonces, las esperanzas forjadas en los años treinta de entendimiento con el fascismo se habían disipado definitivamente. Una nueva sociedad y una nueva política surgirían de entre los escombros de la guerra, con el triunfo de la democracia y el ocaso del fascismo, combatido no sólo políticamente sino, y sobre todo, moralmente. De ello nos ocupamos en las páginas que siguen.

CAPÍTULO 10

LA CRISIS INTERNACIONAL DE LOS AÑOS TREINTA. LA II GUERRA MUNDIAL

LAS FISURAS DE VERSALLES. EL PACTO DE LOCARNO

El Tratado de Versalles, firmado en 1919, planteó un futuro repleto de incertidumbres para la comunidad internacional. Las potencias aliadas victoriosas no supieron articular un espacio de paz duradero. Por un lado la crisis alemana, que se extendió al menos hasta 1924, puso de manifiesto la escasa consistencia de los tratados. Por otro, la actitud nacionalista francesa consideró la humillación alemana y el pago de reparaciones de guerra como las claves de su propia reconstrucción; conforme el gobierno francés se mostraba irreductible en sus exigencias, el nacionalismo alemán radicalizaba sus posturas.

Entre 1919 y 1924 Europa vivió una etapa de acusada inestabilidad, en la que se entremezclaban las dificultades de la reconstrucción económica de posguerra, los ecos de la Revolución Rusa, el papel que se asignaba a la vencida Alemania y el nacimiento de nuevas naciones, internamente complejas por su composición étnica y cultural. La Sociedad de Naciones, nacida al final de la I Guerra Mundial, mostró desde sus orígenes, a pesar de su vocación arbitral, una manifiesta incapacidad para asegurar un sistema de seguridad colectiva que consolidase lo que en términos actuales denominamos sociedad internacional. A esta inestabilidad, fruto de Versalles, se unía el nacimiento de la Rusia soviética, elemento de distorsión a lo largo de todo el periodo de entreguerras, cuya aparición provocó los recelos de las potencias capitalistas, y la puesta en práctica de un sistema de “cordón sanitario” que evitara la propagación de las ideas bolcheviques más allá de las fronteras del espacio ruso. En definitiva, en los años posteriores a Versalles el mundo se movía bajo las siguientes tensiones: el enfrentamiento entre los nacionalismos francés y alemán; el miedo a la expansión de la Revolución Rusa; la búsqueda por Gran Bretaña, siguiendo su política tradicional, de un equilibrio europeo, y las tendencias aislacionistas de Estados Unidos, país ya consolidado como primera potencia económica a escala

planetaria.

Sería un error interpretativo considerar la II Guerra Mundial únicamente como consecuencia de las cicatrices de Versalles, ya que a lo largo de los años veinte existieron las suficientes rectificaciones de los errores cometidos como para establecer una sociedad internacional pacífica. Los principales cuestionamientos a Versalles se produjeron entre 1919 y 1924, a causa del enfrentamiento franco-alemán. En diciembre de 1919 la derecha nacionalista francesa ganó las elecciones. Ante las dificultades de la reconstrucción económica, toda su política se basó en el pago de las reparaciones por parte de Alemania. En 1923, ante el incumplimiento de dichos pagos, Francia invadió la estratégica zona industrial del Ruhr. Alemania ordenó la resistencia pasiva, que se tradujo en un auténtico marasmo económico para el país y en una catastrófica hiperinflación que dejó marcado el ánimo de la sociedad alemana. Trauma que renació en 1929, aunque a corto plazo moderó las posiciones. En 1924 los principales países europeos reconsideraron las políticas de enfrentamiento puestas en práctica desde 1919.

Entre 1924 y 1929 surgió una nueva generación de líderes políticos cuya personalidad tuvo gran importancia en el desarrollo de los acontecimientos históricos próximos. En Francia, Aristide Briand sustituyó a Poincaré, máximo exponente del nacionalismo francés. En octubre de 1923 se había constituido un bloque de izquierda, con la participación de socialistas, radical-socialistas y radicales de izquierda, que ganó las elecciones de mayo de 1924. Con ello se abrió camino un discurso pacifista en cuyo último horizonte residía la utopía de una unión europea. En Alemania llegó al poder Stresemann. Briand y Stresemann estaban capacitados para sentar las bases de un sistema de comprensión franco-alemán.

Del 5 al 16 de octubre de 1925 tuvo lugar la Conferencia de Locarno, con el objetivo de ratificar de una manera concertada el Tratado de Versalles. Alemania, Gran Bretaña, Bélgica, Francia, Italia, Polonia y Checoslovaquia establecieron una serie de acuerdos que pusieron en marcha un sistema de seguridad colectiva auspiciado, en última instancia, por la Sociedad de Naciones. Por el pacto de Locarno Alemania, Bélgica y Francia se comprometían al mantenimiento del *statu quo* territorial y a la inviolabilidad de sus fronteras tal y como habían quedado establecidas en Versalles, actuando como garantes Gran Bretaña e Italia. Además, Alemania aceptó la desmilitarización de Renania. Los países participantes se comprometieron a aceptar el arbitraje internacional en caso de conflicto. El punto débil de Locarno estuvo en la negativa alemana a reconocer las fronteras orientales con Polonia y Checoslovaquia, pero se

consideró suficiente el compromiso germano de no recurrir a la fuerza para modificarlas. Como complemento, siguiendo su política de liderar las alianzas de los pequeños países de la Europa oriental, Francia firmó tratados de garantía con Polonia y Checoslovaquia.

Como consecuencia de Locarno, la Sociedad de Naciones quedó reforzada como poder arbitral. En septiembre de 1926, Alemania se incorporó a la Sociedad de Naciones. Los objetivos de Briand y Stresemann se habían cumplido. La generosidad del político francés, que en 1929 redactó un memorándum sobre una hipótesis de unión federal europea, marchó paralela al pragmatismo del político alemán. Este último, aunque de vocación nacionalista, era consciente de que el futuro de Alemania pasaba por la reconstrucción económica de su país, y de que para ello era esencial el entendimiento materializado en Locarno. En sus memorias, Gustav Stresemann va más lejos incluso a la hora de plantear que el espíritu de Locarno portaba el embrión de una unidad europea: "El porvenir solamente puede fundarse en la antigua Europa, cuya civilización tanto ha dado al mundo sobre la idea de la paz, de la solidaridad y de la colaboración de los pueblos; solamente puede fundarse en la confianza en un porvenir que nos enseñe a conocernos y a entender que a todos nos une un destino único". Cabe plantearse que Stresemann representaba el símbolo de lo que significaba por aquel entonces la República alemana nacida en Weimar.

Entre 1925 y 1929, coincidiendo con la consolidación de la República de Weimar, la sociedad internacional pasó por sus mejores momentos. Una ola de pacifismo invadió todos los países. Fruto de ello fue la firma del pacto Briand-Kellog el 27 de agosto de 1928. Frank Kellog era el secretario de Estado norteamericano. El pacto puso de manifiesto la constatación de una mayoritaria opinión pacifista. Por él se renunciaba a la guerra como instrumento para la resolución de los conflictos internacionales, contando con la adhesión de las principales potencias, incluidos Estados Unidos. Briand, apóstol de la reconciliación franco-alemana, Stresemann y Kellog diseñaron un futuro de paz bajo el arbitrio de la Sociedad de Naciones, que la crisis económica de los años treinta y el auge de los fascismos dejaría sin validez.

LA CRISIS DE LA SEGURIDAD COLECTIVA

La crisis de 1929 y sus consecuencias económicas y sociales son el telón de

fondo del inestable escenario de la política internacional durante los años treinta. El espíritu de Locarno hubiera exigido una estabilidad económica basada en la cooperación entre las principales potencias. El bienestar económico del periodo 1925-1929 estuvo impulsado por la corriente de capitales que desde Nueva York alimentó las economías europeas. La crisis de 1929 rompió este circuito y exacerbó los nacionalismos económicos. Esta coyuntura depresiva sirvió como caldo de cultivo de los fascismos y los nacionalismos autoritarios, frente a los cuales sólo hubo una frágil respuesta por parte de las potencias democráticas. En la inestabilidad internacional de los años treinta se conjugan, pues, la inestabilidad económica, la subida de Hitler al poder en Alemania, la aventura colonial italiana, los enfrentamientos interiores en los países democráticos y los cambios en la política japonesa, dentro de su vocación expansiva en Asia y el Pacífico.

El derrumbamiento del espíritu de Locarno trajo consigo el retorno de los fantasmas de Versalles. Especial importancia en este proceso tuvo el ascenso de Hitler a la Cancillería del Reich en enero de 1933 y la quiebra definitiva de la República de Weimar. Uno de los puntales que sustentaba el nacionalsocialismo, y el nacionalismo alemán en general, había sido el no reconocimiento de las cláusulas de Versalles. Más aún, los nacionalistas, en sus diversas variantes, nunca aceptaron la derrota alemana de 1918, a la que calificaron de “puñalada por la espalda” de socialistas y demócratas, es decir, de la plataforma política en la que se había apoyado la República de Weimar. Hitler y el nacionalsocialismo alimentaron el nacionalismo expansivo alemán a partir de dos premisas: la construcción de la nueva Alemania y la consecución del “espacio vital”. El nacionalismo alemán siempre había considerado inacabada la unificación de 1870, ya que millones de alemanes quedaron fuera de las fronteras del Reich, en los países de Europa oriental o en la Unión Soviética, con su República de los alemanes del Volga. Desde el pangermanismo de finales del siglo XIX, todos los discursos nacionalistas habían reivindicado la unión de estos alemanes en un solo espacio geográfico. Las cláusulas de Versalles, al determinar el desmembramiento de territorios alemanes, facilitaron la expansión y la socialización de estos discursos.

Por otro lado, Hitler había elaborado, en su obra *Mein Kampf*, las teorías del espacio vital en consonancia con el anterior problema. En su propaganda electoral había insistido en la necesaria rectificación del Tratado de Versalles. Nada más subir Hitler al poder, ésta fue una de las líneas de actuación de su política exterior, seguida de la negativa a pagar las reparaciones de guerra,

renegociadas sucesivamente desde 1924 en los planes Dawes y Young. En octubre de 1933 Alemania se retiró de la Sociedad de Naciones, como primer ataque a las formulaciones de la seguridad colectiva de la sociedad internacional y como paso previo a las deseadas rectificaciones que acabamos de aludir. Así, en 1935, después de un referéndum, la región del Sarre quedó reintegrada al Reich. Un salto cualitativo significó el restablecimiento, en marzo de 1935, del servicio militar obligatorio, base de la futura Wehrmacht, aunque Hitler se había cubierto las espaldas con la firma de un pacto de no agresión con Polonia, en enero de 1934. Por fin, el 7 de marzo de 1936 se produjo la remilitarización de Renania, con lo que quedaba alterada otra de las cláusulas básicas de Versalles.

Las principales potencias democráticas, sujetas a innumerables problemas económicos y al acoso interno de sus respectivos fascismos y nacionalismos antiparlamentarios, apenas respondieron a la política hitleriana. Se puso de manifiesto la falta de solidez de la Sociedad de Naciones y su incapacidad para concretar respuestas eficaces. Sin embargo, todavía habría sido el tiempo de una respuesta tajante frente a Alemania. Recién llegado al poder y todavía sin la cobertura de una industria de guerra, Hitler habría sido incapaz de hacer frente a una política internacional coordinada de repulsa.

La coordinación de las principales potencias se intentó vanamente más allá del marco de la Sociedad de Naciones. Entre el 11 y el 14 de abril de 1935 tuvo lugar la Conferencia de Stresa, en el norte de Italia. Se convocó precisamente como consecuencia de la denuncia de las cláusulas militares de Versalles por parte de Alemania en 1935. Sin conclusiones rotundas, Italia, Gran Bretaña y Francia mostraron su oposición a nuevas rectificaciones que alterasen el *statu quo* de Versalles. El político y diplomático alemán Franz von Papen hace en sus memorias hincapié en que la declaración de las tres potencias contraria a la abolición unilateral del Tratado de Versalles no significaba en absoluto el germen de un frente unido contra el rupturismo alemán. Señala Papen que Hitler tuvo "la suficiente intuición política para comprender que los intereses divergentes de las tres potencias abogaban contra una política unida". Pocos días después, el 2 de mayo, el gobierno francés firmaba un pacto de asistencia mutua con la Unión Soviética. Es objeto de debate hasta qué punto en Stresa se dejó las manos libres a Italia para su aventura colonial en Etiopía. En todo caso, la agresión italiana contra Etiopía marcó una nueva etapa en el juego de alianzas internacionales de los años treinta.

En efecto, el nacionalismo italiano, cuya memoria histórica hundía sus raíces en los fracasos africanos de finales del siglo anterior y en los desengaños de la

conclusión de la I Guerra Mundial, inició una nueva aventura colonial en Abisinia en 1935. A pesar de la resistencia etíope, Italia conquistó nuevos territorios que ponían en peligro las comunicaciones entre las colonias y territorios ingleses de influencia en África. Este hecho fue considerado como una conculcación del derecho internacional y condenado por la Sociedad de Naciones. Se impuso a Italia una serie de sanciones más nominales que efectivas, que provocaron el acercamiento entre Italia y Alemania. Este último país ya no estaría solo a la hora de cuestionar Versalles. La Guerra Civil española facilitó la aproximación y demostró la debilidad de las democracias europeas con su política de apaciguamiento. Alemania e Italia coincidieron en su apoyo a los militares rebeldes españoles.

El cuestionamiento de Versalles favoreció la colaboración entre dos regímenes fascistas cuyos objetivos finales no eran coincidentes. El proyecto nazi del “espacio vital” pasaba por su expansión hacia el este de Europa; en cambio, el fascismo italiano soñaba con el control del mar Mediterráneo, que sustituyera al secular dominio británico y que asegurase las comunicaciones con los nuevos espacios coloniales propugnados en África. Por otra parte, Alemania veía con buenos ojos la instauración de un régimen fascista en España que cercase a su enemiga tradicional, Francia, mientras que los italianos perseguían un control de las Baleares que dificultase las comunicaciones entre Francia y sus territorios africanos.

Como respuesta a la intervención alemana e italiana del lado de Franco, Francia e Inglaterra auspiciaron la política de no intervención en el conflicto español, que desvelaba su debilidad y, sobre todo en el caso de Francia, los enfrentamientos políticos interiores entre los partidos del gobernante Frente Popular y la derecha nacionalista. La Unión Soviética tomó partido por el gobierno legítimo de la República española. Además, Italia y Alemania encontraron en la guerra de España un campo abonado para la mejora de su armamento y de sus tácticas de guerra. En suma, la Guerra Civil española se inscribe en los antecedentes de la II Guerra Mundial por los enfrentamientos ideológicos que produjo, por las conclusiones políticas y bélicas a que dio lugar y porque coadyuvó a formalizar los bloques enfrentados desde 1939. Así, en octubre de 1936, Italia y Alemania firmaron un pacto, el Eje Berlín-Roma, ampliado posteriormente a Japón por el pacto anti-Komintern de noviembre de 1936. Una conjunción ya entrevista desde el mes de junio, cuando el conde Ciano fue nombrado ministro de Asuntos Exteriores de Italia. La estrategia de aproximación a la Alemania nazi del nuevo ministro tuvo como contrapartida el

reconocimiento alemán de las conquistas italianas en África.

Desde la Guerra Civil española y la conformación del eje Berlín-Roma, Alemania tuvo las espaldas cubiertas para su política expansionista. Entre 1937 y 1939 se produjo una secuencia ininterrumpida de éxitos de la política expansiva nazi ante la impotencia de las democracias europeas. En primer lugar, a partir de 1937 la intensificación del rearme alemán es un hecho. La subordinación de la pujante economía alemana a la fabricación de armamento dio seguridad a las reivindicaciones. En segundo lugar, la progresiva conversión del Estado alemán al nazismo quedó completada con el relevo en las cúpulas del ejército de los viejos generales prusianos por los generales nazis. Un momento decisivo fue febrero de 1938, cuando Hitler se nombró a sí mismo comandante en jefe del ejército. Frente a esta sensación de pujanza de la Alemania nazi, las democracias europeas estaban sumidas en profundas contradicciones internas. Francia estaba dividida en dos bloques políticos contrapuestos: el Frente Popular, partidario, al menos teóricamente, de una política más decidida frente a las ambiciones alemanas, y la derecha tradicional, repleta de incertidumbres. En cualquier caso, Francia asumió de hecho una inferioridad militar con respecto a Alemania, que a la altura de 1937 no era ni mucho menos decisiva. En Gran Bretaña también se generaron opiniones contrarias: conservadores frente a laboristas, pero también divisiones en el seno de estos dos partidos. Todo ello llevó a la política de apaciguamiento, que fue interpretada por la Alemania nazi como una carta blanca a sus planes expansionistas y militaristas.

La incorporación de Austria al Reich fue significativa de esta situación. El *Anchluss* se produjo en marzo de 1938, sin mayores repercusiones exteriores. Más que la integración de Austria en Alemania cabe hablar de la unión entre los dos países o de la confluencia de dos estados de opinión. Sectores cada vez más amplios de la opinión pública austriaca se habían planteado la posible unión con Alemania desde años antes, pero las cláusulas de Versalles lo prohibían. Hasta la firma del eje Berlín-Roma, en octubre de 1936, Italia fue el garante de la independencia austriaca. Ya en ese momento en Austria funcionaba un régimen político dictatorial, instaurado por el nacional-católico Engelbert Dollfuss en 1934. Más proclive al fascismo italiano, Dollfuss defendía la independencia de Austria; en julio de 1934, el intento de golpe de Estado nazi que acabó con el asesinato de Dollfuss fue el primer ensayo de *Anschluss*. El envío de tropas italianas al Brennero frenó el intento. A partir de entonces se asistió a un incremento de la influencia de los nazis austriacos que desembocó en la unión con la Alemania nazi el 13 de marzo de 1938.

La marcha alemana hacia el este se centró a continuación en Checoslovaquia. En la región de los Sudetes checos vivían más de tres millones de alemanes, cada vez más influidos por la propaganda nazi. En principio Hitler reivindicó la incorporación de esta región al Reich, para posteriormente ampliar sus exigencias; parecía que por fin las democracias europeas iban a mostrar una posición concertada frente al dictador alemán. Sin embargo, una vez más, la política de apaciguamiento triunfó. En la Conferencia de Múnich, celebrada el 29 y 30 de septiembre de 1938, Francia y Gran Bretaña legitimaron la incorporación a Alemania de todas las regiones checas pobladas al menos con un 50 por ciento de alemanes. La paz quedó salvaguardada a costa de la viabilidad del Estado checoslovaco. Una nueva agresión alemana, en marzo de 1939, significó la desmembración definitiva de Checoslovaquia. La parte checa se transformó en el protectorado alemán de Bohemia y Moravia, mientras que Eslovaquia obtuvo una independencia relativa como estado subordinado a Berlín.

Los alemanes habían preparado esta progresiva expansión hacia el este desde 1934 a través de un conjunto de acuerdos económicos destinados a asegurar la dependencia de los países de la Europa oriental. En todos ellos funcionaban dictaduras nacionalistas que podían sentirse próximas al nazismo. Éste era el caso de Hungría, Bulgaria y Rumania. La depresión económica de los años treinta y el subsiguiente nacionalismo económico habían cerrado o dificultado el mercado mundial para muchos de estos países. Como resultado se produjo la convergencia con Alemania: los mercados alemanes garantizaron las exportaciones y la tecnología necesaria para el funcionamiento de sus economías. En términos de política internacional, las pequeñas alianzas con Francia se hundieron. Como las reivindicaciones territoriales alemanas no incumbían a Rumania, Bulgaria ni Hungría, el concierto con Berlín no fue cuestionado. Otra cosa era Polonia o el área báltica, países en los que se concentraron las apetencias alemanas después de Múnich. Alemania continuó con su estrategia de la tensión, que tan buenos resultados le había dado hasta entonces, ahora con Polonia, utilizando como coartada la reclamación sobre la ciudad libre de Dantzig y el enclave de población alemana de Memel, en Lituania.

Los resultados del acuerdo de Múnich de septiembre de 1938 habían aproximado el expansionismo nazi a las fronteras soviéticas. Las democracias occidentales parecían satisfechas de su política de apaciguamiento, porque el espacio vital hitleriano apuntaba hacia la Unión Soviética. Aquí reside la clave

para explicar el viraje de la política exterior soviética que se produjo a lo largo de 1939. La Unión Soviética había desarrollado una política exterior basada en el antifascismo. Sacó conclusiones de la posición del Partido Comunista alemán entre 1931 y 1933, que había facilitado el triunfo de Hitler. Fruto de esta vocación antifascista fue el diseño de los frentes populares a partir de 1935. El fracaso relativo de esta política y la marcha hacia el este del expansionismo alemán desembocó en 1939 en el cambio de política exterior. Durante este año vital surgieron dos estrategias diferentes: las potencias democráticas occidentales veían con alivio el alejamiento de sus fronteras del expansionismo alemán y evocaban, como mal menor, un enfrentamiento futuro entre la Alemania nazi y la Unión Soviética. La Unión Soviética, en pleno proceso de construcción del estalinismo, deseaba que el conflicto se alejara de sus fronteras y que el posible enfrentamiento implicara a la Alemania nazi con las democracias occidentales.

Hay que añadir otros dos fenómenos para comprender el complicado tablero de la política internacional de aquel 1939. Mientras las democracias occidentales seguían con su política de cordón sanitario respecto de la Unión Soviética para evitar la exportación de la revolución, la Rusia soviética y Alemania habían establecido acuerdos bilaterales en los años veinte. Ejemplo de ello fue el Tratado de Rapallo de 1922, en un momento en que Alemania y la Rusia soviética estaban excluidas de la sociedad internacional. En los años treinta, las diplomacias europeas llevaron un juego ambiguo con ambos países. Ante este complejo entramado no tiene por qué sorprender el pacto germano-soviético de agosto de 1939. En términos ideológicos parece *contra natura*, pero dadas las condiciones de la coyuntura queda revestido de una mayor lógica. El pacto, firmado por los ministros de Asuntos Exteriores de ambos países, Molotov y Von Ribbentrop, establecía en sus cláusulas el reparto de Polonia, garantías de seguridad bilaterales y el reconocimiento de la influencia soviética sobre las repúblicas bálticas. Los soviéticos siempre valoraron el reparto de Polonia como una especie de reparación histórica que les devolvía territorios de cultura rusa o afín que después de la I Guerra Mundial habían sido colocados bajo bandera polaca.

El expansionismo japonés se había manifestado en la intervención en Corea y la guerra ruso-japonesa de 1905. Tras un periodo de estabilización política de los liberales, el militarismo japonés resurgió con fuerza desde finales de los años veinte, marcando un ritmo similar y paralelo al nazismo alemán. El plan Tanaka de 1927, elaborado por el primer ministro del mismo nombre, planteó el esbozo de expansión japonés en el continente asiático. Coincidiendo con la depresión

económica iniciada en 1929, los clanes militares adquirieron cada vez más fuerza, elaborando una doctrina, el camino imperial, tendente a concentrar el poder absoluto en la figura del emperador y en su entorno militar próximo.

El primer acto de agresión japonesa en la década de los treinta tuvo como objetivo Manchuria, en el norte de China, considerada por Tokio como zona de espacio vital japonés. El punto álgido fue la ocupación de su capital, Mukden, en septiembre de 1931, y la constitución del estado satélite de Manchukuo en 1932. La condena, más simbólica que otra cosa, por parte de la Sociedad de Naciones, no evitó la política de hechos consumados. Además, Japón abandonó la Sociedad de Naciones en 1933. Un año después, Tokio denunciaba los acuerdos de Washington D.C., de 1922, que limitaban su fuerza naval. Es importante este punto, ya que el militarismo japonés relacionaba una futura expansión por el Pacífico con la construcción de una potente flota naval. La invasión de China en 1937 fue el segundo gran capítulo de la expansión japonesa en Asia. La falta de una acción coordinada de la sociedad internacional al respecto potenció el poder de los clanes militares próximos al emperador, situación consolidada con la subida al poder del general Tojo, en octubre de 1941, en los prolegómenos del ataque a la base norteamericana de Pearl Harbor, en diciembre del mismo año.

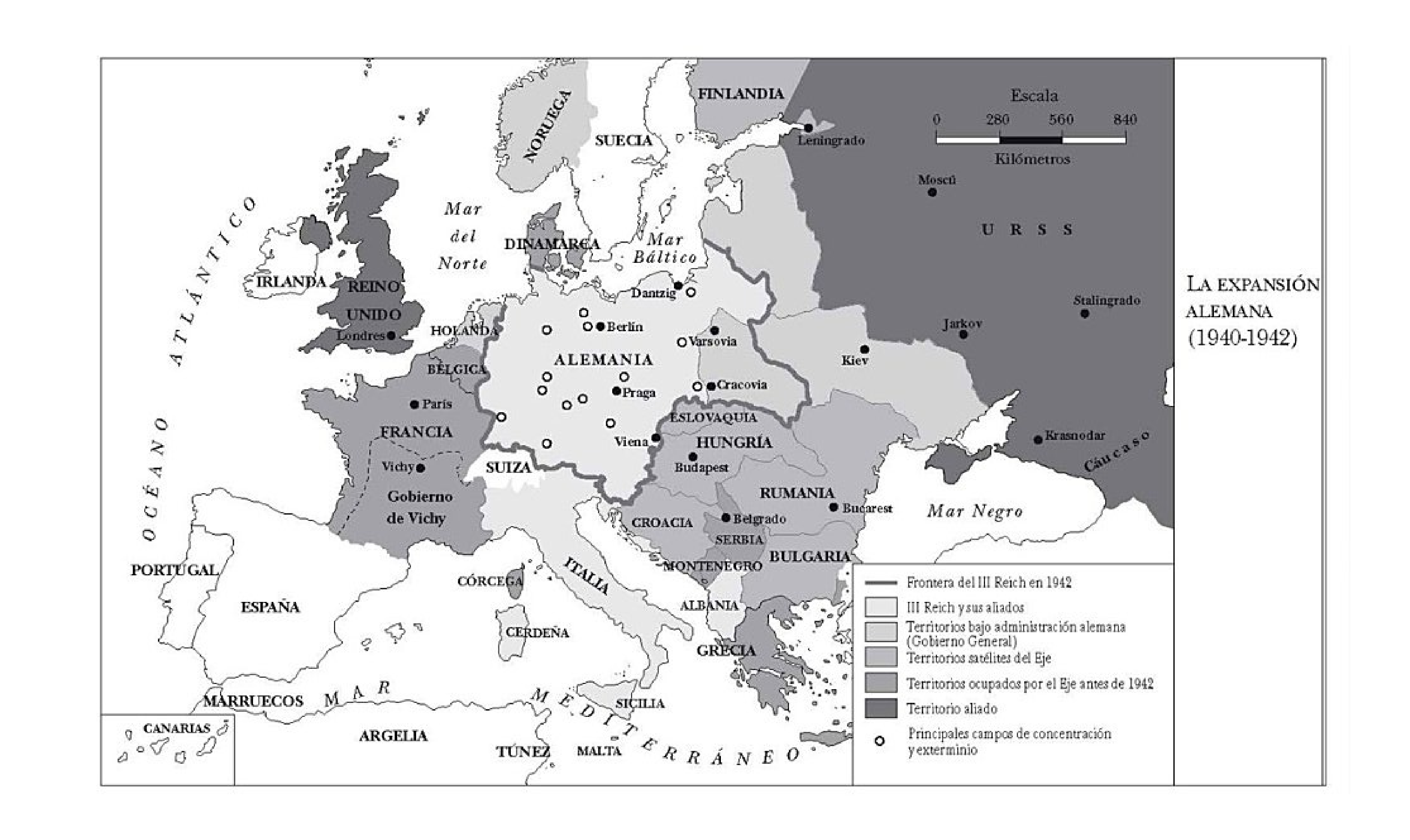
El desencadenamiento de la II Guerra Mundial. El orden nazi, 1939-1942

El 1 de septiembre de 1939, fecha en que Alemania invadió Polonia se considera el comienzo de la II Guerra Mundial. El pretexto último fue la reivindicación alemana de la soberanía sobre el estado libre de Dantzig, poblado mayoritariamente por alemanes. La firma del pacto de no agresión germano-soviético dejó las manos libres a Hitler para el inicio de una nueva aventura en la que suponía que las democracias occidentales responderían una vez más con su habitual política de apaciguamiento. Sin embargo, los compromisos adquiridos con Polonia determinaron unas posiciones tajantes de Gran Bretaña, que Francia secundó. El 2 y el 3 de septiembre declararon la guerra a Alemania. Detrás de esta declaración subyacía la esperanza de frenar a Hitler mediante una negociación. Los bloques enfrentados habían quedado configurados desde el fin de la I Guerra Mundial. Por un lado, Francia y Gran Bretaña, como piezas principales del bloque aliado, al cual se sumaron en 1941 la Unión Soviética y Estados Unidos. Por otro lado, Alemania y los países de la Europa oriental que estaban bajo su influencia, como Rumania y Bulgaria y la colaboración de

Hungría; en 1940, Italia entró en la guerra y en 1941 lo hizo Japón, siguiendo la lógica del eje Roma-Berlín-Tokio.

La II Guerra Mundial fue el primer gran conflicto planificado científicamente, en el que se pusieron la ciencia, la técnica y la economía al servicio de la guerra. Este hecho fue más visible en los casos de Alemania y Japón, que a lo largo de los años treinta habían subordinado sus recursos a la creación de una estructura económica para la guerra. De ahí que en los inicios de la misma, la superioridad militar germana fuera arrolladora. Además, el alto Estado Mayor alemán confeccionó desde 1934 una estrategia militar ofensiva que contenía elementos de novedad. Así diseñó la guerra relámpago, la *blitzkrieg*, basada en la utilización del carro de combate como instrumento autónomo, y no como mero auxiliar de la infantería. Una estrategia muy válida para las llanuras de Europa central y oriental, que permitió doblegar la resistencia del ejército tradicional polaco en pocos días. Conforme avanzó el conflicto, nuevos aportes permitieron la construcción de nuevas armas de guerra. De singular importancia fueron el radar, por parte británica, los sistemas dirigidos, las bombas volantes alemanas V-1 y V-2, y la energía atómica por parte de Estados Unidos, así como el desarrollo de la aviación a gran escala.

Hasta 1941, la superioridad cuantitativa y cualitativa del ejército alemán fue evidente. Una poderosa industria de guerra producía continuamente los artefactos necesarios. Además, la estrategia militar alemana arrolló las concepciones defensivas del ejército francés, materializadas en la línea Maginot, concebida como línea defensiva francesa en el río Rin. La II Guerra Mundial, pues, tuvo como espacios el frente, la fábrica, el laboratorio y la retaguardia, punto este último de singular importancia. La ruptura de la moral en la retaguardia se valoró como un instrumento decisivo para la victoria. Cuando al final de la guerra se estableció el balance de víctimas, un porcentaje próximo al 40 por ciento correspondió a la población civil. El ejemplo más claro de esta guerra psicológica fueron los bombardeos masivos y la violación de la Convención de Ginebra respecto de la población civil de los países ocupados.


LA EXPANSIÓN ALEMANA (1940-1942)
Escala
0 280 560 840
Kilómetros
FINLANDIA
NORUEGA
SUECIA
Leningrado
Moscú
URSS
Stalingrado
Jarkov
Kiev
Krasnodar
Cáucaso
Mar Negro
OCÉANO ATLÁNTICO
IRLANDA
REINO UNIDO
Londres
Mar del Norte
DINAMARCA
Mar Báltico
Dantzig
HOLANDA
BÉLGICA
París
FRANCIA
Vichy
Gobierno de Vichy
ALEMANIA
Berlín
Varsovia
Cracovia
Praga
Viena
ESLOVAQUIA
HUNGRÍA
Budapest
SUIZA
RUMANIA
Bucarest
CROACIA
Belgrado
SERBIA
BULGARIA
MONTENEGRO
ALBANIA
GRECIA
ITALIA
CÓRCEGA
CERDEÑA
SICILIA
MALTA
PORTUGAL
ESPAÑA
MARRUECOS
ARGELIA
TÚNEZ
CANARIAS
MAR MEDITERRÁNEO
Frontera del III Reich en 1942
III Reich y sus aliados
Territorios bajo administración alemana (Gobierno General)
Territorios satélites del Eje
Territorios ocupados por el Eje antes de 1942
Territorio aliado
Principales campos de concentración y exterminio

Incapaz de resistir el doble avance alemán y soviético, Polonia fue ocupada en pocos días. Durante varios meses, las operaciones militares quedaron en suspenso, algo que los franceses denominaron como la *drôle de guerre*. La amenaza de la plena ocupación de Noruega por tropas anglo-francesas reanudó el conflicto. Sucesivamente, los alemanes ocuparon Dinamarca y Noruega el mes de abril de 1940. A principios de mayo se inició la campaña en la Europa occidental. El preludio fue la ocupación de Holanda y de Bélgica, sin declaración previa de guerra, y tras el uso masivo de la aviación (bombardeo de Rotterdam). Ante la dificultad de avanzar por el canal de la Mancha por la resistencia francesa y del ejército británico expedicionario, el ejército francés fue sorprendido en la zona montañosa de las Ardenas. Desde este momento, la penetración alemana en Francia se hizo incontenible. Después de la ruptura de la línea defensiva Weygand, las tropas alemanas ocuparon París el 14 de junio. Por fin, el 22 de junio, los franceses solicitaron el armisticio, que fue firmado en Compiègne. Alsacia y Lorena se reincorporaron a Alemania, la costa atlántica y el norte fueron ocupados por los alemanes y en el centro-sur se instaló el régimen colaboracionista de Vichy, encabezado por el anciano mariscal Pétain que recibió plenos poderes de la Asamblea Nacional francesa, configurando una suerte de dictadura que desmanteló progresivamente el régimen republicano. Régimen que consiguió, en sus primeros tiempos, un apoyo considerable de amplios sectores de la sociedad francesa, sobre todo de los grupos más conservadores, cuya beligerancia hacia la política del Frente Popular, desde junio de 1936, había ido larvando un espíritu sintetizado en el lema “Hitler mejor que Léon Blum”.

Esta campaña relámpago de Occidente dejó a Gran Bretaña como único oponente de la Alemania nazi. Apoyada en la insularidad y la supremacía naval, Gran Bretaña resistió los masivos ataques aéreos alemanes, sin que los esbozos de planes de invasión llegaran a cuajar por parte alemana. Durante el segundo semestre de 1940 y la primavera de 1941, Hitler se planteó pactar con los británicos el final de la guerra. Se trataba de conformar dos grandes zonas de influencia que reservasen para Alemania el desarrollo del orden nazi en el Viejo Continente y para Gran Bretaña la seguridad del Imperio. La política de resistencia simbolizada en el primer ministro británico Winston Churchill y en su gobierno de unidad nacional con los laboristas, constituido el 10 de mayo de

1940, alargó el curso de la guerra.

WINSTON LEONARD SPENCER CHURCHILL (1874-1965)



Primogénito de Randolph Henry Spencer, que había desarrollado una densa carrera política en el ala progresista de los torys, manifestando frecuentemente sus discrepancias con el programa oficial del partido. Un estilo cargado de independencia que heredó su hijo. Winston Churchill no sobresalió en sus estudios en el College de Harrow y fracasó dos veces en el concurso de ingreso para la academia militar de Sandhurst, donde por fin consiguió el diploma de oficial de caballería en 1894. Su actividad periodística como corresponsal de guerra en Cuba, India, Sudán y África del Sur fue mucho más brillante. Comenzó su carrera política en 1900 como diputado conservador por el distrito de Oldham, pero sus discursos librecambistas le llevaron a las filas del Partido Liberal. Defendió el Home Rule para Irlanda y la concesión de autonomía a las repúblicas bóers surafricanas. Desde 1908 a 1915 fue sucesivamente ministro de Comercio, del Interior y primer lord del Almirantazgo, puesto del que dimitió después del fracaso de la expedición de los Dardanelos en 1916, de la que había sido principal animador. Después de servir como oficial en el frente francés desempeñó la cartera de municiones en julio de 1917 en el gobierno de coalición encabezado por Lloyd George y el ministerio de la Guerra entre 1919 y 1921. En la evolución ideológica de Churchill tuvo una gran repercusión el desencadenamiento de la Revolución Rusa y en general en los avances del socialismo; de aquí su posición favorable a la intervención en Rusia contra los bolcheviques. Churchill se sentía incómodo en las filas del Partido Liberal, al que consideraba tibio en estas cuestiones. En 1924 volvió a integrarse en el seno del Partido Conservador, gestionando la cartera de Hacienda hasta 1929, con medidas tan controvertidas como la vuelta al patrón oro en 1925 que levantó las críticas de Keynes. Durante los años treinta la figura y el pensamiento de Churchill no se desligaron del ambiente político y económico de crisis. Dedicado a la escritura, su voz en el Parlamento clamó contra el comunismo y luego, tras unos titubeos iniciales, contra el nazismo, aunque su valoración del fascismo italiano fue más favorable. Acabó, pues, mostrándose contrario a la política de apaciguamiento frente a Hitler, característica de los gabinetes conservadores. Como minoría crítica dentro del partido se opuso a los acuerdos de Múnich de 1938. Los acontecimientos posteriores confirmaron los temores de Churchill. Durante la II Guerra Mundial el político británico llegó a su cenit como símbolo de la resistencia y del orgullo del Imperio británico. Desde el 10 de mayo de 1940 dirigió el gobierno de coalición (“sangre, sudor y lágrimas”), gestionando una política de guerra que contemplaba una aproximación a Estados

Unidos. A pesar de su anticomunismo, la invasión alemana de la URSS también le acercó a Stalin. La firma de la carta del Atlántico con el presidente Roosevelt y los acuerdos de Teherán y Yalta comenzaron a diseñar la posguerra. En 1945 Churchill perdió las elecciones británicas frente a los laboristas de Attlee justo en el momento en el que se estaba celebrando la conferencia de Potsdam. No obstante, su prestigio internacional continuó intacto. Partidario de incrementar la cooperación internacional y de consolidar la organización defensiva del Atlántico, analizó el contexto de los factores que conformarían la guerra fría, haciendo hincapié en el peligro soviético y en la división de Europa (el telón de acero). En 1951 volvió a presidir un gobierno conservador. Se retiró de la política en abril de 1955. En 1953 había obtenido el Premio Nobel de Literatura por sus escritos históricos y políticos, entre los que destacan sus *Memorias de la guerra* o el estudio biográfico sobre Marlborough, antepasado suyo del siglo XVIII.

Durante los años de la expansión nazi, la Europa ocupada estuvo subordinada al interés alemán. Se creó un discurso político justificativo del orden nazi que postulaba la construcción de una Nueva Europa dependiente de Berlín. Aprovechando el miedo al comunismo de los grupos conservadores europeos, los alemanes utilizaron como coartada la “cruzada contra el bolchevismo”. En realidad la expansión nazi se tradujo en una subordinación económica a Alemania que resolviera a la par el esfuerzo bélico y el espacio vital del pueblo alemán. Bien a través de la administración directa del ejército o de la constitución de gobiernos colaboracionistas, toda la Europa ocupada fue económicamente explotada en materias primas, productos alimentarios y fabriles y mano de obra. Este último caso representó el traslado forzoso a Alemania de millones de trabajadores de toda Europa. La formación de gobiernos colaboracionistas respondió tanto al rápido avance alemán y al desplome de las estructuras políticas anteriores como a las divisiones políticas y sociales de muchos países europeos, en los que los sectores nacionalistas conservadores fueron proclives a la colaboración como había pasado en Francia con el mariscal Pétain y como ocurrió en Noruega con el gobierno Quisling; en Bélgica, con Degrelle, en Holanda, con Mussert o en Croacia con Ante Pavelic.

El orden nazi se fundamentó en una violenta represión, con dos grandes componentes: el político y el racial. El sistema de campos de concentración y de exterminio fue su espacio físico. Allí fueron asesinados o explotados hasta la muerte millones de judíos, soviéticos, polacos, comunistas y gitanos. La “solución final” decidida en la conferencia de Wannsee, en enero de 1942, llevó hasta sus últimos extremos la política nazi de exterminio. Los campos de Auschwitz, Sobibor, Treblinka o Mauthausen son los símbolos del horror y de la barbarie nazi; la concreción del universo de campos de concentración nazi en el

que prevalecía, en palabras del Dalton Trumbo en *La noche del Uro*, la "locura, la locura final, el apareamiento de ciencia y satanismo, política y teología, amor y muerte, a una escala jamás vista antes en Europa".

Frente al colaboracionismo y la ocupación alemana pronto surgieron los movimientos de resistencia. Hasta 1943 su radio de acción fue muy limitado, pero a partir de las derrotas alemanas se extendió su influencia. En ellos participaron comunistas, socialistas, demócratas, y cristianos progresistas, que entorpecieron la logística militar de la operación o se enfrentaron decisivamente a ella. La resistencia francesa se estructuró en un primer momento alrededor de la figura del general De Gaulle, que en junio de 1940 se había negado a aceptar el armisticio con los alemanes. En torno a De Gaulle se aglutinaron algunos militares renuentes a aceptar la derrota y políticos comprometidos con el Frente Popular de 1936. El papel de la resistencia francesa alcanzó su máximo exponente con el desembarco aliado en las playas de Normandía en junio de 1944. Especial importancia tuvo también el movimiento partisano yugoslavo, dirigido por el comunista Tito, al convertir la zona de los Balcanes en un frente de guerra permanente, que distrajo hombres y recursos alemanes, susceptibles de ser utilizados en otros espacios bélicos.

En 1941 se desencadenaron dos acontecimientos que cambiarán definitivamente el curso de la guerra: el ataque alemán a la Unión Soviética, sin cerrar el frente británico, y el ataque de Japón, aliado de Alemania, sobre las islas Hawai y la consecuente entrada de Estados Unidos de América en la conflagración. Se abrirá así la época de los grandes frentes, esencialmente en lo referido a las llanuras rusas y al océano Pacífico, que redundarán paulatinamente en la derrota del Eje. Así, durante 1942-1943 los reveses de Stalingrado con la victoria soviética sobre las tropas alemanas, y Midway, con la derrota de la flota japonesa frente a Estados Unidos, significarán el giro definitivo de la contienda a favor de los aliados. Durante esta segunda fase de la guerra y hasta el final se desarrollan las nuevas tácticas de fuerzas acorazadas que, aparte de los tanques, requerían el apoyo de otros cuerpos militares integrados en los propios regimientos, incluyéndose la utilización de vehículos oruga. Paralelamente, se pondrán en marcha nuevas concepciones de unidades aerotransportadas y anfibio que resultarán esenciales en el desembarco aliado de Normandía y en la reconquista de las Filipinas durante 1944. En el mar los portaaviones irán sustituyendo en importancia estratégica a los acorazados por la ventaja de la cobertura aérea, circunstancia que ralentizó paulatinamente los ataques del Eje sobre los convoyes de abastecimiento. Sin embargo, no olvidemos que durante

esta conflagración, si bien la producción de acero y de otros metales creció vertiginosamente en relación con la contienda anterior, también lo hicieron los porcentajes de pérdidas materiales y, de manera especial, el volumen de buques hundidos, con un total entre 1939 y 1945 de 34 millones de toneladas.

En la Europa de 1941, la estrategia alemana estuvo dirigida a ampliar su influencia política en los Balcanes y Centroeuropa, con el fin de asegurar una plataforma de estabilidad que hiciese más operativo el futuro ataque a la Unión Soviética, sobre el que empezaron a trabajar los estrategas alemanes desde el otoño de 1940. Entre noviembre de 1940 y marzo de 1941 se firmaron varios pactos entre Alemania, Hungría, Rumania, Eslovaquia, Bulgaria y Yugoslavia, que ocasionaron cambios territoriales entre estos países. El golpe antinazi del rey Pedro II de Yugoslavia a finales de marzo de 1941 motivó la invasión alemana. Grecia, que ya había sido atacada por Italia en octubre de 1940, fue ocupada por las tropas del Eje en abril de 1941. Por fin, el 1 de junio de 1941, la isla de Creta cayó en poder de los alemanes.

África había constituido en 1940 un teatro secundario de operaciones, pero desde 1942 se transformó en una excelente plataforma de los aliados para invadir Italia. Partiendo de sus bases en Libia, los italianos habían invadido Egipto en septiembre de 1940. La contraofensiva británica provocó el envío de tropas alemanas: el *Afrika Korps* bajo las órdenes de Rommel. Entre marzo de 1941 y octubre de 1942, se sucedieron varias ofensivas y contraofensivas del Eje y aliadas, en las que brillaron con luz propia las concepciones estratégicas de la "guerra del desierto" de Rommel. El objetivo último era el control de las regiones petroleras del Oriente Próximo. Finalmente, la escasez de recursos por parte alemana implicó su derrota. La anexión de los territorios franceses de Túnez, Argelia y Marruecos a la causa aliada sirvió para establecer a finales de 1942 un sólido bastión desde Casablanca hasta El Cairo.

ERWIN ROMMEL (1891-1944)



Rommel, símbolo del ejército alemán durante la II Guerra Mundial, ya había demostrado su brillantez durante la Gran Guerra de 1914-1918, participando en diversos frentes, destacando su actuación en la batalla del Isonzo. Tras la derrota alemana, Rommel abandonó el ejército en 1918. Además de su valía militar, en la carrera de Rommel tuvo mucho que ver su adscripción de primera hora al nacional socialismo y su temprana relación personal con Adolf Hitler. Miembro de las fuerzas de asalto (SA), reingresó en el ejército tras la subida de Hitler al poder, siempre vinculado al Partido Nazi y colaborando en la formación militar de sus juventudes. En 1939 obtuvo el mando del cuartel general de Hitler. Participó en la batalla de Francia de 1940, lo que le valió el nombramiento de comandante del Afrika Korps en febrero de 1941. Experto en la guerra de blindados desarrolló en el desierto norteafricano sus concepciones bélicas. Especial relevancia tuvo la ofensiva de mayo-junio de 1942 que hizo retroceder a los británicos hasta El Alamein, a un centenar de kilómetros de las puertas del canal de Suez. La acción le valió el ascenso a mariscal y se convirtió en motivo básico de la propaganda nazi, elevándolo a la categoría de mito emblemático de militar alemán.

La entrada en escena del VIII ejército británico a las órdenes de Montgomery y el desembarco aliado en el espacio colonial francés del norte de África alteraron enormemente la correlación de fuerzas. Llegó el momento de la retirada. Rommel condujo los restos del Afrika Korps, volviendo a Alemania en marzo de 1943. Hasta octubre del mismo año estuvo adscrito al mando supremo del ejército alemán en Italia. En enero de 1944, ante la esperada invasión aliada, recibió el mando del grupo de ejércitos que cubría el amplio frente atlántico desde Holanda hasta el río Loira.

Colaboró en la preparación de la conjura contra Hitler, en la que estaba comprometido un grupo de jefes y oficiales del ejército. No lo hizo por motivos ideológicos, sino por puro pragmatismo del militar sabedor que la victoria en el campo de batalla ya es imposible. Persigue un objetivo que sirve de aglutinante para los conjurados: la firma de la paz con Gran Bretaña y Estados Unidos, y la continuación de la guerra contra la Unión Soviética dentro de un gran bloque anticomunista. Herido gravemente por un avión aliado el 17 de julio de 1944, no participó directamente en el complot del 20 de julio, aunque pagó su colaboración con el suicidio ordenado por un Hitler temeroso de abrir un proceso a un militar tan popular. En 1953 Liddell Hart publicó su diario personal bajo el título *La guerra sin odio*.

El pacto de no agresión germano-soviético de agosto de 1939 simplemente retrasó la invasión alemana de la Unión Soviética, pieza codiciada en su parte

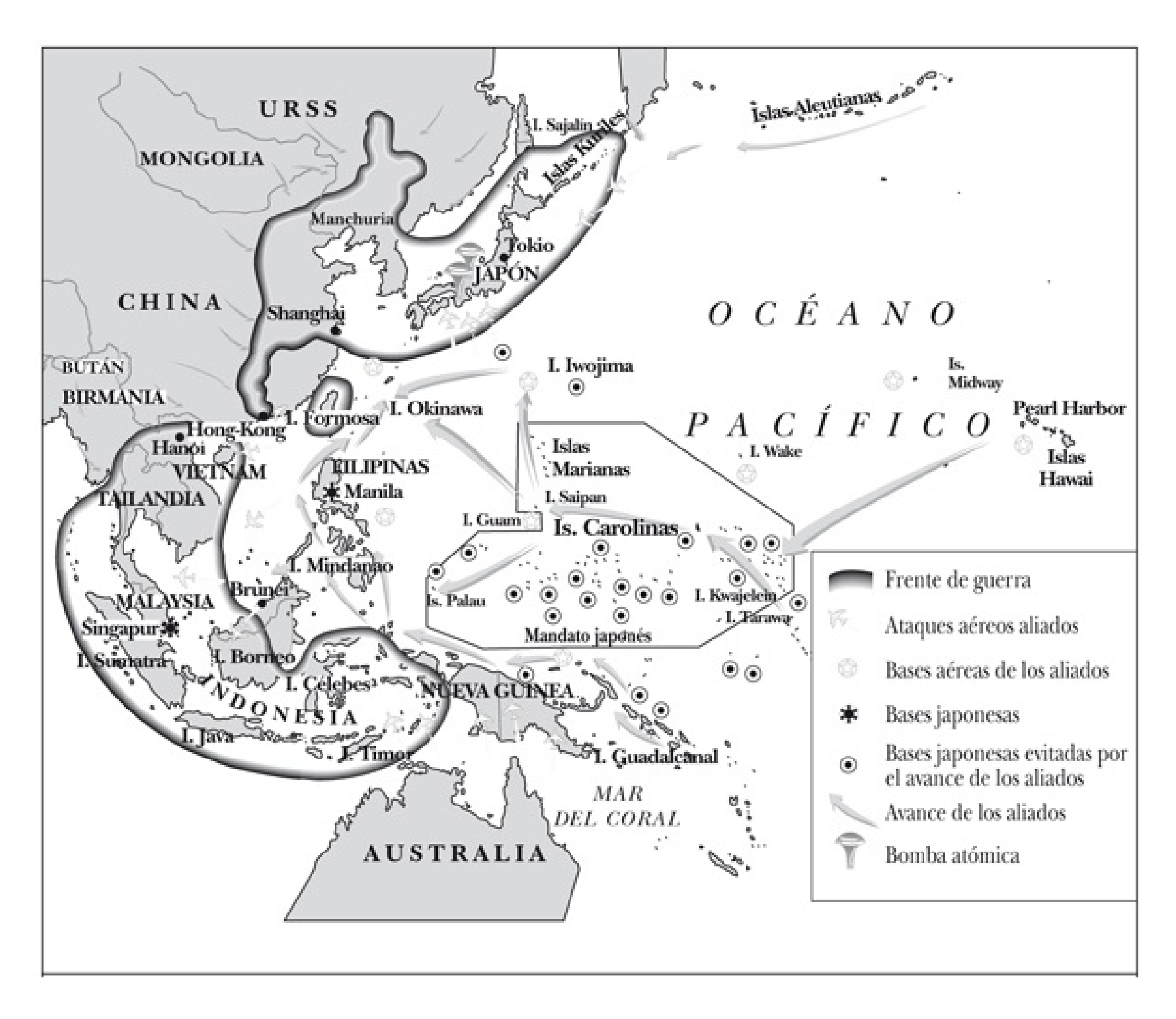
occidental por las teorías hitlerianas del espacio vital. Entre septiembre de 1939 y marzo de 1940, Stalin había integrado en la Unión Soviética, Letonia y Lituania, además de obtener ventajas territoriales en la guerra contra Finlandia. Los términos económicos del pacto germano-soviético, basados fundamentalmente en el intercambio de petróleo soviético por material bélico alemán funcionaban cada vez con más dificultades a lo largo de 1940.

La conquista alemana de los Balcanes y el incremento de la influencia política sobre los países danubianos prepararon la invasión de la Unión Soviética. El "plan Barbarroja" se inició el 22 de junio de 1941. En la ofensiva militar participaron más de tres millones de soldados alemanes auxiliados por contingentes rumanos e italianos.

La estrategia de ocupación del territorio soviético se planteó en una triple dirección: Leningrado y el control báltico en el norte; la conquista de Moscú en el centro y la ocupación de Ucrania y de las regiones industriales del Donetz en el sur. En los primeros meses el avance alemán fue incontenible pero la resistencia de Leningrado supuso el primer revés. El fracaso ante Moscú marcó el estancamiento de la ofensiva alemana. La llegada del riguroso invierno ruso suspendió las operaciones hasta la primavera de 1942, dando tiempo a la reorganización militar y económica soviética. En la primavera de 1942, como continuación de la ofensiva por el sur, el estado mayor alemán se planteó la conquista de Stalingrado y la llegada al Cáucaso, con la vista puesta en los recursos petrolíferos de la zona. La resistencia de Stalingrado se convirtió en la primera gran derrota alemana de la guerra, marcando el punto de inflexión del conflicto. En enero de 1943 se rendía el VI ejército alemán.

La subida al gobierno japonés del clan militarista del general Tojo en octubre de 1941 despejó el camino para la entrada de Japón en la guerra con dos objetivos territoriales: el sureste asiático y el área del Pacífico. El bombardeo por sorpresa y sin previa declaración de guerra de la base norteamericana de Pearl Harbor, en las islas Hawai, el 7 de diciembre de 1941, dio inicio a las operaciones. La respuesta norteamericana fue la declaración de guerra a Japón y por extensión a los demás países del Eje. Estados Unidos había ido superando lentamente en los últimos años de la década de los treinta su aislacionismo. La opinión pública norteamericana se había dividido con ocasión del estallido de la guerra en Europa. El equilibrio entre aislacionistas e intervencionistas se fue deslizando paulatinamente a favor de los segundos. Una inclinación que se había hecho efectiva en el incremento de las relaciones comerciales con Gran Bretaña y el progresivo distanciamiento de Alemania.

Respecto del área del Pacífico, Estados Unidos la consideraba como área de influencia propia, a partir de sus posesiones insulares, desde finales del siglo XIX. En diciembre de 1941, los dos países más influyentes en el área, Japón y Estados Unidos, entraban en conflicto. La estrategia japonesa se basó en la destrucción de la potencia naval norteamericana, que salió efectivamente malparada del bombardeo de Pearl Harbor, aunque las pérdidas pronto pudieron compensarse gracias al enorme potencial industrial americano. Hasta mediados de 1942, la iniciativa estuvo en manos japonesas. Igual sucedió en el sureste asiático, donde el avance contra las colonias británicas y holandesas resultó imparable. Sucesivamente, los japoneses conquistaron Hong-Kong, Singapur, Malaisia, Birmania e Indonesia, todo ello entre diciembre de 1941 y marzo de 1942. Por el lado del Pacífico, el avance japonés culminó con la conquista de Guam y de las Filipinas, cuya ocupación finalizó en abril de 1942 con la derrota del general MacArthur. La invasión de Nueva Guinea fue el primer paso para los siguientes objetivos: la conquista de Australia y la progresión hacia las costas norteamericanas del Pacífico. Sin embargo, la respuesta norteamericana produjo el primer viraje de la guerra en esta zona a mediados de 1942. La victoria norteamericana en Midway cerró la ruta de las islas Hawai y el estancamiento japonés en Nueva Guinea alivió la presión sobre Australia. A partir de 1943, coincidiendo prácticamente con el Stalingrado alemán, se iniciaba la reconquista estadounidense. La batalla de Guadalcanal, en febrero de 1943, fue una especie de Stalingrado japonés.



LA GUERRA DEL PACÍFICO
La inicial ventaja japonesa fue limada poco a poco por el lento avance del ejército aliado. El Pacífico era una zona vital para Estados Unidos y para los imperios europeos.

LAS DERROTAS DE ALEMANIA Y JAPÓN, 1943-1945

Stalingrado había significado el cambio de orientación de la guerra en Europa. El alto estado mayor alemán había planificado la conquista de la Unión Soviética siguiendo el modelo de la “guerra relámpago”, pero la inmensidad del territorio, el durísimo invierno y la resistencia de la población soviética echaron por tierra estos planes. A principios de 1943, la recuperación de la Unión Soviética en términos militares e industriales posibilitó la reconquista del país. La combinación de las ofensivas militares y del hostigamiento guerrillero no dio tregua al ejercito alemán. La derrota de las divisiones blindadas alemanas en Kursk precipitó la situación. En el verano de 1944, prácticamente todo el

territorio soviético quedó liberado. La resistencia soviética fue hábilmente conducida por Stalin. Como una continuación natural de la política nacionalista rusa, el gobierno soviético movilizó a la población a base de un discurso que exacerbaba los sentimientos nacionalistas, con el apoyo de la Iglesia ortodoxa.

La guerra en el frente oriental significó para el ejército alemán una auténtica sangría de hombres y recursos militares. La táctica soviética de la destrucción frontal del enemigo y el consiguiente debilitamiento de las posiciones alemanas en el frente europeo facilitaron el desembarco anglo-americano en las playas de Normandía, en junio de 1944, es decir, la apertura del tercer frente solicitado continuamente por el mando militar soviético a sus aliados, pero que éstos sólo se decidieron a poner en práctica cuando las tropas soviéticas comenzaron a amenazar el territorio alemán.

Desde la plataforma del norte de África los aliados conquistaron Sicilia entre julio y agosto de 1943. El 25 de julio Mussolini fue destituido como jefe del gobierno italiano, primer paso para la firma del armisticio entre Italia y los aliados, que se hizo efectivo el 8 de septiembre de 1943. Como respuesta, los alemanes ocuparon el país, en el que ya habían desembarcado las tropas aliadas. La resistencia alemana frenó el avance aliado y la guerra quedó estancada, durante mucho tiempo, a la altura de Nápoles. Se hacía preciso, pues, un tercer frente en Europa occidental que asegurase la penetración anglo-americana hacia Alemania. Las tropas aliadas, al mando del general Eisenhower, desembarcaron en las costas francesas de Normandía el 6 de junio de 1944. Fue la operación *Overlord,* una de las mayores movilizaciones de hombres y pertrechos bélicos de la historia. Vencida la primera resistencia alemana, los aliados accedieron al corazón de Francia. París fue liberado el 25 de agosto. Un nuevo desembarco aliado, en las costas de Provenza el 15 de agosto, facilitó la plena liberación de Francia y la retirada de los alemanes más allá del Rin como posible frontera natural defensiva. El fracaso de la contraofensiva alemana en las Ardenas durante la segunda quincena de diciembre de 1944 selló el último intento de recuperación alemana en el frente occidental. El fracaso del golpe contra Hitler, en julio de 1944, por parte de algunos círculos alemanes, permitió la continuación de la guerra hasta su desenlace final.

El último acto en Europa se desarrolló entre enero y mayo de 1945, en dos escenarios diferentes. En primer lugar, la gran ofensiva soviética en el frente oriental, ejecutada entre enero y febrero desde el río Vístula. Sucesivamente, Polonia quedó liberada y aislada la Prusia oriental. A finales de febrero las tropas soviéticas combatían en territorio alemán, acción completada desde mediados de

abril con la ofensiva a partir de los ríos Oder y Neisse. El 24 de abril se inició el cerco final de Berlín. En segundo lugar, las ofensivas anglo-estadounidenses desde la orilla izquierda del Rin alcanzaron su máxima intensidad a finales de marzo. Por fin, el 25 de abril, las tropas norteamericanas y soviéticas entraban en contacto en Torgau, a un centenar de kilómetros de Berlín. Igualmente, desde el mes de febrero hasta mediados de abril las tropas soviéticas habían liberado Hungría y ocupado la mayor parte de Austria y la antigua Checoslovaquia. El suicidio de Hitler el 30 de abril de 1945, la capitulación de Berlín el 2 de mayo ante las tropas soviéticas y la creación de un último gobierno del Reich, presidido por el almirante Doenitz, marcaron el fin de la guerra en Europa. Los días 7 y 8 de mayo se firmó la rendición incondicional de Alemania.

Después de la conquista de Guadalcanal por las tropas norteamericanas en febrero de 1943, la iniciativa bélica pasó a Estados Unidos, cuya enorme pujanza industrial y tecnológica fue decisiva. En la Conferencia de Washington, de mayo de 1943, quedó diseñada la estrategia norteamericana a base de dos ofensivas paralelas. Al norte se apuntaba directamente sobre Japón desde las islas Gilbert, Marshall y Marianas; al sur la ofensiva se dirigió desde Nueva Guinea hacia las islas Sonda y Filipinas. El avance nortemericano fue lento, pero constante, venciendo la tenaz resistencia japonesa. De isla en isla, las tropas norteamericanas fueron aproximándose al archipiélago japonés con dos batallas decisivas: Iwo Jima, en febrero de 1945, y Okinawa en abril. Con ello, los principales centros de Japón quedaron situados bajo el radio de acción de los bombarderos estadounidenses. Por el sur, la progresión norteamericana tuvo su momento culminante en la batalla de Filipinas, que se prolongó desde octubre de 1944 hasta la primavera siguiente. El general MacArthur pudo hacer así efectiva su promesa de volver a Filipinas en los momentos tristes de la derrota de 1941 en el mismo lugar. La utilización de la bomba atómica en Hiroshima y Nagasaki, el 6 y 9 de agosto de 1945 respectivamente, aceleró la derrota japonesa en el mismo momento en el que la Unión Soviética declaraba la guerra a Japón. La capitulación de Japón se firmó el 2 de septiembre de 1945.

LAS CONSECUENCIAS DE LA GUERRA

Comparada con otros conflictos bélicos, la II Guerra Mundial fue especialmente destructiva. El balance demográfico resulta significativo: 55 millones de personas murieron o desaparecieron, de los que la mitad eran civiles,

alejados de los frentes de batalla convencionales. Una catástrofe demográfica que se llevó por delante a seres humanos en la mejor edad para trabajar y procrear.

En el aspecto económico, conviene matizar el nivel de la destrucción. Para los vencidos fue, sin duda, un desastre, pero para los vencedores no siempre fue así. Un sector del campo aliado vio incrementada su riqueza como consecuencia del conflicto. Este fenómeno se produjo en aquellos países que no fueron teatro de operaciones bélicas, en casos como Canadá, Australia y, sobre todo, Estados Unidos, cuya renta nacional prácticamente se duplicó entre 1938 y 1945. Sin embargo, Europa quedó asolada. En la jerarquía de la destrucción aparece la Europa oriental en primer lugar, principalmente la Unión Soviética, Polonia y Yugoslavia. La tasa de destrucción fue inferior en la Europa occidental, haciendo la salvedad del caso alemán. Otros aspectos desoladores fueron la devastación de las ciudades, la desarticulación de las economías y la aparición de procesos hiperinflacionistas. A todo ello se unió en aquel año de 1945, pero no después, la ausencia de un proyecto multilateral de reconstrucción, vinculado a una asistencia mutua.

Las pérdidas humanas se incrementaron por los desplazamientos forzados de las poblaciones. Entre 1945 y 1947, los territorios de la Europa oriental fueron escenario de los mayores movimientos de personas de la historia del continente. Migraciones obligadas que, de hecho, se habían iniciado en 1940. Siguiendo la retirada de las tropas nazis, varios millones de alemanes fueron desplazados. Igual sucedió con un ingente número de rusos, bielorrusos, ucranianos y polacos, que retornaban a sus hogares o iban a ocupar las regiones despobladas por los alemanes.

Los cuatro jinetes del Apocalipsis asolaron Europa y el Pacífico, pero los centros científicos y los laboratorios de investigación, sobre todo en Estados Unidos, multiplicaron su quehacer. En este aspecto la Guerra Mundial aceleró el tiempo de la revolución científico-técnica, cuyo despegue ya se había producido durante los años veinte y treinta, al socaire de las rupturas epistemológicas que había traído consigo la formulación de nuevas teorías científicas. Los nuevos postulados del pensamiento científico y los avances técnicos, en vías de experimentación, encontraron un campo abonado para su desarrollo durante la guerra. El tiempo de la ciencia se acortó extraordinariamente. Los recientes inventos en el mundo de la química, en el sector de las comunicaciones o los progresos en el empleo de la energía nuclear configuraron un formidable marco capaz de ser aplicado tanto en términos económicos —para impulsar la

reconstrucción de la posguerra— como en el propio plano militar. Lo importante es que la solidez del entramado científico y tecnológico aseguraba su posterior reproducción ampliada hasta límites insospechados.

Como consecuencia de la guerra, las estructuras políticas anteriores a 1939 habían quedado obsoletas. En el curso de la contienda habían emergido nuevas realidades sociales, sobre todo en los países ocupados, como es el fenómeno de la resistencia. En la Europa occidental se observó un desplazamiento acusado de las viejas elites políticas. En Gran Bretaña los laboristas triunfaron en las elecciones de junio de 1945. En otros países continentales los políticos surgidos de los movimientos de resistencia, la mayoría procedente de los mundos ideológicos de las izquierdas, ocuparon puestos clave. Los sistemas políticos emergentes se fueron convirtiendo paulatinamente en democracias sociales. Fueron los embriones de los estados keynesianos, que alcanzarían su plenitud en la década de los cincuenta. Ya en la primavera de 1944 el general De Gaulle, cabecera de la Francia libre, explicitaba en sus discursos cuáles eran los fundamentos de la concepción de democracia social:

> … la que asegure orgánicamente a cada uno el derecho y la libertad de su trabajo, garantizando la dignidad y la seguridad de todos, en un sistema económico trazado con vistas a la valoración de los recursos nacionales, y no en provecho de intereses particulares, donde las grandes fuentes de la riqueza común pertenecerán a la nación; la dirección y el control del Estado se ejercerán con la colaboración regular de los trabajadores y los empresarios... Que las grandes fuentes de la riqueza común sean explotadas y dirigidas no ya para el provecho de algunos, sino para el beneficio de todos.

En la Europa del Este, la influencia del Ejército Rojo se convirtió en un hecho determinante; el periodo que transcurre entre 1945 y 1947 significó la transición hacia el establecimiento de sistemas políticos autoproclamados democracias populares.

Desde 1941 las potencias aliadas empezaron a planificar el sistema mundial de la posguerra, a través de una serie de conferencias internacionales. La primera de ellas tuvo lugar en agosto de 1941 con la firma de la Carta Atlántica, entre el primer ministro británico, Winston Churchill, y el presidente norteamericano, Franklin D. Roosevelt. En la conferencia de Casablanca de enero de 1943 ambos líderes plantearon la capitulación incondicional de Alemania. Vital importancia tuvieron las conferencias de Teherán, en noviembre de 1943; Yalta, en febrero de 1945, y Potsdam, en julio de 1945. Allí nació de hecho la política de bloques, al fijarse las respectivas zonas de influencia de Estados Unidos y de la Unión Soviética, así como el destino de Alemania y las líneas generales de las nuevas fronteras europeas. Por otra parte, el 26 de junio de 1945, en la conferencia de

San Francisco, nació la Organización de las Naciones Unidas (ONU). La carta fundacional fue firmada por cincuenta estados, que establecieron una organización supranacional cuyos principios básicos eran la preservación de la paz mundial, la defensa de los derechos humanos y el reconocimiento de la igualdad de derechos para todos los pueblos del planeta. Especial importancia tuvo este último punto, que alteró profundamente las estructuras coloniales de la preguerra.

SEGUNDA PARTE

PAISAJES DESPUÉS DE LA GUERRA

CAPÍTULO 11

LA GUERRA FRÍA

EL CONCEPTO DE GUERRA FRÍA

En 1947 Walter Lippmann, célebre periodista norteamericano, publicó un libro titulado *La guerra fría:* un estudio de la política exterior de Estados Unidos. Aunque no fuera el creador del término “guerra fría”, Lippmann colaboró en divulgarlo hasta tal punto que se ha convertido en un concepto clave para referirse a las relaciones internacionales desde 1947 hasta la década de los noventa. Pocos meses antes el británico Winston Churchill había utilizado otro término que igualmente llegó a conseguir una triste celebridad: “el telón de acero”, es decir, la línea que tras la II Guerra Mundial iba a separar dos bloque antagónicos, el este y el oeste, bajo la dirección, respectivamente, de la Unión Soviética y de Estados Unidos.

Por guerra fría entendemos una situación de tensión continua que emerge con fuerza de la inmediata posguerra y que va a enfrentar, en primer lugar, a dos superpotencias, Estados Unidos y la Unión Soviética, para extenderse posteriormente hasta adquirir una dimensión planetaria. En los años cincuenta ya están perfectamente configurados dos bloques liderados, respectivamente, por cada una de las potencias, con dos sistemas políticos, económicos y sociales totalmente opuestos. Más allá de estos dos bloques se encontraba un conjunto de países, en su mayoría pertenecientes al Tercer Mundo, autoproclamados “no alineados”; esta denominación hacía referencia al hecho de que no pertenecían a ninguno de los bloques pero, en realidad, sus respuestas siempre estuvieron condicionadas por la evolución global de la guerra fría. De hecho el neutralismo puro nunca existió, y la mayoría de los países que se proclamaban como tales acabaron por aproximarse a alguno de los dos bloques.

Aunque era un estado de tensión permanente, la guerra fría evitó la confrontación generalizada. Los casos de tensión extrema siempre se resolvieron por medio de conflictos localizados, desarrollados en espacios más o menos lejanos de los centros neurálgicos de las dos superpotencias. La tensión

permanente puso en marcha unas estrategias de acoso continuo al contrario que incorporaban la amenaza militar constante —tanto convencional como nuclear —, la confrontación ideológica y la guerra económica. La guerra fría fue algo más que una cuestión que afectase a las relaciones internacionales de los últimos cincuenta años: alteró profundamente el tejido social, económico y político del conjunto de países que forman la sociedad internacional. Igualmente, alteró la psicología colectiva de los pueblos, atemorizados por el miedo permanente a la guerra nuclear y el odio al enemigo como último elemento de legitimación de esta política bipolar. Así lo señalaba E. P. Thompson en su libro *Protesta y sobrevive*.

La guerra fría significó una organización de las relaciones internacionales y unas reglas del juego establecidas desde Washington y Moscú. Organización hecha añicos en la década de los noventa y que todavía busca nuevas alternativas. Siguiendo una cronología tradicional, cabe diferenciar tres etapas en la evolución de la guerra fría. Un primer periodo, de "máxima tensión", abarcaría desde 1947 hasta 1953 con dos escenarios principales, pero no únicos: la crisis de Berlín, en 1947, y la guerra de Corea entre 1950 y 1953. El fin del monopolio nuclear por parte de Estados Unidos, la muerte de Stalin y la subida de Dwight D. Eisenhower al poder abrieron el segundo periodo, que se extiende hasta el final de los años setenta, periodo denominado de "coexistencia pacífica", en el que las reglas del juego entre Moscú y Washington aparecen claramente fijadas y la negociación comienza a hacerse posible. Pero todo ello está salpicado por conflictos de máxima intensidad, como la crisis de los misiles cubanos en 1962 y la guerra de Vietnam, cuya máxima extensión se produjo entre 1968 y 1975. La subida de Reagan a la presidencia de Estados Unidos trajo consigo el "último rebrote" de la guerra fría. La ascensión de Mijaíl Gorbachov al poder en la URSS, en 1985, y la posterior disolución del bloque socialista significaron el final de la guerra fría.

Más allá de la política internacional, la guerra fría se convirtió también en una cuestión de política interior. En algunos países el esquema bipolar se trasladó al escenario nacional. Esta situación fue más intensa en los países situados en las zonas de confluencia de los dos bloques. Por ejemplo, los partidos comunistas de la Europa occidental nunca pudieron acceder al gobierno, aunque sus resultados electorales fueran elevados; el caso italiano sirve de paradigma. Las disidencias eran duramente reprimidas o, según las situaciones, marginadas. En la Europa oriental la guerra fría evitó las vías nacionales hacia el socialismo y, además, ayudó a consolidar la *nomenklatura* soviética a costa de la represión de revueltas

como las de Polonia y Hungría en 1956 o la checoslovaca de 1968. También fueron combatidas las disidencias en Estados Unidos: la "caza de brujas" llevada adelante por el senador McCarthy, a principios de los años cincuenta, es demostrativa de tal situación.

Cualquier instrumento era válido para sostener a gobiernos afines: presiones políticas, ayuda militar, asistencia técnica, subvenciones económicas, hasta llegar al grado último bajo la forma de intervención directa, bien provocando golpes de Estado o invasiones militares. El rosario de estas prácticas sería interminable de enumerar. Basten como ejemplo el derrocamiento de la experiencia reformista de Salvador Allende en Chile en 1973, la caída de Sukarno en Indonesia en 1965 o las intervenciones militares soviéticas en Angola y Mozambique, además de los casos extremos de Vietnam y Afganistán.

La guerra fría también ofrece una perspectiva económica. Ya hemos señalado que la consolidación de los dos bloques estableció unos lazos económicos que en Occidente significaron la consolidación del sistema capitalista y en el bloque del este la del socialismo estalinista. Aquí se trata de hacer mención de la importancia de la industria armamentística en el entramado económico mundial. La situación de alarma permanente provocó que las exportaciones de armamento se convirtieran en un negocio de suma importancia para los países desarrollados. Los gastos militares se incrementaron continuamente en todas partes, y suponían cada vez un mayor porcentaje del Producto Interior Bruto. La carrera de armamentos tuvo unas consecuencias especialmente nocivas para el Tercer Mundo. Mientras los países más ricos podían mantener perfectamente un elevado gasto militar y un alto nivel de vida —"cañones y mantequilla"—, los países pobres sustituían inversiones para el desarrollo y gasto social por gastos militares. Todo ello generó una espiral que ayudó a incrementar el descontento social en amplias áreas del planeta, el cual rápidamente era interpretado dentro de la lógica de la guerra fría.

En el ámbito del pensamiento y la cultura la guerra fría también causó estragos. Cualquier oposición, disidencia o reinterpretación fuera de los cauces oficiales fue considerada como una infiltración alentada por el enemigo. Ser tachado como "agente de Moscú" o del "imperialismo norteamericano" se convirtió en norma, más allá de los movimientos u operaciones orquestadas desde Moscú y Washington.

Un ejemplo convincente nos lo ofrece el nacimiento de las corrientes pacifistas alternativas o verdes en Europa occidental, cuyos orígenes respondían a demandas sociales, sobre todo determinadas por el miedo nuclear. Estados

Unidos siempre vio la mano de Moscú detrás de estos movimientos. Es cierto que Moscú veía con simpatía dichos movimientos de resistencia, porque se producían en el bloque enemigo, aunque no los tolerase en el suyo. No hay que olvidar que la URSS legitimaba la existencia del bloque socialista como garante de la paz y del derecho de los débiles frente a la agresión del "imperialismo yanqui". Por el contrario, los movimientos por los derechos civiles en los países del este de Europa —cuyo máximo exponente puede ser la Carta 77 tras la primavera de Praga de 1968— fueron valorados desde Moscú como meras expresiones de operaciones encubiertas de la Central de Inteligencia norteamericana (CIA), aunque también respondieron a demandas sociales. En Europa oriental, Estados Unidos se presentaba como el defensor del mundo libre.

LA GUERRA FRÍA Y LA PSICOLOGÍA DE LA DESCONFIANZA

Sin solución de continuidad, la guerra fría se encadenó con el fin de la II Guerra Mundial. Pronto se demostró que la cooperación entre los aliados vencedores resultaría imposible, lo que significaría el fracaso de las políticas pactadas en la serie de conferencias habidas durante la II Guerra Mundial o de la configuración de un sistema mundial de seguridad y cooperación basado en la Carta de las Naciones Unidas. En marzo de 1946 el embajador norteamericano en Moscú, George F. Kennan, envió un informe a Washington sobre la política exterior soviética, recomendando a la administración estadounidense la contención firme de las tendencias expansivas soviéticas. Así se popularizó otro término, *contención,* que sería el pilar de lo que se ha denominado la doctrina Truman. Por la parte soviética, Andrei Jdánov se convirtió en el primer ideólogo de lo que vino a llamarse el "campo antiimperialista", es decir, la necesidad de contener las ambiciones expansivas del imperialismo estadounidense y sus aliados.

Cada uno de los bloques enfrentados creó una institución para cubrir frentes de distinta naturaleza abiertos durante la guerra fría. Se trata aspectos tales como el espionaje, la guerra económica, el sabotaje, la guerra ideológica o el derrocamiento de gobiernos no afines. Los soviéticos crearon el KGB *(Komitet Gosudarstvennoi Bezopasnosti),* siglas con que se conoce al Comité de Seguridad del Estado, que agrupaba a los servicios de seguridad de la Unión Soviética. Esta institución, heredera de las anteriores GPU y NKVD, se creó

oficialmente en 1954 y dependía directamente del consejo de ministros de la URSS. En su vertiente interior iba dirigida a combatir las “actividades antisoviéticas”, es decir, todas las disidencias. Su vertiente exterior sobrepasaba las funciones de vigilancia de las fronteras para desarrollar una variada gama de actividades en todo el mundo, incluidas las de infiltración o de influencia política en forma de asesores. En cuanto a la citada CIA (Central Intelligence Agency) norteamericana, fue fundada en 1947, y su radio de acción responde a las mismas características que el KGB. Su vasto imperio la convertía en un Estado dentro del Estado, pues abarcaba desde el mundo radiofónico o editorial hasta el asesoramiento a gobiernos amigos. Los analistas relacionan a la CIA con acontecimientos tales como el desembarco en Bahía Cochinos (Cuba) en 1961, de Santo Domingo en 1965 o los golpes de Suharto en Indonesia en 1965 también, y el de los coroneles griegos en 1967; además se la relaciona con los derrocamientos de Musaddaq en Irán (1953), el coronel Arbenz en Guatemala (1954), Diem en Vietnam (1963) y el sabotaje al gobierno de Salvador Allende en Chile entre 1970 y 1973, entre otros casos. Tanto el KGB como la CIA dieron lugar a una literatura de acción y espionaje cuyo máximo exponente ha sido John Le Carré. Igualmente el cine se ha inspirado en este tema: desde *El tercer hombre* hasta *El cuarto protocolo*, pasando por algunas de las obras de suspense de Hitchcock, como *Cortina rasgada*. La filmografía del director Costa-Gavras constituye otro notable ejemplo.

La base de la guerra fría fue la psicología de desconfianza entre la Unión Soviética y Estados Unidos. Ambos países lideraban dos sistemas económicos, sociales y políticos antagónicos que se habían coaligado provisionalmente ante el peligro nazi pero que, antes o después, entrarían en colisión.

Bien puede decirse que el espíritu de la guerra fría había nacido en 1917. Por parte soviética, la psicología del acoso procedía de la revolución de octubre de aquel año. La política de cordón sanitario y la negativa a colaborar en el desarrollo económico soviético fueron los elementos más significativos. Con la llegada de Stalin, y el consiguiente viraje nacionalista, la teoría del acoso exterior fue instrumentalizada en beneficio del poder absoluto de Stalin. A pesar de que la doctrina del socialismo en un solo país abandonó el ideal de la revolución mundial, las potencias capitalistas siguieron mostrando su recelo, desconfianza y oposición al régimen soviético. Cuando terminó la II Guerra Mundial los soviéticos heredaron esta memoria histórica, y toda su política exterior estuvo encaminada a evitar cualquier forma de acoso. A ello se unía una tradición secular, procedente del viejo Imperio zarista, por la que Moscú se

sentía con el derecho a influir o intervenir en la cuenca danubiana y en los Balcanes.

Por parte estadounidense, la psicología de la guerra fría encuentra sus raíces en realidades políticas y económicas. A ojos de Washington, Europa estaba debilitada, por no decir exhausta, como consecuencia del conflicto bélico. Francia y Gran Bretaña parecían muy frágiles respecto de su poderío de preguerra, incapaces, por tanto, de enfrentarse a la Unión Soviética. Para la administración estadounidense el dominio del ejército soviético en toda Europa oriental, así como la influencia y prestigio de los partidos comunistas en países como Francia o Italia —que podían actuar como quinta columna de Moscú—, resultaban los prolegómenos de una Europa roja sometida a la URSS. Fuera de Europa, sobre todo en el continente asiático, el desplome de los imperios coloniales podía concluir en un vacío de poder, del que podría sacar partido el expansionismo comunista. Esta situación ponía en peligro la existencia de un mercado mundial bien organizado y estable, que Estados Unidos necesitaba para alimentar su economía.

La coalición aliada quedó rota entre 1945 y 1947. Los analistas han destacado dos situaciones internacionales que colaboraron decisivamente a esta ruptura, aunque más tarde se sucedieron otros acontecimientos que consolidaron el enfrentamiento: el asunto iraní y la guerra civil griega. En 1941, Irán fue ocupado por tropas soviéticas y británicas durante la contienda mundial. Se habían comprometido a retirarse una vez finalizada la guerra, pero ambos países intentaron sacar ventajas significativas de su ocupación en el momento de la paz. Se entremezclan en este conflicto intereses estratégicos y económicos; se consideraba a Irán como una excelente plataforma para una ulterior influencia sobre el Próximo Oriente. Además, se trataba de un país muy rico en petróleo. La estrategia británica se fundamentó en el control del gobierno de Teherán, cuya debilidad para imponerse en el conjunto del país resultaba evidente. En este contexto, la posición soviética se fue reforzando a la par que la británica se debilitaba. El conflicto se resolvió con el apoyo de Estados Unidos, que obligó a la retirada soviética.

La guerra civil griega entre los partisanos comunistas y los grupos monárquicos arranca con el final de la II Guerra Mundial. La influencia comunista se fue ampliando en todo el país hasta 1947 y su triunfo parecía solo cuestión de tiempo. Los monárquicos recibían su apoyo de Gran Bretaña, mientras que la guerrilla comunista lo obtenía de Yugoslavia e, indirectamente, de la Unión Soviética, a través de Bulgaria. En 1947 los británicos reconocieron

su incapacidad para resolver la situación. La masiva ayuda económica y militar estadounidense, unida a los enfrentamientos en el seno del Partido Comunista entre los partidarios de un comunismo nacional y los prosoviéticos, acabaron por inclinar la balanza hacia los monárquicos conservadores. La cuestión griega había interesado tanto a Estados Unidos como a la Unión Soviética, por el valor estratégico de los estrechos del Bósforo y los Dardanelos, puerta del Mediterráneo oriental y Turquía.

Irán y Grecia habían puesto de manifiesto la debilidad británica, y habían reforzado la teoría estadounidense de una Europa susceptible de caer bajo la órbita de Moscú. Comenzaba así el enfrentamiento bipolar. La situación quedó agravada con la crisis alemana de 1947-1948, que aceleró la constitución de los dos bloques antagónicos. Según los acuerdos de Yalta y Potsdam, Alemania sería ocupada militarmente y dividida en cuatro zonas regidas por Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y la Unión Soviética; la ciudad de Berlín, inserta en la zona soviética, quedó dividida también en cuatro zonas de ocupación. Una comisión de control aliado se encargaría de coordinar la ocupación. Desde el punto de vista económico, se preservaba la unidad para el pago de las reparaciones de guerra. A medio plazo se había previsto la organización de un nuevo Estado alemán de base democrática, una vez culminada la desaparición del nazismo.

Sin embargo, el proceso fue muy distinto. Los soviéticos fueron organizando políticamente su zona de ocupación, al igual que hicieron los restantes aliados. Además, los franceses se mostraban muy recelosos ante la prevista reunificación alemana. El año 1947 fue el momento clave. Británicos y estadounidenses integraron económicamente sus zonas, con la oposición soviética y francesa. La conferencia de Londres, celebrada en 1948 e integrada por Gran Bretaña, Estados Unidos, Francia y el Benelux, decidió la creación de un Estado alemán, llamado República Federal Alemana, y la convocatoria de una Asamblea Constituyente. En el mes de junio las tres zonas de ocupación occidentales establecieron un sistema monetario común, diferente al de la zona soviética. La respuesta soviética fue el bloqueo de la ciudad de Berlín, que duró hasta octubre de 1949. La zona occidental, a pesar de las dificultades, quedó abastecida a través de un formidable puente aéreo que puso de manifiesto la capacidad logística estadounidense.

El bloqueo de Berlín aceleró la formación de dos estados alemanes y dejó en punto muerto la reunificación. En septiembre de 1948 se reunió en Bonn el Consejo Parlamentario, y el 8 de mayo de 1949 se aprobó la Ley Fundamental,

es decir, el texto constitucional de la República Federal Alemana. Hasta 1991, con el fin de la guerra fría y el desmoronamiento del bloque soviético, Alemania permaneció dividida en dos estados, hecho que coadyuvó decisivamente a la configuración de los dos bloques. En poco tiempo los países que formaban cada bloque caminaron hacia una mayor integración política y económica, respaldada por un sistema militar y por un conjunto de alianzas multilaterales y bilaterales.

Las bases del sistema del bloque occidental en Europa fueron dos: el Plan Marshall y la OTAN. El Plan Marshall era un sistema de ayuda económica dirigido a asegurar la reconstrucción de Europa occidental. Aprobado en abril de 1948, proporcionó en cuatro años cerca de 13.000 millones de dólares, que se repartieron entre diversos países europeos. El Plan Marshall aseguró el liderazgo económico de Estados Unidos en su área, facilitó la propia expansión de la economía norteamericana y fue determinante en los procesos de integración económica europea. En cuanto a la Alianza del Atlántico Norte (OTAN), tenía carácter militar y fue constituida en abril de 1949 por Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Canadá, Italia, Bélgica, Holanda, Luxemburgo, Portugal, Noruega, Dinamarca e Islandia. Estaba dirigida a organizar la defensa colectiva de los países firmantes. Años después se integraron Grecia y Turquía (1952), la República Federal Alemana (1954) y, finalmente, España (1981).

Estados Unidos promovió igualmente grandes alianzas en otras zonas del mundo. En 1947 se firmó el pacto de Río de Janeiro con los países de América Latina; en 1954 se firmó el Tratado de Asia del Sureste (OTASE) por parte de Gran Bretaña, Francia, Australia, Nueva Zelanda, Filipinas, Tailandia, Pakistán y el propio Estados Unidos. Un año después, en 1955, se firmó el pacto de Bagdad (CENTO) entre Turquía, Irak, Irán, Pakistán y Gran Bretaña. Otros acuerdos bilaterales estaban enfocados a completar el sistema; afectaron sobre todo al área del Pacífico, siendo los más importantes los firmados con Corea del sur (1953), Taiwan (1954) y Japón (1961). Este conjunto de pactos permitió a Estados Unidos instalar un rosario de bases militares dirigidas contra la Unión Soviética, creando un cerco que significaba el control de las principales rutas del tráfico marítimo internacional para los norteamericanos. El sistema de alianzas contemplaba, además de los aspectos militares, la asistencia técnica y la ayuda económica, reafirmado así la posición de liderazgo de Estados Unidos en el bloque occidental.

El bloque oriental se constituyó con una estructura similar, siempre partiendo del hecho de la mayor debilidad económica de la Unión Soviética con respecto a Estados Unidos durante esta primera época de la guerra fría. El Consejo de

Ayuda Mutua Económica (CAME o COMECON) fue una de sus dos organizaciones esenciales; era un sistema de integración económica formado en 1949 por la Unión Soviética, Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Bulgaria, Rumania, Albania y la República Democrática Alemana; posteriormente se integraron Mongolia y Cuba, y Albania se retiró de la organización. Su objetivo consistía en coordinar las políticas de planificación y la mutua asistencia técnica y económica. El Pacto de Varsovia era la otra organización esencial del bloque comunista. Se creó en 1955 y estaba formada por la Unión Soviética junto a los países de la Europa oriental, con la excepción de Yugoslavia. Albania también abandonó esta alianza en 1968.

De Corea a Vietnam

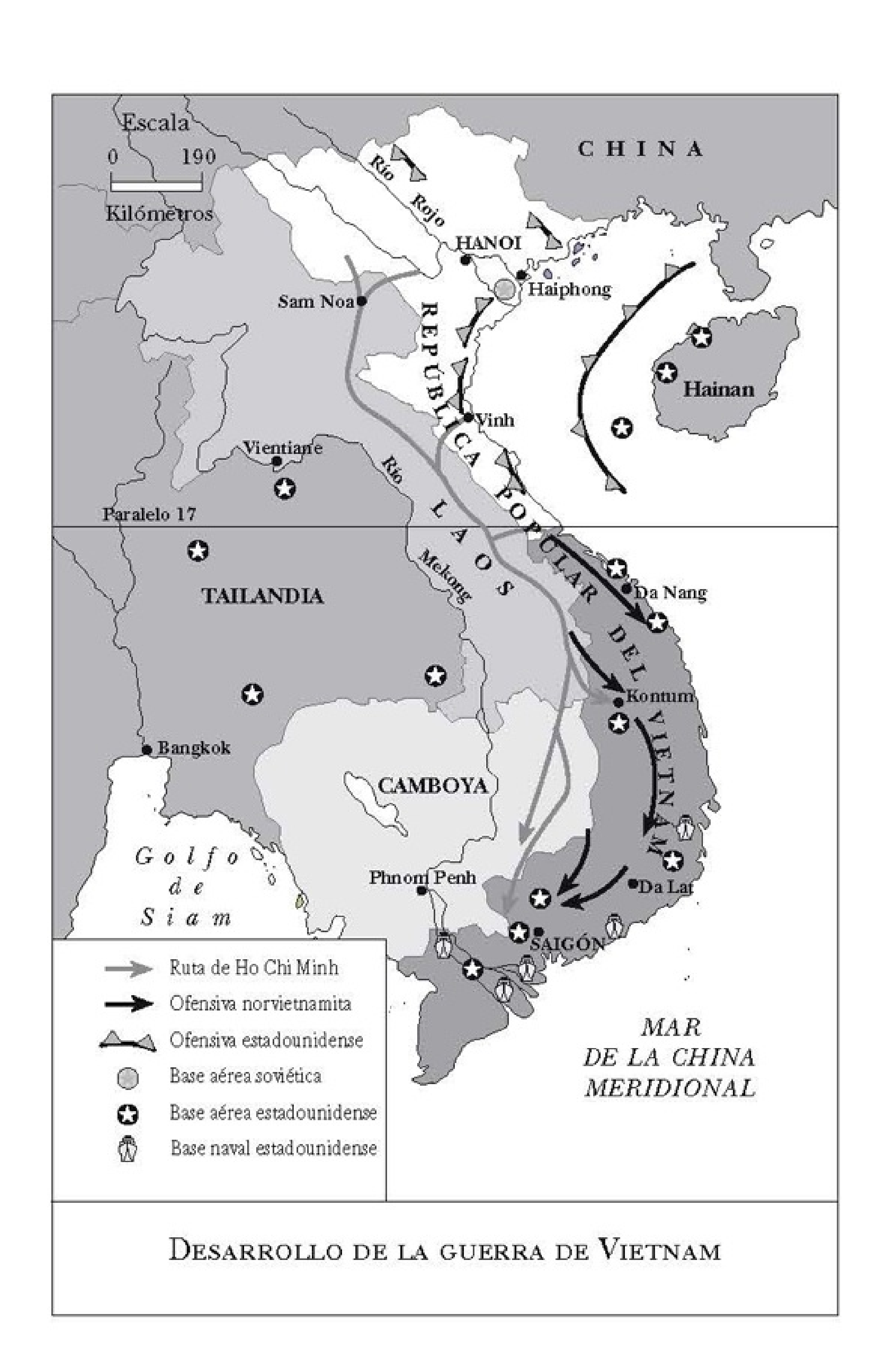
La guerra fría alcanzó, pues, dimensiones planetarias. Los focos de tensión se extendieron a lo largo y ancho de mares y continentes. Cabe establecer una jerarquía, sin embargo, y destacar los focos más duraderos y persistentes de esta tensión generalizada: se trata de los espacios protagonistas. Los principales conflictos se desarrollaron en el continente asiático —Corea, Vietnam y la península de Indochina, Afganistán—, aunque el Oriente Próximo fue otro espacio vital del conflicto, donde el futuro de Palestina, una cuestión de alcance regional en principio, se articuló con el conflicto árabe-israelí.

Corea había estado ocupada por los japoneses durante la II Guerra Mundial. En la cumbre de Yalta de febrero de 1945 se decidió la creación de un comité de tutela para Corea integrado por Estados Unidos, la Unión Soviética, Gran Bretaña y China. La declaración de guerra de la Unión Soviética a Japón en agosto de 1945 posibilitó la entrada de tropas soviéticas en el norte de Corea, desde Manchuria. El desplome final japonés supuso la división efectiva del país en dos zonas de ocupación, separadas por el paralelo 38: al norte los soviéticos, al sur los estadounidenses. A pesar de que los aliados pretendían la reunificación del país, el nacimiento de la guerra fría provocó la creación de dos estados antagónicos dentro de la península coreana. Un nuevo ingrediente de tensión vino determinado por el triunfo comunista en China, en 1949. Meses después, el 25 de junio de 1950, el ejército norcoreano —adiestrado y pertrechado por los soviéticos— atravesó el paralelo 38 e invadió Corea del Sur. Hubo que esperar hasta el 7 de julio para que el Consejo de Seguridad de la ONU, del que estaba ausente la Unión Soviética, como protesta por el no reconocimiento de la

República Popular China, autorizara a Estados Unidos a comandar una fuerza internacional que auxiliara al gobierno de Corea del Sur. Estados Unidos interpretó este conflicto como el primer intento de expansión del comunismo chino en Asia, apoyado por la URSS. La caída de Corea en manos comunistas supondría, según la teoría del efecto dominó, una cadena de conquistas que se extendería por todo el este asiático, incluido Japón.

La primera fase de la guerra se caracterizó por el imparable avance del ejército norcoreano; prácticamente llegaron a ocupar todo el sur, salvo una estrecha cabeza de puente en torno al puerto de Pusan. El desembarco de las tropas de la ONU en Inchon (próximo a Seúl) al mando del general estadounidense MacArthur cambió el curso de la guerra y los norcoreanos tuvieron que replegarse más allá del paralelo 38. En octubre de 1950 los norteamericanos avanzaron hasta las cercanías del río Yalu, en las inmediaciones de la frontera china, lo cual provocó la intervención masiva de la China Popular. MacArthur solicitó entonces al gobierno estadounidense el bombardeo atómico de China y fue destituido por su propuesta. A partir de ese momento la guerra siguió un curso convencional, con ataques y contraataques que dejaron estabilizado el frente en noviembre de 1951. El armisticio de julio de 1953 consagró en la práctica la división de Corea en dos estados, siempre separados por el paralelo 38. Varios millones de vidas humanas habían sido inútilmente sacrificadas. Estados Unidos puso de manifiesto en Corea que no iba a aceptar la instauración de nuevos regímenes comunistas en Asia; como primera consecuencia inmediata, reforzó a sus aliados en aquel continente, acelerando la modernización de Japón y ampliando su apoyo económico y militar a la China nacionalista de Taiwan. Corea fue, en gran medida, la antesala de Vietnam.

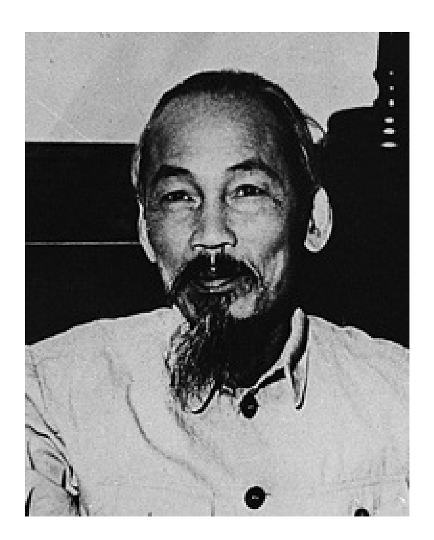
La guerra de Vietnam fue el conflicto más sangriento y persistente de la guerra fría. Durante la II Guerra Mundial el territorio indochino fue ocupado por los japoneses; más tarde, en el momento de la capitulación nipona, el movimiento de resistencia anticolonialista, el Vietminh —de inspiración comunista y dirigido por Ho Chi Minh— ocupó el vacío de poder y proclamó la República Popular de Vietnam en el norte del país. El sur, con capital en Saigón, fue tomado por el ejército británico, que inmediatamente cedió el poder a los franceses como antigua potencia colonial. Desde este momento Francia delineó una estrategia con el objetivo de recuperar el norte y restablecer su dominio colonial en toda la península de Indochina, esto es, el espacio ocupado por los actuales Vietnam, Laos y Camboya.



Desarrollo de la guerra de Vietnam

La primera guerra de Indochina enfrentó a Francia con los guerrilleros del Vietminh entre 1946 y 1954. Fue una guerra de recuperación colonial, que desembocó en un conflicto tipo de la guerra fría. Este primer episodio culminó con la derrota del ejército expedicionario francés en Dien Bien Phu, en 1954, lo que significó la independencia para la península. Los acuerdos de Ginebra de julio de ese mismo año diseñaron un programa de paz para el futuro de Indochina basado en la división del territorio en tres estados independientes (Vietnam, Laos y Camboya), su neutralidad y la división provisional de Vietnam en dos zonas, divididas por el paralelo 17, hasta que unas inmediatas elecciones libres reunificaran políticamente el país. En el norte se reconoció el régimen comunista de Ho Chi Minh.

HO CHI MINH (NGUYEN TAT TAN) (1890-1969)



Nacido en Annam septentrional en 1890, Ho Chi Minh era hijo de un pequeño funcionario annamita caído en desgracia por su postura contraria a la potencia ocupante, por lo que pronto se familiarizó con el discurso anticolonialista. Se trasladó a Europa en 1911, primero a Londres, instalándose luego en París, donde entró en relación personal y doctrinal con los círculos socialistas. Su pensamiento anticolonialista fue consolidándose en un ambiente intelectual propicio, editando el periódico *El paria*. El impacto de la Revolución Rusa en el seno del socialismo europeo tuvo su plasmación en Francia en el congreso de Tours de 1921. Ho Chi Minh participó en el congreso fundacional del Partido Comunista Francés. En 1923 se trasladó a la Rusia soviética, convirtiéndose en agente de la III Internacional en varios países asiáticos: primero en China, hasta que fue expulsado en 1927; luego en

Siam y en Hong Kong, donde conoció las cárceles británicas. Desde finales de los años veinte Ho empezó a alimentar y a organizar el anticolonialismo indochino.

La II Guerra Mundial creó las condiciones para afianzar la causa anticolonialista, sobre todo cuando las autoridades francesas quedaron desplazadas por la ocupación japonesa de Indochina. En 1941 Ho Chi Minh fundó el Vietminh, eficaz plataforma ideológica y de agitación en pro de la independencia, que agrupaba a sectores comunistas y nacionalistas y que caló hondamente en el tejido social annamita. En 1945 la rendición japonesa y el inmediato vacío de poder fueron aprovechados por el Vietminh para proclamar la República Independiente de Vietnam. Al primer reconocimiento francés de la nueva situación le sucedió el rechazo y la guerra colonial con la colaboración anglo-norteamericana. Vietnam había dejado de ser una cuestión bilateral entre ocupante y ocupado para convertirse en espacio principal de la guerra fría. Por eso la aplastante derrota francesa ante el Vietminh en Dien Biem Phu (1953) no significó el fin del drama vietnamita, sino la conclusión de un triste preámbulo. Los acuerdos de Ginebra de 1954 no fueron respetados, Vietnam quedó dividido y la presencia francesa fue sustituida por la presencia norteamericana. Comenzaban así dos décadas de una guerra terrible que Ho Chi Minh no vio finalizar. Su entereza y decisión, encerradas en un físico de apariencia frágil, hicieron mella a escala mundial, hasta convertirse en una especie de mito interpretado en claves del combate de un David oriental y paciente contra un Goliat desenfrenado. La honda de David estuvo bien servida por soviéticos y chinos, hecho ilustrativo de la capacidad política de Ho para mantenerse equidistante ante la controversia chino-soviética. Después de la guerra, y en homenaje al dirigente, Saigón fue rebautizada como Ciudad Ho Chi Minh.

Los acuerdos presuponían la preservación de los intereses económicos franceses en la zona. Estados Unidos, sin embargo, pronto se mostró contrario al espíritu de estos acuerdos: demasiado cercana la guerra de Corea, no estaba dispuesto a tolerar un régimen comunista en Vietnam. Por ello inició una estrategia de intervención, con objeto de sustituir a Francia como potencia interesada en el área. El derrocamiento del emperador Bao-Dai en Vietnam del Sur y la subida al poder de Ngo Dinh Diem, un hombre próximo a Estados Unidos, constituyeron la primera fase de la operación. El nuevo gobierno del sur se negó a poner en práctica los acuerdos logrados respecto de la convocatoria de elecciones que posibilitaran la reunificación. Los expertos estadounidenses habían considerado inevitable el triunfo electoral de Ho Chi Minh, dada su popularidad y la ausencia en el sur de un tejido político con capacidad para competir con el Vietminh. El 26 de octubre de 1955 quedó proclamada la República de Vietnam del Sur. Surgían, por tanto, dos Vietnam, que se arrogaban la representatividad exclusiva del pueblo vietnamita, negando la legitimidad del contrario. Vietnam del Norte recibía el apoyo de China y de la Unión Soviética, mientras que el sur lo recibía de Estados Unidos y sus aliados. Aunque de forma inestable, Laos y Camboya habían llevado a la práctica los acuerdos de Ginebra y reorganizaban políticamente sus territorios en un ambiente comprometido.

En suma, Estados Unidos había considerado que la neutralidad de Indochina, tal como preveían los acuerdos de Ginebra, abría las puertas a la influencia decisiva de la China comunista; pero, al elegir a un católico como gobernante del sur, se enfrentó con las creencias budistas de la mayoría de la población. En este clima de descontento resultaba muy complicado llevar a cabo la creación y el adiestramiento de un ejército en el sur. Vietnam del Norte, por su parte, intensificó su presencia con una estrategia tendente a aglutinar al conjunto de la población bajo la égida del Vietminh. Así, el 20 de diciembre de 1960 quedó constituido el Frente de Liberación Nacional de Vietnam del Sur, con una presencia efectiva en todo el territorio.

La respuesta estadounidense fue doble. Por un lado, la ampliación de la ayuda militar a Saigón con la creación, en enero de 1962, del primer mando norteamericano en la zona; por otro, se obligó a los ocho millones de campesinos a concentrarse en 7.000 aldeas estratégicas, con el fin de impedir la influencia del Vietminh en el campo. Finalmente, el derrocamiento de Ngo Dinh Diem permitió la subida al poder de la cúpula del ejército, que instauró una dictadura militar. Todo ello sentó las bases para la intervención masiva por parte de Estados Unidos; el 7 de agosto de 1964 el Senado otorgó plenos poderes al presidente Lyndon B. Johnson en este terreno. Desde esta fecha la implicación norteamericana fue creciendo en volumen e intensidad: bombardeos desmesurados en Vietnam del Norte, guerra química, dislocación de la sociedad vietnamita. En 1965 la guerra se extendió a Laos y posteriormente a Camboya. En 1968 las tropas norteamericanas destinadas en Vietnam alcanzaron la cifra de medio millón de hombres; sin embargo, la consolidación de la guerrilla era incontestable, como demostró la ofensiva del Tet en enero de 1968 y la ulterior creación del gobierno revolucionario provisional de Vietnam del Sur.

En Washington se tomó conciencia de que la guerra no podía ganarse militarmente. Además, la oposición al hecho bélico alcanzó su máxima expresión en los propios Estados Unidos; a partir de 1968 este país se vio obligado a modificar su estrategia: se redujo paulatinamente el número de efectivos, se incrementaron los bombardeos aéreos y se expresó públicamente la posibilidad de negociar con el régimen de Vietnam del Norte. La conferencia sobre Vietnam celebrada en París entre febrero y marzo de 1973 sentó las bases para la finalización del conflicto, en un momento en que ya era un hecho la aproximación diplomática entre Estados Unidos y China Popular, tras la incorporación de esta última a la ONU en 1971. En París se aprobó el fin de la intervención militar estadounidense. El desenlace de la guerra quedó decidido;

las tropas de los revolucionarios vietnamitas entraron en Saigón en abril de 1975, a pesar de la resistencia a aceptar los acuerdos que opuso la cúpula militar survietnamita. Pocos meses después la guerra también acabó en Laos y Camboya. Estados Unidos había sufrido la mayor derrota militar de su historia.

LA COEXISTENCIA PACÍFICA

A mediados de los años cincuenta la guerra fría entre los dos bloques empieza a tomar otro cariz. De forma lenta, aunque irreversible, se va pasando de una situación de extrema alarma a otra de coexistencia pacífica, que se va a extender hasta finales de los años setenta. Tanto Estados Unidos como la Unión Soviética tomaron conciencia de que era preciso convivir con el *enemigo* y, por consiguiente, evitar confrontaciones que desembocaran en la guerra nuclear. Las razones que explican este cambio en la estrategia global de la guerra fría y en su evolución son variadas. Algunas tienen sus raíces en el tiempo inmediato de la década de los cincuenta y otras hay que buscarlas en momentos anteriores.

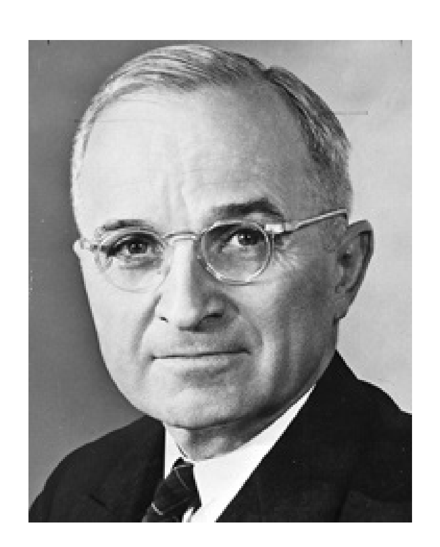
En primer lugar habría que destacar las enseñanzas de la guerra de Corea. En ella quedó reflejada la inviabilidad de las políticas al borde del abismo. Estados Unidos había perdido el monopolio nuclear. El miedo a la guerra atómica ahora era real, y se incrementaba por el aumento de la capacidad destructora de los nuevos ingenios nucleares. La carrera de armamentos se sucedió con gran rapidez. La Unión Soviética alcanzó el estatus de potencia nuclear a partir de 1949; en 1952 los estadounidenses experimentaron con éxito la bomba de hidrógeno. En 1957 la URSS colocaba en órbita su *Sputnik*, el primer satélite artificial, poniéndose a la cabeza de la carrera espacial y provocando el consiguiente temor de la opinión pública estadounidense. Todos estos acontecimientos eran elocuentes en torno a la vulnerabilidad del territorio norteamericano a partir de un ataque con misiles desde la URSS o cualquiera de sus países aliados.

A mediados de los años cincuenta tanto la Unión Soviética como Estados Unidos poseían la suficiente capacidad nuclear para llegar a la destrucción total en un conflicto. Sin embargo, el nacimiento de la coexistencia pacífica no interrumpió, ni mucho menos, la carrera armamentística. Cada avance estadounidense o soviético en el campo militar era inmediatamente respondido con un esfuerzo técnico o estratégico del enemigo en la misma dirección. Así, Estados Unidos tomó la delantera en la fabricación de submarinos atómicos, en

los que instalaron los cohetes Polaris a partir de 1959 y ante los que era difícil defenderse a causa de su movilidad. Además, otros países construyeron sus propias armas nucleares: Gran Bretaña, Francia, China, India y Pakistán, hasta llegar en los años ochenta a una situación en que numerosos países poseían la capacidad de crear su propio arsenal nuclear.

Estados Unidos y la Unión Soviética, así como los dos bloques, entendieron la necesidad de crear foros internacionales que se plantearan algún tipo de ordenamiento en la carrera nuclear. De este modo el miedo nuclear estuvo en la raíz de las primeras conferencias internacionales sobre limitación de armamentos, conferencias que proliferaron desde mediados de los años sesenta. La visita de Nikita Jruschov a Estados Unidos en 1959 y la fracasada cumbre de París de 1960 representaron el símbolo de la aproximación entre las dos grandes superpotencias. La desaparición de Stalin en la Unión Soviética, en 1953, y la sustitución de Truman por Eisenhower, un político más pragmático y realista, en Estados Unidos colaboraron en este viraje. En el XX Congreso del PCUS, en 1956, el nuevo líder soviético, Jruschov, condenó los excesos del estalinismo y planteó la doctrina de la coexistencia pacífica. Estados Unidos comenzó a diseñar en paralelo una política que sustituyera la respuesta nuclear preventiva.

HARRY S. TRUMAN (1884-1972)



Importante político norteamericano que fue presidente de Estados Unidos desde 1945 a 1952. Procedente de un ambiente de clase media, Truman inició su carrera política en las filas del Partido Demócrata, y su nombre está asociado a los orígenes de la guerra fría. Senador por el estado de Misuri

en 1934, acompañó a Franklin D. Roosevelt como vicepresidente en las elecciones de 1944, sucediéndole en la presidencia tras la muerte de este último, en abril de 1945. Una de sus primeras medidas fue autorizar el bombardeo atómico de Hiroshima y Nagasaki, en agosto de 1945. Su acción política ofrece líneas de continuidad con respecto a la gestión de Roosevelt en lo que se refiere al intervencionismo en el exterior, aprovechando la posición de preeminencia indiscutible de Estados Unidos después de la guerra. En marzo de 1947 el presidente norteamericano hizo pública la denominada *doctrina Truman*, fundamento de la política exterior norteamericana en el nuevo clima de la guerra fría: la contención del comunismo y la prevención de la expansión soviética. Un intervencionismo dirigido a Europa, como espacio principal, que se concretó inmediatamente en Grecia y Turquía, y que tomó cuerpo económico en el plan Marshall de junio de 1947, para la ayuda a la reconstrucción de los países europeos, y textura militar con el nacimiento de la OTAN en abril de 1949. Un cuadro de alianzas que adquirió el rango de planetario a través de un sistema de pactos de carácter regional que entremezclaban la ayuda económica y militar. En 1948, en la Conferencia de Bogotá, había surgido la Organización de Estados Americanos.

La guerra de Corea (1950-1953) fue el momento de mayor fricción internacional de la época Truman, dentro de una política de riesgo calculado que llevó al presidente a destituir al general MacArthur en abril de 1951, cuando éste propuso el bombardeo atómico de las bases chinas de Manchuria. En el plano interior, una espesa ambientación anticomunista fue atrapando a la sociedad norteamericana, como preámbulo y preparación de la caza de brujas, definiéndose la idea del ciudadano norteamericano leal que se proyectó en los decenios posteriores. En materia social, la política Truman aunó el intervencionismo del gobierno en temas salariales y de protección y las medidas represivas. La ley Talt-Hartley de 1947 dispuso la actuación gubernamental frente a las posibles huelgas en las industrias básicas. Una enmienda de 1951 estableció la imposibilidad de la reelección de un presidente para un tercer mandato consecutivo. La carrera política de Truman se cerró en noviembre de 1952 con la elección como presidente del general Eisenhower.

La disciplina en el seno de los dos bloques fue cuestionada desde mediados de los cincuenta. En el bloque oriental las revueltas de Polonia y Hungría de 1956, y en este último caso la “invasión correctora soviética”, mostraron las primeras dificultades para mantener cohesionado el bloque. La Primavera de Praga (Checoslovaquia, 1968) fue la manifestación más acusada de estas disidencias. En el mundo occidental, la Europa reconstruida empezó a ser menos dependiente de Estados Unidos; el *boom* económico europeo entre 1955 y 1965 contribuyó a crear un ambiente de seguridad de la zona. Determinados países exigieron autonomía, siendo la Francia del general De Gaulle el caso más sintomático. El nacionalismo gaullista propugnó la doctrina de la tercera vía: la creación de una fuerza disuasoria propia y el desarrollo de una política exterior equidistante de Moscú y Washington. Francia abandonó el mando militar integrado de la OTAN entre 1965 y 1966, y actuó igualmente con el “pool del oro”, bastión para la estabilidad del dólar.

Aunque la República Popular China no formaba parte del Pacto de Varsovia,

las vinculaciones económicas, políticas, militares y técnicas entre China y la Unión Soviética fueron muy estrechas hasta la muerte de Stalin. A partir de ese momento el distanciamiento entre los dos colosos comunistas se fue ampliando en todos los terrenos, hasta culminar con la ruptura definitiva en 1965. Desde entonces China se convirtió en el principal referente para muchos movimientos de liberación en países del Tercer Mundo, lo que debilitaba la posición internacional de la URSS. La aparición de nuevos países en los foros internacionales, como consecuencia de la descolonización en Asia y África, provocó el creciente cuestionamiento de la estructura bipolar del mundo. Surgió así el movimiento de los países no alineados, cuyo preámbulo estuvo en la Conferencia de Bandung, en 1955, que tomó cuerpo institucional en la Conferencia de Belgrado de septiembre de 1961.

La afloración de conflictos regionales que, aunque relacionados con el enfrentamiento bipolar, escapaban de la dinámica propia de la guerra fría, amenazaron el ordenamiento existente. El mejor ejemplo se encuentra en el enfrentamiento árabe-israelí. En las conversaciones de Glassboro, en junio de 1967, el presidente norteamericano Johnson y el premier soviético Alexei Kosiguin establecieron un principio de acuerdo para la resolución de estos problemas regionales. De ahí surgieron los acuerdos de Camp David, que no supusieron el final del conflicto.

La coexistencia pacífica tuvo un desarrollo peculiar. Se sucedieron grandes crisis políticas en esa época, crisis que provocaron la apertura de negociaciones en las que ambas superpotencias acercaban sus posiciones y llegaban a acuerdos. Por tanto, la coexistencia pacífica se desenvolvió en la dialéctica entre enfrentamientos localizados y negociaciones. Así, las sucesivas crisis de Suez en 1956, la segunda crisis de Berlín entre 1958 y 1961, y la crisis de los misiles cubanos de 1962 acabaron por desembocar en una mayor proclividad a la negociación.

En la crisis del canal de Suez se entremezclaron la dinámica regional y la guerra fría, junto con intereses económicos y estratégicos. En este caso, la Unión Soviética y Estados Unidos condenaron la agresión franco-británica a Egipto, que había nacionalizado el canal de Suez y lesionado los intereses de Francia y Gran Bretaña en la región. Una colaboración táctica que permitió a las dos superpotencias controlar el Oriente Próximo, en detrimento de las mencionadas Francia y Gran Bretaña, antiguas potencias coloniales. Tampoco llegó la ruptura con la segunda crisis de Berlín, iniciada cuando la Unión Soviética exigió el estatuto de ciudad libre, en 1958, en un momento en que la República

Democrática Alemana estaba sufriendo una sangría migratoria hacia Occidente a través de la ciudad dividida. La crisis culminó con un importante enfrentamiento político y con la construcción del muro de Berlín en agosto de 1961, hecho que no motivó una intervención occidental.

Mayor tensión provocó la crisis de los misiles en Cuba. Con el apoyo de la CIA y del Departamento de Estado norteamericano, exiliados cubanos desembarcaron en Bahía Cochinos con el fin de derrocar a Fidel Castro. Ocurrió en abril de 1961. A mediados de 1962 los soviéticos comenzaron a instalar en la isla cohetes de alcance medio que apuntaban hacia el corazón de Estados Unidos: por primera vez bases nucleares soviéticas estaban sólo a decenas de kilómetros del territorio estadounidense. La respuesta de los norteamericanos al descubrir las bases fue tajante; el Consejo de Seguridad Nacional se planteó tres supuestos diferentes de actuación: el bombardeo, el desembarco o el bloqueo de la isla, opción por la que finalmente se inclinó el presidente Kennedy. Las relaciones entre las dos superpotencias llegaron a un extremo máximo de tensión, y el mundo temió que provocara el holocausto nuclear. Por fin Jruschov dio marcha atrás y ordenó el regreso de los buques soviéticos que se dirigían a Cuba con armamento nuclear.

El planeta había estado al borde del abismo, lo que demostraba, una vez más, la necesidad de un espíritu de conciliación. La búsqueda de un espacio de entendimiento entre la Unión Soviética y Estados Unidos no admitía retrocesos. En 1963 se instaló el célebre teléfono rojo entre Washington y Moscú, un sistema de comunicaciones directas entre los líderes de ambas superpotencias para buscar salidas negociadas en los momentos de máxima tensión. La coexistencia pacífica cristalizó en un conjunto de acuerdos bilaterales y de conferencias internacionales entre las dos superpotencias y entre los dos bloques, con el fin de establecer el nuevo *modus vivendi*. Se trataba de encontrar cauces para una mayor cooperación económica y técnica pero, sobre todo, de regular la carrera armamentística, especialmente en su vertiente nuclear. El Tratado de Moscú de 1963 prohibió las explosiones nucleares en la atmósfera; en 1968 se aprobó el Tratado de No Proliferación Nuclear, que intentaba impedir el acceso a las armas atómicas para nuevos países. También comenzaron las negociaciones sobre armamento nuclear estratégico en los acuerdos SALT.

Una vez asegurado el contacto permanente entre las dos superpotencias, la práctica de las negociaciones alcanzó al conjunto de los dos bloques, o a parte de ellos, con especial importancia en el ámbito europeo. La principal iniciativa partió de Alemania. En 1969 ascendió a la Cancillería de la República Federal

Alemana el socialdemócrata Willy Brandt, partidario de una apertura hacia el este. Su política de acercamiento se denominó *Ostpolitik* y se materializó en varios acuerdos: tratado con la Unión Soviética en agosto de 1970; tratado con Polonia en diciembre del mismo año; con la República Democrática Alemana en diciembre de 1972, lo que suponía un mutuo reconocimiento, y con Checoslovaquia a finales de 1973. La República Federal Alemana se comprometía a no utilizar la fuerza para alterar las fronteras surgidas tras la II Guerra Mundial.

En julio de 1973 se inició en Helsinki la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación Europea (CSCE), con la participación de todos los estados europeos salvo Albania, además de Estados Unidos y Canadá. El espíritu de Helsinki procuraba crear un foro permanente que fomentara la cooperación y el entendimiento en todos los ámbitos, así como la promoción de los derechos humanos. La CSCE creó una serie de organismos estables y reuniones plenarias que se celebraron en Belgrado (1977-1978), Madrid (1980-1983) y Viena (1986-1989). Igualmente, en 1973, dieron comienzo las negociaciones entre la Alianza Atlántica y el Pacto de Varsovia sobre la “reducción mutua y equilibrada de armamentos”; las negociaciones se extendieron hasta 1988 sin lograr resultados relevantes.

REBROTE Y FINAL DE LA GUERRA FRÍA

La guerra de Vietnam debilitó la posición de Estados Unidos en el mundo. En el interior, la derrota se interpretó como un síntoma de decadencia; en el exterior, el papel hegemónico de Estados Unidos quedó cuestionado, y los países no alineados condenaron mayoritariamente la actuación estadounidense. Su liderazgo económico también quedó maltrecho; la crisis monetaria —cuyo máximo exponente se sitúa en 1971, cuando el dólar abandonó de hecho las reglas del Sistema Monetario Internacional— y la crisis del petróleo que comenzó en 1973 produjeron una marcada recesión en el mundo occidental, ámbito donde Japón y la Comunidad Económica Europea emergían como serios competidores de Estados Unidos. Para la Unión Soviética, sin embargo, la situación era diferente. Salió reforzada del conflicto vietnamita, a pesar de que su apoyo a Vietnam del Norte o a las guerrillas del sur fue inferior al que prestó China. El “desorden económico capitalista”, fruto de la crisis de 1973, alimentó el optimismo, conformando un ambiente en el que la *nomenklatura* soviética se

planteó seriamente tomar la delantera en la confrontación bipolar.

Entre 1977 y 1985 el mundo asistió a un rebrote de la guerra fría cimentado en nuevas tensiones y en el incremento de la carrera de armamentos, sobre todo en su vertiente nuclear. La estrategia soviética persiguió alcanzar la hegemonía militar. En 1977 la URSS desplegó por su territorio europeo y asiático los misiles SS-20 de 5.000 kilómetros de alcance y provistos de tres cabezas nucleares; esto suponía la amenaza directa a los territorios de Europa occidental. Al mismo tiempo creció su presencia en el Tercer Mundo: sus intervenciones en Etiopía, Angola, Mozambique y, especialmente, Afganistán son los casos más representativos. La intervención militar en Afganistán fue muy parecida a la de Estados Unidos en Vietnam, tanto por los medios empleados como por los efectos logrados. La justificación de la invasión estuvo en la petición de ayuda por parte de un gobierno amigo, que era incapaz de controlar a las guerrillas opositoras. La Unión Soviética invocó el principio de la solidaridad socialista con un régimen afín. La trama del conflicto se desarrolló durante diez años, a base de una compleja guerra civil. El fracaso continuado de las tropas soviéticas, con el consiguiente sacrificio de hombres y recursos, provocó su desprestigio internacional. El desenlace fue la retirada en derrota, lo que tuvo asimismo enormes repercusiones en el interior de la URSS. Precisamente la guerra fue una de las claves, aunque no la única, del recambio político planteado por Gorbachov desde 1985.

Por parte norteamericana, el rebrote de la guerra fría tuvo como capital protagonista al presidente Ronald Reagan, vencedor en las elecciones de 1981 con un programa dirigido a superar las secuelas de Vietnam y restablecer la hegemonía estadounidense: el rearme psicológico, económico y militar del país. Resulta significativo el drástico incremento del gasto militar de Estados Unidos hasta 1986; dentro de los gastos militares destacó el desarrollo de un nuevo programa, la Iniciativa de Defensa Estratégica, conocido popularmente como “guerra de las galaxias”. Tenía como objetivo la creación de un escudo espacial que protegiera el territorio norteamericano de los misiles soviéticos. A pesar de todo, este nuevo aumento de la tensión no dañó excesivamente el espíritu de la coexistencia pacífica, como pone de manifiesto la continuación de las conferencias internacionales de control de armamentos.

La subida de Mijaíl Gorbachov al poder en la Unión Soviética en 1985 significó un punto de inflexión en el curso de la guerra fría. Además de las reformas internas, Gorbachov intensificó una política de diálogo con Estados Unidos, bien recibida en Washington. Ambos países mostraban señas

inequívocas de agotamiento. En la Unión Soviética el optimismo daba paso a la toma de conciencia del bloqueo del sistema, sobre todo en su vertiente económica; en Estados Unidos la expansión económica de la era Reagan mostraba síntomas de debilidad, a cuenta del incremento masivo del doble déficit: presupuestario y de la balanza de pagos. Poco a poco la normalización fue una realidad entre ambas superpotencias.

Por parte soviética la nueva estrategia se basó en el abandono progresivo del Tercer Mundo, encontrando el punto culminante en 1989, con la retirada del ejército soviético de Afganistán. Además, se normalizaron las relaciones con China, siendo la cumbre de mayo de 1989, entre los máximos dirigentes de ambos países un momento emblemático de este proceso. La guerra fría tocaba a su fin, una conclusión que se aceleró con la desintegración del bloque soviético a finales de los años ochenta. Su mayor símbolo en Europa, el muro de Berlín, fue derribado en noviembre de 1989. A partir de entonces, el control de Moscú sobre los países del este de Europa fue disolviéndose aceleradamente, sobre todo en Polonia, Checoslovaquia y Hungría. En 1991 desapareció el Pacto de Varsovia, aunque no la OTAN, todavía vigente.

El fin de la guerra fría, en definitiva, es fruto del desplome del sistema soviético, pero también de otras variables. El sistema de confrontación bipolar en su estado más puro había entrado en crisis anteriormente, debido al estallido de conflictos regionales en el área tercermundista que escapaban a la lógica de la guerra fría, aunque se relacionasen con ella. Además, resultaba imposible mantener económicamente, ya desde los años ochenta, la costosa carrera armamentística nuclear. Si en épocas anteriores la carrera de armamentos había constituido un acicate para el crecimiento económico, ahora amenazaba con bloquear las economías aunque, paradójicamente, el desarrollo de la guerra fría había colaborado decisivamente a la expansión de la revolución científico-técnica. Añadamos, por último, un elemento de vital importancia en la crisis final de la guerra: nos referimos al incremento del pacifismo y del antimilitarismo en la opinión pública de ambos bloques, fenómeno que en el caso occidental provocó el resurgimiento de los movimientos y organizaciones del movimiento por la paz, que influyó notablemente en la toma de decisiones gubernamentales a este respecto, sobre todo en aquellos países donde estaban instalados los euromisiles, como la República Federal Alemana y Holanda.

CAPÍTULO 12

LA EVOLUCIÓN DE LOS CAPITALISMOS AVANZADOS DESDE 1945. AUGE Y CRISIS DE LAS SOCIEDADES INDUSTRIALES

Desde la finalización de la II Guerra Mundial los países occidentales más desarrollados se enfrentaron a dos problemas concatenados que debían ser resueltos en una misma secuencia: la reconstrucción económica y el planteamiento de las bases para un crecimiento posterior que los más optimistas calificaron de ilimitado. El momento crucial fue el año 1948, fecha de inicio del Plan Marshall en Europa, que aceleró la reconstrucción. A partir de entonces se produjo un auténtico *boom* económico que se extendió hasta los primeros años de la década de los setenta.

LA EDAD DE ORO DE LOS PAÍSES DESARROLLADOS, 1950-1973

La II Guerra Mundial provocó una brusca caída de las economías europeas, que perdieron su posición en el mercado mundial. Sus sistemas productivos y financieros quedaron seriamente dañados y cedieron el primer puesto a un sistema más joven y fuerte, el estadounidense. Pero también los desastres de la guerra creaban las condiciones para un crecimiento sostenido en tiempo e intensidad, siempre y cuando concurrieran varias circunstancias, es decir, si se producía un planeamiento eficaz a escala supranacional desde la inmediata posguerra. Ese planeamiento ya estaba esbozado, incluso, antes de la definitiva derrota de Alemania y Japón. Un primer dato a tener en cuenta se refiere a la memoria histórica sobre los errores cometidos después de la I Guerra Mundial y las enseñanzas procedentes de los efectos duraderos de la Gran Depresión de los años treinta. Todo ello significaba incardinar los problemas de la reconstrucción de posguerra en un contexto mundial, esto es, la creación de un nuevo orden económico internacional, liderado por Estados Unidos, único país que había salido reforzado económicamente del conflicto bélico. En efecto, los progresos

industriales y tecnológicos norteamericanos habían sido formidables desde 1941. En 1944 Estados Unidos tomó la primera iniciativa fundamental para el periodo de la posguerra: la instauración de un nuevo orden monetario internacional. Los acuerdos de Bretton Woods fijaron las pautas: el dólar, divisa clave para los intercambios internacionales; paridad fija entre el dólar y el oro —lo que convertía, teóricamente, al dólar como la única moneda convertible en el preciado metal—; la formación del Fondo Monetario Internacional, encargado de garantizar la estabilidad monetaria a escala mundial, y el nacimiento del Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo, conocido como Banco Mundial. En suma, se asistió a la configuración de una primera célula de tejido económico mundial, sobre la que se edificó una estructura más espesa después de 1945, con el fin de asegurar las prácticas librecambistas y la conformación de un mercado mundial más estable. Utilizando una terminología muy extendida actualmente, cabe decir que se estaban operando avances decisivos en el camino hacia la globalización.

A partir de 1945 se hizo necesaria la coordinación de las tareas de reconstrucción. Desde su liderazgo, Estados Unidos desarrolló distintos planes que concedieran la ayuda económica que Europa precisaba, a la vez que se garantizaban nuevos mercados para la economía norteamericana. Los planes de ayuda económica tuvieron rápidos efectos económicos y políticos: el seguimiento de estos planes durante los años cuarenta y cincuenta condujo a la internacionalización del capital estadounidense, así como a un progresivo restablecimiento del orden monetario a escala mundial; igualmente, en los comienzos de la guerra fría, Estados Unidos encontró no pocos aliados en aquellos países que aceptaron su ayuda. Esta colaboración suponía la subordinación de las viejas potencias europeas al mandato estadounidense. Entre 1944 y 1946 todos los países afectados por las consecuencias de la guerra, excepto Alemania y Japón, recibieron buena parte de los 4.700 millones de dólares que distribuyó la UNRRA *(United Nations Relief and Rehabilitation Administration),* en su mayoría procedentes de Estados Unidos. Desde 1945 se prodigaron los acuerdos bilaterales, especialmente con Francia y Gran Bretaña, que servían para drenar préstamos o para condonar las deudas contraídas durante la guerra.

En 1947, sin embargo, se puso de manifiesto la insuficiencia de estas ayudas. Fue entonces cuando el Plan Marshall entró en funcionamiento, coincidiendo con el inicio de la guerra fría: la URSS y los países bajo su influencia fueron excluidos de un plan concebido para asegurar la correcta distribución de las

ayudas económicas procedentes de Estados Unidos a los distintos países europeos. La cuantía final de préstamos y donaciones ascendió a 12.800 millones de dólares. Esta suma aumentó en 1957 hasta un total de 24.000 millones de dólares, destinados principalmente a fines militares dentro de la OTAN. En 1948 se había constituido la OECE (Organización Europea de Cooperación Económica), formada por los dieciséis países que recibían la ayuda estadounidense. El año anterior, la deuda exterior de estos países había alcanzado los 9.000 millones de dólares. Desde 1948 hasta 1952 la ayuda estadounidense se repartió de la siguiente manera: el 24,9 por ciento del total recibido —en dólares o mercancías— fue a Gran Bretaña, el 21,2 por ciento a Francia, el 11,8 por ciento a Italia, el 10,8 por ciento a lo que será la República Federal de Alemania y el 7,7 por ciento a Holanda. El resto se repartió entre Grecia, Austria, Bélgica, Luxemburgo, Dinamarca, Noruega, entre otros.

El capital estadounidense permitió a los países europeos comenzar a comprar materias primas, maquinaria, alimentos, productos siderúrgicos o energéticos. Estados Unidos se convirtió en su principal suministrador, quedando así resueltos sus problemas excedentarios. Igualmente, este país supervisó todo el proceso de desarrollo económico, ajustando las diferentes políticas, con el objetivo de restablecer la actividad productiva en condiciones de equilibrio económico y de estabilización de los precios. Los resultados comenzaron a apreciarse a principio de los años cincuenta, cuando Europa entró en una etapa alcista más pronunciada de lo que cabía esperar. Los años sombríos de 1945 a 1947 habían sido superados. La recuperación resultaba evidente y todos los indicadores de crecimiento así lo confirmaban. Durante la década de los cincuenta Alemania fue el país que más creció, con un 7,6 por ciento anual, y Gran Bretaña el que menos lo hizo, con un 2,9 por ciento. Además, las infraestructuras se vieron notablemente beneficiadas. En la reorganización de los sistemas productivos fueron decisivas las inversiones privadas estadounidenses que, al margen de la ayuda oficial, impulsaron los sectores manufactureros europeos. Los años cincuenta abrieron paso también a la reindustrialización de países como Canadá, Australia o España. En Japón se desencadenó, a lo largo de esta década, un extraordinario proceso de desarrollo que lo elevó a la categoría de gran potencia.

En todos estos países la tendencia general de las políticas económicas siguió el modelo keynesiano, lo que condujo a la realización de múltiples y profundas reformas que consolidaron un nuevo esquema dentro del capitalismo europeo. El Estado incrementó su actividad como administrador e impulsó la inversión y la

producción. En favor de esta mayor responsabilidad estatal se llevaron a cabo diversas nacionalizaciones que subordinaron ciertos sectores económicos considerados estratégicos al control del Estado. En Francia se nacionalizaron el sistema bancario, los transportes, la producción energética o los medios de información; en Gran Bretaña afectó, además, a la electricidad, la explotación de la hulla, las comunicaciones o la siderurgia. En Italia emergió lo que podríamos denominar un capitalismo de Estado, caracterizado por la utilización de dinero público para crear holdings financieros. La política intervencionista keynesiana implicaba al Estado no sólo en el plano económico, sino también en el social, hasta crearse plataformas adecuadas para la instauración de un sólido tejido de seguridad social generalizada. Esta reforma tuvo especial importancia en el Reino Unido; el resto de los países la desarrollaron en distintos grados. Dentro de las reformas sociales debemos considerar la consolidación de los derechos sindicales. Las prácticas de las negociaciones colectivas se extendieron por doquier, sobre todo en la República Federal de Alemania, quedando los sindicatos ligados a la gestión empresarial, lo que significaba su integración en la trama institucional, facilitándose la resolución pacífica de los conflictos. La vida social en el occidente europeo, por tanto, pronto se vio libre de los conflictos y las tensiones anteriores.

La distribución de la riqueza fue obra del Estado de bienestar *(welfare state)*. El Estado interviene simultáneamente en la economía y la sociedad, con los objetivos de expandir la demanda, conseguir un mayor equilibrio social y alcanzar un consenso social más efectivo. Por este camino se construyeron modelos sociales más integrados, en los que la negociación sustituyó a la confrontación, limitando al máximo los conflictos sociales o incorporándolos al sistema. Su mejor expresión fue la participación del movimiento sindical en el marco institucional que redistribuye las rentas. La acción concreta del Estado de bienestar se efectúa en varios ámbitos. En primer lugar, la asunción de buena parte de los costes de reproducción de la mano de obra y del gasto social mediante la expansión del gasto público. Así, en los presupuestos estatales, las partidas dedicadas al gasto social se fueron incrementando progresivamente desde la terminación de la II Guerra Mundial. Ello se hizo posible gracias al crecimiento económico general y a los regímenes fiscales progresivos, que grababan las rentas personales según su cuantía. El incremento de la recaudación hizo posible la ampliación de las prestaciones sociales de todo tipo: seguridad social, enseñanza, cobertura del desempleo, fondos de pensiones, financiación del ocio… En segundo lugar, el apoyo estatal a la reproducción del capital por

medio de los gastos en infraestructura —transportes, comunicaciones, electrificación—, las nacionalizaciones de sectores económicos deficitarios y las ayudas al sector privado: subvenciones, exenciones fiscales, líneas crediticias privilegiadas...

El resultado fue la generalización, en el mundo desarrollado, de las sociedades de clases medias, y de la idea de ciudadanía social; es decir, una vez conquistados los derechos civiles y políticos, cimentar los derechos sociales, de tal manera que, en palabras de Dahrendorf, "todos puedan disfrutar de la ciudadanía como fundamento de sus oportunidades vitales". A principio de los años sesenta el intelectual francés Raymond Aron comentaba: "La sociedad industrial en la que vivimos, y que fue prevista por los pensadores del último siglo como básicamente democrática, es normalmente, si no necesariamente, democrática, en el sentido de que no excluye a nadie de la ciudadanía y tiende a ofrecer a todos un bienestar material". Con estas palabras Aron se refería a una sociedad industrial que por aquellos años llegaba a su momento de plenitud en los países más desarrollados. Gracias al progreso técnico y a la distribución de la riqueza se había creado una sociedad más igualitaria, integrada y participativa, que había transformado las democracias políticas en democracias sociales.

LOS MÉTODOS DEL CRECIMIENTO ECONÓMICO

Acabamos de analizar el trasfondo del éxito de la recuperación económica de los países desarrollados tras la II Guerra Mundial. Sin embargo, el *milagro* alemán merece especial atención; la economía alemana experimentó un crecimiento espectacular, sólo superado por Japón. En 1945 la situación de Alemania no parecía ser más que los despojos de la antigua potencia. Había sufrido fuertes destrucciones por la guerra y su territorio había quedado dividido; además, en calidad de "vencido", no merecía el apoyo estadounidense —al menos al principio—. A pesar de estos factores, Alemania alcanzó una tasa media de crecimiento del 7,6 por ciento a lo largo de los años cincuenta, que pasaría a ser del 5 por ciento en la década siguiente.

Varios factores influyeron en el desarrollo alemán. La fuerza de trabajo, mejorada cuantitativa y cualitativamente (la población activa pasó de 12 a 20 millones de trabajadores, cuya cualificación mejoró rápidamente). El desarrollo de un sistema educativo moderno buscó, entre otros objetivos, la calidad de la formación técnica y profesional. La productividad del trabajo, reforzada por la

moderación salarial y la concertación empresarial, actuó también en este sentido, y se amplió la cobertura de servicios sociales; el ahorro se empleó en favor de la actividad económica. El uso provechoso de los recursos naturales y energéticos y la importancia de la investigación y el desarrollo permitió la especialización industrial en bienes de producción, como maquinaria, productos metálicos o material eléctrico. Las multinacionales alemanas destacaron en los sectores químico y eléctrico, principalmente. En cuanto a la inversión extranjera, procedía en su mayor parte de Estados Unidos y resultó esencial, al igual que la balanza comercial favorable, en la que destacó la rápida recuperación de las exportaciones. La tecnificación y capitalización de la estructura agraria son demostrativas de la modernización del campo. Las actividades del sector primario actuaban también como mercado de los productos industriales y suministraban mano de obra a la industria. Por último, una política económica, guiada por el Estado, favoreció la estabilidad social y política. La intervención estatal fue decisiva en materias como la educación, la canalización del ahorro o la investigación tecnológica. Asimismo, la política estatal combatió la inflación y otros desequilibrios con respuestas contundentes en su política monetaria.

Gran Bretaña, que había sido pionera en los procesos económicos durante casi dos siglos, experimentó una etapa de escaso crecimiento durante la década de los cincuenta que la situó a la cola de las economías industrializadas. Esta tendencia, ligeramente acentuada en la década siguiente, no fue sino la continuación de un declive que ya se había manifestado antes de la guerra. Gran Bretaña perdía así el liderazgo económico que durante tanto tiempo la había distinguido. Los principales rasgos de la evolución británica son los siguientes: el relativo atraso industrial, aunque el sector estaba totalmente consolidado; las alzas salariales, provocadas por la presión sindical, que frenaron el aumento de la productividad y la falta de concertación social; la pérdida de competitividad frente a otras potencias; el lento crecimiento demográfico, que repercutió favorablemente en la tasa de desempleo; la inversión, menos importante que en otros países; las fluctuaciones constantes en la política económica a causa de las diferencias entre los conservadores y los laboristas, que se alternaron en el poder; el mantenimiento de la posición de Londres como gran centro financiero a escala mundial, pese a que el dólar tuviera más peso que la libra; la notable importancia del sector público, manifestada en distintas nacionalizaciones — ferrocarriles, gas, carbón— y en el llamativo aumento del gasto público dirigido a la cobertura social y el armamento. Un hecho importante fue la pérdida definitiva y paulatina de su imperio colonial. Las naciones — Nueva Zelanda, Canadá, Australia—

orientaron sus relaciones económicas hacia Estados Unidos en lugar de mantenerse únicamente en la órbita de la Commonwealth. Estos países, en conjunto, crecieron al mismo nivel que los países de la OCDE.

Francia no llegó a superar la tasa de crecimiento medio anual de Alemania, pero se situó por encima de los países de la OCDE, con un 5,5 por ciento. Los sectores tradicionales y la agricultura proporcionaron mano de obra a la industria y los servicios, lo cual, junto con un sostenido proceso de inversión, animó la intensidad del crecimiento. Una cierta conflictividad social, derivada de las presiones salariales y la inflación, constituyó el principal obstáculo a la recuperación. Otros obstáculos fueron la anticuada estructura agraria, aún demasiado rígida, y los abultados pagos externos. La industria francesa se especializó en la producción de bienes intermedios, como maquinaria o material de transporte, mientras las multinacionales destacaron en los sectores químico y petrolero.

La tasa media del crecimiento económico de Italia fue algo inferior a la de Francia, pero también superó el 5 por ciento. En el crecimiento económico cabe destacar su regularidad hasta principios de los años sesenta, aunque posteriormente el ritmo se debilitó. Los impulsores de esta época alcista fueron el esfuerzo inversor y la industria, mientras que la inflación, el déficit público y los problemas financieros con el exterior constituyeron los mayores obstáculos. La inversión tenía un triple origen: el Estado, los capitales extranjeros y las sociedades privadas nacionales. En cuanto a la industria, indicaremos que se orientaba hacia la obtención de bienes de producción necesarios para fabricar bienes de consumo, esto es, agua, electricidad, gas, papel, textiles, etc.

La evolución de los países nórdicos —Suecia, Noruega, Finlandia y Dinamarca—, así como de Bélgica, Holanda, Luxemburgo y Austria, tuvo unas características comunes. Su evolución fue diferente a la de los países estudiados anteriormente. Entre 1945 y 1960 registraron un crecimiento moderado, inferior al de otros países europeos, con tasas que oscilaron entre el 3,5 por ciento y el 5 por ciento. Durante los años sesenta, este crecimiento se agudizó y se igualó al del resto de Occidente. Estas economías mantenían un sólido equilibrio, asentado sobre la vida política y el consenso nacional, por lo que se las conoce como economías de “capitalismo socializado”. El intervencionismo estatal tuvo gran relevancia. El Estado actuaba como instrumento de equilibrio y estabilidad dentro del mercado, así como de garante de la ampliación de los servicios sociales. El Estado asumió también un papel importantísimo en la redistribución de la riqueza con la aplicación de una fiscalidad directa que alcanzaba tasas muy

elevadas. La concertación social fue un fenómeno evidente en estos países. Los sindicatos cobraron nuevas fuerzas en su propia reforma y se integraron perfectamente en el orden institucional, lo cual, junto a la mediación del Estado, propició la consecución de la paz social.

La periferia europea, en la que se incluyen países como Irlanda o Turquía, fue sin duda la de menor índice de desarrollo. La principal debilidad de estas naciones radicaba en la excesiva importancia del sector agrario y la falta de una plataforma industrial sólida. A ello se añadía una fuerte dependencia del exterior, dados los desequilibrios inflacionistas y deficitarios. Esta situación propició la emigración masiva de mano de obra hacia países más afortunados, como Alemania. España despertó de este letargo a principios de los años sesenta gracias a un *boom* originado por el turismo y la financiación externa. Fueron años fundamentales para desarrollar un proceso industrializador como jamás se había conocido en el país.

Japón fue el otro gran derrotado de la II Guerra Mundial, y el ritmo de su reactivación económica no tiene nada que envidiar al que se produjo en Alemania. Es más, si bien fue posible gracias a elementos similares —cualificación de la mano de obra, disciplina laboral, gran esfuerzo inversor, competitividad, intervención estatal— en el caso japonés se agudizó extraordinariamente el proceso de reconstrucción económica. Así se explica que en 1968 Japón se convirtiera en la tercera potencia económica mundial. No obstante, el crecimiento japonés no fue completamente estable y estuvo amenazado por diversos factores de desequilibrio. Como destacados componentes de su evolución señalamos:

—Buen ritmo de crecimiento demográfico, que proporcionó mano de obra joven y abundante. Este factor se reforzó con los trasvases del campo a la ciudad, al sector servicios y a la industria.

—Moderación salarial, favorecida por la ausencia de sindicatos reivindicativos. La legislación laboral vigente era estricta e iba acompañada de una escasa cobertura social. El mercado se dividía entre el sector empresarial, con mayor seguridad de empleo y salarios subordinados a la productividad, y el sector tradicional, mayoritario y con gran precariedad del empleo.

—Traslado de los valores tradicionales basados en la disciplina y el respeto a la jerarquía al mundo de las relaciones laborales.

—Grandes avances en el sector científico-técnico, articulado desde el Estado. Japón tuvo una notable capacidad para asumir las innovaciones tecnológicas y adaptarlas a las necesidades propias. Los gastos en investigación tecnológica

fueron especialmente elevados.

—La propensión al ahorro, la más alta de todos los países desarrollados, que venía determinada por la escasa cobertura social y los modelos tradicionales de comportamiento, lejanos del consumismo occidental. El ahorro, unido a la financiación de préstamos a largo plazo y a la actuación del Estado, hizo posible un fuerte incremento de las tasas de inversión.

—Profunda reforma del sector agrícola, que aumentó su productividad con la parcelación de las estructuras tradicionales. Más tarde tuvo lugar el proceso inverso, de concentración parcelaria, lo cual animó el éxodo rural.

—Tendencia al “gigantismo” en el sector empresarial, donde una unidad bancaria protegía la actividad de diversas agrupaciones industriales de alta tecnología. Japón se convirtió en la segunda potencia industrial, destacando en ramas punta como el automóvil, la petroquímica o el material eléctrico. El Estado asumió también grandes responsabilidades en este terreno, estableciendo los criterios de concentración y proporcionando financiación e infraestructuras.

—El sector exterior fue el pilar de la economía nacional. Las importaciones mayoritarias eran productos básicos escasos en Japón, como alimentos y materias primas agrícolas, pero los bienes industriales se producían en el interior. La competitividad de los productos japoneses impulsó las exportaciones en los años sesenta, al tiempo que se invirtieron muchos capitales fuera de sus fronteras, fundamentalmente en el este de Asia, Estados Unidos y Europa.

—La ayuda norteamericana, clave para el despegue definitivo. Consistió en medidas como la condonación de deudas, trato preferencial, inversiones directas.

Estados Unidos no fue sólo el líder económico mundial después de 1945; también se convirtió en el modelo a seguir en muchos de los países del mundo. Las fluctuaciones de la economía estadounidense influían directamente sobre el resto de las economías industrializadas, que quedaban así subordinadas a las decisiones de la primera potencia. La II Guerra Mundial constituyó un factor relevante en la consolidación de la hegemonía estadounidense. La guerra se desarrolló lejos de su territorio, por lo que no le causó perjuicios ni destruyó sus infraestructuras. El conflicto impulsó notablemente su actividad económica y su investigación tecnológica. Asimismo, Estados Unidos pasó a ser el primer acreedor de las potencias aliadas, que sobrevivieron gracias a los recursos norteamericanos. Finalmente, Estados Unidos se afianzó, tras la contienda, no sólo como líder económico indiscutible sino también como líder político y militar. Su ámbito de dominio abarcaba incluso los organismos supranacionales de reciente creación, como el Banco Mundial, el GATT o la OTAN.

La recuperación de la guerra fue muy rápida. Ya antes de 1950 se había resarcido totalmente la demanda, tanto interna como externa. A principios de los años cincuenta Estados Unidos producía el 50 por ciento de la producción mundial. En sus universidades y empresas se desarrollaban los principales avances tecnológicos y monopolizaba el mayor porcentaje de la inversión en el extranjero, lo que le aseguraba el control de los mercados. Además, poseía el 80 por ciento de las reservas de oro mundiales. Los motores de este crecimiento sostenido estadounidense son de diverso orden. En el plano demográfico, la población continuó teniendo un rápido crecimiento. En el plano económico, un factor importante fue la concentración empresarial y el establecimiento de una competencia entre las empresas basada en la mayor innovación y no en los precios. Esto dio gran importancia, a su vez, al avance tecnológico; por último, pero no menos importante, se asentaron las ideas keynesianas en lo que concernía al papel del Estado: los gastos públicos tenderían a conseguir el pleno empleo y a estimular la demanda, mientras la política se orientaba hacia el gasto social y militar. En este punto destaca el periodo de la presidencia de Truman (1945-1952), en el que la carrera armamentista iniciada a causa de la guerra fría supuso un desembolso público considerable que alimentó el crecimiento. La industria armamentista constituía un factor básico en la estructura económica estadounidense, garante de su hegemonía. Era un sector con unas enormes expectativas de mercado, dentro y fuera del país, y era un campo ideal para la investigación tecnológica. El 30 por ciento de los gastos militares estatales, a finales de los años sesenta, se concentraba en diez empresas, entre las que destacan la MacDonnell-Douglas o la Boeing. Los programas de ayuda al exterior y los diversos conflictos internacionales proporcionaban una salida a la producción de armamento. También así se entiende la proliferación de bases militares de Estados Unidos en múltiples países extranjeros.

Los gobiernos demócratas que se sucedieron en este país entre 1945 y 1953 tuvieron como misión fundamental la reconversión de la economía al finalizar la II Guerra Mundial. El año 1948 fue de crisis, que se solucionó con medidas de corte keynesiano, estimulando el consumo y el gasto social. Los resultados positivos se confirmaron durante la guerra de Corea (1950-1953), cuando aumentaron las exportaciones y el consumo interior. Desde entonces, y hasta 1960, la administración republicana practicó la política conocida como *stop and go,* expresión que hace referencia a las medidas de estabilización *(stop)* y de sostenimiento de la actividad económica *(go)* que pusieron en práctica los sucesivos gobiernos. Fueron años especialmente inestables, en los que se

encadenaban las etapas recesivas y las alcistas. El *boom* económico debía ser debilitado para contener la inflación. Voluntaria y conscientemente, pues, se frenó el crecimiento natural de la economía estadounidense, que rondó el 2 por ciento anual a lo largo de este periodo.

El relevo demócrata de 1961, que se prolongó hasta 1968, implicó la política económica más keynesiana de cuantas se habían aplicado. Se buscó el equilibrio entre precios y salarios, lo que provocó el aumento de la inflación a partir de 1965. La balanza comercial sufrió un grave deterioro a partir de 1964, dado el desequilibrio existente en el sector exterior: los productos estadounidenses empezaban a tener que competir con los europeos o los japoneses, que se hallaban en plena expansión. Estados Unidos era menos competitivo en bienes de consumo y material eléctrico, por ejemplo, aunque continuó siendo el número uno en aeronáutica, industria nuclear y otros sectores punteros. Otro factor importante en la crisis del sector exterior fueron las importaciones, que se incrementaron paralelamente al poder adquisitivo de la población. En suma, los primeros años de los sesenta prolongaron la carrera imparable de la economía de Estados Unidos, hasta que la inflación y la pérdida de la hegemonía sobre los mercados frenaron el crecimiento de la que seguía siendo primera potencia mundial.

A partir de 1968 volvieron los republicanos al poder. Esta última etapa estuvo profundamente marcada no sólo por el frenazo iniciado a finales de los sesenta, sino por la crisis mundial de 1973, que afectó sustancialmente a las estructuras económicas de Estados Unidos. Las políticas económicas alternaban los métodos keynesianos y monetaristas, en un intento de devolver al dólar la fuerza que había perdido. Sin embargo, en 1971 hechos como el fin de la convertibilidad del dólar en oro acabaron con el orden monetario mundial establecido en 1944. Los aranceles estadounidenses experimentaron una fuerte subida y el gasto público estaba sometido a la indecisión de la administración republicana. Al finalizar este periodo, Estados Unidos conservaba aún la hegemonía sobre el resto de las naciones industrializadas, pero este poder era mucho menos acusado. Posteriormente, además, cobraron aún mayor importancia las economías de Japón y de la Comunidad Económica Europea, lo cual obligó a Estados Unidos a compartir la cima del escalafón económico mundial.

La crisis económica de los setenta

En la década de los setenta se produjo una transformación en profundidad del sistema económico mundial, tanto en términos coyunturales como estructurales. Los indicadores de la coyuntura son determinantes al señalar el descenso y deterioro de las principales magnitudes económicas, desde los niveles de inversión hasta las tasas de productividad, pasando por el incremento del déficit de la balanza de pagos y los cambios en los comportamientos económicos y expectativas de los ciudadanos. A principios de los setenta, pues, comenzó una crisis de larga duración que si, por un lado, terminó con el ciclo alcista anterior, por otro significó una reorientación del mercado mundial y las estructuras económicas nacionales. Crisis de larga duración que supuso la alteración básica del sistema industrial consolidado tras la II Guerra Mundial y su lenta sustitución, en un proceso todavía abierto, por un sistema económico de servicios en el que las industrias clásicas cada vez ocupan un menor porcentaje en la formación de los productos interiores brutos. Un nuevo complejo económico, basado en la revolución científico-técnica, cuyo máximo exponente es el mundo de la informática.

Frente a la rotunda denominación de “edad de oro” para definir la etapa 1950-1973, el economista Angus Maddison se refiere al periodo posterior a 1973 como la “fase de objetivos *cautos*”, cuyas características serían las siguientes:

—Prioridad por la estabilidad de los precios, aunque esto suponga el crecimiento de los índices de paro.

—Deterioro del sistema internacional de pagos. Se pone fin al sistema de cambios fijos entre monedas para evitar la continua aparición de tensiones especulativas que dificultaban las transacciones comerciales a medio y largo plazo y los cálculos económicos de futuro.

—Debilidad de los sindicatos. Los pactos sociales, que habían sido la norma anterior, dejaron de funcionar de manera eficaz. Paulatinamente, la idea de pleno empleo o la seguridad del puesto de trabajo desaparecieron, a la par que el número de parados se incrementaba hasta límites desconocidos en el periodo 1950-1973.

—Mantenimiento del libre comercio en el exterior. A la vez, las uniones aduaneras y acuerdos económicos siguieron planteándose y extendiéndose.

—Aumento de la libertad para los movimientos de capital y restricción del movimiento del factor trabajo. La crisis de los años setenta difirió radicalmente de anteriores crisis del capitalismo (1873-1891, 1929-1944). Éstas fueron definidas como crisis drásticas del consumo, con el hundimiento de todos los mercados. La crisis de los setenta, por el contrario, dio lugar a una ralentización

del consumo por medio de un proceso inflacionario galopante y de una fuerte expansión monetaria.

Entre 1950 y 1973 se había configurado una división internacional del trabajo definida por la hegemonía internacional de Estados Unidos y caracterizada por el dominio del dólar en los mercados financieros mundiales. Sin embargo, durante los años sesenta, la situación sufrió alteraciones, fundamentalmente a causa de la recuperación industrial y económica de Europa y Japón tras la II Guerra Mundial, lo que incrementó las tensiones entre los países desarrollados. Los países europeos y Japón pasaron de ser receptores de capital y de productos norteamericanos a duros competidores en los mercados mundiales de capitales y de mercancías. En esta competición, tanto Europa como Japón se vieron favorecidos por unos costes inferiores de la mano de obra y por la renovación del aparato productivo, consecuencia de la reconstrucción —en muchos casos a partir de cero— de amplios sectores destruidos durante la guerra. Esto hacía a los productos europeos y japoneses más competitivos que los estadounidenses, arrebatándoles importantes posiciones en los mercados internacionales y en el propio mercado de Estados Unidos.

En 1971 el dólar abandonó su convertibilidad en oro, se devaluó, y el gobierno estadounidense inició un viraje hacia el proteccionismo comercial. Estas tres medidas cuestionaban los principios fundamentales del orden monetario internacional, basado en los cambios fijos y en el predominio del dólar estadounidense. Los acontecimientos de 1971 fueron el resultado de una serie de desajustes larvados durante los años sesenta. Ya a finales de los cincuenta los primeros síntomas de desequilibrio en la balanza comercial de Estados Unidos anunciaron la fragilidad del modelo. Los países europeos y Japón habían rehecho sus aparatos productivos y se encontraban en la antesala del *boom*. Ello supuso la disminución de las ventas estadounidenses en estos países y en otras áreas geográficas. Si a ello unimos el incremento de los gastos exteriores militares de Estados Unidos, comprenderemos que los desequilibrios de su balanza tendían a convertirse en algo estructural. La posición de las reservas internacionales varió sustancialmente. En 1950, Alemania, Italia y Japón poseían conjuntamente reservas por un valor de 14.000 millones de dólares, cifra que se elevó a 23.800 millones en 1970. Por el contrario, las reservas estadounidenses durante el mismo periodo disminuyeron de 24.300 a 14.500 millones de dólares. El dólar se hizo, por tanto, muy vulnerable.

La respuesta de Estados Unidos a la competencia económica de otros países fue similar a la británica de finales del siglo pasado: el incremento de la

exportación de capitales. Así se consolidó la expansión de las multinacionales estadounidenses por todo el mundo. El resultado fue una salida masiva de dólares, por encima de su hipotética cobertura en oro. Estados Unidos siempre fue negligente en el mantenimiento del valor de su moneda, a pesar de que su estabilidad era básica en la penetración económica exterior. Confió en que los restantes países industriales saldrían como valedores de su divisa. La desvalorización del dólar traería consigo la automática revalorización de las otras monedas fuertes, con las consiguientes repercusiones negativas para las exportaciones manufactureras europeas, artificialmente encarecidas. A partir de 1971 la inestabilidad monetaria se acentuó. Como respuesta, la Comunidad Económica Europea se planteó seriamente la creación de una moneda propia que sirviera de alternativa al dólar. Además, la subida de los precios del petróleo añadió nuevos desajustes, generalizándose los desequilibrios de las balanzas de pagos. Si a ello unimos la recesión comercial tendremos un cuadro completo de la situación. Igualmente, la crisis financiera ofrecía un componente especulativo innegable. Desde 1971 la cambiante relación dólar/oro y los vaivenes del dólar provocaron la especulación en torno al mismo: especular con el alza del dólar o del oro resultaba más rentable y menos arriesgado que cualquier inversión productiva. La especulación transfirió la crisis de unos países a otros. Por ejemplo, la política de altas tasas de interés de la administración Reagan durante los años ochenta, con el fin de paliar su déficit presupuestario, canalizó una corriente de dinero hacia Estados Unidos. La contrapartida fue la reducción de las expectativas de inversión en otros lugares y el encarecimiento generalizado del crédito.

El conflicto árabe-israelí de 1973, conocido como guerra del Yom Kippur, y la decidida ayuda de Estados Unidos a la causa de Israel determinaron el inicio de una espiral alcista de los precios del petróleo. Los países productores decidieron incrementar el precio del barril de crudo para presionar a los países occidentales aliados de Israel. Si tomamos como referencia el petróleo de Arabia Saudí, sus precios se habían mantenido estables, incluso con tendencia a la baja, entre 1950 y 1970. En 1973 el precio del barril era de 2,70 dólares. Un año después se aproximaba a los 10 dólares. En 1980 el precio del crudo se había multiplicado casi por catorce con respecto a 1973, hasta alcanzar los 29 dólares. El espectacular incremento de los costes energéticos necesariamente hizo tambalearse las estructuras económicas de los países industrializados.

Los sectores que habían servido de motor impulsor del crecimiento económico entre 1950 y 1973 fueron la industria del automóvil, la siderurgia, la

petroquímica y química industrial, el sector eléctrico y la construcción. La elevación de los precios del petróleo quebró una de las premisas sobre las que se asentaba el funcionamiento de dichos sectores productivos: una energía barata y sin límites. La fuente energética dominante había sido, durante este periodo, el petróleo. El sistema económico necesitaba, para su pleno desarrollo, una fuente energética capaz de combinar un consumo masivo de la misma, unos costes de producción muy bajos y que la energía se ajustara a la base tecnológica del proceso productivo vigente. Tales requisitos fueron cumplidos en toda su extensión por la conjunción del petróleo y la energía eléctrica. Sobre ambos se articuló el abastecimiento energético con posterioridad a la II Guerra Mundial, mientras que el carbón quedaba relegado a una posición marginal. El aprovisionamiento de petróleo y sus bajos precios parecían asegurados por el control de los mercados y de las explotaciones por las grandes corporaciones occidentales. Sin embargo, el nacimiento de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) alteró las reglas del juego. Estos países plantearon la necesidad de un mayor control nacional de sus fuentes de riqueza y de unos precios más justos. En este sentido, el conflicto árabe-israelí sólo sirvió de detonante para transformar una situación que, de todas formas, habría sido alterada.

El incremento del precio del petróleo perjudicó a las economías industriales de diversas maneras. En primer lugar, perdieron renta real porque empeoraron sus términos de intercambio; es decir, aumentó el precio de las importaciones, mientras que las exportaciones no lo hicieron al mismo ritmo. En segundo lugar, la subida de precios colaboró a incrementar la inflación a límites desconocidos hasta entonces. En tercer lugar, desequilibró los cálculos de la planificación económica a corto y medio plazo. En cuarto lugar, generalizó los déficit de las balanzas comerciales. En quinto lugar, alteró los circuitos internacionales del dinero, con la creación de un nuevo polo financiero en los países del golfo Arábigo y la incertidumbre respecto a la utilización posterior de esta acumulación de capital. Por último, la subida de precios planteó seriamente el recambio del petróleo por otras fuentes energéticas.

Entre 1973 y 1981, el crecimiento anual per cápita del PIB descendió considerablemente, y se situó para el conjunto de los países industrializados en el 1,9 por ciento, con resultados francamente desalentadores para Estados Unidos (1 por ciento) y Reino Unido (0,6 por ciento). Incluso en Francia y Alemania, las tasas no superaron el 2 por ciento, y Japón se mantuvo en el 2,7 por ciento. Por el contrario, la inflación hizo mella en todas partes a niveles

desconocidos desde 1950. Para el conjunto de los países desarrollados la inflación se situó en un promedio del 6,7 por ciento anual, superando el 10 por ciento países como Australia, Dinamarca, Finlandia, Francia, Italia, Suecia, Reino Unido y España. En todas partes la lucha contra la inflación se hizo prioritaria, a pesar de que el desempleo asolaba todas las sociedades industrializadas. Un desempleo persistente que, si a la larga ha sido primero contenido y luego reducido, continúa presionando sobre el gasto público y alimentando los canales de las economías subterráneas.

LOS CAPITALISMOS AVANZADOS CONSTRUYEN UNA NUEVA SOCIEDAD ECONÓMICA

La amplitud de la crisis de los años setenta es manifiesta. Los peores años fueron los comprendidos entre 1973 y 1981, momento este en el que aparecieron nuevos síntomas de recuperación que hicieron renacer el optimismo a lo largo de la década, aunque sin la seguridad y la rotundidad de la “edad de oro” (1950-1973). La recuperación del periodo 1982-1989 permitió incrementar los índices de crecimiento a la par que la inflación disminuía hasta alcanzar situaciones próximas al equilibrio económico. El promedio de inflación para los países industriales durante el periodo citado se situó en el 4,5 por ciento anual, mientras los índices de crecimiento, también anuales, aumentaban hasta el 2,4 por ciento; Japón fue el país que disfrutó de un mayor crecimiento, con un 3,5 por ciento. Una recuperación sostenida, con contenidos especulativos y más insegura de lo que demostraba el optimismo de la época. La cuestión es que un nuevo sistema económico se había puesto en marcha variando, en algunos aspectos sustancialmente, los rasgos dominantes de la etapa 1950-1973.

Las políticas económicas cambiaron su naturaleza a lo largo de la década. Los teóricos han hablado de la crisis del sistema keynesiano o de la crisis fiscal del Estado, para señalar con ello que la acumulación de los déficits presupuestarios fue de tal magnitud que ya no podía ser compensada con el incremento de los impuestos. Nuevas doctrinas, denominadas “neoliberales”, plantearon la retirada del Estado en los planos económico y social; es decir, la reducción de la presencia del Estado como consumidor, productor, empleador y proveedor de bienes sociales. Estos planteamientos llegaron a su práctica máxima en la Gran Bretaña de los años ochenta con el gobierno de Margaret Thatcher, quien desmanteló en parte la política social y económica intervencionista y asistencial de los diferentes gobiernos conservadores o laboristas desde 1945. En todas

partes, con mayor o menor intensidad, las privatizaciones de las empresas públicas y las reconversiones industriales marcaron la norma de estas nuevas políticas económicas. A veces se denominan "políticas de oferta", porque insisten en que el incremento de la demanda, sin más correcciones, ya no asegura un crecimiento económico saneado y equilibrado, sino que pueden producir, por el contrario, el estancamiento y la recesión. Estas políticas plantean la necesidad de sanear la oferta, los aparatos productivos, como condición precisa para un crecimiento posterior, aunque haya que sacrificar a corto plazo la creación de empleo. De ahí se deriva el difícil diálogo entre Estado, empresarios y sindicatos a la hora de la concertación social sobre a qué dar prioridad: la lucha contra la inflación, el control de los salarios o la ampliación del empleo. Todo ello en un marco donde se acude a la flexibilización y liberalización de los mercados laborales como requisitos para la formación de empleo.

MARGARET THATCHER (1925-)



Procedente de una familia de recursos limitados estudió Ciencias químicas en la Universidad de Oxford gracias a una beca, desarrollando esta profesión hasta 1951. Posteriormente estudió Leyes, y se especializó en derecho tributario. Comenzó su carrera política en las filas del Partido Conservador como diputada de la Cámara de los Comunes en 1959, desempeñando diversas responsabilidades parlamentarias hasta alcanzar, entre 1970 y 1974, la cartera de Educación en el gobierno encabezado por Edward Heath. Su gran momento llegó en febrero de 1975, cuando consiguió el liderazgo del Partido Conservador británico, en dura competencia con Heath. Ganó las elecciones de mayo de 1979 y se convirtió en la primera y única mujer que ha alcanzado la jefatura del gobierno en Gran Bretaña. Dotada de una gran voluntad y de un carácter rocoso, cualidades que le valieron el sobrenombre de *la dama de hierro*, Margaret Thatcher logró diseñar y consolidar nuevos fundamentos ideológicos y de acción para el conservadurismo británico, a lo largo de los once años ininterrumpidos en que estuvo al

frente del gobierno.

El nuevo discurso thatcheriano entremezclaba hábilmente fuertes contenidos nacionalistas y de liberalismo económico a ultranza; de hecho, la exaltación del orgullo nacional británico actuó como antídoto frente al incremento de la conflictividad social provocado por los retrocesos del Estado de bienestar. La práctica económica thatcheriana sustituyó la idea de capitalismo social por el denominado capitalismo popular, alterando sustancialmente las pautas de comportamiento y la articulación de la sociedad británica, heredadas del intervencionismo estatal anterior. En suma, un horizonte económico similar al mensaje del presidente Reagan en Estados Unidos. Precisamente, la solidaridad anglosajona, concretada en la estrecha amistad con Estados Unidos, fue el eje fundamental de la política exterior británica. Las nuevas ideas y el personalismo impuesto a su política condujeron a Margaret Thatcher al enfrentamiento con el sólido tejido sindical de las Trade Unions. Thatcher ganó el pulso, y a ello colaboró la victoriosa guerra de las Malvinas contra Argentina. El resultado fue el masivo triunfo electoral en las elecciones de 1983, reeditado en 1987 con la obtención de una marca desconocida hasta entonces en la política británica: la consecución de tres mandatos sucesivos. Finalmente, la conflictividad de tipo fiscal obligó a Margaret Thatcher a presentar su dimisión en 1990, aunque sus planteamientos calaron profunda y duraderamente en todo el pensamiento conservador europeo.

Por debajo de estas políticas surgen nuevas realidades económicas. Resulta evidente el retroceso del porcentaje de la actividad industrial en el total de la economía de los países más desarrollados. Las industrias punta durante el periodo anterior (automóvil, siderometalurgia, etc.) se reconvierten, mientras que las nuevas tecnologías están en alza. Paralelamente, el sector servicios se moderniza y cambia sus funciones y estructura. A escala mundial también fueron visibles los cambios espaciales de la industria. Nuevos países se industrializaron. Los casos más paradigmáticos son los de Hong-Kong, Singapur, Corea del Sur, Taiwan, Indonesia o Malaisia, que han conocido rápidos procesos de desarrollo económico. Estos países, llamados los “dragones asiáticos”, combinan la incorporación de tecnología punta y los bajos salarios para hacer sumamente competitiva su producción, generalmente destinada a la exportación.

Se comenzó a definir estos cambios como la crisis de la sociedad industrial clásica, con la convicción de que se está asistiendo a la consecución de un nuevo modelo económico y social para los países de capitalismo avanzado. En términos económicos, la nueva organización del proceso productivo resulta uno de los rasgos fundamentales de la nueva situación. El progreso técnico es la concreción de la profunda renovación tecnológica de las últimas décadas, fruto de la constante aplicación a los campos de la economía y de la sociedad de los logros de la revolución científico-técnica. Ello da lugar a un proceso con tres características fundamentales: la producción en masa, la semiautomatización y la

industrialización de la ciencia. Siguiendo la estela de los decenios posteriores a la II Guerra Mundial, la actividad científica se ha incorporado estructuralmente a la producción, dando lugar a la mercantilización de la ciencia, que se constituye en una rama productiva más. La manifestación más clara de este fenómeno ha sido la organización del proceso productivo según el esquema siguiente: investigación básica, investigación aplicada, investigación para el desarrollo o producción en cadena, técnicas de mercado, consumo masivo.

Los cambios económicos diseñan nuevas formas de estratificación social. Primero en Estados Unidos y luego en los restantes países desarrollados, se ha asistido a lo que el sociólogo norteamericano Daniel Bell ha denominado "los nuevos principios de la estratificación social"; es decir, un nuevo ordenamiento de los grupos sociales, a lo que habría que añadir la configuración de nuevos movimientos sociales y de nuevas formas de conflicto, en los que se expresan valores y reivindicaciones que se alejan del tradicional enfrentamiento circunscrito a la producción y distribución de los bienes. Esta nueva sociedad se puede caracterizar por los siguientes elementos:

—El incremento de la revolución tecnológica en todos los ámbitos de la vida social, desde la producción de la riqueza hasta la obtención de información. Estaríamos, pues, ante una aceleración inusitada del progreso técnico característico de los decenios cincuenta y sesenta, o ante la plena aplicación de la revolución científico-técnica en toda su potencialidad. Son "sociedades del conocimiento". Todo ello genera una contradicción: el trabajo se hace más especializado y más escaso.

—El cambio en las relaciones de poder con respecto a la sociedad industrial clásica. Ya no se efectúa la división esencial entre quienes son propietarios de los medios de producción y el proletariado; ahora se establecen relaciones burocráticas y autoritarias entre quienes tienen el poder de decisión, vinculado al dominio de la información, y quienes no lo tienen. Tienden a dominar, pues, los intereses de grupo sobre los viejos intereses de clase. Las viejas figuras dominantes del empresario, del ejecutivo industrial o del hombre de negocios son reemplazadas por un nuevo grupo dominante formado por la tecnocracia intelectual e informativa.

—La sociedad posindustrial es, sobre todo, una sociedad de conocimiento y de servicios. La ocupación de la población activa en los sectores primario y secundario se ha reducido considerablemente. Incluso sucede lo mismo en el sector terciario tradicional, mientras que se engrosan las filas de lo que se ha denominado el sector cuaternario; es decir, un sector de servicios muy

especializado en relación con el mundo de la informática y de la investigación en todos sus ámbitos. En los países ricos pertenecientes a la Organización de Cooperación y Desarrollo Económico, el descenso del número de ocupaciones del sector agrícola ha sido espectacular, al igual que los empleos del sector industrial. Por el contrario, los sectores terciario y cuaternario han sobrepasado el 50 por ciento del total de empleos.

La construcción de la unidad europea: de Roma a Maastricht

La Unión Europea es el fruto de una serie de iniciativas, que todavía no han concluido, emprendidas con el propósito de asociar en un proyecto económico y político común a los distintos países europeos. Este proceso integrador empezó a tomar cuerpo en 1957 con la firma del Tratado de Roma, en virtud del cual nació el Mercado Común Europeo. El progreso hacia la integración europea ha seguido imparable hasta nuestros días, con etapas tan decisivas como la firma del Acta Única en 1987 y del Tratado de Maastricht de 1992.

Una vez terminada la II Guerra Mundial, las potencias europeas tuvieron que afrontar la reorganización de la economía internacional, de modo tal que se evitaran los errores cometidos en los tratados de paz tras el fin de la I Guerra Mundial, sobre los que había llamado la atención John M. Keynes en su libro *Las consecuencias económicas de la paz.* Si después de 1945 se quería alcanzar una paz duradera, era preciso constituir sólidas plataformas internacionales de cooperación económica. Los primeros pasos de la integración económica europea entroncan con las mejoras en la articulación del mercado mundial. Desde la época de la segunda revolución industrial había conciencia en Europa occidental de la necesidad de superar la situación contradictoria creada por la pugna entre el crecimiento económico y el estrecho marco de las economías nacionales, cuyas funestas consecuencias se manifestaron en la depresión de los años treinta. En un tiempo más cercano, desde 1945, se puede observar la continuidad entre la nueva configuración del mercado mundial y los avances de la integración económica europea.

El mercado mundial se estaba reorganizando incluso antes de que finalizara la guerra. Ya en 1944 la Conferencia de Bretton Woods, celebrada entre los países aliados, había fijado los parámetros del futuro Sistema Monetario Internacional; simultáneamente, surgió el compromiso de generalizar el libre comercio y se perfilaron las primeras instituciones económicas supranacionales: el Fondo

Monetario Internacional (FMI) y el Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo. Al constituirse las Naciones Unidas en 1945 se produjo otro avance en la cooperación económica internacional con la creación en su seno de dos instituciones económicas clave: el GATT (General Agreement on Tariffs and Trade) y la UNCTAD (United Nations Conference on Trade and Development), destinadas a favorecer y agilizar los intercambios mundiales. En este primer entramado económico supranacional se insertaría más tarde el movimiento integrador europeo. La constitución, en 1948, de la Organización Europea de Cooperación Económica (OECE) simboliza a la perfección la relación existente entre el Plan Marshall de ayuda norteamericana a la reconstrucción europea, la guerra fría y los procesos de integración. Después de la II Guerra Mundial, los países de la Europa occidental estaban sometidos a una especie de indeterminación económica y política. Entre 1945 y 1947, para los países europeos occidentales era casi imposible la reconstrucción económica, ya que los recursos internos con que contaban eran muy limitados. Además, la presencia de fuertes partidos comunistas y socialistas radicales empujaba hacia soluciones excesivamente socializantes, inaceptables para Estados Unidos en los prolegómenos de la guerra fría. Esto explica el interés norteamericano por consolidar mediante el Plan Marshall economías de mercado en un marco supranacional. Por el momento, este marco quedó limitado a uniones aduaneras o, en todo caso, a acuerdos que superasen los estrechos límites del bilateralismo comercial imperante antes de la II Guerra Mundial.

Para comprender la evolución de la integración europea conviene detenerse, aunque sea superficialmente, en los diferentes tipos de organizaciones, diseñadas con diversos alcances según su finalidad.

—Asociaciones de libre comercio. Representan el nivel más sencillo de integración. Agrupan a varios países que se comprometen a la disminución general de los aranceles, o a su desaparición, en las operaciones comerciales que realicen entre sí, pero cada país mantiene su soberanía comercial con respecto a países no asociados. Una organización de este tipo fue la EFTA *(European Free Trade Association,* Asociación Europea de Libre Comercio), integrada en 1959 por Noruega, Islandia, Portugal, Suecia, Dinamarca, Austria, Suiza y Gran Bretaña.

—Uniones aduaneras. El nivel de integración de estas organizaciones es más avanzado, ya que los países integrantes se obligan a mantener una política comercial exterior común y fijan un arancel exterior común frente a terceros países. El óptimo de integración aduanera se alcanza en los mercados comunes:

entre los países miembros se establece la libre circulación de productos, así como la de personas y capitales. El ejemplo por excelencia es el de la Comunidad Económica Europea, establecida por el Tratado de Roma en 1957.

—Uniones económicas. El nivel de integración es muy avanzado, ya que significa la unión monetaria y la convergencia de las políticas económicas a un grado óptimo de supranacionalidad. Ésta es la situación actual de la Unión Europea.

De todos estos modelos de agrupación, la unión aduanera es la que ha producido los efectos dinámicos más evidentes, ya que ha dado lugar al aumento de la especialización productiva y comercial, ha situado las actividades económicas en lugares óptimos, ha favorecido el desarrollo de economías de escala, ha disminuido los márgenes de incertidumbre en la toma de decisiones y ha hecho aumentar la eficacia global, consiguiendo con todo ello mercados más amplios y competitivos.

Los antecedentes inmediatos de la Comunidad Económica Europea fueron el Benelux (unión económica de Bélgica, Países Bajos y Luxemburgo) y la CECA (Comunidad Económica del Carbón y el Acero), dos formas diferentes y complementarias de integración, que sirvieron de *laboratorio* para la experimentación de prácticas integradoras y permitieron trazar el camino que llevaría a la firma del Tratado de Roma en 1957. La Convención del Benelux entró en vigor en 1948 y dio lugar a la primera unión aduanera estable de Europa en el siglo XX. Formada por Holanda, Bélgica y Luxemburgo, para su establecimiento se partió de la base de la unión económica belga-luxemburguesa, que había sido creada en 1922. Para lograr esta unidad se diseñó una secuencia de varias etapas intermedias. En la primera se procedió a suprimir las aduanas entre los tres países. En la segunda se fijó una tarifa arancelaria común. En la tercera etapa se estableció la libertad de circulación de otros factores. El proceso culminó con el Tratado de La Haya, firmado en febrero de 1958. En suma, la creación del Benelux tuvo una evolución similar a la que luego seguiría la Comunidad Económica Europea en su constitución.

JEAN MONNET (1888-1979)



Nacido en Cognac en 1888, Jean Monnet ha sido considerado como el padre de la unidad europea. Nadie mejor que él para emprender esta tarea dada su dilatada formación política y financiera, y su marcada carrera internacional. Fue primer vicesecretario general de la Sociedad de Naciones entre 1919 y 1923. Posteriormente se trasladó a Estados Unidos, donde desarrolló diversas actividades financieras, entre ellas la fundación en Nueva York en 1936 de la Monnet Murname Limited, además de actuar como consejero económico para varios países. Durante la II Guerra Mundial presidió el Comité de Coordinación Económica franco-británico, además de realizar misiones de aprovisionamiento para Gran Bretaña en Estados Unidos. Miembro del Comité Francés de Liberación Nacional, se convirtió en uno de los hombres de De Gaulle en Estados Unidos. Ministro de Comercio del gobierno provisional francés, diseñó el plan que lleva su apellido y lo dirigió entre 1947 y 1952, que con la ayuda del Plan Marshall supuso un revulsivo para la economía francesa, creando las condiciones óptimas para acelerar la reconstrucción y fijar las pautas modernizadoras que sirvieron de soporte al crecimiento económico posterior. Su intervención fue decisiva en la elaboración del Plan Schumann, constitutivo de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA). Fue el primer presidente, entre 1952 y 1955, de la Alta Autoridad de esta organización. En 1956 instituyó un comité de acción para la formación de los Estados Unidos de Europa. Murió en 1979.

La CECA, creada por iniciativa del ministro francés Robert Schuman, nació por el Tratado de París de abril de 1951 y entró en vigor en julio de 1952. Es un hecho simbólico que pocos años después de terminar una cruenta guerra, franceses y alemanes se sentaran a negociar un sistema específico de integración económica, en fuerte contraste con el tono crispado de las relaciones franco-alemanas al acabar la I Guerra Mundial. De exigir costosas reparaciones, que habían mantenido el clima bélico a principios de los años veinte, se pasaba ahora, a partir de 1948, a tomar iniciativas para la cooperación y la superación del pasado. La CECA fue un organismo de integración sectorial. Sus miembros, Francia, Italia, Alemania Federal y el Benelux, establecieron un mercado común siderúrgico regulado por instituciones supranacionales. A lo largo de 1953 y 1954 se fueron desmontando las barreras aduaneras y los contingentes

intracomunitarios. Dada su naturaleza sectorial, la CECA distó mucho de ser una unión aduanera perfecta. Los gobiernos conservaron su capacidad de decisión en los niveles económicos no relacionados con el sector siderúrgico, y por este motivo la armonía de la CECA sufrió algunas alteraciones debidas a manipulaciones fiscales o monetarias que afectaban a los precios. No obstante, se obtuvieron resultados tan importantes como el crecimiento y la racionalización de la producción siderúrgica, la aplicación de mejoras técnicas y el incremento del empleo a un ritmo superior al de otros países industrializados. Entre 1950 y 1958 la producción comunitaria de acero pasó de 34 a 56 millones de toneladas anuales, mientras que la producción británica se mantenía estancada en torno a los 20 millones. Con la CECA se reforzó una de las columnas vertebrales de Europa occidental, la surcada por el Rin, mediante un sólido complejo siderúrgico que asoció a regiones fundamentales de Francia y Alemania Federal, con una proyección tecnológica de primera magnitud, demostrando las ventajas de la cooperación industrial.

La CECA también sirvió de guía a la futura Comunidad Económica Europea en su camino hacia la supranacionalidad y creó el primer sistema institucional europeo. En su cúspide se situaba la Alta Autoridad, en la que los países miembros delegaban su capacidad de decisión para asegurar los objetivos previstos. Estaba asistida por comisiones técnicas encargadas de fijar niveles de producción, precios, inversiones, aranceles comunes frente a terceros países, etc. La Asamblea Parlamentaria, elegida por los Parlamentos nacionales, poseía un poder más nominal que real, pero constituyó el símbolo de una hipotética y futura unidad global europea. El Tribunal de Justicia entendía en los litigios que surgieran, además de asegurar el exacto cumplimiento de los tratados.

El Tratado de Roma de 25 de marzo de 1957 fue la culminación lógica de los avances integradores representados por el Benelux y la CECA. También colaboró en este proceso la creación en 1955 de la Unión Europea de Pagos (UEP), encargada de asegurar la liquidez internacional, desterrar los *clearings* y asentar definitivamente el librecambismo. Así nació en 1957, sin más incógnitas que el tema agrario, el Mercado Común Europeo, es decir, la CEE. Los países miembros —Francia, Italia, Alemania Federal y el Benelux— configuraron un sólido espacio económico compuesto por 71 millones de personas y con una superficie de 1,1 millones de kilómetros cuadrados. Surgió con vocación de *tercera vía* equidistante tanto de la Unión Soviética como de Estados Unidos, aunque en la práctica dependiese de Estados Unidos a varios niveles. Nació cuando la reconstrucción de posguerra había llegado a su fin y todos los

indicadores anunciaban el *boom* económico posterior. El tratado constitutivo de la CEE entró en vigor el 1 de enero de 1958; en ese mismo año se hizo efectivo el tratado que daba nacimiento a la Euratom, organización sectorial para la energía atómica. Según su propio texto, el Tratado de Roma perseguía, "mediante una acción común de los Estados", las siguientes realizaciones concretas:

—La creación de una unión aduanera entre los Estados miembros que suprima las aduanas intracomunitarias y las restricciones cuantitativas en los intercambios comerciales intracomunitarios.

—La fijación de un arancel exterior único y, por tanto, el establecimiento de una política comercial común.

—La defensa de las cuatro libertades fundamentales, es decir, la libre circulación de mercancías, servicios, capitales y trabajadores, sin ningún tipo de discriminación en el ámbito de la Comunidad. Este principio se convirtió en un objetivo plenamente desarrollado con las firmas sucesivas del Acta Única de 1987 y del Tratado de Maastricht de 1992.

—La aproximación de las diferentes legislaciones nacionales, para consolidar el mercado común.

—El desarrollo de políticas comunes que transfieran soberanía, en forma de competencias globales, a la Comunidad. Éste es uno de los puntos básicos del principio de la supranacionalidad, presente en toda integración económica. Las principales políticas comunes fueron las referidas a la agricultura, la pesca, el comercio exterior y los transportes.

—El establecimiento de sucesivos acuerdos que llevaran la unión aduanera hacia objetivos más ambiciosos. Como primera medida se planteó para un futuro promover un reordenamiento monetario que desembocara con el tiempo en un sistema monetario común.

El funcionamiento de la CEE se organiza en cuatro instituciones básicas: el Consejo de ministros, la Comisión Europea, el Parlamento Europeo y el Tribunal de Justicia. El primero se compone de un representante de cada uno de los gobiernos nacionales. La presidencia se ejerce de forma rotatoria por un periodo semestral. Como representante del poder legislativo o normativo de la Comunidad, el Consejo de ministros fija las propuestas que posteriormente se presentan a la Comisión Europea. También gestiona las relaciones exteriores de la Comunidad. Para la toma de decisiones, en un principio bastaba el método de la mayoría cualificada, pero en los años sesenta surgieron algunos problemas entre Francia y los demás países integrantes; ello condujo a la práctica del veto,

por el que un país podía paralizar la toma de decisiones. Es decir, la toma de cualquier decisión requería la unanimidad. La Comisión Europea está encargada de elaborar técnicamente las propuestas y de ejecutarlas. Está compuesta por comisarios responsables de áreas específicas; designados por los Estados miembros, actúan, en teoría, con total independencia respecto de sus gobiernos. A su frente está el presidente de la Comisión. La sede de la Comisión está en Bruselas.

El Parlamento Europeo, con sede en Estrasburgo, es elegido desde 1979 por sufragio universal directo. Los diputados europeos se agrupan no en función de nacionalidades, sino de grupos políticos. Antes del Tratado de Maastricht, el Parlamento tenía unos poderes muy limitados, prácticamente reducidos a la aprobación del presupuesto comunitario, que han sido incrementados en los últimos años, posibilitando una mayor capacidad de acción frente a las decisiones de la Comisión Europea.

El Tribunal de Justicia tiene como función garantizar el respeto de los miembros a la legislación comunitaria.

Para evitar las tensiones en el seno de la Comunidad funciona desde 1974 el Consejo Europeo, auténtico órgano vital del que forman parte los jefes de gobierno de los Estados miembros, el presidente de la República Francesa, los ministros de Asuntos Exteriores de los países miembros y el presidente de la Comisión Europea. Se reúne al menos dos veces al año. Aunque sus decisiones no tengan un valor jurídico, son de gran importancia, pues fijan las orientaciones generales de la Comunidad.

La Comunidad posee otras instituciones de gobierno: el Tribunal de Cuentas, creado en 1975 para controlar la gestión del presupuesto comunitario; el Comité Económico y Social, que representa los intereses de los diferentes agentes económicos y sociales; y el Banco Europeo de Inversiones, cuya misión es favorecer el desarrollo regional y conducir los procesos de reconversión y modernización de los sectores económicos o empresariales.

La negativa de Gran Bretaña a adherirse al Tratado de Roma, ya puesta de manifiesto en la formación de la CECA, fue una prueba de los múltiples obstáculos que dificultaban una integración que fuera más allá del plano aduanero. La oposición británica se basaba en el rechazo de este país a dejar en manos comunitarias decisiones que afectaran a su soberanía, así como en otras complejas cuestiones, entre las que fueron muy influyentes los sólidos intereses económicos que Gran Bretaña mantenía en el área de la Commonwealth y el deseo de conservar sus relaciones privilegiadas con Estados Unidos. La

respuesta británica al Tratado de Roma consistió en la organización de una zona ampliada de la libra, que asociaba a la mayor parte de los países europeos occidentales no integrados en la CEE. El 20 de noviembre de 1959, mediante el Tratado de Estocolmo, se fundó la EFTA *(European Free Trade Association*, Asociación Europea de Libre Comercio), cuya estructura integradora era mucho menos compacta que la de la CEE. Se trataba simplemente de una zona de libre comercio, cuyos miembros —Austria, Dinamarca, Noruega, Portugal, Reino Unido, Suecia y Suiza, a los que se agregaron Finlandia, en 1961, e Islandia, en 1969— reducían entre sí los aranceles aduaneros de forma apreciable, pero sin mayor alcance.

La firma del Tratado de Roma significó un aldabonazo en toda Europa. Muchos países solicitaron su incorporación entre 1957 y 1962. España lo hizo en 1962, sin recibir ningún tipo de respuesta. Aunque la CEE nació con una vocación más integradora, la aplicación de estas intenciones fue lenta y tuvo dificultades. Ya hemos visto cómo la suspicacia británica ante una posible pérdida de soberanía llevó a la creación de la EFTA. Además, la Comunidad había nacido entre países con un nivel similar de desarrollo económico. Era la Europa rica de los seis, en la que, en un primer momento, se consideraba que no tenían cabida los países del sur, menos desarrollados y sujetos a regímenes políticos dictatoriales, incompatibles con los principios democráticos de la Comunidad.

El punto de vista francés, predominante en aquellos momentos, planteaba la necesidad de consolidar los objetivos del Tratado de Roma como paso previo a cualquier ampliación posterior. En estos planteamientos subyacía la vieja rivalidad franco-británica. A pesar de que Gran Bretaña solicitó su incorporación en los años sesenta, el presidente De Gaulle impuso su veto terminante. Sólo a partir de su dimisión en 1969, la CEE inició la política de nuevas incorporaciones. En un primer estadio sólo podrían integrarse aquellos países de similar nivel económico a los comunitarios y con regímenes políticos democráticos. La adhesión de Dinamarca, Irlanda y Gran Bretaña se firmó en 1973. La hora de los países del sur llegó en la década de los ochenta. Grecia firmó su adhesión en 1979 y se incorporó en 1981. España y Portugal lo hicieron en 1986. Así nació la Comunidad de los Doce, lo que generó un conjunto de tensiones de nuevo tipo: el debate norte-sur, producido por el encuentro de dos Europas de desigual nivel económico.

Esta Europa de los Doce tenía que responder a dos tipos de reto que iban más lejos del equilibrio original basado en la fortaleza del eje París-Bonn. Gran

Bretaña había entrado con una concepción diferente de la idea de integración, más aduanera que monetaria, económica o política. Por otra parte, había que hacer frente a las necesidades económicas de los países del sur para que la integración económica posterior fuese efectiva. Como consecuencia del final de la guerra fría y de la caída del muro de Berlín se produjeron nuevas peticiones de adhesión. El dilema de ampliar la Comunidad por el norte o por el sur se saldó en favor del norte. Suecia, Finlandia y Austria ingresaron en la Comunidad a partir del 1 de enero de 1995. El gobierno de Noruega tramitó su entrada, pero ésta fue rechazada por segunda vez en un referéndum. Estas incorporaciones fueron facilitadas por los acuerdos de libre comercio entre la CEE y la EFTA, que culminaron en la constitución del llamado espacio económico europeo en 1993, que entró en vigor el 1 de enero de 1994.

La actividad integradora de la CEE trascendió desde sus orígenes el espacio europeo para plantearse una estrategia de acuerdos con otras áreas económicas. En primer lugar, con los antiguos espacios coloniales. Cuando Francia o Gran Bretaña se integraron en la Comunidad hubo que resolver el problema de las vinculaciones de estos países con sus antiguas zonas coloniales en África y Asia, ahora convertidas en países independientes. El resultado fue una serie de acuerdos mixtos con las antiguas colonias que abrieron la Comunidad a las exportaciones de estos países y establecieron nuevas reglas de cooperación para el desarrollo de estas regiones, y que se concretaron en los acuerdos de Yaundé (1964) y de Lomé (1975). De todas formas, en la actualidad la Unión Europea sigue teniendo pendiente con sus antiguos espacios coloniales la articulación de una política realmente eficaz que haga posible el desarrollo económico de estas regiones, salvaguardando sus peculiaridades históricas y culturales. Igualmente, la Comunidad estableció una serie de acuerdos librecambistas con otros países del área asiática, del Caribe y de Suramérica.

Coincidiendo con la formación de la Europa de los Doce, la Comunidad Europea empezó a sufrir lo que puede denominarse una crisis de crecimiento y una especie de déficit integrador respecto de los planteamientos originales del Tratado de Roma. En realidad, sólo la unión aduanera se había logrado plenamente, porque otros objetivos marcados en Roma no se habían desarrollado por completo o no habían superado el estadio de meras intenciones. Era preciso refundar la Comunidad y sentar nuevas pautas que hicieran posible en un futuro, que se pretendía inmediato, el logro de la unión económica, como una fase más del avance hacia la creación de los Estados Unidos de Europa. Los años setenta fueron especialmente turbulentos para la Comunidad. Se habían conseguido

importantes logros económicos en términos de producción y de bienestar, pero resultaba evidente la crisis en la idea de la integración. En primer lugar, ya hemos señalado que la incorporación de Gran Bretaña influía en el cuestionamiento de la transferencia de soberanía desde los distintos estados hacia Bruselas. Por otro lado, el europeísmo de los ciudadanos de los distintos países de la Comunidad había descendido alarmantemente. Se ponía en entredicho el excesivo poder y la creciente burocratización de Bruselas y sus funcionarios privilegiados: ¿se estaba construyendo la Europa de los pueblos o la Europa de los privilegiados?

La crisis económica de los años setenta frenó muchos de los impulsos del Tratado de Roma. A principios de los años ochenta, la libre circulación de las mercancías era ya un hecho irreversible, pero no la libre circulación de capitales y personas. El sistema monetario europeo, condición indispensable para la consecución de la unidad económica, continuaba inconcluso. Las políticas exteriores europeas en problemas básicos internacionales daban muestras de falta de coordinación, con numerosas discrepancias. La proyectada vitalización de las instituciones supranacionales europeas mostraba igualmente excesivas carencias. En esta situación se hacía necesario un nuevo impulso europeísta, cuyo primer paso se dio con el Acta Única Europea, que entró en vigor en 1987. Este nuevo tratado ensanchó los objetivos de la Comunidad, culminando el 31 de diciembre de 1992 con el establecimiento de un verdadero mercado interior, de un espacio sin fronteras para los países miembros. En este aspecto, el Acta Única significó el antecedente inmediato de la Unión Europea. El Acta mejoró el sistema de toma de decisiones, que, con algunas limitaciones, retornó a la mayoría en el Consejo de ministros; concedió una mayor participación teórica al Parlamento Europeo; puso las bases de una política exterior común y, cuestión fundamental en las relaciones intracomunitarias norte-sur, incorporó el principio de la cohesión económica y social. Para promover el desarrollo de los países del sur comunitario se pusieron en marcha las políticas de los fondos estructurales. A través del FEDER —Fondo Europeo de Desarrollo Regional—, del FSE —Fondo Social Europeo— y del FEOGA —Fondo Europeo de Orientación y Garantía Agraria—, se sentaron las bases de una política de transferencias de rentas desde el norte hacia el sur, ya que era evidente que incrementando el desarrollo del sur comunitario se lograría un crecimiento más armónico del conjunto de la Comunidad.

En términos generales, la integración europea ofrece un balance positivo. El crecimiento del Producto Interior Bruto ha sido superior al que se hubiera

obtenido si los países europeos hubieran llevado políticas económicas independientes. La redistribución de la renta en los diferentes países ha ofrecido la misma tendencia, haciendo la salvedad de casos particulares como el británico bajo el gobierno de Margaret Thatcher. Las políticas de cohesión han hecho disminuir los desequilibrios regionales y se ha avanzado en la creación de un sistema tecnológico europeo. El nivel de autosuficiencia y autoabastecimiento prácticamente se ha conseguido, e incluso se ha sobrepasado en el sector agrario, francamente excedentario. En este aspecto, la Política Agraria Común (PAC) ha superado las previsiones de su constitución en 1961. La PAC es una política supranacionalizada que ha establecido un mercado reservado para la producción agraria comunitaria. Ha sido el sector más protegido de la Comunidad y el que absorbe un mayor porcentaje del presupuesto europeo. Sobre la base de unos aranceles muy elevados —los *prélèvements*—, la PAC asegura precios superiores a la media del mercado mundial para los productos agrarios comunitarios, evita la competencia del exterior y asegura el mantenimiento de la renta agraria. Esta protección ha demostrado ser excesiva, ya que ha provocado la sobreproducción y el almacenamiento de *stocks* no vendidos. Por ello, desde 1990 se han revisado los objetivos y se ha adoptado una política de subvención a la no producción que limite, seleccione y modernice la producción del sector.

Inspirados por el Acta Única, los políticos europeos fueron perfilando en sucesivas reuniones la refundación de la Comunidad, que se culminó el 7 de febrero de 1992 con la firma en la ciudad holandesa de Maastricht del Tratado de la Unión Europea, en el que se han establecido una serie de objetivos generales que han modificado o profundizado los acuerdos del Tratado de Roma de 1957:

—La promoción de un progreso económico y social equilibrado y sostenible, merced a la formación de un espacio económico interior, que asegure sin ningún tipo de cortapisas la libre circulación de mercancías, capitales y personas.

—El robustecimiento de una cohesión económica y social, que asegure un nivel similar de desarrollo en todas las regiones de la Unión.

—La compatibilización del crecimiento económico y el respeto al medio ambiente.

—La creación de la Unión Monetaria Europea.

—La reafirmación de una identidad común de la Unión Europea, con la consiguiente convergencia de la política exterior y de seguridad, que deberá desembocar, en un futuro, en una política de defensa común.

—El desarrollo de la cooperación en el plano de la justicia y de la seguridad interior.

—El desarrollo de lo que se denomina en el lenguaje comunitario *acervo común,* es decir, el desarrollo del conjunto legislativo supranacional.

—La creación gradual de una ciudadanía de la Unión, es decir, el reconocimiento en todos los países de la Unión de los mismos derechos ciudadanos, que quedará simbolizado en el pasaporte de la Unión.

—La transferencia paulatina de soberanía a las instituciones supranacionales. Ello supondrá el refuerzo del papel del Parlamento Europeo, como órgano representativo de los ciudadanos y pueblos de Europa, y un embrión de una futura Unión Política Europea, de corte democrático y equilibrador del poder de la burocracia de Bruselas.

—El respeto, no obstante, de la identidad nacional de los estados miembros.

Los objetivos del Tratado de Maastricht se lograrán siguiendo esta secuencia: en primer lugar, la convergencia de las políticas económicas nacionales; en segundo lugar, el reequilibrio territorial y económico; en tercer lugar, el logro de una estabilidad monetaria que asegure a corto plazo el establecimiento de una moneda única; en cuarto lugar, la unión económica, con la ampliación de las políticas comunes en todos los sectores económicos y la transferencia de soberanía en este aspecto a las instituciones supranacionales. Pero en la práctica, el Tratado de Maastricht ha ofrecido enormes dificultades para concretarse.

El término más repetido desde la firma del Tratado de Maastricht es el de convergencia, aplicado sobre todo al terreno monetario. Los criterios de convergencia, establecidos en Maastricht, fijaron cinco condiciones de cumplimiento ineludible para conseguir, en dos fases sucesivas, en 1997 y 1999, la unión monetaria: el control de la inflación, la igualación de los tipos de interés, la reducción del déficit público, la disminución del peso de la Deuda Pública respecto del PIB y el respeto de las normas de fluctuación del Sistema Monetario Europeo. Los planes de convergencia tuvieron un coste social muy elevado en casi todos los países comunitarios, pero sobre todo en los del sur. Su aplicación coincidió con la recesión económica, con lo que el rigor de sus condiciones incrementó el desempleo. En el *Libro blanco de Delors,* presentado por Jacques Delors, presidente de la Comisión Europea hasta finales de 1994, se planteó la necesidad de una iniciativa europea en favor de la creación de empleo, mediante grandes programas de infraestructuras.

En el Tratado de Roma ya se había esbozado el objetivo de la Unión Monetaria, afirmando que para el buen funcionamiento del Mercado Común era precisa una aproximación de las distintas monedas nacionales, que en un futuro habría de dar paso a una moneda única. En los años setenta se produjo una crisis

monetaria internacional al entrar en quiebra en 1971 el sistema de cambios internacionales de Bretton Woods. Esta crisis fue un serio impedimento para el progreso hacia la Unión Monetaria, al que la Comunidad respondió con iniciativas tendentes a conseguir un área de estabilidad económica en su seno. Se aplicó a las divisas europeas una política de cambios estables, sostenida por el FECOM —Fondo Europeo de Cooperación Monetaria—. Fue lo que se denominó la Serpiente Monetaria, que consiste en mantener unas fluctuaciones mínimas entre las divisas mediante la intervención de los bancos centrales de los Estados miembros. Sin embargo, la crisis monetaria internacional comprometió el ensayo. Por fin, el 13 de marzo de 1979 entró en vigor el Sistema Monetario Europeo con las siguientes medidas:

—La creación del ecu, la moneda europea, que en un principio sólo serviría de instrumento contable o de moneda de cuenta, y que en un futuro sustituirá a las monedas nacionales. Ha sido denominada euro en 1995.

—El establecimiento de unas paridades fijas entre las monedas. Esto quiere decir que las divisas comunitarias sólo podrían fluctuar entre sí y con el ecu dentro de unos estrechos márgenes delimitados del 2,5 por ciento. Conforme nuevos países fueron integrándose en la Comunidad, se establecieron márgenes más generosos para sus monedas, como fue el caso de la peseta.

El problema reside en que el buen funcionamiento del Sistema Monetario Europeo habría exigido una estabilidad monetaria internacional. Los acuerdos de Maastricht ratificaron esta estrecha banda de fluctuación, pero en 1993 tuvieron lugar varios desórdenes monetarios que la invalidaron. De hecho, el Sistema Monetario Europeo quedó desarticulado. Así, en 1993, la especulación monetaria internacional hizo pública la debilidad de algunas divisas, como la peseta, la libra y la lira. A este clima de inseguridad colaboró la reticencia de Gran Bretaña ante la creación del Banco Central Europeo, con funciones plenas, con la consiguiente transferencia de las soberanías monetarias nacionales a este organismo. El resultado fue que la Unión Europea tuvo que establecer unas bandas de fluctuación mucho más amplias, del 15 por ciento, desde finales de 1993. Así la Unión Monetaria quedó de hecho postergada de los límites cronológicos fijados en Maastricht y con ella la unión económica. Además, los países más débiles económicamente, acuciados por las consecuencias negativas de la crisis de 1992-1993, mostraron una dificultad creciente para cumplir las condiciones de la convergencia, que fueron definidas en Maastricht en un ambiente optimista de crecimiento económico. La nueva coyuntura económica internacional permitió el cumplimiento de los criterios de convergencia y la

unión monetaria se convirtió en una realidad.

El 1 de enero de 1999 entró en vigor la moneda única europea, el euro, cuya circulación monetaria comenzó a producirse a partir del 1 de enero de 2002. Inicialmente, doce de los quince países que formaban parte de la Unión Europea adoptaron el euro como moneda. Posteriormente se incorporaron otros cinco países (Eslovenia, Malta, Chipre, Eslovaquia y Estonia).

La Unión Europea es ya un hecho irreversible, más allá de las coyunturas económicas. En todos los planos ha ido mucho más lejos de la unión aduanera establecida por el Tratado de Roma de 1957. Se han consolidado las transferencias de soberanía a las instituciones comunitarias; las políticas comunes en asuntos económicos han continuado desarrollándose; la política exterior común cada vez es más coordinada, aunque todavía carezca de una fuerte capacidad de decisión en el plano internacional, y las políticas de cohesión social son cada vez más importantes.

La caída del muro de Berlín también supuso nuevos retos. Para empezar, el perfecto funcionamiento del eje París-Bonn ha quedado dañado. Alemania, que fue el pulmón económico de la Comunidad, ocupada en su unificación, tiende a diversificar sus intereses, con su mayor participación económica en el este europeo. Gran Bretaña sigue cuestionando el trasvase de soberanía a las instituciones comunitarias. El debate norte-sur sigue planteando dificultades en las tareas del reequilibrio económico y social.

En su conjunto, la Unión Europea debe definir sus políticas respecto a las peticiones de ingreso de los países de la Europa oriental y hacer frente a las críticas de la OMC y a la guerra comercial encubierta con Estados Unidos de América, país que siempre consideró a la Comunidad como un peligro para el libre comercio internacional.

El problema del desempleo habrán de resolverlo de forma coordinada todos los países de la Unión. Por último, la Unión tiene ante sí el reto de articular una política eficaz de cooperación con los países ribereños del Mediterráneo que facilite el crecimiento económico de estos últimos, pues de lo contrario la inestabilidad de la región tenderá a incrementar la presión migratoria en las fronteras comunitarias.

CAPÍTULO 13

EL TRIUNFO DE LA DEMOCRACIA

El final de la II Guerra Mundial y la derrota total del "enemigo común", que eran los fascismos, alumbró asimismo una enorme esperanza en el triunfo de los valores de la democracia pluralista, la libertad individual y la dignidad humana. Una esperanza parecida había sido forjada hacia 1918, pero la obsesión por restaurar el mundo perdido en 1914 y la radicalización extrema de las posiciones políticas supusieron una dificultad insuperable para el desarrollo de los regímenes democráticos. La crisis, cuando no la quiebra de la democracia, definió todo el periodo de entreguerras. A partir de 1945, sin embargo, la emergencia de un mundo bipolar desembocó en la aparición de dos modelos políticos claramente diferenciados. Por una parte, los países del "socialismo real", liderados por la Unión Soviética. De otra parte, los países occidentales, encuadrados en el denominado "mundo libre", liderados por Estados Unidos. Las dos grandes potencias vencedoras de la guerra son los dos polos de referencia de la política de bloques, surgida en la guerra fría y prolongada hasta la caída del muro de Berlín, en 1989. La reunificación de Alemania y el desplome de los regímenes socialistas abrió, cuatro décadas después del final de la II Guerra Mundial, un nuevo periodo de la historia de la humanidad.

En este capítulo vamos a ocuparnos del llamado "primer mundo", en oposición al "segundo mundo" (el socialista) y el "tercer mundo" (el surgido de la descolonización), en definición que evocaba el famoso opúsculo de Sieyès, *¿Qué es el tercer Estado?*, escrito en vísperas de la Revolución Francesa. Casualmente, el bicentenario de ésta ha coincidido en el tiempo con la quiebra de aquella ordenación tripartita del tablero mundial. El objetivo es hacer una presentación de la evolución política del mundo occidental, tanto en lo que se refiere a Estados Unidos de América como, y sobre todo, a los países de Europa occidental, que fue no sólo uno de los principales teatros de operaciones de la guerra sino, y sobre todo, el lugar donde se habían desarrollado más ampliamente los problemas que habían conducido a su estallido: dictaduras

totalitarias, política exterior agresiva, expansionismo territorial. Pero también fue en Europa donde se forjó de forma más sólida la democracia, fundada en una “moral política” que es uno de los frutos más fecundos de la guerra civil europea que se cierra en 1945.

LAS OLEADAS DEMOCRATIZADORAS

Los criterios para delimitar la naturaleza democrática de un régimen político se fundan en dos hechos: que la participación mediante sufragio sea universal (al menos, masculino) y que los gobiernos sean responsables. Porque la democracia exige a partes iguales capacidad de participación cívica en las decisiones políticas y, al propio tiempo, competencia entre diversas alternativas de partido. Como ha recordado en más de una ocasión Adam Przeworski, “democracia es un sistema en el cual algunos partidos *pierden* las elecciones”, lo que significa convertir en rasgo esencial de un sistema democrático la competencia política. Los procesos de democratización del mundo contemporáneo no siempre se produjeron de forma gradual, sino que aparecen agrupados en torno a algunas coyunturas o secuencias temporales precisas, que en general están vinculadas con revoluciones políticas o movilizaciones provocadas por conflictos bélicos. Los efectos de la Revolución Rusa y de la I Guerra Mundial, aunque fueron breves, abrieron un periodo de intensa participación política y de construcción de regímenes democráticos en la Europa de los años veinte, que luego fueron truncados por el auge de los fascismos en los años treinta. La II Guerra Mundial abre, de nuevo, una fase de profundos cambios políticos, que además resultan mucho más duraderos que los de la primera. Tiene lugar entonces, en la terminología del politólogo americano Samuel Huntington, la “segunda” y “tercera” oleadas democratizadoras, después de una primera fase iniciada en el XIX e interrumpida en la época de entreguerras. La segunda oleada, situada en los primeros años de la posguerra, sería la que corresponde fundamentalmente a los países de Europa occidental, así como alguno de Suramérica (caso de Uruguay) o del Tercer Mundo recién descolonizado, en el que India constituye el mejor ejemplo. La tercera oleada comienza, según este mismo autor, a principios de los setenta, con la transición democrática de Portugal y España para extenderse luego a gran cantidad de países suramericanos y, más recientemente, de la Europa oriental. En conjunto, el porcentaje de estados democráticos es, a finales del siglo XX, el mismo que el que había en 1922 (algo menos de la mitad de

todos los estados del mundo), con la diferencia de que se ha duplicado el número de los países catalogados como tal, que en el año 2000 se elevaba a cerca de un centenar de países.

Pero más allá del número de países que viven en regímenes democráticos, lo que interesa destacar es que el asentamiento de la democracia adquiere su mayor solidez en el mundo occidental desarrollado. A partir de 1945, la mayoría de los países occidentales, salvo casos como España y Portugal, se encamina hacia un sistema de democracia política. Por qué triunfó la democracia a partir de 1945 tan sólo pocos años después de haber estado a punto de perecer es pregunta que debemos contestar en primer lugar.

Esta nueva política de los estados occidentales fue posible gracias a la rápida reconstrucción económica de la posguerra, que abrió paso a la más profunda expansión económica que el mundo haya vivido en toda su historia. Pero también la hizo viable la mayor solidez de las instituciones políticas surgidas de la lucha contra los fascismos. Todo ello permite definir esta segunda posguerra con unos caracteres bien diferentes (casi opuestos) de la primera. Frente a la crisis económica de la preguerra se asiste ahora a un profundo desarrollo de las economías capitalistas occidentales, en las que se combina la acción de las administraciones públicas y la ampliación del mercado con una masiva aplicación de los avances tecnológicos al proceso de producción de bienes y servicios. De modo paralelo, frente a la inestabilidad política de los años treinta, tiene lugar la afirmación de regímenes con pluralismo de partidos, constituciones parlamentaristas y defensa de los derechos civiles y políticos individuales.

El triunfo de la democracia es inseparable, pues, del *boom* económico que define esta edad dorada del siglo XX, que dura al menos hasta la crisis energética de 1973. Es inevitable establecer la vinculación entre desarrollo de la democracia y eclosión de una “sociedad opulenta”, sobre todo en aquellos aspectos más definitorios del Estado providencia; pero también resulta evidente que el establecimiento de regímenes democráticos no se hizo *ex novo*, sino a partir de una tradición que se remontaba a muchos años atrás, lo que nos remite al problema más complejo de la “cultura política”, como fuente de la que manan los valores y comportamientos que permiten establecer el necesario consenso social. Además, algunos estados, incluso durante la guerra, habían mantenido sus propias instituciones políticas de carácter pluralista, como EE UU o el Reino Unido. En la inmediata posguerra se incorporan a esta situación política los países vencidos (Alemania, Italia, Japón) además de otros que, como Francia, recuperan su propia tradición política interrumpida desde 1940 por el régimen de

Vichy y el colaboracionismo con los nazis. El término de la II Guerra Mundial invierte las tendencias observadas en los años treinta. Las razones que explican esta solidez de la democracia en la segunda posguerra son abundantes, pero las podemos hacer más evidentes si efectuamos una comparación con la experiencia de entreguerras.

¿Por qué triunfa la democracia?

En primer lugar, conviene tener presentes los cambios producidos en el orden político internacional. Como hemos visto, en los años de entreguerras se había asistido a una profunda inestabilidad política, visible asimismo en las relaciones diplomáticas entre los países. A pesar de la existencia de un organismo internacional como la Sociedad de Naciones, basado en el principio de la “seguridad colectiva”, la ausencia del mismo de dos países tan poderosos como Estados Unidos y la Rusia soviética (y de Alemania, después del ascenso de Hitler al poder) era una clara muestra de su incapacidad para prevenir o resolver los conflictos surgidos entre estados que de forma progresiva apelaban a la fuerza para dirimir sus diferencias, fuese en las fronteras alemanas, en Abisinia o en Manchuria. A ello se unía una falta de liderazgo claro en el continente europeo, dado el revisionismo de Versalles que impulsaba Alemania frente al revanchismo francés, y la pérdida de la vieja hegemonía imperial por parte del Reino Unido. La segunda posguerra aporta un escenario totalmente distinto, ya que tiene lugar el surgimiento de un mundo bipolar con dos bloques bien diferenciados, en los que la práctica de una política de contención de un bloque frente al otro se convierte en el principio básico de la política exterior.

Esta estrategia de oposición de bloques se desarrolló mediante alianzas militares, el empleo de armas de disuasión o la carrera por el control del espacio extraterrestre. Pero también tuvo un arma fundamental en el establecimiento de “esferas de influencia” de carácter político. En la Europa oriental, esta política desembocó en la creación de las “democracias populares”, bajo la inspiración de la Unión Soviética, a partir de 1947. En el mundo occidental, el liderazgo ejercido por Estados Unidos fue decisivo, no sólo para lograr el desenlace de la guerra, sino para la organización del periodo posterior, mediante la ayuda económica (Plan Marshall), la alianza militar (OTAN) y la inspiración política e ideológica de un “mundo libre” occidental frente a los países del socialismo real.

La estabilidad política europea es inseparable no sólo de la política de

bloques, sino del papel de garante que sobre ella ejerce la diplomacia norteamericana. Aunque hubo reiterados intentos de constituir una “tercera fuerza”, en especial por parte de la diplomacia francesa en tiempos del general Charles de Gaulle, la dependencia americana de Europa occidental no admite ninguna duda durante todo el periodo de la guerra fría. De hecho, las ambiciones europeístas de construcción de una unidad política tardaron varios decenios en verse satisfechas, a pesar de la precoz creación del Mercado Común y de otras instituciones políticas europeas, como el Consejo de Europa. El declive político de Europa occidental, ya entrevisto por el geógrafo francés Albert Demangeon en 1920, se hizo palmario después de la segunda guerra. La expresión más evidente de este nuevo escenario europeo fue la división de Alemania, principal consecuencia de la política bipolar diseñada a partir de 1947.

Por otro lado, está claro que los sistemas políticos democráticos adquieren a partir de 1945 una mayor legitimidad moral y un notable arraigo sociológico, lo que los diferencia no sólo de la inestabilidad que había caracterizado el periodo de entreguerras, en especial en los países donde habían florecido los fascismos, sino también de la constante deslealtad en las que se movían partidos y movimientos políticos en los años veinte y treinta. En esta ocasión, la experiencia traumática de la guerra actuó a modo de crisol en el que se decantó una nueva forma de ejercer la acción política. La guerra fue una lucha contra “el enemigo común” del fascismo, pero la contienda bélica tuvo además muchos aspectos propios de una guerra civil, de lucha entre dos partes de una misma comunidad con “partisanos” y “resistentes” que se enfrentaron no sólo a ejércitos de ocupación, sino a fascistas de su propia nación. Por eso tuvieron tanta importancia, aun salvando la mitificación que los protagonistas hicieron de ellos, los movimientos de resistencia. Porque fue ahí, en la resistencia italiana o francesa (por citar los dos ejemplos más conocidos) donde se forjaron alianzas sólidas entre partidos de izquierda (socialistas y comunistas) con partidos centristas antifascistas. Esto propició el hecho de que al término de la contienda no aparecieran grandes corrientes partidarias que se pudieran definir, al igual que en la época de entreguerras, como partidos antisistema o con baja lealtad al mismo. Incluso los partidos comunistas, expulsados de los gobiernos en Francia o Italia en la primavera de 1947, mantuvieron durante toda la posguerra una gran lealtad a las instituciones políticas surgidas del consenso de la Resistencia. Al mismo tiempo, la derrota de las potencias fascistas inmunizó a las democracias europeas frente a la aparición de partidos de extrema derecha, generalmente privados no sólo de fuerza electoral sino de legitimidad moral en los sistemas

democráticos. El juicio de Núremberg no sólo había clausurado una guerra, sino que había establecido la actuación del nazismo como ejemplo de crimen contra la humanidad. La diferencia entre vencedores y vencidos no era sólo militar o política, sino moral, porque el conocimiento de las dimensiones del holocausto provocado por el nazismo descubrió hasta qué punto era posible negar la dignidad humana.

Todo ello propició la aparición de una panorama político bastante homogéneo en Occidente, con tres grandes corrientes políticas caracterizadas por su compromiso con la democracia y su carácter claramente antifascista. Son los partidos comunistas, de gran arraigo en Italia y Francia; los partidos socialistas o laboristas, con mayor peso en Alemania y el Reino Unido; y los partidos de la Democracia Cristiana, que han sido los pilotos de la transición política en los dos países abatidos por los fascismos: Alemania e Italia. Las diferencias con el periodo de entreguerras son más que notables. Los partidos no sólo dejan de ser antisistema, sino que se caracterizan por una orientación interclasista, convirtiéndose en lo que los politólogos han denominado como partidos *catch-all*. La plasmación de estos cambios es un proceso general en todo el arco político. Los conservadores se definen como "interconfesionales" y democráticos, los socialistas se decantan claramente hacia el reformismo y los comunistas, pese a su vinculación con la URSS, hacen depender cada vez más de su situación nacional la evolución de su estrategia política. Sólo así se puede comprender el papel que desempeña el Partido Comunista italiano y su táctica del "compromiso histórico" de alianza con la Democracia Cristiana o la participación del Partido Comunista español en la realización de la transición política en España. La polarización política de la preguerra, aquel gusto por los extremos (fascista o comunista) que había seducido a buena parte de la juventud europea de entreguerras, quedó sepultada bajo los escombros de la contienda bélica; y fue sobre los surcos de esta tierra devastada donde se irguieron los robustos tallos de la democracia europea de la segunda mitad del siglo XX.

Un tercer cambio político importante fue la rápida superación de las secuelas de la guerra. A pesar de que los territorios afectados por los efectos de la contienda eran muy superiores a los de 1918, así como las pérdidas humanas y materiales, no se plantearon cuestiones tan espinosas como las indemnizaciones o reparaciones de guerra, que tantos quebraderos de cabeza habían traído a los estadistas de entreguerras. Tampoco se crearon especiales problemas con el establecimiento de fronteras. No hubo creación de nuevos estados, a pesar de los enormes desplazamientos de los límites territoriales de algunos países y, por

tanto, de la existencia de refugiados (sólo los “alemanes” del este que arribaron a Alemania occidental fueron más de doce millones). El mapa político europeo, con pequeños retoques, siguió siendo el establecido en el Tratado de Versalles, salvo en un cambio decisivo.

El cambio fue la partición de Alemania. Esta división de la población alemana en dos estados fue una consecuencia de la política de bloques y de la previa ocupación por las potencias vencedoras de los territorios germánicos (Alemania y Austria). Pero tuvo otra consecuencia importante, ya que incorporó Alemania Federal al bloque occidental, no sólo desde el punto de vista político, sino también en el económico. La reconstrucción alemana fue una tarea colectiva, en la que el apoyo del Plan Marshall fue importante. Aquí radica de nuevo una diferencia con el periodo de entreguerras, en el que la consigna más repetida era que Alemania debía pagar las reparaciones de guerra. La asistencia económica de Estados Unidos, coordinada en el continente por una elite tecnocrática surgida de los organismos internacionales de entreguerras (el francés Jean Monnet, considerado como uno de los “padres fundadores” de Europa, es el mejor exponente), fue la expresión más clara de la nueva política estadounidense sobre Europa, frente al aislacionismo que Estados Unidos había practicado en el periodo de entreguerras. Sin embargo, todas estas razones no serían suficientes para explicar el triunfo de la democracia. Fue la consolidación de una economía de mercado y, sobre todo, de un Estado de bienestar lo que realmente permitió asentar los regímenes democráticos, tanto en Europa como en otros países como Japón.

El Estado de bienestar

Uno de los hechos decisivos de la segunda posguerra fue que los gobiernos occidentales pudieron hacer frente a demandas de la sociedad que, antes de 1939, habían sido inviables para esos mismos gobiernos. La consolidación de las conquistas sociales, expresadas en una amplia batería de medidas propias de un estado intervencionista (política asistencial, salario mínimo, subsidio al paro...) configura el llamado *welfare state,* o Estado de bienestar, aunque también ha recibido otras denominaciones, como “Estado social” o “Estado providencia”. Algunos de sus elementos ya habían aparecido en diferentes países y regímenes en la época de entreguerras e incluso antes, en la Alemania de Bismarck, como hemos visto en capítulos anteriores. En esta fase inicial de las políticas estatales

de carácter social se trataba, sobre todo, de hacer frente a la necesidad de seguridad que tenía la población ocupada en la industria, donde se concentraba gran parte de la fuerza de trabajo, sobre todo a partir de la segunda revolución industrial. Pero estas políticas sociales no fueron homogéneas en todos los estados industrializados, ni alcanzaron un desarrollo significativo.

La novedad a partir de 1945 está en que su implantación fue general en todo el mundo occidental, tanto desde el punto de vista de los países que lo acogen como de la repercusión social que alcanza. La expresión más cabal de esta nueva política fue el Informe Beveridge, redactado en 1942 y puesto en práctica por los laboristas británicos a partir de su triunfo electoral en julio de 1945. Pero el desarrollo del Estado de bienestar es paralelo a un cambio fundamental en la política económica, al adoptar como guía de la misma los principios defendidos por el economista Keynes, consistentes en incentivar el consumo y aceptar el papel intervencionista del Estado, en tanto que agente redistribuidor de recursos. Los presupuestos de los Estados ya no tenían que ser necesariamente equilibrados, ni la inflación debía ser considerada como algo negativo, ni la regulación del sistema internacional de pagos se confiaba al patrón oro, sino a mecanismos nuevos, diseñados en los acuerdos de Bretton Woods, como el Fondo Monetario Internacional (FMI). Lo fundamental era “cebar” la bomba del crecimiento y lograr una situación de pleno empleo. Sólo un Estado con abundantes recursos y con capacidad intervencionista en la economía de cada país sería capaz de afrontar este reto.

Los elementos constitutivos del Estado de bienestar se definen por los objetivos que persiguen y por el procedimiento seguido para sufragar sus costos. El principal objetivo del mismo es garantizar de forma universal para toda la población un nivel mínimo de ingresos y de prestaciones que atiendan las contingencias básicas de la persona en una sociedad industrial: seguridad frente a la enfermedad, la vejez y la pérdida de empleo. De las viejas mutuas obreras y sindicales se pasa a un sistema general, en el que se integra toda la población, incluida la ocupada en el sector primario. La financiación de los costos de este Estado providencia también se afronta de un modo universal, mediante el pago de impuestos y no gracias al pago de cuotas por parte de los beneficiarios. Aquí reside la capacidad redistribuidora de riqueza por parte del Estado.

La expansión del Estado de bienestar no sólo ha sido general después de 1945, sino que ha tenido un alto grado de homogeneidad entre todos los países occidentales. La principal razón de ello es política, en la que se combinó de forma positiva lo que el sociólogo Michael Mann denomina “el compromiso

entre la nación y el pueblo”, puesto de manifiesto en la institucionalización de un estado-nación, mucho más poderoso que el de entreguerras, que era capaz no sólo de participar activamente en la vida económica sino también de regular y mediar sobre los conflictos sociales existentes. Los “años dorados” de la posguerra europea son inseparables de la fortaleza adquirida por los diversos estados nacionales, con la diferencia, respecto de la preguerra, que sus tendencias al antagonismo fueron sustituidas por prácticas de cooperación. Hubo un consenso entre las principales fuerzas políticas surgidas en la posguerra (socialistas, comunistas, demócrata cristianos) sobre la necesidad de efectuar una política social que evitara, de nuevo, los problemas que habían atenazado el mundo de entreguerras, en especial el desempleo. Una de las principales medidas fue esta difusión de una seguridad universal de carácter estatal. Pero habría que añadir también las políticas complementarias de subvención de la producción y del consumo, lo que fue especialmente importante en la solución del problema de la agricultura europea, tradicionalmente deficitaria frente a la competencia exterior desde la crisis de fines del XIX.

La implantación del “Estado providencia” ha sido, sobre todo, un fenómeno de Europa occidental. El gasto social en Europa pasó del 8 por ciento de su producto interior en 1950 a un 16 por ciento en 1975, mientras que en países no europeos como EE UU, Canadá o Japón, este porcentaje pasó del 6 al 12 por ciento. Esto supone que en la década de los setenta toda la población de Europa occidental tuviera asegurada la asistencia a cargo del Estado, mientras que en países como Estados Unidos alcanzaba sólo al 60 por ciento y al 70 por ciento en Japón. En ninguna otra región del mundo se ha desarrollado tanto el Estado de bienestar como en Europa.

Las razones de ello están, sin duda, en varias de las características específicas que han constituido históricamente la sociedad europea y, de forma clara, desde la revolución industrial. En Europa occidental, el peso del sector industrial ha sido mayor que en cualquier otra región del mundo hasta el punto de que el porcentaje de población ocupada en la industria no se ve superado por el del sector servicios hasta 1970, cuando en otros países, como EE UU, Canadá o Australia, el predominio del sector terciario es un hecho tan precoz que remite a fines del siglo XIX. Este peso de la población industrial, unido a otras características como la baja desigualdad de rentas entre la población, así como un modelo familiar nuclear de matrimonio tardío y abandono del grupo doméstico, son fenómenos que favorecieron claramente el desarrollo de políticas de carácter social que están en la base del Estado de bienestar.

LA ESTABILIDAD POLÍTICA DE LA POSGUERRA

La nota característica de la situación política de los países del mundo occidental a partir de 1945 es su estabilidad, en la que los gobiernos de base parlamentaria, la alternancia política y el desarrollo de políticas tendentes a la afirmación de un "Estado social" son compartidas de forma unánime en el mundo occidental, salvo en países mediterráneos como España, Portugal o Grecia, en los que la incorporación a la democracia no se produce hasta mediados de la década de los setenta. Como hemos visto, la lógica de la política europea estaba fuertemente condicionada por la influencia de la guerra fría y la política de bloques. Pero el hecho de que se defina por su estabilidad no excluye cambios internos ni fases diferentes. De acuerdo con la periodización establecida por Charles Maier, en su visión general de los "fundamentos políticos de la posguerra", puede hablarse de tres fases diferenciadas.

La primera fase es especialmente breve, ya que se puede dar por cerrada a mediados de 1947. Está dominada por el legado de la Resistencia, en la que se forjó no sólo una oposición a los ejércitos alemanes sino también una suerte de mística de renovación integral de la sociedad, en la que un papel decisivo lo deberían jugar unos Estados de gran capacidad intervencionista en la ordenación de la vida económica y en la garantía de los derechos sociales de los ciudadanos. El fracaso de las experiencias democráticas previas a la guerra actuaba a modo de acicate sobre las conciencias de los europeos. Muchas de las medidas que toman los primeros gobiernos establecidos tras la "liberación nacional" de los territorios ocupados por los alemanes han surgido de los planes elaborados durante la resistencia: nacionalización de sectores estratégicos (energía, transporte...), planificación económica, sistemas de seguridad social estatal.

Pero la Resistencia no había supuesto sólo lucha contra los alemanes. Contenía abundantes elementos de *guerra civil*, especialmente en Francia, Italia y los Balcanes. El triunfo de los partisanos suponía afrontar una de las consecuencias de la victoria: llevar a cabo las represalias y el castigo de los colaboracionistas, mediante una política de depuraciones y, en el caso de Alemania, de "desnazificación". Sin embargo, esta tarea fue rápida, porque muy pronto se impuso la política de bloques y de la guerra fría, lo que desarboló parcialmente el consenso surgido en la época de la Resistencia. La expresión de este giro fue la salida en la primavera de 1947 de los comunistas de los

gobiernos de Italia y Francia, para no retornar desde entonces hasta la época de Mitterrand en Francia o de los años noventa en Italia. Pero la guerra fría también dejó sobre el tapete algunas consecuencias no queridas. El caso del austriaco Kurt Waldheim, cuyo pasado nazi fue descubierto en los años ochenta, después de haber desempeñado por un decenio la secretaría general de la ONU, puso de manifiesto las limitaciones de aquella política de depuración del colaboracionismo.

La segunda fase es bastante más extensa, ya que abarca desde 1947 hasta 1968. Es el momento en el que se perciben más agudamente los efectos de la guerra fría no sólo por la creación de instituciones defensivas, sino por la difusión de un fuerte anticomunismo y la imposición de la llamada "doctrina Truman" frente a los ideales preconizados por Franklin D. Roosevelt. La orientación política del periodo contiene, no obstante, varias alternativas. En un primer momento predominan las políticas conservadoras (o demócrata cristianas), que son las protagonistas no sólo de la reconstrucción política de Italia o Alemania, sino también del desarrollo económico acelerado que se desencadenó desde la década de los cincuenta. Es la época del acceso de Europa a la sociedad de consumo de masas y de la riqueza repentina, que tan bien ha sido reflejada en la película *La dolce vita* (1959) de Federico Fellini. Se impone asimismo la práctica de la planificación económica de carácter indicativo. Es el papel desempeñado por Jean Monnet en Francia o por Ludwig Erhard en Alemania.

Sólo hacia fines de los cincuenta comienza a producirse un giro político hacia la izquierda, simbolizado en el programa reformista que triunfa en el Congreso del Partido Socialdemócrata Alemán (SPD) celebrado en Bad Godesberg en 1959, pero también en los cambios producidos en la Iglesia católica con el Concilio Vaticano II o en la URSS con el proceso de desestalinización conducido por Jruschov. Esto permitirá la incorporación a los gobiernos, en coalición o por triunfo electoral mayoritario, de los partidos socialistas, que es la característica central de los años sesenta. Época de bienestar colectivo, conlleva asimismo un mejor reparto social de la riqueza y una mayor satisfacción de las demandas de los sindicatos y de las organizaciones obreras, a través del "brazo político" de los partidos socialdemócratas. La política interior de los estados occidentales realiza un gran esfuerzo para lograr la más amplia participación de los ciudadanos en la vida política. En Estados Unidos, bajo gobiernos demócratas, tiene lugar la fase más álgida de lucha en favor de los derechos civiles, así como de la emancipación de la mujer. Se produce, pues, una apertura hacia la izquierda en la

mayoría de los gobiernos occidentales, sea a través del programa social de los demócratas en EE UU, sea a través del acceso al gobierno de los partidos socialistas y laboristas en Europa.

Es también el periodo en el que se produce la fase más dramática de la descolonización y, al propio tiempo, de intentos de creación de una "tercera fuerza" europea, representada en la *grandeur* del general De Gaulle. Pero las revueltas estudiantiles y obreras de 1968 suponen una censura drástica de todo este periodo y abren una nueva época que, por otra parte, está asimismo vinculada a transformaciones decisivas en el ámbito de la organización del capitalismo y de las condiciones de trabajo.

La tercera fase ocupa las décadas de los setenta y ochenta, ya que con la reunificación de las dos Alemanias se cierra el ciclo iniciado al principio de la guerra fría. La resaca de la prosperidad y los efectos de la brusca elevación de precios del petróleo en 1973 abre una etapa de profundas transformaciones económicas, de movimientos sociales alternativos (pacifismo, feminismo...) y una crisis de legitimidad de las instituciones políticas, especialmente profunda en Italia durante la década de los setenta, en los denominados "años de plomo" o de "estrategia de la tensión", que culminaron con el asesinato del líder democristiano Aldo Moro por parte de las Brigadas Rojas; y en Alemania con el surgimiento de grupos terroristas como la RAF (Fracción del Ejército Rojo) más conocida por sus líderes Baader y Meinhof. Coincide también esta fase con un progresivo deterioro de la hegemonía americana sobre Europa, dados sus problemas económicos y el fracaso en la guerra de Vietnam.

Durante la década de los ochenta, una tendencia hacia una política agresiva, cercana a los primeros años de la guerra fría, aparece en el Reino Unido durante los gobiernos de Margaret Thatcher, avanzadilla europea de la política inspirada por EE UU bajo la presidencia republicana de Ronald Reagan y George Bush. Pero también es el periodo en que comienzan en la Europa oriental cambios internos que desembocarán en la *perestroika* apadrinada por Gorbachov y que abren el camino a la reunificación alemana. Al propio tiempo, el socialista François Mitterrand ocupa durante catorce años la presidencia de Francia y en la península Ibérica, y en Grecia, se consolidan las transiciones políticas hacia regímenes democráticos. Las alternancias políticas no sólo se producen en el interior de los estados, sino que afectan al conjunto de los países europeos. Es la mejor expresión de la situación política europea, dada la ausencia de una potencia que ejerza internamente el liderazgo del continente.

Dentro de estas líneas generales de estabilidad política, las diferencias

nacionales fueron también importantes. La guerra fría y la política de bloques impusieron un modelo político relativamente homogéneo en toda Europa occidental, salvo en los países ibéricos y Grecia. En general, las tendencias políticas estuvieron determinadas por tres grandes objetivos. De una parte, la reconstrucción de las instituciones políticas puestas en entredicho, cuando no destruidas, por la propia contienda. El caso más claro es el de Italia y Alemania y, en cierto modo, también el de Francia y el Benelux. En segundo lugar, la profundización en la política de construcción del Estado de bienestar, tarea en la que pudieron avanzar con mayor rapidez los países nórdicos y el Reino Unido. En tercer lugar, con la creación de organismos políticos supranacionales, coordinadores de políticas comunes tan influyentes como la PAC (“política agrícola común”), se abre un proceso nuevo, basado en el europeísmo y en el tránsito hacia una futura Unión Europea. A continuación, nos ocupamos del aspecto relativo a la reconstrucción y evolución política de los principales países occidentales.

EL REINO UNIDO: UNA NUEVA ALTERNANCIA POLÍTICA

Las instituciones políticas de Gran Bretaña se vieron poco afectadas por la guerra, aunque bajo la dirección de Churchill funcionó en la práctica un gobierno de unión nacional, en el que participaron conservadores y laboristas. Nada más terminar la guerra en Europa, e incluso antes de firmarse los acuerdos de Potsdam, tiene lugar la celebración de elecciones y el triunfo arrollador del Partido Laborista, que desplaza así del gobierno al héroe de la resistencia frente a Hitler, el experimentado Winston Churchill. Después de los tanteos de la época de entreguerras, con la presencia en el gobierno del laborista MacDonald, la política británica entra en una nueva fase histórica, al consolidarse la alternancia política entre conservadores y laboristas que permanece hasta la actualidad. El Partido Conservador se ha mantenido más tiempo en el poder durante este último medio siglo, pero la participación de los laboristas en el gobierno ha sido mucho menos episódica que en entreguerras y, sobre todo, ha supuesto la realización de reformas de carácter social de enorme arraigo.

En julio de 1945, el laborista Clement Attlee encabeza un gobierno que permanecerá en el poder hasta 1951. Era la primera vez que los laboristas disponían de tal mayoría parlamentaria (393 escaños frente a 213 de los conservadores). Son unos años decisivos para la realización del programa social

del laborismo, basado en el Informe Beveridge, redactado en 1942. En este informe se postulaba el objetivo de ofrecer a todo ciudadano británico una protección integral, "desde la cuna hasta la tumba". Para ello se preveían acciones muy concretas en el ámbito de la asistencia sanitaria, el apoyo a la construcción de viviendas, el fomento de la educación y la dotación de un subsidio de desempleo. Los principales éxitos del laborismo radicaron justamente en esta decisión de poner en práctica, en tiempos de dificultades económicas en toda Europa, las bases de un Estado de bienestar que años más tarde se generalizó en el continente.

En otros ámbitos, la acción de los laboristas fue menos novedosa. Ciertamente, se cumplió el plan de nacionalizaciones de una serie de sectores económicos considerados estratégicos (transportes, comunicaciones, carbón, siderurgia y electricidad). Pero gran parte de la industria británica en 1951 seguía estando en manos privadas. En política exterior hubo una clara continuidad con los principios defendidos en su día por Winston Churchill, debido a la dependencia que el Reino Unido tenía de los préstamos y ayudas procedentes de EE UU para afrontar la reconstrucción económica de la isla. Los costes de la política de bienestar, las dificultades financieras surgidas a partir de 1947 y agravadas con el estallido de la guerra de Corea, y los propios conflictos internos del Partido Laborista explican su derrota electoral en 1951 y la entrada de Churchill de nuevo en el gobierno.

A partir de 1951 se abre un periodo de alternancia larga en el poder. Los conservadores dirigen la política del Reino Unido hasta 1964, bajo la dirección sucesiva de Churchill, Eden y MacMillan. A partir de esta fecha predominarán los gobiernos laboristas, dirigidos por Harold Wilson y James Callaghan, hasta que a principios de los ochenta Margaret Thatcher inaugura un largo mandato conservador, sólo roto en mayo de 1997 por la abrumadora mayoría conseguida por Tony Blair, líder del Partido Laborista pero defensor de una política más reformista, conocida como "tercera vía".

Los vaivenes políticos de estos años no rompen la estabilidad fundamental inaugurada por los laboristas, tanto en lo que se refiere a la posición intervencionista del Estado como a las conquistas de la sociedad del bienestar, hasta la aplicación por Margaret Thatcher de los principios del liberalismo económico, que ha abierto de nuevo la puerta a una sociedad más polarizada económicamente y con menor protección social. Lejos queda ya el eslogan del conservador MacMillan que pregonaba, en la campaña electoral de 1959, que "nunca se ha vivido mejor". No era del todo verdad, pero la sensación de la

población era justamente ésa: Londres seguía siendo una gran capital financiera, y las pautas de una sociedad de consumo, al estilo estadounidense, habían entrado en Europa a través de Gran Bretaña. El aprecio por las formas de vida inglesa encontró su mejor vehículo en la moda y, sobre todo, en la música. Su mejor estandarte fue el grupo musical The Beatles, formado por cuatro jóvenes de Liverpool que acabaron siendo caballeros del Imperio británico.

En cambio, lo que no permaneció fue precisamente el inmenso Imperio colonial británico. En su liquidación participaron los laboristas, que la comenzaron, y los conservadores, que la terminaron. Esta reducción del ámbito político británico a la propia isla obligó a volver a pensar sus relaciones con el continente. En esta dirección se halla su esfuerzo, principalmente sostenido por los laboristas, de integrarse en las estructuras políticas de la Comunidad Europea. Después del rechazo francés de 1967, su ingreso efectivo se produce en 1973. A pesar de ello, corrientes antieuropeístas emergen de modo intermitente en la política británica, sobre todo en el seno del Partido Conservador.

La reconstrucción política en el continente

La guerra había tenido efectos muy profundos en las estructuras políticas de los países europeos occidentales, bien por tratarse de regímenes fascistas vencidos (Alemania, Italia, Austria), bien por haber sufrido la ocupación militar alemana y haberse desarrollado un elevado colaboracionismo, caso de Francia. El final de la contienda exige la puesta en marcha de un proceso de reconstrucción política. En Italia, esto supone el cambio de régimen, con la fundación de la I República; en Francia, la liquidación de la III República y la creación de la IV República; en Alemania, la abolición de cualquier referencia al Reich y la construcción de una República Federal. En todos estos casos, nuevos partidos políticos, surgidos de la Resistencia, protagonizan el proceso de asentamiento de las nuevas instituciones y de elaboración de nuevos textos constitucionales. Aunque, como hemos señalado, existen pautas comunes en la evolución política de la Europa occidental de la posguerra, los matices nacionales son importantes. Nos ocuparemos de los tres más destacados: Alemania, Francia e Italia.

Alemania es el país en el que la reconstrucción de sus instituciones políticas resulta más difícil, por el proceso de acabar con el nazismo y por la partición del territorio como consecuencia de la política de bloques y el enfrentamiento entre

EE UU y la URSS. Entre 1949 y 1955 tiene lugar la fase decisiva. En 1949, los parlamentarios de diez *länder* pertenecientes a los territorios ocupados por las potencias occidentales aprueban la Ley Fundamental. En 1955 se concluye el proceso con el ingreso de ambas Alemanias en las organizaciones militares de la OTAN y el Pacto de Varsovia. La división de Alemania se mantendría hasta la reunificación en 1990, tras la caída del muro de Berlín.

La Ley Fundamental de Bonn de 1949 estableció las estructuras básicas de la Alemania occidental. Se instituyó un Estado federal, con grandes competencias atribuidas a los gobiernos de los *länder* (educación, transportes, justicia), y un régimen de gobierno parlamentario de dos cámaras *(Bundestag,* de elección popular cada cuatro años y *Bundesrat,* formado por representantes de los estados o *länder).* La figura política central es la del canciller, que preside el gobierno federal, mientras que el presidente de la República, también elegido por las cámaras parlamentarias, desempeña un papel meramente representativo y carece de las enormes atribuciones que tenía en la República de Weimar.

El sistema de partidos que actúa en esta nueva Alemania también es sensiblemente distinto al de Weimar. El principal protagonismo le corresponde a la CDU (Democracia Cristiana), que hereda y amplía la tradición del viejo partido del *zentrum* católico al declararse como un partido interconfesional. Su gran líder fue, hasta los años sesenta, el viejo alcalde de Colonia, Konrad Adenauer, el canciller que pilotó la integración de Alemania en el bloque occidental a cambio de garantizar su recuperación económica. Pero el principal logro de la CDU fue el de integrar en la política democrática a amplios sectores sociales que habían sido poco favorables a la experiencia de Weimar o aliados de los nazis. El segundo gran partido es el SPD (Partido Socialdemócrata), que hereda a su vez la tradición de la socialdemocracia de la preguerra. Su gran transformación se produce en el congreso de Bad Godesberg, en 1959, en el que se aprueba un programa reformista que le permite ampliar su base electoral y acceder al gobierno federal, desde mediados de los años sesenta. Su gran líder fue el antiguo alcalde de Berlín y luego canciller federal, Willy Brandt.

La evolución de la vida política alemana constituye, a partir de los años cincuenta, un ejemplo de estabilidad política y de alternancia en el gobierno. Todo ello fue posible gracias a la rapidez de su recuperación económica (el llamado “milagro alemán”) y a las lealtades políticas mantenidas por los dos grandes partidos a favor de las instituciones creadas por la Ley Fundamental de 1949. La alternancia política ha sido favorecida por la existencia del FDP (Partido Liberal), de escasa presencia parlamentaria, pero que ha ejercido el

papel de “bisagra” política en varias ocasiones, gobernando con los demócrata cristianos o con los socialdemócratas. Entre 1949 y 1966 el gobierno lo presiden líderes demócrata cristianos (Adenauer o Erhard); entre 1966 y 1969, se forma una “Gran Coalición” entre CDU y SPD y a partir de 1969 gobiernan los socialdemócratas (Brandt y Schmidt) hasta el año 1982, en que accede al gobierno una nueva generación de la Democracia Cristiana, presidida por Helmut Kohl, que pese a sus éxitos en la reunificación alemana y en la conducción de la Unión Europea, pierde las elecciones de 1998 y se ve obligado a abandonar la vida política, en medio de una polémica sobre uso indebido de fondos electorales. Accede entonces al poder Gerhard Schröder, un canciller socialdemócrata de nuevo cuño, también inclinado a las posiciones reformistas de Blair.

En Francia, la consolidación de las instituciones políticas creadas tras la guerra fue un proceso mucho más lento que en Alemania, ya que tiene lugar la creación de la IV República (1946-1958) y la V República, que nace en 1958 tras la incorporación al gobierno del general Charles de Gaulle. Aunque el país gozaba de la larga tradición política vivida durante la III República, el peso del colaboracionismo de Vichy, el papel jugado por la Resistencia, la liquidación del imperio colonial y, sobre todo, el protagonismo desempeñado por la figura del general De Gaulle retardan hasta los años sesenta el asentamiento de las instituciones políticas de la Francia actual.

Una vez liberado el territorio francés de la ocupación alemana se constituye un gobierno provisional presidido por De Gaulle que tiene por misión la reconstrucción política de Francia. Pero la celebración de las primeras elecciones, consideradas constituyentes, en octubre de 1945, dibuja un mapa político de Francia diferente al de la preguerra. Tres partidos dominan la Asamblea: el MRP (Movimiento Republicano Popular), de inspiración católica, el Partido Socialista y el Partido Comunista, que logra el mayor respaldo popular, con un 26 por ciento de los votos. A partir de 1947, esta estructura de partidos se complica, dado el progresivo enfrentamiento entre el MRP, que defiende la IV República, y el movimiento creado por De Gaulle (RPF, Unión del Pueblo Francés).

La vida política de la IV República Francesa está determinada por varios hechos que actúan de forma concatenada. De una parte, la oposición que presentan a sus instituciones los dos extremos políticos: los comunistas, excluidos del gobierno en 1947 por Paul Ramadier, y los gaullistas, que no aceptan la Constitución de 1946; esta situación provoca la aparición de una

“tercera fuerza”, según la expresión del viejo socialista Léon Blum, que agrupa a socialistas, radicales y católicos del MRP. Por otra parte, vive Francia la fase más aguda de su proceso de descolonización, con la guerra de Indochina, de la que se retira derrotada en 1954, y el comienzo de la guerra de Argelia. La orientación de la Constitución de 1946 hacia el predominio del poder legislativo sobre el ejecutivo, así como las diferencias internas de la “tercera fuerza” explican su fuerte inestabilidad política (21 gobiernos en doce años). A pesar de ello, la IV República fue capaz de pilotar la recuperación de la economía francesa mediante una política de nacionalizaciones y de planificación económica (plan Monnet), así como de comenzar la colaboración con la Alemania Federal, que es el fundamento de la construcción europea.

El tránsito entre la IV y la V República se produce en 1958. Una revuelta del ejército francés en Argelia crea un clima de guerra civil en la metrópoli; para hacer frente a esta situación de emergencia, el general De Gaulle retorna al poder, siendo investido por la Asamblea como presidente de un gobierno de “unión nacional” (329 votos a favor y 224 en contra, de comunistas y parte de los socialistas, entre ellos Mitterrand). Termina así una fase de la historia de Francia y comienza la actual V República. Su principal liderazgo corresponde al general De Gaulle, que rápidamente aborda los dos problemas centrales que lo habían llevado al poder: la creación de un nuevo régimen y la solución del problema argelino.

El diseño del nuevo régimen se realiza a través de una Constitución que, a diferencia de las anteriores, es aprobada mediante plebiscito popular de apoyo masivo (80 por ciento de los votos). La línea maestra del régimen gaullista consiste en el establecimiento de un sistema de gobierno de carácter presidencialista, en el que el poder de los partidos políticos y el control del poder ejecutivo por el Parlamento se ve notablemente reducido. La obsesión del gaullismo era evitar los peligros de la IV República. Para ello, se establece un mandato presidencial largo (siete años), elegido por sufragio universal directo, que permanece en vigor hasta el reciente acortamiento del mismo a cinco años. El presidente de la República puede disolver la Asamblea, designa al jefe de gobierno y nombra sus ministros. Este enorme poder presidencial, al que se le suma la práctica gaullista del recurso frecuente al plebiscito popular, explica las acusaciones de bonapartista dirigidas al general De Gaulle. Su mayor opositor, François Mitterrand, definió el régimen en un libro publicado en 1964, como “el golpe de Estado permanente”.

A pesar de estos problemas, el régimen inaugurado por el general De Gaulle

se ha mantenido estable hasta la actualidad, instaurando en Francia una práctica de alternancia política de larga duración. Después de casi veinte años de gobierno del gaullismo (bajo la dirección del propio De Gaulle hasta su sonada dimisión en 1969; de Georges Pompidou (1969-1974) y de Valéry Giscard d'Estaing (1974-1981), el socialista Mitterrand ocupó la presidencia durante dos mandatos de siete años (1981-1995), para ser recuperada de nuevo por el gaullista Jacques Chirac en 1995. Sin embargo, tanto en el mandato de Mitterrand como en el de Chirac, el gobierno de Francia experimentó la "cohabitación" política, al ganar las elecciones legislativas coaliciones o partidos distintos del del presidente de la República.

La reconstrucción política de Italia comienza con la propia caída de Mussolini en 1943 y la división del país en dos zonas, una controlada por el ejército alemán y la otra por las fuerzas aliadas. En la zona norte del país se organiza un amplio movimiento de resistencia, que no sólo establece un frente político antifascista, sino que comienza a organizar un poder que Mussolini y el rey habían abandonado. Se constituye entonces un Comité de Liberación Nacional, integrado por seis partidos antifascistas (que agrupa desde la Democracia Cristiana hasta el comunismo), que dirige el país desde 1944 hasta la puesta en marcha de las instituciones políticas republicanas, en 1946. La lucha contra el fascismo no crea sólo una nueva dirección política, sino que acomete cambios decisivos en la historia de la Italia contemporánea. El primero de ellos, el cambio de régimen. Por estrecho margen de votos, el régimen de la República es aprobado en 1946, el mismo día en que se elige la Asamblea Constituyente. Nace así la Italia republicana, régimen que a partir de principios de los noventa comenzaría a ser puesto en entredicho por diversas fuerzas políticas y corrientes de opinión, que aluden a ella como la "primera" República.

La evolución política italiana es, sin embargo, bastante diferente de la francesa o alemana. El sistema político se define en la Constitución de 1948, en la que se reconoce el papel central al poder legislativo, en una forma similar a la IV República Francesa, pero con un gran poder concedido a los partidos, lo que ha llevado al politólogo Pietro Scoppola a definir el sistema italiano como una "república de los partidos". Al propio tiempo, se procede a una descentralización administrativa, con la creación de regiones, aunque no disfrutan del mismo nivel de competencias que los *länder* alemanes. Esta decantación italiana hacia unas instituciones políticas parlamentarias se acompaña de su fuerte compromiso con el bloque estadounidense, lo que le supone una importante ayuda económica y su participación activa en la construcción europea. El principal protagonista de todo

este periodo fue el líder democristiano Alcide de Gasperi, presidente de gobierno desde 1945 hasta 1953.

Como en Francia y Alemania, también aquí aparece un nuevo sistema de partidos, pero con un sesgo similar al de los otros países: un fuerte Partido Comunista, que agrupa en torno al 30 por ciento del electorado, y una Democracia Cristiana que hereda las bases del Partido Popular de Dom Sturzo. En medio, una variedad de pequeños partidos que formarán parte minoritaria de muchos gobiernos: liberales, republicanos, socialdemócratas y socialistas. La historia de la Italia republicana, hasta principios de los años noventa, está centrada en torno a dos hechos complementarios. El primero, la hegemonía política de la Democracia Cristiana, con gran arraigo en las regiones meridionales, que hace de este partido el núcleo de todos los gobiernos, desde el final de la guerra hasta 1992, cuando estalló el proceso de *Tangentopoli* y el proceso judicial de *Mani Pulite* ("manos limpias"). El segundo hecho decisivo fue la imposibilidad de que el Partido Comunista, desde el estallido de la guerra fría, pudiera acceder al gobierno, a pesar de su notable arraigo electoral. Es lo que algunos politólogos han llamado el "factor K" de la política italiana. De hecho, todos los gobiernos italianos de la posguerra han estado presididos por líderes democristianos, hasta que en 1983 se constituye el primer gobierno presidido por un socialista (Bettino Craxi). El sistema político permaneció bloqueado, privado de alternancia en el poder y expuesto a notables dosis de violencia política y de prácticas de corrupción. Los "años de plomo" vividos en la década de los setenta, con episodios tan violentos como el asesinato de Aldo Moro o el atentado en la estación ferroviaria de Bolonia, pusieron a prueba a una democracia que, pese a sus deficiencias, logró mantenerse a flote.

En Italia, pues, no se construyó un sistema político caracterizado por el bipartidismo, como el inglés o el alemán, ni se afrontaron las reformas institucionales que desembocaron en la República presidencialista francesa. Su principal característica ha sido la de la fragmentación política y el pluralismo de partidos, con dos "polos" de referencia a derecha e izquierda. Los cambios ocurridos en la Europa oriental y el desgaste del ejercicio del poder han conducido, desde principios de los años noventa, a la transformación del panorama político italiano y al debate sobre la necesidad de crear una segunda República, al estilo de la francesa. El factor externo, que sostuvo al sistema político italiano, también influyó decisivamente en su descomposición durante la década de los noventa. Como reconocía en 1998 el político de más larga trayectoria de la Italia actual, Giulio Andreotti: "Si no hubiera caído el muro de

Berlín, yo podría seguir siendo primer ministro de Italia”. Pero su hora, como la del socialista Craxi y tantos otros, había pasado. La Democracia Cristiana y el Partido Socialista casi han desaparecido, mientras que el Partido Comunista se ha transformado en un partido de carácter socialdemócrata y en el centro derecha emergen nuevos movimientos políticos, como las “ligas” del norte o Forza Italia del empresario de la comunicación Silvio Berlusconi, quien llegó a ocupar brevemente la presidencia del gobierno en 1994. Una coalición de centro-izquierda, el Olivo, articulada en torno a los ex comunistas, ganó las elecciones de 1996, habiendo gobernado desde entonces, aunque con diversos presidentes (Prodi, D’Alema, Ciampi y Amato). El debate sobre la reforma del sistema político italiano, incluida la creación de una segunda República, sigue todavía pendiente.

LA TARDÍA DEMOCRATIZACIÓN DE LOS PAÍSES DEL SUR

Un ejemplo de esa “tercera ola” democratizadora de la que habla Huntington es el proceso seguido por algunos países europeos del sur (Grecia, España y Portugal), dado que todos ellos efectúan la transición desde las dictaduras hacia regímenes parlamentarios durante la década de los setenta. La “apertura hacia la izquierda” que había caracterizado la política europea de los años sesenta se desplaza hacia el sur a partir de los años 1974-1975. En los tres casos, aunque con desigual intensidad, influyen a la vez problemas de carácter interno y asuntos de política exterior.

La dictadura de los coroneles en Grecia, establecida en 1967, es derrocada en 1974 en medio de grandes dificultades derivadas del peligro de guerra con Turquía a causa del control de la isla de Chipre. Los militares ceden el poder al político conservador Constantinos Karamanlis, que conduce la primera fase de la restauración democrática y establece un régimen republicano, con el apoyo del 70 por ciento de los votos en referéndum. En 1980, Grecia se incorpora a la Comunidad Europea y en 1981 se produce la primera alternancia política con la victoria electoral del PASOK, partido socialista dirigido por el antiguo opositor a la dictadura militar Andreas Papandreu.

En el caso de Portugal, la dictadura salazarista del Estado novo, en vigor desde 1926, se vio abatida por las guerras coloniales en Angola y Mozambique. Un movimiento surgido en el seno del ejército, conducido por los “capitanes de abril”, inicia una transición pacífica (“Revolución de los claveles”) hacia la

democracia a partir de abril de 1974. Pero la consolidación de las instituciones políticas democráticas tardó varios años en producirse, dadas las dificultades de conciliación del protagonismo militar, la acción de los partidos políticos y los efectos de la descolonización. Sólo en la década de los ochenta, con el predominio político de los dos grandes partidos del centro (el socialista de Mario Soares y el socialdemócrata de Cavaco Silva) se estabilizó la vida política portuguesa. El inicio de un fuerte despegue económico y la incorporación a la Comunidad Europea facilitaron este proceso, contribuyendo a una transformación extraordinaria del país lusitano.

Algo parecido sucedió en España. Pero en la transición política española hacia la democracia es donde intervienen menos los problemas externos, a pesar de la "marcha verde" de Marruecos y la precipitada descolonización del Sahara. Por el contrario, son decisivos los cambios internos. La transformación profunda de la sociedad española desde la década de los sesenta, con la aparición de una fuerte clase media urbana; la política de reconciliación nacional y de defensa de la democracia propugnada por los partidos políticos antifranquistas, en especial el Partido Comunista, y el papel jugado por la monarquía del Rey Juan Carlos I son los principales factores explicativos de la transición a la democracia en España. Aprobada la Constitución de 1978 y creada una nueva administración territorial ("Estado de las autonomías"), con la llegada del PSOE al poder en 1982, la incorporación definitiva a la OTAN y a la Comunidad Europea en 1986, y el desarrollo económico de la década de los ochenta se completa este proceso de consolidación de la democracia en España.

Los Estados Unidos de América

Durante la época de entreguerras, Estados Unidos había practicado una política de aislacionismo y de falta de compromiso con los problemas internacionales. Era su desarrollo interior y la consecución de una sociedad que permitiera llevar a cabo la amalgama de una población de orígenes tan dispares lo que había atraído la atención de sus dirigentes. Su implicación tan directa en la II Guerra Mundial cambió notablemente las cosas, pero más influyó todavía la posguerra, al convertirse EE UU no sólo en la primera potencia mundial, sino en el principal garante del orden político internacional, junto con la Rusia soviética.

A pesar de este viraje estratégico, conviene analizar también la evolución interior de EE UU. Ya hemos visto su protagonismo en el ámbito económico y

su conversión, al término de la contienda, en la nación más rica del universo. Las tres cuartas partes de todo el capital invertido en el mundo, o los dos tercios de la capacidad industrial del planeta pertenecían a Estados Unidos. Pero la riqueza no es la única medida. También los efectos de la guerra fría se hacen sentir en la América de la posguerra.

Desde 1947, tiene lugar una ola de fundamentalismo ideológico, de carácter anticomunista, que pone de manifiesto que la guerra fría había llegado a casa. Si en 1919 se había temido el contagio bolchevique, ahora era la condición de potencia mundial de la URSS la que alimentaba esta ideología anticomunista, que arraigó muy profundamente en la sociedad estadounidense. En 1947 comienza sus trabajos el Comité de Actividades Antiamericanas, que centra sus investigaciones en la industria del cine. Pero la manifestación más aguda de ello fue el macartismo, que consistió en la persecución de quienes se consideraba sospechosos de estar al servicio de los intereses de la URSS. En febrero de 1950, el senador por Wisconsin Joseph McCarthy denuncia la existencia de 205 comunistas infiltrados en el Departamento de Estado (aunque la cifra nunca pudo ser fijada con exactitud). Sus campañas posteriores condujeron a investigaciones sobre intelectuales, artistas y guionistas de Hollywood y de científicos, como Rosenberg y Oppenheimer, que crearon un clima de desconfianza y de verdadera “caza de brujas”. Algunos de los más afamados miembros de la industria del cine perdieron sus empleos o hubieron de sobrevivir bajo seudónimo (caso del guionista Dalton Trumbo), pero otros corrieron peor suerte, como le sucedió al matrimonio Rosenberg, llevados a la silla eléctrica en junio de 1953, a pesar de la campaña mundial desplegada en su favor. En 1954, la actuación de McCarthy es desautorizada por el ejército y el Senado.

LAS TRANSFORMACIONES DE LA SOCIEDAD NORTEAMERICANA

La sociedad norteamericana, mucho más implicada en la guerra que en 1917, también se ve mucho más afectada por la misma a partir de 1945. El propio desarrollo de la guerra había transformado profundamente la nación. El pleno empleo favorecido por la expansión de la industria bélica provocó cambios importantes, que anuncian tendencias posteriores. Importantes contingentes de población, sobre todo negra, se desplazaron a los centros industriales (en torno a cinco millones y medio); creció enormemente la población urbanizada,

concentrándose en grandes áreas en los Grandes Lagos y en California; los salarios aumentaron, reforzando así los hábitos propios de la sociedad de consumo; el reclutamiento militar masivo favoreció el acceso de la mujer al trabajo en la industria. El final de la guerra supuso un parón para muchas de estas tendencias, con la consiguiente conflictividad social. Como había sucedido en Europa después de 1918, Estados Unidos también hubo de gestionar la resaca de la guerra. Dos importantes problemas surgidos en el decenio posterior a la guerra están íntimamente vinculados a los efectos de la misma.

El primero de ellos es el desarrollo de un programa de "bienestar", a imagen de las medidas tomadas en el Reino Unido. Es el conocido como *G.I. Bill of Rights* (1944), concebido como una especie de compensación para los veteranos de guerra con más de dos años de servicio. Sus prestaciones consistían en ayudas para vivienda y, sobre todo, bolsas para seguir estudios medios o universitarios. Más de dos millones de veteranos se beneficiaron de estas medidas, a las que se destinaron 13.500 millones de dólares en un periodo de siete años. Aunque el desarrollo del Estado de bienestar haya sido muy inferior en EE UU respecto de los países europeos, esto revela que algunas de sus medidas eran inevitables. El propio Informe Beveridge había sido un libro bien vendido en América.

Por otra parte, el presidente Truman intenta reflotar la política del *New Deal* (nuevo trato) de Roosevelt a través del programa llamado del *Fair Deal* o (trato justo). Este programa de Truman consistía en un conjunto de leyes sobre derechos civiles, asistencia sanitaria, ayudas a los agricultores y a la construcción de viviendas. Pero muchas de estas medidas se ven entorpecidas por un Congreso dominado por los republicanos, que logran posponer durante años su puesta en práctica hasta los años sesenta. Incluso no fue capaz de abolir la ley Taft-Hartley (1947), que trataba de restringir la actividad de los sindicatos y prevenir oleadas de huelgas como las de 1946, provocadas por la enorme inflación desencadenada al término de la guerra (el coste de la vida aumentó en un 31,7 por ciento entre 1945 y 1949).

No obstante, el desarrollo de una sociedad del bienestar ha sido muy intenso en la América de los años cincuenta, gracias a la bonanza económica en que vivía EE UU y con menor intervencionismo de los poderes públicos que en Europa occidental. No sólo el equipamiento de los hogares suma la televisión (1948, blanco y negro) a la radio y el frigorífico; también se producen cambios residenciales fundamentales. Se generaliza el abandono del centro de las ciudades en favor de las urbanizaciones en las afueras, lo que provoca un enorme desarrollo en la construcción de viviendas, pero también de vías de

comunicación de alta capacidad (autopistas), *shopping centers* (3.840 en el año 1960) y, sobre todo, un uso masivo del automóvil. El ejemplo de la ciudad de Los Ángeles es, sin duda, el más significativo: un 67 por ciento de sus viviendas se hallan en casas aisladas. Acompaña todo este proceso otro de los efectos de la guerra, como es el *baby boom*, fruto no sólo de una altísima tasa de natalidad (25 por 1.000 en 1952) sino también de la tendencia al matrimonio precoz que se vive en la inmediata posguerra. Al propio tiempo, se incrementan las tendencias migratorias de la época de la guerra, con desplazamientos masivos a las grandes conurbanizaciones y un cambio en la ocupación de los espacios urbanos; las clases medias, blancas, abandonan los centros de las urbes, que son ocupados por negros e hispanos.

Todo ello propicia la configuración de una sociedad más densa y urbanizada, sin duda más próspera y de mayor nivel cultural gracias a la expansión de los centros educativos. Pero en la que también eran más evidentes la marginación social y la segregación racial. Uno de los movimientos sociales más profundos de los años cincuenta y sesenta fue la lucha de los negros por el reconocimiento de sus derechos. Ya durante la guerra habían surgido protestas de negros que se negaban a ser enrolados en el ejército de una nación que no reconocía su igualdad, reproducidas en la guerra de Corea. Pero es a partir de 1954 cuando comienza efectivamente la lucha por los derechos civiles.

El proceso se desarrolla siguiendo básicamente dos tácticas de lucha. La primera es la del recurso a la justicia para lograr declarar ilegal la segregación en las escuelas, en los transportes públicos o en la vida diaria. Los casos más significativos son los relativos a la segregación educativa. En 1954, el juez Warren firma la sentencia contra el Comité de Educación de Topeka (Kansas), en la que establece la inconstitucionalidad de la segregación, al considerar que impide “el acceso a una igualdad de oportunidades educativas”. A este caso siguieron otros no menos conocidos, como el de Little Rock, en 1957, donde el propio gobernador del estado trata de impedir el acceso de nueve estudiantes negros a la escuela pública o el del acceso de la estudiante Judith Meredith a la Universidad del Misisipí, en 1962. La segunda táctica consiste en el *boycott* y en la resistencia no violenta (sentadas, marchas pacíficas), predicada por el pastor Martin Luther King a imitación de Gandhi, y ensayada por primera vez en Montgomery (Alabama) en 1955. A partir de aquí se producirá un incremento progresivo de la lucha de los negros contra su segregación. La táctica de las “marchas por la libertad” y los boicots culmina con la marcha sobre Washington en agosto de 1963 y el famoso discurso de Luther King (“I Have a Dream”), al

que siguió poco después la aprobación por el Congreso (1964) de una ley de derechos civiles que eliminaba *de iure* la segregación racial en escuelas, lugares públicos, ejercicio del voto, condiciones de trabajo, etc.

MARTIN LUTHER KING (1929-1968)



Pastor baptista y dirigente del movimiento negro de Estados Unidos. Nació en Atlanta, en el estado sureño de Georgia, donde su padre era pastor y se graduó en Teología en la Universidad de Boston. De vuelta al sur, comenzó siendo pastor de la iglesia de Montgomery, donde se adhirió al boicot de los transportes públicos, cuando la negra Rosa Parks fue arrestada por no ceder su asiento a un pasajero blanco. Fue el comienzo de la lucha de los negros contra la segregación racial. King se convirtió en el principal dirigente del movimiento a favor de los derechos civiles y logró reunir a diversos grupos de los estados sureños en la Conferencia de Líderes Cristianos del Sur. Las campañas desarrolladas bajo la dirección de King, inspiradas en el ejemplo de la no violencia de Gandhi, contemplaban marchas pacíficas, boicots y sentadas contra la discriminación en escuelas y servicios públicos, lo que convirtió a King en un líder a escala nacional. El cenit de su influencia lo alcanzó en 1963, cuando logró organizar una marcha sobre Washington en agosto de 1963, en la que congregó a 200.000 personas ante el Lincoln Memorial. Allí pronunció uno de sus más memorables discursos, de canto a la igualdad y a la libertad: “Yo tengo un sueño”.

Galardonado con el Premio Nobel de la Paz en 1964, la influencia de King comenzó a declinar a partir de 1965. Otros líderes negros como Malcolm X, de métodos más radicales, comenzaron a poner en cuestión el liderazgo de King. En abril de 1968, en la ciudad de Memphis, fue asesinado por un racista blanco. Pero su lucha no había sido vana. La consecución de la igualdad racial en EE UU fue su gran legado. Objetivo que King, en su último discurso en Memphis, afirmaba que tal vez no vería cumplido personalmente, pero que estaba seguro lo conseguiría el pueblo que le estaba escuchando.

Sin embargo, las expectativas creadas por los negros no fueron satisfechas, manteniéndose no sólo situaciones de segregación en los estados del sur, sino de

una gran marginación social y de pobreza en las aglomeraciones urbanas del norte y del oeste. Es en este contexto en el que surgen otras organizaciones defensoras del *black power*, como los Panteras Negras, así como una recuperación de las señas de identidad de la comunidad negra (raíces africanas, música, indumentaria, peinados...) que dificultó la integración efectiva de los negros en la sociedad estadounidense hasta fechas relativamente recientes. Quizá el tránsito semántico desde negros a "afroamericanos" da una cierta idea de estos cambios.

La evolución política

Las instituciones políticas norteamericanas, a diferencia de muchas europeas, no hubieron de ser reconstruidas después de la guerra. Ello explica la estabilidad política del sistema, que arranca de la propia Constitución y que pudo ser puesta a prueba con ocasión del escándalo Watergate (1974) y el abandono de la presidencia por Richard Nixon, para la que había sido elegido mayoritariamente en 1972. La dinámica política americana presenta, sin embargo, algunas analogías con la vista en Europa en lo que se refiere al ejercicio de la alternancia política. En los años cincuenta predominan los republicanos de orientación social conservadora; en los sesenta, los demócratas, más inclinados a llevar adelante reformas sociales; en la década de los setenta hay una situación de incertidumbre y oscilación, que termina en la década de los ochenta con el acceso de los republicanos al poder, bajo las presidencias de Reagan y Bush que, en cierto modo, supone un retorno a época de la guerra fría, con la estrategia de la "guerra de las galaxias", para cambiar de nuevo, en los noventa, a una presidencia demócrata representada por el kennediano Bill Clinton.

Con el amplio triunfo (55,1 por ciento de los votos populares) del general Eisenhower en 1952 frente al demócrata Adlai Stevenson, considerado demasiado intelectual en tiempos de "macartismo", se cierra la era Roosevelt, comenzada con el *New Deal* en 1932 y concluida con la presidencia de Truman en 1952 y su política continuista del *Fair Deal*. Fue una época de recuperación de la crisis, sobre todo durante la guerra, y de profundas transformaciones sociales. Pero las responsabilidades mundiales de EE UU, acrecentadas a partir de 1950 con el estallido de la guerra de Corea, y el fundamentalismo ideológico interior (el "macartismo") llevaron a la presidencia a Eisenhower, jefe de los ejércitos aliados en la guerra en Europa. Aunque la victoria de los republicanos

no supuso un retroceso de las conquistas del bienestar contenidas en los programas demócratas (grandes sumas de dinero se destinaron a paliar la situación de los agricultores), la administración Eisenhower enlaza en algunos aspectos con la tradición republicana de los años veinte: apoyo al mundo de los negocios y tareas de gobierno encomendadas a dirigentes empresariales, como Charles Wilson, ex presidente de la General Motors.

La llegada del presidente John F. Kennedy a la presidencia (por un estrecho margen de votos frente al candidato republicano, Richard M. Nixon) supuso un notable cambio de imagen de la figura presidencial. Senador demócrata, perteneciente a una rica familia católica de Boston, joven y popular, con gran eficacia oratoria, su mayor éxito en la Casa Blanca fue crear enormes esperanzas en el futuro, más que las medidas concretas que tomó. Su programa político, resumido en el concepto de *New Frontier* ("Nueva Frontera"), pretendía establecer los retos del futuro a través del primer mito nacional estadounidense, como habían sido los pioneros de la frontera. En su discurso inaugural pronunció la conocida invocación a los americanos: "No preguntes qué puede hacer América por ti, sino qué puedes hacer tú por América", lo que significaba recuperar el viejo sueño norteamericano del esfuerzo individual y de vivir en la tierra de las oportunidades, aplicado a una época de prosperidad. Su asesinato en Dallas, en noviembre de 1963, así como la abundante literatura producida en torno a las causas del magnicidio (todavía no aclaradas), ha contribuido a forjar en la figura de Kennedy un nuevo mito estadounidense. Sus principales y más controvertidas decisiones fueron las relativas a la política exterior, tanto en la crisis de Berlín como en el asunto de los misiles de Cuba (1962) o la implicación del ejército estadounidense en la guerra de Vietnam. También aceleró la carrera espacial, anunciando la llegada a la Luna en un plazo de diez años, lo que fue efectivamente cumplido en 1969 con el alunizaje de la nave espacial *Apolo XI* y la difusión mundial, por medio de la televisión, de los titubeantes pasos del astronauta Armstrong sobre la superficie lunar.

JOHN FITZGERALD KENNEDY (1917-1963)



Presidente de Estados Unidos durante los años 1961-1963. Procedente de una rica familia de Boston, de origen irlandés, Kennedy desarrolló su carrera política en el Partido Demócrata, una vez terminada la II Guerra Mundial, como miembro de la Cámara de Representantes y como senador, por el estado de Massachusetts. En las elecciones presidenciales de 1960 compitió con Richard M. Nixon, entonces vicepresidente, en una campaña electoral incisiva y moderna, que incluyó por primera vez el debate entre los dos candidatos ante las cámaras de televisión, lo que fue determinante para la elección de Kennedy. Su mensaje electoral se articulaba en torno al concepto de Nueva Frontera, un programa basado en la rehabilitación del mito de la frontera: libertad, individualismo, tierra de oportunidades y orgullo americano. Como dijo en su famoso discurso de investidura: "No preguntes qué puede hacer América por ti, sino qué puedes hacer tú por América".

Su mandato presidencial, aunque breve, dejó importante huella en la historia estadounidense. Apoyó decisivamente el proyecto Apolo de exploración espacial, luchó contra la segregación racial y trató de modernizar la administración. Sus decisiones más controvertidas corresponden, sin embargo, a la política exterior, con presencia en tres lugares importantes: Cuba, Berlín y Vietnam. En la crisis cubana puso al mundo al borde de una guerra nuclear ("crisis de los misiles", 1962) y fracasó en su intento de derrocar al régimen de Castro (Bahía Cochinos). En Europa, la tensión con la URSS desembocó en la construcción del muro de Berlín, a pesar de su encendida defensa de la libertad del Berlín occidental, donde pronunció un famoso discurso en el que se declaró berlinés ("Yo soy un berlinés", dijo en alemán). Y en Vietnam comenzó el envío de tropas estadounidenses, en una escalada militar que incrementó su sucesor, Johnson.

El presidente Kennedy fue asesinado en el curso de una visita a la ciudad de Dallas (Texas) en noviembre de 1963. El magnicidio nunca fue del todo aclarado, pero el "estilo Kennedy" de presidente jovial, culto y moderno, miembro de una familia brillante pero marcada por la fatalidad, forma parte de uno de los mitos más arraigados en la mentalidad norteamericana de la segunda mitad del siglo XX.

Buena parte de los problemas abiertos por Kennedy y de las propuestas de su programa de gobierno hubieron de ser llevados a cabo por su sucesor, Lyndon B. Johnson, que permanece en la presidencia hasta 1968, después de haber barrido (61,1 por ciento de los votos) al candidato republicano Barry Goldwater en las

elecciones de 1964. Al presidente Johnson corresponde la escalada militar americana en Vietnam, apadrinada entonces por el secretario de Defensa Robert McNamara quien, en sus recientes memorias *(In Retrospect*, 1995) reconoce que aquella fue una decisión equivocada. También lo creían millones de estadounidenses que protagonizaron uno de los movimientos de protesta más originales de la década de los sesenta a favor de la paz y de la vuelta a casa de los militares envueltos en una guerra lejana. Coincidió esta protesta con la intensificación de las movilizaciones de los negros y las primeras revueltas estudiantiles, que comenzaron en 1965 en el campus de Berkeley (California) con el movimiento del *free speech* y canalizaron las ansias de millones de jóvenes estadounidenses, fruto del *baby boom*, que pensaban como Bob Dylan que "los tiempos están cambiando".

No obstante, la presidencia de Johnson también se ha caracterizado por su decidida apuesta en favor de la lucha contra la pobreza y la marginación social. En 1964 lanza su programa de la *Great Society* (Gran sociedad), que suponía un nuevo paso hacia la constitución del Estado de bienestar y que incorporaba un "programa contra la pobreza", diseñado por el grupo de economistas encabezado por John K. Galbraith. A partir de 1964 se aprueba una batería de medidas de carácter social, relativas a vivienda, sanidad y educación, a las que se destinaron miles de millones de dólares. Sólo los gastos federales en educación pasaron de 2,3 millones en 1964 a 10,8 en 1968, mientras que los invertidos en sanidad se triplicaron. En 1965 se reformó asimismo la política de inmigración, aboliendo la restricción establecida en 1924, lo que propició la entrada de millones de hispanos y asiáticos (12 millones de inmigrantes "legales" entre 1965 y 1989). Desde la época del *New Deal* nunca se había efectuado tal cantidad de reformas.

Este aumento de los gastos sociales se vio frenado por los costos derivados de la carrera espacial y por la guerra de Vietnam. Ello explica las dificultades de los primeros años setenta, cuando se produce la devaluación del dólar y la ruptura efectiva del sistema de Bretton Woods y, por tanto, de la política keynesiana que había sido la predominante desde los años treinta.

En 1968 llega a la presidencia Richard M. Nixon, quien la gana con un 44 por ciento de los votos populares frente al 42,7 por ciento del demócrata Humphrey y un 13 por ciento de Wallace. Con Nixon se abren dos décadas de gobiernos republicanos, con la excepción del periodo de cuatro años ocupado por Jimmy Carter. De nuevo, son los asuntos exteriores los que más ocupan la atención de los gobiernos estadounidenses. En una primera fase, aceptando la derrota en la guerra de Vietnam para, en contrapartida, lograr abrir relaciones con la China de

Mao y equilibrar así sus relaciones estratégicas con la URSS. El diseñador de toda esta estrategia diplomática fue el profesor de política internacional de Harvard, Henry Kissinger, responsable durante un decenio de la política exterior americana.

Una nueva época de la vida política estadounidense se abre en 1980 con la presidencia de Ronald Reagan. Su insistencia en valores moralizantes de carácter conservador, su llamada a las virtudes del nacionalismo norteamericano y su política económica de carácter liberal desmantelaron definitivamente los principios del keynesianismo. La atención a la demanda era sustituida por la política de la oferta. En cierto sentido, se volvía a enlazar con la tradición de los presidentes Eisenhower y Coolidge. En política interior, la “revolución” de Reagan provocó mayores niveles de pobreza y, a pesar del recorte de los gastos sociales, un extraordinario déficit del presupuesto federal, que en sus ocho años de presidencia iguala al acumulado en los doscientos años anteriores de historia americana.

La prioridad concedida al funcionamiento del mercado, el recorte de gastos sociales y el empeño en la Iniciativa de Defensa Estratégica o “guerra de las galaxias” condujo a éxitos en política exterior que, sin embargo, encontraron fuertes resistencias sobre todo en Europa. La instalación de misiles nucleares en Alemania para hacer frente a la amenaza soviética abrió un periodo de lucha social a favor del desarme nuclear y del medio ambiente que cambió las bases de la política en el mundo occidental. Las consecuencias posteriores, simbolizadas entre otros hechos en la caída del muro de Berlín, las veremos más adelante.

Como hemos visto en éste y en otros capítulos, la segunda mitad del siglo XX contiene en su seno algunos de los cambios más trascendentales no sólo del mundo contemporáneo, sino de toda la historia de la humanidad, desde la explosión económica de los “años dorados” hasta la revolución tecnológica, la incorporación de la mujer al mundo del trabajo o el amplio proceso de descolonización de los extensos imperios europeos. Al lado de todos estos cambios, uno de los más decisivos fue sin duda el triunfo de la democracia como régimen político en gran parte del planeta. De las razones de su éxito y de la expresión concreta de la misma en algunos países del mundo occidental es de lo que nos ocupamos en este capítulo. Es claro que quedan todavía muchas zonas de sombra en amplias regiones del planeta, en donde la participación política está vedada o seriamente dificultada y en donde la opresión y la dictadura forman parte de los modos de gobierno y de las prácticas políticas. Pero al menos se puede convenir que, como proclamó el presidente Bill Clinton en la

alocución que inauguraba su segundo mandato, en enero de 1997, “por primera vez [en la historia], más personas de este planeta viven en democracia que en dictadura”.

CAPÍTULO 14

LOS PAÍSES DEL SOCIALISMO REAL

Fruto de los acuerdos de Yalta y Potsdam entre las potencias aliadas, que determinaron las zonas de influencia política de cada una de ellas, y del posterior estallido de la guerra fría y de su dinámica, los países de la Europa oriental han vivido hasta finales de los años ochenta bajo regímenes hoy en día denominados de "socialismo real"; vago e impreciso término bajo el que subyace una evidente intencionalidad política. Con unas estructuras políticas y económicas impuestas por la Unión Soviética, su evolución ha estado ligada a las vicisitudes de la guerra fría.

En la trayectoria de la Europa del Este cabe plantearse, al menos, tres etapas cronológicas. El periodo 1945-1948, en que los partidos comunistas prepararon lentamente el asalto al poder; de 1948 a 1953, cuando se aceleró la construcción de estructuras políticas y económicas a imagen y semejanza de la Unión Soviética; de 1953 a mediados de los años sesenta, época en que, coincidiendo con la desestalinización, se corrigieron parcialmente los modelos construidos en la etapa anterior y, por último, la etapa comprendida desde la primavera de Praga, en 1968, hasta la llegada de Mijaíl Gorbachov a la presidencia de la Unión Soviética, a mediados de los años ochenta.

EL ASALTO DE LOS COMUNISTAS AL PODER (1945-1948)

El escenario político de la Europa oriental entre 1945 y 1948 era muy complejo. El análisis de los historiadores ha insistido mucho en que esos países ya estaban dominados en esta época por los partidos comunistas, de manera que se vieron forzados por la Unión Soviética y por la lógica de la guerra fría a construir regímenes socialistas. Sin embargo, como veremos, la realidad es más complicada y está sometida a múltiples variables.

Al término de la II Guerra Mundial el panorama en los países de la Europa

oriental era más desolador que en los de Occidente. Por un lado, antes de la guerra sus estructuras económicas estaban menos desarrolladas, excepto en Checoslovaquia, y por otro, su tasa de destrucción había sido superior. Además, al terminar la II Guerra Mundial, los territorios de la Europa oriental contemplaban uno de los mayores trasiegos de personas de la historia europea. Se trataba de migraciones obligadas, que no habían dejado de producirse desde 1940. Países como Polonia, Rumania, Bulgaria y Hungría debían sumar al esfuerzo económico la necesidad de organizar y estructurar un nuevo mercado. La Unión Soviética, por su parte, tenía que afrontar el esfuerzo de reindustrializar sus territorios occidentales.

Por estas circunstancias, en 1945 la Europa oriental estaba sumida en una profunda parálisis económica. Además de sufrir la falta de recursos propios, ya resultaba evidente que la cooperación de la Unión Soviética en la reconstrucción iba a ser muy limitada. Por otra parte, no existía un modelo económico estable que señalara las pautas a seguir y los partidos comunistas, a pesar de que tenían una participación real en los centros de poder, no se planteaban en 1945 la construcción del socialismo a corto plazo sino una política económica intervencionista ligada a la reconstrucción.

En toda la Europa oriental la presencia del Ejército Rojo era un hecho a tener en cuenta, pero todavía no decisivo. La realidad política de estos países en 1945 no se diferenciaba de lo que ofrecía la Europa occidental. Hasta 1947 o 1948 la guerra fría no actuó en estos países como factor determinante de una adscripción forzada al socialismo estalinista, que a la altura de 1945 apenas estaba esbozada.

Al frente de los países de la Europa oriental se habían situado “gobiernos de unidad nacional” con programas similares a los de Francia o Italia. Es cierto que los partidos comunistas ya poseían una situación de privilegio y que controlaban puestos clave de la Administración; pero tal circunstancia era análoga en los países de la Europa occidental. Los programas y proyectos de los distintos gobiernos de 1945 están cortados por el mismo patrón. Se trata de gobiernos en los que participan partidos burgueses, campesinos y comunistas. Su principal objetivo era poner en práctica un programa de reconstrucción económica más complejo que el de los países europeos occidentales, porque las dificultades eran mayores. Desde 1940 las remodelaciones territoriales y la satelización con respecto a Alemania llegaron a tal magnitud que sólo un enorme esfuerzo a escala nacional permitió superar las dificultades. El pueblo polaco, el húngaro, el rumano o el yugoslavo de 1945 hubieron de partir de una situación muy comprometida para emprender la reorganización de los mercados internos, la

creación de sistemas monetarios, la reconversión industrial. Tales tareas presentaron en estos territorios unos índices de dificultad desconocidos en el pasado.

Conviene ponderar las diferentes situaciones y no englobar el conjunto de la Europa oriental con un criterio uniforme. Si resulta evidente que los acuerdos de Yalta fueron determinantes, también es cierto que en 1945 la Unión Soviética pretendía únicamente establecer un glacis defensivo que asegurara la integridad de sus fronteras. Tal propósito era la continuación de una política tradicional rusa, fruto del paneslavismo zarista, que Stalin hizo suya.

En 1945 hay que distinguir diferentes realidades en la Europa oriental. En primer lugar, están los países fronterizos con la Unión Soviética: Polonia y Rumania, países que Stalin consideraba bajo su influencia, como instrumento de protección de sus fronteras occidentales. En segundo lugar se sitúa Bulgaria, que por motivos culturales e históricos era proclive a buscar la protección de la madre Rusia. Por último, en Hungría, Checoslovaquia y Yugoslavia la situación era diferente.

Esta primera clasificación puede ser matizada según el comportamiento de los distintos espacios de la Europa oriental durante la guerra: los regímenes autoritarios de Hungría, Bulgaria y Rumania colaboraron con la Alemania nazi en lo económico y lo político; Polonia había quedado devastada por los nazis. Checoslovaquia desapareció como país en 1939; Bohemia y Moravia fueron incorporadas al espacio económico alemán; Eslovaquia quedó transformada en un país satélite de la política alemana bajo la dictadura antiparlamentaria de monseñor Tiso; Yugoslavia mostraba la peculiaridad de haberse liberado por sí misma de la presencia nazi.

Para explicar los avances comunistas en la Europa oriental hay que hacer diversas consideraciones que deben ir más lejos de la mera presencia del Ejército Rojo. Si bien los distintos gobiernos de unidad nacional de 1945 poseían un esquema similar al de Francia, por ejemplo, también manifestaban notables diferencias con respecto a la Europa occidental. Para empezar, excepto Checoslovaquia, se trataba de países con una mínima tradición democrática antes de 1940. Al menos, una democracia entendida en términos occidentales, es decir, con una adecuación fluida entre sociedad política y sociedad civil.

El restringido sistema liberal de estos países había quedado contrarrestado antes de 1939 por una política de notables, alejada de los intereses y reivindicaciones del conjunto social. Durante la guerra algunos de ellos mantuvieron una ficción política, con gobiernos en el exilio instalados en

Londres, pero en 1945, cuando retornaron a sus territorios, quedó demostrada su escasa significación política. La suma de errores e incomprensiones de estos políticos tradicionales, que entendieron la liberación como un mero establecimiento de las estructuras políticas del pasado, facilitó los avances de los partidos comunistas que con sus programas reformistas lograron una situación ventajosa.

La tradición histórica comunista era escasa en países como Polonia, Rumania o Hungría, donde los regímenes autoritarios habían borrado del mapa cualquier influencia comunista antes de la guerra. En Bulgaria, Checoslovaquia y Yugoslavia la tradición comunista tenía raíces más fuertes. En Bulgaria, Dimitrov había tenido un papel clave al frente de la III Internacional. En Checoslovaquia, el Partido Comunista había sido el segundo partido del país en 1938, además de ofrecer la oposición más decidida a los pactos de Múnich y a la ulterior desmembración de Checoslovaquia. En Yugoslavia, los partisanos de Tito configuraron una de las oposiciones resistentes más radicales a la invasión nazi, con la peculiaridad de que Tito, siendo estalinista en sus contenidos, planteó desde 1945 una fórmula de socialismo nacional lejana de las directrices de Moscú. En países de escaso nivel de cultura democrática, el partido político que antes supiera enraizarse en el tejido social y responder a las reivindicaciones populares obtendría una situación de ventaja. La capacidad organizativa de los comunistas facilitó las cosas.

JOSIP BROZ TITO (1892-1980)



Cualquier aproximación biográfica al mariscal Tito debe destacar ante todo el hecho de que sus métodos políticos, como dirigente comunista, su carisma y su personalidad como gobernante han configurado el único proyecto político capaz de mantener un armazón estable en el complejo y centrífugo mosaico plurinacional de los Balcanes. Al menos la dictadura de Tito consiguió el consenso suficiente para procurar que las tensiones permanecieran soterradas o latentes y que tomara cuerpo la idea de una nación yugoslava expresada bajo patrones culturales diferentes. Hasta 1941 el aprendizaje comunista de Tito ofrece una secuencia clásica por lo reiterada en otros dirigentes: participación en la guerra civil posrevolucionaria en Rusia, retorno a Croacia en 1923 como agente de la III Internacional, años de clandestinidad y de trabajo organizativo para el partido, estancia en la cárcel, fidelidad a Stalin y aceptación del pacto germano-soviético de 1939. Dos años antes había alcanzado la secretaría general del Partido Comunista Yugoslavo.

El gran momento de Tito llegó en 1941 con la agresión alemana a Yugoslavia y la inmediata invasión de la Unión Soviética. Máximo dirigente del movimiento partisano, constituyó el más sólido conjunto resistente antifascista de todos los países ocupados por los alemanes. La colaboración de hecho de los *chetniks* monárquicos de Mijailovich con los nazis favoreció la expansión del movimiento partisano, instalado sobre todo en los escarpados territorios de Bosnia. En noviembre de 1942 Tito creó el Comité Antifascista de Liberación Nacional, principal matriz organizativa para las zonas liberadas. Un año después Tito se convirtió en presidente del gobierno provisional. Ya no había dudas y las potencias aliadas le reconocieron a él y a sus partisanos como los únicos representantes de la resistencia yugoslava, a pesar de que el rey Pedro y su gobierno residían exiliados en Londres.

El hecho de que Yugoslavia se liberara a sí misma de la ocupación alemana y de que no tuviera fronteras comunes con la URSS fue decisivo para el futuro del país. El 29 de noviembre de 1945 fue proclamada la República. En enero de 1946 la nueva Constitución definió a Yugoslavia como una federación de seis repúblicas: Serbia, Croacia, Bosnia-Herzegovina, Eslovenia, Montenegro y Macedonia. Las diferencias entre Tito y Stalin fueron cristalizando en los meses posteriores hasta llegar a la ruptura. En Moscú se acuñó el término titoísta para definir a las herejías nacionalistas del comunismo. De hecho lo que Tito negaba era la subordinación de su país a Moscú en aras de un pretendido internacionalismo comunista, ya que en el plano político y en el económico Tito apenas se apartó de las premisas estalinistas, al menos hasta mediados de los años cincuenta: monopolio del Partido Comunista, persecución violenta de cualquier tipo de disidencia, planificación imperativa de la economía y colectivización. Luego Tito fue diseñando un modelo alternativo de fronteras abiertas y de gran descentralización administrativa que, sin abandonar la rigidez política, generó un sistema económico con fuerte presencia de la iniciativa privada y la participación de los trabajadores en la toma de decisiones: el socialismo autogestionario. En política exterior Tito intentó obtener ventajas de una posición intermedia en el mundo de la guerra fría. Con otros destacados políticos, como el indonesio Sukarno o el Pandit Nehru de India, constituyó el Movimiento de Países No Alineados en 1980. A la muerte de Tito los viejos fantasmas balcánicos salieron a la superficie.

En todos los países de la Europa oriental, los partidos comunistas, al amparo del Ejército Rojo, crearon organizaciones políticas muy eficaces. Los políticos del viejo sistema, acostumbrados a prácticas obsoletas, no pudieron contrarrestar esta influencia. Se llamaran liberales, nacionalistas o campesinos, sus frágiles estructuras no iban más allá de la incidencia personal del notable de turno. En cambio, los comunistas hicieron suyo el discurso nacionalista y activaron la movilización de la población para la reconstrucción económica. Su gran triunfo

residió en la cuestión agraria. Desde principios de siglo, en Europa oriental habían fracasado las reformas agrarias de mayor o menor alcance. Sólo Checoslovaquia era un país industrial. En Polonia se había formado una capa social de pequeños campesinos, pero los denominados “restos feudales” todavía eran predominantes, o así lo sentían las poblaciones rurales. En Rumania y Bulgaria las reformas agrarias anteriores a la guerra tampoco habían conseguido la estabilidad en el campo. El máximo exponente de la desigualdad era Hungría, donde los grandes propietarios habían aprovechado la dictadura del almirante Horthy para erradicar cualquier reforma. En conjunto, se puede afirmar que el modelo de reforma agraria de los años veinte se había traducido en una redistribución raquítica de las tierras, más bien en provecho de los terratenientes tradicionales.

Los partidos comunistas auspiciaron el procedimiento que había seguido Rusia en 1917, que consistía en el reparto de tierras sin indemnización. Era una tarea relativamente fácil, ya que muchos grandes propietarios eran de origen alemán o habían colaborado con los nazis. A ello se unían las grandes extensiones territoriales de propiedad eclesiástica. Se trataba de un conjunto fácilmente reformable que los comunistas utilizaron como principal bandera política. Hungría abrió la marcha de la reforma en 1945. Los otros países realizaron la suya entre 1945 y 1947. Hasta 1950 no se estableció el modelo soviético basado en la colectivización.

Entre 1945 y 1948, los partidos comunistas de la Europa oriental sostenían un debate interno todavía no resuelto, que alcanzó su pleno desarrollo en épocas posteriores. En su dirección predominaban los que podríamos denominar “viejos bolcheviques” y en sus programas se observan indicios de una construcción de socialismos nacionales que la guerra fría dejó sin efecto.

En la Conferencia de Yalta se estableció la teoría del glacis defensivo de la Unión Soviética, pero no se especificó a qué países se iba a aplicar. Stalin tomó la ventaja cuando repatrió a estos países a los dirigentes comunistas exiliados en Moscú. Se trata de una generación que a partir de 1948 dirigió la transición hacia un socialismo a la manera soviética. Boleslaw Bierut y Wladyslaw Gomulka llegaron a Polonia, Imre Nagy y Mathias Rakosi a Budapest, Ana Pauker a Bucarest. Con ellos arribaban las ideas y las prácticas estalinistas y surgió en el seno de los partidos comunistas un conjunto de tensiones que fue el preludio de las purgas llevadas a cabo entre 1949 y 1953.

No en todas partes existió una estrategia de conquista del poder bien definida desde Moscú. Resulta más visible en los países limítrofes con la Unión

Soviética, como Rumania o Polonia; en Bulgaria las posiciones comunistas fueron hegemónicas dentro del Frente Patriótico dirigido por Georgi Dimitrov. En Hungría, en cambio, las primeras elecciones de 1945 fueron favorables al partido de los pequeños propietarios con el 60 por ciento de los votos, pero en el posterior gobierno de unidad nacional los comunistas obtuvieron dos ministerios básicos: Interior y Comunicaciones, además de situar a un hombre del partido como ministro sin cartera.

En el polo opuesto se situó Checoslovaquia. En mayo de 1945 se podía hablar en el pleno sentido del término de un verdadero gobierno de coalición nacional, que reflejaba el arco político de preguerra. En la presidencia de la República se situó un nacionalista histórico, Benes, y como primer ministro el hijo y sucesor político de otro padre de la patria, Masaryk. Los comunistas consiguieron para su dirigente Klement Gottwald el puesto de viceprimer ministro. Un año después los comunistas lograron el 38 por ciento de los votos en unas elecciones que todavía podían calificarse de democráticas.

Los esquemas que hemos visto hasta ahora se rompieron en la periferia geográfica de la Europa del Este. Es el caso de Yugoslavia, un país no limítrofe con la Unión Soviética, con escasa presencia del Ejército Rojo y que se había liberado a sí mismo de la invasión nazi. La hegemonía de los partisanos comunistas de Tito era indiscutible desde 1943. La postura colaboracionista de la derecha monárquica, los *chetniks* de Mijailovich, reforzó a Tito. Los partisanos habían ganado la guerra y consideraban que era el momento de construir un socialismo no subordinado. El socialismo yugoslavo se manifestó independiente de Moscú, pero estaba fuertemente impregnado en sus contenidos por el estalinismo. Bien atrincherados en el ejército y en la policía, los partidarios de Tito continuaron con su ensayo. En agosto de 1945, el rey Pedro rompió con Belgrado. En las elecciones de noviembre el triunfo del frente popular dominado por los partisanos, fue absoluto. Poco después quedó proclamada la República Popular y Federativa, en un momento en el que el país no estaba enteramente pacificado. Bandas de *chetniks,* de *ustachis* —croatas fascistas— y guardias blancos eslovenos multiplicaban sus actos terroristas. A ello se añadía el problema de Trieste con los aliados.

A imagen de la Unión Soviética (1948-1953). La construcción de las democracias populares

Cuando en las cercanías de 1948 la guerra fría quedó planteada como una confrontación de bloques, la situación política de la Europa oriental se inclinó de forma decisiva hacia la hegemonía indiscutible de los partidos comunistas. La crisis de Berlín aceleró el proceso y en la estrategia comunista de conquista del poder fueron desplazados progresivamente los demás partidos políticos. En primer lugar, los grupos políticos opuestos a las reformas quedaron aislados socialmente; en segundo lugar, los políticos reformistas fueron obligados a incorporarse a los frentes patrióticos o populares, coaliciones electorales controladas por los comunistas, para finalmente ser absorbidos por los partidos comunistas o condenados al ostracismo político, el exilio o la represión. La estrategia de conquista del poder por los partidos comunistas se vio favorecida por las dimensiones del programa reformista que impulsaban. La reforma agraria desarrollada entre 1945 y 1948 distribuyó gratuitamente 12 millones de hectáreas entre el campesinado; buena parte de la industria fue nacionalizada; se promulgó una amplia legislación social y se sentaron las bases para la generalización de los sistemas educativos, si bien en un marco de secularización que provocó tensiones en los países de tradición católica. Estas políticas reformistas conquistaron una amplia adhesión o consentimiento, facilitando la estrategia comunista. En definitiva, a la altura de 1948 el antiguo régimen quedó desmantelado y con él fueron eliminados sus protagonistas políticos y las antiguas clases dirigentes.

A partir de 1948 se emprendió en la Europa oriental la construcción de las democracias populares y la implantación del socialismo estalinista. Pero había discrepancias sobre el tipo de estructuras socialistas que se iban a construir. En el interior de los partidos comunistas se enfrentaban dos corrientes ideológicas. Una de ellas propugnaba un socialismo adaptado a las peculiaridades nacionales e independiente de Moscú, siguiendo la actuación de Tito en Yugoslavia. La otra postulaba el establecimiento del sistema soviético estalinista. El clima de guerra fría y la presión de Moscú decidieron la confrontación en favor de las tesis estalinistas y ello dio lugar a purgas políticas que acabaron con la vida o la libertad de millares de militantes comunistas, como había ocurrido durante los años treinta en la Unión Soviética. Si antes se había silenciado a la oposición no comunista, ahora se silenciaba cualquier tipo de oposición que se apartara de las directrices impuestas por Moscú, con la excepción en cuanto al resultado, no en cuanto al método, de la Yugoslavia de Tito.

Desde el punto de vista económico, la construcción del socialismo real en la Europa oriental significó el mantenimiento del ritmo de la nacionalización de la

gran industria, la limitación al máximo de la propiedad y la iniciativa privada, tanto en la pequeña y mediana industria como en los sistemas de distribución, y la puesta en marcha acelerada de la colectivización agraria. Así, el sistema económico quedaba en manos del Estado y de sus planificadores. Más allá del mercado, eran ellos quienes fijaban las grandes magnitudes económicas, el sistema de precios y la asignación de recursos. Pronto surgieron las dificultades. Los grandes trasvases de población campesina hacia las ciudades originaron serios problemas de abastecimiento que aumentaron el descontento social. A ello se unió la resistencia de los campesinos a la colectivización, pues se sentían decepcionados por la pérdida de las tierras repartidas durante las reformas agrarias de la inmediata posguerra. Además, los planificadores primaban la gran industria sobre cualquier otro sector económico, favoreciendo el trasvase de renta del campo a la industria mediante el sistema de precios. La dinámica de la guerra fría coadyuvó al desarrollo de la industria pesada, ya que sobre ella se sostenía el complejo militar.

Los partidos comunistas fueron perdiendo apoyos sociales a lo largo de este periodo. Si antes de 1948 el grueso de la oposición estuvo constituido por los grupos políticos y sociales partidarios del orden de preguerra, a partir de esa fecha la oposición engrosó su número con los descontentos del socialismo forzado. En este marco opositor jugaron un papel importante las Iglesias. Cabe establecer una distinción entre los países de tradición ortodoxa y los de tradición católica. En los primeros, con Iglesias nacionales, fue viable cierto entendimiento con el nuevo Estado comunista, siguiendo el modelo de Moscú, donde existían ciertas formas de convivencia entre el Patriarcado de Moscú y el Estado soviético. No sucedió lo mismo con la Iglesia católica. En Hungría, el enfrentamiento entre la Iglesia y el Estado comenzó en 1945 con la proclamación de la República, conflicto que se incrementó y pervivió en el tiempo. En Polonia se consiguió desde 1950 un *modus vivendi* entre Iglesia y Estado. El malestar social con los nuevos regímenes comunistas se hizo más complejo.

Los límites de la desestalinización (1953-1968). Las disidencias

A la altura de 1950 cabe hablar en la Europa oriental de la existencia de un sistema comunista sometido a las directrices de la Unión Soviética. Su evolución dependió estrechamente de la marcha de la guerra fría y de las transformaciones

políticas que se operaron en Moscú. La muerte de Stalin en marzo de 1953 fue un momento clave en la historia de la Europa del Este. Desde 1945 la Unión Soviética, devastada por la guerra en sus amplias regiones occidentales, concentró sus esfuerzos en la reconstrucción económica de su territorio. Ello significó una preponderancia de lo económico sobre lo político, en un contexto en el que Stalin se sintió consolidado y la dinámica de las purgas perdió la intensidad que había tenido en los años treinta.

Inmediatamente después de la muerte de Stalin se abrió una etapa de cuestionamiento, denuncia y revisión del mundo soviético, haciéndose efectivos cambios que habían sido apuntados desde 1952, cuando el XIX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, PCUS, planteó la revisión de las directrices políticas. La desaparición del *zar rojo* provocó la lucha por la sucesión, pues en el seno del PCUS se definieron dos corrientes, una dirigida a mantener la esencia del estalinismo y la otra decidida a corregirlo. Finalmente, se impuso esta última posición, favorecida por el fin de la crisis coreana y la consiguiente atenuación de la guerra fría. En líneas generales, se trataba de implantar la coexistencia pacífica en política internacional y de limar los aspectos más duros de la política interior del régimen: aligerar la dictadura política y replantear los objetivos de la planificación económica, con un mayor interés hacia la industria de bienes de consumo. En este proceso fue fundamental el XX Congreso del PCUS, celebrado en 1956, donde surgió con fuerza la figura de Nikita Jruschov, primer secretario del comité central. En este congreso se inició la desestalinización con el reconocimiento de los crímenes cometidos en la época de Stalin.

La muerte de Stalin y el consiguiente descenso del rigor de la planificación económica alteraron la situación política de los países vinculados a Moscú. Por un lado, se deseaba un mayor nivel de autonomía y el ensanchamiento de los cauces de la expresión política; por el otro, era evidente la necesidad de corregir las políticas económicas. Así surgió un complejo cuadro de disensiones hacia Moscú y hacia los partidos comunistas de cada país. La revuelta de Berlín oriental en 1953 abrió la marcha, pero los dos movimientos más importantes tuvieron lugar en 1956 en Polonia y Hungría. En Polonia la insurrección de Poznan, acontecida en junio de 1956, fue la culminación de una etapa de agitación iniciada tiempo atrás. La insurrección fue reprimida por las tropas soviéticas.

Mayor intensidad tuvo la revuelta húngara, que no puede ser interpretada únicamente como una revuelta anticomunista, ya que en ella participó el sector

no estalinista del Partido Socialista Obrero Húngaro (nombre del Partido Comunista en Hungría). Desde 1953 la inquietud se había ido extendiendo en Hungría entre algunos intelectuales del partido y en los círculos nacionalistas. La muerte de Stalin había permitido la entrada de nuevos aires de libertad y tolerancia. A su influjo se formó una confusa plataforma de oposición en la que coincidían elementos sociales del antiguo régimen, la Iglesia, grupos nacionalistas y comunistas no estalinistas. El grueso de la revuelta se inició a finales de octubre. La tabla de reivindicaciones era muy amplia: incremento de salarios, regulación del abastecimiento, libertad de prensa, retirada de las tropas soviéticas, etc. La subida del aperturista Imre Nagy a la jefatura del gobierno pareció consolidar el nuevo panorama. Sin embargo, el clima de agitación acabó desbordando a los comunistas reformistas y Moscú decidió tomar cartas en el asunto cuando Nagy constituyó un gobierno de amplio espectro político. En este momento la revuelta húngara empezó a tomar una naturaleza anticomunista, además de antisoviética. La intervención de las tropas soviéticas aplastó la insurrección.

Las revueltas de 1956 restablecieron la ortodoxia de la fidelidad a Moscú, pero trajeron profundos cambios en la sociedad y en la economía de Polonia y Hungría. El modelo económico estalinista se relajó, sobre todo en el campo, donde la política de colectivizaciones dio marcha atrás, permitiendo que se consolidara el predominio de la pequeña propiedad. En el sector industrial se buscó un mayor equilibrio entre la industria pesada y la de bienes de consumo, y en el sector de la distribución se toleró una mayor presencia de la iniciativa privada. En cambio, las estructuras políticas continuaron inmutables bajo el predominio de los partidos comunistas.

En la Unión Soviética la desestalinización también fue incompleta. Las expectativas abiertas en el XX Congreso del PCUS de 1956 no se cumplieron, aunque la llegada al poder de Jruschov y el relajamiento de la guerra fría dieron pie a una secuencia de cambios en profundidad. En 1957 fueron expulsados del Comité Central del PCUS los dirigentes más destacados de la época estalinista, siendo sustituidos por una nueva elite política que mantuvo la hegemonía hasta la llegada de Gorbachov. En esta fecha empezó la carrera política de Breznev y Kosiguin.

MIJAÍL GORBACHOV (1931-)



Nacido en 1931 en el pueblo de Privolnoie, en la región de Stávropol, cercana al Cáucaso, el político ruso queda indeleblemente asociado a las decisivas transformaciones que ha experimentado la historia de la humanidad en los decenios finales del siglo XX, sobre todo por sus intentos de abrir y modernizar la anquilosada maquinaria soviética y de clausurar la época de la guerra fría. Su carrera política siguió la misma trayectoria de tantos otros miembros de la *nomenklatura*. Estudió Derecho en la Universidad Estatal de Moscú. En 1952 ingresó en las filas del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS). Inició la andadura política en su región natal, ocupando diversos puestos hasta que en 1971 fue designado miembro del Comité Central del PCUS. Bajo la protección de Yuri Andropov continuó su ascenso en el escalafón del poder soviético. En 1978 fue elegido para la dirección de la secretaría de Agricultura del comité central del PCUS, y en 1980 pasó a ser miembro del Politburó. Tras los breves mandatos de Andropov (1982-1984) y Chernenko (1984-1985), Gorbachov llegó a la cúspide del poder en 1985 como secretario general del PCUS, en un momento muy delicado para la Unión Soviética, sumida en una intensa crisis económica y empantanada en la guerra de Afganistán.

Hombre brillante, Gorbachov aportó un estilo y un talante inusuales en el escenario político soviético e internacional, con la inapreciable colaboración de su esposa, Raisa. Gorbachov supuso una radical ruptura generacional con el gerontocrático aparato político de la URSS. Su programa reformista tuvo como emblemas dos conceptos que han sido adoptados por el vocabulario universal: *perestroika* (reorganización) y *glasnost* (transparencia). En el plano político se hacía preciso reconstruir los fundamentos del poder, con la separación del partido y del Estado, y crear nuevos canales de participación de la sociedad en un profundo proceso de democratización que tuviera además en cuenta la realidad plurinacional de la Unión Soviética. En el plano económico, el agotamiento y los desequilibrios de la rígida planificación imperativa resultaban evidentes. Gorbachov recuperó los viejos debates sobre el socialismo de mercado, y en esta dirección se encaminaron las reformas. En la política de distensión y de aproximación a los Estados Unidos de la era Reagan, Gorbachov contó con el inestimable apoyo del ministro Sheverdnadze, quien había sustituido a Gromiko como responsable de la diplomacia soviética. El nuevo contexto se concretó en encuentros a alto nivel, en la limitación de los arsenales bélicos, en la retirada soviética de Afganistán e, incluso, en posturas de comprensión y de colaboración con Estados Unidos durante la guerra del Golfo. Sin duda la faceta exterior fue la más brillante. Su máximo símbolo estuvo en la ruptura del muro de Berlín, en noviembre de 1989, y el final del régimen de soberanía limitada para los países del este de Europa.

Sin embargo, la lentitud y las trabas en el sistema de reformas interiores acumularon los cuestionamientos a la figura de Gorbachov, presidente de la URSS en 1990. La dialéctica política se había vuelto más compleja en un marco en el que los reformistas se veían superados por quienes postulaban una transformación más radical, a la occidental, y acosados por la vieja *nomenklatura*. A

ello se unía la creciente inquietud de las repúblicas no rusas, donde las corrientes secesionistas cada vez ganaban más audiencia, alejándose de las ideas del nuevo pacto de la Unión que preparaba Gorbachov. En agosto de 1991 el intento de golpe de Estado auspiciado por los sectores inmovilistas precipitó los acontecimientos. Gorbachov quedó desplazado. La hora de las reformas había pasado, y en su lugar llegaba la disolución de la URSS y el ascenso de Borís Yeltsin. Posteriormente, Gorbachov ha intentado infructuosamente encontrar espacio en la nueva escena política. En 1990 la Academia sueca le había otorgado el Premio Nobel de la Paz y un año antes había recibido el Premio Príncipe de Asturias a la Cooperación Internacional.

El XXII Congreso del PCUS puso en marcha en 1961 lo que se ha denominado la "segunda desestalinización", con un nuevo programa para la "construcción del comunismo", en el que se replanteaban los métodos anteriores. Sin embargo, la gestión de Jruschov apenas transformó la epidermis de la sociedad soviética a pesar del amplio debate que se abrió en el país durante el primer quinquenio de los años sesenta, sobre múltiples temas. Se suscitaron importantes debates críticos en el campo de la economía, en los que participaron figuras tan destacadas como Liberman. Todas las críticas coincidían en corregir la burocracia de la planificación económica. Era preciso disminuir las inversiones en la industria pesada, canalizar más recursos hacia la industria de bienes de consumo, aumentar la producción agraria y eliminar los estrangulamientos en el abastecimiento de las ciudades. Se partía del hecho de que sin bienestar económico el socialismo carecía de sentido, y se tenían como marcos de referencia los éxitos económicos de los países capitalistas y el deseo de emularlos en términos de bienestar material. En el debate económico subyacía la reivindicación de una democratización de la sociedad soviética; a ello apuntaban las peticiones de autogestión de las empresas y de sus trabajadores para corregir los excesos de la planificación centralista y coordinar la oferta económica y las demandas sociales.

En el plano político, los deseos de democratización se centraban en la ampliación de los cauces de participación de las bases del PCUS frente al monolitismo del centro del partido y de las diferentes repúblicas con respecto a Moscú, es decir, una redefinición de las prácticas del centralismo democrático y la consecución de un pacto federal que preservase la identidad nacional de los componentes de ese enorme mosaico de culturas que era la Unión Soviética.

En la realidad, las diversas propuestas reformistas apenas cuajaron. El recrudecimiento de la guerra fría tras la crisis de los misiles de Cuba en 1962 y la oposición de la burocracia del PCUS, la *nomenklatura*, sirvieron de freno.

Finalmente, la *nomenklatura* acabó con lo que se ha denominado el populismo de Jruschov. El 15 de octubre de 1964 Jruschov se vio obligado a presentar la dimisión, siendo sustituido por tres caracterizados miembros de la *nomenklatura:* Breznev, como primer secretario del Comité Central del Partido, Kosiguin en el puesto de primer ministro y Mikoyan como presidente de la Unión Soviética, que a su vez fue sustituido meses después por Podgorny. La *nomenklatura* que gobernó de forma inmovilista los destinos de la Unión Soviética durante veinte años.

Checoslovaquia intentó la última gran disidencia respecto de Moscú a finales de la década de los sesenta. Fue la denominada "primavera de Praga", que alcanzó su cenit en 1968, año simbólico de disidencias y contraculturas a lo largo y ancho del planeta. En este sentido, la revuelta checa es la expresión de este mundo de cuestionamientos para la Europa oriental. En Checoslovaquia, donde había una amplia tradición comunista desde antes de la II Guerra Mundial, emergió desde dentro de las filas del Partido Comunista una nueva teoría para la construcción del socialismo: el "socialismo de rostro humano". Con un programa muy similar al de los revolucionarios húngaros de 1956, se pretendió edificar unas estructuras políticas que permitieran la confrontación democrática, un marco económico que tuviera en cuenta el funcionamiento del mercado y alcanzar la plena soberanía con respecto a las relaciones internacionales. Los líderes del Partido Comunista Checo, encabezados por Alexander Dubcek, fueron los primeros que plantearon de forma tajante la necesidad de hallar un recambio para el sistema socialista, tal como había funcionado hasta entonces, ya que manifestaba fuertes síntomas de anquilosamiento. Desde comienzos de 1968 todo un conjunto de reformas anunciaron lo que podría ser una transformación estructural de largo alcance.

La situación fue contemplada desde Moscú con inquietud, ya que existía el peligro de que las reformas deslizaran a Checoslovaquia hacia el bloque occidental. Después de la reunión de Varsovia de junio de 1968, en la que participaron la Unión Soviética, la República Democrática Alemana, Polonia, Hungría y Bulgaria, se dirigió una carta al comité central del Partido Comunista Checo en que se hacía la primera advertencia. A finales de julio se decidió la invasión de Checoslovaquia por las tropas del Pacto de Varsovia, que se hizo efectiva el 21 y el 22 de agosto. La apertura checa acabó en una serie de medidas de "normalización", sancionadas en octubre de 1968 con la firma de un acuerdo que permitía el acantonamiento de tropas soviéticas en el país y la sustitución de Alexander Dubcek en abril de 1969. Paralelamente, se realizó una inmensa purga

en el seno del Partido Comunista Checo. La guerra fría y el inmovilismo de la *nomenklatura* soviética yugularon en las calles de Praga la posibilidad de un cambio global para el conjunto de la Europa socialista, en una especie de "tercera vía" alejada tanto del modelo estalinista como del capitalismo occidental.

ESTANCAMIENTO Y DEGRADACIÓN DEL SOCIALISMO REAL (1968-1989)

Desde la década de los setenta los países de la Europa oriental han experimentado dos tipos de evolución diferentes. Está el grupo de los países inmovilistas, gobernados por férreas burocracias sujetas directamente a las directrices de Moscú. A este grupo corresponden países tales como la República Democrática Alemana, Bulgaria, Checoslovaquia y la propia Unión Soviética. Con las mismas características políticas, pero en proceso de disidencia de Moscú en lo que se refiere a la política exterior, se situaba Rumania. Por otra parte, países como Polonia y Hungría desarrollaron un marco político y económico más abierto, en el que era permisible cierta oposición crítica y en el que la estructura económica se apartó considerablemente del modelo soviético, situación tolerada desde Moscú, siempre y cuando no cuestionaran su adscripción al Pacto de Varsovia.

Desde principios de la década de los ochenta la crisis de los sistemas de socialismo real fue un hecho irreversible. La muerte de Leónidas Breznev en noviembre de 1982 y la subida de Yuri Andropov a la secretaría general del PCUS marcó el inicio de las reformas que terminaron con la descomposición del bloque socialista, la cual se produjo porque las reformas llegaron demasiado tarde, como se puede observar en el caso de Polonia. En este país se había producido una paradoja política, ya que un sistema autoproclamado como obrero estaba siendo acosado por los trabajadores industriales, y es que, de hecho, en Polonia se había sustituido un régimen socialista por una dictadura militar. El nacimiento del sindicato clandestino Solidaridad, como institución que encuadraba a una parte importante del proletariado polaco, fue un envite decisivo contra el régimen socialista. El golpe militar del general Jaruzelski en diciembre de 1981 frenó momentáneamente el ensayo y quizá evitó la invasión de los tanques soviéticos.

La subida de Gorbachov al poder en la Unión Soviética en 1985 señaló el último esfuerzo por revitalizar desde dentro un sistema político, social y

económico totalmente anquilosado. Este sistema sufría una crisis global que respondía a una variada gama de factores: económicos, tanto coyunturales como estructurales, políticos y tecnológicos.

En el plano coyuntural, los factores de desequilibrio derivaban de las amplias repercusiones de la crisis energética de los años setenta que invalidaron y falsearon las previsiones de los planificadores. El déficit energético se incrementó en estos años para el conjunto de estos países. La disminución del crecimiento económico se hizo ostensible y, por otra parte, surgieron una serie de distorsiones que teóricamente eran imposibles en un modelo de planificación imperativa: inflación, déficit de los presupuestos públicos, déficit de la balanza exterior. El intercambio dentro del CAME, especie de mercado común socialista, quedó gravemente alterado y el endeudamiento de estos países con respecto al bloque occidental alcanzó niveles insostenibles, creándose una paradoja económica, ya que según la planificación socialista los déficits exteriores no podían existir.

En el plano estructural, la planificación imperativa había agudizado las tensiones ya presentes desde 1950. La lógica del crecimiento de la industria pesada mantuvo muy atrasada a la industria de bienes de consumo, lo que repercutía negativamente en el bienestar material de la población. Por su parte, el aumento de los déficit agrarios ocasionaba desequilibrios muy graves en la balanza comercial. La incapacidad para conseguir la reforma en profundidad de la planificación imperativa estaba determinada por el inmovilismo de la *nomenklatura*, una de cuyas fuentes de reproducción era el mantenimiento del complejo industrial-militar, afecto a la guerra fría y, por tanto, a la sobrevaloración de la industria pesada.

El inmovilismo se tradujo en otra paradoja: la ideología revolucionaria se vació de sus contenidos, que fueron sustituidos por una mera exaltación retórica y ritual. Para la *nomenklatura*, la retórica socialista se convirtió en el discurso legitimador de su poder. Un vacuo conjunto de lemas que, en puridad filosófica, abandonaban la dialéctica marxista. Incluso cualquier tipo de reforma sobre los supuestos propios del socialismo cuestionaba su poder como grupo privilegiado. De ahí se llegó al enquistamiento en el poder de una elite incapaz de renovarse intelectual y generacionalmente. La persistente gerontocracia demostraba la reducidísima movilidad del sistema político.

En el campo tecnológico, la incapacidad del sistema soviético de trasladar los avances científicos y técnicos desarrollados desde el complejo industrial-militar al resto de la economía provocó la aparición de dos economías cada vez más

alejadas entre sí. Se estaba en la cabeza de la carrera espacial y a la vez se era incapaz de producir electrodomésticos en cantidad y calidad. El secretismo del complejo industrial-militar coadyuvó a dificultar la generalización al resto de la economía soviética de los avances técnicos y científicos. En este aspecto, el contraste con el mundo occidental resultaba evidente. En Occidente los grandes saltos cualitativos en los sectores tecnológicos estratégicos también habían estado asociados a la lógica de la guerra fría y al complejo industrial-militar; sin embargo, la transferencia de estos logros a la economía civil se realizó de una manera natural y sin solución de continuidad. Al fin y al cabo, las grandes empresas participaban al mismo tiempo en estas dos esferas económicas, lo que facilitó enormemente estos procesos de transferencia. La expansión de la revolución científica y técnica se desparramó sin dificultad por la sociedad civil y su economía. En cambio, en los países del socialismo real la *nomenklatura* política actuó como dique de contención, ampliando el surco existente entre la economía de los complejos militares y la civil. Las nuevas tecnologías robustecían los ámbitos de acción individual, con el consiguiente temor para una *nomenklatura* aquejada de un profundo autismo.

A todos estos factores hay que sumar el progresivo complejo de inferioridad respecto de Occidente. Tras los grandes sacrificios de la reconstrucción de la posguerra, la *nomenklatura* soviética aceptó el reto de Jruschov para legitimar su poder, que consistía en la emulación y superación pacífica del capitalismo. Según este proyecto, el triunfo del régimen soviético se produciría por la superación de los niveles de bienestar material alcanzados en Occidente. Tras los sacrificios de la revolución y la Gran Guerra Patria había llegado la hora de ocuparse del bienestar material. Sin embargo, los resultados fueron los contrarios porque, en términos de crecimiento económico global, Occidente había ganado la partida. La generalización de la sociedad del bienestar aseguró en Occidente un nivel de consumo social elevado que hacía que parecieran anticuados ciertos emblemas de la propaganda del socialismo real, como la sanidad o la educación gratuitas. Por otra parte, la generalización o la expansión de las clases medias había diluido en Occidente las grandes diferencias sociales, lo que dejaba de manifiesto el dualismo social de una *nomenklatura* privilegiada y una sociedad de la escasez. Todo ello producía una creciente insatisfacción social en las nuevas generaciones, que no se conformaban con los rituales de celebración de los grandes logros del socialismo y un presente que no aventuraba un futuro de bienestar.

La llegada de Mijaíl Gorbachov al poder en 1985 precipitó los

acontecimientos. En la Unión Soviética y en el seno del Partido Comunista se abrieron al menos tres grandes corrientes de opinión sobre el futuro del país. El grupo próximo a Gorbachov, partidario de la reforma del sistema a partir del ideario socialista, lo que de hecho suponía desempolvar los viejos textos críticos que se habían ido produciendo desde la década de los sesenta y que habían sido silenciados; un sector de la *nomenklatura*, partidario de la continuación del sistema y opuesto a cualquier tentativa de reforma; los partidarios de la sustitución del modelo socialista por una economía de mercado y una configuración social afín. La confrontación entre estos tres proyectos paralizó el programa reformista de Gorbachov, que, sin embargo, alcanzó más éxito en el plano internacional con la política de acercamiento hacia Estados Unidos, la superación de la guerra fría, la retirada de las tropas soviéticas de Afganistán y la eliminación de las limitaciones a la soberanía nacional de los países del Pacto de Varsovia, que abrió las puertas al desmantelamiento de los regímenes de socialismo real.

Entre 1985 y 1990 la situación de los países de la Europa oriental fue muy diversa en función de su pasado. Así, Hungría y Polonia avanzaron gradualmente en el camino de las reformas. Checoslovaquia, la República Democrática Alemana y Bulgaria quedaron más atrasadas, mientras que la Rumania de Ceaucescu se convirtió en la imagen viva del inmovilismo más extremo. En estos últimos casos, el cambio de sistema se produjo a través de movimientos populares, el más importante de los cuales fue el derrumbamiento del muro de Berlín el 9 de noviembre de 1989, justamente en el mismo momento en el que las autoridades de la República Democrática Alemana estaban conmemorando el XL aniversario de la proclamación de su Estado.

Se abría así un periodo de incógnitas en el que se entreveían la unificación alemana, las dificultades de la transición, sobre todo en su variante económica, en los distintos países de la Europa oriental, y las dificultades de la redefinición del espacio de la Unión Soviética como consecuencia del exacerbamiento de los problemas de convivencia de las distintas nacionalidades presentes en el territorio soviético.

LA DESMEMBRACIÓN DE YUGOSLAVIA

Aunque Yugoslavia no formara parte del bloque soviético de la Europa oriental, la caída del socialismo real condicionó decisivamente el incremento de

las tensiones en aquel mosaico balcánico. En Yugoslavia, la descomposición del régimen de socialismo autogestionario años después de la muerte del mariscal Tito, en 1980, llevó a algunos de los líderes de la *nomenklatura* comunista a abandonar el discurso del socialismo y abrazar las nuevas banderas del ultranacionalismo, cuestión relativamente fácil en un país formado por diversos grupos étnicos y religiosos, y compuesto por la federación de seis repúblicas diferentes: Serbia, Montenegro, Macedonia, Eslovenia, Croacia y Bosnia. En un primer momento el líder serbio Slobodan Milosevic, defensor de la "gran Serbia", es decir, de la creación de un estado formado por los territorios de mayoría serbia, emprendió una política de bloqueo del delicado equilibrio constitucional levantado por Tito para garantizar la convivencia de las distintas nacionalidades. La política panserbia de Milosevic bloqueó la presidencia federal yugoslava y eliminó, como primer paso, la autonomía de la región de Kosovo, de abrumadora mayoría albanesa, pero integrada dentro de Serbia.

El bloqueo de las instituciones federales yugoslavas y el cada vez más agresivo discurso nacionalista panserbio reforzó, a su vez, el nacionalismo esloveno y el croata que, liderados por los ex comunistas Milan Kucan y Franjo Tudjman respectivamente, se deslizaron hacia las tesis independentistas. Entre 1989 y 1991 se sentaron las bases del imparable proceso de desmembración de la República Federal de Yugoslavia. A esto contribuyó la miopía de una comunidad internacional que, deslumbrada por los acontecimientos que se sucedían en el este de Europa, no supo o no quiso sopesar los peligros que acechaban la estabilidad de los Balcanes. Especial responsabilidad tuvieron los gobiernos de la Unión Europea, particularmente Alemania y, en menor medida, Francia y Gran Bretaña. Ante la ausencia de una política exterior común de la Unión Europea, Alemania, cegada por el rapidísimo e inesperado proceso de reunificación, desempolvó alguna de las líneas tradicionales y antiguas de su política exterior en Centroeuropa, procediendo a un rápido reconocimiento de los estados secesionistas de Eslovenia y Croacia. Esta política del gigante alemán fue seguida, no sin reticencias, por los restantes países de la Unión Europea. Así se descartaba la búsqueda de soluciones consensuadas para los complejos problemas de la antigua Yugoslavia, dando alas y legitimando a los ultranacionalistas.

La guerra en Eslovenia se resolvió en pocas semanas, con la derrota de las tropas del ejército federal yugoslavo, controlado por Milosevic: en junio de 1991 Eslovenia proclamó su independencia. Los nacionalistas croatas elaboraron simultáneamente una Constitución que sancionaba la primacía de la población de

origen croata, marginando al resto de las minorías, en un intento de hacer coincidir su independencia con la derrota del ejército federal en Eslovenia. Paralelamente, los serbios mayoritarios en la zona de Krajina proclamaron su independencia de Croacia, con el apoyo de las tropas federales. La guerra en Croacia se prolongó durante varios meses y terminó con la secesión de la Krajina y de los territorios de Eslavonia occidental, si bien estas regiones fueron reconquistadas posteriormente por Croacia, en 1995.

El problema de Bosnia-Herzegovina era aún más complejo, si cabe, dada la entremezclada composición étnica y religiosa de esta república. Hasta el momento estas poblaciones habían convivido pacíficamente. Sarajevo, la capital, se consideraba el paradigma de la convivencia y la tolerancia. La guerra estalló en 1992, y en ella se enfrentaron serbios, croatas y musulmanes. La aplicación directa de un concepto racial —la limpieza étnica— impuso un cruento tributo de sangre, calamidades y atrocidades, en el que las milicias serbobosnias jugaron un papel protagonista. La intervención de la ONU resultó infructuosa para frenar el conflicto. Finalmente, en septiembre de 1995 Estados Unidos decidió llevar a cabo una acción militar contundente, a través de la OTAN. Sólo entonces el conflicto entró en vías de solución, mediante la imposición de un alto el fuego y la apertura de negociaciones de paz, que sancionaron la división de Bosnia-Herzegovina en dos repúblicas, serbia y croata-musulmana, federadas en un único estado.

El último episodio del drama yugoslavo tuvo lugar en 1999, en tierras de Kosovo, que había perdido su autonomía en 1991, como hemos señalado. Ahora se trataba de aplicar nuevamente, por orden de Milosevic, la limpieza étnica contra la población albanesa. La intervención de la OTAN, no exenta de polémica, con el bombardeo de escenarios estratégicos en el interior de Yugoslavia, considerados de importancia militar, pero que afectaron a la población civil, puso fin a los desplazamientos de población. Una difícil pacificación, garantizada por la sociedad internacional. Yugoslavia ha quedado reducida a una inestable federación entre Serbia y Montenegro. La caída de Milosevic en septiembre de 2000, tras un proceso electoral confuso y una insurrección popular en las calles de Belgrado, ha abierto un nuevo capítulo en la convulsa zona balcánica.

Los costes de una transición, 1989-2000

El desmantelamiento del muro de Berlín significó el fin del bloque comunista de la Europa oriental liderado por la Unión Soviética. Conforme los diversos países recobraban su soberanía, el Pacto de Varsovia y el CAME, las dos instituciones supranacionales integradoras del bloque, desaparecieron definitivamente. Al mismo tiempo se asistió a la recomposición geográfica de la zona y de su periferia, que dio como resultado la unificación alemana, la división de Checoslovaquia en dos entidades estatales, Chequia y Eslovaquia, y la desmembración de la Unión Soviética y de Yugoslavia. En 1991 el debate sobre el futuro de la Unión Soviética quedó resuelto desde el interior del sistema. Con un Gorbachov superado por los acontecimientos, un movimiento que aglutinaba a sectores reformistas del Partido Comunista y a las elites de las diferentes repúblicas, que aisló a los sectores más inmovilistas de la *nomenklatura*, pactó el final de la estructura federal comunista, tal como había sido conformada en tiempos de Stalin. La sustitución de Gorbachov por Yeltsin significó el fin de la Unión Soviética y la constitución de nuevos espacios políticos independientes, relacionados por un marco supranacional frágil e inoperante en la práctica: la Comunidad de Estados Independientes.

De esta disolución cabe retener dos cuestiones. En primer lugar, que a pesar de la estrategia de "rusificación" emprendida en época de Stalin, habían permanecido latentes o en hibernación poderosos sustratos nacionalistas que emergieron con fuerza desde los años ochenta. La temprana disidencia de las pequeñas repúblicas bálticas de Estonia, Letonia y Lituania resulta paradigmática a este respecto. En las repúblicas caucásicas o asiáticas de Azerbaiyán, Kazajstán, Turkmenistán o Kirguizistán, más que el despertar de una conciencia nacional, en términos europeos occidentales, lo que surgió fue la defensa de unas señas de identidad en las que se entremezclaban memorias tribales y de clan, acompañadas de contenidos islámicos, a veces en su formulación fundamentalista. En segundo lugar, la naturaleza pactada de la desmembración de la Unión Soviética condujo al deseo de preservación de unas elites tradicionales de poder. En este sentido resulta significativo el escaso recambio de los hombres políticos que, con presupuestos ideológicos diferentes y a veces antagónicos a los de la época comunista, se han mantenido al frente de las nuevas repúblicas a lo largo de los años noventa. Casi todos estos políticos pertenecieron a las filas del Partido Comunista de la Unión Soviética.

También en la poderosa Federación Rusa, la entidad estatal más imponente resultante de la descomposición soviética, las viejas elites políticas centrales y regionales, procedentes de la pirámide comunista de la época anterior, han sido

las protagonistas de una compleja transición, huérfana de programas políticos y económicos claramente elaborados. Cabe hablar de una nueva estructura federal resuelta en un pacto tácito entre las elites que ocupan un poder central fuerte, presidencialista y con una neta vocación autoritaria, y unas elites regionales que preservan un margen de autonomía y actuación considerables en sus respectivas repúblicas, donde desarrollan los mismos esquemas políticos que el poder central. Complicado e inestable crisol que ha entrado en franca ruptura en algunos territorios estratégicos, como es el caso del Cáucaso, donde un cúmulo de variables nutre las disidencias centrífugas con respecto a Moscú. En la interminable guerra de Chechenia se combinan factores tales como la vieja memoria histórica de resistencia frente al poder ruso, intereses de clanes, los avances del islamismo y las poderosas razones económicas que se derivan del subsuelo de la zona, rico en materias primas y combustibles. En gran medida la guerra de Chechenia ha provocado para el presidente Yeltsin una especia de "síndrome de Afganistán" permanente. Su sustitución, en las elecciones presidenciales de 2000, por un político procedente de las filas del KGB, Vladimir Putin, ha reforzado las tendencias autoritarias en la Federación Rusa, apoyadas por el antiguo Ejército Rojo, corporativamente inquieto por su relativa decadencia con respecto al reciente pasado histórico.

Tanto en los nuevos espacios políticos de la extinta Unión Soviética como en el resto de la Europa del Este, la transición hacia estructuras democráticas y economías de mercado ha estado salpicada de dificultades de todo orden, que atañen a la realidad y al imaginario de las diferentes sociedades. Podríamos establecer una jerarquía de estas dificultades en función de las memorias históricas, los niveles de desarrollo económico alcanzados durante la etapa comunista, la mayor o menor cohesión nacional, los apoyos financieros, económicos y políticos procedentes del exterior y las expectativas de futuro, todo ello entreverado por una doble y contraria corriente mental en la que pugnan una cierta nostalgia por la estabilidad social ofrecida por los anteriores regímenes comunistas y el deseo de labrarse un porvenir democrático, que se imagina lleno de oportunidades. En esa jerarquía de dificultades apuntadas los dos polos opuestos estarían representados, por un lado, por los antiguos territorios de la República Democrática Alemana, Hungría, Polonia, Chequia, Eslovaquia y las repúblicas bálticas y, por el otro, por Bulgaria, Rumania y la generalidad de los antiguos espacios soviéticos. En el primer conjunto, la asistencia económica y tecnológica exterior, sobre todo de la Unión Europea, en cuyo seno acabarán por integrarse, y su incorporación a la OTAN, ha facilitado

enormemente el trayecto de la transición, en el que han jugado un papel importante las antiguas elites de los partidos comunistas reconvertidos, que ahora se presentan en el mercado político bajo la etiqueta socialista o socialdemócrata. Hasta podrían resultar paradójicos los resultados electorales que han conseguido los ex comunistas, que ponen de manifiesto el deseo de preservar al máximo los niveles de protección social de la etapa anterior y la apuesta por una formulación laica del Estado. Paradoja que podría encontrar su ápice en la católica Polonia, pionera de la disidencia antisoviética, y que en 1996 y 2000 ha elegido al ex comunista Kwasniewski como presidente de la República, por encima del emblema del anticomunismo que fue Lech Walesa, antiguo dirigente del sindicato Solidaridad.

En términos sociales y económicos, las mayores dificultades en la transición poscomunista se dan en la Federación Rusa. En parte tienen que ver con el desencanto social producido por los rápidos e incontrolados cambios de la economía planificada hacia la economía de mercado. El desmantelamiento de la sociedad paternalista característica del socialismo real, mediante la drástica disminución o eliminación del salario social, así como la introducción de los mecanismos de la economía de mercado, a través de una secuencia desbocada de privatizaciones —que fue aprovechada por un sector de la misma *nomenklatura* y por recién configuradas mafias o grupos de interés de dudosa formación, para convertirse en los nuevos empresarios— han generado el empobrecimiento de amplias capas de la población, que han visto transformarse la cohesión social anterior en un acusado esquema bipolar en lo que se refiere a la percepción de la renta. Lejos de compartir las mieles del paraíso consumista que se les ofrecía a cambio del fin del sistema comunista, la legión de desfavorecidos ha canalizado sus expresiones de rechazo con el fortalecimiento de opciones nacionalistas, el incremento de las prácticas religiosas o con el aumento de la influencia política del refundado Partido Comunista Ruso.

LA CHINA DE MAO

El 1 de octubre de 1949 quedó proclamada la República Popular China, a cuyo frente se situó la figura de Mao Zedong. Con ello se cerraba un ciclo secular de profunda inestabilidad política y de subordinación a las potencias extranjeras. La caída del Imperio y la proclamación de la Primera República en 1912 no lograron dar cohesión al inmenso territorio chino. A partir de la década

de los veinte, el panorama político se vio sucesivamente alterado por el enfrentamiento entre nacionalistas y comunistas, el poder de los señores provinciales de la guerra, la presencia colonial de países extranjeros, sobre todo en los grandes puertos, y la invasión japonesa. Al término de la II Guerra Mundial, la guerra civil entre nacionalistas y comunistas se exacerbó y adquirió especial virulencia a partir de 1946. Finalmente, los nacionalistas, agrupados en el Kuomintang de Chang Kai-chek, al que apoyaba Estados Unidos, fueron derrotados y expulsados del continente, quedando reducidos como expresión política a la isla de Formosa (Taiwan).

La proclamación de la República Popular en 1949 significó la primera gran experiencia comunista en el continente asiático. Desde 1949 a 1952 se asiste a un periodo de transición y de colaboración con otras organizaciones no comunistas, en un esfuerzo de reconstrucción nacional. Esta situación recuerda a la de los países de la Europa oriental entre 1945 y 1948. Fue denominada la época de la “nueva democracia”. A finales de 1952 China había conseguido una capacidad productiva similar a la de la época inmediatamente anterior a la de la guerra chino-japonesa, y a la par se habían iniciado profundas transformaciones sociales en términos de igualdad de oportunidades entre grupos sociales diferentes y en la consideración de la mujer, cuya máxima expresión es la ley de matrimonio de 1 de mayo de 1950, que puso fin teórico a la situación de auténtica esclavitud que desde tiempo inmemorial habían sufrido las mujeres chinas.

El periodo comprendido entre 1953 y 1965 fue la gran época de la construcción del socialismo según los parámetros del modelo soviético. En el plano económico los dos grandes rasgos significativos de este periodo son la extensión de las colectivizaciones agrarias y la prioridad concedida a la industria pesada, con el fin de dotar a China de una amplia base industrial de la que había carecido hasta entonces. Entre 1952 y 1957 la tasa de crecimiento industrial anual superó el 15 por ciento. Sin embargo, se hicieron visibles los mismos desfases que en la planificación soviética: retraso de la agricultura con respecto a la industria y dificultades de abastecimiento de las ciudades. De ahí que a partir del año 1958 se intentara corregir el desequilibrio con la política del Gran salto adelante, que creó una institución original: las comunas populares, especie de células económicas autosuficientes que intentaban asociar en un mismo espacio agricultura e industria. A partir de 1962 la planificación cambió el orden de prioridades de los sectores económicos situando la inversión agraria en primer lugar, como instrumento de racionalización económica, pero también como

elemento de movilización campesina. Ello dio lugar a esa suerte de socialismo agrario en que acabó convirtiéndose el modelo chino. En el plano político, la construcción del socialismo en China alcanzó su culminación en 1954 con la puesta en vigor de la Constitución, que otorgaba al Partido Comunista el papel dirigente en exclusiva, con lo que se identificaban Estado y partido. Ello supuso la represión o asimilación de los antiguos grupos que habían colaborado en el gobierno del país durante la primera fase mediante sistemas sutiles de violencia, diferentes de los estalinistas. Es lo que se ha denominado la "reforma del pensamiento", es decir, amplios procesos de reeducación, que sustituyeron las formas tradicionales de pensamiento por los nuevos valores de la revolución, elaborados bajo el liderazgo de Mao. La campaña de las cien flores (1956 y 1957) tuvo como objetivo establecer unos niveles de crítica que pronto quedaron cercenados.

En 1965 se inició la Revolución cultural, que transcurrió hasta la muerte de Mao Zedong en 1976. En estos años tuvo lugar la intensificación de la vía china hacia el socialismo, diferente de la soviética y más ajustada a la realidad campesina del país. De hecho, esta etapa había comenzado en 1959 cuando se produjeron los primeros síntomas de la ruptura con la Unión Soviética, consumada en 1963. China buscaba una opción propia en el plano internacional, siguiendo una estela anterior con el intento de liderazgo de los países no alineados. El reconocimiento de la República Popular China por Francia en 1964 significó un acercamiento a Occidente que culminó en el restablecimiento de relaciones diplomáticas con Estados Unidos, bajo la presidencia de Richard Nixon. La Revolución Cultural se entendió y ejerció como una inmensa movilización del pueblo chino para eliminar los excesos de la burocracia y para asimilar el pensamiento maoísta. Se desarrolló en un contexto de inestabilidad económica, fruto de la ruptura con la Unión Soviética, y resolvió provisionalmente los enfrentamientos dentro del partido en favor de la línea revolucionaria encabezada por Mao. En el IX Congreso del Partido Comunista Chino de abril de 1969 se consagró su triunfo. Posteriormente, con el envejecimiento y la pérdida de facultades de Mao, la deriva izquierdista de la revolución se acentuó, dando lugar a la gran crisis política de 1975-1976, de la que salió reforzada la llamada "banda de los Cuatro", liderada por Chiang Ching, la mujer de Mao.

Desde la muerte de Mao, el 9 de septiembre de 1976, el posmaoísmo ha planteado y plantea el gran viraje económico, más que político, de China. El encarcelamiento de la banda de los Cuatro, en octubre de 1976 sancionó el fin

definitivo de la Revolución Cultural, la superación de su radicalismo y el cuestionamiento del maoísmo, todo ello bajo la égida de un miembro de la vieja guardia, Deng Xiaoping, que había sido represaliado en tiempos de la Revolución Cultural. Las depuraciones internas dentro del partido aseguraron la política de las "modernizaciones". Estas modernizaciones tomaron cuerpo operativo en la "Decisión del Comité Central del Partido Comunista de China sobre la reforma de la estructura económica", aprobada el 20 de octubre de 1984 y ratificada por el XIII Congreso del Partido Comunista en noviembre de 1987. Sus puntos esenciales fueron la incorporación de mecanismos de mercado y el relajamiento de la planificación imperativa. La creación de zonas económicas especiales en los puertos próximos a Hong Kong fue el máximo exponente de la apertura económica de China, en la que se ha llegado a configurar un sistema mixto que superpone en diferentes espacios elementos socialistas y elementos capitalistas, asegurando a China un sólido cordón umbilical con el mercado mundial. Tal viraje económico ha estado asistido desde el exterior por los capitales y la tecnología de Japón, Estados Unidos y la Unión Europea, bajo el control del gobierno chino.

La evolución política no ha marchado al mismo compás que el desarrollo económico, generándose fricciones y conflictos, cuyo ejemplo más grave fue la represión de la manifestación de la plaza de Tiananmen en junio de 1989. Esta contradicción es relativa, porque el crecimiento económico genera una satisfacción que seguramente se intensificará en años venideros. Comparado con la transición de la Unión Soviética, el caso chino ofrece unas muestras de estabilidad a lo largo de la secuencia de una doble transición que ha dado prioridad al recambio de la estructura económica, dejando la política para un futuro lejano.

CAPÍTULO 15

VIENTOS DE LIBERTAD. LOS PROCESOS DE DESCOLONIZACIÓN

La constitución de los inmensos imperios coloniales por parte de las principales potencias europeas había sido un fenómeno rápido, de gran intensidad entre 1880 y 1914. Este dominio europeo del mundo, que fue propio de la época del imperialismo, se modifica parcialmente en la época de entreguerras. Pero es a partir de la II Guerra Mundial y sobre todo de la organización de un mundo bipolar, cuando se desencadena un proceso asimismo rápido de liquidación de los imperios coloniales y de constitución de un elevado número de nuevos estados en Asia y África. Es lo que conocemos como descolonización, término que se hizo de uso común en la década de los cincuenta del siglo XX. Aunque se trate de una definición negativa, en realidad la descolonización esconde un doble proceso. Por una parte, el final del dominio formal o informal de gran parte del planeta por un puñado de potencias europeas. Por otra, el acceso a la independencia de decenas de nuevos estados que se benefician de este modo de la brisa traída por los vientos de la libertad, proclamada en la Carta de San Francisco.

El fin de los imperios coloniales es fruto de varios factores. En primer lugar, del propio debilitamiento de las metrópolis, que se revelan incapaces de mantener la pesada estructura de las administraciones coloniales. En segundo lugar, de la difusión de un intenso nacionalismo en los países coloniales, acompañado de ideologías de liberación nacional. Y también de la emergencia de un nuevo dominio del mundo a cargo de las dos grandes potencias surgidas de la guerra: la URSS y EE UU, que alientan y apoyan por razones estratégicas este proceso de descolonización.

La independencia de los principales países sometidos a los grandes imperios se produce en un periodo de menos de veinte años, salvo algunos casos residuales. Comienza a fines de los cuarenta en el continente asiático, en el Indostán británico, la Indonesia neerlandesa y la Indochina francesa; el grueso de la descolonización del continente africano tiene lugar un decenio más tarde, con

casos especialmente cruentos como es Argelia. El año 1960 es el gran "año de la descolonización". En medio, emerge de nuevo el problema del Oriente Próximo, mal resuelto en la época de entreguerras y que constituirá un permanente polvorín de conflictos entre árabes e israelíes, desde 1948 hasta la actualidad.

La descolonización es, en apariencia, un fenómeno rápido, habida cuenta de la magnitud del mismo. En pocos años a partir de 1945 nace medio centenar de nuevos estados que agrupan a una cuarta parte de la población mundial. La segunda posguerra es la época en la historia de la humanidad que mayores transformaciones ha traído para la población mundial. Pero a diferencia de lo sucedido con la expansión imperialista de fines del XIX, el camino inverso recorrido a partir de 1945 ha suscitado menos diversidad de interpretaciones. Las razones de la descolonización son menos complejas que las de la colonización, quizá porque en el propio proceso de dominación europea iban implícitas las causas de su posterior destrucción y además porque la liberación del yugo colonial es un factor indisociable del proceso de democratización característico del siglo XX. De todas formas, hay un hecho objetivo que conviene no minusvalorar, que es el propiamente demográfico. Salvo en algunas zonas del Magreb, la población de origen europeo asentada en las colonias era casi insignificante, en torno al 0,5 por ciento de la población total de las colonias en 1938. Los contingentes de emigrantes salidos de Europa desde mediados del siglo XIX se habían instalado, como hemos visto, en regiones tan parecidas a las suyas de origen que se han denominado "nuevas Europas". Pero éstas justamente no son los territorios coloniales sujetos al proceso descolonizador de la segunda mitad del siglo XX. Es evidente, pues, que este desequilibrio demográfico y la dificultad de la población europea para habitar zonas del planeta de clima tropical o, en todo caso, muy diferente del europeo, constituyen una causa objetiva de la descolonización. A ella se agregan otras motivaciones que explican tanto la descolonización como el momento histórico en el que se produce.

EL COSTE POLÍTICO DEL COLONIALISMO

Los resultados de la I Guerra Mundial no habían dejado indiferentes a las colonias, no sólo por la política de "mandatos" establecida en los tratados de paz, sino por el refuerzo que experimentó la administración colonial. En los años siguientes al final de la guerra pudo parecer que la política de integración de los

territorios coloniales en el seno de las potencias imperialistas era un hecho cada vez más hacedero. Con la desaparición del Imperio otomano, fue el momento histórico en que Occidente controló mayor espacio del planeta. Sin embargo, después de unos años de expoliación sistemática de los recursos coloniales, las relaciones entre las metrópolis y sus colonias no tardaron en aflorar. El giro lo produjo la crisis económica provocada por el crack del 29 y la subsiguiente Gran Depresión.

Una de las razones más poderosas que había impulsado la carrera imperialista era, al decir de sus defensores, la necesidad de buscarse mercados para los excedentes de mercancías y capitales producidos en Europa. Pero en la época de entreguerras esta situación comenzó a cambiar. Fue sobre todo la crisis de 1929 la que puso al descubierto esta situación. La condición de suministradores de materias primas y de productos agrícolas que había caracterizado a los países coloniales quiebra súbitamente a partir de los años treinta. Los precios de las materias primas en el mercado mundial descienden a partir de 1929 en un 70 por ciento, mientras que se logran mantener los precios de bienes industriales. El contacto con Occidente empobrecía progresivamente las economías coloniales, que se hallaban especializadas en la producción de productos de monocultivo (cacao, arroz, caucho o azúcar). Comienza a quebrar, pues, la relación entre las metrópolis industrializadas europeas y los países productores de materias primas. A esto cabe añadir la irrupción en los mercados coloniales de nuevas potencias económicas, como EE UU o el Japón. Sólo en el África oriental, el país nipón sustituye durante los años treinta a Gran Bretaña como suministrador de productos textiles (el 93 por ciento del mercado en 1939). El declive económico de los imperios europeos es un hecho decisivo de la época de entreguerras. La producción industrial de los tres principales imperios descendió del 45 por ciento mundial al comienzo de la expansión imperialista al 15 por ciento en vísperas de la II Guerra Mundial.

Este deterioro de los términos de intercambio entre las colonias y las metrópolis tuvo consecuencias inesperadas. Debieron reducirse los presupuestos destinados a mantener las administraciones coloniales y, en algunos casos, proceder a su transferencia a manos de funcionarios autóctonos. Es lo que hace, sobre todo, el Imperio inglés con su política de concesión de autonomía y elaboración de estatutos tendentes a organizar un autogobierno dentro de la Commonwealth. Ceilán en 1920, India en 1935 y Nigeria en 1922 son algunos ejemplos de este proceso. Al propio tiempo, el desarrollo social y político producido tanto en los países europeos como en las colonias incrementó lo que

Kennett Organski denomina costes políticos del colonialismo. Los imperios caen, dice este autor literalmente, porque "los costes políticos del gobierno colonial resultan cada vez más elevados" para la metrópoli. Estos costes se refieren a la necesidad de organizar una burocracia moderna, un aparato represivo, pero también tienen que ver con el mayor control que la población de los países imperialistas ejercía sobre las decisiones de los gobiernos que poseían imperios coloniales. La actitud de la ciudadanía inglesa con respecto a la independencia de India o de la francesa en el caso argelino revela esta toma de conciencia de las metrópolis a favor de las reivindicaciones de las colonias.

La importancia del proceso descolonizador se puede apreciar además a través de los costes humanos que supuso, más allá de los económicos o políticos. El historiador Bouda Etemad ha calculado que fue infinitamente menos cruenta la descolonización que la fase de conquista colonial. Efectuado el balance desde la perspectiva de los europeos implicados, los muertos durante el periodo de 1950 a 1980 fueron en torno a 75.000, casi cuatro veces menos que el número de europeos muertos en la fase de conquista de las colonias (que, además, habrían muerto de forma mayoritaria a causa de enfermedades y epidemias y no en combate). El balance, desde la perspectiva de la población indígena, es todavía más favorable, al menos en términos relativos: menos de un millón de muertos en las guerras del sureste asiático y de África (se excluyen, naturalmente, las matanzas en India posteriores a la independencia) frente a los 25 millones que se calcula habrían perecido en el curso de la expansión imperialista de las potencias europeas durante el siglo XIX.

LAS IDEOLOGÍAS DE LIBERACIÓN NACIONAL

El contrapunto a la importancia que tuvieron las propias contradicciones de las sociedades coloniales en la implantación del imperialismo se manifiesta en su capacidad para organizar su liberación del dominio imperialista. Esto quiere decir que tanto la explicación del imperialismo como de la descolonización debe tener muy en cuenta la posición de las colonias, tanto o más que la de los imperios. Es lo que en su lugar denominamos interpretación periférica del imperialismo que ahora, en el periodo descolonizador, se expresa a través de la formación de poderosos movimientos de emancipación nacional. Pero al contrario de lo que había sucedido setenta años antes, es allí donde las colonias gozan de arraigadas estructuras sociales (Asia o el Magreb) o son irrelevantes los

contingentes de población europea, donde con más facilidad tendrá lugar la descolonización.

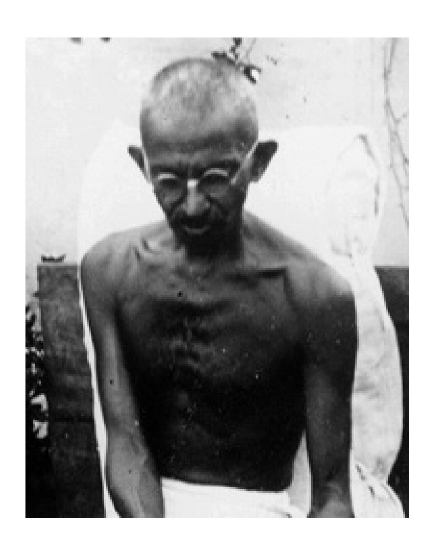
La expansión colonial provocó, no siempre de forma consciente para las metrópolis, una progresiva transformación de las sociedades dominadas. Las elites locales, con las que los agentes imperiales debieron pactar en muchas ocasiones, fueron desplazándose desde su inicial condición de propietarios agrarios hacia la de burguesía comercial o administrativa. Son estos grupos sociales los que elaboran las principales manifestaciones de carácter nacionalista y de donde surgen los principales líderes que actúan a modo de "padres fundadores" de los países descolonizados. Las transformaciones del Tercer Mundo son obra de minorías ilustradas, que deben actuar en el seno de sociedades profundamente atrasadas e iletradas.

Las ideologías de carácter anticolonial toman diversas formas, debiendo combinar del modo más eficaz tradición y modernidad. En unos casos, las ideologías emancipadoras se fundamentan en la defensa y recuperación de los valores propios de la cultura autóctona, sea de la "negritud" en la definición del poeta Sedar Senghor, sea a través de la postulación de posiciones de panafricanismo y panislamismo o en la defensa de las tradiciones de la civilización hindú en el caso de India. Ya durante la I Guerra Mundial, cuando Bertrand Russell pronuncia una conferencia en un club de estudiantes indios en Cambridge, se quedó impresionado del arraigo que tenía entre ellos el nacionalismo indio, hasta el punto de que cuando dijo, él que era un convicto pacifista, que "si fuese nativo de India no desearía una victoria alemana", se produjo un "silencio total", porque los asistentes consideraban que lo prioritario, ya entonces, era liberarse de la opresión colonial inglesa, incluso a costa de su propio sacrificio personal de abandonar la agradable vida universitaria en Gran Bretaña y retornar a una patria pobre y atribulada. La conclusión de Russell no puede ser más desalentadora: "Debe ser espantosamente trágico ser una persona educada y civilizada y pertenecer a un país como India".

Pero también ejercen enorme influencia las ideas anticolonialistas forjadas en Europa desde la época de la II Internacional y que luego difundirán los partidos comunistas a partir del triunfo de la Revolución soviética. Las posiciones anticoloniales de la III Internacional animan la creación de partidos comunistas de tanta influencia en la descolonización como el de Indonesia (creado en 1920) o el de Indochina, que tuvo en Ho Chi Minh a su gran líder. En general, puede decirse que todos los movimientos de liberación nacional que han triunfado en el mundo colonizado antes de 1960 no estaban inspirados por ideologías de

carácter tradicional, aunque hubieron de buscar su apoyo en el seno de una población analfabeta, apegada a valores tradicionales de carácter cultural y religioso y, en ocasiones, profundamente antioccidental. Sin embargo, predominaron las ideas de carácter occidental, de raíz liberal, socialista o nacionalista, lo mismo que muchos de los métodos empleados: uso de los medios de comunicación, campañas de masas y socialización de los valores políticos. Los dirigentes de los países colonizados debieron aplicar en su estrategia algo similar a lo que acontecía en el mundo occidental, como era la adaptación de sus propuestas a una sociedad de masas. Incluso un caso tan excepcional como el de Gandhi, basado en la pasividad y la no violencia de sus acciones frente a los británicos, se fundamentó en la práctica de un ascetismo personal y un trato con los grupos sociales más desfavorecidos que le otorgó una inmensa popularidad. Era, en la apreciación de Nehru, la "quintaesencia de la voluntad de millones de pobres gentes".

MOHANDAS GANDHI (1869-1948)



Dirigente político y religioso, conocido como el Mahatma o "alma grande", que fue el adalid de la independencia de India. Nacido en el seno de una familia acomodada, en la región occidental del Gujarat, se graduó en Derecho en Inglaterra y regresó a India en 1891. Pero pronto se instaló como abogado en Suráfrica (1893), donde destacó por su defensa de los derechos de la minoría india, no reconocidos por los colonos británicos. La estancia en Suráfrica fue decisiva para la formación del pensamiento de Gandhi, porque en sus campañas públicas comenzó a practicar los métodos de resistencia no violenta y a recuperar la tradición cultural india, desde la indumentaria hasta su ascetismo religioso. En 1915 se instala en India, practicando una política de colaboración con los británicos, aunque sin renunciar a su defensa de la cultura india. Pero los sucesos de Amritsar de 1919

le obligaron a cambiar de actitud. Desde entonces, participó activamente en el Partido del Congreso, del que llegó a ser presidente entre 1924 y 1934, e impuso sus tácticas, ya ensayadas en Suráfrica, de la resistencia pacífica, la desobediencia civil y el boicot a la administración colonial británica. A pesar de ello, los británicos lo encarcelaron en diversas ocasiones.

Durante la época de entreguerras, Gandhi se convirtió en el líder político y espiritual de millones de indios que veían en él la unión de pasado y futuro, de la tradición cultural de una vieja civilización y del futuro de una vida en libertad, sin la opresión colonial británica. Sus campañas a favor de la independencia, a través de marchas pacíficas, como la desarrollada en 1930 contra el impuesto de la sal, huelgas de hambre o boicots, lograron hacer del Partido del Congreso un movimiento de masas y de sus líderes, como Gandhi o el Pandit Nehru, figuras de gran popularidad. El mensaje de Gandhi arraigó entre las masas porque, además de denunciar la opresión colonial, reivindicaba la autoestima de los indios. Desde el año 1934, Gandhi abandona la dirección política del Partido del Congreso para centrarse en el proyecto de construir la nación india y proyectar como modelo de conducta su propia vida, llena de ascetismo y religiosidad, de apelación al mundo rural y de defensa del orden social tradicional.

La última fase de la vida de Gandhi fue, tal vez, la más dramática. Acelerado el proceso de independencia por la coyuntura de la II Guerra Mundial y los errores de los británicos (que llevaron a prisión en 1942 a Gandhi y a la mayoría de los líderes del Congreso), la solución arbitrada finalmente en 1947 con la partición de India en dos estados fue una de las mayores decepciones de Gandhi. El propio establecimiento de los estados de India y Pakistán en agosto de 1947 fue realizado en medio de una enorme violencia política, sobre todo en Bengala. De hecho, Gandhi no participó en las fiestas de celebración de la independencia. Por ello, continuó luchando por la convivencia pacífica entre los indios, hasta que un hindú fanático le asesinó en Delhi, en enero de 1948. El hombre que caía en Delhi no era sólo el líder de la independencia india, sino un ejemplo ético. Como observó la hija de Nehru, Indira Gandhi, “más que sus palabras, su vida fue el mensaje”. Esto fue lo que hizo de él uno de los grandes ciudadanos del mundo, desde mediados del siglo XX.

El papel desempeñado por los líderes surgidos de las elites locales fue, sin embargo, decisivo en la construcción del proceso descolonizador. La mayoría de ellos había sido formada en los valores occidentales y en las universidades europeas. Pero su denominador común es que, de vuelta a su patria, redescubren los valores culturales de su civilización y acaban fundamentando sobre ella sus movimientos políticos. Gandhi y Nehru, aunque formados en universidades inglesas, redescubren la cultura hindú, sus tradiciones y sus lenguas; Senghor, formado en universidades francesas, postula los valores de la negritud y reclama un trato de igualdad por parte de Francia después de su liberación en 1944; Nkrumah, formado en una universidad norteamericana, acaba por trasladar a África las ideas panafricanas del jamaicano M. Garvey e incluso africaniza su propio nombre. El legado de la cultura occidental es más fuerte de lo que pudiera pensarse, sobre todo en la división artificial de los territorios que luego se convirtieron en estados independientes.

El momento histórico en el que estos líderes experimentan su particular

“camino de Damasco” son los años treinta. Fue en la década de la Gran Depresión cuando se produjo el enlace entre las minorías ilustradas, afectadas profundamente por los efectos de la crisis económica, y las masas populares de las colonias, también duramente golpeadas por la caída de precios de sus productos de exportación. El caso más paradigmático lo constituye, sin duda, el conjunto de los países asiáticos. Tanto los líderes indios (Gandhi y Nehru) como Ho Chi Minh en Indochina o Sukarno en Indonesia afrontan en esta etapa la tarea de difusión masiva de sus propuestas políticas. Los caminos que conducían a la descolonización ya estaban abiertos. El estallido de la II Guerra Mundial acabó por consolidarlos.

LOS EFECTOS DE LA II GUERRA MUNDIAL

La influencia de la II Guerra Mundial fue decisiva en varios aspectos. Por una parte, contribuyó a debilitar las potencias coloniales europeas, que quedaron aisladas de sus colonias asiáticas. Los holandeses perdieron rápidamente Indonesia, así como los franceses Indochina. De forma indirecta, la ocupación japonesa de estas colonias ejerció una gran influencia, ya que alentó las aspiraciones de independencia de los territorios invadidos, mediante la defensa de un antioccidentalismo radical y a la propuesta de una solidaridad étnica y cultural vagamente relacionada con lo que en Occidente se entendía como el “poder amarillo”. Incluso India fue sensible a estas ideas y participa en 1943 en Tokio, con otros países del sureste asiático, en una Asamblea de las grandes naciones del Asia oriental. Por otra parte, la guerra demostró por la vía de los hechos que las potencias coloniales no eran invencibles. Lo que más afectó a los viejos colonialistas, observa Eric Hobsbawm, “fue el comprobar que los blancos y sus estados podían ser derrotados”. Además, la guerra fue una escuela de formación de guerrillas contra los ocupantes y un laboratorio en el que se forjaron algunos de los más importantes líderes populares. El mejor ejemplo es, sin duda, Ho Chi Minh en la Indochina francesa.

De todas formas, la guerra no tuvo efectos universales. Transformó mucho más profundamente el Imperio británico que el francés. Quizá ello explique la evolución posterior: la descolonización pactada y rápida de las posesiones británicas en contraste con la resistencia de los franceses. En el caso del Imperio francés en el continente africano, las colonias ejercieron un papel decisivo, al convertirse en la reserva principal de la Francia libre del general De Gaulle,

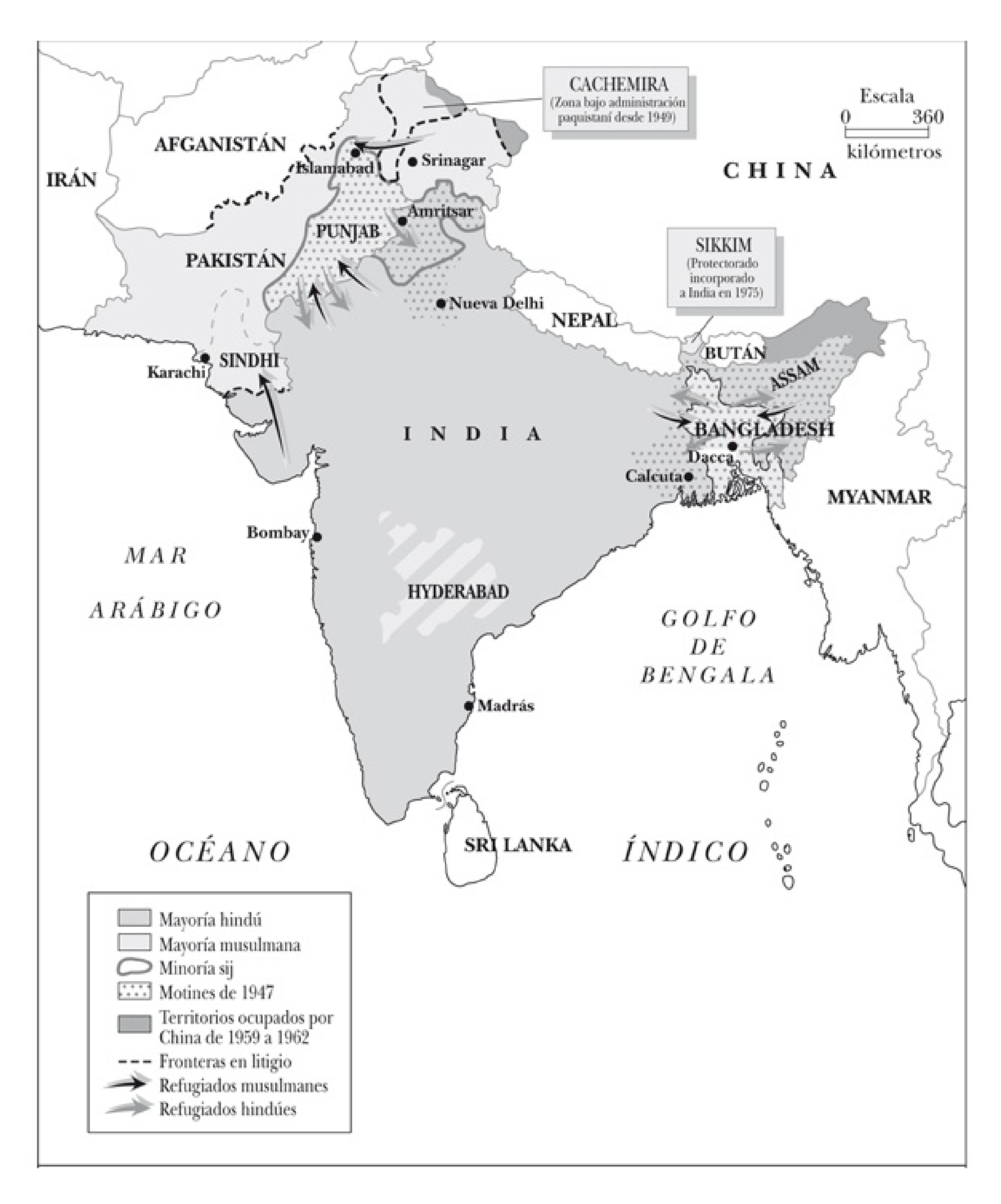
como puso de manifiesto la Conferencia de Brazzaville de 1944.

Pero la mayor influencia que la II Guerra Mundial ejerció sobre el mundo colonial fue en la conversión de Francia e Inglaterra en potencias de segundo orden, frente a las dos superpotencias titulares del mundo bipolar diseñado a partir de Yalta. Hay dos factores que intervienen en este proceso. El primero es la posición anticolonialista de las dos grandes potencias. En el caso de EE UU, por razones históricas (la tradición wilsoniana, asumida por Roosevelt) y también de carácter económico y comercial; en el caso de la URSS, por cuestiones de índole ideológica. El segundo factor decisivo fue la creación de la ONU, cuyos principios fundacionales proclaman la igualdad entre los pueblos y reconoce el derecho a su autodeterminación. En la medida en que la ONU, pese al derecho de veto de los cinco grandes, acoge cada vez más países del Tercer Mundo, actúa como una poderosa palanca legitimadora de los movimientos de descolonización.

A estos dos factores habría que agregar la capacidad organizativa de los países descolonizados a través de la creación de un Movimiento de Países no Alineados. La gran expresión de esta emergencia diplomática de los países afroasiáticos fue la Conferencia de Bandung, celebrada en 1955, a la que siguieron bastantes encuentros internacionales, así como la creación de otras organizaciones de ámbito más sectorial, como la OUA o la UNCTAD. Volveremos sobre ello más adelante.

LA PARTICIÓN DE INDIA

Salvo en los imperios de China y Japón, la penetración europea en el Asia central y oriental había concluido, a fines del siglo XIX, con la integración de extensos territorios, densamente poblados, en la organización de los imperios coloniales europeos. Tres grandes regiones asiáticas pertenecían a tres imperios europeos. Todo el subcontinente del Indostán se había ido incorporando desde el siglo XVII al Reino Unido; Indonesia dependía a su vez de Holanda desde la misma época; la tercera gran región colonial asiática era Indochina, que había sido integrada, desde mediados del XIX, en el Imperio francés.



LA PARTICIÓN DE INDIA

Había en Asia oriental algunos otros territorios coloniales, herencia de los viejos imperios ibéricos, como las españolas islas Filipinas (de EE UU, después de la guerra con España de 1898), o enclaves portugueses como Macao, Goa o Timor. Pero el protagonismo del proceso de conquista de la independencia política lo ostentan los países surgidos de aquellas tres regiones. De todos ellos, el de

mayor influencia en todo el mundo colonial fue India, la “joya de la Corona” británica.

La independencia política de la península del Indostán fue, salvando el caso aislado de las islas Filipinas, que se liberó de su condición de protectorado americano en 1946, el primer paso decisivo de la descolonización en el continente asiático. Se trata de un proceso rápido, que se hace de acuerdo con el gobierno británico. En febrero de 1947, el propio presidente británico, el laborista Clement Attlee, fija la fecha de transmisión del gobierno a manos indias “a más tardar, en junio de 1948”. Esta posición oficial acelera los acontecimientos, que culminan con la firma de los acuerdos de transmisión de poderes entre el último virrey de India, lord Mountbatten, y los líderes de los dos grandes partidos indios: el Partido del Congreso de Gandhi y Nehru, y la Liga Musulmana de Ali Jinnah, que son revalidados en el Parlamento británico ya en julio de 1947. Un mes más tarde India accede oficialmente a la independencia.

Sin embargo, eran enormes los problemas que debía afrontar el proceso de descolonización. El primero de ellos fue resolver la partición de la India británica, lo que trajo consigo la aparición de dos estados definidos por razones religiosas: la Unión India, de mayoría hindú, y el Pakistán, de mayoría musulmana. Del gobierno de India se ocupó Nehru y del Pakistán Jinnah, aunque por algún tiempo se mantuvieron ambos países en el seno de la Commonwealth británica. El estado paquistaní se hallaba dividido en dos territorios, al este o oeste de India, a más de dos mil kilómetros de distancia. Esto provocó no pocas dificultades, hasta que, en 1971, se constituyó su sección oriental como un nuevo estado independiente con el nombre de Bangladesh, tras una cruenta guerra civil en la que participó India, apoyando la independencia de Bangladesh. La “joya de la Corona” acabó dividida en tres piezas, aunque de tamaño y valor desigual.

La formación de los dos estados en la antigua India británica fue el resultado de las tensiones religiosas acumuladas durante la II Guerra Mundial y de la propuesta de partición efectuada por el gobierno laborista inglés, a través del “plan Mountbatten”, que fue quien propuso la división del territorio en los dos estados como único medio de acometer la descolonización de la que había sido la India británica. La partición de este inmenso territorio fue, en cierto modo, un resultado de las divergencias fomentadas por los británicos en su gobierno de India, especialmente durante la II Guerra Mundial: “Fue la guerra la que produjo la ruptura de India en dos mitades”, asevera el historiador Eric Hobsbawm. Dado que los dirigentes del Partido del Congreso reclamaban una India independiente como condición para luchar a favor de los británicos, éstos propiciaron una

política de “divide y vencerás”, apoyando las reivindicaciones de los musulmanes. A pesar de los esfuerzos de Gandhi por integrar bajo un mismo techo político las dos comunidades religiosas, al término de la guerra la Liga Musulmana de Jinnah se hallaba muy fortalecida y, sobre todo, convencida de que sólo en el momento de la independencia sería viable la formación del estado de Pakistán.

El segundo problema estribaba en gestionar los efectos inmediatos de la independencia. Los costos de la partición fueron enormes, dado que abundaron conflictos territoriales y religiosos. Por una parte, se produjeron sangrientos enfrentamientos civiles en regiones, como Bengala o el Punjab, en donde convivían hindúes y musulmanes. Se estima en más de medio millón de muertos el saldo de estas luchas, que tuvieron lugar en 1946-1947. Por otra parte, el fundamentalismo religioso en que nacieron ambos estados provocó una ola de refugiados en ambas direcciones, con el consiguiente intercambio: siete millones y medio de musulmanes y diez millones de hindúes. Además de todo ello, quedaron por resolver algunos litigios fronterizos, especialmente en la región noroccidental de Cachemira, donde se mantuvo hasta los años sesenta la tensión entre ambos estados, con el estallido intermitente de guerras en las que intervinó con frecuencia la ONU.

El gobierno de la India independiente se beneficia de una gran estabilidad política, asegurada en parte por una continuidad familiar. El Pandit Nehru, padre de la independencia junto con Gandhi, gobierna hasta su muerte en 1964 con el apoyo del Partido del Congreso; tras dos años de gobierno de Shastri, accede al poder la hija de Nehru, Indira Gandhi que, a su vez, fue continuada por su hijo Rajiv Gandhi; ambos fueron asesinados por extremistas políticos en 1984 y 1991, respectivamente. Con algunos intervalos, la familia Nehru gobernó India durante los primeros cuarenta años de su existencia independiente en la época moderna. India vivió, a partir de la independencia, un periodo de enorme expansión económica y de gobiernos de raíz democrática, lo que contrasta con la evolución política del Pakistán, donde fueron más frecuentes los gobiernos de dictadura militar.

La independencia de India tuvo efectos inmediatos en otras posesiones británicas en Asia, como Birmania, Ceilán y Malasia. A principios de 1948, Birmania adquiere la condición de estado independiente, como resultado de la presión ejercida por la Liga Antifascista forjada en la lucha contra la invasión japonesa durante la guerra, aunque su líder, Daw Aung San, pagó con su vida por haber aceptado previamente un acuerdo de un estatuto de autonomía dentro

de la Commonwealth. La Unión Birmana se estableció al margen de ella. Un proceso menos dramático siguió la isla de Ceilán, que ya gozaba de cierta autonomía, a través de la Constitución de 1946. Sin embargo, en 1948 el gobierno británico acabó por concederle la independencia, creándose el estado de Ceilán que, en 1972, adoptó el nuevo nombre de Sri Lanka. Algo más difícil fue el proceso seguido en Malasia, donde la heterogeneidad étnica (40 por ciento de chinos, 20 por ciento de indios, 40 por ciento de malayos) y religiosa, así como la dispersión territorial retardaron el proceso de independencia. En 1957 se constituyó la Unión Malaya, en el seno de la Commonwealth británica. Sólo la ciudad de Singapur permaneció, salvo un breve periodo de integración en la Unión, como república independiente, en cuya situación se mantiene actualmente, como miembro del selecto grupo de los “tigres” asiáticos.

En un espacio de diez años se produjo la descolonización de los territorios británicos en el continente asiático. Del inmenso imperio colonial forjado en el siglo XIX, constituido por varios cientos de millones de habitantes, sólo quedó adscrito al Reino Unido la ciudad de Honk Kong, incrustada en las cercanías de la ciudad china de Cantón. Con su devolución a China, realizada a fines del año 1997, terminó la gran epopeya protagonizada por cañoneras, comerciantes y funcionarios que ocuparon tan rápidamente buena parte del sureste asiático a mediados del siglo XIX. Y así de rápido se hubieron de marchar.

INDONESIA E INDOCHINA

La descolonización de Indonesia, que supone la liquidación del Imperio colonial holandés, fue también rápida. A finales del año 1949 quedaron constituidos los Estados Unidos de Indonesia, con Sukarno como presidente. Poco tiempo después se transforma en un estado unitario, con la denominación de República de Indonesia. Pero el proceso seguido por los holandeses fue más parecido al de los franceses en Indochina que no a la de los británicos en India. La influencia de la ocupación japonesa desde 1942 y la internacionalización del conflicto indonesio aportaron diferencias sustantivas.

La ocupación de las Indias holandesas por los japoneses se produjo en el curso de pocas semanas, dado que fue muy débil la resistencia del ejército holandés. La presencia nipona en el archipiélago indonesio favoreció la difusión de una campaña fuertemente antioccidental, a la vez que pudieron desarrollarse las actividades de los nacionalistas indonesios dirigidas por Hatta y Sukarno, que no

sólo fueron apoyados por los japoneses, sino que gozaron de su tolerancia para formar un ejército indonesio. La ocupación japonesa había hecho posible concebir la independencia por la que luchaba el Partido Nacionalista Indonesio de Sukarno. No en vano, a los dos días de la rendición japonesa Sukarno proclama la República de Indonesia.

Sin embargo, Holanda no aceptó esta situación. Con la ayuda del ejército británico, logró recuperar el control sobre Indonesia. Pero a pesar de sucesivos intentos de crear una federación entre Holanda y sus posesiones ultramarinas, se impuso poco a poco la doctrina del abandono de Indonesia. En esta decisión influyeron varios factores. Por una parte, la fortaleza del nacionalismo indonesio, que desplegó una guerra de guerrillas contra el ejército holandés; por otra, la presión internacional a favor de la descolonización, tanto entre los nuevos estados ya independizados (Pakistán, India), como en los organismos internacionales, como la ONU, que intervino a partir de 1947 preconizando una solución federalista, plasmada en los acuerdos de Renville (enero de 1948). Dado que los holandeses seguian teniendo problemas con las guerrillas indonesias, intentaron una reconquista militar del archipiélago mediante dos “operaciones de policía” en 1947 y 1948, lo que provocó un apoyo internacional mayor a la causa de los indonesios liderados por Sukarno y un movimiento de desobediencia civil seguido masivamente por la población. En agosto de 1949 se reanudan las negociaciones en las conferencias de La Haya, que terminan con el traspaso de la soberanía a la República de Indonesia. A partir de esta fecha, Indonesia desempeñaría un papel protagonista en la organización política del Tercer Mundo, acogiendo la decisiva conferencia de Bandung. Sukarno se mantuvo en el poder hasta 1965, en que una revuelta militar coloca en el mismo al general Suharto, al tiempo que destruye a buena parte del poderoso Partido Comunista Indonesio.

El curso seguido por Indochina fue muy diferente de los casos anteriores, tanto por la naturaleza política de los diversos pueblos integrados bajo la denominación de Indochina (Vietnam, Laos, Camboya), como por la peculiaridad de la administración colonial impuesta por la metrópoli francesa. En la posguerra, Francia ensayó una estrategia muy diferente de la británica, al prever en la Constitución de 1946 la constitución de una Unión Francesa. Se trataba de integrar bajo la soberanía de Francia la diversidad de países que formaban parte de su imperio. Pero esta opción tuvo poco éxito. La primera brecha abierta en ella fue precisamente la independencia de Indochina, la joya asiática de la República gala.

También en este caso fue fundamental la experiencia de la guerra y la ocupación japonesa del territorio indochino, lo que propició la formación de un Liga para la independencia del Vietnam (Viet-Minh) dirigida por Ho Chi Minh, que desembocó en la proclamación de la República Democrática de Vietnam, en septiembre de 1946. La justificación de esta independencia estaba en su lucha militar y política contra la administración francesa, colaboracionista del régimen de Vichy, y contra la presencia japonesa, que había ocupado el territorio sin sustituir formalmente el dominio francés hasta marzo de 1945, después de la liberación de Francia. Al igual que habían hecho los holandeses en Indonesia, también los franceses intentaron recuperar militarmente el territorio de Indochina, fracturado por las consecuencias de la guerra: dependencia del régimen de Vichy, ocupación japonesa y liberación nacional popular de una parte del territorio vietnamita por parte de Ho Chi Minh.

Frente a las tesis negociadoras, defendidas por el general Leclerc, o a las posiciones “abandonistas” de algunos políticos de la IV República Francesa, se impuso la política del alto comisario D’Argenlieu, que pretendía restaurar la administración colonial anterior. Pero el núcleo del problema indochino se hallaba, como señala Henri Grimal, en la zona norte de Indochina, donde se había constituido la República Democrática de Vietnam. Las resistencias de los colonos franceses de la Cochinchina (Vietnam del Sur) a unirse con Vietnam del Norte, a cuyos dirigentes consideraban “agitadores antifranceses”, provocaron el fracaso de los intentos de integrar en la Unión Francesa la República vietnamita.

Comienza así una guerra de ocho años que va desde el bombardeo francés del puerto de Haifong (noviembre, 1946) hasta la derrota del ejército colonial en la batalla de Dien Bien Phu (mayo, 1954). La contienda militar fue un enfrentamiento entre un cuerpo de ejército cada vez menos proclive a defender el territorio indochino y un ejército de guerrillas, dirigido militarmente por el general Giap, que se adaptaba mucho mejor a las dificultades del terreno y podía reemplazar rápidamente las bajas producidas, dado el arraigo popular de la guerrilla del Viet-Minh. La posterior guerra contra el ejército estadounidense acabaría por demostrar lo acertado de esta estrategia militar. La jungla era su mejor aliado.

A partir de 1950, el conflicto adquiere dimensiones internacionales. Las milicias del Viet-Minh son apoyadas por la República Comunista de China, mientras que los franceses comienzan a ser ayudados por EE UU en su lucha contra el avance comunista, para evitar las consecuencias de la conocida teoría del “efecto dominó”. Se reproducía en Indochina el bipolarismo que había

llevado a la partición de Alemania y a la guerra de Corea. También en este caso, la solución vendría dada por la división del Vietnam, tras el abandono de la presencia francesa en Indochina. La salida de los franceses se produce tras la conferencia de Ginebra (julio de 1954), en la que se acuerda conceder la plena independencia a los tres estados resultantes de la descolonización: Laos, Camboya y Vietnam. Esto suponía la destrucción de toda la política de acuerdos que los franceses habían desarrollado desde 1946 para fortalecer la Unión en Indochina.

Por su parte, el estado vietnamita se divide en dos zonas, a la altura del paralelo 17, a la espera de un referéndum previsto para 1956 con vistas a la posible reunificación de ambas zonas. El referéndum no llegó a celebrarse porque era previsible el triunfo de Ho Chi Minh. Para evitar esta consulta electoral se proclamó antes la República de Vietnam del Sur, presidida por Ngo Dinh Diem y apoyada por asesores estadounidenses. La unificación de las dos zonas vietnamitas tardó todavía veinte años, dado que no se va a producir hasta el abandono del Vietnam por los estadounidenses (1973) y la entrada de las tropas norvietnamitas en Saigón, capital de Vietnam del Sur (1975) y, desde entonces, del estado unitario de Vietnam.

La descolonización de Indochina no terminó, pues, con la ausencia francesa del sureste asiático. Además de la guerra civil que vivió Vietnam, con fuertes apoyos internacionales de China y EE UU, el resto de los estados de Indochina independizados a partir de los acuerdos de Ginebra (Laos y Camboya) sufrieron durante muchos años los vaivenes políticos derivados del conflicto bélico desarrollado cerca de sus fronteras. Pero la guerra en Indochina puso claramente de relieve las grietas que tenía el colonialismo europeo en Asia, impotente ante la emergencia de movimientos nacionales de liberación y desautorizado por las reglas del nuevo orden mundial establecido por las grandes potencias de la posguerra. Setenta años después, el dominio colonial de Francia en el sureste asiático terminó, en parte, como había comenzado: con una guerra en el golfo de Tonkín. La primera minó la credibilidad del gobierno de Jules Ferry, gran adalid de la expansión ultramarina, ante la apasionada oposición de Clemenceau en célebres debates en la Asamblea Francesa en 1885. La segunda guerra en Indochina cuarteó el régimen de la IV República que, pocos años más tarde, la guerra de Argelia acabará por enterrar.

El nuevo reparto de África. Las colonias británicas

En la expansión imperialista, el reparto de África, realizado a veces en forma de rapiña avariciosa por parte de las grandes potencias, había marcado el cenit de la hegemonía de Europa sobre el mundo. En pocos años, casi todo el continente africano había quedado atribuido a los imperios coloniales europeos, especialmente al francés y al británico, que se encargaron de trazar divisiones y establecer fronteras, más o menos artificiales. Tribus y pueblos fueron asignados a territorios que, con ligeras variantes, mantuvieron su denominación y su tamaño hasta la época de la descolonización. Pero si rápida fue la rebatiña de África, breve fue también el nuevo reparto del continente, con su división en estados independientes que heredan las fronteras trazadas por los colonizadores.

Entre 1957, en que consigue su independencia Ghana, y 1962, en que se acuerda la de Argelia, se desarrolla la parte central del proceso de descolonización de África. Aunque quedan todavía algunas colonias, de las que las más importantes son las dependientes de Portugal, la fase principal de la tarea descolonizadora se cierra con la independencia argelina. Es evidente que expansión colonial y descolonización guardan muchas similitudes.

A pesar de esta rapidez descolonizadora, en África se producen modalidades muy diversas de acceso a la independencia, tanto de forma pactada o negociada como fruto de conflictos bélicos sangrientos. Las primeras colonias que logran liberarse de la tutela de su metrópoli son las dependientes del gobierno británico. Su acceso a la independencia fue, en general, un proceso poco conflictivo, excepto en aquellos casos en los que las presiones de los colonos europeos resultaban significativas. El sistema de gobierno de las colonias que había impulsado Gran Bretaña se basaba en la concesión gradual de competencias a las colonias y en el apoyo a la formación de órganos de gobierno responsables. Era la base de la administración indirecta (Indirect Rule) que, en la época de entreguerras, se había perfeccionado con la redacción de diversos estatutos, especialmente aplicados en las colonias asiáticas.

A partir de 1945 confluyen además las posiciones favorables a la descolonización defendidas por el gobierno laborista con la emergencia de una toma de conciencia política entre los países afroasiáticos. El Congreso Panafricano de Manchester de 1945, la experiencia de la independencia de los países asiáticos o el propio impulso del espíritu de Bandung contribuyen a acelerar este camino hacia la constitución de los estados independientes. El principal problema radicaba en que en África se habían desarrollado menos que en Asia las estructuras de gobierno con participación de la población de las

colonias. A pesar de ello, la descolonización de la mayoría de los territorios de posesión británica fue fruto de una evolución gradual, en la que participaron activamente los principales líderes políticos formados entre los años treinta y cuarenta.

El primer y más acabado ejemplo de este proceso se siguió en la descolonización de las posesiones británicas en las costas del África ecuatorial occidental. Costa de Oro, luego conocido como Ghana, se convierte en estado independiente en 1957, bajo la dirección política de uno de los padres fundadores del África independiente, Kwame Nkrumah. Desde 1950 comienza a funcionar como Asamblea Nacional lo que antes había sido un consejo consultivo del gobernador colonial, teniendo lugar diversas elecciones en las que resultó vencedor el partido de Nkrumah, el Convention People's Party, lo que le permite ser nombrado ya en 1952 primer ministro. Su objetivo era convertirse en un *dominion* dentro de la Commonwealth. En pocos años, sin abandonar esta pertenencia a la Commonwealth, Costa de Oro se convierte en estado independiente, pese a las resistencias de algunas tribus locales. Este modelo de acceso a la independencia fue, sin duda, el más perfecto de los producidos en el seno del Imperio británico y sirvió de pauta a otros estados de la región, como Sierra Leona, Togo, Dahomey o Gambia. Pero también fue aplicado en otra colonia mucho más conflictiva, como era Nigeria, donde era enorme su diversidad étnica, religiosa y económica. La independencia de Nigeria fue acordada en 1960, aunque los efectos de estos problemas internos se verán luego en la guerra civil o guerra de Biafra (1967-1970), fruto del intento de secesión del territorio ocupado por la tribu de los ibos.

Aunque el esquema aplicado fue esencialmente el mismo, en el África oriental británica hubo algunos problemas añadidos, dada la coexistencia de la población autóctona negra con una significativa inmigración de europeos o indios, tanto en Tanganica como sobre todo en Kenia, catalogada como el "jardín del Edén" por su riqueza y buen clima. La independencia de Tanganica (luego Tanzania, tras su unión con Zanzíbar en 1964) se produjo a fines de 1961, bajo la dirección de otro gran líder africano, Julius Nyerere, cuyo partido, Tanganyika African National Union (TANU) logró una victoria avasalladora en las elecciones de 1960 (70 escaños de 71). Por su parte, el acceso a la independencia de Kenia, que contó también con el protagonismo del dirigente Jomo Kenyatta, estuvo precedida de una fuerte represión de la revuelta de los Mau-Mau, sociedad secreta que se oponía a la presencia de los colonos europeos. Sin embargo, Kenyatta logró evitar los conflictos étnicos y mantener la Kenia independiente

como un estado en vías de desarrollo y vinculado a Occidente.

En el África meridional inglesa, la descolonización se enfrenta con problemas algo mayores que en Kenia, dado que el contingente de población blanca era importante en lugares como Rodesia del Sur (8 por ciento del total). La influencia de la vecina Suráfrica, anclada en la política de segregación racial *(apartheid)* hasta fechas recientes, también se dejaba notar. La descolonización no era, pues, sólo un asunto entre la metrópoli y las colonias, sino también entre la mayoría negra y una minoría blanca que aspiraba a mantener su hegemonía política como en Suráfrica.

En Niasalandia y en Rodesia del Norte se produce la proclamación de la independencia en 1964, tomando respectivamente las denominaciones de Malawi y de Zambia. En ambos casos, este paso estuvo precedido de un triunfo electoral de partidos políticos africanos. Sin embargo, en Rodesia del Sur triunfó la posición de la minoría blanca, dirigida desde 1965 por Ian Smith, quien proclamó unilateralmente la independencia, al margen de la Commonwealth. Una larga lucha de los negros, aglutinados en torno al Frente Patriótico de Robert Mugabe, desembocará en 1980 en la constitución del estado de Zimbabwe, gobernado de acuerdo con una Constitución de carácter multirracial.

Del Congo belga al Zaire

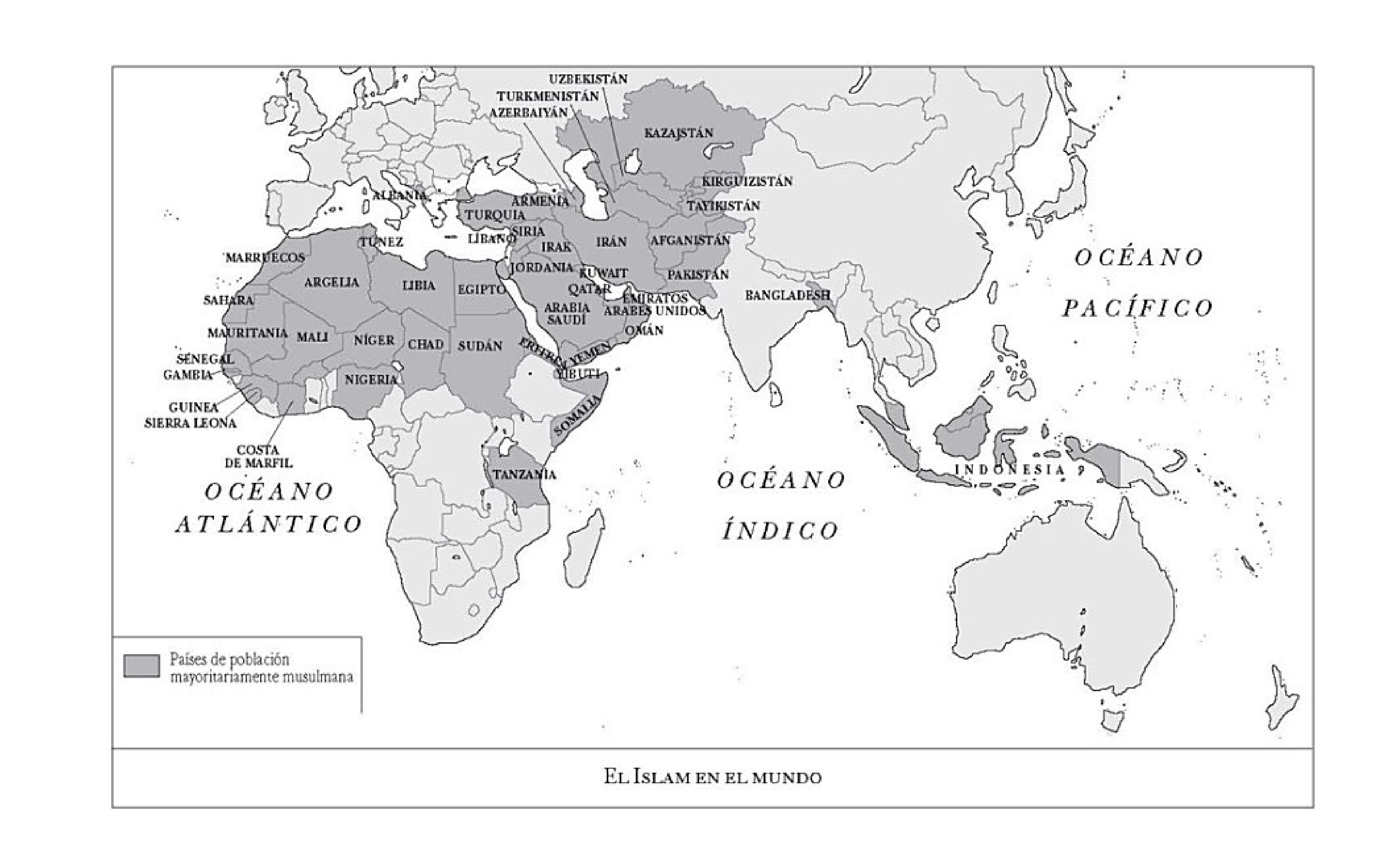
La administración del territorio del Congo por Bélgica era algo diferente de la desarrollada por los grandes imperios. El estado belga ejercía un papel de carácter paternalista sobre la población, prestando especial atención a la enseñanza y sanidad, pero los nativos estaban excluidos de toda participación en el gobierno. La enorme riqueza del subsuelo congoleño, especialmente en productos como el cobalto (63 por ciento de la producción mundial), los diamantes industriales (75 por ciento) o el uranio (60 por ciento), era explotada por empresas privadas que se beneficiaban de la explotación de una mano de obra que estaba totalmente controlada, hasta el punto de que le estaba vedado poder desplazarse libremente de un lugar a otro.

Pero la II Guerra Mundial cambió bastante las cosas. Se produjo una importante urbanización y un sensible crecimiento económico, lo que permitió la creación de una clase media de comerciantes y un proletariado urbano cada vez más cercano a las tesis del nacionalismo congoleño. Dada la rigidez de la administración belga, que preveía un periodo muy largo para la independencia

(en torno a treinta años), y la influencia de los movimientos emancipadores del resto de África, surgieron asociaciones de carácter cultural o asistencial que acabaron por servir de núcleo político de los movimientos independentistas.

Tres líderes emergieron en este proceso: Kasavubu, al frente de la asociación tribal bakonga Abako, logra en 1957 un primer triunfo en las elecciones municipales. Poco después, Lumumba crea el movimiento nacional congoleño, defensor de una estructura de gobierno central fuerte para el Congo. Y en la rica provincia de Katanga, proclive al secesionismo, emerge la figura de Moshe Tshombé. La ausencia de tradición de autogobierno y la grave conflictividad social desatada a partir de 1959 desemboca en una precipitada proclamación de la independencia en 1960. Nacía la República del Congo, dirigida inicialmente por Kasavubu y Lumumba.

Pero los primeros años de independencia no fueron tranquilos. La oposición entre partidarios de un gobierno federal o unitario propició la salida del gobierno de Lumumba (que es asesinado en 1961 por los katangueños), así como el estallido de una guerra civil interior provocada por la escisión de Katanga, en la que había fuertes intereses mineros de compañías internacionales. Los “cascos azules” de la ONU tienen que intervenir durante varios años, hasta que se consolida la independencia del Congo. Un posterior golpe de estado del militar Mobutu, apoyado por las potencias occidentales, establece definitivamente una estructura política que deriva progresivamente hacia un régimen dictatorial. En 1971, el antiguo Congo belga pasa a denominarse Zaire y su capital, Kinshasa (antes Leopoldville).



El Islam en el mundo

EL DESPLOME DEL IMPERIO FRANCÉS: EL CASO ARGELINO

La organización del Imperio colonial francés había merecido especial atención por parte de los fundadores de la IV República, al integrar una representación de las colonias en la Asamblea Nacional y constituir la Unión Francesa, como marco legal en el que desarrollar las relaciones entre las colonias y la metrópoli. No era todo lo que pedían líderes como Sedar Senghor, quien pudo proclamar en 1946 que "el Buen Negro ha muerto" y el trato paternalista no tenía ya sentido. Pero era al menos un matrimonio de conveniencia. Sin embargo, la puesta en práctica de la Unión Francesa no dio los frutos esperados por los representantes de las colonias. A esto se añade el fracaso militar en Indochina. Su derrota en Dien Bien Phu supuso un rudo golpe para el Imperio colonial francés. A partir de este momento, el proceso de independencia de las colonias francesas africanas se acelera en un clima de solución negociada, como en el caso británico. Sólo hubo una excepción a esta regla, Argelia, donde un cruento enfrentamiento militar de ocho años precedió a la independencia. Pero ya hemos visto la importancia que tenía Argelia para la metrópoli, que no sólo alumbró el régimen de la V República sino que a punto estuvo de provocar una guerra civil en la propia Francia.

LEOPOLD SEDAR SENGHOR (1906-2001)



Primer presidente del Senegal independiente, desde 1960 hasta su retirada voluntaria en 1980. Nacido en 1906 en el seno de una familia de comerciantes, siguió el curso frecuente de las elites coloniales, estudiando en un liceo parisino y en la Sorbona. Fue el primer africano profesor en Francia. Adherido desde su juventud al Partido Socialista Francés, desde 1946 fue representante parlamentario del Senegal en la Asamblea francesa. A partir de 1956, en discrepancia con la política colonial francesa, inicia una vía propia, fundando la Unión Progresista Senegalesa. Al frente de este partido, que en 1976 pasó a denominarse Partido Socialista, alcanzó en 1960 la independencia del Senegal, país del que fue presidente durante veinte años. La línea fundamental de su pensamiento político fue aplicar en África, de forma moderada, los principios del socialismo. El partido que fundó se mantuvo en el poder hasta el año 2000, en que fue derrotado por el Partido Democrático de A. Wade.

Senghor fue un brillante poeta en lengua francesa, siendo el primer negro que fue admitido en la Academia Francesa. Además, fue un excelente definidor de la tradición cultural africana a través de lo que él denominó la negritud.

La emancipación de las colonias francesas en África comienza en 1956, con la ley-marco del ministro Gaston Deferre, que autoriza al gobierno francés a conceder regímenes de autonomía a los territorios del África occidental y ecuatorial francesa, así como a Madagascar. Esto suponía un giro radical en la tradición colonial francesa. Pero el paso más decidido en esta dirección lo dio, sin duda, el general De Gaulle, al establecer la base de la independencia en la voluntad, expresada en referéndum, de los pueblos coloniales. Mediante el referéndum celebrado en septiembre de 1958, todas las posesiones francesas en África, salvo Guinea, aceptan entrar en la Comunidad francesa, paso previo a la independencia que se negoció dos años más tarde. “¿Queréis la independencia? ¡Pues cogedla!” había sido el mensaje de De Gaulle en sus discursos pronunciados en Brazzaville y Dakar en 1958. Y la cogieron: en 1960 todo el

África subsahariana accede a la independencia, desde el Senegal hasta el Chad. El acceso a la independencia de los países del Magreb, en su mayoría bajo protectorado o dominio francés, también había comenzado en 1956. En ese año, Marruecos se convierte en reino independiente con el rey Muhammad V, y algo similar sucedía en Túnez, bajo la dirección de Habib Burguiba. El abandono de los dos flancos del norte de África permitía a Francia concentrarse en la defensa de Argelia. Aparte de las islas del Caribe o de la Polinesia, esto era lo único que quedaba en pie del inmenso Imperio francés. Y duró sólo dos años.

La complejidad del caso de Argelia deriva de su propia antigüedad como colonia francesa, de su mayor integración en la metrópoli y, sobre todo, de la presencia de una elevada colonia de inmigrantes (un millón de europeos frente a nueve millones de musulmanes). Cuando estallaron las primeras insurrecciones en 1954 pudo exclamar el entonces ministro de la IV República, François Mitterrand, que "L'Algerie c'est la France" (Argelia es Francia). La política francesa seguida en Argelia fue, desde 1954 hasta 1962, de lucha militar contra la guerrilla organizada por el Frente de Liberación Nacional (FLN) de Ben Bella, que es capaz de integrar a diversas corrientes políticas: los demócratas de Abbas, los islámicos y los comunistas. Un único objetivo los unía: la creación de un estado argelino "soberano, democrático y social dentro de los principios islámicos".

La independencia de Argelia fue fruto de una larga guerra, pero ésta nunca fue reconocida ni declarada oficialmente, aunque hubo verdaderas batallas como la de la *kasbah* (barrio antiguo de Argel) que duró varios meses durante el año 1957. Las acciones represivas del ejército francés en Argelia son las más cruentas de todo el proceso de descolonización. La guerra supuso la muerte de cerca de medio millón de personas (de las que 30.000 eran francesas), aunque los argelinos estiman las pérdidas humanas en más de un millón. Fue además una guerra cruenta, que puso en práctica un terrorismo ciego y brutal, en la que no faltaron las torturas, las deportaciones masivas ni las acciones punitivas sobre las poblaciones civiles. Toda Francia se conmovió con el asunto argelino, con debates en los que participaron intelectuales como Jean-Paul Sartre y Albert Camus.

El progresivo reconocimiento internacional del FLN argelino y la incapacidad del ejército regular francés para hacer frente a la guerra de guerrillas derivó, el 13 de mayo de 1958, en un intento de sublevación de los militares franceses en Argelia, que demandaban un poder político más fuerte en la metrópoli. Fue así como apareció en escena el general De Gaulle. Pero De Gaulle hizo gala de un

notable pragmatismo político, al considerar inevitable la carrera de las posesiones coloniales hacia la independencia. En 1959 reconoce el derecho a la autodeterminación de los argelinos: “Resolveremos el problema por la única vía válida, es decir, mediante la libre elección por los argelinos de su futuro”, aseveró el general De Gaulle.

Esto permite el inicio de negociaciones que concluyen con los acuerdos de Evian (marzo de 1962), por los que Francia reconoce el estado de Argelia (incluido el Sahara, de ricos yacimientos petrolíferos) que, en julio del mismo año, es aprobado plebiscitariamente por los argelinos. La guerra de Argelia terminó, pero no todas sus secuelas. Una masiva repatriación de colonos franceses (los llamados *pieds noirs)* y de argelinos considerados colaboracionistas crea algunos problemas en la metrópoli. Durante algunos años, la defensa de una Argelia francesa será mantenida por una organización secreta (la OAS), autora de acciones terroristas en Francia, algunas de ellas contra el propio general De Gaulle, que sufre varios atentados, uno tan sofisticado como el reproducido en películas como *Chacal*.

LA TARDÍA DESCOLONIZACIÓN DEL IMPERIO PORTUGUÉS

El imperio colonial europeo de más tardía descolonización fue, a su vez, el de mayor antigüedad en su presencia sobre territorio africano. Se trata de las colonias portuguesas de Guinea y Cabo Verde, en la costa occidental africana, y de Angola y Mozambique, extensos territorios situados en el África austral, aunque cortados por las posesiones inglesas desde la época de Cecil Rhodes. Estos asentamientos, en sus franjas costeras o insulares, datan de la expansión ultramarina iniciada por Portugal en su carrera hacia India a fines del siglo XV, aunque fue en la expansión colonial del XIX cuando diversas expediciones portuguesas avanzaron hacia el interior del continente. La permanencia durante tanto tiempo de estas colonias en poder de la metrópoli portuguesa se explica por la resistencia del gobierno del Estado novo de Salazar a desprenderse de unos territorios que, en la simbología del salazarismo, se consideraban una parte esencial de Portugal. Las colonias eran provincias portuguesas de Ultramar.

Los movimientos de emancipación nacional comienzan en estas posesiones portuguesas al mismo tiempo que en el resto de África. Desde los años cincuenta se forman los principales frentes políticos de liberación. El Partido Africano para la Independencia de Guinea y Cabo Verde (PAIGC), dirigido por Amílcar

Cabral, fue fundado en 1956; el Frente para la Liberación de Mozambique (FRELIMO) también data de la misma época, así como el Movimiento para la Liberación de Angola (MPLA), cuyo principal dirigente fue Agostinho Neto. Dada la ausencia de instituciones de autogobierno en las colonias y su dependencia directa del Ministerio de las Colonias de Lisboa, la estrategia seguida por estas organizaciones africanistas fue la lucha armada mediante la guerra de guerrillas. La estrategia del gobierno de Salazar fue la de enfrentarse militarmente a las demandas de las colonias. La metrópoli portuguesa se vio abocada de este modo desde 1961 a una guerra colonial que no sólo era incapaz de ganar, sino que era condenada cada vez con más fuerza por los organismos internacionales.

La guerra duró hasta el propio estallido de la “Revolución de los claveles” en 1974 y constituyó el caldo de cultivo para la creación del Movimiento de las Fuerzas Armadas (FPA) que derrocó al régimen dictatorial implantado por Salazar, lo que facilitó la solución al problema colonial portugués. A principios de 1974 fue publicado el libro del general Spínola *Portugal e o futuro*, donde se defendía la tesis de que no había solución militar para la guerra colonial. Era el mismo diagnóstico que se había advertido en Argelia o en Vietnam. Pero en el caso portugués, la guerra provocó un verdadero cambio de régimen, con la caída de la dictadura salazarista, representada entonces por Marcelo Caetano. El resultado fue una rápida descolonización a partir de 1974. En ese año se constituye la República de Guinea-Bissau; al año siguiente, la de Cabo Verde y la República de Mozambique. La independencia de Angola se confirmó poco más tarde, tras una cruenta guerra civil azuzada por ayudas extranjeras. Otros pequeños enclaves portugueses, como las islas de Santo Tomé y Príncipe, también se independizan en este momento. Del extenso y desperdigado imperio colonial portugués, perdida ya Goa en los años sesenta, sólo quedó en pie, hasta fines del siglo XX, el enclave de Macao, situado frente a la colonia inglesa de Hong Kong, devuelta como esta última a la soberanía de la República Popular de China. Otra vieja posesión portuguesa en las Indias orientales, Timor Oriental, abandonada por los portugueses en 1975, sufrió la opresión de Indonesia durante más de veinte años, hasta que en un referéndum celebrado en 2002 logró recuperar su independencia. El más viejo imperio colonial fue el que se desmoronó con mayor rapidez.

LA REGIÓN DE ORIENTE MEDIO

De todas las regiones del planeta afectadas por el proceso de descolonización o retirada del control de los imperios occidentales sobre ellas, la del Oriente Medio fue la más transformada durante el periodo de entreguerras. La descomposición del Imperio otomano a partir de la I Guerra Mundial había supuesto, como vimos, cambios muy importantes en la configuración política del Oriente Medio. Algunos estados, como Turquía e Irán, acometieron una profunda reforma de sus estructuras económicas y políticas; otros, como Irak o Egipto, lograron la independencia formal bajo tutela británica, dada la permanencia de algunas tropas en su territorio. En cambio, territorios como Palestina, Siria o Jordania permanecieron bajo mandato francés o británico. Las soluciones acordadas a partir de 1918 no fueron muy acertadas, lo que atizó las reivindicaciones del nacionalismo árabe. Al propio tiempo, el descubrimiento de ricos yacimientos petrolíferos convirtió a la región en una zona estratégica para los intereses de las potencias occidentales. Y por si esto fuera poco, comenzó a abrirse paso la posibilidad, largamente acariciada por el sionismo, de constituir un estado judío en su antiguo hogar de Palestina. La cuestión palestina ya se planteó con fuerza durante los años treinta y sólo el estallido de la guerra en Europa pospuso el problema para la posguerra.

Pero quizá la transformación fundamental que se realiza durante la época de entreguerras es de carácter sociopolítico, al sobreponerse las burocracias de los nuevos estados a las organizaciones sociales tradicionales. La estructura social de estos territorios estaba formada por numerosas tribus. Su heterogeneidad étnica era elevada, con un 50 por ciento de la población árabe y el resto constituido por turcos, armenios, kurdos y persas. La diversidad religiosa era menor, dada la hegemonía de la población musulmana (un 95 por ciento), aunque con diferencias internas importantes (los chiítas de Irán). Todo esto concedía un gran poder a las elites locales, que gozaban de gran influencia ante los delegados del Imperio otomano.

Las consecuencias de la I Guerra Mundial trastocaron bruscamente esta situación. La novedad sustancial fue la creación de nuevos estados, que realizan una progresiva asunción de competencias frente a los poderes locales y comienzan a intervenir decididamente en el ámbito económico, como medio para superar el atraso en que se hallan los países del Oriente Medio. Esta dinámica obligará a la creación de importantes burocracias, como en el caso de Turquía, de empresas estatales, pero también de potentes ejércitos. La creación de un aparato militar estuvo en la base de las reformas de Mustafá Kemal

(Ataturk) en Turquía, pero también en Irán o Egipto. En Irán, la dinastía de Reza Pahlevi se instala en el poder en 1926 gracias al control del ejército. Y en Egipto, el principal líder árabe de la posguerra, Nasser, pertenece a la primera promoción que ingresa en la Academia militar egipcia.

Al propio tiempo, se desarrollaron extensamente unas ideologías políticas de carácter nacionalista, turco e iraní en un caso, árabe en otros. El nacionalismo árabe se fundamenta en dos principios: la cohesión religiosa prestada por la pertenencia a la comunidad musulmana de creyentes (la Umma), y la convicción de formar parte de una etnia común, con lengua propia, que era el árabe. Los principios de este arabismo se habían desarrollado en el XIX frente al dominio de los otomanos y, a partir de 1918, frente a las potencias occidentales, sobre todo Gran Bretaña. De todas formas, el nacionalismo árabe es indisociable de la penetración en la zona de un nuevo nacionalismo, que era el sionismo.

La II Guerra Mundial aceleró todas estas tendencias. Oriente Medio se convierte así en una zona de especial conflictividad entre árabes e israelíes. Pero también en lugar de confrontación de las grandes potencias. En los primeros años, de Francia e Inglaterra, a las que el conflicto del canal de Suez (1956) deja en mal lugar; más tarde, de EE UU y la URSS, que desarrollan allí sus tácticas de contención mutuas, mediante el apoyo de unos estados contra otros. La oposición fundamental fue la establecida entre Egipto, apoyado por la URSS, e Israel, sostenido por EE UU. El factor clave de la reciente historia de Oriente Medio fue, sin duda, la fundación del estado hebreo en Palestina.

La creación del estado de Israel

Como hemos visto, la declaración Balfour de 1917 y la masiva inmigración de judíos hacia Palestina después de 1918 provocó un agudo problema en Palestina, cuyo mandato tenía Gran Bretaña. A mediados de los años treinta ya menudeaban los conflictos entre las comunidades de árabes y judíos, de tal forma que los británicos se proponían fijar un cupo a la llegada de judíos para evitar que los árabes quedasen en minoría. Al final de la guerra, en un contexto internacional influido por el conocimiento del verdadero alcance del holocausto judío perpetrado por los nazis, la presión por ocupar Palestina se hace insostenible. En 1945 ya habitaban allí unos 600.000 judíos, cifra que ya suponía la mitad de la población árabe de Palestina. Comienza entonces una estrategia de agitaciones y lucha de las organizaciones judías contra la presencia británica en

Palestina, con atentados tan conocidos como los del hotel King David de Jerusalén, que causó 91 muertes. De lo que se trataba era de sustituir el control británico de la zona por el norteamericano. La fundación del estado hebreo fue una de las piezas de esta actuación.

El primer paso importante lo da la ONU en 1947, al proponer la partición de Palestina en dos estados, con un 55 por ciento del territorio continuo atribuido a los judíos y el resto, dividido en tres zonas, a los palestinos, manteniendo la ciudad de Jerusalén como espacio internacionalizado. Un año después, en una clima de graves enfrentamientos civiles, termina el mandato británico sobre la zona. El mismo día (15 de mayo de 1948) David Ben Gurion proclama el estado de Israel. Esta decisión desencadenó la primera guerra árabe-israelí, que dura hasta principios de 1949 y que termina con el reforzamiento de las posiciones de Israel. En el armisticio firmado al amparo de la ONU, los israelitas consiguen más territorios de los previstos inicialmente, así como el acceso a la ciudad de Jerusalén. La derrota árabe acelera su división interna, cuya primera consecuencia es que el previsto estado palestino ha desaparecido, dado que la franja de Gaza se adjudica a Egipto y el territorio de Cisjordania al estado de Jordania. Los palestinos se ven obligados desde entonces a efectuar una peregrinación por diversos estados vecinos, en los que con frecuencia se crearán problemas, sea en Jordania, sea en el Líbano.

Esta victoria de Israel no acaba con los problemas en la zona, pero permite establecer un nuevo estado en la zona, de orientación política y económica muy diferente a la de los países vecinos. El sistema político de carácter parlamentario ha estado dominado por una alternancia en el poder de conservadores y laboristas. Y en el plano económico, los éxitos del estado israelita han sido muy importantes en la organización de un sistema de cooperativas agrarias (los *kibutz)* que han convertido un desierto en un fértil oasis. Al propio tiempo, ha crecido la población y la ampliación de su base territorial permitió acoger un mayor número de inmigrantes procedentes de todo el mundo, además de mantener dentro de sus fronteras un elevado número de población de origen palestino. Pero el estado de Israel, nacido de una guerra, todavía debería afrontar otros tres conflictos, antes de lograr el primer reconocimiento diplomático por parte de un país árabe en los acuerdos de Camp David de 1978.

EL MUNDO ÁRABE Y LOS CONFLICTOS CON ISRAEL

La amarga derrota de 1948 provoca una cascada de cambios en el mundo árabe. Aceleró la caída de algunos antiguos regímenes, considerados débiles frente a Israel. En la nueva Jordania del rey Abdullah, asesinado en 1951, se produce su sustitución por el rey Hussein, que desarrollará una política prooccidental, en un contexto de fuerte presión de los palestinos por recuperar sus territorios. En Egipto, el rey Faruk I es depuesto por jóvenes militares en 1952. Entre ellos pronto destacará el coronel Gamel Abder Nasser, que va a mantener hasta su muerte, en 1970, el liderazgo político del mundo árabe, primero al frente del estado egipcio y, desde 1958, a través de la República Árabe Unida (RAU), formada por Egipto, Siria y Yemen del Sur. Aunque duró poco, supone el intento más duradero de establecer una alianza fuerte de países árabes unidos por su orientación socialista y su oposición a Israel y a las potencias occidentales.

De hecho, el mundo árabe acarició desde la época de entreguerras el ideal panarabista, que llegó a concretarse en la Liga Árabe, constituida en marzo de 1945 en El Cairo por siete países (Egipto, Siria, Líbano, Arabia Saudí, Irak, Transjordania y Yemen), a los que luego se sumaron otros trece más, la mayoría de ellos nuevos estados independientes tras la descolonización, como Argelia, Túnez y Marruecos, entre otros. Los firmantes de este pacto aspiraban a mantener una colaboración permanente entre ellos y a sustituir el empleo de la fuerza por la negociación y arbitraje, como medio de resolver sus conflictos mutuos. En algunos casos, el apoyo de la Liga fue importante, quien prestó su apoyo al Frente de Liberación Nacional (FLN) argelino, en su guerra anticolonial con el ejército francés. Pero el nacimiento del estado de Israel y las sucesivas derrotas árabes ahondaron las grietas de la solidaridad panarabista, puestas de manifiesto en la represión de los palestinos en Jordania (1970) y en Líbano (1975-1979). El panarabismo, además, se vio debilitado por la diversidad de intereses nacionales y las diferentes relaciones mantenidas por los árabes con las dos grandes potencias. Los intentos panarabistas de las repúblicas árabes, socializantes y antiimperialistas, más próximas a la URSS, se toparon con frecuencia con el muro de las monarquías “petrolíferas”, mucho más moderadas y dependientes de los intereses occidentales y de EE UU. Los efectos de la guerra fría y la condición estratégica del petróleo atizaron las fuerzas centrífugas del panarabismo.

Pero la emergencia de poderosos estados árabes no impidió la actuación en la región de las grandes potencias, dado que el Oriente Medio desempeñaba un papel cada vez más importante en la estrategia de la guerra fría. Al apoyo

prestado a Turquía como estado colchón del bloque occidental frente al soviético se suma la intervención occidental en Irán, donde en 1953 es depuesto por el sha Reza Pahlevi, con el apoyo de los británicos, el primer ministro Musaddaq, que había intentado nacionalizar los pozos petrolíferos de Abadan. De todas formas, el conflicto más importante de la zona, hasta la guerra del Golfo, fue la crisis de Suez en 1956, porque en ella se produce el tránsito del control sobre el Oriente Medio desde las viejas potencias, especialmente Gran Bretaña, hacia las dos grandes surgidas de la guerra.

La llamada crisis de Suez se desencadena en 1956, tras la nacionalización del canal de Suez por el coronel Nasser, como respuesta a la negación de ayuda financiera internacional para la construcción de la gran presa de Asuán, obra que permitiría irrigar amplias tierras de cultivo del valle del Nilo. Se trataba, pues, de combatir la pobreza pero también de afrontar una obra que recordaba al antiguo Egipto de los faraones. La actitud de Nasser estaba apoyada externamente por la URSS, que pretendía de este modo combatir el pacto de Bagdad de 1955, auspiciado por EE UU, que ligaba a Irak, Turquía, Irán y Pakistán. Ante la nacionalización del canal, Francia e Inglaterra deciden intervenir militarmente, de acuerdo con Israel. Tiene lugar así la segunda guerra árabe-israelí, el bombardeo de El Cairo y la ocupación por Israel de la península del Sinaí. Pero la amenaza de una intervención diplomática de la URSS y de EE UU obliga a las potencias europeas a retirarse y auspicia la mediación militar de tropas de la ONU sobre la zona. El panorama del Oriente Medio muda sustancialmente con esta guerra: el estado de Israel y el Egipto de Nasser salen fortalecidos, mientras que las dos grandes potencias ocupan las posiciones que tradicionalmente desempeñaban franceses e ingleses.

Otras dos guerras tendrían lugar todavía entre árabes e israelíes. La tercera es la conocida como “guerra de los Seis Días” (junio de 1967), que supuso la consagración de Israel como gran potencia militar en la zona, al lograr inhabilitar a la aviación de los países árabes (principalmente, la egipcia) en sus propios aeródromos. Al propio tiempo, consolidó su expansión territorial alcanzando el mar Rojo en el Sinaí y el Jordán en la Cisjordania. Aunque todavía estallaría una cuarta guerra, la conocida como del Yom Kippur (6 de octubre de 1973), día de la fiesta judía del perdón, que estuvo a punto de suponer la revancha de los árabes frente al poderoso ejército judío. Sin embargo, Israel reaccionó con rapidez, de modo que sólo la intervención de EE UU impidió una nueva humillación de los árabes. Los efectos de esta guerra coinciden con la elevación de los precios del petróleo y una mayor influencia de las grandes

potencias sobre la región, especialmente de EE UU a través de los países árabes más moderados (Arabia, Irán) frente al protagonismo de Egipto o Argelia.

Esta nueva situación internacional abrió el camino para una solución diplomática del conflicto árabe-israelí que, de todas formas, aún tardó varios lustros. El primer paso fue el establecimiento de acuerdos bilaterales entre Israel y países árabes. El más importante fue el realizado con Egipto. En 1977, el presidente Sadat reconoce al estado israelita en un discurso en la *Knesset* (parlamento judío), lo que abre el paso a los acuerdos de Camp David, firmados en 1978 bajo los auspicios del presidente estadounidense Jimmy Carter, por los dirigentes de Israel (Beguin) y Egipto (Sadat).

Esta progresiva división del mundo árabe dejaba al descubierto uno de los problemas iniciales: el futuro de los palestinos. Confiados inicialmente a las acciones desarrolladas por los estados árabes (Egipto o Siria), los palestinos pronto deciden crear su propia organización política, la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) de Yasser Arafat, fundada en 1964, y que logra un progresivo reconocimiento internacional (en 1974 es reconocida por la ONU). Pero la lucha política de los palestinos resulta tarea difícil. Expulsados de Jordania en 1970 tras un cruento enfrentamiento con las tropas del rey hachemita Hussein I, las tensiones se trasladan al Líbano, la “Suiza” del Oriente Medio. Después de los acuerdos de Camp David, quedan sin el amparo de los países árabes, de modo que son presa fácil para los israelíes, debido sobre todo a las profundas divisiones internas de los países árabes. El ejército israelí penetra en 1982 en Líbano, asediando a las milicias palestinas en Beirut, de donde tienen que escapar en dirección a Túnez. Al propio tiempo, los conflictos civiles libaneses propician matanzas en campos de refugiados palestinos (Sabra y Chatila) que merman el prestigio internacional de Israel por su pasividad. A pesar de todas estas dificultades, los representantes del estado palestino acaban por reconocer implícitamente al estado de Israel y proclaman en 1988 un estado palestino fundado sobre las resoluciones de la ONU de la partición de Palestina. A principios de los años noventa, después de la guerra del Golfo, la diplomacia norteamericana acaba por imponer una salida negociada a la cuestión palestina. La tesis de “paz por territorios” desemboca en la instalación de Yasser Arafat en las zonas autónomas de Jericó y Gaza, a partir de los acuerdos de 1993 entre Arafat e Isaac Rabin. Pero la convivencia entre israelíes y palestinos sigue siendo difícil, registrándose de forma intermitente conflictos y enfrentamientos que mantienen a la zona en una constante inestabilidad.

LA REVOLUCIÓN IRANÍ

En la evolución geopolítica del Oriente Medio, además de la creación del estado de Israel, ha desempeñado un papel esencial la posición de Irán, por su valor estratégico para las grandes potencias occidentales con intereses en la región. Desde la segunda mitad del siglo XIX, el territorio de la antigua Persia fue apetecido tanto por la Rusia zarista como por Gran Bretaña, lo que explica las tensiones e inestabilidad política en que vivió este país durante gran parte del siglo XX. En 1921 accede al poder iraní el general Reza Khan, quien en 1926 se proclamó emperador (sha) de Persia y en 1935 restaura el viejo nombre de Irán para definir un país varias veces milenario. Pero durante la II Guerra Mundial, ante la proclividad del sha hacia la Alemania nazi, el país es invadido por la URSS e Inglaterra, para garantizar el control de la ruta del petróleo desde el golfo Pérsico hacia el territorio soviético, obligando al sha a abdicar en su hijo Reza Pahlevi.

A partir de 1946, la evolución de Irán se halla vinculada estrechamente con la lógica de la guerra fría. Aunque el sha se vio obligado en 1951 por presiones populares internas a nombrar primer ministro a Muhammad Musaddaq, un líder apoyado por las masas chiítas, su permanencia en el poder duró tan sólo dos años. Su política de carácter reformista, que se concretó como primera medida en la nacionalización del petróleo, desencadenó la reacción de Inglaterra y EE UU, que apoyaron un golpe de Estado dirigido por el sha en 1953. A partir de entonces, Irán fue el principal gendarme occidental en la zona, hasta la revolución conducida por Jomeini. La política seguida por el sha fue la de intentar occidentalizar el país, a través del ejercicio de una dictadura de carácter militar. A pesar del chorro de dinero que las explotaciones petrolíferas aportaron al país, la corrupción y el despilfarro que caracterizaron el régimen del sha acabaron por acrecentar las desigualdades sociales y fomentar una fuerte contestación social. Las mezquitas se convirtieron en focos de oposición al régimen. Durante la década de los setenta se suceden una serie de agitaciones populares conducidas por los *ayatollahs* chiítas, que acaban por derribar al sha, que abandona Irán en enero de 1979. Dos meses después, el líder de los *ayatollahs,* Jomeini, que se hallaba exiliado en París, retorna a Irán y se convierte en el presidente de una República islámica, fruto de una revolución política en la que se fundían aspectos nacionalistas y religiosos con un rechazo de las posiciones occidentales, a las que tanto había beneficiado el régimen

derrocado. Hasta 1989, año de la muerte de Jomeini, el régimen islámico de Irán mantuvo un duro enfrentamiento con EE UU, tanto a través del episodio de la “crisis de los rehenes” (53 técnicos estadounidenses que permanecieron secuestrados por más de un año en manos de estudiantes iraníes), como con motivo de la larga guerra con Irak (1981-1988), en la que el régimen iraquí de Sadam Hussein contó con una importante ayuda de los países árabes y de EE UU, que intentaban, de ese modo, frenar la expansión del fundamentalismo chíita representado por los *ayatollahs* iraníes. El fin de la guerra irano-iraquí, la muerte de Jomeini y la posterior guerra del Golfo de las potencias occidentales contra Irak abrió un periodo de acercamiento de los líderes iraníes a las posiciones occidentales, que se mantiene hasta la actualidad.

Los cambios políticos, las guerras y las revoluciones que han tenido lugar en esta zona durante el siglo XX siguen poniendo de manifiesto el carácter de polvorín que desde los años veinte tiene la amplia región del Oriente Medio. La creación del estado de Israel, la necesidad de evitar un estado árabe poderoso y la condición estratégica de la zona como productora de petróleo son los hechos clave que explican esta conflictividad que todavía está lejos de haber sido disipada, como demuestran el ascenso del Frente Islámico de Salvación (FIS) en Argelia, los conflictos con el líder de Libia, Muamar el-Gaddafi, o el acoso a que está sometido, desde principios de los años noventa, el régimen de Sadam Hussein en Irak. A todo ello hay que agregar los constantes enfrentamientos entre isralíes y palestinos, en Jerusalén y en los territorios asignados a la Autoridad Nacional Palestina. La región de Oriente Medio, que había estado dominada durante siglos por el Imperio otomano, entró desde el final de la I Guerra Mundial en una situación de constante inestabilidad que no tiene parangón posible con cualquier otra región del planeta, incluidos los Balcanes o el sureste asiático, ni es previsible que logre estabilizarse políticamente en los próximos años. Es una de las más pesadas herencias que el mundo occidental, reunido en Versalles para organizar un paz perpetua, le deja en legado a la humanidad para el tercer milenio.

TERCERA PARTE

EL MUNDO ACTUAL

CAPÍTULO 16

IBEROAMÉRICA CONTEMPORÁNEA: A LA BÚSQUEDA DE LA IDENTIDAD Y EL EQUILIBRIO

LAS INDEPENDENCIAS DE AMÉRICA

Con la crisis del Antiguo Régimen en España y Portugal a principios del siglo XIX llegó a las antiguas colonias el momento de convertirse en repúblicas independientes. El clima intelectual que nutrió los discursos soberanistas tomaba su sustancia del Siglo de las Luces y de los presupuestos de la revolución americana: la apertura del comercio y su intensificación había posibilitado el arribo de las nuevas ideas a los puertos del Imperio español para calar en el seno de las minorías cultas y de las elites económicas, es decir, de las burguesías criollas. Los primeros movimientos revolucionarios anteriores a 1808 fueron el preludio de un proceso acelerado por la invasión napoleónica de la península Ibérica, a pesar de las declaraciones de fidelidad a Fernando VII, por parte de las elites coloniales, frente a la opción de José I, a lo largo de la segunda mitad de 1808. En cuanto a la lógica espacial, los movimientos secesionistas tuvieron tres centros de irradiación en Buenos Aires, Caracas y México, y un sólido glacis defensivo para la metrópoli en Perú. En mayo de 1810 una Junta dirigida por Manuel Belgrano, que agrupaba a lo más granado de la elite criolla de Buenos Aires, proclamaba la independencia de los territorios de La Plata, seguida por Chile en 1811. En México después de varias tentativas, el cura Morelos, en noviembre de 1813, declaraba la independencia del virreinato de Nueva España. En marzo de 1811 un Congreso de los cabildos de las ciudades venezolanas tomaba la misma iniciativa con el establecimiento de los Estados Unidos de Venezuela.

Sin embargo, se trata de procesos políticos repletos de inestabilidades y en absoluto consolidados. La metrópoli española todavía contaba con significativos apoyos sociales, además de controlar espacios estratégicos importantes. La reacción española se extendió entre 1812 y 1815 con éxito en todas partes, salvo en los antiguos territorios del virreinato de La Plata. De esta primera fase

conviene retener la importancia de ciertos factores que desvelan las contradicciones y explican los límites de los movimientos de independencia y que a largo plazo se reproducirán sin apenas variantes durante todo el siglo XIX. Hay que tener en cuenta que el imperio colonial no estaba configurado como un bloque territorial compacto, ni podía serlo. En este aspecto, la compleja orografía americana desempeñaba un papel determinante dividiendo territorios y evitando la solución de continuidad.

En suma, estamos ante una aglomeración de espacios con su propia dinámica, escasamente interrelacionados y ligados directamente a la metrópoli. Las inmensas dificultades, cuando no la imposibilidad para articular el Imperio con un sistema eficiente de comunicaciones terrestres, convirtió a las marítimas en el medio fundamental de relación. Un imperio fragmentado que favorecía la proliferación de los localismos y los particularismos, que en el plano social significaba la profusión de las relaciones clientelares y en el económico el predominio de la economía de enclave con su punto de mira en la metrópoli. Y todo ello se resolvía en contextos socialmente heterogéneos desde el punto de vista étnico: la compartimentación entre indios, mestizos, criollos y españoles de la metrópoli, cada grupo con una específica posición económica y también referente a las estructuras de propiedad. De aquí que los movimientos de independencia ofrezcan una tipología compleja de conflictos: el principal, entre independentistas y realistas, está atravesado por los personalismos y su cohorte de rivalidades y por los conflictos sociales con la población indígena. Precisamente, el temor al indio y a sus reivindicaciones fue una constante a lo largo del convulso periodo de las independencias. Añadamos, por último, la fractura en el interior de la Iglesia a la hora de definir su postura en tan complicada trama.

A partir de 1817 se abre la segunda y definitiva fase que desembocará en la desmembración final del Imperio español. La coyuntura internacional favoreció la nueva oleada independentista, a pesar de que Fernando VII creía contar con la solidaridad de los príncipes de la Santa Alianza para consolidar la pacificación y la conservación del Imperio. El apoyo británico a los criollos resultó decisivo; en él subyacían los intereses de una futura expansión comercial y financiera de singular importancia para un país en plena revolución industrial. Igualmente, el predicamento que la causa independentista alcanzó entre las elites políticas de Estados Unidos es otra variable de consideración, sobre todo en 1822 y 1823.

Esta segunda fase está repleta de novedades para los movimientos independentistas: nuevos hombres capaces de diseñar estrategias y discursos más

elaborados que permitirán superar las visiones particularistas del problema, abordándolo desde una óptica continental; métodos de organización militar más en consonancia con las necesidades para afrontar al ejército regular de los realistas. Dos hombres simbolizan estas nuevas concepciones: Bolívar y San Martín; ambos resultarán básicos para consumar las independencias en Suramérica.

Hijo de un rico plantador criollo y formado en los ambientes europeos, Simón Bolívar era un hombre de treinta y cuatro años cuando desembarcó en Venezuela en enero de 1817. A lo largo de cuatro años consiguió liberar todos los territorios que componían el virreinato de la Tierra Firme, merced a un ejército bien organizado que incluía a hombres de las etnias indígenas. Partidario del mantenimiento de una dictadura militar, la teoría de un gobierno fuerte a base de aunar compromisos entre intereses contrapuestos, Bolívar valoró negativamente la Constitución democrática de 1821, aunque aceptó la presidencia de la nueva República.

Bolívar mostraba muchas coincidencias con San Martín: su formación europea y la comprensión de que la existencia de las nuevas repúblicas sólo ofrecería garantías de futuro si los españoles perdían definitivamente su plataforma defensiva de Perú. San Martín entendía su participación en los movimientos libertadores desde una doble óptica en la que se combinaban la repercusión positiva de una acción exterior de prestigio que galvanizase el incipiente orgullo nacional, en un momento en el que lo que posteriormente sería Argentina buscaba sus señas de identidad, y el principio de la solidaridad interamericana. Con un ejército bien pertrechado, San Martín atravesó los Andes en 1816, colaborando activamente en la definitiva independencia de Chile en 1818. Luego llegó el turno al baluarte peruano, cuya burguesía criolla, temerosa de los indios, no era proclive a los discursos independentistas. Primero San Martín y luego Bolívar, con su lugarteniente Sucre, acabaron venciendo a los realistas tras una larga campaña llena de vicisitudes y de vaivenes. La batalla de Ayacucho en diciembre de 1824 significó la derrota definitiva de los españoles y su retirada del continente americano, porque en el norte también los territorios del virreinato de Nueva España habían alcanzado su independencia, aprovechando la nueva situación política abierta en España en 1820. Bajo el estatuto colonial español continuaron los territorios insulares de Cuba y Puerto Rico.

Se abrían muchas incógnitas con el derrumbamiento del sistema colonial. Sobre todo de tipo político y territorial: ¿qué y cuántos países iban a surgir del

anterior mosaico español? Sin duda el nuevo ordenamiento del mapa americano estaría en relación con las unidades político-administrativas de la etapa colonial pero, ¿en cuál de sus instancias? ¿Los virreinatos, las capitanías generales, las audiencias? Conviene no olvidar que en el mundo doctrinal de los intelectuales de la emancipación el discurso de la nación, al menos como empezaba a concebirse en las revoluciones europeas, quedaba muy diluido o en todo caso postergado frente a la idea y al sostenimiento de la libertad, entendida como el combate frente a los privilegios injustos de la metrópoli y de sus gentes. Estamos, pues, ante un discurso que englobaba y resumía intereses concretos de tipo grupal o clasista. Además, la emancipación heredaba un conjunto espacial y económico atomizado, basado en la yuxtaposición de territorios y de mercados regionales y locales, cuya existencia se basaba fundamentalmente en su relación con España. A ello se añadía, como dificultad técnicamente insuperable por el momento, la complicada orografía con la ausencia de una red de comunicaciones terrestres, débilmente paliada por una serie de relaciones marítimas, que unían los principales puertos entre sí de manera periódica. Dados estos contextos, los intelectos y las estructuras facilitaban el auge de los localismos.

Ya durante la guerra contra los españoles habían entrado en confrontación dos tendencias que proponían la idea de la unidad de los virreinatos y las actitudes centrífugas puestas de manifiesto en las asambleas de muchos de los Cabildos. Situación que encaja a la perfección en el río de La Plata, en donde los diversos libertadores entraron en conflicto: secesión de Paraguay, tensiones entre los territorios que posteriormente compondrán la República Argentina y la autonomía de hecho de la banda oriental, el futuro Uruguay. El virreinato del Perú quedó roto sobre todo después de 1818, con la independencia de Chile y por el hecho de que Perú fuera el bastión español hasta el último momento. El precario nacimiento de la Gran Colombia presuponía la ruptura posterior.

En este juego de oposiciones entre lo general y lo particular, entre unidad y fragmentación, entre tesis unitarias y federalistas, durante la segunda fase de la emancipación, desde 1817 a 1824, los sentimientos americanistas integradores parecieron ganar fuerza de la mano de figuras como Simón Bolívar y se concretaron en la colaboración interamericana para conseguir la definitiva expulsión de los españoles. Después de 1824 Bolívar quiso aprovechar la inercia de la colaboración anterior en la nueva reordenación territorial a la par que auspiciaba la idea de poderes fuertes al frente de los estados. El Congreso de Panamá de 1826, reunido a iniciativa de Bolívar con la pretensión de mantener un foro abierto en el que tomara cuerpo el principio de la solidaridad

interamericana, acabó en fracaso. Un dato significativo: las Provincias Unidas del Río de La Plata, Chile y Brasil no estuvieron representadas en el Congreso. Las divisiones internas predominaron sobre cualquier otra opción.

También influyeron los condicionantes estructurales y las estrategias de Gran Bretaña y de Estados Unidos. El "América para los americanos" del presidente Monroe en 1823 abre una llave, además de ser un aviso para las monarquías europeas de la Santa Alianza, frente a cualquier tentativa de auxilio o apoyo a España para la recuperación de su Imperio, podría ser entendido como una disposición a fomentar la solidaridad republicana de todas las Américas; sin embargo, Estados Unidos vio con buenos ojos la fragmentación de la antigua América hispana. La historiografía ha insistido hasta la saciedad en la estrategia de Londres del divide y vencerás para facilitar su penetración económica.

Los historiadores económicos han resaltado la importancia de los mercados iberoamericanos para la consolidación de la revolución industrial británica. Cuando se haga el balance de esta presencia se llegará a la conclusión de que a finales del siglo XIX prácticamente la mitad de las inversiones totales de Gran Bretaña en el mundo correspondía a la América Latina. Unas inversiones cuyo lado positivo reside en el equipamiento de las infraestructuras de las repúblicas, pero que supuso, como contrapartida negativa, una cadena de presiones y de injerencias políticas en la zona. La parcelación americana se incrementó a finales de los años veinte y tras la muerte de Bolívar. Uruguay alcanzó su independencia en 1828; la Gran Colombia quedó rota entre 1830 y 1832, y en 1839 le llegó el turno a las Provincias Unidas de América Central.

LA COMPLEJA CONSTRUCCIÓN DE LOS ESTADOS-NACIÓN

La construcción política de las nuevas repúblicas estuvo sujeta a toda suerte de tensiones, diseñando contextos de inestabilidad recurrentes en todos los países iberoamericanos. La oligarquización de la política adquiere su plena comprensión si tenemos en cuenta la dinámica de las guerras emancipadoras que aumentó la influencia política de los generales. Actuaron como árbitros de las disputas en el seno de las elites terratenientes y exportadoras, enfrentadas por las diferentes coyunturas en las que se resolvía la economía de exportación. Desde el mundo militar surgieron la mayoría de los caudillos dirigentes. El rosario de guerras civiles y revoluciones —evidentes exageraciones semánticas en muchos casos— responden a una variada gama de variables: tensiones en el interior de

las oligarquías, choques personalistas entre caudillos locales, la militarización de la política, las exigencias populares de democratización, las reivindicaciones de las poblaciones indígenas o el choque entre federalistas y unitarios. Todo ello supone el afloramiento de un sustancioso debate político, una rica batalla de ideas, de la que están ausentes las capas indias, salvo en el caso de México y de algunos países centroamericanos. Desde mediados del siglo XIX y de forma paulatina, se construyen tejidos políticos más consistentes y modernos y tiende a reducirse el desfase entre los mundos teóricos que señalan las constituciones y la realidad de la acción política. Un papel estabilizador que es desempeñado por los caudillos nacionales que se definen a sí mismos como representantes de los intereses globales de la nación, que sustituyen a los anteriores caudillos partidistas y que desarrollan una especie de bonapartismo a la americana.

Por su trayectoria política durante los decenios posteriores a la independencia, Argentina resume a la perfección el complejo mosaico de tensiones que acompañan a la definición, organización y viabilidad del estado-nación, en un espacio con gran porvenir económico. En primer lugar, en cuanto al establecimiento de unos límites territoriales precisos. La disgregación del antiguo virreinato del Río de La Plata en cuatro entidades, Argentina, Bolivia, Paraguay y Uruguay, estuvo sometida a conflictos de toda clase en los que Brasil tomó parte, y que, al igual que en la propia definición que en Argentina, salpicaron el enfrentamiento entre las fuerzas centrífugas, concretadas en la consolidación de poderes locales y regionales, y los intentos de Buenos Aires y de la burguesía porteña para imponer su papel rector. Esta cuestión afectó enormemente al devenir político argentino con el debate continuado y violento entre las posiciones centralistas, federalistas o aquellas otras proclives a acentuar la fragmentación y a transformar los poderes regionales en nuevas realidades estatales. Un marco adobado por las rivalidades personales, de contenido clientelar, por el papel cada vez más activo en el campo de la política y por las confrontaciones ideológicas acerca de la definición del poder entre los partidarios de fórmulas autoritarias o restrictivas y los que se inclinaban por soluciones de mayor calado democrático. La llegada de Rosas al gobierno de la provincia de Buenos Aires en 1829 significó un primer paso para la estabilidad política y para la búsqueda de fórmulas de equilibrio entre los caudillos provinciales. El pacto interprovincial de carácter federal de 1831 supuso un salto cualitativo en la configuración y en la modernización de la administración bajo ordenamiento constitucional, que Rosas aprovechó para afianzar el papel dirigente de Buenos Aires, sobre todo en lo referente a la política exterior, sin

que ello supusiera el final de las disidencias provinciales, agravadas por el intervencionismo en los conflictos uruguayos y por la injerencia anglo-francesa, atraída por el despegue de la economía ganadera.

En 1852 Rosas fue sustituido violentamente por una coalición heterogénea, encabezada por Urquiza, gobernador de la provincia de Entre Ríos, y sostenida por Brasil y Montevideo. La primera consecuencia del cambio político fue la crisis de la hegemonía de Buenos Aires. La Constitución federal de 1852, además de establecer un poder ejecutivo fuerte para toda la nación, creó las condiciones para la articulación más estrecha del mercado interior, con la supresión de las aduanas provinciales, en un momento en el que se incrementaban las inversiones extranjeras y el ciclo de la prosperidad agraria tomaba mayor empuje con la conquista de nuevas tierras a la antigua población indígena. Sin embargo, Buenos Aires renunció a integrarse en la nueva confederación; cuestión que subsistió hasta 1859 con la victoria de Urquiza sobre las tropas porteñas. Sus sucesores en la presidencia, Mitre, Sarmiento, Avellaneda y Roca fueron solventando los sucesivos conflictos y asentando el Estado, proceso en el que el ejército nacional iba adquiriendo un mayor predicamento. En 1880 Buenos Aires quedó establecida como capital federal. Se había consolidado un entramado constitucional restrictivo de naturaleza federal, en el que el presidente de la República desarrollaba un papel de arbitraje y mediación entre las provincias y entre los diferentes intereses oligárquicos en presencia que incluía a los jefes del ejército. En suma, un complejo y delicado equilibrio, que, más allá de las coyunturas, reposaba en una economía exportadora próspera, que en las décadas finales del siglo atrajo a los emigrantes europeos. Con ellos entraron sus sindicatos y su tradición política y se diseñaron nuevas formas de organización y de participación de la sociedad civil. La constitución de la Unión Cívica Radical significó la aparición del primer partido de masas de Argentina, que alcanzó el poder en 1916 de la mano de Hipólito Yrigoyen.

Después de la muerte de Bolívar en 1830 las tendencias disgregadoras se hicieron más ostensibles en el espacio de la Gran Colombia. En 1832 quedó proclamada en Bogotá la República de Nueva Granada. Así Colombia iniciaba su transcurrir como país independiente sin poder superar a lo largo del siglo XIX un contexto continuado de inestabilidad política, resuelto frecuentemente de manera cruenta y sin que cuajaran unas estructuras económicas que al menos asegurasen un potente sector destinado a la exportación como en otros países iberoamericanos. Las exportaciones de tabaco o de añil ni siquiera sirvieron para

contrarrestar los costes de los innumerables conflictos civiles o para aliviar el enorme peso de la deuda exterior de extraordinario monto desde el final de las guerras de independencia y siempre de onerosa negociación con Gran Bretaña, principal país acreedor. Sin embargo, los intentos reformistas fueron variados y demostrativos de una inquietud política que sobrepasaba los ámbitos de las elites del poder y del dinero.

El general Tomás Cipriano Mosquera emerge como uno de los caudillos reformistas más significativos de las décadas centrales del siglo. Procedente de las filas del conservadurismo, rompió con los principios doctrinales de esta formación y durante su primer mandato (1845-1849) llevó adelante un ensayo de reformas, tibio pero necesario, con el intento de modernizar la administración y crear alguna infraestructura básica, en un país de difícil orografía, como fue la construcción del ferrocarril interoceánico por el istmo de Panamá o las mejoras en la navegación fluvial. Sin embargo, muchas de las instituciones coloniales seguían vigentes a pesar de la independencia. De su desmantelamiento se ocupó el general José Hilario López, presidente de la República durante el periodo 1849-1853. Se le ha definido como un hombre del 48 a escala colombiana. La instauración de un nuevo sistema fiscal dejó enterrado definitivamente el desarticulado mundo perceptor de rentas de la etapa colonial. La esclavitud fue suprimida, se tomaron medidas secularizadoras y se estableció la libertad de cultivos que animó el incremento de las propiedades dedicadas al cultivo del tabaco. Su sucesor, el general Obando, se planteó sin éxito una política dedicada a la protección de la rudimentaria industria local.

La cuestión de las relaciones entre el poder central y las provincias también tuvo su marco de extremas tensiones en Colombia. La Constitución de 1858, tendente a reforzar el poder central, provocó la guerra civil de la que salió triunfante el general Mosquera, representante de la política de las provincias frente a Bogotá. Su segundo mandato, entre 1861 y 1867, puso en marcha el ciclo de los reformistas radicales durante veinte años. Para empezar, la Constitución de Rionegro de 1863 ensanchó los cauces de la libertad y de la participación política y amplió el poder de las provincias frente al central. Se intensificó la política de laicización con la supresión de la Compañía de Jesús, la libertad de cultos y la confiscación y desamortización de los bienes eclesiásticos, en lo que subyacía el deseo de expandir la economía. Pero en el plano económico residió el talón de Aquiles del reformismo de los liberales, cuya figura más representativa fue el doctor Manuel Murillo Toro. La utilización de los beneficios de las exportaciones para el desarrollo económico interior se hizo

imposible por razones estructurales, por la imposibilidad política de reformular las tesis librecambistas, por los agobios de la deuda y, sencillamente, por el declive de las propias exportaciones.

La reacción conservadora se autoproclamó regeneracionista. Elaborada por Rafael Núñez, que alcanzó la presidencia en 1880, cerraba el ciclo liberal. La Constitución de 1886, de carácter unitario, sustituyó a la de Rionegro, con el concurso de las principales oligarquías y del alto clero católico dispuesto a recristianizar el campo de la enseñanza y el mundo intelectual. Las tensiones entre conservadores y liberales aumentaron exponencialmente hasta desembocar en ruinosas guerras civiles. Precisamente Colombia acabó el siglo XIX y abrió el XX con la guerra civil de 1899 a 1903, especialmente dañina en sus consecuencias: las pérdidas humanas superaron las 100.000 personas. Un país arruinado no pudo evitar en 1903 la estrategia de Estados Unidos dirigida a la secesión de Panamá, lugar elegido para la construcción del canal interoceánico.

El Congreso de Valencia, reunido en mayo de 1830, sancionó la independencia de Venezuela, fuera del espacio de la Gran Colombia. El país iniciaba su periplo soberano alimentando las mismas variables de inestabilidad que otros países iberoamericanos con ciertas dificultades añadidas. No hay que olvidar que el territorio venezolano fue uno de los teatros de operaciones fundamentales de las guerras de independencia. Nueve años de actividad bélica, de gran crueldad por todas las partes en presencia, había intensificado las destrucciones humanas y materiales hasta diseñar un balance desolador: pérdidas demográficas cercanas al 33 por ciento.

El proceso de consolidación del estado venezolano alcanza su fase de madurez a partir de los años sesenta cuando sedimenta la solución federal, obra intelectual del pensamiento liberal-radical y de la personalidad de Guzmán Blanco. La República censitaria de la oligarquía conservadora de terratenientes, comerciantes y jefes militares había entrado en crisis a mediados de siglo, poniéndose en marcha la época de las reformas: abolición de la esclavitud en 1854, supresión de la pena de muerte por delitos políticos, abolición de la ley de 1834 que permitía el embargo de bienes por impago de deudas o los avances de la instrucción pública. Un conjunto reformista que se desarrollaba en un marco político repleto de contradicciones en el que se sucedían las intentonas caudillistas de perpetuación en el poder.

La rebelión de 1859 abrió el paso a la revolución federal en Venezuela. La guerra civil duró hasta el Convenio de Cache en 1863. En marzo de 1864 fue sancionada la Constitución federal. Nacían los Estados Unidos de Venezuela,

conjunto de veinte estados soberanos con un gobierno central de reducidos poderes, un presidente no reelegible para un periodo de cuatro años, gran autonomía municipal y la supresión de cualquier privilegio contrario a la igualdad política y civil. Después de una etapa de fuertes tensiones políticas, la revolución de 1868 insistió en el discurso federal contando como protagonista a uno de los caudillos nacionales más singulares de la historia venezolana: Guzmán Blanco, autoproclamado pacificador y regenerador, que prácticamente monopolizó el poder de forma autoritaria desde 1870 a 1887, bien directamente o por hombre interpuesto. Años de progreso y de reformas que modernizaron el país en todos los planos: desde la obligatoriedad de la enseñanza primaria hasta la construcción de infraestructuras, pasando por las reformas hacendísticas o la acentuación del carácter laico de la sociedad. A pesar de los nuevos conflictos políticos que se desencadenaron en la última década del siglo, Venezuela se había convertido en un espacio atractivo para las corrientes migratorias europeas en un momento en el que se vislumbraba la era del petróleo.

México constituyó la unidad territorial más extensa surgida de la fragmentación del Imperio español. En su convulsa evolución política hasta las últimas décadas del siglo XIX se combinan los intereses de su gran vecino del norte y los enfrentamientos derivados de su heterogénea composición social. La complejidad de los conflictos se resuelve en un contexto con varias líneas de fractura: primero, en el seno de unas elites criollas aristocratizantes, a lo que se añade la capacidad de rebeldía de los contingentes indígenas, reclamando mejoras de vida, la apertura de la sociedad y el acceso a las instancias del poder, sobre la base de un discurso singular de naturaleza reformista que ha venido en denominarse liberalismo indígena. El enfrentamiento con Estados Unidos tuvo un primer escenario de derrota en Texas en 1836, ampliado en 1848 tras la firma del Tratado de Guadalupe-Hidalgo, que significo la transferencia a Estados Unidos de prácticamente la mitad del territorio mexicano.

La Revolución de 1854 desembocó en la ascensión al poder de nuevas elites procedentes de los ámbitos liberales de las provincias, entre las que sobresalía Benito Juárez, de origen indio zapoteca. Diseñaron el plan de Ayutla, de carácter reformista y secularizador concretado en la Constitución de 1857. La oposición radical y violenta de los conservadores se tradujo en una guerra civil. La negativa de Benito Juárez al pago de la deuda externa internacionalizó el conflicto. La injerencia de Napoleón III y el apoyo que recibió de los conservadores permitieron la entronización de Maximiliano de Austria como emperador de México en 1864; huérfano de suficiente concurso, enfrentado con

parte de sus valedores conservadores y finalmente abandonado por los franceses, Maximiliano fue derrotado y fusilado en Querétaro en 1867. Por fin Benito Juárez pudo poner en marcha su plan modernizador. Tras su muerte, una revuelta militar conservadora elevó al poder al coronel Porfirio Díaz, síntesis de la figura del caudillo nacional, cuya dictadura, el porfiriato, se extendió hasta 1910.

LAS GUERRAS DE LAS REPÚBLICAS

Las guerras civiles internas tienen su prolongación en los conflictos armados, especies de guerras civiles, más allá de los ámbitos nacionales, que enfrentan a las repúblicas por razones diversas. En primer lugar, emergen los litigios fronterizos, secuela de los problemas existentes en la época colonial para demarcar los límites entre las diferentes divisiones administrativas y políticas, sobre todo en las regiones escasamente colonizadas o exploradas. En las disputas fronterizas subyacen ambiciones territoriales, intereses expansionistas o son utilizadas por algunos caudillos nacionales para reforzar su influencia y poder o para conseguir un mayor grado de cohesión nacional a base de exacerbar pulsiones sentimentales y políticas frente al enemigo exterior. En las décadas finales del siglo se unen las variables de índole económica, es decir, los enfrentamientos por el dominio de territorios estratégicos con subsuelos especialmente bien dotados de riquezas minerales.

En los decenios posteriores a la independencia, Brasil estimuló las tensiones y los enfrentamientos entre los diferentes territorios del Río de La Plata. El interés brasileño se centró sobre todo en la banda oriental, en Uruguay, la clásica provincia rebelde a los intentos unitarios y hegemónicos de Buenos Aires. El todavía Brasil portugués invadió la banda oriental en septiembre de 1816 con el pretexto de restablecer el orden frente a la anarquía imperante en época del caudillo Artigas. Vencida la resistencia de este último, Uruguay fue incorporado a Brasil bajo la denominación de Estado Cisplatino. Cuando se produjo la independencia de Brasil en 1822, Uruguay se convirtió en mera provincia suya. La ayuda argentina facilitó la sublevación uruguaya de los Treinta y Tres Orientales. Una asamblea proclamó en agosto de 1825 la reincorporación de la banda oriental a las Provincias Unidas del Río de La Plata. Finalmente, la mediación británica desde 1826 hizo posible la plena independencia de Uruguay en agosto de 1828. Nacía una especie de estado tapón entre Brasil y Argentina. Posteriormente, entre 1843 y 1852, al mismo tiempo que Brasil, Uruguay

intervino en los enfrentamientos entre Buenos Aires y las provincias argentinas.

Desde los orígenes de su emancipación Paraguay fue un país a la defensiva, temeroso de las reivindicaciones territoriales de sus vecinos, sobre todo de las provincias del Río de La Plata. Durante la dictadura personal de José Gaspar Rodríguez Francia, que se extendió de 1814 a 1840, el país mantuvo una férrea autarquía; aislamiento frecuentemente justificado como una etapa necesaria para consolidar la independencia nacional en términos políticos y económicos, la apertura en todos los órdenes llegó desde 1841 con el nuevo presidente Carlos Antonio López: progreso material y reconocimiento de Paraguay por Brasil (1844) y Argentina (1852). Tras su muerte le sucedió su hijo Francisco Solano López, deseoso de establecer una política más activa y agresiva en la zona rioplatense. La guerra civil en Uruguay entre blancos y colorados, en la que se interesaron Brasil y Argentina, complicó la situación. López advirtió que no toleraría injerencias extranjeras en Uruguay que atentasen contra el equilibrio de los estados del Plata. La entrada de tropas brasileñas en la República Oriental precipitó los acontecimientos, sobre todo cuando Argentina negó el paso a las tropas paraguayas por el territorio de Misiones. En marzo de 1865 Paraguay declaró la guerra a la triple alianza compuesta por Brasil, Uruguay y Argentina. La ofensiva paraguaya pronto se convirtió en una cadena de derrotas dramáticas y ruinosas. Desde el punto de vista demográfico, las consecuencias no pudieron ser más catastróficas: Paraguay contaba con poco mas de 1.300.000 habitantes en 1863 y cuando se terminó la guerra en marzo de 1870 apenas 220.000 poblaban el país. Los conflictos fronterizos se resolvieron en tratados de límites firmados por separado: en 1872 con Brasil y en 1876 con Argentina, que confirmó su soberanía sobre el territorio de Misiones.

Desde su definitiva independencia en 1818, Chile fue ampliando su territorio efectivo hacia el sur, en perjuicio de los indios araucanos, como salida expansiva lógica, teniendo en cuenta los desérticos límites del norte. Pero conforme avanza el siglo XIX resulta un hecho la revalorización del rico subsuelo del desierto de Atacama y de la región litoral de Bolivia, objeto de especial atención por parte de Chile y de las compañías explotadoras del salitre, en su inmensa mayoría controladas por capitales británicos. Por tanto, en la guerra del Pacífico de 1879 a 1883 entre Chile y la coalición de Perú y Bolivia confluyen las ambiciones territoriales de los estados de la zona y los intereses del capital extranjero que proporcionan nuevas dosis de tensión. El 1 de febrero de 1879 el gobierno boliviano planteó la suspensión del régimen favorable de concesiones otorgadas a Chile y a las compañías explotadoras del salitre en 1866; una semana después,

las tropas chilenas ocupaban Antofagasta y parte del litoral boliviano. Perú cerró filas junto a Bolivia. En abril de 1879 Chile oficialmente les declaró la guerra, cuyo principal teatro de operaciones fue el mar y en la que se puso de manifiesto la superioridad logística y estratégica de los ejércitos chilenos, de estructura más moderna y mejor dotados gracias al apoyo exterior. Desde 1879 se asiste, pues, a sucesivas victorias chilenas que desembocaron en la ocupación de Lima en enero de 1881. Por fin la resistencia de los aliados quedó doblegada y en octubre de 1883 quedó zanjada la guerra, con los consiguientes recortes territoriales para Perú y Bolivia que perdió su salida al mar, y el paralelo afianzamiento del poder de las compañías mineras. Posteriormente, en 1904, un tratado entre Chile y Bolivia normalizó sus relaciones y permitió la construcción de la línea ferroviaria entre La Paz y el puerto de Arica, abierta en 1913, especie de cordón umbilical esencial para el comercio exterior boliviano.

LA LÓGICA DE UNAS ECONOMÍAS EXPORTADORAS

A lo largo del siglo XX las economías latinoamericanas desarrollaron modelos diferentes de crecimiento y de política económica. Aunque cada país ofrece sus propias características, puede hablarse de unas tendencias comunes que permiten establecer tres periodos económicos distintos: 1900-1930; 1930-1990; los años noventa. A principios del siglo XX países como Argentina o Brasil, entre otros, eran considerados en la psicología popular de la Europa occidental como tierras de promisión, con un próspero futuro, adonde merecía la pena emigrar para conseguir una vida mejor. Millones de europeos, sobre todo españoles e italianos, se encaminaron hacia América del Sur. El dicho “hacer las Américas” se convirtió en metáfora de una vida próspera y plena de fortuna, y respondía a la realidad, porque las expectativas económicas de estos países exportadores, cuyas materias primas y productos alimentarios invadían el mercado mundial, eran muy buenas. Las economías exportadoras con bajas densidades de población atraían a los emigrantes europeos, considerados como la base y la fuerza para ampliar y reproducir un modelo económico que, a largo plazo, se pensaba robusto y eficaz.

Entre 1900 y 1930 los países de América del Sur experimentaron un notable crecimiento, que fue más acusado en la etapa anterior a la I Guerra Mundial. La consecuente modernización afectó, como es lógico, a los sectores exportadores, aunque países como Argentina, México y Brasil tendieron a diversificar sus

economías. Argentina amplió su producción de cereales a costa del pujante sector ganadero. El trigo y las carnes argentinas encontraban fácil acomodo en Europa y Estados Unidos, gracias a los nuevos avances técnicos en la conservación de alimentos. Uruguay siguió un proceso muy similar. Brasil invadió los mercados mundiales de café, al igual que Colombia, con el problema de la sobreproducción siempre presente. El salitre era un componente esencial de las exportaciones chilenas hasta la I Guerra Mundial. La alternativa del cobre y otros productos mineros mantendrían posteriormente las exportaciones de Chile, Perú o Ecuador. Por su parte, Centroamérica afianzó su especialización en la fruta, cuya producción monopolizaba la multinacional norteamericana United Fruit Company.

Los sistemas económicos de exportación suelen tener los mismos puntos débiles:

—son muy vulnerables a la coyuntura del mercado mundial, porque su éxito depende de que exista una demanda internacional en continuo auge que posibilite nuevos niveles de crecimiento;

—en el interior del país toda la organización y modernización empresarial, técnica y de infraestructuras se realiza en función de las exportaciones, marginando el desarrollo de los mercados internos. Asimismo, dependen de las inversiones extranjeras, que acaban por dominar los resortes económicos esenciales;

—basan su actividad en el intercambio a escala mundial de materias primas y productos alimentarios a cambio de productos manufacturados o de consumo, maquinaria industrial y tecnología en general. Ello significa que el crecimiento económico depende de la relación de intercambio, es decir, de que el valor de las exportaciones supere el de las importaciones para mantener un superávit de la balanza de pagos que, junto a las inversiones exteriores, permita la modernización del sector exportador.

América Latina optó por el sistema de exportación condicionada por su historia, su organización social, su geografía y su economía previa: ausencia de una clase empresarial similar a la europea, conjuntos sociales heterogéneos, dificultades geográficas y falta de capitales nacionales; estos factores entorpecían la formación de mercados interiores estructurados. Por otra parte, existía una tradición exportadora similar que en el siglo XIX había encontrado su complemento en Gran Bretaña. Los capitales y mercados británicos desarrollaron enormemente las actividades portuarias en América del Sur. Durante el primer tercio del siglo XX, Estados Unidos fue sustituyendo

progresivamente la influencia económica británica en un lento proceso que culminó después de la II Guerra Mundial. Las empresas y los capitales estadounidenses tenían una nueva estrategia dirigida al control de la producción y no sólo al de la comercialización. Los primeros síntomas de los límites de las economías exportadoras iberoamericanas se manifestaron después de la I Guerra Mundial. La disminución de la demanda internacional y el cierre de algunos mercados tradicionales pesaron gravemente sobre estos países. Los más poderosos —México, Brasil y Argentina— respondieron con la creación de estructuras industriales embrionarias, con vistas a un futuro despegue que pudiera asegurar el crecimiento autosostenido. Pero fueron las consecuencias de la crisis de 1929 las que provocaron el hundimiento de las economías de exportación, que fue más o menos acusado, según la fortaleza de los países. La crisis internacional tuvo los siguientes efectos: la disminución al máximo de las inversiones de Estados Unidos en la zona, esenciales para la expansión de los circuitos exportadores; el cierre de los mercados y la reducción del volumen de las exportaciones, como consecuencia de la contracción de la demanda internacional, y la reducción de las exportaciones iberoamericanas, debido al incremento de los nacionalismos económicos y de las políticas proteccionistas en los países tradicionalmente compradores.

Los ensayos de industrialización en Iberoamérica, o al menos en los países más desarrollados, comenzaron tímidamente a principios de siglo, se reforzaron en los años treinta y alcanzaron sus máximos logros después de la II Guerra Mundial. Conforme se contraían los mercados internacionales, la respuesta fue intensificar un tipo de industrialización denominado de sustitución de importaciones, centrado en el sector de bienes de consumo.

Progresivamente, la industrialización entroncó con las teorías de la dependencia, muy en boga a partir de 1945. Estas teorías atribuían el atraso económico de Iberoamérica a causas exógenas, es decir, a la dependencia y subordinación de estos países a los principales centros capitalistas internacionales, que tenían la última decisión en cuestiones de compras o de precios. Según estos teóricos, de ahí se derivaba un intercambio desigual que se traducía en el mayor aumento de los precios de los productos industriales, en comparación con los agrarios, y de las materias primas. La conclusión era obvia: cualquier país que basara su economía en las exportaciones agrarias o mineras se empobrecería y acentuaría su subdesarrollo. Por tanto, la única solución residía en el sostenimiento de una política industrializadora que potenciase los mercados internos y que incluyera algún tipo de reforma agraria, no en el sentido social del

término, sino para introducir con más vigor el capitalismo en el campo. Tanto el discurso populista nacionalista como el marxista coincidieron en la defensa de la industrialización como la alternativa más realista contra el subdesarrollo y la dependencia. En suma, los intentos industrializadores se fundaban sobre razones de economía internacional, explicaciones teóricas y variables de política interior.

Se trataba de políticas industrializadoras promovidas por el Estado, que se convirtió en su principal agente financiador junto con el capital extranjero. Con ello se lograba una industrialización subsidiaria, protegida por aranceles muy elevados, lo que ha llevado a algunos historiadores a hablar de nacionalismo económico y de políticas autárquicas. A largo plazo, ningún país iberoamericano consiguió crear un tejido industrial consistente. Los empresarios del sector, más que buscar el beneficio en una mayor competitividad, procuraban aumentar las subvenciones estatales. En estas condiciones, las exportaciones de productos industriales fueron muy reducidas. Sólo Brasil y México encontraron alguna salida en los mercados internacionales.

Los historiadores económicos insisten en que estos nacionalismos industrializados aumentaron los desequilibrios económicos por razones tales como que generaron fuertes tensiones inflacionistas, ya que el incremento de los gastos estatales se compensó con la emisión de moneda; absorbieron recursos del sector exportador, que tuvo dificultades para modernizarse; incrementaron los déficit de las balanzas de pagos o favorecieron el endeudamiento exterior. Como esta situación fue coetánea del *boom* económico europeo, la frustración se hizo patente en estos países. Tampoco la ayuda económica internacional obtuvo logros significativos. El ejemplo más claro lo tenemos en el fracaso del plan norteamericano Alianza para el Progreso, iniciativa semejante al Plan Marshall, que puso en marcha la administración Kennedy. Este plan de ayuda pretendía ser una primera campaña de ayuda económica que empujara la reforma de las estructuras económicas, que la inversión privada internacional se encargaría posteriormente de desarrollar por completo. La Alianza para el Progreso quiso ser el muro de contención de la Revolución cubana por la vía desarrollista, pero el proyecto fue abandonado después del asesinato de Kennedy.

DEUDA EXTERNA BRUTA DESEMBOLSADA[1]
(saldo a fines de año en millones de dólares)

País	1980	1990	1998[2]
Argentina	27.162	62.233	139.738
Bolivia[3]	2.340	3.768	4.656
Brasil[4]	64.000	123.439	243.163
Chile	11.207	18.576	31.691
Colombia	6.805	17.993	33.896
Costa Rica	2.209	3.924	3.537
Ecuador	4.167	12.222	16.400
El Salvador[3]	1.176	2.076	2.640
Guatemala	1.053	2.387	3.488
México[5]	50.700	106.700	161.213
Nicaragua[3]	1.825	10.715	6.287
Panama[3]	2.271	3.795	5.350
Paraguay	861	1.670	1.507
Perú	9.595	22.856	30.014
República Dominicana	2.173	4.499	3.507
Uruguay[3]	977	2.937	5.275
Venezuela	26.963	35.528	30.689

1 Incluye la deuda externa del sector público y privado. También incluye la deuda con el Fondo Monetario Internacional.

2 Cifras preliminares.

3 Deuda externa pública.

4 El aumento de la deuda observado en las cifras oficiales del Banco Central del Brasil de 1977 y 1988 así como la composición de aquélla en el corto y largo plazo, supuso algunos cambios en los asientos de algunas partidas de la Balanza de Pagos publicada por el Banco. Estos cambios no han permitido aún que la Secretaría de la CEPAL pueda realizar una conciliación plena de la deuda externa y la Balanza de Pagos.

5 La deuda pública excluye la inversión en valores públicos de los no residentes.

[Fuente: Anuario de la CEPAL]

Muchos círculos intelectuales de Iberoamérica se plantearon como alternativa al subdesarrollo económico la construcción del socialismo. Profundizando en las teorías de la dependencia insistían en que las salidas capitalistas al subdesarrollo habían demostrado históricamente su fracaso; como solución preferían un socialismo. Un socialismo al que se llegaría por el camino revolucionario, a

imagen y semejanza de Cuba, o a través de sucesivas reformas. El método de transición al socialismo provocó intensos debates en el seno de los intelectuales marxistas. En la práctica se materializaron tres modelos diferentes: el cubano, con una política económica basada en la planificación soviética; el proyecto de la Unidad Popular de Salvador Allende en Chile (1970-1973), a base de un plan de reformas sucesivas; y el Frente Sandinista en la Nicaragua de los años ochenta, que se inclinó por un sistema mixto.

SALVADOR ALLENDE (1908-1973)



Nació en Valparaíso en 1908. Obtuvo la licenciatura en Medicina, pero pronto se dedicó a la política. En el clima de la depresión económica de los años treinta y en una época turbulenta para la política chilena, Allende fue uno de los fundadores del Partido Socialista en 1933. Su experiencia parlamentaria fue dilatada en el tiempo: primero como diputado desde 1937 a 1945 y luego como senador hasta 1970. Durante la etapa del Frente Popular ocupó el ministerio de Sanidad desde 1939 hasta 1942. Fue candidato a la presidencia chilena en 1952, 1958, 1964 y 1970, momento en el que resultó vencedor por mayoría relativa, por lo que su elección tuvo que ser ratificada por el Congreso. Por tanto, cuando Allende asciende a la presidencia de la República tiene una experiencia acrisolada en política y una línea ideológica claramente marcada, puesta de manifiesto en el programa de la Unidad Popular, la coalición electoral de radicales, socialistas, comunistas y disidentes demócrata cristianos: la construcción del socialismo en libertad, a través de la acción política democrática.

Ideológica y espiritualmente, Allende está lejos de las vías insurreccionales y de las estrategias de la violencia. Para Allende el término socialismo se llena de un doble contenido, antiimperialista y nacionalista, que persigue el rescate de la riqueza para el pueblo chileno, además de una distribución más equitativa de la renta nacional a partir de una política económica de corte dirigista. En suma, un proceso de reformas de gran alcance que por su método se alejaba de la mitología revolucionaria a la cubana o de los reformismos populistas. La calidad moral de Allende, su estricto respeto por las sendas constitucionales, atrajo la respetuosa atención de los círculos progresistas mundiales, aumentada por el acoso continuado que sufrió desde los extremos del arco político chileno. Desde Estados Unidos,

inquieto por las nacionalizaciones de los recursos mineros y dentro del clima de la guerra fría, la conjura ensanchó sus cauces y el 11 de septiembre de 1973 un golpe militar acabó con el experimento político y con la vida de Allende, defensor del palacio presidencial de La Moneda, frente a los militares rebeldes, creyendo firmemente que otros recogerían su bandera y su discurso. Así lo puso de manifiesto en sus últimas palabras desde la bombardeada residencia presidencial, transmitidas por Radio Magallanes, que no tardó en ser acallada.

La crisis económica internacional de los años setenta afectó profundamente a los países iberoamericanos no productores de petróleo. Otros países productores de petróleo, como México o Venezuela, que en teoría debían haber salido beneficiados, acabaron gastando los recursos obtenidos por las ventas de petróleo sin que sus estructuras económicas se modernizaran de forma significativa. La corrupción de las elites políticas y económicas y la especulación complicaron el panorama. Los Estados se endeudaron masivamente hasta llegar a una situación insostenible, en la que no podían pagar los intereses de la deuda y mucho menos hacer frente a su amortización. El bloqueo económico fue total. Durante la década de los ochenta, el crecimiento económico per cápita fue negativo en toda Iberoamérica, con un sacrificio social enorme para los trabajadores asalariados y las clases medias.

Los años noventa contemplan nuevas políticas económicas. Por influencia del Fondo Monetario Internacional se han generalizado las políticas denominadas de ajuste y neoliberales, que a corto plazo tienen un coste social considerable. Por un lado, tienden a la disminución radical del gasto público; por otro, a la reducción de la presencia del Estado en la vida económica. Son políticas opuestas a los nacionalismos económicos anteriores y pretenden la construcción de economías más abiertas a los mercados internacionales y más relacionadas entre sí. Este punto ha llevado a la creación de marcos regionales de integración. En esta línea se sitúan el Acuerdo de Libre Comercio entre México, Estados Unidos y Canadá, y el Mercado Común del Sur entre Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay, ampliable a otros países de la zona.

Los desequilibrios sociales se extienden por toda Iberoamérica dando lugar a estructuras sociales marcadas por la dualidad. El Primer Mundo y el Tercer Mundo, la riqueza ostentosa y la miseria más desesperante conviven en espacios físicos muy próximos, lo que hace más vivo el contraste. Un sector de la población más o menos amplio según los países tiene acceso al bienestar económico, social y cultural, y disfruta condiciones de vida similares a las de los países más desarrollados. Pero otro sector mayoritario de la sociedad sufre la

pobreza y la marginación, en una situación tercermundista que afecta sobre todo a las poblaciones indígenas, cuyas posibilidades de integración son muy reducidas. La distribución de la renta, como indicador de integración social, permite establecer diferencias entre los países. Argentina, Chile, Brasil, Uruguay, México, Venezuela y Costa Rica poseen unas clases medias más desarrolladas. La disparidad en el ingreso se acentúa en los restantes países suramericanos, para llegar a su máxima expresión en Centroamérica, donde una elite compuesta por algunas familias posee la inmensa mayoría de la renta nacional. El ideal del ciudadano sujeto de derechos civiles y sociales queda ahogado en el mar de la injusticia de muchos países. Para extensas capas de la población, el trabajo estable, la atención médica y la educación representan lujos inalcanzables, mientras viven sumidas en una economía de subsistencia, apuntalada en el trabajo de una familia extensa y en la solidaridad de las personas que viven en proximidad.

Hasta después de la II Guerra Mundial las principales disparidades sociales se producían entre el campo y la ciudad. Frente a unas regiones agrarias sujetas a múltiples tensiones, provocadas por la existencia simultánea de latifundios y minifundios, surgían las ciudades como entornos más equilibrados. Pero el desfase entre el crecimiento económico y el demográfico ha complicado la situación. La presión demográfica en las zonas rurales ha provocado una corriente migratoria constante hacia las ciudades, que en consecuencia sufren una expansión desmesurada y desequilibrada. Aumentan los espacios urbanos deprimidos y marginados, carentes de las infraestructuras más esenciales, donde se hacinan millones de personas sujetas a durísimas condiciones de vida.

LA EVOLUCIÓN DE LOS SISTEMAS POLÍTICOS EN EL SIGLO XX

El conjunto de los países iberoamericanos había heredado del siglo XIX unas estructuras políticas muy restringidas, escasamente integradoras y francamente elitistas; salvo excepciones, la vida política se basaba en la alternancia en el poder de dos agrupaciones políticas, conservadores y liberales, que respondían a los intereses de una misma clientela social: los propietarios y las reducidas clases medias, que ejercían su poder político a través del sufragio censitario. Sus programas económicos y sociales apenas se diferenciaban, pero sí hacían valoraciones ideológicas muy distintas de asuntos como las relaciones entre Iglesia y Estado, en el que los liberales se mostraban anticlericales. En países

como Argentina, Brasil o México el debate entre partidarios del centralismo o del federalismo era otra cuestión que suscitaba divergencias. La falta de consenso acarreaba el enfrentamiento, a veces violento, entre las dos formaciones y, en cualquier caso, el recurso al clientelismo, por lo que el caciquismo, manejado por caudillos locales y regionales, y el falseamiento de los resultados electorales estaban a la orden del día. En definitiva, se trataba de un sistema que dejaba fuera del juego político a una parte considerable de la población, sobre todo a la campesina de origen indígena. Ya desde los albores del siglo XX emergieron con fuerza las tensiones entre los sistemas políticos y las nuevas transformaciones económicas, sociales e ideológicas que se estaban operando sobre todo en México y en América del Sur. La situación era similar a la que se produjo en los países de la Europa mediterránea con la reivindicación constante de cauces más amplios de participación política.

El crecimiento de la población urbana, el incremento de las clases medias, la llegada masiva de emigrantes europeos, el descontento campesino, el despertar crítico de la Universidad y de los intelectuales y el retroceso del analfabetismo diversificaron las demandas políticas y crearon las condiciones propicias para la reforma de los antiguos sistemas oligárquicos, sobre todo en los países más desarrollados. La progresiva instauración del sufragio universal originó nuevos mecanismos de integración política. De las clases medias surgieron nuevos partidos políticos, como el Partido Radical argentino y el Partido Demócrata peruano, y también se reformaron grupos ya existentes, como el Partido Colorado uruguayo. Con la llegada de los emigrantes extranjeros y la expansión de los sectores manufactureros nació el movimiento obrero en sus versiones política y sindical, aunque con una influencia muy reducida. En México, desde principios de siglo funcionaron un partido socialista y varias organizaciones anarquistas, y en Argentina los socialistas pronto consiguieron representación parlamentaria.

Por influjo de la Revolución bolchevique los partidos comunistas se extendieron desde 1921, año en el que surgieron en Argentina, Brasil y Bolivia. Al año siguiente se crearon en Chile y México. El Partido Comunista Cubano se fundó en 1925. No obstante, su radio de acción fue muy limitado, a pesar de los esfuerzos de la III Internacional en los años treinta por conseguir un mayor arraigo. La razón de la reducida capacidad de movilización social que tuvieron estos partidos fue su esquematismo ideológico y su escaso interés por las cuestiones campesina e indígena.

Tuvieron mayor capacidad de movilización otras organizaciones que pueden

situarse en la izquierda del arco político. Eclécticos en su definición ideológica, en la que se entremezclaban postulados nacionalistas, antiimperialistas y a veces marxistas, pero con un especial interés por los campesinos indígenas, se convirtieron en partidos de masas. Fue el caso de los partidos que llevaron a cabo la Revolución mexicana y de Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), fundado en Perú en 1924 por Víctor Raúl Haya de la Torre con vocación de partido supranacional, cuya influencia se extendió por toda América del Sur.

La crisis política europea de los años veinte y treinta también tuvo su correlato en Iberoamérica, sobre todo desde que se hicieron sentir los efectos de la crisis económica a partir de 1929, aunque para esas fechas ya resultaban muy evidentes las dificultades y las resistencias a la apertura y democratización de los viejos sistemas oligárquicos. Las dictaduras, militares o no, se extendieron por todas partes, a veces con matices fascistas. Los caudillos militares volvían a la escena política, unas veces manipulando el fantasma de la revolución social y otras con un discurso de marcado tono populista. El populismo americano engloba en un mismo discurso las teorías del caudillo salvador y protector con un programa interclasista, que sin dañar los intereses de las elites económicas incorpora reformas sociales en los países más avanzados de la región; para ello se manejaba un lenguaje movilizador que caló fácilmente entre los grupos sociales más desfavorecidos. El ejemplo más depurado fue el peronismo argentino, surgido a partir de los cuarenta. Otro caso muy característico fue el gobierno de Getulio Vargas en Brasil, que llegó al poder como consecuencia de la revolución de 1930.

A todo este equilibrio inestable entre reforma política, democratización limitada, dictaduras y caudillismo populista, en la década de los sesenta se añadió una nueva variable explicativa: la Revolución cubana y su influencia exterior. La revolución castrista sobrepasó los límites de la isla para extenderse a lo largo de Iberoamérica, autodefiniéndose como una alternativa popular para vencer el subdesarrollo económico y desplazar el imperialismo norteamericano. El prestigio de la Cuba castrista se mantuvo durante los años sesenta y setenta. Toda la gama de movimientos guerrilleros, desde los sandinistas nicaragüenses hasta los tupamaros uruguayos, que salpicaron el continente, reclamaron su vinculación con más o menos variantes a la experiencia cubana. Sin embargo, este prestigio entró en acelerado declive al hacerse patente el fracaso económico de la revolución y al producirse la descomposición del socialismo real en la Europa del Este a partir de 1989. El contrapunto de la Revolución cubana está en

la intervención directa o indirecta de Estados Unidos para restablecer su situación predominante en la zona. El alineamiento cubano con la Unión Soviética en plena guerra fría atrajo el bloqueo al régimen de Castro y la protección militar y económica de las dictaduras y sistemas autoritarios, consideradas el muro de contención para la expansión de la experiencia cubana.

En este punto coincidían las doctrinas de la seguridad nacional de Estados Unidos con formulaciones semejantes realizadas en otros países de la zona. El resultado fue la expansión de dictaduras militares nada respetuosas con los derechos humanos. No era una novedad el intervencionismo militar en política, pero sí fue nuevo el contenido que adquirió. Ya no se trataba de apoyar a un caudillo militar, sino que era el ejército como corporación quien tomaba el poder en nombre de la seguridad nacional y de la lucha contra el comunismo, englobando bajo esta definición a gobiernos reformistas que, desde luego, estaban muy alejados de la órbita soviética. Tal fue el caso del gobierno de Salvador Allende en Chile, legítimo en sus orígenes, al proceder de la consulta electoral de 1970, y legítimo en su ejercicio, al atenerse a las normas constitucionales, que, sin embargo, fue derrocado por una sublevación militar encabezada por el general Augusto Pinochet. Las dictaduras militares alcanzaron su máxima expresión en Argentina, Chile y Uruguay con la institucionalización del terror; una “guerra sucia” de horribles proporciones, que ha dejado marcadas dramáticamente a varias generaciones. Las reivindicaciones de las madres y las abuelas de la plaza de Mayo, en el caso argentino; las denuncias de comisiones ciudadanas defensoras de los derechos humanos; y los terribles testimonios de asesinatos, desaparecidos y torturas que continúan saliendo a la luz, son demostrativos de los múltiples abusos y violaciones cometidos por estas dictaduras.

El agotamiento interno de las dictaduras y el fin de la guerra fría ha abierto las sendas para la democracia en Iberoamérica, aunque pese sobre ellas la enorme tensión del subdesarrollo y el cúmulo de desequilibrios económicos heredados. El cambio operado en la administración norteamericana con respecto a su política iberoamericana permite un margen de optimismo. Cada país se enfrenta con una problemática propia. Las dictaduras militares han dejado el paso a gobiernos democráticos en Argentina, Uruguay, Brasil, Paraguay o Chile, en este último caso una democracia bajo la tutela militar. Colombia se enfrenta a la reconstrucción de un estado invadido por el narcotráfico. México se plantea la reforma de unas estructuras políticas degradadas por el papel hegemónico del PRI. En Centroamérica, los pactos establecidos entre los movimientos

guerrilleros y los gobiernos abren nuevas perspectivas en una zona de historia especialmente convulsa, salvo el islote de estabilidad que es Costa Rica.

Los monopolios del poder en México

Desde las últimas décadas del siglo XIX hasta 1940 aproximadamente, México ofrece, dentro de Iberoamérica, la más viva expresión de la búsqueda de las transformaciones sociales. País sujeto a múltiples contradicciones, en él se pusieron en práctica dos soluciones políticas diferentes: el porfiriato (1876-1910) y la revolución popular, iniciada en 1910 y que posteriormente fue institucionalizada. Se denomina porfiriato la época de los gobiernos autoritarios encabezados por el general-caudillo Porfirio Díaz. Se trata de una especie de dictadura, cuyo balance más positivo fue la modernización económica. Apoyado en los terratenientes, en la Iglesia y en ciertos sectores de las clases medias, con un discurso político ecléctico y con una gestión que algunos historiadores han calificado de tecnocrática, Porfirio Díaz gobernó un país que se planteaba superar su situación de atraso económico, después de años de turbulencias y de intervención militar exterior. México había sufrido una guerra civil en los años sesenta cuando la intervención extranjera, liderada por Francia, elevó a su candidato Maximiliano de Austria como emperador de México. Una vez pacificado el país, la muerte de Benito Juárez en 1872 frustró el restablecimiento del orden por la vía liberal.

En las contradicciones generadas por el porfiriato se encuentran las raíces próximas de la Revolución mexicana. Desde el punto de vista político, Porfirio Díaz consiguió en una primera etapa un amplio consenso alrededor de su persona, rompiendo el tradicional juego político entre liberales y conservadores. Pero, dadas las características que hemos apuntado, el régimen fue agotando progresivamente su capacidad integradora, hasta reducirse a una estrecha elite política muy cerrada y que se reproducía a sí misma. En un principio, Díaz se había rodeado de un grupo de jóvenes que en su mayoría procedían de la Escuela Nacional Preparatoria, fundada por Gabino Barreda, muy influido por el positivismo francés. La *Revista Positiva* fue su principal medio de expresión. La justificación teórica del régimen se basaba en la idea de que el orden impuesto de manera autoritaria era imprescindible para el progreso de México. Desde el punto de vista económico, el porfiriato logró éxitos indudables pero que deben ser matizados. Globalmente considerada, la modernización económica fue

evidente. Fue importante el crecimiento del sector minero, así como del tejido industrial, sobre todo en los sectores textil y metalúrgico. El crecimiento del sector petrolífero convirtió a México en uno de los primeros productores mundiales de crudo. El ferrocarril aumentó su trazado hasta llegar a los 20.000 kilómetros en 1910. Las inversiones extranjeras llegaban con facilidad. Sin embargo, se trataba de un desarrollo desigual que hacía más vivo el contraste entre unas regiones y otras. Por otra parte, la modernización trajo consigo una usurpación masiva de tierras a los pequeños campesinos y a las comunidades indígenas, sobre todo a partir de 1883. Se acentuó la concentración de tierras en forma de gigantescos latifundios, cuya contrapartida era una enorme legión de campesinos hambrientos de tierra, que padecían unas condiciones de vida lastimosas. También se produjeron tensiones entre algunos empresarios nacionales y capitalistas extranjeros. Sus cuadros dirigentes fueron envejeciendo política y biológicamente. En 1910 la mayoría de los cargos políticos de relieve superaban los sesenta años de edad. Además, las luchas internas por la sucesión de Díaz añadían nuevas dosis de tensión.

Por otra parte, a principios de siglo surgieron otras formaciones políticas fuera del sistema, que exigieron el establecimiento de prácticas democráticas. Cabe destacar el nuevo Partido Liberal, de ideología más avanzada que el liberalismo decimonónico y que constituyó uno de los sustratos políticos de la revolución. Otro de los opositores más relevantes fue Francisco Madero, que fundó el Partido Antirreeleccionista, cuyo objetivo principal era evitar una nueva reelección de Díaz. En noviembre de 1910 Madero llamó a la revolución contra el porfiriato. En la revolución iniciada en 1910 confluyeron variables políticas y socioeconómicas que configuran un marco complejo. Sus protagonistas procedían de sectores sociales diferentes y tenían objetivos distintos, aunque a medio plazo, cuando la revolución se institucionalizó en 1917, había cierta convergencia. La revolución política estuvo liderada por Francisco Madero y su fin primordial fue terminar con la dictadura de Porfirio Díaz y abrir en el país un proceso constitucional. Paralelamente, tuvo lugar una revolución social cuyo objetivo fue la transformación radical de las estructuras de propiedad en el campo. Fue ésta una enorme revolución campesina encabezada por líderes propios y con dos centros geográficos de irradiación: en el norte del país, Chihuahua, Durango y Ciudad Juárez, con Orozco y Pancho Villa como figuras más destacadas, y en el estado de Morelos con Emiliano Zapata. En mayo de 1911 cayó Porfirio Díaz. Madero formó un gobierno provisional que no pudo controlar la revolución campesina. Tras la caída y asesinato de Madero ocupó la

presidencia el general Victoriano Huerta, a la par que ganaba influencia Venustiano Carranza, heredero del constitucionalismo de Madero; Carranza mantuvo una postura moderada dentro del arco revolucionario, por lo que contaba con el apoyo de Estados Unidos.

En el verano de 1914, la derrota y posterior huida de Huerta permitió la entrada de las tropas de Pancho Villa y Emiliano Zapata en la capital mexicana. A partir de entonces, las disensiones en la coalición revolucionaria agotaron paulatinamente la vía insurreccional y obligaron a buscar una fórmula de consenso que permitiera institucionalizar la revolución. En 1916 se reunió una Asamblea Constituyente en Querétaro. De aquí salió la nueva Constitución promulgada en 1917, que creaba un marco jurídico para las reformas. Esta Constitución invocaba el principio de la nacionalización de las riquezas del subsuelo, reconocía los derechos sociales y la protección de los trabajadores, acentuaba el carácter laico del Estado y preveía la restitución de tierras usurpadas y la reforma agraria. La medida en que se llevaron a la práctica estos principios dependió del talante más o menos reformista de los sucesivos presidentes. En general, las reformas se aplicaron con lentitud durante los años veinte. La conflictividad agraria disminuyó tras las muertes violentas de Pancho Villa y Emiliano Zapata. Durante la presidencia de Lázaro Cárdenas, entre 1934-1940, se desarrolló la máxima actividad reformista con una intensificación del reparto de tierras a escala desconocida hasta entonces; también se extendieron las nacionalizaciones, de las que la más importante fue la del petróleo, en marzo de 1938. Un año después, México abrió sus puertas a la intelectualidad española republicana exiliada tras la Guerra Civil, una relevante aportación que confirmó a la capital mexicana como uno de los centros culturales más importantes en lengua castellana.

Las presidencias posteriores a Lázaro Cárdenas frenaron las reformas. En 1946 nació el Partido Revolucionario Institucional (PRI), heredero de las viejas formaciones revolucionarias, que estuvo en el poder hasta el año 2000. El PRI expresó el consenso de los grupos sociales favorecidos por las transformaciones y configuró una elite de política cerrada, acostumbrada al fraude electoral, al caciquismo y al favor personal para renovar continuamente su control de la gobernación del país, en una especie de democracia de partido único. Desde los años sesenta y setenta empezaron a surgir otra vez los viejos elementos de fricción en la escena política, en la que empezaron a acusarse la ausencia de un pluralismo político verdadero, la marginación de las comunidades indígenas, el desarrollo desigual a escala regional, las diferencias sociales muy acusadas, la

mala gestión de los sectores económicos nacionalizados, la corrupción, los efectos negativos de la crisis económica y el desfase entre el crecimiento demográfico y el económico. Otras formaciones políticas cuestionaron seriamente el exclusivismo del PRI, exigiendo la democratización del sistema. En esta crítica se consolidaron en los años ochenta dos partidos de signo opuesto: uno conservador, el Partido de Acción Nacional, y otro que se autodefine como la genuina herencia del viejo espíritu revolucionario, liderado por Cuauhtemoc Cárdenas, hijo del presidente Lázaro Cárdenas.

En los años noventa se ha abierto un profundo debate dentro del PRI sobre la democratización efectiva del país. Por otra parte, el hambre de tierras sigue movilizando a las masas en las zonas agrarias, donde en la memoria colectiva permanece el recuerdo de la gesta épica de los caudillos populares de la década de 1910. La rebelión de los campesinos indígenas del estado de Chiapas, evocando la mística revolucionaria de Emiliano Zapata, es demostrativa de la necesidad de nuevas reformas. El triunfo electoral de Vicente Fox, líder del Partido de Acción Nacional, ha supuesto la ruptura del monopolio del poder por parte del PRI. A la altura de diciembre de 2000, un primer acuerdo de negociación entre el subcomandante Marcos, dirigente del Ejército Zapatista de Liberación, y el nuevo gobierno, sobre la base del respeto a la autodeterminación de los pueblos y comunidades indígenas, abre la compuerta a la búsqueda de soluciones.

El populismo de Getulio Vargas en Brasil

La figura capital del populismo brasileño fue Getulio Vargas, en torno a quien giró la política durante más de dos decenios. Desde la caída del imperio en 1889, la república heredera del régimen imperial no había superado su naturaleza oligárquica: la república de los grandes productores de café, significativa denominación, porque hace referencia tanto a las limitaciones integradoras del sistema político como a la importancia del café para el sector exportador. Las especiales repercusiones negativas de la crisis mundial de 1929 agudizaron las tensiones y crearon las condiciones para las transformaciones políticas. Getulio Vargas, integrante de las filas liberales, llevaba cerca de diez años de carrera política como diputado, gobernador del estado de Río Grande do Sul, de donde era natural, y ministro de Hacienda, cuando encabezó la alianza liberal en las elecciones presidenciales de 1930. Tras una enconada contienda electoral, sujeta

a todo tipo de presiones, su derrota frente a Julio Pretes, candidato de la oligarquía paulista, fue interpretada como el clásico pucherazo del inmovilismo frente a un programa reformista. Lo importante es que el carismático Vargas había configurado en torno suyo una sólida plataforma política interclasista que abarcaba desde sectores obreros hasta miembros de la burguesía industrial, pasando por ambientes mesocráticos, además de significativas ramificaciones en los medios militares. Todo ello a base de un discurso contradictorio recargado de tonos autoritarios, nacionalistas e intervencionistas, y dispuesto a emprender ciertas reformas sociales.

Suficiente bagaje para que el movimiento político-militar de octubre de 1930 colocara a Getulio Vargas en la presidencia de la República, a su derecha quedaba el mundo de las oligarquías y a su izquierda el movimiento obrero de corte marxista, que pronto empezó a valorar a la política de Vargas como una pendiente hacia el fascismo a la brasileña. La intentona de sublevación paulista de julio de 1932 señaló un punto culminante en la oposición de las oligarquías que acabó por reforzar el poder de Vargas, reelegido presidente en 1934. Un año después contuvo otro intento de sublevación, esta vez comunista, tras una sangrienta represión. Despejado el camino, el momento decisivo llegó en 1937, con la constitución del Estado Novo; sistema autoritario, de carácter anticomunista, al que acabó por asociarse una parte significativa de las viejas oligarquías ansiosas del proteccionismo estatal, junto a los empresarios industriales, perfectamente acomodados al programa de Vargas de auspiciar un crecimiento industrial por sustitución de importaciones. Los apoyos al Estado Novo se hacían explícitos entre las clases medias, que veían en el dirigismo estatal y en el consiguiente incremento de la burocracia un medio para colmar sus expectativas de promoción social. Por último, los avances en la legislación social actuaron de imán para atraer a sectores populares, encuadrados en un ensayo de sindicalismo de tipo corporativo.

Estamos, pues, ante una especie de fascismo a la brasileña que se diferenciaba de los modelos europeos en boga por su diferente ordenación y por la ausencia de un partido de masas movilizador del conjunto social, aunque Vargas lo intentó posteriormente con la creación del Partido Laborista. Una forma de fascismo que no fue valorada como tal por los fascistas clásicos brasileños, Acçao Integralista Brasileira, que fueron seriamente reprimidos en 1938. En suma, un tipo de dictadura autoritaria, centralista, nacionalista, industrialista que consiguió un fuerte predicamento en el país. Durante la II Guerra Mundial Vargas simpatizó con el eje, pero en agosto de 1942 se alineó con las potencias aliadas y declaró la

guerra a Alemania e Italia. En la inmediata posguerra aumentaron las tensiones económicas a la par que se fragmentaba el bloque que apoyaba a Vargas. La oposición se incrementó hasta culminar en el golpe militar de octubre de 1945, que dejó clausurada la dictadura. Vargas volvió a la presidencia en las elecciones de 1950 encabezando la candidatura del Partido Laborista y con el apoyo de los sindicatos y de los sectores más nacionalistas, incluida una parte del ejército, inquietos ante la penetración norteamericana en Brasil. El nuevo discurso de Vargas atemperaba el tono autoritario en lo político y reducía su anticomunismo anterior, ya entrevisto en 1948 cuando se opuso a la prohibición del Partido Comunista. Sin embargo, conservaba la semántica nacionalista, reforzando su carácter antiimperialista, sobre todo con respecto a Estados Unidos. Igualmente hacia hincapié en los contenidos económicos e industrialistas, a través de una política dirigista que contemplaba a los monopolios del Estado como piezas maestras de la industrialización. El mismo tratamiento se daba a los temas sociales, incluyendo la reforma agraria, con la consiguiente inquietud de las oligarquías propietarias. En definitiva, un programa de compleja concreción que pronto levantó poderosas oposiciones en el interior y en el exterior, cuya combinación resultó fatal para Vargas. La cerrada oposición de las oligarquías tradicionales y la injerencia de Estados Unidos multiplicaron las tensiones. Finalmente, Vargas se suicidó en agosto de 1954.

AUGE Y CRISIS DEL PERONISMO ARGENTINO

Argentina era uno de los países más prósperos de Iberoamérica, con un crecimiento muy significativo de las clases medias, un sistema informativo muy desarrollado y una dinámica actividad cultural y universitaria. En este clima social caló la reforma política y funcionaron las prácticas democráticas, aunque siempre sujetas a las relaciones personales y clientelares. En septiembre de 1930 tuvo lugar un golpe militar que inició el viraje hacia posiciones autoritarias y nacionalistas, en cuyo horizonte a medio plazo se sitúa el populismo de Juan Domingo Perón. En principio, el golpe de 1930 era de tendencias fascistas, aunque pronto fueron contrarrestadas por el sector liberal del ejército encabezado por el general Justo, quien ganó las elecciones de 1932. Hasta el final de la II Guerra Mundial el debate político ganó en intensidad. Quedó frustrado el retorno a una democracia plena al igual que la erradicación del fraude electoral, a pesar de los esfuerzos de algunas personalidades políticas.

Aunque neutral, Argentina se inclinó por la causa alemana durante la guerra. En junio de 1943, un golpe militar preparado por oficiales nacionalistas, entre los que destacaba Perón, tomó el poder. Con ello se incrementaba la tendencia a los gobiernos autoritarios que consiguieron el apoyo de una extensa plataforma social con el recurso de un nacionalismo cada vez más acentuado. Perón fue el prototipo de la nueva situación. Simpatizante de la Italia fascista, catapultó su carrera política con su gestión al frente de la secretaría de Trabajo y Previsión. Hizo crecer su popularidad por la aplicación de una serie de medidas sociales en beneficio de los trabajadores. En 1946 se presentó a las elecciones presidenciales con el respaldo de un amplio movimiento de masas de composición heterogénea, que agrupaba a la mayoría de los sindicatos, a algunos sectores de las clases medias y a una fracción de los Partidos Radical y Conservador, además de contar con el apoyo de la Iglesia y del ejército. El programa populista de Perón fue bien acogido. De hecho, esta mezcla de un nacionalismo que tomaba como enemigo directo al embajador norteamericano y era muy insistente en el tema de la recuperación de la soberanía sobre intereses económicos que estaban en manos extranjeras, con lemas demagógicos y promesas de redención social, provocó una auténtica movilización social en su favor. Así nacía el peronismo, que marcaría la historia posterior argentina. Perón fue presidente desde 1946 hasta 1955. Continuando una línea de actuación anterior consolidó la presencia del Estado en la economía y llevó a la práctica un nacionalismo económico de gestión anárquica. Se dio prioridad a la industrialización y al incremento de las exportaciones, bajo la tutela de los poderes públicos. Aunque en el pleno sentido del término no cabe hablar de dictadura, lo cierto es que Perón utilizó el Estado para afianzar su poder personal, unas veces reprimiendo y controlando los medios de comunicación y otras repartiendo subsidios. Su dominio del movimiento sindical argentino le sirvió para sedimentar las bases del peronismo, ofreciendo como contrapartida una legislación social más avanzada en comparación con la inmensa mayoría de los países iberoamericanos.

Una protección social completada a base de las prácticas paternalistas y benéfico-caritativas desarrolladas por la esposa del presidente, Eva Duarte, la célebre Evita, principal capital simbólico del régimen. Los sindicatos obreros, la burocracia estatal y los sectores beneficiados por el nacionalismo económico constituyeron los pilares del peronismo. La consistencia de estos apoyos dependería de la capacidad para mantener en expansión el gasto público y el monto de las exportaciones, lo que a medio plazo planteaba un horizonte repleto de incertidumbres en cuanto la favorable coyuntura mundial cambiara de signo.

Esto sucedió a partir de 1950 con la crisis del sector exterior de la economía y el aumento del déficit presupuestario; de ahí la consiguiente disminución de los subsidios sociales y de los créditos estatales que alimentaban la industrialización nacional. Quedó turbada la paz social peronista, a la par que la oposición engrosaba sus filas y consolidaba posiciones, con el sostén de una Iglesia ahora inquieta por las medidas secularizadoras del gobierno. Paulatinamente el ejército, con un discurso de marcados tonos corporativos, abandonó definitivamente a Perón y preparó el golpe de Estado. Perón se vio obligado a presentar su dimisión el 31 de agosto de 1955 y marchar al exilio. Sin embargo, el peronismo, convertido en Partido Justicialista desde 1947, siguió movilizando a buena parte de la población argentina. En 1972, Perón volvió a su país desde su exilio madrileño. El peronismo rebrotó con fuerza. Cualquier político con ambición de poder se proclamaba heredero de Perón. Pasada la sangrienta dictadura militar, el retorno a la democracia estuvo basado en el triunfo del Partido Radical de Raúl Alfonsín y después, de nuevo, en el peronismo. El presidente Carlos Menem reclamó para sí esta etiqueta, pero el justicialismo actual guarda más el mito personal de Perón que sus postulados ideológicos, con los que entra en franca controversia.

JUAN DOMINGO PERÓN (1895-1974)



Nacido en Buenos Aires y militar de carrera, Juan Domingo Perón representa el prototipo de caudillo populista iberoamericano del siglo XX. De hecho, su carrera política comenzó en 1930 tomando parte en el golpe contra el presidente Yrigoyen. Ministro y vicepresidente en 1944, ganó las elecciones presidenciales de febrero de 1946 frente a la Unión Democrática (radicales, socialistas y comunistas).

Su actuación se basó en un control férreo de la política, a través de la constitución de un sistema autoritario de gobierno. Su política económica tuvo un marcado carácter nacionalista a través de una serie de nacionalizaciones, el control del comercio exterior y la ayuda financiera a una expansión industrial por sustitución de importaciones. Su política social descansó en un conjunto reformista que a su vez le sirvió de apoyo político, a partir de la movilización sindical de los gremios agrupados en la Confederación General del Trabajo y del discurso de los “descamisados”, en el que colaboró activamente su esposa, Eva Duarte.

Ganó nuevamente las elecciones de 1951, pero la situación económica comenzó a deteriorarse a la par que la corrupción se extendió por doquier. Los enfrentamientos violentos con otros partidos políticos, con la Iglesia y con un sector del ejército posibilitaron el golpe que le obligó a dimitir en agosto de 1955. Perón se exiló en varios países hasta que fijó su residencia en España. Como fuerza política, el peronismo siguió teniendo un papel importante en Argentina, a través del Partido Justicialista. El peronismo volvió al gobierno sólo cuando los militares lo toleraron. El peronista Héctor José Cámpora ganó las elecciones de 1973, que permitió el retorno de Perón a Argentina, convirtiéndose nuevamente en presidente durante algunos meses; murió en 1974.

¿La historia me absolverá?

Desde su independencia de España en 1898, Cuba había caído bajo la influencia absoluta, tanto económica como política, de Estados Unidos. La enmienda Platt de 1902 limitaba la soberanía cubana al establecer una posible intervención estadounidense cuando peligraran sus intereses en la isla. La economía azucarera, que representaba casi el 80 por ciento de las exportaciones, fue cayendo progresivamente en manos de productores y comerciantes estadounidenses, mientras la estructura política se degradó hasta convertirse en un sistema corrupto, que presidían dictadores como Machado, en los años veinte, o Batista posteriormente. Todo ello se desarrollaba en un clima de degradación social. En esta situación surgió la oposición armada. Después de un primer fracaso en 1953, la revuelta tomó auge en 1956 con el regreso a la isla desde México de los hermanos Castro y de Ernesto “Che” Guevara, y la consolidación de un núcleo guerrillero en Sierra Maestra. El apoyo campesino a los rebeldes fue decisivo, así como la pérdida de la dictadura de Batista del apoyo estadounidense. El 1 de enero de 1959 los guerrilleros de Fidel Castro entraron en la ciudad de La Habana poniendo fin a la dictadura de Batista. El discurso de la Revolución cubana tuvo como postulados básicos el nacionalismo, el antiimperialismo y el marxismo. Es objeto de debate en qué momento la revolución se hizo comunista. En todo caso, supuso una ruptura con la trayectoria anterior de Cuba y de América Latina.

La guerra fría es el factor que mejor explica la deriva de la revolución hacia la

influencia soviética. Aunque Castro y buena parte de la elite revolucionaria, sobre todo Che Guevara, tuvieran una formación marxista, los primeros pasos del nuevo gobierno tomaron un tinte reformista. Más que a Karl Marx se invocaba la figura y el pensamiento de José Martí, uno de los héroes de la lucha independentista contra España en el siglo XIX. Muy pronto, los postulados nacionalistas y antiimperialistas fueron valorados por Estados Unidos como un peligro en lo que ellos consideraban su zona de influencia natural. Especial disgusto causó la moderada reforma agraria emprendida en mayo de 1959 que produjo enfrentamientos con las poderosas empresas azucareras estadounidenses. Si a estas circunstancias se suman la actividad anticastrista de los emigrados cubanos ubicados en Florida y los primeros bloqueos económicos estadounidenses, se explican los reiterados intentos de Estados Unidos para derribar por la fuerza el régimen de Fidel Castro, la radicalización de la revolución y su rápida vinculación con la Unión Soviética. En 1962 se emprende la construcción del socialismo en Cuba, siguiendo pautas muy semejantes a las soviéticas. Algunos historiadores consideran el periodo anterior, de 1959 a 1961, como de preparación para el socialismo, pero el giro que tomaron las reformas cuadra más con los objetivos de una revolución popular y nacionalista. A partir de 1962 se aceleraron las transformaciones. Desde el punto de vista económico, la propiedad privada de los medios de producción se redujo al mínimo. En el campo, la reforma agraria de 1963 nacionalizó todas las propiedades de más de 67 hectáreas y generalizó el sistema de las granjas estatales. Las grandes empresas también se nacionalizaban y el Estado intervino los circuitos de comercialización y distribución. En suma, el mercado, como asignador de recursos, quedó sustituido por el Estado. El objetivo último de la política económica era la diversificación de la oferta económica para superar la dependencia del monocultivo del azúcar. Para ello se puso pronto en marcha la planificación quinquenal con un horizonte industrializador, en cuya financiación se preveían la acumulación procedente del azúcar, vendida a los países socialistas a precios garantizados, y la ayuda de la Unión Soviética en efectivos humanos, tecnología y capitales.

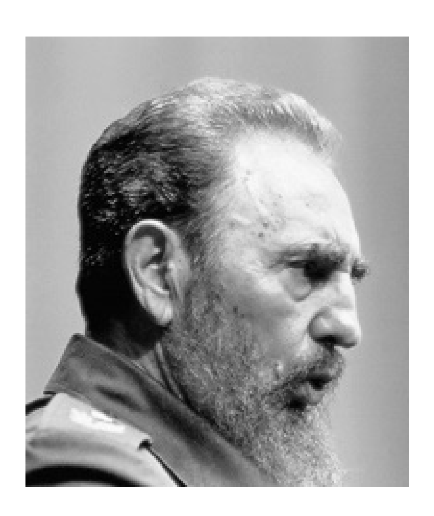
En el plano político, la revolución fue dotada de un marco institucional propio, bajo un régimen de partido único y con un sistema de participación popular, en cuya base se sitúan los “comités de defensa de la revolución”. El conjunto se definió desde dentro como una democracia directa. La Constitución de 1976 concibe al Partido Comunista como “la fuerza dirigente de la sociedad y el Estado”. La oposición ha sido silenciada y reprimida, cuando no obligada a

alimentar el importante núcleo de exiliados residentes en Miami, que a su vez es utilizado políticamente por Estados Unidos en su enfrentamiento con la Cuba castrista.

En definitiva, se trata de un sistema político semejante al de los países europeos del socialismo real, en el que además el ejército juega un papel decisivo. Hay que tener en cuenta que Cuba se proclama en lucha continua contra el imperialismo estadounidense. La revolución cosechó sus mejores logros en el plano social, donde su objetivo principal fue la promoción de los grupos desfavorecidos, tanto desde el punto de vista económico como racial. Se dio prioridad a la erradicación del analfabetismo, que en 1959 alcanzaba el 25 por ciento de la población, y a generalizar la asistencia médica, consiguiendo unas estructuras sanitarias sin parangón en América Latina.



FIDEL CASTRO (1926-)



Hijo de un acomodado propietario español, Fidel Castro nació en 1926 en Mayari, provincia de Oriente. Doctor en leyes, Castro resume en su juventud la tradición insurreccional iberoamericana, la figura del rebelde adobado de imprecisos contenidos ideológicos nacionalistas y revolucionarios. A este respecto conviene señalar que sus primeras experiencias políticas no se resuelven en el interior del comunismo cubano, es decir en las filas del Partido Socialista Popular. Castro estaba más impregnado de las lecturas de José Martí que de Karl Marx; era más martiano que marxista. De José Martí toma algunas ideas básicas: justicia social, solidaridad interamericana y la desconfianza hacia Estados Unidos y sus tendencias expansionistas, o sea, una nueva versión de América para los americanos, de lo que se deriva un marcado discurso antiimperialista y el llamamiento a que Cuba y los demás países iberoamericanos recobren su plena soberanía.

El hombre de acción, el rebelde agitador, se descubre a sí mismo cuando a los veinte años participa en la conspiración para derrocar al dictador dominicano Trujillo. El 26 de julio de 1953, junto con otros jóvenes, se opone frontal y violentamente a la dictadura de Batista, con el intento frustrado de

asalto al cuartel de Moncada. En el juicio posterior fue condenado a quince años de prisión, aunque pronto fue amnistiado. La célebre frase pronunciada en el transcurso de su propia defensa, “La historia me absolverá”, era un alegato en defensa de sus ideas y el anuncio de una lucha continuada. En el exilio mexicano fundó el grupo 26 de julio. En diciembre de 1956 Castro y sus compañeros comenzaban, desde Sierra Maestra, la guerra de guerrillas contra el corrupto régimen de Batista. Por fin, el 1 de enero de 1959 el dictador abandonaba precipitadamente La Habana.

El hombre de acción se había convertido en conductor de una revolución triunfante. Había llegado el momento de las definiciones concretas. Las primeras medidas de Castro siguieron el tono nacionalista revolucionario: proceso de nacionalización, embriones de poder popular, reafirmación de la soberanía cubana, reforma agraria. A la par se producía la primera oleada de emigrantes con destino a Miami.

La guerra fría interfiere y condiciona a la joven revolución y al pensamiento de Castro. Progresivamente, Marx y la influencia soviética sustituyen a Martí, conforme Estados Unidos incrementa su oposición. A finales de 1961 nació el Partido Unido de la Revolución Cubana, que en 1965 se convirtió en Partido Comunista. Cuba se transformó en un país de socialismo real en todos los órdenes, a la vez que el poder se concentró en la persona de Castro, auspiciado por una nueva *nomenklatura*. La caída del muro de Berlín hizo visible el aislamiento de Cuba. Castro, que había soñado con la exportación de la revolución a toda la América Latina entre 1966 y 1968, ha intensificado su discurso nacionalista y de hecho se ha convertido en un freno para la necesaria reforma del sistema.

A lo largo de su trayectoria, el socialismo cubano ha generado múltiples contradicciones y desequilibrios que desde principios de los años noventa amenazan con paralizar el sistema en su conjunto. Los estrangulamientos son especialmente visibles en el plano económico. Los objetivos iniciales de la Revolución cubana no se han cumplido por diversos motivos, en los que se mezclan los errores y carencias propios de la planificación imperativa y los efectos del bloqueo impuesto por Estados Unidos. El funcionamiento de la economía está burocratizado hasta límites extremos, lo que desemboca en lentitud y falta de eficacia en la toma de decisiones y en el desabastecimiento de los mercados. La agricultura está retrasada con respecto a otros sectores. Los gastos militares absorben un porcentaje muy elevado del gasto público. El mercado negro se extiende por doquier; el bloqueo estadounidense tiene fuertes repercusiones tecnológicas y comerciales, y el descenso de los precios internacionales del azúcar produce tensiones en la balanza de pagos. Por último, la desaparición de la Unión Soviética ha significado para Cuba el estrangulamiento tecnológico y la caída de la exportación, así como la pérdida de una importante ayuda financiera. En los últimos tiempos se están realizando de manera muy lenta algunas reformas parciales, sobre todo en la captación de inversiones extranjeras que desarrollan el sector turístico urbano, con inmensas posibilidades de futuro. En la esfera política, el estancamiento resulta evidente.

El ideal de una democracia directa ha fracasado. El poder de la burocracia y el anquilosamiento de las elites políticas dificultan la posibilidad de un recambio desde dentro y la práctica de una política reformista. El ciudadano cubano se siente más vinculado a la persona de Fidel Castro que al sistema en sí, al cual reclaman reformas inmediatas, sobre todo las generaciones más jóvenes nacidas después de 1959. El discurso castrista abunda cada vez más en contenidos nacionalistas que identifican la soberanía y la dignidad nacional con el sistema social. En el interior de la isla es urgente la sustitución de elites políticas dentro del Partido Comunista por dirigentes que sean más proclives a la apertura y a las reformas. En el exterior sería decisivo el cambio de postura de la administración estadounidense y el final del embargo económico a la isla, lo que traería consigo la transformación del discurso irreductible, todavía mayoritario pero no único, de los exiliados cubanos de Miami.

La revolución sandinista

El siguiente país en seguir la estela de las revoluciones populares fue Nicaragua, donde en 1979 alcanzó el triunfo el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) y se inició un singular proceso revolucionario que duró hasta la derrota electoral del Frente en 1990. Nicaragua, hasta la llegada del sandinismo, respondía a las mismas características que los restantes países centroamericanos, haciendo la salvedad de Costa Rica: subdesarrollo económico; extrema desigualdad en el reparto de la renta; concentración de la riqueza en una minoría que detentaba el poder político con métodos corruptos y caciquiles, aunque formalmente se mantenga un ropaje democrático, y presencia masiva de campesinos pobres, generalmente de raza india, que viven al nivel de la mera subsistencia. Por su situación estratégica, Nicaragua siempre había interesado a Estados Unidos. En el pasado, porque su territorio se había considerado un lugar apropiado para la apertura del canal que uniera el Pacífico y el Atlántico, antes de que la obra se realizase en Panamá. En la época de la guerra fría, porque una revolución en Nicaragua provocaría, desde el punto de vista de Estados Unidos, su irremediable extensión a toda Centroamérica, sobre todo cuando en los años sesenta los movimientos guerrilleros estallaron en varios países de la región.

Desde 1932 Nicaragua cayó en manos de la familia Somoza. Su primer representante, Anastasio Somoza García, fue nombrado comandante de la

Guardia Nacional en 1932 y elegido presidente de la República en 1936. Salvo un breve periodo de seis años, el poder residió en miembros de la familia hasta 1979: Anastasio Somoza García (1936-1956), Luis Somoza Debayle (1957-1963) y Anastasio Somoza Debayle (1967-1979). Esta exclusividad en el poder significó la patrimonialización del Estado en beneficio de los Somoza y de sus inmediatos allegados. Se ha calculado que en 1979 la tercera parte de los activos del país pertenecían a los miembros de la familia Somoza, quienes aprovecharon su situación de ventaja y los recursos del Estado. La combinación de la rapiña institucionalizada, la miseria generalizada y la represión política indiscriminada acabó por consolidar una oposición interclasista en la que estaban presentes empresarios, intelectuales, sacerdotes próximos a los postulados de la Teología de la Liberación, campesinos y trabajadores urbanos. Es decir, un movimiento popular de amplia extracción social, en el que el Frente Sandinista logró su máxima proyección desde 1961. El Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) es un movimiento político de diversa adscripción ideológica: marxismo, nacionalismo, antiimperialismo, populismo. Fundado en 1961 por Carlos Fonseca, Silvio Mayorga y Tomás Borge, antiguos militantes del prosoviético Partido Socialista de Nicaragua, pronto comenzó su actividad guerrillera contra el régimen liderado por Anastasio Somoza. El Frente reclamaba la vieja tradición sandinista, evocando el levantamiento guerrillero contra la presencia de Estados Unidos, que había sido dirigido por Augusto Sandino desde 1926 a 1934. El discurso antiimperialista nacionalista de Sandino quedó incorporado a los presupuestos del Frente.

En enero de 1978 fue asesinado Pedro Joaquín Chamorro, director del diario *La Prensa* y dirigente del Partido Conservador. Este acontecimiento señaló el principio del fin de la dinastía Somoza. Surgieron por todo el país movimientos insurreccionales y Estados Unidos acabó por abandonar a su antiguo aliado. La huelga revolucionaria de junio de 1979 terminó con el dictador. Tras la entrada en Managua de los guerrilleros sandinistas el 19 de julio, Somoza se exilió en Paraguay, donde fue asesinado en septiembre de 1980. El sandinismo buscó una vía original de actuación alejándose del modelo cubano. El somocismo fue desmantelado, pero se mantuvo el pluralismo político. En política económica, el Frente se inclinó por un sistema mixto, en el que el Estado, aprovechando la nacionalización de los bienes de Somoza, tuviera una gran participación y a la vez sirviera de acicate para el crecimiento económico, pero se respetó la iniciativa privada. Los bancos y las compañías de seguros fueron nacionalizados. Se efectuó una profunda reforma agraria para dar satisfacción al campesino

pobre. Se institucionalizó el Ejército Nacional Sandinista con base en la guerrilla. Sin embargo, el excesivo protagonismo del Frente dentro del Estado fue interpretado por los sectores más moderados del antisomocismo como el preludio de una conquista global del poder y de la instauración de un régimen totalitario en Nicaragua. Desde la primavera de 1980 empezó a fraguar una oposición interna al sandinismo, en la que jugaron un papel destacado sectores empresariales, el arzobispo de Managua, Miguel Ovando, y el periódico *La Prensa*, de Violeta Chamorro, que tan destacada actuación había tenido en el enfrentamiento contra Somoza. El ascenso de Ronald Reagan a la presidencia de Estados Unidos creó el sostén exterior de la oposición en términos financieros y militares. Estaba a punto de estallar la contrarrevolución, que, de hecho, significó la guerra civil.

Los dos grandes problemas de la Revolución sandinista, intrínsecamente ligados entre sí, fueron la economía y la guerra civil. En Nicaragua no se dieron las condiciones necesarias para conseguir una reactivación económica o para diseñar una política de crecimiento. La herencia de la época de Somoza fue especialmente gravosa. La enorme deuda exterior, a la que intentó hacer frente el gobierno sandinista, desviaba una enorme masa de recursos que podrían haberse dirigido al crecimiento interior. A una política económica tan ineficaz como plagada de errores se sumó la oposición de los empresarios y, por último, el bloqueo de Estados Unidos fue decisivo en la ruina de la economía nicaragüense. El remate de esta catástrofe fue la guerra civil, que absorbió la inmensa mayoría de los recursos disponibles, impidiendo la puesta en marcha de un programa de reforma social en profundidad. El dislocamiento económico se tradujo en una inflación sin fin, en el hundimiento de la escasa producción interior y en el cansancio de la población por el desabastecimiento de los mercados y la enorme carestía de los productos de primera necesidad. La guerra civil tuvo su origen en una especie de agresión exterior hacia el gobierno sandinista. El presidente norteamericano Reagan valoró el sandinismo bajo los esquemas de la guerra fría como una segunda Cuba y como un peligro comunista al que había que derrotar económica y militarmente. Con la ayuda de la CIA se organizó en Honduras el primer núcleo de la “contra”a base de los antiguos guardias somocistas. A una primera etapa de sabotajes siguió la guerra declarada, cuando un sector del campesinado se unió por la fuerza o voluntariamente a la “contra” que, por otra parte, contaba con el apoyo de la oposición tolerada por los sandinistas en Managua. La guerra se extendió hasta 1990 con los resultados económicos antes comentados. Ninguno de los dos

bandos pudo imponerse, pero los objetivos iniciales de la revolución quedaron frustrados y la población agotada por la enorme hemorragia de vidas y recursos.

Aunque la guerra radicalizó el sandinismo, la tentación totalitaria nunca prendió plenamente. A pesar de su vinculación con la “contra”, la oposición antisandinista siguió funcionando en Managua. Los lazos familiares colaboraron a que esto fuera así. Es claro el ejemplo de la familia Chamorro, cuyos miembros se repartían entre los dos bandos. En cualquier caso, los sandinistas fueron bastante escrupulosos con el pluralismo político, sobre todo teniendo en cuenta el estado de guerra civil en que vivía el país. En 1985 se celebraron elecciones con garantías, en las que los principales grupos de oposición no quisieron participar, siguiendo los consejos de Estados Unidos. Se preveía una victoria sandinista y la participación habría supuesto una forma de legitimación del régimen. Buscando un marco para la paz, el Parlamento nicaragüense aprobó en 1987 una Constitución de marcada naturaleza democrática y en 1989 una nueva ley electoral previa a la gran consulta electoral de 1990. Estas elecciones ofrecieron un enfrentamiento bipolar: entre el Frente Sandinista y la coalición Unión Nacional de Oposición (UNO), formada por 14 partidos, desde la derecha más conservadora hasta un Partido Comunista, desencantado con la marcha de la revolución. Al frente de la UNO, como candidata presidencial, se situó Violeta Chamorro, alma máter del periódico *La Prensa* y viuda de Pedro Joaquín Chamorro. Contra todo pronóstico, la UNO ganó las elecciones, aunque el Frente Sandinista obtuvo el 45 por ciento de los votos. Los votantes habían percibido que el triunfo de la UNO supondría el final de la guerra civil y de la catástrofe económica. Daniel Ortega, jefe del gobierno sandinista, reconoció la derrota. La “contra” fue desmovilizada, al igual que una parte del ejército sandinista, todo ello en un clima de dificultades a causa de los enfrentamientos producidos en el seno de la UNO y del propio sandinismo.

ALLENDE, PROTOTIPO DEL SOCIALISMO HUMANISTA

En el campo del reformismo latinoamericano la evolución de Chile durante el periodo 1970-1973 constituye una experiencia única; es lo que se denominó la “vía chilena hacia el socialismo”. Consistió en una acción de gobierno alejada de los métodos insurreccionales y que aspiraba a la transformación de las estructuras económicas y sociales a través de la práctica parlamentaria y del marco constitucional, es decir, una especie de “revolución legal”, encabezada

por el presidente Salvador Allende, prototipo del socialismo humanista.

Al contrario que otros países de la región, Chile ofrecía una larga tradición de gobiernos civiles y parlamentarios, aunque la esfera política tuviera un marcado carácter oligárquico y clientelar. Desde mediados de los años cincuenta había adquirido peso un discurso político proclive a las reformas que asegurasen un crecimiento económico más elevado y constante y la ampliación de las clases medias. Había dos cuestiones que protagonizaban el programa de las reformas: el cobre y la reforma agraria. El cobre se había convertido en el principal producto de las exportaciones chilenas. Al mantenerse sus beneficios en poder de empresas estadounidenses, su rendimiento presentaba para el Estado un ritmo bajo de crecimiento desde el punto de vista fiscal y unas estructuras productivas envejecidas. Todo el mundo estaba de acuerdo en la necesidad de un mayor control nacional sobre el sector, pero eran evidentes las divergencias entre las derechas y las izquierdas en cuanto al método. La cuestión agraria planteaba similares controversias sobre el alcance que debería tener la reforma agraria, aunque nadie cuestionaba la conveniencia de una transformación que incrementase la productividad del campo para servir de sostén a la industrialización y a la exportación. La derecha, que estuvo en el poder desde 1958 a 1964, fue incapaz de llevar a cabo una política de modernización económica. En 1964 el electorado se inclinó por una solución más centrista, dando el triunfo a Eduardo Frei, candidato de la Democracia Cristiana, pero concediendo a la izquierda la votación más alta de su historia con el 39 por ciento. Frei puso en marcha una política reformista más decidida que su antecesor, con un programa de reforma agraria restringido y de mayor presencia del Estado en el sector del cobre, sin llegar a la nacionalización.

Sin embargo, la presión de las elites económicas pronto puso límite a las reformas. La Democracia Cristiana quedó dividida en dos tendencias. Las elecciones de 1970 se jugaron entre tres candidaturas: Jorge Alesandre lideró a la derecha clásica y al sector más conservador de la Democracia Cristiana; Radomiro Tomic encabezó el ala izquierda de la Democracia Cristiana, y Salvador Allende, una coalición de izquierdas, la Unidad Popular, integrada por el Partido Socialista, el Comunista y algunas formaciones de centro izquierda. Allende ganó por escaso margen, el 36,2 por ciento. Su gobierno inició una política de transformaciones de gran alcance: la vía chilena hacia el socialismo. Tal empresa, de una envergadura superior al nivel de los votos cosechados, se atrajo la oposición radical de amplios sectores de las clases medias y del conjunto de las elites económicas. En el ámbito exterior, Estados Unidos valoró

el triunfo de la izquierda bajo los esquemas de la guerra fría y estuvo presto a colaborar activamente en la desestabilización del nuevo régimen político, a partir del principio de que cualquier medida contraria a los intereses económicos estadounidenses habría de ser interpretada como un acto de agresión. Así sucedió con la nacionalización del cobre, a pesar de ser aprobada de forma aplastante por un Parlamento donde la izquierda estaba en minoría. En todo momento Allende planteó su política dentro de la legalidad vigente y de las prácticas parlamentarias sin traspasar nunca los confines de la Constitución. La obstrucción del Parlamento fue un problema irresoluble. Allende recurrió con frecuencia a la legislación anterior casi olvidada o que había quedado como letra muerta, pero muchas reformas sociales no fueron más allá de la discusión parlamentaria.

Durante el primer año de gestión de Allende, la bonanza de la coyuntura internacional permitió una reactivación económica interior, pero ésta sólo fue provisional. Luego la situación degeneró en un estancamiento, que se hizo más pronunciado desde 1972, provocado por un conjunto de variables interrelacionadas: la caída de los precios internacionales del cobre, el bloqueo económico de Estados Unidos, la impericia del equipo gobernante en la aplicación de las reformas, la huida de capitales y el boicot interior. El contexto económico negativo, la oposición a las reformas y la impaciencia radicalizada de un sector de la izquierda ante la lentitud de las mismas erosionaron gravemente la capacidad del gobierno y dieron lugar a una inestabilidad política creciente. Los partidos de la derecha tradicional y la Democracia Cristiana aumentaron su beligerancia contra Allende, tanto en el Parlamento como en la calle, movilizando a sus bases sociales. El mejor ejemplo fue la huelga de camioneros de 1972, que dejó colapsada la economía del país. La extrema derecha colaboraba en la desestabilización con sus acciones terroristas. Igualmente resultaba visible el aumento de las actitudes golpistas dentro del ejército, tradicionalmente respetuoso del poder civil, pero cuya neutralidad había quedado en entredicho desde el mismo momento del triunfo de Allende. Ahora, las fuerzas armadas promovían cambios en sus mandos que relegaban a los generales legalistas.

Por su parte, los impacientes grupos de la izquierda radical, sobre todo el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), sobrepasaban al gobierno planteando la acción directa revolucionaria en forma de huelgas, ocupaciones de tierras y de espacios urbanos o creando organizaciones económicas propias que contrarrestasen el boicot de los propietarios. Además, el gobierno y las empresas

estadounidenses seguían actuando de manera decisiva contra el régimen de Allende y preparando el golpe de Estados Unidos, cuya participación directa en la trama ya está fuera de toda duda por la documentación procedente de la CIA que a mediados del año 2000 ha salido a la luz pública. El clima de tensión social y política se acentuó desde principios de 1973. No obstante, los resultados de las elecciones del mes de marzo fueron mejores que los de 1971 para la Unidad Popular: el 43 por ciento frente al 36,2 por ciento de las elecciones anteriores. Ello no evitó la pendiente hacia el golpe de Estado. El gobierno perdió por completo el control de unas fuerzas armadas claramente golpistas. El propio comandante en jefe, Carlos Prats, leal al poder civil, se vio obligado a renunciar, siendo sustituido por Augusto Pinochet. El entramado golpista civil y militar, interior y exterior, acabó por triunfar el 11 de septiembre de 1973 con la sublevación de las fuerzas armadas. Salvador Allende murió defendiendo el palacio presidencial de la Moneda, es decir, la supremacía del poder civil y la utopía de unas relaciones sociales más justas. En su último discurso, dentro del palacio asediado, quedó de manifiesto la dignidad de un hombre que deseaba que en el futuro su país pudiera transitar nuevamente por las alamedas de la libertad.

Pero tardaron muchos años en abrirse esas alamedas. La dictadura militar encabezada por el general Pinochet duró hasta 1989, combinando la represión sangrienta de un auténtico terrorismo de Estado y los buenos resultados macroeconómicos. Luego vino la compleja reconstrucción de una sociedad democrática bajo condiciones y con la vigilancia institucional del ejército. Una transición facilitada por la amnistía de los actos contra los derechos humanos cometidos por la dictadura. No obstante, la apertura de causas judiciales contra Pinochet en varios países, principalmente en España, por la desaparición de ciudadanos nacionales, seguida de acciones judiciales en el propio Chile, han permitido en la frontera del siglo XXI crear un estado de opinión sobre la necesidad de configurar un tejido jurídico internacional con capacidad para entender y actuar en todo lo referente a crímenes contra la humanidad.

CAPÍTULO 17

EL FIN DEL TERCER MUNDO

La descolonización supuso, como hemos visto, la independencia política de los territorios sometidos a los viejos imperios coloniales. En muchos casos, las relaciones con las antiguas metrópolis continuaron siendo fundamentales para la evolución de los nuevos países. La Commonwealth británica, quizá por su laxitud, alcanzó una agrupación de más de cuarenta estados surgidos de la descolonización o que ya tenían un viejo estatuto de “dominio” (casos de Canadá, Australia o Suráfrica). Los estados africanos del África subsahariana de dominación francesa siguieron manteniendo una estrecha relación con Francia. Pero aun en este caso, los problemas surgidos en la situación demográfica, económica y política de la mayor parte de los países recientemente independizados (o con una trayectoria dependiente, como América Latina) fueron enormes. La explosión demográfica, el fracaso de los planes diseñados para el desarrollo económico de estos países y la formación cada vez más integrada de una economía global explican esta azarosa y divergente evolución de los países del Tercer Mundo.

Los retos a que hubieron de enfrentarse los países recién independizados fueron enormes. Su peso demográfico era ya grande y continuó creciendo hasta producir una verdadera explosión demográfica que está todavía lejos de haberse detenido. Sus fundamentos económicos eran, en general, débiles dada la dependencia que habían tenido de las economías metropolitanas, que en muchos casos habían impuesto una excesiva especialización, mediante la práctica de monocultivos. Estos dos efectos combinados han producido una situación de subdesarrollo, que es el concepto más generalmente aplicado a todas las sociedades del Tercer Mundo. Los resultados, después de medio siglo de evolución, no son muy alentadores. Las distancias existentes entre países ricos y desarrollados y los pobres que se definen como “menos desarrollados” no se han acortado. Aunque los países de América Latina forman parte del Tercer Mundo o del sur, aquí prestaremos especial atención a los países afroasiáticos, dado que

los suramericanos se analizan en un capítulo aparte.

¿QUÉ ES EL TERCER MUNDO?

La aparición en la escena política y económica internacional de este grupo de países cada vez más numeroso, que poblaban las conferencias y organismos internacionales, fue la gran novedad de la segunda posguerra. El proceso de descolonización seguido por todos ellos ya hemos visto que fue desigual en las formas, pero bastante rápido en el tiempo, dada la intensidad descolonizadora de las dos décadas posteriores al final de la II Guerra Mundial. Una nueva realidad geopolítica había nacido. Ello permitió acuñar un nuevo concepto, el de Tercer Mundo, para referirse a este bloque de países que no formaban parte del mundo occidental desarrollado, considerado el "primer mundo", ni de aquellos que se habían colocado bajo la férula de la Unión Soviética y que eran conocidos como los países del "socialismo real" y que, dada la política de bloques, merecían el apelativo de un "segundo mundo". Fue el demógrafo francés Alfred Sauvy quien en 1952, en un artículo al que en su momento se le prestó escasa atención, puso en vigor este concepto, usando una analogía política procedente del abate Sieyès y de su famoso ensayo *¿Qué es el tercer Estado?* Aplicada a este asunto la argumentación de Sieyès, advierte Sauvy que "a fin de cuentas, este Tercer Mundo ignorado, explotado, despreciado como el tercer estado, también quiere ser algo". Los países del Tercer Mundo estaban llamando a las puertas de los privilegiados del primer mundo: "¿No escucháis", dice Sauvy, "desde la Costa Azul los gritos que nos llegan de la otra orilla del Mediterráneo, de Egipto, de Túnez?". Los ecos de la marea humana que Sauvy escuchaba en 1952 pronto se hicieron sentir en Occidente, con la llegada de un nuevo invitado al tablero del mundo bipolar de los dos grandes bloques.

La noción de Tercer Mundo ha tenido éxito y universal aceptación. Aunque pueda parecer simplista y descriptiva, permite identificar una realidad muy vasta, sobre todo en su dimensión política. En un mundo caracterizado por la división en la política de bloques, una tercera alternativa (que algunos europeos occidentales habían intentado construir a fines de los cuarenta) suponía la definición de una fuerza política independiente, neutralista, anticolonial. El Tercer Mundo comprendería así a todos los países que no estaban directamente implicados en los dos grandes bloques surgidos de la posguerra. Su territorio es muy amplio e incluso capricho: países socialistas, como China o Yugoslavia, se

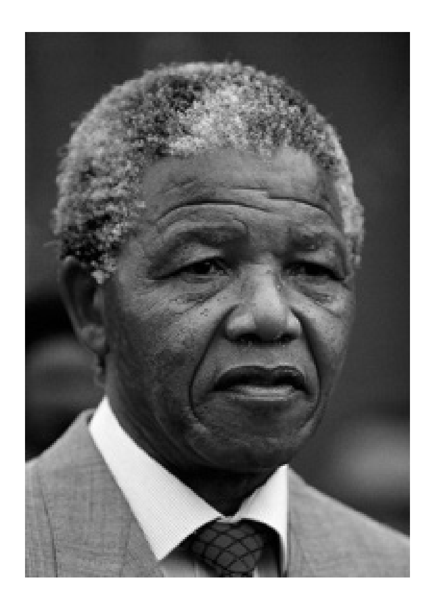
asignaron por razones políticas a esta denominación. En cambio, países situados en los continentes de Asia o África, como Suráfrica o Israel, pertenecían al primer mundo por razones económicas y políticas, hasta el punto de que fueron excluidos de las conferencias promovidas por los líderes afroasiáticos.

Pero el concepto de Tercer Mundo, a pesar de su enorme difusión, actualmente comienza a ser puesto en cuestión, hasta el punto de que algunos autores sostienen la tesis del "final" del Tercer Mundo. La primera percepción de inadecuación del concepto se hizo patente a mediados de los setenta, a partir de la crisis petrolífera y la aparición de diferencias enormes entre unos países ricos en materias primas y otros cada vez más pobres. Por otra parte, el desigual desarrollo económico experimentado por algunos países, como los productores de petróleo en el Oriente Medio o los "dragones" del Pacífico, fue el primer paso dado en el desmoronamiento de la primitiva unidad del Tercer Mundo. Ello ha permitido que algún historiador como Peter Calvocoressi haya aludido a este nuevo grupo de países rápidamente enriquecidos como un cuarto mundo. Luego, en los años ochenta, el concepto pierde significado cuando uno de los mundos, el constituido por la URSS y los países del socialismo real, se ha desplomado súbitamente desde la caída del muro de Berlín en 1989. Sin embargo, la desaparición del bloque soviético no lo explica todo. La debilidad del Tercer Mundo no deriva sólo de su fragmentación política, sino del hecho de que las ilusiones con que habían nacido a la independencia muchos de sus países han sido agostadas por la profundización de su subdesarrollo.

INTERPRETACIONES DEL TERCER MUNDO

Perdida esta connotación geopolítica, la división del mundo se ha empezado a caracterizar en términos más relacionados con el nivel de desarrollo económico. Así es como toman mayor auge denominaciones como la de norte-sur, que resulta ser un concepto geográfico menos preciso todavía, pero que revela la fractura fundamental en el mundo actual: la existente entre países ricos (el norte) y países pobres (el sur). La vara de medir es geográfica, pero también económica: es la renta per cápita la que define ambos hemisferios y, salvo algunas excepciones (Oceanía, Suráfrica), la mayor concentración de riqueza se encuentra en el norte y en Occidente.

NELSON MANDELA (1918-)



Dirigente político sudafricano, mundialmente conocido por su larga lucha contra el *apartheid* (segregación racial) de Suráfrica, de la que logró ser presidente en 1994. Graduado en derecho, se incorporó al partido del Congreso Nacional Africano (ACN) en 1944, desde el que luchó durante largos años contra la política racista del Partido Nacional (NP), en el poder desde 1948, fecha en la que estableció oficialmente el *apartheid,* a pesar de la abrumadora mayoría de población negra del país. Partidario de métodos de lucha inspirados en Gandhi, practicó campañas de desobediencia civil y se opuso a la política gubernamental de creación de territorios reservados para la población negra *(bantustanes).* Detenido en varias ocasiones, pasó buena parte de su vida en prisión (veintisiete años), lo que no le impidió convertirse en el líder de la población negra y en el símbolo de la resistencia contra un régimen racista y autoritario que, además, debió soportar una larga presión internacional a través de embargos económicos y marginación de los foros políticos y deportivos mundiales.

A fines de los años ochenta, en el contexto del final de la guerra fría, el ACN comienza un proceso de negociación con el NP, que permite abrir el camino hacia la democratización del país. Mandela, liberado finalmente en 1990, diseñó con el presidente Frederik de Klerk las condiciones políticas que hicieron posible la realización de unas elecciones democráticas, por primera vez en la historia de Suráfrica. El partido ACN fue el claro vencedor en las elecciones convocadas en la primavera de 1994 (62 por ciento de los sufragios), lo que convirtió a Mandela en el primer presidente negro de Suráfrica. Su política de reconciliación nacional, a pesar de la violencia civil en que ha vivido el país, se ha plasmado en la integración en las tareas de gobierno de los partidos de oposición (tanto el PN como el partido zulú de Buthelezi), lo que dio origen a la llamada Nueva Suráfrica, que así superó casi cincuenta años de *apartheid.* En 1999, Mandela se retiró del poder, aunque su sucesor en el ACN, Thabo Mbeki, continúa al frente del país, tras haber triunfado en las elecciones de ese año. Desde entonces, Mandela, casado con Graça Machel, viuda del presidente de Mozambique, se mantiene al margen de la vida pública, sin haber perdido su gran prestigio político mundial.

Pero no es esta la única tipología existente. En muchos informes de las

Naciones Unidas sobre el “desarrollo humano” o de organismos como el Banco Mundial se insiste en conceptos más relacionados con el grado de desarrollo económico, medido con parámetros de los países occidentales y, por tanto, como un proceso por el que todos habrán de pasar. Esto permitiría diferenciar entre países desarrollados e industrializados, y los que se hallan “en vías de desarrollo” o “menos desarrollados”, en los que se agruparían todos los que antes se cobijaban bajo la noción de Tercer Mundo, aunque, como veremos, haya enormes diferencias internas dentro de esta agrupación genérica.

En todo caso, esta referencia al ámbito económico que se solapa con la división norte-sur permite subrayar una característica fundamental de los países del Tercer Mundo, cual es la del subdesarrollo. De hecho, gran parte de los análisis económicos y espaciales de la distribución de la riqueza a escala mundial insiste más en el concepto de subdesarrollo que en cualquier otro. Este término también fue acuñado en la inmediata posguerra, siendo usado por primera vez por el presidente estadounidense Truman en 1949, en el sentido de considerarlo un estadio previo al desarrollo. Más tarde, sería el economista norteamericano W. W. Rostow el que iba a realizar una exposición más detallada de este concepto en su conocido libro *Las etapas del crecimiento económico* (1952), al establecer los cinco grandes estadios o fases por las que debería discurrir la economía de todos los países del mundo. La caracterización que merecían las sociedades afroasiáticas era, en general, la de “tradicionales”. La vía propuesta para salir de esta situación era la de seguir pasos similares a los transitados por las economías industriales occidentales. En este sentido, si el Tercer Mundo se hallaba en una situación de atraso económico era preciso afrontar las reformas internas necesarias para lograr su modernización, a las que se agregarían las ayudas procedentes de los países adelantados.

La definición del Tercer Mundo como un área subdesarrollada dio lugar a la aparición de innumerables obras teóricas y políticas que versaban sobre las alternativas necesarias para combatir tal situación. Para algunos autores, fue el “desarrollo desigual” producido por el dominio colonial y la división internacional del trabajo el causante fundamental del subdesarrollo de estos países, ya que obligados a participar en un mercado mundial surgido tras la descolonización, no disponían de los instrumentos necesarios para ello. Esto desembocaba en una continuidad del viejo colonialismo bajo formas nuevas de “neocolonialismo”, “dependencia” e “intercambio desigual” y en la postulación de alternativas políticas de carácter revolucionario, que replanteasen sobre nuevos fundamentos las relaciones de estos países con el mundo occidental. La

floración de estudios y análisis de este tipo fue muy fecunda durante los años sesenta y setenta, en especial en América Latina, que fue donde mejor se formuló la "teoría de la dependencia" por parte de Raul Prebisch y muchos otros economistas reunidos en torno a la Comisión Económica para América Latina (CEPAL). En todas estas interpretaciones se ponía el acento, sobre todo, en las razones exógenas que explicaban el subdesarrollo del Tercer Mundo, lo que suponía cerrar las economías de estos países a la influencia externa, mediante una fuerte protección arancelaria.

Pero las cosas han cambiado mucho desde entonces. Con las primeras quiebras del propio concepto de Tercer Mundo se ha impuesto una visión menos intervencionista y más atenta a los problemas del mundo desarrollado y a los retos de una economía cada vez más globalizada. Un ejemplo elocuente de estos cambios lo constituye la figura de Fernando H. Cardoso, actual presidente de Brasil, quien en uno de sus más influyentes libros, *Dependencia y desarrollo en América Latina* (1978), proponía la búsqueda de "formas socialistas para la organización social del futuro". Posición de "erudito izquierdista" —la definición es del historiador David Landes— que se halla bastante lejos de la política pragmática que ha aplicado en Brasil desde su llegada al ministerio de Economía en 1993 y a la presidencia en 1995, consistente en la progresiva apertura de la economía brasileña al mercado mundial.

El fracaso de muchas de estas teorías sobre la situación del Tercer Mundo y, sobre todo, la dificultad para hallar una solución de futuro a sus problemas es lo que explica que los países subdesarrollados se hayan abandonado parcialmente a su suerte y, al propio tiempo, que en muchos de ellos haya sido sustituido el socialismo modernizador y occidentalizador forjado en las luchas de liberación nacional por movimientos de carácter fundamentalista y antioccidental. Esto es lo que ha permitido a algunos autores, como Samuel Huntington, hablar del "choque de civilizaciones" como uno de los principales determinantes de la sociedad actual.

La noción de Tercer Mundo ya no significa actualmente lo mismo que en los años cincuenta y sesenta. Ha sido desbordada por la evolución histórica y enriquecida con otros conceptos menos geopolíticos y más económicos. A pesar de todo ello, se puede seguir empleando como una categoría histórica que engloba a ese enorme conjunto de la humanidad que, lograda su independencia política y una alianza estratégica en su diplomacia mundial, no es capaz de resolver el principal desafío de superar el umbral de pobreza y lograr una estabilidad económica para sus habitantes. Los obstáculos con los que el Tercer

Mundo se debe enfrentar son enormes. Entre ellos, uno de los más acuciantes es, sin duda, el crecimiento extraordinario de su población, hasta el punto de que la evolución reciente de los mismos se suele definir como una verdadera “explosión demográfica”.

LA EXPLOSIÓN DEMOGRÁFICA

La preocupación por la evolución de la población ha sido una constante del mundo contemporáneo. Ya en sus etapas iniciales planteó Malthus en su conocido libro *Ensayo sobre la población* (1798) las dificultades que podrían aparecer en el futuro si se mantenía el desequilibrio entre crecimiento demográfico y recursos alimenticios, llamando la atención sobre la necesidad de evitar que el incremento de la población fuera por delante de la obtención de los excedentes precisos para sostener aquélla. Sin embargo, estas previsiones pesimistas de Malthus pudieron ser conjuradas, durante el siglo XIX y primeros años del XX, gracias a una expansión económica espectacular, especialmente en el seno de la agricultura de los países industrializados, que fue capaz de alimentar a una población en alza. Esto es lo que explica que la población europea y americana haya logrado incrementar su peso en el conjunto mundial, dado que si a mediados del siglo XVIII, aquélla suponía una quinta parte del total del planeta, a principios del siglo XX había alcanzado un tercio de la misma. Pero en la actualidad, esta proporción ha descendido de nuevo hasta un 20 por ciento y el declive es mayor cada año que pasa. El centro de gravedad de la población mundial se ha desplazado hacia los países del Tercer Mundo, que concentran en la actualidad más de cuatro mil millones de habitantes, con China e India como los dos grandes viveros demográficos del globo. Ésta ha sido, sin duda, una de las transformaciones más fundamentales de la segunda mitad del siglo XX y quizá la de consecuencias más duraderas para el siglo XXI.

Esta verdadera explosión demográfica presenta resultados cuantitativos extraordinarios. A principios del siglo XIX, la población mundial se calculaba en unos mil millones de habitantes. Para duplicarse se necesitó más de un siglo, ya que hacia 1930 se alcanzaron los dos mil millones. Pero a partir de esta fecha, el crecimiento fue mucho más rápido, se llegó a los tres mil millones en 1960, los cuatro mil en 1974 y a los seis mil se ha llegado antes del final de siglo. Las previsiones futuras son muy oscilantes, aunque todas las proyecciones demográficas señalan como posibilidad que a mediados del siglo actual se

duplique de nuevo la población actual, alcanzando la cifra de 12.000 millones de habitantes. Aunque no se alcance definitivamente esta magnitud, es evidente que el planeta Tierra está sometido a una creciente presión de una población en continua expansión. No es extraño, pues, que estos resultados constituyan un motivo constante de preocupación para gobiernos y organismos internacionales. De hecho, cuando fue declarado el año 1974 como "año internacional de la población" se estaba poniendo de manifiesto una toma de conciencia sobre el problema que, desde entonces, no ha dejado de preocupar. Diversas conferencias internacionales se han celebrado desde entonces, siendo la de El Cairo (1994) la última expresión de esta preocupación. Sin embargo, es en los países occidentales donde más se ha consolidado una política de carácter maltusiano, a través de movimientos sociales y políticos como el feminismo o la legalización del aborto. Por el contrario, para los países del Tercer Mundo siguen teniendo influencia arraigadas tradiciones culturales y religiosas defensoras de una práctica demográfica de carácter populacionista. Quizá esto explique la posición oficial de la Iglesia católica de rechazo de las medidas de control de natalidad.

Antes de analizar algunas de las consecuencias de esta explosión demográfica conviene preguntarse por las razones que la han hecho posible. La opinión más generalizada es que no se ha producido de forma completa una transición demográfica, como la que experimentaron los países industrializados un siglo antes. Esta transición consistía en un descenso rápido de las tasas de mortalidad y, en un breve lapso temporal, de las tasas de natalidad, lo que propiciaba un reequilibrio de la estructura demográfica y, como corolario, un proceso de envejecimiento de la población. Esto es lo que ha tenido lugar en Europa y países de las "nuevas Europas" desde el siglo XIX y a lo largo del siglo XX. En cambio, esto no ha sucedido en los países del Tercer Mundo: se mantienen altas tasas de natalidad y, sin embargo, han descendido mucho las de mortalidad, lo que da lugar a una estructura demográfica extraordinariamente joven (pirámides de edad de base ancha). Las tasas de natalidad, aun siendo bastante diferentes según países, oscilan entre un 30 por mil en América Latina y un 45 por mil en los países africanos y asiáticos, lo que las coloca incluso por encima de las registradas en la Europa del siglo XVIII. La precocidad en el matrimonio es también muy superior a la que ha caracterizado al mundo occidental, mientras que las tasas de mortalidad han caído hasta un 15 o un 11 por mil, alcanzando incluso proporciones mínimas en ciudades-estado como Hong-Kong o Singapur (cinco por mil en 1968).

El resultado es que las tasas de crecimiento vegetativo de la población se

sitúan entre el dos y el tres por ciento anual, lo que supone que los efectivos demográficos se pueden duplicar cada cuarto de siglo. En este comportamiento ha influido mucho la introducción de prácticas sanitarias propias de los países occidentales, como el uso de medicinas (antibióticos y DDT) y el combate de enfermedades epidémicas, como la malaria. En cambio, no han tenido tanto éxito los programas lanzados en diversos países para controlar la natalidad. Ejemplos de estas políticas de control son los ensayos hechos en India desde la década de los sesenta, mediante una campaña de prevención de la fecundidad (esterilización de parejas con más de tres hijos), y en China más recientemente a través de la política de "un solo hijo". Aunque es previsible que la población de estos dos grandes países aminore su ritmo de crecimiento, su peso demográfico se estima todavía muy alto en fechas futuras, en torno a los mil quinientos millones de habitantes cada uno hacia el año 2025. Por otra parte, en países del sureste asiático o del continente africano estas medidas de control no han dado todavía resultados, dado el enorme peso cultural (y económico, como ya observó Galbraith a propósito de India en los años sesenta) que tiene la familia numerosa.

Las consecuencias de esta explosión demográfica son muy variadas. La primera y más evidente es la baja calidad de vida, a pesar del crecimiento económico que se ha producido en muchos países del Tercer Mundo. Los diversos indicadores que los organismos internacionales manejan para dar cuenta del grado de desarrollo de la mayoría de los estados del planeta son bien expresivos. En el Informe de las Naciones Unidas sobre "desarrollo humano" de 1994, las distancias entre los países industrializados y los demás son considerables, tanto en lo que se refiere a la esperanza de vida al nacer como a la dotación sanitaria, nivel de alfabetización, mortalidad infantil o existencia de enfermedades de carácter epidémico como el sida o el ébola. Por eso se aplica con frecuencia a estos países el calificativo de subdesarrollados o, en términos más corrientes, de pobres.

LAS MEGACIUDADES

Pero ésta no es la única expresión de la situación de la población del Tercer Mundo. Se ha producido asimismo un fenómeno similar al conocido en Occidente en la época industrial, pero con unas proporciones muy superiores. Se trata de un intenso proceso de desagrarización o éxodo rural y la constitución de enormes aglomeraciones urbanas. El incremento demográfico ha desembocado

en una explosión urbana, caracterizada por la existencia de “megaciudades” que son las que superan los ocho millones de habitantes. En 1985, cerca de un tercio de la población de estos países ya vivía en áreas urbanas, estimándose que esta proporción se eleve al 40 por ciento a principios del tercer milenio. Esta urbanización de la población ha sido especialmente intensa en América Latina, la “región más urbanizada del mundo”, según las previsiones del historiador americano Paul Kennedy, ya que alcanzará en el siglo XXI al 85 por ciento de la población; pero también será intensa en Asia y África, donde superará la mitad del total. Las megaciudades del siglo XXI estarán, casi todas ellas, situadas en países asiáticos, africanos o de América Latina. De las diez mayores concentraciones urbanas del planeta en 1990, sólo tres pertenecen propiamente al mundo desarrollado (Tokio, Nueva York, Los Ángeles). Para el año 2015 se estima que tan sólo permanecerá en esta lista la ciudad de Tokio.

Sin embargo, el tamaño no es el único problema. La ciudad ha dejado de ser, como enseñaba un viejo proverbio alemán, el lugar “que hace libre al hombre”. La concentración urbana de los países del Tercer Mundo revela que lo que se urbaniza es también la miseria, en forma de falta de vivienda digna o de servicios básicos (agua potable). Más de la mitad de la población de ciudades como Addis Abeba (Etiopía), Yakarta (Indonesia) o Bogotá (Colombia) no tiene hogar o vive en chabolas inadecuadas. De los más de mil millones de personas que habitan en áreas urbanas en estos países, un 10 por ciento pertenece a la categoría de los “sin techo”. Otra porción importante habita en barrios marginales, construidos con materiales perecederos, que constituyen los denominados *bidonvilles* de carácter semiurbano.

Esta ausencia de una adecuada dotación de servicios y el hacinamiento de la población han propiciado consecuencias sociales dramáticas, con la aparición de “dos ciudades” en una misma metrópolis: la protegida, segura y bien dotada en la que habitan las elites sociales, y la insegura, pobre y hacinada de barrios de favelas suramericanas o “viviendas flotantes” asiáticas, en las que proliferan la mendicidad y otras manifestaciones de la subcultura urbana. Es en esta “segunda” ciudad en la que se alojan los millones de habitantes expulsados del campo. En ciudades como Lagos (Nigeria) o Yakarta (Indonesia), la densidad demográfica es de más de 50.000 habitantes por kilómetro cuadrado, doce veces superior a la de Nueva York. Aunque es previsible que este proceso urbanizador desemboque en una reducción del crecimiento demográfico, es evidente que durante los próximos decenios se crearán problemas muy difíciles en estas megaciudades del Tercer Mundo.

LAS NUEVAS MIGRACIONES

Otra consecuencia de este enorme desequilibrio demográfico es la reaparición de una nueva oleada de migraciones. No sólo de desplazamientos del campo a la ciudad, en el seno de los países subdesarrollados, sino desde éstos a los países más desarrollados. Se trata de una migración desde la periferia al centro, parcialmente distinta de la que caracterizó las grandes migraciones transoceánicas anteriores a las guerras mundiales. En aquéllas, la población europea buscaba nuevas tierras, poco pobladas, en las que asentarse, creando de este modo, a partir del conocido proceso del *melting pot* americano, una sociedad de raíz cultural europea, generalmente próspera. A partir de los años sesenta del siglo XX, las migraciones ya son únicamente fruto de la presión ejercida por la periferia para acceder a la ciudadela de las economías industrializadas. Suramericanos y asiáticos orientales emigran en masa hacia Estados Unidos. Durante la década de 1980-1990, de los 7,9 millones de inmigrantes en Estados Unidos, el 39 por ciento correspondía a asiáticos y el 46 por ciento a suramericanos, especialmente mexicanos. Hacia Europa occidental, la corriente inmigratoria fundamental procede de la región del Magreb, que hacia el 2010 duplicará los efectivos demográficos que tenía en 1980, mientras que en los países europeos mediterráneos (Portugal, España, Francia e Italia), la tendencia será inversa, perdiendo en el 2010 más del 40 por ciento de la población que tenían en 1980. Ambas macrorregiones constituyen “la pareja perfecta”. Sin embargo, estas corrientes migratorias se producen con grandes dificultades, cuando no con restricciones oficiales, lo que da lugar a la aparición de redes mafiosas de explotación de los emigrantes y a diversas formas de inmigraciones ilegales, como es el caso de los mexicanos que arriban a California (“espaldas mojadas”) o los magrebíes que cruzan el estrecho de Gibraltar en pateras. Y a pesar de las barreras impuestas por los países desarrollados a esta inmigración, es previsible que continuará en el futuro. Las tendencias demográficas son claras: la población europea seguirá perdiendo peso específico en el conjunto mundial, pasando del 9,4 por ciento en 1990 a poco más del 6 por ciento hacia el año 2025.

A todo ello hay que agregar la influencia que en el equilibrio medioambiental puede producir esta explosión demográfica, dado que no sólo crece el número de bocas a alimentar, sino que su progresiva urbanización e incrementos de sus

demandas de bienestar obligarán a producir más recursos destinados a ellos. Pero éste no es únicamente un asunto de los países del Tercer Mundo, dado que es bien conocida la enorme incidencia que sobre los recursos naturales ejercen los países desarrollados, en forma de consumo masivo y despilfarro de recursos. Como apunta Paul Kennedy, "un niño estadounidense medio representa un daño medioambiental que es dos veces el de un niño sueco, tres veces el de un italiano, trece veces el de un brasileño, 35 veces el de un indio y 280 veces el de uno haitiano o chadiano".

La economía del subdesarrollo

Las características del subdesarrollo son bastante bien conocidas. Desde los años cincuenta, una abundante literatura económica se ha ocupado de definir esta situación y, al propio tiempo, de proponer las alternativas necesarias para combatir los efectos del mismo. En general, las condiciones de las grandes áreas subdesarrolladas del planeta tienen en común, además de los elevados recursos demográficos, la pobreza de sus habitantes (expresada en la renta per cápita), una estructura económica y social extremadamente "dualista", con algunos sectores muy adelantados y unas minorías enriquecidas que deben convivir con bolsas de pobreza y, finalmente, una incapacidad para generar los recursos propios necesarios para lograr el despegue económico, lo cual los hace más dependientes de las inversiones o, sobre todo, préstamos procedentes del exterior, lo que ha ocasionado en los años ochenta el problema de la deuda.

La definición del Tercer Mundo como el área de la pobreza no admite ninguna duda, lo que en muchas ocasiones se ha expresado como "geografía del hambre", según la conocida expresión del brasileño Josué de Castro, dado que la mitad de su población no alcanza el umbral mínimo de necesidades alimenticias (2.200 calorías por persona y día). Todos los informes elaborados por los organismos internacionales (ONU, FAO, UNCTAD, Banco Mundial, UNESCO, etc.) ponen de relieve la enorme distancia entre los países desarrollados y los subdesarrollados: en 1986 el PIB medio por habitante de aquéllos era 17 veces superior al de estos últimos donde, además, residen casi los cuatro quintos de la población mundial. Las áreas de pobreza afectan sobre todo al África subsahariana y al Asia meridional. Sólo en India se estima que un 40 por ciento de su población vive en situación de extrema pobreza y algo similar se puede decir de Bangladesh o Pakistán.

Pero el nivel de pobreza o de recursos alimenticios no es sino el resultado de una estructura económica determinada por tres factores: una escasa diversificación económica, unas relaciones de intercambio desfavorables con las economías occidentales y, a su vez, una estructura de gasto de sus recursos en la que predominan los gastos militares sobre los relativos a prestaciones sociales como la sanidad o la educación. A pesar de la realización de reformas agrarias y de la incorporación de algunas ventajas de la "revolución verde", el peso del sector primario es evidente en el conjunto de los países del Tercer Mundo: entre el 60 y el 70 por ciento de su población ocupada en 1992, cuando en el conjunto mundial este porcentaje se sitúa en torno al 19 por ciento.

Las relaciones de intercambio comercial entre el norte y el sur (esto es, entre países desarrollados y aquellos que se consideran "en vías de desarrollo") manifiestan a su vez esta desigualdad entre unas áreas y otras. La tradicional dependencia que las posesiones coloniales tenían de las exportaciones de materias primas, alimentos y combustibles hacia las economías de sus metrópolis sigue vigente en la actualidad. A mediados de los años ochenta, las exportaciones del sur hacia el norte se componían, en una proporción cercana al 70 por ciento, de bienes primarios; por el contrario, sus importaciones procedentes del norte eran de bienes manufacturados en sus tres cuartas partes. La asimetría es manifiesta.

Esta especialización en la producción de bienes primarios resultó especialmente desfavorable para el Tercer Mundo a partir de la década de los años setenta. En ese momento, debido al incremento repentino de los precios de la energía procedente del petróleo y a la recesión provocada en los países occidentales, las economías de los países subdesarrollados recibieron cada vez menos ingresos por sus exportaciones (incrementándose aún más el proceso ensayado ya durante la década de los años treinta del siglo XX) y, al propio tiempo, sus monedas eran cada vez más débiles para pagar sus importaciones. Esto originó no sólo un drenaje de recursos desde el sur hacia el norte, sino un incremento también repentino de los préstamos, lo que desembocó en la creación de una enorme deuda, necesaria para poder adquirir los productos manufacturados que procedían del norte. Durante los años ochenta, esta deuda adquirió proporciones tan gigantescas que muchos países, especialmente latinoamericanos, hubieron de renunciar a su devolución. Las razones para contraer tal cantidad de deuda no estaban tan sólo en la desfavorable relación de intercambio entre el norte y el sur. Gran parte de estos recursos fue destinado al pago de elevados gastos militares o, en muchos casos, al mantenimiento de

gobiernos corruptos.

La desfavorable posesión de recursos no es la única característica de los países del Tercer Mundo. Lo más relevante es que las distancias entre ricos y pobres no sólo no se acorta, sino que se profundiza con el paso del tiempo. Si a principios de los sesenta el "primer mundo" concentraba el 70 por ciento de la riqueza mundial, a principios de los noventa esta proporción se había elevado al 85 por ciento. Como se puede leer en el informe del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) de 1996, "los últimos quince años han sido testigos de una polarización creciente del mundo en términos económicos, tanto a escala internacional como nacional", concluyendo que si se mantienen estas tendencias, las disparidades se volverán "inhumanas". Pero esta polarización no es asunto circunscrito a las relaciones norte-sur. También se produce entre los propios países del Tercer Mundo.

LA HETEROGENEIDAD DEL TERCER MUNDO

La evolución económica de los países integrados en el Tercer Mundo no fue homogénea durante el último medio siglo. Las estrategias seguidas para combatir la dependencia heredada del régimen colonial y para superar la situación de atraso económico recorrieron caminos muy distintos. Algunos países, como China o India, han logrado un relativo crecimiento económico; otros, como los organizados en torno a la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) o los situados en la orilla asiática del Pacífico, se han beneficiado de la formación de una economía global a escala mundial. Pero la mayoría de los países del Tercer Mundo ha sufrido, por el contrario, un serio retroceso en sus niveles de calidad de vida y bienestar económico. Una cuarentena de países, mayoritariamente ubicados en el África subsahariana, no sólo no ha conseguido superar el umbral mínimo de la pobreza (una renta per cápita de 500 dólares), sino que ha tenido tasas de crecimiento negativas en el periodo 1965-1989. El Tercer Mundo no sólo es heterogéneo en su interior, sino que ha perdido peso en el conjunto de la economía mundial.

El área más atrasada es el África subsahariana, cuya situación es actualmente "mucho peor que en el momento de la independencia", en estimación del historiador Paul Kennedy. Su cuota de exportación de productos manufacturados es baja (sólo el 12 por ciento del total de sus exportaciones), sus infraestructuras son malas y, por el contrario, su población crece a un ritmo vertiginoso. Toda la

riqueza generada en este continente apenas supera el 1 por ciento del PNB mundial (año 1991). El África subsahariana (excluida Suráfrica) se puede considerar, por esta razón, como el sur del sur.

Los esfuerzos desplegados para combatir la pobreza y el subdesarrollo fueron, pues, muy desiguales en el seno del Tercer Mundo. Muchos de sus países acometieron profundas reformas de sus estructuras económicas, como medio de asegurar su propia independencia política. La realización de reformas agrarias fue generalizada. Como observa el historiador Eric J. Hobsbawm, es probable que nunca se hayan producido tantas reformas como en los años posteriores a la II Guerra Mundial, ni que tuvieran tanto impacto demográfico. La mitad del género humano se vio afectada por ellas, desde China o India, hasta el norte de África o América Latina. La mayor parte de estas reformas fueron un fracaso, pero revelan la importancia que los gobiernos de los nuevos estados concedían a la modificación de un sector que, hasta la II Guerra Mundial, había estado basado en su condición de proveedor de materias primas de los países industrializados. Pero también obedecía a preocupaciones de orden social, dada la activa participación del campesinado en las luchas de liberación nacional de la opresión colonial. Las reformas agrarias tenían como objetivo, por tanto, el reparto de la tierra entre los campesinos, persiguiendo así más la igualdad que la eficacia técnica. A pesar de todo, algunos aspectos de la "revolución verde" occidental pudieron ser traspasados a las agriculturas del Tercer Mundo, lo que explica algunos de los fenómenos demográficos que hemos mencionado antes: el incremento de la población, pero también su intensa urbanización como producto de la "desagrarización" de la sociedad.

Por otra parte, los gobiernos del Tercer Mundo también se vieron abocados a realizar similares políticas económicas que en Occidente, bien a través de la planificación de inspiración soviética, bien mediante una intervención decidida del Estado en la actividad económica, como propugnaban casi todos los estados europeos occidentales. Éste era, como hemos visto, el modelo predominante surgido de la posguerra. La decisión de superar el atraso económico en los países del Tercer Mundo era todavía más urgente, lo que obligó a sus gobiernos a postular una política de industrialización sistemática, en la que la participación de los estados era imprescindible, dada la ausencia de grupos sociales y empresariales sólidos. En general, fue a través del aprovechamiento de materias primas de gran valor, como el petróleo, o del bajo costo de la mano de obra, como se realizó esta tarea industrializadora. Éste es el caso de economías altamente estatalizadas, como Brasil, Venezuela o México, pero también en

África o en Asia.

Como hemos visto antes, si algo caracteriza al Tercer Mundo es su diversidad espacial, demográfica y económica. Algunos rasgos diferenciadores proceden de la situación anterior y obedecen al modo de organizarse los imperios coloniales. Pero otros se han formado a partir de la época de la descolonización, produciéndose así un proceso de "creciente heterogeneización" del Tercer Mundo, en opinión de Ulrich Menzel. Estas divergencias internas se manifiestan, bien en el empobrecimiento relativo de muchos países, bien en la capacidad de acometer procesos de industrialización en otros. Pero hay además un grupo de países del Tercer Mundo que se ha beneficiado de su condición de productores de una materia prima básica para la estructura productiva de la economía actual, que es el petróleo. Ellos constituyen un grupo no sólo diferenciado, sino muy distante en muchos aspectos (riqueza, situación política...) de la mayoría de sus vecinos afroasiáticos.

EL ORO NEGRO

En la economía del siglo XX, la energía se ha convertido en un elemento decisivo. Una de las principales fuentes de energía es el petróleo, llamado con frecuencia el "oro negro", versión moderna de "Eldorado" que perseguían con tanto ahínco los conquistadores del siglo XVI. Como sucedía en América, el petróleo se reparte de forma muy desigual. Ello ha convertido a un selecto grupo de países en un club privilegiado. Son los exportadores de petróleo, conocidos por la organización que han conseguido crear: la OPEP, fundada en 1960 en Bagdad por varios países productores de petróleo, como Irak, Arabia Saudí, Irán o Venezuela, a la que posteriormente se fueron incorporando otros miembros. Pero no fue hasta los años setenta cuando esta asociación de países, sin otro vínculo entre ellos que el de disponer de abundantes reservas de "oro negro", alcanzó un gran relieve internacional, con la subida espectacular de precios del crudo de petróleo. En 1973, en sincronía con la guerra árabe-israelí del Yom Kippur, se produce la primera crisis petrolífera, al cuadruplicarse los precios; luego, en 1979, en el contexto de la revolución islámica iraní, los precios se triplicaron de nuevo: en menos de dos decenios, el precio del barril de petróleo ha pasado de 2,5 dólares a más de 40 dólares.

Aunque estas medidas provocaron una reducción del consumo (que lindaba con el despilfarro) de petróleo en los principales consumidores occidentales, es

obvio que estas medidas lograron efectuar un enorme drenaje de capitales hacia los países de la OPEP que, en su mayoría, se situaban en el Oriente Medio. Esto explica que la renta per cápita de sus habitantes sea, en casos como los Emiratos Árabes Unidos, superior a la de la mayoría de los países occidentales. En conjunto, este grupo de países reúne a una población de 600 millones de habitantes. Los beneficios producidos por esta avalancha de dinero no fueron siempre bien aprovechados, dado que en algunos de estos países, como Libia, Irak o Irán, las aventuras militares los han consumido con rapidez; en otros, como México o Venezuela, ha provocado incluso mayor endeudamiento externo o estrangulamientos de su economía.

A pesar de todo, resulta obvio que una parte importante de países del Tercer Mundo ha conseguido incrementar notablemente su riqueza, lo que planteó problemas de orden internacional hasta entonces no previstos. La dependencia de las economías europeas occidentales y de Japón respecto del petróleo extraído en el Oriente Medio desembocó en una profunda crisis de la que sólo fueron capaces de salir hacia los años ochenta. Algunos autores, como el economista español Roberto Centeno, atribuyen a EE UU un papel decisivo en esta crisis petrolífera, dado que éste fue un modo de contener la expansión económica de Europa occidental, dada la capacidad de autoabastecerse que tenían las dos grandes potencias (EE UU y la URSS). Pero al propio tiempo, el drenaje de dinero en dirección a los países de la OPEP tuvo alguna compensación, mediante su retorno en forma de préstamos e inversiones, tanto en países occidentales como en los del Tercer Mundo. La regulación de este complejo circuito del dinero fue objeto de informes como el realizado por el ex canciller alemán Willy Brandt en 1980. Pero sus consecuencias no fueron del todo afortunadas, al ser uno de los orígenes de los problemas de la deuda que abatió a los países del Tercer Mundo en la década de los ochenta.

LOS DRAGONES ASIÁTICOS

Otro ejemplo de diferenciación interna del Tercer Mundo es el representado por los países que lograron efectuar una rápida industrialización a partir de los años sesenta. Algunos países asiáticos lograron, de este modo, incorporarse al pelotón de naciones industrializadas. Son los llamados NIC (*New Industrial Countries)* o ERI (Economías de Reciente Industrialización), también conocidos como los “tigres” o los “dragones” del Pacífico. Ellos constituyen el ejemplo de

países ganadores en esta carrera contra el subdesarrollo económico que caracteriza al Tercer Mundo. Cuatro pequeños estados de Asia oriental integran el principal pelotón de países de reciente industrialización. Son los de Corea del Sur, Taiwan, Singapur y Hong-Kong. Los dos primeros poseen una pequeña extensión territorial, densamente poblada, mientras que los dos últimos son, en rigor, ciudades-estado. A ellos se pueden agregar, en una posición más retrasada, otros estados ya más extensos territorialmente, como Malaisia, Indonesia, Tailandia e incluso Filipinas. Gracias al poder de irradiación de la economía japonesa, el área del Asia oriental está alcanzando una posición central en la distribución de la riqueza mundial, ya que se estima que actualmente esta área geográfica concentra una cuarta parte del PNB mundial. Su ascenso económico desde los años sesenta ha sido extraordinario, ya que tan sólo los cuatro "dragones" han logrado una participación significativa en el comercio mundial de manufacturas (8,5 por ciento en 1986 frente al 1,5 por ciento en 1965).

La característica más importante de estas nuevas economías industrializadas es su orientación hacia la exportación. Frente a la estrategia seguida por países de estructuras económicas mucho más complejas, como China o India, en la que la apuesta industrializadora tenía como principal objetivo la sustitución de importaciones para alimentar la demanda interior, su rasgo común es la exportación de bienes manufacturados hacia los países occidentales: textiles, componentes electrónicos, juguetes y otros bienes de consumo, incluyendo la potente industria automovilística coreana (Hyundai, Daewoo). Se ha producido aquí una suerte de "taylorización primitiva", como observa el economista Pablo Bustelo, en la que una mano de obra barata y altamente explotada produce fundamentalmente para el mercado mundial.

Las razones que explican esta emergencia de economías industrializadas en regiones subdesarrolladas hasta fechas recientes son muy diversas. Una de las más evidentes estriba en la propia irradiación del milagro económico de Japón, a partir del nuevo estatus a que fue sometido tras la derrota en 1945. El liderazgo de Japón, en gráfica expresión de Paul Kennedy, ejerce el papel de guía de una bandada de "gansos voladores" que vuelan en diversas oleadas. Debe tenerse en cuenta también la profunda modificación de la economía mundial, en la que la descentralización de la producción y la división de los procesos de trabajo es cada vez más frecuente, lo que ha sido posible gracias a la mejora de las comunicaciones y a la "transnacionalización" de las grandes empresas. A todo ello hay que agregar, sobre todo, causas de orden interno. Entre ellas, dos merecen un especial énfasis. La primera se refiere al marco institucional, dado

que en todos estos casos se pone de relieve claramente el papel activo que el poder político ejerce sobre la actividad económica. Las industrias de exportación fueron apoyadas por el Estado mediante subvenciones, cuya provisión deriva de un sistema impositivo que privilegia altas tasas de ahorro y un bajo consumo interior. Las reivindicaciones sociales de los trabajadores fueron reprimidas o contenidas de forma autoritaria por los gobiernos militares que han gobernado tanto Corea como Taiwan. La segunda razón endógena se refiere a lo que se puede considerar el elemento más determinante desde el comienzo de la revolución industrial: el énfasis puesto en la formación de capital humano. La formación técnica, en las universidades propias o en el exterior, permite no sólo disponer de un adecuado cuadro de técnicos superiores, sino de una mano de obra altamente cualificada.

El caso de China

Un tercer ejemplo de evolución económica distante del conjunto del Tercer Mundo, sobre todo en los últimos años, es la China comunista que, además, ha seguido un camino político bien distinto del recorrido en su día por la URSS y los países del "socialismo real" de Europa oriental. Tras la muerte de Mao tiene lugar una serie de reformas conducidas por Deng Xiaoping (y continuadas por su sucesor, Jiang Zemin) que están llevando a la economía china actual a una expansión enorme, con un crecimiento anual superior al 10 por ciento en los últimos decenios. Esta expansión se asienta sobre varios factores.

Por una parte, la realización de reformas interiores, tanto en el ámbito de la agricultura como de la industria y de la política económica. En el sector agrario se acometió un proceso de descolectivización, entregando lotes de tierras a los campesinos para su explotación individual y eliminando los controles sobre la comercialización de los productos. En cuanto a la industria, su evolución presenta dos fases diferenciadas. En la época de Mao y del "gran salto adelante", la política industrial se basaba en la combinación de pequeñas factorías y grandes complejos industriales. Era lo que se definía como "caminar sobre dos piernas". Durante los años ochenta se inicia una política económica de liberalización con la creación de áreas-piloto o zonas económicas especiales.

Por otra parte, la economía china se ha abierto al exterior, fomentando la llegada de inversiones extranjeras y la instalación de empresas foráneas, así como incrementando notablemente sus exportaciones. Aunque no puede

compararse su situación con la de los cuatro “dragones”, las tasas de crecimiento de la economía china son muy sostenidas y, habida cuenta de su potencial demográfico, constituye ya una gran potencia económica (el octavo puesto mundial en 1987). Pero es indudable que el camino de reformas emprendido por Deng Xiaoping se ha beneficiado de la apertura a estas emergentes economías del Pacífico de la que procede, a su vez, la mayoría de las inversiones exteriores dirigidas a China. Con la incorporación de Hong-Kong en 1997 y Macao en 1999, así como la posible de Taiwan, la China posmaoísta se convertirá en la potencia que sirva de contrapeso a Japón en esta área del Pacífico oriental.

La política en el Tercer Mundo: entre la revolución y el militarismo

La organización política interior del amplio grupo de estados independizados a partir de 1945 es tan diversa como su amplitud espacial y demográfica. La diversidad de formas políticas no se refiere simplemente a la existencia de monarquías (como en Marruecos, Tailandia o Arabia Saudí) o repúblicas, que es la forma predominante de los estados del Tercer Mundo. Conviven también entre sí regímenes democráticos al estilo occidental con otros que se definen como socialistas o revolucionarios, al tiempo que tanto unos como otros presentan una gran abundancia de militares en el papel de dirigentes políticos. Y por si esta variedad fuera escasa, durante los años ochenta se incorporan al protagonismo político algunos líderes religiosos, como los *ayatollahs* iraníes. Pero su denominador más común es, más allá de las formas políticas, la inestabilidad de regímenes y gobiernos, sea por conflictos internos, sea por golpes de Estado militares o por intentos revolucionarios.

Las aspiraciones iniciales de los principales líderes del Tercer Mundo eran bastante comunes en lo que se refiere a la construcción política de los nuevos estados. Su objetivo estribaba en la aplicación de modelos políticos occidentales, aunque hubieran de pasar por una fase previa de autoritarismo y de constitución de una fuerte estructura del Estado. En las colonias de origen británico, la tradición de autogobierno permitió la celebración de consultas electorales y la constitución de asambleas políticas en las que fueron redactadas normas constitucionales básicas. Así es el caso del modelo de Ghana en África o de India en Asia.

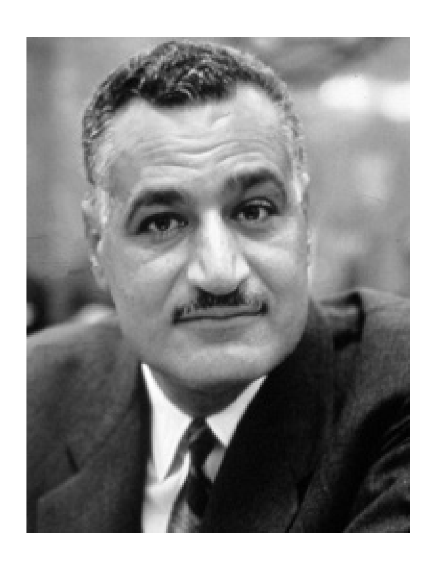
En otros lugares, la lucha desarrollada a favor de la independencia favoreció la creación de estructuras políticas más cercanas al modelo socialista de

inspiración soviética o china. Es el caso de Cuba o Argelia, en los años sesenta, y de Angola, en los setenta.

Las características políticas del Tercer Mundo se pueden reducir, pues, a unos pocos rasgos comunes. Por una parte, fue frecuente el fracaso de los regímenes políticos de carácter parlamentario. Esta debilidad del parlamentarismo, incluso bien manifiesta en las repúblicas latinoamericanas que ya gozaban en 1945 de larga trayectoria independiente, fue general en los países afroasiáticos. Aunque no existe una correlación directa entre desarrollo económico y democracia política (el ejemplo de los "dragones" asiáticos es bien elocuente), la situación de pobreza y subdesarrollo tampoco favorece la constitución de regímenes parlamentarios. De hecho, sólo en los estados que pertenecían al Imperio británico se lograron consolidar regímenes de carácter parlamentario. El ejemplo más notable es el de India donde, a pesar de que el Partido del Congreso ha estado casi de forma ininterrumpida en el poder desde la independencia en 1947 hasta la actualidad, se han celebrado regularmente elecciones. No en vano ha sido definida, atendiendo a su tamaño demográfico y espacial, como la "mayor democracia política del mundo".

Por el contrario, son mucho más frecuentes los regímenes políticos de carácter autoritario, a los que se llega generalmente a consecuencia de la lucha por la independencia o mediante golpes de Estado de tipo militar. El papel desempeñado por los grandes líderes de la descolonización ha desembocado en muchos casos en el ejercicio de un poder personal, basado en su carácter carismático (Nkrumah, Sukarno, Nasser). El acceso de los militares al poder es el rasgo más común en todo el Tercer Mundo, desde Egipto o Argelia (Bumedian) hasta Pakistán o Indonesia (Suharto). Salvo India y algunos estados de carácter comunista (China, Vietnam, Corea del Norte), casi todas las repúblicas del Tercer Mundo, incluidas las suramericanas, han conocido uno o varios golpes de Estado de carácter militar desde el año 1945.

GAMAL ABDEL NASSER (1918-1970)



Político egipcio, que alcanzó la presidencia del país en 1956, en la que permaneció hasta su muerte. De formación militar, Nasser es uno de los mejores ejemplos de políticos nacionalistas y modernizadores que surgieron en los países del Tercer Mundo, en la segunda posguerra. En 1952 participa en el golpe de Estado que derroca al rey Faruk I, prosiguiendo su ascenso hasta convertirse en presidente de una República fuertemente presidencialista, en 1956. Su primera acción de importancia fue la nacionalización del canal de Suez, lo que provocó la intervención anglo-francesa y de Israel, que lo derrotaron. Gracias al apoyo de las dos grandes potencias, logró mantenerse en el poder. En 1958 fundó la República Árabe Unida (RAU) con Siria, que duró poco tiempo, pero le permitió mantener el liderazgo del mundo árabe frente a Israel. A pesar del apoyo cada vez más decidido que le prestó la URSS, no logró vencer militarmente a Israel, siendo humillado en 1967, durante la guerra de los Seis Días.

La acción política de Nasser estuvo guiada por una voluntad modernizadora de Egipto, dentro de una política autoritaria. Promovió grandes obras como la presa de Asuán (abierta en 1968) y apostó por una industrialización promovida por el Estado. En política exterior, se caracterizó por la defensa de un fuerte nacionalismo árabe, lo que le llevó a oponerse a las viejas potencias europeas y a desarrollar una posición antiimperialista, que expuso sobre todo en el seno del movimiento de los no alineados. Participó en 1955 en la Conferencia de Bandung.

El peso del ejército en los países del Tercer Mundo fue una consecuencia de la propia guerra fría y de la conversión de muchos de estos países en piezas activas en la política de contención de bloques, como revela el elevado gasto destinado a la compra de armas. La imposibilidad de llevar a cabo una confrontación bélica de carácter general convirtió al Tercer Mundo en el lugar privilegiado para el desarrollo de las llamadas “guerras de baja intensidad”. Conflictos localizados y controlados que, con todo, mantenían viva la política de bloques, sea en Oriente Medio (guerras árabe-israelí o de Irán-Irak), el norte del Indostán (chino-india o indio-paquistaní), Asia oriental (Vietnam, Corea), Zaire o Nigeria. Al propio tiempo, estos frecuentes conflictos favorecieron la aparición de una fuerte

tendencia militarista en la mayoría de los países tercermundistas. Pero el militarismo que, generalmente, se revistió de un fuerte componente nacionalista también cumplió la función de suplir de este modo la ausencia de una administración civil eficaz y de una clase política estable. La necesidad de afrontar una industrialización sistemática y rápida, así como la participación obligada que el Estado debía efectuar en la actividad económica, abonaron esta tendencia a la presencia de militares al frente de los gobiernos del Tercer Mundo.

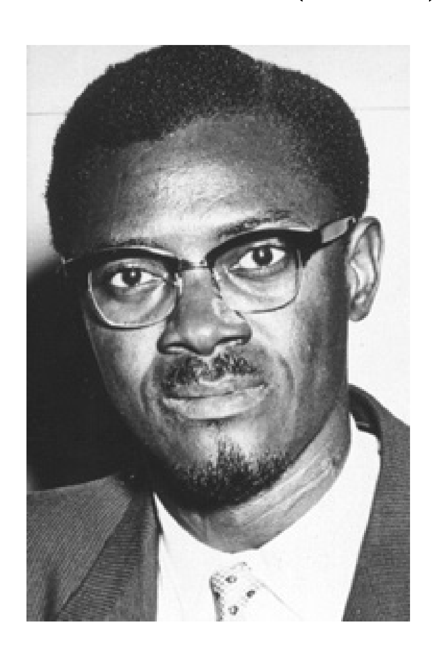
Sin embargo, el Tercer Mundo también fue el territorio preferido de las revoluciones, del intento de cambio radical de una sociedad. Incluso para muchos habitantes del "primer mundo" fue decisiva esta esperanza en una revolución mundial que podría proceder del potencial revolucionario del Tercer Mundo. Las propias revueltas juveniles de los años sesenta (el mayo de 1968 es la más emblemática) se asentaban en el reconocimiento de figuras heroizadas como el Che Guevara, Lumumba o Ho Chi Minh. Este potencial revolucionario logró resultados espectaculares en América Latina (Cuba, Nicaragua) y en Indochina (Vietnam), pero en la mayoría de las ocasiones el asentamiento de regímenes definidos como revolucionarios fue obra de la lucha por la independencia o de golpes de estado. En Argelia, el Frente de Liberación Nacional (FLN) instituyó un régimen de partido único; el "socialismo árabe" defendido por Nasser fue fruto de un golpe militar, lo mismo que la instalación en el poder del partido socialista Baas en Irak a partir de 1968; y en Indochina, fue el final de la guerra de Vietnam lo que posibilitó la instauración de regímenes de inspiración comunista. Algo semejante sucedió en los años ochenta en Angola.

La contestación islamista

Sin embargo, hubo también otro tipo de movimientos revolucionarios que tuvieron una gran influencia no sólo en la política del Tercer Mundo, sino a escala mundial y que diferían drásticamente de la tradición revolucionaria clásica de inspiración socialista. El ejemplo más importante es, sin duda, la Revolución islámica conducida por los *ayatollahs* iraníes para derrocar el régimen del sha Reza Pahlevi, objetivo logrado en 1979. Pero movimientos de este tipo, en los que se combinaron fuertes movilizaciones sociales con influencias ideológicas de carácter islámico, se sucedieron en los años noventa. El mejor ejemplo es la formación en Argelia del Frente Islámico de Salvación

(FIS), partido que ganó ampliamente las elecciones municipales de 1990 y la primera vuelta de las generales de 1991, aunque en este caso el ejército argelino impidiera su llegada al poder mediante un golpe de Estado en 1992. Estas nuevas formas de contestación social ponen de manifiesto que, a finales del siglo XX, ha surgido en el mundo islámico un amplio rechazo de muchas de las pautas políticas e ideológicas que habían caracterizado el proceso de construcción de los estados poscoloniales, y que no conviene mezclar con formulaciones doctrinales fundamentalistas, como el wahhabismo, de gran arraigo en la península Arábiga.

PATRICE LUMUMBA (1925-1961)



Dirigente nacionalista africano, que logró la independencia del Congo belga, de cuya república democrática (luego, denominada Zaire), fue primer ministro, tras ganar las elecciones en 1960. Nacido en el seno de la pequeña tribu de los Batetela, situada en el centro geográfico del Congo, su fuerza como dirigente fue inferior a las de Tshombé o Kasavubu, ambos procedentes de tribus con gran arraigo regional, especialmente en Katanga. Su formación, de carácter autodidacta, se separa también de la mayoría de los líderes del Tercer Mundo, que pasaron largos años en las universidades de sus metrópolis.

El protagonismo político de Lumumba comenzó en 1958 con la fundación del partido Movimiento Nacional Congoleño, fuerza partidaria no sólo de la independencia colonial, sino de lograr un Estado unitario que superase las grandes diferencias regionales y tribales del Congo. Convertido en el principal líder del Congo durante la negociación de la independencia con Bélgica a principios de 1960, su partido ganó las elecciones de mayo de 1960, que llevaron a la independencia del país de su antigua metrópoli, Bélgica. Su acceso al poder, que hubo de compartir con Kasavubu como presidente, pronto se vio puesto en entredicho por la secesión de la rica provincia minera de Katanga, liderada por

Tshombé, y por la rebelión del propio ejército, dirigido por el entonces coronel Mobutu, futuro presidente del país.

Ante estas dificultades, Lumumba apeló primero a la intervención de la tropas de la ONU, cuyos "cascos azules" no lograron restablecer el control sobre la provincia de Katanga, en la que todavía permanecían las tropas belgas. Luego llamó en su ayuda a la URSS, lo que alarmó a las potencias occidentales y provocó su caída del poder. Capturado por las tropas del presidente Kasavubu, fue entregado al ejército de Katanga, que lo asesinó en enero de 1961. Por su ideario panafricanista, su posición avanzada en cuestiones sociales y su defensa de una concepción unitaria del Congo, Lumumba se convirtió, después de su muerte, no sólo en un héroe nacional congoleño, sino en una de las figuras más emblemáticas de todo el proceso de descolonización.

La razón de esta contestación está, en buena medida, en la evolución seguida por muchos países árabe-islámicos, en los que las elites forjadas en las luchas anticoloniales han tendido a patrimonializar el poder desde entonces, sin haber logrado basar su legitimidad en otros elementos que el discurso elaborado para la propia independencia, ni haberse producido de hecho una alternancia en el ejercicio del poder. En general, los gobiernos de los países árabes (y, normalmente, también islámicos) han fracasado en buena parte de sus objetivos primordiales, desde la liberación de Palestina o la realización del ideal panarabista hasta la creación de sistemas políticos participativos. Como observa la historiadora del Islam Gemma Martín Muñoz, estas elites "han tenido que recurrir cada vez más a la represión y a los apoyos exteriores" para lograr su supervivencia en el poder y justificar su condición de haber sido los padres fundadores de los nuevos estados. Su programa de modernización económica, de orientación occidentalizante en unos casos y socialista en otros, ha fracasado de forma generalizada y, al propio tiempo, se ha visto bloqueado por su ineficacia y la frecuente corrupción, de modo que la reacción islamista se basa mucho más en la demanda de una moralización del orden político que en la simple recuperación de los principios doctrinales primitivos de la religión islámica frente a la preponderancia del Islam oficial. A pesar de que los países occidentales han mantenido posiciones contrarias a estas movilizaciones islamistas, lo cierto es que en su seno se esconde un proyecto de alternancia política y de crítica a las elites políticas y militares que va más allá del denostado fundamentalismo o integrismo. Porque la base sociológica de los movimientos islamistas es amplia e interclasista, desde las clases medias y profesionales a los grupos marginales urbanos.

El fracaso de los planes de modernización económica, unido a la desestructuración del orden social tradicional, ha propiciado esta deslegitimación

de los regímenes políticos del mundo árabe. La dependencia del sector exportador, en especial de materias primas como el petróleo, ha tendido a dualizar la estructura económica y a hacer más ostensible la vinculación política de los gobiernos con los intereses de los países occidentales. La apuesta por una industrialización de carácter sustitutivo, los limitados efectos de las reformas agrarias, los elevados gastos militares y la creciente urbanización de la población contribuyeron a hacer todavía más patentes las desigualdades sociales. Por otra parte, la burocracia forjada en torno a los nuevos estados independientes se ha beneficiado de situaciones de privilegio, acrecentadas por la llegada de rentas estratégicas derivadas del contexto de la guerra fría y el bipolarismo, como eran las ayudas al desarrollo. Todo ello ha fomentado una fuerte desintegración social que es lo que, en muchos casos, denuncian los movimientos islamistas. En este contexto, la desaparición del sistema bipolar ha actuado de freno, más que de acicate, al proceso de alternancia política que representaban los partidos islamistas. En suma, detrás de la contestación islamista hay mucha mayor complejidad de la que se supone, pero en ningún caso su existencia es una consecuencia de la incapacidad de la cultura islámica para acoger regímenes democráticos, sino más bien de la ausencia de los mismos. De hecho, ésta es la explicación más plausible de la crisis política de Argelia en los años noventa del siglo XX. Sin embargo, en otros países, como Marruecos, Jordania o Líbano, han ido apareciendo mecanismos de integración del islamismo en el sistema, con la consiguiente apertura del juego político.

El triunfo de la democracia que, según hemos visto, era la característica más constante de los países occidentales a partir de la segunda posguerra, no ha tenido igual reflejo en los países del Tercer Mundo. Sus dificultades económicas, su dependencia de la estrategia de las grandes potencias, la debilidad de sus instituciones políticas y el recurso frecuente a golpes de estado para acceder al poder y al ejército como medio de permanecer en él, ilustran claramente esta inestabilidad política que caracteriza a buena parte de los estados del mundo. Ni las sucesivas “olas democratizadoras” que han arribado a Occidente se han podido extender al mundo de los países afroasiáticos, ni tampoco los países occidentales han apoyado los procesos de democratización de muchos países constituidos como estados tras la independencia colonial. Por el contrario, las críticas al fundamentalismo, aunque no exentas de razón, han servido en ocasiones de coartada para mantener en el poder a las elites gobernantes y evitar el inicio de procesos de democratización o, al menos, de reformismo político. La herencia del periodo colonial ha seguido pesando en la mayoría de los países

independientes, sobre todo en el mundo árabe e islámico, donde la posición de las potencias occidentales ha favorecido claramente la supervivencia de regímenes políticos autoritarios. Fue tan sólo en el campo de las relaciones internacionales donde los países del Tercer Mundo lograron levantar un poderoso movimiento, caracterizado por su aspiración a mantenerse en una posición neutral e independiente de los dos grandes bloques existentes hasta 1991: el Movimiento de la No Alineación.

LA POLÍTICA EXTERIOR: LA NO ALINEACIÓN

Uno de los principales éxitos de los países descolonizados fue la constitución de un movimiento político alternativo, basado en la defensa de la no alineación frente a los grandes bloques. Esta política fue llevada a cabo en los años que van desde el final de la II Guerra Mundial hasta mediados de los años setenta. Es el periodo de mayor actividad diplomática del Tercer Mundo, en un contexto internacional de bipolarismo y coexistencia pacífica. En la década de los setenta se producen giros importantes en esta dinámica diplomática de las grandes potencias que obligan a replantear esta situación. El final de la guerra del Yom Kippur y el estallido de la crisis del petróleo, que provoca una diferenciación neta entre unos países y otros, provoca la primera fractura de la unidad de los países no alineados; el inicio de una política de distensión internacional por parte de Estados Unidos, que comienza con su retirada de Vietnam y sobre todo con el inicio de relaciones diplomáticas con la China comunista, cambia la posición de las grandes potencias no sólo entre sí, sino respecto a los países del Tercer Mundo, al dejar de tener sentido la conocida estrategia de las “fichas de dominó” que había caracterizado los primeros veinte años de la posguerra.

Pero antes de llegar a este punto final, toda una amplia actividad política fue desarrollada por los países del Tercer Mundo. Ésta comienza nada más terminada la guerra. En ella desempeñan un papel fundamental países como India y la China comunista, que unen a su enorme potencial demográfico una voluntad de independencia frente a las dos grandes superpotencias. El principal adalid del neutralismo y la no pertenencia a ninguno de los dos bloques fue el dirigente indio Pandit Nehru, quien se esforzó por preservar su libertad de acción en política exterior aun manteniéndose dentro de la Commonwealth británica. Esto marcó una línea para todos los estados de dominación británica que iban consiguiendo su independencia, a la que se unieron más tarde las colonias del

Imperio francés. Los objetivos políticos de los países no alineados eran claros. Se trataba de tener una voz en la política internacional y, al propio tiempo, no depender de ninguno de los dos bloques existentes. Esto no significa neutralidad pasiva, sino capacidad de relación con cualquiera de ellos, de acuerdo con las circunstancias. Aunque, en general, los principales líderes del movimiento eran proclives al socialismo y se habían formado en las luchas de liberación nacional de sus países, no eran especialmente favorables a la URSS. Por otra parte, la rigidez con que la política exterior de Estados Unidos se manifestó a partir de 1947 le llevó a privilegiar más acuerdos defensivos con países del Tercer Mundo (casos del CENTO o la SEATO) que a mantener su tradicional posición anticolonial, que en el fragor de la guerra fría se había desvanecido en favor de una neta posición imperialista. El movimiento de los no alineados es, pues, una manifestación más de la guerra fría.

Para lograr estos objetivos, los nuevos estados afroasiáticos precisaban fundamentalmente reforzar su solidaridad mutua. Esto lo lograron a través de sucesivas conferencias internacionales que marcaron la pauta diplomática de los países del Tercer Mundo durante varios decenios. Algunas de estas conferencias fueron ya convocadas a fines de los años cuarenta (Nueva Delhi, 1947 y 1949). Pero la expresión más firme de esta creación de un nuevo polo de referencia en la diplomacia mundial fue la conferencia de Bandung, celebrada en 1955 en la isla de Java (Indonesia). Allí se reunieron 23 países asiáticos y 6 africanos, casi todos recién independizados. Los dos líderes más influyentes de la conferencia fueron el chino Chou En Lai, el indio Nehru y el joven dirigente egipcio Nasser.

Los acuerdos alcanzados en Bandung figuran en los diez puntos del comunicado final de la conferencia. En ellos se reafirma la voluntad de los participantes de contribuir a la igualdad entre los pueblos y de sostener las luchas de liberación nacional. Pero más allá de esta declaración, lo que significa Bandung es el ansia de los pueblos afroasiáticos de encontrar una plataforma de influencia política, de coordinación de sus acciones en la ONU y de establecer las grandes líneas de una diplomacia de tercera vía o no alineación. Las grandes potencias ya no podían ignorar este importante número de países que estaban entrando por docenas en la ONU y que incluso eran capaces de establecer relaciones con países de otros continentes: la Yugoslavia de Tito y, años más tarde, la Cuba de Fidel Castro.

Sucesivas conferencias reunieron a los dirigentes de los países definidos por su posición de pertenecer al movimiento de no alineados. La conferencia fundadora del movimiento fue la celebrada en Belgrado en 1961, dado que en

ella se hizo la transición desde el anticolonialismo de Bandung hacia la constitución de un polo diplomático como una clara tercera fuerza internacional. Otras conferencias importantes fueron las de El Cairo (1964), Lusaka (1970), Argel (1973), La Habana (1979), a la que acudieron más de noventa delegaciones de otros tantos países, y finalmente, de nuevo en Belgrado en 1989. A pesar de que durante los años sesenta, esta política de no alineación obtuvo un importante eco internacional, sobre todo gracias al liderazgo del yugoslavo Tito, el grado de influencia diplomática de Bandung ya no pudo ser repetido. Los conflictos internos entre los países del Tercer Mundo (enfrentamientos chino-indio, divergencias en el mundo árabe) debilitaron notablemente el movimiento; las posiciones ideológicas, oscilantes entre la lucha contra el imperialismo o la búsqueda de solidaridad con el Tercer Mundo, tampoco permitieron que cuajase plenamente este movimiento de los no alineados. Las definiciones de forma negativa siempre contienen un exceso de contradicciones internas.

Pero además de esta expresión de la posición diplomática global de los países del Tercer Mundo surgieron otras organizaciones de ámbito supranacional que reflejaban una voluntad de participar en la política mundial por parte de protagonistas que habían estado excluidos de la misma. Algunas de estas organizaciones tenían un contenido claramente económico, como la CEPAL latinoamericana o la UNCTAD, dependiente directamente de la ONU; otras eran de carácter político y ámbito continental. Aparte de la Organización de Estados Americanos (OEA), fundada en 1948 pero con la participación de EE UU, la organización más representativa de este espíritu de solidaridad entre los nuevos países independizados es la Organización de la Unidad Africana (OUA), fundada en la conferencia de Addis Abeba celebrada en 1963. Su constitución fue el resultado de un largo proceso de agrupaciones territoriales previas, entre las que destacan los grupos constituidos en sendas conferencias celebradas en 1961 en Liberia (Monrovia) y Casablanca (Marruecos). El primero representaba principalmente a los países de población negra y dominio colonial francés, mientras que el segundo acogía prioritariamente a los países del Magreb.

La fundación de la OUA obedecía a una vieja aspiración de los líderes de la independencia africana de lograr dar expresión política al panafricanismo. La carta fundacional de Addis Abeba fue firmada por 32 miembros y sus principios básicos radicaban en el fomento de la unidad africana, la lucha contra el colonialismo y la defensa de una posición exterior de no alineación. Aunque la OUA logró algunos éxitos en la prevención o negociación de conflictos fronterizos, su propia constitución como organismo supraestatal supuso la

consolidación de las fronteras, muchas de ellas artificiales, establecidas por el proceso de descolonización.

La desaparición de los grandes líderes del Tercer Mundo, que actuaron de “padres fundadores” del movimiento de no alineados, fue debilitando esta tercera vía de intervención en la política mundial. La caída del muro de Berlín y el desplome del Imperio soviético acabó de dejar sin sentido esta estrategia. Todo ello favoreció una dinámica de fragmentación política entre los antiguos miembros del movimiento de no alineación, así como un incremento de los conflictos bélicos en zonas como los Balcanes o las repúblicas del Cáucaso. La capacidad de mediación internacional en estos conflictos ha pasado casi por entero a la organización militar atlántica (la OTAN), en la que la posición de Estados Unidos, en tanto que gendarme mundial, resulta actualmente más preponderante que en el pasado. Las utopías políticas de los líderes que habían ido a Bandung no se cumplieron del todo, esto es, han venido a menos.

CAPÍTULO 18

HACIA EL SIGLO XXI

¿UNA CRISIS CIVILIZADORA?

La crisis de los años setenta del siglo XX marcó el fin del modelo económico que tras la II Guerra Mundial dio lugar a un crecimiento sostenido de las sociedades industrialmente avanzadas, periodo definido como la edad dorada por parte de algunos autores. La base tecnológica de este modelo se fundamentó en las innovaciones científicas y tecnológicas de la segunda revolución industrial, desarrollada a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX. La generalización de las mismas asociada a las transformaciones del proceso productivo, junto con la generalización de los principios tayloristas y fordistas de la producción, con la cadena de montaje y la producción en masa, inundaron los mercados de nuevos productos manufacturados a precios asequibles para crecientes sectores de las poblaciones de los países industrialmente avanzados, mediante la combinación de los incrementos sostenidos de la productividad, las transformaciones de los sistemas financieros y comerciales. La irrupción de nuevas formas de pago (generalización del crédito, venta a plazos, grandes almacenes, etc.) y la elevación sostenida de los niveles de rentas (tanto en forma de salarios directos como indirectos) hicieron posible la irrupción de la sociedad de consumo, primero en Estados Unidos durante los años veinte y posteriormente en Europa occidental tras el fin de la II Guerra Mundial. A ello contribuyó de manera decisiva el pacto social cristalizado tras la victoria aliada sobre el nazismo y el fascismo en 1945. Pacto social gestado en el espíritu de la resistencia antifascista, que dio lugar al nacimiento de las sociedades de bienestar, cuyo modelo más social halló su máxima expresión en los países democráticos de Europa occidental, y que encontró en el keynesianismo su fundamentación teórico-práctica.

La crisis de los setenta representó la quiebra del modelo productivo, económico, social y cultural de la sociedad industrial. La crisis fiscal del Estado, la elevación de los precios energéticos (particularmente del petróleo), la

aparición del desempleo masivo, la caída de la demanda… fueron eslabones encadenados que revelaron el agotamiento de la onda expansiva del capitalismo de la segunda posguerra. Una crisis que por su extensión, intensidad, dimensiones y repercusiones debe ser calificada como una crisis civilizadora, que marcó el declive de la sociedad industrial tal como se había configurado a lo largo de un siglo y medio, tanto en su vertiente occidental como soviética. Los acontecimientos que se sucedieron a lo largo de los años setenta y ochenta del siglo XX así lo revelan. La caída del muro de Berlín, el 9 noviembre de 1989, simbolizó el definitivo derrumbe del modelo de sociedad industrial surgido de la Revolución de Octubre.

Algunas de las manifestaciones de dicha crisis civilizadora encontraron sus primeras formulaciones en la optimista década de los años sesenta, cuando la fe ciega en la teoría del progreso, definitivamente escorada hacia su vertiente científica y tecnológica, asociaba la resolución de los problemas de la humanidad a los progresos de una razón cada vez más tecnificada. La carrera de armamentos de la guerra fría, basada en el crecimiento sostenido de los arsenales nucleares y en la doctrina de la Destrucción Mutua Asegurada (MAD, en sus siglas en inglés), presentaba un horizonte en el que la sombra de un holocausto nuclear planeaba sobre el futuro de la humanidad, lo que dio lugar a la aparición de un movimiento pacifista en Occidente con un marcado componente antinuclear. Asimismo, la lógica productivista de la civilización industrial comenzó a ser cuestionada desde determinados sectores de las sociedades industrialmente avanzadas, los cuales, alarmados por el voraz consumo de los recursos naturales y sus consecuencias sobre el medio ambiente, terminaron por desembocar en el nacimiento del movimiento ecologista, en la segunda mitad de los años sesenta. Sus primeras manifestaciones fueron contempladas con abierto escepticismo por científicos, gobiernos y sociedades; sin embargo la sucesión de una serie de catástrofes vinculadas al proceso industrializador alimentó las filas del ecologismo y la oposición a una teoría del progreso de marcado carácter productivista.

La publicación en 1972 del primer informe del Club de Roma sobre los límites del crecimiento y los resultados del Informe 2000 encargado por el presidente de Estados Unidos, James Carter, al Departamento de Estado y la Agencia del Medio Ambiente de EE UU, publicado en 1979, dieron credibilidad a las denuncias del movimiento ecologista sobre el impacto y las consecuencias sobre el futuro del planeta sometido a la lógica depredadora de la sociedad industrial. Finalmente, las revueltas de 1968 pusieron en cuestión algunos de los

valores dominantes en la sociedad, desde el antiautoritarismo y la emergencia de los denominados "valores posmaterialistas", hasta el papel y funciones tradicionalmente asignados a las mujeres de la mano de la pujanza del movimiento feminista, de la masiva incorporación de la mujer al mercado laboral y al sistema educativo y la liberalización sexual, pues la aparición de la píldora anticonceptiva permitió a las mujeres un control más efectivo de la natalidad y de su propia sexualidad. Feminismo, ecologismo y pacifismo introdujeron y socializaron nuevos sistemas de valores que discutieron, socavaron o pusieron en cuestión algunos de los principios sobre los que se había asentado tradicionalmente la civilización industrial.

Por otra parte, el desarrollo de la microelectrónica desde los años sesenta estaba sentando las bases de la revolución de las telecomunicaciones del último cuarto del siglo XX; sus primeros pasos significativos se produjeron en el decenio de los años setenta con el desarrollo de los ordenadores personales por parte de IBM y Macintosh, la fundación de Microsoft y la creación de Arpanet, la red patrocinada por el Departamento de Defensa de EE UU que sería el antecedente directo de Internet. En los años setenta y ochenta las nuevas tecnologías vinculadas a la microelectrónica, la informática y los satélites establecieron los pilares de lo que sería el espectacular despegue de la "sociedad de la información", que alcanzaría velocidad de crucero en los años noventa del siglo XX. La conjunción de la informática, redes de telecomunicaciones y *mass media* dio lugar al nacimiento de la denominada "nueva economía", acelerando los procesos de mundialización en lo que dio en llamarse la "globalización". Estaba naciendo una nueva sociedad, cuyos parámetros de funcionamiento y sistemas de valores comenzaban a sustituir a los de la tradicional civilización industrial, en crisis.

En dichas transformaciones desempeñó un papel de primer orden el desarrollo de los *mass media*. La industria audiovisual (radio, cine, música y televisión) a lo largo de la segunda mitad del siglo XX contribuyó de manera decisiva a difundir a escala planetaria los modos de vida y sistemas de valores de las sociedades opulentas. Con un claro predominio estadounidense, debido a la hegemonía mundial de su industria audiovisual, el modo de vida norteamericano *(The American Way of Life)* conquistó el imaginario colectivo de la humanidad. La multiplicación de los canales televisivos, los satélites de comunicaciones y las redes de cable difundieron los contenidos informativos y de ocio de la cultura norteamericana, la creación de la CNN y su papel protagonista en la cobertura informativa de la guerra del golfo Pérsico en 1991 marcaron un hito en la

globalización de la oferta televisiva. La industria audiovisual, con especial protagonismo del cine de Hollywood y la música anglosajona, con la creación de sus mitos e ídolos, introdujo, difundió y socializó nuevos valores y pautas de comportamiento que fueron seguidos con entusiasmo por las nuevas generaciones desde el decenio de los años sesenta.

La crisis de los años setenta provocó la quiebra del modelo keynesiano de crecimiento; las políticas de demanda keynesianas fueron sustituidas por las políticas de oferta, defendidas por el neoconservadurismo anglosajón liderado por Margaret Thatcher en Gran Bretaña y Ronald Reagan en EE UU. El neoconservadurismo de los años ochenta actuó en el plano de la política económica, desde los parámetros ideológicos del neoliberalismo, reduciendo o congelando las partidas sociales y públicas de las políticas keynesianas anteriores. Ello no fue óbice para que durante la presidencia de Reagan en Estados Unidos se disparara el gasto público militar, simbolizado en la Iniciativa Estratégica de Defensa (SDI, conocida popularmente como la "guerra de las galaxias"), que relanzó la carrera de armamentos y contribuyó a agravar los problemas de la desfallecida economía de la Unión Soviética. El neoconservadurismo acentuó las tendencias individualizadoras de la sociedad de consumo, a pesar de su insistencia retórica en los valores tradicionales de la familia como núcleo de articulación y cohesión social. El debilitamiento de las redes sociales de las políticas públicas, unido al mensaje recurrente en favor de la iniciativa individual, fracturó las clásicas redes de articulación social de la civilización industrial, en particular a los sindicatos ya debilitados por la acción conjugada de los efectos de la crisis de los setenta y el desempleo masivo a ella ligada.

El decenio de los ochenta puede ser considerado como un periodo de transición de la vieja civilización industrial en crisis y la nueva sociedad informacional en ciernes, que irrumpiría con fuerza en los años noventa del siglo XX. En el plano político la caída del muro de Berlín en 1989 y la desaparición de la Unión Soviética en 1991 significaron el fin del sistema internacional vigente desde el fin de la II Guerra Mundial, caracterizado por el enfrentamiento entre bloques militar, económica, política, social e ideológicamente enfrentados. El fin de la guerra fría afirmó la hegemonía planetaria de Estados Unidos y de los valores propios de la sociedad norteamericana. La desaparición del bloque soviético puso punto final al proceso de descrédito del modelo de sociedad que encarnaba, un descrédito que en la sociedad occidental hundía sus raíces desde, al menos, el aplastamiento de la revolución húngara de 1956, debido al carácter

totalitario de la Unión Soviética y su modelo de sociedad. Durante los años ochenta, en los planos cultural y filosófico, surgió el debate sobre la posmodernidad, debate que puso en evidencia el agotamiento de los grandes discursos, los llamados metarrelatos, sobre los que se habían construido los referentes comprensivos del mundo por parte de la civilización industrial.

En el ámbito del pensamiento occidental la posmodernidad fue el reflejo del fin de la ilusión encarnada en la teoría del progreso que había articulado el proyecto de la razón ilustrada desde su cristalización en el tránsito del siglo XVIII al XIX, coincidiendo con la irrupción de las primeras manifestaciones de la sociedad industrial. Con ella se secularizaba uno de los pilares esenciales de la civilización occidental desde la fusión de las dos tradiciones de las que nació, la greco-romana y la judeo-cristiana, una concepción teleológica del tiempo que ligaba de manera indisoluble pasado, presente y futuro, en una ecuación lineal y unívoca donde la felicidad, entendida como la realización del individuo, encontraba su proyección en el irresistible y lineal avance del progreso de la humanidad, fiado al progresivo dominio y control de la Naturaleza por parte del ser humano, merced al progreso de la ciencia y su correlato tecnológico en una carrera sin fin cuyo vehículo fue el desarrollo económico. La crisis de la teoría del progreso se conjugó con la aceleración del tiempo provocada por el desarrollo tecnológico y de la sociedad mediática, así como con los nuevos valores asociados a la sociedad de consumo, en los que la presión publicitaria a favor de lo efímero ha contribuido de manera decisiva a la disolución del tiempo. Frente a la densidad temporal, pilar esencial en la construcción de las identidades sociales e individuales, se fue abriendo camino la fugacidad vertiginosa del instante, reduciendo los horizontes temporales a una cada vez más delgada y frágil sucesión de líneas desconectadas entre sí, sometidas al cada vez más voraz dictado de la actualidad, desde la información hasta el consumo (regido por el principio de la moda) pasando por la progresiva fragilidad de las identidades personales y colectivas.

La posmodernidad se entiende como un conjunto de elementos de todos los ámbitos de la cultura, cuyos contenidos son contradictorios en muchas ocasiones. En el terreno del pensamiento se ha identificado abusivamente el pensamiento posmoderno con una interpretación de la realidad política y social de marcados tintes conservadores. Es cierto que algunos autores asentados en estas corrientes coinciden al plantear el fin de los grandes discursos políticos surgidos con la modernidad, especialmente respecto de la crisis del marxismo, y afirman el final de las utopías, entendidas como la construcción de modelos

globales alternativos de organización de la sociedad, por lo que sólo quedaría espacio para juegos dentro del sistema social y político imperante. Sin embargo otros autores, que han defendido el pensamiento débil, como es el caso de Vattimo, plantean la imposibilidad de edificar sistemas omnicomprensivos de la realidad debido a la naturaleza compleja de las sociedades posindustriales y mediáticas, pero frente al conformismo social no renuncian a la idea de transformación.

En el plano de las ciencias se ha ido abriendo camino la aceptación de la complejidad a la hora de formular teorías explicativas que, en lugar de centrarse en la obsesión por el orden, aprenden a vivir con naturalidad en los procesos caóticos, desde la premisa de que el desorden es generador de un nuevo tipo de orden y no sólo manifestación de nuestra carencia de conocimientos. Es decir, aprender a convivir con normalidad con el azar y la necesidad. En suma, frente al proyecto moderno, caracterizado por un pensamiento sistemático que pretendía englobar la totalidad de la realidad natural, social y humana, la posmodernidad afirma el valor de la diversidad, la fragmentariedad a partir de la realidad compleja de los procesos naturales, sociales y humanos. Se abre paso un nuevo modelo de racionalidad que no renuncia a la cognoscibilidad del mundo, pero que rebaja sensiblemente las pretensiones totalizadoras de la racionalidad moderna.

La quiebra de la bipolaridad

El sistema bipolar configuraba unas reglas de juego claramente definidas y articuladas, a pesar de los riesgos intrínsecos que conllevaba el enfrentamiento este-oeste, con la permanente amenaza del holocausto nuclear. Existía una jerarquización de los conflictos según su interés para Estados Unidos y la Unión Soviética, que tenían, en cualquier caso, la última palabra; esto permitía delimitar de antemano hasta dónde podían llegar los conflictos, la intensidad que iban a adquirir y cuál iba a ser la posición de cada potencia. El orden internacional de la guerra fría era similar a una gran partida de ajedrez, en la que dos jugadores —Estados Unidos y la Unión Soviética— movían y sacrificaban sus fichas en función de su relativa trascendencia estratégica, pero se encontraban obligados a mantener en el tablero a sus reyes para continuar dentro de la partida. Una partida que aparecía como inacabable, puesto que el jaque mate de uno significaría la destrucción simultánea del otro, y, por ende, del

conjunto de la humanidad en el estallido del holocausto nuclear.

Por otra parte, el enfrentamiento este-oeste se desenvolvía dentro de los parámetros de un conflicto ideológico, político y económico entre dos sistemas incompatibles en sus postulados, valores y organización, lo cual facilitaba los posicionamientos a favor o en contra de uno u otro bando, de lo que se derivaban importantes ventajas e inconvenientes. En el lado de las ventajas destacaba la simplificación a la hora de tomar postura e interpretar el mundo en el que se desenvolvía la humanidad. Un estado o ciudadano se definía perfectamente en función del lado en el que se situara. Las revoluciones políticas y económicas del siglo XIX habían dado lugar a una moral social, basada en los grandes conceptos de libertad, igualdad y fraternidad; estos valores eran interpretados de forma radicalmente diferente por los partidarios de los sistemas respectivamente liderados por Estados Unidos y la Unión Soviética.

Esta polaridad de las posturas y las interpretaciones, además de ser su principal ventaja, constituía su principal inconveniente. Así, la simplificación de los mensajes y de los análisis llevaba aparejada un reduccionismo empobrecedor: los desastres de un lado eran subrayados y sus logros ignorados, mientras que los logros del propio lado eran enaltecidos hasta el paroxismo y radicalmente obviados o minusvalorados los desastres. A pesar de ello, esta polarización del pensamiento proveía de fuertes seguridades a quienes se integraban en las filas de uno de los dos sistemas. Esta forma bipolar de pensar encontraba sus raíces profundas en la prolongación natural de los grandes discursos ideológicos que salieron triunfantes de la II Guerra Mundial: el liberalismo y el socialismo, en su doble vertiente socialdemócrata y comunista, frente a los derrotados fascismo y nazismo. Dos discursos que han marcado la Edad Contemporánea, y que fueron edificándose al hilo de la construcción y expansión de las sociedades industriales a lo largo y ancho del planeta.

Desaparecido el enemigo secular, la URSS, algunos analistas, llevados de su visión “occidentalcentrista” de la historia de la humanidad, actualizaron algunas viejas tesis referidas al *fin de la historia*. El triunfo de Estados Unidos en la guerra fría debía suponer el triunfo indiscutible e indisputado de su modelo económico, social, político y cultural. La economía de mercado y la sociedad liberal, sin enemigos capaces de articular modelos alternativos globales, impondría su dominio planetario, provocando una progresiva uniformidad bajo el liderazgo de Estados Unidos. Sin embargo, los acontecimientos desarrollados desde 1989 demostraron una mayor complejidad de lo apuntado por tan reduccionistas análisis. El fracaso en el decenio de los setenta de las expectativas

creadas en los países del llamado Tercer Mundo, tanto en su vertiente liberal como socialista, para ingresar en el club de los países desarrollados alimentó movimientos de resistencia a los procesos de uniformización y aculturación de unas sociedades cuyas formas civilizatorias estaban siendo desarticuladas por los embates de los modelos importados desde Occidente.

Desengañados por los pobres resultados cosechados, sectores amplios de las jóvenes generaciones de las elites de estos países, formadas ya tras la culminación de los procesos de descolonización, volvieron sus ojos hacia los valores de sus civilizaciones de origen, dando lugar a movimientos sociopolíticos que rechazaban las vías propuestas por los dos modelos surgidos de Occidente, tanto el liberal como el socialista. Su expresión más acabada y radicalizada se encontró en los denominados fundamentalismos, particularmente el islámico. Los fundamentalismos han cuestionado tanto el modelo liberal, ejemplificado por la revolución iraní encabezada por Jomeini, como el socialista, representado por los casos de Afganistán y Argelia, o articularon respuestas resistencialistas frente a la denominada globalización, con escasos resultados prácticos pero considerable proyección pública como los zapatistas en el estado mexicano de Chiapas, o el boicot de la Cumbre de la Organización Mundial del Comercio (OMC) de Seattle (EE UU) en noviembre de 1999, que aglutinó a una amplia y heterogénea coalición de ONG (Organizaciones No Gubernamentales), movimientos sociales y sindicales en contra de los efectos perversos de la globalización.

Estas respuestas de reafirmación civilizadora frente a Occidente han llevado a algunos analistas a hablar de choque de civilizaciones a la hora de dibujar los escenarios del conflicto en el siglo XXI, en una visión marcadamente defensiva que trataba de salvaguardar la primacía alcanzada por la civilización occidental en los dos últimos siglos a escala planetaria. En cualquier caso, al finalizar el siglo XX, frente a la etapa anterior protagonizada por el enfrentamiento entre bloques, y la consecuente amenaza de un posible holocausto nuclear, la humanidad se enfrenta a un mundo más seguro pero más inestable, fruto del alejamiento en el horizonte de una guerra nuclear generalizada, lo cual no significa la desaparición de la amenaza nuclear, dada la proliferación de la tecnología militar nuclear en manos de terceros países. Por otra parte, en la segunda mitad del siglo XX surgieron nuevas amenazas vinculadas a la acción y presión de la humanidad sobre el ecosistema planetario, en una escala sin precedentes en la historia de la especie que permite hablar con propiedad de la existencia de una crisis ecológica.

Los años noventa pueden ser caracterizados en el escenario internacional como una época de transición desde el sistema internacional bipolar, articulado en torno a la pugna de dos grandes superpotencias, Estados Unidos y la Unión Soviética, y un nuevo escenario protagonizado por la hegemonía estadounidense en el que, sin embargo, persistían importantes incertidumbres sobre la estabilización de un nuevo sistema internacional, capaz de generar una larga etapa de estabilidad planetaria. Dichas incertidumbres se deben a causas distintas y, en ocasiones, contradictorias. En primer lugar, las propias dudas del gigante norteamericano respecto de su nuevo papel como única superpotencia mundial. Si bien el decenio comenzó con una clara visibilidad del poderío incontestable de la maquinaria de guerra estadounidense, exhibida planetariamente a través de las imágenes retransmitidas en directo por la cadena de noticias televisiva CNN, durante la guerra del golfo Pérsico en 1991, que condujo a la derrota del Irak de Sadam Hussein ante una amplia coalición de países liderada política y militarmente por Estados Unidos, acontecimientos posteriores introdujeron dudas sobre la firmeza de Estados Unidos a la hora de ejercer su incontestable liderazgo planetario, como consecuencia de la influencia en Washington del tradicional *lobby* aislacionista estadounidense y de la persistencia del síndrome de Vietnam, por el que la sociedad norteamericana se muestra enormemente reticente a aceptar bajas de sus tropas en intervenciones militares en el exterior.

Tras la desaparición del enemigo soviético y la caída en barrena de Rusia durante la presidencia de Yeltsin, los intereses estratégicos norteamericanos se difuminaron; extensas áreas del planeta perdieron interés, especialmente en el continente africano, que se deslizó por una pendiente sin fin en la que se dieron la mano los estragos causados por el SIDA, las catástrofes naturales y los conflictos militares y guerras civiles protagonizados por los sátrapas que heredaron los estados africanos tras la descolonización y el fracaso de las políticas de desarrollo, tanto en su vertiente occidental como socialista, tras la crisis de los años setenta. Las excepciones fueron escasas, sobresaliendo el fin del *apartheid* en Suráfrica, merced al liderazgo de Nelson Mandela, y, en menor medida el Oriente Próximo, tras los acuerdos de Paz de Oslo de 1992 y la Cumbre de Madrid de 1993, que puso en marcha un largo, difícil y problemático proceso de paz entre israelíes, palestinos y países árabes, que condujo al establecimiento de la Autoridad Nacional Palestina dirigida por Arafat en Gaza y Cisjordania, germen del Estado palestino. La crisis de Argelia, marcada por el ascenso del fundamentalismo islámico y la dictadura del aparato político-militar heredero del Frente de Liberación Nacional (FLN); el genocidio de Ruanda en

1994; la posterior crisis en la región de los Grandes Lagos; las interminables guerras de Sudán y entre Eritrea y Etiopía, agravadas por los efectos de las bíblicas hambrunas que diezmaron su población; la guerra civil de Sierra Leona y otros acontecimientos sucedieron ante la pasividad de la comunidad internacional o, en el mejor de los casos, ante su tardía e insuficiente respuesta, provocada por la conmoción de las opiniones públicas de los países opulentos merced a la acción combinada de las atroces imágenes retransmitidas por las cadenas de televisión y la cada vez más influyente acción de las ONG, que emergieron en ese decenio como uno de los más potentes actores sociales a escala internacional.

En Asia los acontecimientos también se desenvolvían por sendas contradictorias. De una parte, el fin de la dictadura de los Marcos en Filipinas y la caída de Suharto en Indonesia parecían alentar la democratización de dos de los grandes países asiáticos: la celebración del referéndum, auspiciado por la ONU, en Timor Oriental, con el triunfo de las tesis independentistas y la posterior intervención de Naciones Unidas para garantizar el cumplimiento de su resultado en 1999; la progresiva normalización de Camboya, tras el fin de la ocupación vietnamita y la eliminación de los jemeres rojos, del genocida régimen de Pol Pot; y el desarrollo económico, que no político, de China fueron sucesos que empujaban en la dirección de un planeta más estable políticamente. Sin embargo, la permanente tensión entre India y Pakistán se vio agudizada por la carrera nuclear emprendida, tensión que se elevó por la disputa de Cachemira y la exhibición de su creciente potencial nuclear en 1999, constituyendo un foco de inestabilidad regional con crecientes implicaciones planetarias, consecuencia de la dimensión nuclear de ambas naciones.

La descomposición de la URSS dio lugar a la formación de nuevos estados independientes. Rusia estaba sumida en una galopante crisis durante la presidencia de Yeltsin, en la que la transición hacia el capitalismo se realizó en un contexto de corrupción generalizada de la que se beneficiaron un reducido grupo de oligarcas, que levantaron gigantescas fortunas al amparo de su influencia en el entorno familiar de Yeltsin y la extorsión de las prácticas mafiosas. La ex potencia vio reducida su influencia internacional, inmersa en una crisis de dimensiones colosales, que llevaron al empobrecimiento de su población. Las tendencias segregacionistas se dispararon, con especial virulencia en la región del Cáucaso, en la que destacó la guerra de Chechenia, convertida en un polvorín de importantes efectos desestabilizadores a escala regional, en el que se combinaban los distintos intereses en pugna por la explotación y control

de los ingentes recursos petrolíferos de la zona; el conflicto religioso y étnico del abigarrado mosaico de pueblos de la región; la ausencia de unas claras fronteras aceptadas entre las distintas entidades territoriales surgidas de la disolución de la antigua Unión Soviética y la carencia de unas estructuras y prácticas democráticas que permitieran su estabilización política, junto con la creación de un marco de diálogo para la resolución de los conflictos internos y externos.

La desaparición de la Unión Soviética fue producto de una crisis del sistema. Incapaz de mantener la competencia militar con Estados Unidos y responder satisfactoriamente a los cambios productivos y tecnológicos, los crecientes problemas de la economía soviética, agravados por la esclerotización de la gerontocracia brezneviana, terminaron por hacer inviable la reforma del sistema soviético durante el breve mandato de Gorbachov. La quiebra del sistema soviético estuvo acompañada por su deslegitimación pasiva entre la población, cuya desarticulación social era fruto de la combinación de la persecución de toda disidencia, facilitada por la pervivencia de los efectos demoledores del totalitarismo estalinista, y el desentendimiento frustrado de una sociedad hastiada de la retórica vacía del poder, alimentado por la crónica escasez de un estado autoritariamente paternalista. En ese contexto, la transición hacia el capitalismo se realizó en un marco proclive para la reproducción de la tradicional corrupción de la *nomenklatura*, que aprovechó el descontrolado proceso privatizador para edificar gigantescas fortunas en manos de una reducida oligarquía, con la aquiescencia de los organismos financieros internacionales controlados por Occidente, temerosos del poder desestabilizador del enorme y, a la vez precario, potencial nuclear soviético. La desarticulación social de la sociedad soviética se reflejó en la inestabilidad del sistema político surgido tras el fin de la URSS; las viejas elites de la *nomenklatura* se reconvirtieron rápidamente a los nuevos parámetros mediante la instrumentalización de los sentimientos nacionalistas para perpetuarse en el poder en los nuevos estados y territorios surgidos de la descomposición de la URSS.

El sistema de partidos se reveló en Rusia como un simple instrumento en manos de logreros, oportunistas y antiguos dirigentes soviéticos para mantenerse en el poder o conquistar parcelas del mismo. La presidencia de Yeltsin fue el paradigma de esta forma de actuar. Desde los salones del Kremlin, y en estrecha connivencia con los nuevos oligarcas, surgieron y desaparecieron a velocidad de vértigo asociaciones políticas para servir a los intereses del ocupante del Kremlin. De esta forma, Vladimir Putin, un desconocido funcionario de los servicios de seguridad de la época soviética, se hizo con la presidencia de Rusia

en marzo del año 2000, tras ser designado por Yeltsin, mediante la instrumentalización de los heridos sentimientos nacionalistas rusos, donde la guerra de Chechenia desempeñó un papel capital. Una población empobrecida, abandonada a su suerte, desaparecidos los mecanismos de protección y redistribución social del anterior modelo soviético, sometida a una cada vez más dura lucha por la supervivencia cotidiana, frustrada y desengañada de unas promesas nunca cumplidas sobre un futuro mejor, desarticulada social y políticamente, se mostró incapaz durante los años noventa de poner coto a los desmanes, abusos de poder y corruptelas de la nueva elite dirigente, caldo de cultivo propicio para la aparición de un renovado autoritarismo facilitado por la ausencia de tradiciones democráticas que permitieran controlar el poder, generando importantes incertidumbres sobre la evolución futura de Rusia.

La descomposición del bloque soviético coincidió con la aceleración del proceso de integración europea. En 1992 se aprobó el Tratado de Maastricht por el que nació la Unión Europea, reforzada posteriormente con el Tratado de Amsterdam y cuyo resultado más inmediato fue el nacimiento de la Unión Económica y Monetaria, que desembocó en la creación de la moneda única, el euro, el 1 de enero de 1999. La Unión Europea se vio sacudida por la desaparición del bloque soviético. Los países del este de Europa vieron en su incorporación a la UE y a la OTAN la vía para asegurar el desarrollo económico, la seguridad para su recién adquirida independencia respecto de la antigua Unión Soviética y de la nueva Rusia y una garantía para afirmar sus nacientes democracias. La ampliación de la OTAN hacia el este de Europa se realizó con rapidez, no así la incorporación a la Unión Europea, aunque se abrieron negociaciones para su futura incorporación, con un primer horizonte fijado en el año 2002. Los países de la Europa oriental tuvieron que hacer frente a la reconversión de sus economías del fenecido sistema planificado hacia la economía de mercado, a la vez que impulsaban políticas económicas de adecuación a la normativa de la UE. Esta última se encontraba en la tesitura de modificar sustancialmente su estructura y normas de funcionamiento, para hacer operativa una Unión Europea de 15 a cerca de 30 estados miembros, reforma que chocaba con el *statu quo* de que gozaban sus miembros e imponía la necesidad de reconsiderar sus mecanismos de funcionamiento, sobre todo en cuanto a la composición y atribuciones de la Comisión Europea, la unanimidad de la toma de decisiones a favor del principio mayoritario y la ponderación del peso y el voto de los distintos estados. Esta reforma aparecía estancada en el decenio de los noventa por la diferencia de intereses en juego y el repliegue hacia las

políticas nacionales, en detrimento de las europeístas tras el fin del mandato del presidente Delors, y la desaparición del escenario europeo de Mitterrand, Felipe González y Kohl, principales protagonistas del impulso integracionista en el decenio de los ochenta y principios de los noventa. Si bien el proceso de integración económica avanzó a pasos agigantados, encontrando su expresión más acabada en la creación del euro, no ocurrió lo mismo en los planos político y de seguridad, como pusieron dramáticamente de manifiesto los conflictos de Bosnia y Kosovo, aunque se dieron pasos en esa dirección con el nombramiento de Javier Solana como alto representante de la política exterior y de seguridad de la Unión Europea y con los avances registrados en la creación del euroejército.

La crisis de la antigua Yugoslavia reveló el potencial desestabilizador de la desaparición del conflicto de bloques en Europa. La *nomenklatura* pos-Tito, ante el naufragio de su modelo de socialismo yugoslavo, se embarcó en una desenfrenada carrera nacionalista para mantenerse en el poder. La encabezaban Milosevic y Tudjman, antiguos dirigentes de la *nomenklatura* yugoslava. Envueltos en la bandera de un nacionalismo excluyente y marcadamente etnicista, provocaron la disolución de Yugoslavia, ante la miopía de los países de la Unión Europea, particularmente Alemania y Francia, y desencadenaron una sangrienta guerra cuyos efectos más devastadores tuvieron lugar en Bosnia, la cual se convirtió en una terrible demostración de los efectos que un nacionalismo excluyente podía tener en el mosaico de pueblos que componen el continente europeo. La limpieza étnica impulsada por Milosevic y Tudjman arrastró a serbios y croatas a una orgía de sangre y odio que trajo a la memoria de los europeos las imágenes, que creían definitivamente superadas, del nacionalsocialismo. Europa y la comunidad internacional se mostraron incapaces de frenar el genocidio en Bosnia. Sólo cuando las tropas de la ONU mostraron su pasividad e incapacidad para frenar el genocidio en Tuzla, Srebrenica y Gorazde en 1995, y ante la creciente indignación de la opinión pública europea y norteamericana, la comunidad internacional reaccionó mediante una intervención militar que puso fin a la barbarie en Bosnia. Los acuerdos de Dayton cerraron la guerra de Bosnia, pero fueron incapaces de acabar con el régimen de Milosevic en Serbia. Años después, en 1998, Milosevic incrementó su política de homogeneidad étnica en Kosovo. Ante la posibilidad de una nueva Bosnia, la OTAN intervino en Kosovo en 1999. Los conflictos de Bosnia y Kosovo pusieron en evidencia la debilidad política y militar de la Unión Europea y su dependencia respecto de Estados Unidos a la hora de enfrentarse a un conflicto político-militar en el corazón de Europa.

Finalmente, en América Latina la democratización registró importantes avances. Durante los años ochenta las dictaduras militares de Brasil, Argentina, Chile y Paraguay sucumbieron, y en los noventa la permanente guerra civil en Centroamérica cedió el paso a procesos de paz, que terminaron con las dictaduras y las luchas guerrilleras. A pesar de ello, el populismo autoritario no desapareció completamente de Latinoamérica, siendo el presidente peruano Fujimori su expresión más acabada —hasta noviembre de 2000, en que fue obligado a dimitir. La llegada de Hugo Chávez a la presidencia de Venezuela, con un populismo cargado de ambigüedad; el caos institucionalizado de Haití; la guerra civil de Colombia, atravesada por el fenómeno del narcotráfico, o la pervivencia de la dictadura de los Castro en Cuba hablaban de la persistencia de importantes problemas de articulación social, desarrollo económico equilibrado y mantenimiento de las desigualdades sociales para garantizar un horizonte estable en términos económicos, políticos y sociales, basado en un crecimiento económico equilibrado y socialmente justo y un sistema democrático capaz de dar respuesta a las demandas de los diferentes sectores de la sociedad, incluidos los pueblos indígenas.

UNA NUEVA FORMA DE ENTENDER LA SOLIDARIDAD INTERNACIONAL

En los años cincuenta y sesenta la solidaridad con los países del Tercer Mundo se articuló a través de la movilización política de la izquierda. Era el momento en que las antiguas colonias estaban accediendo a la independencia política. Sucesos como la guerra de Argelia, la Revolución cubana o la guerra de Vietnam generaron importantes movilizaciones y un estado de opinión en favor de lo que se denominó el tercermundismo.

Estos movimientos de solidaridad se caracterizaban por un fuerte componente político. El antiimperialismo era el común denominador de todos ellos. Se identificaba la solución de los problemas del Tercer Mundo con el triunfo de las luchas guerrilleras para imponer un nuevo orden social, económico y político en los nuevos países independizados. En el Tercer Mundo el protagonismo corría de la mano de dichos movimientos guerrilleros; en el Primer Mundo la solidaridad se expresaba en la sucesión de manifestaciones contra el intervencionismo de las grandes potencias y particularmente de Estados Unidos, a la par que proliferaban los discursos contra la rapiña económica de estos países en las áreas subdesarrolladas. Se crearon nuevos mitos como los del Che Guevara o Ho Chi

Minh. Sus pósters convivían con los de los Beatles y los Rolling Stones en las habitaciones de los jóvenes europeos y norteamericanos.

En los decenios de los años setenta y ochenta esta solidaridad política fue erosionándose. En primer lugar, porque el mensaje fundamentalmente antinorteamericano que los caracterizaba se mostraba fuertemente unilateral. La Unión Soviética demostraba comportamientos similares en sus zonas de influencia. Fue especialmente significativa la guerra de Afganistán o el caso de Etiopía. La República Popular China no constituyó una excepción. El desengaño fue enorme por su apoyo a la dictadura del general Pinochet en Chile. En segundo lugar, los movimientos revolucionarios que se hicieron con el poder en este periodo defraudaron las expectativas de emancipación y liberación que proclamaban. Se instalaron regímenes autoritarios o que reproducían el modelo económico y político de los desacreditados países del “socialismo real”.

La crisis de la solidaridad política no significó el fin de los movimientos de solidaridad. Ocuparon su lugar de forma progresiva las Organizaciones No Gubernamentales (ONG). Coincidiendo con el fin de la guerra fría y el desmoronamiento de los regímenes de “socialismo real”, surgió una nueva conciencia de la globalidad de los problemas de la humanidad. A la par se demostró el fracaso de las políticas de desarrollo impulsadas por los países occidentales en el Tercer Mundo. El hambre, la pobreza, las epidemias, el analfabetismo, la desigualdad de la mujer, lejos de solucionarse, se vieron agravados por la explosión demográfica. En amplios sectores de la opinión pública de los países desarrollados resultaba insoportable aceptar que el 20 por ciento de la población mundial disfrutara de más del 80 por ciento de la renta mundial. Frente al egoísmo de las “sociedades del despilfarro” emergió una nueva conciencia solidaria: el movimiento de las ONG.

Fue en el decenio de los años noventa cuando este movimiento cobró un creciente protagonismo e influencia social. Un acontecimiento marcó su espectacular irrupción: el impacto y la solidaridad social que despertó el genocidio de Ruanda, por las matanzas indiscriminadas de la población tutsi a manos del ejército ruandés controlado por un gobierno de mayoría hutu, en la primavera y el verano de 1994. Desde entonces, el movimiento de las ONG no hizo sino crecer. Miles de personas se incorporaron a las mismas y el voluntariado ha ocupado el tiempo de forma altruista de decenas de miles de ciudadanos, especialmente jóvenes.

El conflicto bélico en Bosnia fue otro puntal destacable en la extensión de la conciencia solidaria. Las imágenes de las atrocidades cometidas por los

serbobosnios retransmitidas por las televisiones despertaron la indignación y movilizaron la solidaridad con Bosnia, dando lugar a la evolución del pensamiento de amplios sectores de la sociedad a favor del derecho de injerencia internacional, canalizado y protagonizado por la ONU, para garantizar el respeto de los derechos humanos e impedir la repetición de genocidios como los de Ruanda o Bosnia. Derecho de injerencia humanitaria que, en la segunda mitad de los años noventa, encontró su traducción en las exigencias del establecimiento de un tribunal de justicia internacional encargado de velar por el respeto de los derechos humanos y de perseguir los crímenes de guerra y contra la humanidad. Esta evolución del derecho internacional se tradujo en la creciente adhesión de las naciones al Convenio contra la Tortura auspiciado en 1984 por la ONU, en la firma del Tratado para la Eliminación de minas personales de 1997, en la creación de los Tribunales Internacionales para juzgar los crímenes contra la humanidad en Ruanda, Bosnia y Kosovo, o en la causa contra los crímenes cometidos por las dictaduras militares de Chile y Argentina impulsadas por el juez de la Audiencia Nacional Baltasar Garzón, que condujeron a la detención en Londres del general Pinochet en octubre de 1998 y a la solicitud de su extradición a España para responder de los delitos de genocidio, asesinato, desaparición de personas y torturas durante la dictadura chilena. Su posterior regreso a Chile en el año 2000, por causas de salud, no significó el triunfo de la impunidad de los crímenes cometidos por el dictador chileno; las causas penales se amontonaron y la Corte de Apelaciones de Santiago de Chile acordó retirarle la inmunidad para ser sometido a juicio. Un cambio que encontró su reflejo en el acuerdo de julio de 1998, en Roma, para impulsar la creación de un Tribunal Penal Internacional, encargado de velar por el respeto de la Declaración Universal de los Derechos Humanos y perseguir los crímenes contra la humanidad, acuerdo que llegará a ser operativo una vez sea ratificado por 60 estados miembros de la ONU.

El movimiento constituido por cientos de ONG, con decenas de miles de socios —con aportaciones regulares de dinero— y que en las grandes campañas de solidaridad movilizaba la conciencia y la colaboración de cientos de miles de personas, estaba claramente consolidado y constituía una de las más relevantes expresiones de la nueva sociedad civil de la era informacional. La influencia social y el protagonismo alcanzado por las ONG a la hora de sensibilizar y movilizar a la opinión pública mundial fue reconocido con la concesión del Premio Nobel de la Paz de 1999 a Médicos sin Fronteras, una de las ONG internacionales con mayor proyección e influencia.

La globalización

Los cambios ocurridos en la economía mundial en el último tercio del siglo XX modificaron sustancialmente los parámetros de funcionamiento y regulación de los sistemas económicos surgidos tras el fin de la II Guerra Mundial. Contemplados desde una perspectiva global, más allá de los avatares del ciclo económico, se puede afirmar que dichas transformaciones son de tal envergadura y alcance que nos encontraríamos ante lo que algunos autores han denominado tercera revolución industrial y otros el nacimiento de la sociedad posindustrial. En efecto, los sectores productivos que habían protagonizado el crecimiento económico tras 1945, combinado con las políticas keynesianas de los países industrializados, mostraron desde el decenio de los setenta su incapacidad para reproducir a escala ampliada el modelo económico y social de las sociedades del bienestar. Los nuevos sectores productivos vinculados a la microelectrónica, la informática, la robótica, la biotecnología y la genética con la consecuente creación de nuevos productos y mercados y su influencia en la reorganización y reestructuración de los sectores maduros —la siderurgia y la industria de la automoción en especial— generaron un nuevo espacio productivo a escala mundial con evidentes repercusiones en las economías nacionales. Es lo que se llamó nueva economía en la segunda mitad de los noventa, para caracterizar el protagonismo de la revolución de las telecomunicaciones en el crecimiento económico de la década, con Internet como abanderado y la biotecnología simbolizada por la oveja “Dolly”.

En primer lugar, los efectos combinados de la microelectrónica y la informática revolucionaron el mundo de las comunicaciones. Las nuevas tecnologías de la comunicación, a través de las redes integradas de ordenadores, fibra óptica y satélites, favorecieron la expansión de los mercados, en especial de los financieros y bursátiles, hasta desembocar en un mercado global en tiempo real por el que transitan cientos de miles de millones de dólares a velocidades de vértigo. A mediados de los años noventa, las transacciones diarias en el mercado de divisas mundial alcanzaron la astronómica cifra de 1,3 billones de dólares. La globalización de la economía mundial es uno de los acontecimientos más relevantes del último tercio del siglo XX. Por ejemplo, en 1980 los flujos financieros internacionales producidos en las economías de los países del grupo de los Siete —Estados Unidos, Japón, Alemania, Francia, Gran Bretaña, Italia y

Canadá— representaban menos del 10 por ciento de su Producto Interior Bruto (PIB), pero a mediados de los noventa superaban ampliamente el valor de su PIB, excepto en el caso de Japón, que sólo alcanzaba el 75 por ciento. Las multinacionales, que en 1970 eran 7.000 y a mediados de los noventa alcanzaban la cifra de 37.000, se han transnacionalizado operando en el mercado global, tanto en sus estrategias empresariales, financieras, productivas y de *marketing* como en la composición de su capital accionarial. Merced a la revolución de las comunicaciones, numerosas empresas han transnacionalizado su producción, generando un espacio productivo global en el que el proceso de producción se integra a escala planetaria, de tal manera que investigación, desarrollo, administración, gestión, producción, *marketing*, distribución y comercialización se integran en tiempo real —instantáneamente— mediante las redes de comunicación aunque sus centros se encuentren fragmentados espacialmente, separados por distancias de miles de kilómetros.

El paso de una economía-mundo articulada sobre la base de los intercambios realizados por las economías nacionales a una economía-mundo globalizada, en la que los mercados globales marcan las pautas, ha reducido los márgenes de actuación de los espacios nacionales, tanto en el plano del diseño de las políticas económicas —con la reducción drástica de los márgenes de discrecionalidad de la acción de los gobiernos— como en la acción y estrategias de los agentes económicos y sociales. Ni siquiera la Unión Europea ha podido elaborar sus estrategias económicas al margen de las expectativas de los mercados globales. La crisis del Sistema Monetario Europeo de 1993, provocada por grandes movimientos especulativos en los mercados globales de divisas, con la consiguiente salida de la libra y la lira, y el realineamiento de las paridades, fue una prueba palmaria de la dependencia de las economías nacionales y regionales de las apuestas y expectativas de los mercados globales, particularmente de los financieros. Otro ejemplo significativo de la transnacionalización de la economía es la reducción de la capacidad de acción e influencia de los sindicatos, que habían ganado peso y desarrollado sus estrategias en el marco de las economías nacionales y ahora se ven desbordados por las dimensiones planetarias de los procesos de reorganización productiva y las estrategias globales de las empresas transnacionales. Las decisiones sindicales influyen en las condiciones del mercado laboral —niveles de empleo, modalidades de contratación, evolución de salarios...— pero también en el amplio entramado de empresas subordinado a ellas.

Otro tanto ha ocurrido con los medios de comunicación de masas y la

circulación de la información. Las comunicaciones por satélite, la tecnología digital y las redes informáticas y por cable han creado un mercado global de comunicaciones en el que operan grandes conglomerados empresariales multimedia, con un claro liderazgo estadounidense. La revolución de las comunicaciones del último tercio del siglo XX no tiene sólo una dimensión tecnológica sino también empresarial. Los satélites, la fibra óptica y la tecnología digital han propiciado la formación de grandes gigantes de la comunicación, sectores antes segregados ahora se unifican mediante compras, absorciones, intercambios accionariales... en los que se funden empresas de telecomunicación, cadenas audiovisuales y estudios y productoras cinematográficas, de televisión y musicales, como los grupos Time-Warner, Disney o Murdoch. Uno de los ejemplos más paradigmáticos de la nueva revolución de las comunicaciones son las autopistas de comunicación, con la red de redes Internet, cuya estructura horizontal permite la conexión en tiempo real de todos los usuarios de forma interactiva, esto es, para recibir o transmitir información, en una red global que abre un universo de nuevas dimensiones culturales, sociales, económicas y políticas de un futuro inmediato que ya es realidad. El protagonismo de Internet en la economía de la sociedad informacional quedó marcado por la imparable subida de los valores bursátiles de las empresas de Internet, que llevaron a la absorción en febrero de 2000 por America On Line (AOL), una empresa de servicios de Internet, del gigante de la comunicación mundial Time-Warner-CNN-EMI. En el año 2000 destacaban dentro de las mayores empresas por capitalización bursátil a escala mundial las compañías vinculadas a las nuevas tecnologías de la información.

Desde principios del decenio de los ochenta del siglo XX se ha asistido a la mayor transformación, cuantitativa y cualitativa, de las telecomunicaciones desde su nacimiento. De ser una actividad centrada exclusivamente en la transmisión de imágenes, voces o textos, a través de la televisión, la radio o la telegrafía, una actividad protagonizada, cuando no monopolizada, por los sectores públicos y articulada espacialmente sobre la base de los estados nacionales, ha pasado, en un cortísimo lapso de tiempo, a ser el espacio de la comunicación interactiva en el contexto del espacio-mundo. Los satélites, la cibernética y la tecnología digital han destruido las barreras económicas, políticas y culturales a lo largo y ancho del planeta.

En 1993, el sector de las telecomunicaciones movilizaba unos recursos, a escala internacional, superiores a los 580.000 millones de dólares; algunos cálculos conservadores estiman que se elevarán hasta los 850.000 millones en el

año 2000. Lo relevante no es lo espectacular de las cifras, sino las transformaciones internas de las partidas movilizadas. Hasta hace unos años el parámetro de medida que se utilizaba para comparar las redes telefónicas era su densidad por habitante; a finales del siglo XX se comenzaban a manejar indicadores sobre el grado de digitalización de la red, nivel de inteligencia, densidad de teléfonos móviles. Es decir, la capacidad de ofrecer servicios múltiples en un contexto mundial. Los sistemas GSM y UMTS de telefonía móvil son un buen ejemplo.

La aceleración en la transmisión de la información y su globalización plantean un nuevo escenario que modifica las pautas sobre las que las sociedades y las personas habían construido tradicionalmente sus identidades. Los acontecimientos han entrado en una vorágine en la que son consumidos a velocidades de vértigo, en correspondencia con las nuevas estructuras mediáticas instaladas en una voraz carrera por la novedad y la espectacularidad destinadas a atrapar el interés de unas audiencias cada vez más saturadas de información y con menor capacidad de sorpresa. La espectacularización de la información termina por embotar los sentidos en un acelerado proceso de asimilación, trivialización y aculturación. Asistimos a una auténtica paradoja: en el momento de la historia de la humanidad en que las personas manejan un mayor volumen de información, los individuos se muestran incapaces de asimilarla y procesarla para reafirmar, reconstruir o edificar sus identidades. Los acontecimientos pierden significado más allá del impacto puntual que son capaces de generar los *mass media*. Es lo que los comunicólogos conocen como “ruido”. La información ha entrado de lleno en los circuitos de la lógica del consumo, haciendo más frágiles los procesos de construcción de las identidades colectivas y personales. Nos encontramos en una sociedad mediática que se rige por el principio consumista del usar y tirar.

La uniformización de las costumbres y los sistemas de valores propiciados por el sistema mediático global actúan como disolventes de las identidades nacionales y locales; los referentes culturales y sociales sobre los que las personas construían sus identidades y les permitían situarse en el mundo al dotar de un sentido a sus vidas han perdido buena parte de su fuerza cohesionadora en el ámbito individual y social. La mercantilización de los usos y costumbres ha invadido las esferas privadas, afectando no sólo a las relaciones sociales sino también a las personales, incluidas las familiares. La mayor fragilidad de las relaciones familiares entre los cónyuges y entre padres e hijos constituye una muestra palmaria de ello. Ante esta pérdida de identidad y de referentes,

importantes sectores de la sociedad buscan refugio en un pasado mitificado con el que construir nuevas identidades mediante fuertes vínculos, a través de la recuperación de los discursos nacionalistas, generalmente en dimensiones menores a los espacios nacionales construidos durante los siglos XIX y XX, dada la pérdida de peso específico de los estados nacionales como consecuencia de los procesos de mundialización; o mediante la fascinación ejercida por todo tipo de sectas y movimientos, más o menos esotéricos, capaces de proveer un sentido de pertenencia que permita al individuo sentirse acogido y reconocido.

La revolución científico-técnica

Cuando las generaciones venideras estudien el siglo XX, uno de los hechos más destacados será que en su transcurso tuvo lugar la revolución científico-técnica. En el primer tercio del siglo se sentaron las bases teóricas de esta revolución y ha sido en la segunda mitad cuando se han alcanzado los resultados prácticos y tecnológicos más relevantes. Podemos señalar varios hitos que simbolizan innovaciones científicas y tecnológicas que hoy forman parte de nuestra vida cotidiana. En primer lugar, la bomba atómica, con el consiguiente programa científico que impulsó significativos avances en el campo de la electrónica y de la incipiente industria de los ordenadores; estas investigaciones se canalizaron a través del vasto y complejo Programa Manhattan, puesto en marcha en Estados Unidos en 1939, que culminó con las explosiones de Hiroshima y Nagasaki, en agosto de 1945. Dos años después el desarrollo del transistor marcó el despegue de la industria de la microelectrónica. En 1953 Watson y Crick establecieron el modelo del ADN (ácido desoxirribonucleico) que, junto a las investigaciones de la síntesis de los ácidos nucleicos de Severo Ochoa y Kornberg, significó un salto cualitativo en el desarrollo de la biología molecular.

Si el transistor permitió reducir las dimensiones de los aparatos electrónicos y abaratar sus costes, la aparición de los circuitos integrados al inicio de los años sesenta abrió el camino a la producción de los primeros chips, que en 1981 dio lugar al primer ordenador personal. En el corto espacio de tiempo que media entre 1945 y los albores del siglo XXI aparatos como la televisión, los ordenadores, las naves espaciales o las redes digitales se han incorporado a nuestro quehacer diario, hasta el punto de que casi no podemos imaginar la vida y el futuro sin su presencia. Sin embargo, hace sólo cincuenta años nada de todo

esto existía.

El siglo XX puede ser caracterizado como el siglo de la física. Desde la aparición del cuanto de acción en 1900, por Max Planck, sobre cuya base se construyó la teoría cuántica, y la formulación en 1905 de la teoría especial de la relatividad por Albert Einstein, la representación del Universo y de la Naturaleza de los fenómenos físicos cambió radicalmente respecto de la visión que la ciencia tenía de la Naturaleza derivada de la física newtoniana. Relatividad y mecánica cuántica son las dos teorías sobre las que hoy descansa nuestra concepción de las leyes que rigen el funcionamiento del Universo. La Astrofísica ha desarrollado, a partir de la conjugación de ambas teorías, la teoría del *Big Bang* para explicar el origen y funcionamiento del Universo; asimismo, ha permitido el desarrollo de nuevas ramas de la ciencia y sus correspondientes aplicaciones técnicas y científicas, desde el desarrollo de la física nuclear, tanto en su vertiente militar como civil, como en el ámbito de la microelectrónica, base de la revolución de las telecomunicaciones, mediante los procesos de miniaturización a partir del desarrollo de los microchips. Desde la fundación, en 1976, de la empresa Apple —creadora de los Macintosh—, paralelamente a la creación de Microsoft, y el desarrollo por parte de IBM de los IBM PS/2 en 1987, la industria informática ha transformado radicalmente la economía, la sociedad y la cultura, sentando las bases de la llamada nueva economía en conjunción con el desarrollo de la tecnología de los satélites y las redes de fibra óptica. Ello ha exigido combinar diferentes disciplinas desde la lógica formal a la física cuántica, pasando por la física del estado sólido, la cibernética, la teoría de la información, la ciencia de sistemas y la teoría de sistemas. Dos ramas han sido precisas para ello: el *hardware,* o soporte material de los computadores, esto es, la estructura de las máquinas, donde la física del estado sólido ha sido trascendental, al permitir desarrollar los transistores y, posteriormente, los microchips, mediante los avances registrados en el campo de la semiconductividad y más recientemente de la superconductividad, en los que la física cuántica es fundamental, logrando máquinas infinitamente más potentes y reducidas; y el *software,* o lenguajes de programación, donde las matemáticas, la lógica formal, la teoría de la información y la teoría de sistemas han desempeñado un papel esencial, dando lugar a nuevas aplicaciones fruto del avance de la programación computacional, un campo donde el concepto de algoritmo es imprescindible. No debe, pues, sorprender que el siglo XX deba ser considerado como el siglo de la física por la magnitud y trascendencia que las nuevas teorías y sus aplicaciones y desarrollos técnicos y científicos han tenido

en la transformación del mundo y la civilización a lo largo de la pasada centuria.

Se trata de un cambio que ha contribuido de forma decisiva en el campo de las ciencias biológicas, donde la teoría cuántica ha desempeñado un papel fundamental en el conocimiento de la estructura de la materia, base sobre la que se ha asentado el desarrollo de la química, la bioquímica, la biología molecular y la genética a lo largo de la segunda mitad del siglo XX y que anticipa la caracterización del siglo XXI como el siglo de la biogenética. El redescubrimiento en 1900 de las leyes de la mutación genética, establecidas por Mendel en 1865, cambió radicalmente la perspectiva sobre el problema de la evolución de las especies. Las cuestiones en torno a la variación y la herencia dejaron de ser contempladas desde la visión morfológica que había dominado a la teoría darwinista y al neolamarckismo. Por otra parte, se encontró una explicación consistente dentro de la genética mendeliana a la presencia de caracteres no adaptativos. Hugo de Vries fue el que volvió a introducir la genética mendeliana al postular su teoría de la mutación, que no hacía referencia a la selección al afirmar que eran los factores internos y no los externos los fundamentales en la evolución. Si bien es cierto que en los primeros pasos de la genética mendeliana, como en el caso de De Vries, no enlazaron con las teorías darwinistas, fue el desarrollo de la genética la que posibilitó la recuperación del darwinismo, aunque con algunas correcciones importantes, a la hora de explicar el origen y evolución de los organismos vivos. Neolamarckismo y ortogénesis terminaron por desaparecer de la escena ante su imposibilidad de incorporar satisfactoriamente los resultados de la genética mendeliana. Apareció así la nueva síntesis moderna.

La actual teoría de la evolución cristalizó a partir de las obras de Theodosius Dobzhanski *Genetics and the Origin of Species* (1937 y 1941); Ernst Mayr, *Systematics and the Origin of Species* (1942) y George G. Simpson, *Tempo and Mode in Evolution* (1944), que en el campo de la genética, la zoología y la paleontología sentaron las bases de la “nueva síntesis moderna”. La “genética de poblaciones” se ha constituido en una de las disciplinas centrales de la moderna teoría evolutiva al suministrar modelos y parámetros relevantes del cambio evolutivo, mediante la distribución de las frecuencias de los genes en las poblaciones. Los desarrollos más recientes de Clegg y Epperson (1985) y Lewontin (1985) han puesto de manifiesto la inmensa variabilidad genética de las poblaciones naturales, al menos para genes estructurales que codifican enzimas, incorporando modelos estocástico-poblacionales (modelos de conducta de las poblaciones que se rigen por probabilidades con dirección al azar). El

potencial evolutivo de una población está determinado por la variabilidad genética presente en la población. La evolución se presenta cuando por mutación aparece un alelo más eficaz que el alelo-salvaje correspondiente.

El desarrollo de la biología molecular ha contribuido decisivamente a la nueva teoría de la evolución. El gen ha dejado de ser un punto en el cromosoma para transformarse en una secuencia de información bioquímica. El establecimiento del modelo estructural del ADN por Watson y Crick en 1953 permitió fijar el contenido informacional de los genes sobre la base de las secuencias de aminoácidos. El conocimiento de la estructura del ADN ha permitido avanzar la importancia de los procesos de replicación en la variabilidad molecular que dan lugar a mutaciones, así como la importancia de las regiones no codificadoras en el control de la expresión genética.

El proyecto del genoma humano actualmente en marcha, que en el año 2000 permitió la secuenciación del mismo, ha sido posible gracias al desarrollo de la biología molecular y de la tecnología de los grandes ordenadores. El alcance del proyecto del genoma constituye uno de los grandes debates científicos del final del milenio. El conocimiento exacto de la estructura de cada uno de los genes y sus funciones y anomalías están permitiendo ya avanzar en el combate contra algunas de las enfermedades irreversibles del hombre, incluso antes de que se manifiesten. Son los casos del aislamiento del gen que interviene en el cáncer de colon, el problema de la hemofilia... La genética permite detectar la existencia de genes desencadenantes de enfermedades y establecer técnicas analíticas para la prevención precoz de enfermedades, como el cáncer, que de otra forma serían irreversibles. La ingeniería genética está a las puertas de lograr la corrección o eliminación de los genes defectuosos que están en la base de una variada gama de enfermedades. Sin embargo, surge la controversia ante el peligro de que el conocimiento preciso del genoma humano y el desarrollo de la ingeniería genética posibiliten modificaciones dirigidas a alterar algunos de los rasgos de la herencia genética del hombre. En la actualidad la creación de nuevas especies vegetales o animales con el fin de incrementar la producción agraria es objeto de serios debates. Los criterios productivistas vinculados a los laboratorios de las grandes empresas del sector han provocado efectos perversos en numerosas ocasiones, por la sustitución de especies autóctonas que han terminado en la degradación del “lecho ecológico”, con el consiguiente empobrecimiento del ecosistema.

En el año 2000 la sociedad se encuentra caracterizada por una fuerte ambivalencia. De una parte los procesos de globalización tienden a la

homogeneización de las costumbres y las identidades, sobre unos parámetros planetariamente comunes, donde el estilo de vida norteamericano ejerce de modelo; de otra, aparecen marcadas tendencias hacia la afirmación de las diferencias, mediante la construcción de identidades locales, bien territorialmente o de sistemas de creencias, en muchos casos con un señalado componente irracional. De otra parte, el desarrollo de la ciencia y sus aplicaciones tecnológicas durante el último tercio del siglo XX plantean nuevos retos a la humanidad, particularmente en el ámbito de la biotecnología y la genética. Las nuevas técnicas de reproducción asistida, la manipulación genética de las especies, tanto vegetales como animales, las técnicas de clonación abren nuevas perspectivas para la solución de ciertos problemas hasta entonces irresolubles en una multiplicidad de campos, desde la salud a la alimentación, pasando por la creación de nuevos materiales. Estos nuevos horizontes vienen acompañados de nuevos interrogantes sobre las posibles consecuencias de determinados avances para el equilibrio ecológico del planeta y para el futuro de la especie humana. La ética y los sistemas de valores tradicionales se muestran incapaces de ofrecer soluciones convincentes a los nuevos retos planteados, generando incertidumbres respecto de las decisiones y direcciones a adoptar ante las desconocidas consecuencias que para el futuro pueden tener algunas acciones.

El debate abierto en la comunidad científica, en la sociedad política y en los *mass media* se encuentra ante el problema de la aceleración del tiempo en el ámbito de la investigación. Los nuevos adelantos y descubrimientos van muy por delante del posible establecimiento de unas reglas y normas que sean capaces de gobernar las nuevas realidades y sus posibles consecuencias. Esta dinámica no es nueva, pues así ha ocurrido a lo largo de la historia de la humanidad, pero el problema surge por el impacto global que algunas de estas nuevas realidades pueden tener, generando procesos irreversibles a escala regional o planetaria.

La segunda mitad del siglo XX nos ofrece algunos ejemplos, a escala reducida, de los efectos de la acción del hombre sobre el planeta, desde el agujero de la capa de ozono a los procesos de desertización o el calentamiento de la atmósfera. La biotecnología y la genética plantean de una forma ampliada el problema de la responsabilidad del género humano respecto del futuro del planeta y de la propia especie, puesto que las decisiones del presente pueden condicionar irreversiblemente el futuro. Una nueva ética de la responsabilidad se impone, en la que deberán ser sometidos a cuestión determinados valores que han primado la acción de la civilización occidental en los últimos tres siglos, sin por ello

renunciar al avance de la ciencia y de la innovación tecnológica, pero sustituyendo el inocente optimismo de la ideología del progreso en vigor desde la Ilustración por una nueva actitud que tome en consideración las consecuencias para el futuro de los actos y decisiones del presente, actualizando la reflexión weberiana sobre la ética de la responsabilidad.

CAPÍTULO 19

UNA DÉCADA CONVULSA. DEL 11-S A LA GRAN RECESIÓN

Los años finales del siglo XX, que coincidieron con el tránsito del segundo al tercer milenio, estuvieron caracterizados por un panorama de optimismo y de confianza en el futuro, con un vago parecido a los tiempos de la *belle époque* de un siglo antes. La caída del muro de Berlín en 1989 y la implosión de los regímenes políticos del socialismo real en la URSS y en sus países satélite de la Europa oriental hicieron concebir algunas esperanzas sobre un futuro político del mundo en el que se pasaba del bipolarismo al *unipolarismo,* un mundo en el que los Estados Unidos de América desempeñarían el papel de potencia hegemónica y de gendarme mundial. Algunos ideólogos estadounidenses como Francis Fukuyama profetizaron por entonces el "fin de la historia", dado el triunfo del modelo occidental del capitalismo liberal sobre el socialismo realmente existente. Una euforia económica asociada a un proceso de globalización que aceleraron las nuevas tecnologías, a pesar de fundarse en un sistemático ataque a los principios económicos del modelo keynesiano, permitía sobrevolar los nubarrones que aparecieron entonces, desde las guerras balcánicas hasta la crisis de la deuda exterior de varios países de Iberoamérica (México, Argentina) o el desencadenamiento de sucesivos episodios de crisis regionales en Rusia, el sureste asiático o en el propio corazón de Estados Unidos, como sucedió con el escándalo de la empresa eléctrica Enron.

Porque, en efecto, no todo se podía hacer depender de los acontecimientos políticos que tuvieron lugar en torno a los años 1989-1991. Desde la gran crisis energética de los años setenta, un nuevo modelo de gestión de la vida pública se había ido imponiendo en los países occidentales, a través de las medidas políticas que representaron figuras como Ronald Reagan en Estados Unidos o Margaret Thatcher en Reino Unido. El eje de estas medidas estaba en el debilitamiento del Estado de bienestar y en la defensa del liberalismo económico, lo que suponía limitar la intervención de los estados y abogar por una fuerte desregulación de los mercados financieros y económicos, en un

intento de romper el modelo keynesiano que había dominado la gestión de las sociedades capitalistas desde el final de la II Guerra Mundial. Sería el primer paso de lo que, con agudeza de historiador, definió Tony Judt como “la venganza de los austriacos”, un grupo de pensadores y economistas nacidos en el viejo Imperio austro-húngaro (Hayek, Popper, Von Mises…) que constituyeron el soporte intelectual sobre el que se desarrollarían las teorías económicas dominantes desde los años setenta, generalmente atribuidas a la escuela de Chicago y a su principal mentor, Milton Friedman. De aquellos polvos resultaron los lodos en los que hoy se halla buena parte de la economía mundial.

Ciertamente, el entusiasmo producido por la caída de la URSS podía estar justificado a corto plazo, pero las cosas no caminaron por el sendero previsto. Lo que parecía ser un futuro halagüeño que se alargaría durante años adquirió perfiles mucho más sombríos a finales de la primera década del siglo XXI. El atentado contra las Torres Gemelas de Nueva York (el 11-S), el desencadenamiento de la estrategia bélica de la guerra global contra el terrorismo, la emergencia a primer plano mundial de países como los llamados BRIC (Brasil, Rusia, India y China) y, sobre todo, la aparición de una grave recesión económica en la mayoría de los países del Occidente capitalista, desde Estados Unidos hasta la Unión Europea a partir del verano de 2007, son algunos de los acontecimientos que han marcado esta primera década del nuevo milenio. No sabemos cómo será el inmediato futuro, pero es evidente que algo tendrá que ver con su más reciente pasado y esto es lo que se debe contar y analizar para ayudar a entender dónde se halla ahora el mundo contemporáneo, que ha sido el objeto central de este libro. De esto nos ocupamos en las páginas siguientes, tratando de conectar las reflexiones sobre este periodo con las grandes tendencias que hemos identificado en los dos siglos anteriores.

LA GUERRA CONTRA EL TERROR

Esta historia la conoce todo el mundo, porque la ha visto de forma directa o se la han contado por una infinidad de medios. Pero conviene recordarla también en un libro de historia. El 11 de septiembre de 2001, a primeras horas de la mañana, cuatro aviones de pasajeros fueron secuestrados por comandos terroristas al poco de haber despegado de diversos aeropuertos de la costa este de Estados Unidos (Boston, Washington y Newark) para ser utilizados como armas de un ataque suicida que tenía como objetivo provocar no sólo una gran matanza de seres

humanos, sino crear un estado de pánico en el corazón de la primera potencia mundial. Dos de los aviones se estrellaron en Nueva York contra las Torres Gemelas del World Trade Center, un tercero en Washington, contra el Pentágono, sede del Departamento de Defensa de Estados Unidos, mientras que el cuarto avión fracasó en su objetivo de atentar contra el Capitolio, sede del poder legislativo estadounidense. El suceso conmocionó a una sociedad norteamericana que nunca había sido objeto de un ataque bélico similar en toda su historia, pero también, dada la repercusión alcanzada en los medios de comunicación, dejó atónita a gran parte de la opinión pública mundial, que pudo contemplar casi en directo por las pantallas de televisión el impacto contra los rascacielos neoyorquinos de dos de los aviones secuestrados.

La autoría material de los atentados fue obra de docena y media de personas, divididas en cuatro comandos entrenados para el secuestro de aviones en vuelo, pero la responsabilidad última del ataque fue atribuida desde el primer momento por el presidente George W. Bush a Osama Bin Laden y a una organización terrorista denominada Al Qaeda (“La base”). Como vástago de una rica familia de Arabia Saudí y como aliado de Estados Unidos en la primera guerra de Afganistán, Bin Laden era persona bien conocida en los ambientes de negocios y diplomáticos estadounidenses, pero la dimensión del ataque del 11-S convirtió su figura en la de un nombre mundialmente famoso, y su captura (“vivo o muerto”, en palabras de Bush) en un asunto de Estado para el ejército de Estados Unidos. Descartada una posible negociación con el régimen de los talibanes de Afganistán, donde se suponía que se refugiaba Bin Laden, su captura se demoró más de lo esperado, pero finalmente acabó por ser asesinado en Pakistán en mayo de 2011, en una operación del ejército estadounidense que no contó ni con el conocimiento del gobierno paquistaní ni con el amparo de ninguna organización internacional.

El ataque del 11-S supuso la muerte directa de casi tres mil personas y varios miles más de heridos, pero sus consecuencias fueron mucho mayores de lo que en principio se pudo suponer. Modificó las estrategias de la política exterior de Estados Unidos y de sus principales aliados, fracturó la capacidad de intermediación diplomática de instituciones como la ONU, señaló como vivero de terroristas reales o potenciales a diversos estados que, por esa razón, pasaron a ser considerados como “canallas” o “piratas” y, sobre todo, el ataque del 11-S se convirtió en la mecha que desencadenó una política de combate del terrorismo que el presidente de Estados Unidos George W. Bush definió de inmediato como una nueva forma de conflicto bélico: la “guerra global contra el terror”. Aunque

la incidencia de esta estrategia fue mucho mayor en los años inmediatamente posteriores al 11-S, puede decirse que gran parte de la diplomacia mundial de la década que siguió a los atentados de Nueva York estuvo marcada por aquella decisión del presidente Bush de combatir lo que, con ecos apocalípticos, denominaba “el eje del mal”, una mezcla de estados “canallas” (Irak, Irán, Corea del Norte) y de organizaciones terroristas.

La realización del ataque del 11-S estuvo rodeada desde el principio de notables dosis de sorpresa, pero también de alguna sospecha por la escasa prevención que mostraron los servicios de inteligencia de Estados Unidos sobre un ataque de aquella magnitud. Desde luego, no es la primera vez que sucede algo así y en la propia historia estadounidense se encuentran precedentes de sucesos graves rodeados de sospechas, desde el ataque japonés de Pearl Harbor en 1941 hasta el asesinato del presidente John F. Kennedy en 1963 en la ciudad sureña de Dallas. El 11-S formará parte de ese historial, pero con la novedad de que se trata de un ataque diseñado muy lejos del territorio del país y movido por razones estratégicas de naturaleza más ideológica o religiosa que propiamente bélica, como fue el caso del ataque japonés en plena II Guerra Mundial. El acontecimiento también ha alimentado numerosas interpretaciones sobre posibles conspiraciones internas que, hasta el momento, no han podido ser plenamente confirmadas. De todas formas, de lo que se trata es de indagar las razones que explican que un acontecimiento de este estilo pudiera tener lugar y, en segundo lugar, de analizar algunas de las consecuencias que arrastró.

Los atentados del 11-S fueron, desde luego, algo espectacular, pero entraba dentro de lo posible que pudiera ocurrir algo así, aun en el supuesto de que las advertencias que diversas agencias de inteligencia efectuaron antes de septiembre de 2001 hubiesen sido escuchadas. De hecho, luctuosos ataques terroristas como los padecidos por Madrid o Londres varios años después tampoco fueron evitados. La realidad es que, desde la década de los noventa del siglo pasado, el fundamentalismo islámico venía abogando de forma reiterada por un ataque contra Estados Unidos y el asesinato de “estadounidenses dondequiera que se encuentren”, como señaló Bin Laden en 1998. La excesiva hegemonía alcanzada por el imperio norteamericano y su apoyo a regímenes corruptos del Oriente Medio, la experiencia de las diversas guerras desarrolladas en aquella región —guerra entre Irán e Irak y, sobre todo, la guerra del Golfo de 1991—, así como el enquistamiento del conflicto palestino-israelí, a pesar de los acuerdos de Oslo (1993), eran razones más que suficientes para fomentar el odio hacia el imperialismo estadounidense y dar cobertura ideológica y religiosa a

una lucha terrorista contra él. Como ha señalado Michael Mann, “Bin Laden no ha caído del cielo”, sino que ha sido un resultado de la política exterior de Estados Unidos en relación al Oriente Medio desde los años ochenta. En los años previos al 11-S ya se produjeron varios actos terroristas que respondían a esta estrategia de lucha contra objetivos estadounidenses, bien mediante ataques contra embajadas situadas en países del África oriental, o bien alentando atentados en el propio territorio de Estados Unidos como el que tuvo lugar en 1993, aunque con poco éxito, en los sótanos de las Torres Gemelas del World Trade Center.

Las consecuencias provocadas por los atentados del 11-S fueron especialmente contundentes y, desde luego, no guardan proporción con la dimensión de aquéllos. La respuesta dada por el gobierno de Estados Unidos, dirigido por un presidente que todavía arrastraba el déficit de legitimidad de su elección para el cargo, se concentró en el combate del terrorismo, tanto dentro como fuera de sus fronteras. En el interior, promoviendo la aprobación de una ley justificada por la necesidad de dotar al gobierno de instrumentos para combatir el terrorismo (la *Patriot Act,* 26 de octubre de 2001) que limitó seriamente los derechos civiles de ciudadanos y, sobre todo, de inmigrantes, a la vez que trasladó a la sociedad norteamericana —y, de rebote, a gran parte del mundo— una sensación de miedo y de prevención frente al mundo árabe e islámico. En el exterior, planeando sucesivas acciones militares en Afganistán y en Irak. A pesar de lo pomposo de los nombres asignados a estas operaciones (“libertad duradera” para Afganistán o “libertad para Irak”), los resultados fueron decepcionantes. Una enorme cantidad de pérdidas humanas y de gastos materiales dejan un balance negativo de un conflicto bélico mal planteado y peor justificado.

Aunque las estimaciones varían considerablemente, se puede considerar que en la operación militar de invasión y posterior guerra de Irak iniciada en 2003 murieron cerca de 4.792 efectivos militares (de los que más del 92 por ciento eran estadounidenses), además de unos 30.000 efectivos iraquíes y más de 640.000 civiles, y 4,7 millones de personas se convirtieron en desplazadas o refugiadas (datos de la revista *Lancet).* Otra fuente, recogida por Josep Fontana, estima que hasta 2008 en Irak habría habido más de un millón de muertos. En el caso de la guerra de Afganistán, aparentemente de “baja intensidad”, sus efectos no fueron mucho menores: murieron unos 2.697 militares de la coalición invasora, además de 20.000 civiles, y más de tres millones de personas fueron desplazadas o refugiadas. En cuanto al costo económico de la guerra de Irak,

valoraciones de reputados economistas como Joseph Stiglitz calculan que “el coste de la guerra para Estados Unidos asciende, según estimaciones conservadoras, a 3 billones de dólares, más otros tantos a cargo de Occidente”, con el añadido de que se trató de una guerra a crédito y de que sus grandes beneficiarios fueron las compañías petroleras y las empresas dedicadas a la reconstrucción del país.

El balance de estas dos guerras emprendidas por el presidente Bush fue igualmente desastroso en el terreno político y diplomático. La previsión inicial de llevar a cabo una guerra relámpago y declarar a Irak “liberado” del régimen de Saddam Hussein pronto se demostró un objetivo inviable, salvo en la rápida captura del dictador, más tarde ejecutado por el nuevo gobierno del presidente iraquí Talabani en 2006. Las tropas invasoras debieron permanecer sobre el territorio, lo que aumentó la destrucción de ciudades e infraestructuras que había provocado la guerra o el saqueo de algunos de sus tesoros más preciosos. La práctica de torturas en la cárcel de Abu Ghraib o la conversión de la base de Guantánamo (Cuba) en un espacio carcelario “extraterritorial” para burlar las normas de la convención de Ginebra sobre trato a los prisioneros de guerra han mostrado la cara más repulsiva de este conflicto. Y, como colofón a las consecuencias de la invasión iraquí se encuentra la aparición de una guerra de guerrillas fomentada por las divisiones religiosas entre sunitas y chiitas, que revela que la operación iraquí fue una derrota estratégica de la que la Administración Obama está tratando de salir con la retirada del último contingente de sus tropas, a fines de 2011.

La guerra de Irak tuvo, además, otros efectos colaterales. Su invasión fue precedida de una intensa campaña en la ONU para lograr una cobertura diplomática que se fundaba en la defensa —realizada por el secretario de Estado estadounidense Colin Powell en la asamblea de Naciones Unidas— de que el régimen de Saddam Hussein poseía “armas de destrucción masiva” que era preciso neutralizar. Esta hipótesis ya fue puesta en duda entonces por inspectores especializados de la ONU como Hans Blix y luego se ha revelado ser un embuste. La credibilidad de Naciones Unidas quedó en entredicho, pero también la posición de muchos otros países, especialmente en la Unión Europea, donde la colaboración entusiasta del Reino Unido o de España con la política de Bush —plasmada en la conocida reunión mantenida en la base americana de las Azores en marzo del 2003— se encontró con el rechazo de otros socios europeos como Francia y Alemania, representantes de la “vieja Europa”, en despectiva expresión del entonces secretario de Defensa estadounidense, Donald Rumsfeld.

Al balance económico y diplomático se podría añadir la pregunta de si ha mejorado la seguridad en la región de Oriente Medio después de estas guerras y si están conjurados para el futuro posibles conflictos. La respuesta es francamente negativa. La capacidad de maniobra de las guerrillas en Irak y, sobre todo, en Afganistán es ahora muy superior al periodo anterior a la guerra, entre otras razones por la destrucción del régimen baazista de Saddam Hussein y por las secuelas dejadas en Afganistán por una guerra que se remonta a 1979, cuando tuvo lugar la invasión soviética. Además, la guerra de Irak acabó por convertir a Irán en la potencia regional que puede hacer frente a la presencia de Estados Unidos y, sobre todo, retar la posición de Israel en Oriente Medio. Porque además de la lucha contra grupos terroristas y del objetivo nunca desmentido de asegurarse el control de una zona de valor estratégico por sus reservas de petróleo, la posición de Estados Unidos en Oriente Medio está muy influida por la cuestión palestina y la dificultad para arbitrar una solución al conflicto. Por otra parte, la demonización del islamismo por parte del mundo occidental ha alimentado los recelos de gran parte de la población islamista —con la excepción de Turquía— hacia la política exterior de Estados Unidos

La estrategia de la guerra contra el terror ha cambiado también el sentido tradicional que tenían los conflictos bélicos durante toda la historia contemporánea. De ser una lucha entre imperios o, más comúnmente, entre estados nacionales por mantener la hegemonía sobre un territorio o por asegurar espacios vitales y mercados para sus exportaciones, la guerra se ha vuelto un hecho difuso y a la vez cotidiano que, en rigor, no merecería tal nombre pero que, en la práctica, ha transformado de forma cualitativa el ejercicio de la violencia. Ha desaparecido la línea divisoria entre combatientes y civiles —de hecho, desde finales del siglo XX, menos del 5 por ciento de las muertes en conflictos bélicos pertenecen a combatientes— y tampoco es clara la división entre la guerra y la paz. Si la guerra clásica no es actualmente deseable por el peligro que supone el empleo de armas nucleares o químicas de destrucción masiva, las acciones terroristas se están convirtiendo en la forma más común de ejercer la violencia en el siglo XXI, al adaptarse con facilidad a una estrategia poco vinculada al territorio y al ser capaz de actuar de forma transnacional, aunque sus efectos políticos sean cada vez más limitados y sus apoyos populares poco relevantes.

NUEVAS FORMAS DE LA DIPLOMACIA

El final de la guerra fría abrió un periodo histórico de quiebra del bipolarismo dominante en el mundo desde 1945. Lo que vino a continuación es de difícil calificación. En la década de los noventa, la hegemonía política y militar de Estados Unidos de América llevó a pensar en un perfil *unipolar* de la geoestrategia mundial, sin que ninguna otra potencia pudiera desafiar a la república imperial norteamericana. Esta situación se mantiene todavía en la actualidad, al menos en términos de potencial militar de Estados Unidos frente a cualquier otra nación, incluidas las más poderosas económicamente. En 2010, el gasto en defensa por parte de Estados Unidos fue de 696.268 millones de dólares (un 4,88 por ciento del PIB), cifra que más que cuadriplica el gasto de Brasil, Rusia, India y China juntos (158.465 millones). En realidad, el gasto del "complejo militar-industrial" estadounidense no ha cesado de crecer desde finales de la II Guerra Mundial hasta el punto de que, en la actualidad, es equivalente al gasto militar del resto del mundo. Sin embargo, la década abierta por el 11-S se ha caracterizado por la aparición de nuevos e importantes actores en la escena internacional y por la transformación acelerada de los modelos de acción en el campo de la diplomacia. Esto abre una puerta hacia la *multilateralidad*, que puede ser la sustituta del bipolarismo de la segunda mitad del siglo XX.

La quiebra del sistema bipolar propio de la guerra fría afectó a los dos grandes bloques, representados por Estados Unidos y la URSS, pero también a otras modalidades de las relaciones internacionales, tanto desde la perspectiva de las organizaciones supranacionales como de las alianzas entre diversos estados. Siguen proliferando las organizaciones de dimensión regional y formándose nuevos foros de carácter restringido, como el compuesto por los BRIC, que aspiran a tomar parte en las decisiones del nuevo orden mundial más que a crear un nuevo marco de relaciones internacionales, como pretendía hacer el antiguo movimiento de los países *no alineados.* De hecho, la desaparición de esta organización revela la profundidad de los cambios ocurridos en los últimos años. Su espacio ha sido ocupado por otro tipo de alianzas o liderazgos, en los que aparecen figuras como el venezolano Hugo Chávez o el iraní Ahmadineyad, en un papel que años atrás desempeñaban los dirigentes de la antigua Yugoslavia, de India o de Cuba. Su estrategia se define por una posición antiimperialista frente a la hegemonía de Estados Unidos y de alguno de sus aliados regionales, como Israel, y en su defensa cuentan con la posesión de recursos energéticos importantes como el petróleo (caso de Venezuela) o con la posibilidad de

disponer de un arsenal nuclear (caso de Irán), que es por el momento uno de los puntos más calientes en la agenda diplomática mundial.

Las organizaciones internacionales creadas a partir de la II Guerra Mundial, en especial el complejo de Naciones Unidas (ONU, FAO, UNESCO, etcétera), no han salido reforzadas por este proceso de fragmentación de los bloques y de aparición de una gran cantidad de nuevos actores en la escena internacional. Algunas razones son de orden interno, pues arrastran un excesivo peso de sus costes de gestión y de recursos humanos en una coyuntura en la que decrecen las aportaciones económicas de sus principales contribuyentes, como Estados Unidos. La composición de estas organizaciones ha estado presidida por la voluntad de integrar a la totalidad de los estados del planeta, que se acercan actualmente a los doscientos, pero en su toma de decisiones sigue siendo esencial el esquema de poder diseñado en 1945, como sucede con el Consejo de Seguridad de la ONU, donde sigue vigente el poder de veto de los cinco grandes (Estados Unidos, Francia, Reino Unido, Rusia y China), una de las más claras herencias de la política de los tiempos de la guerra fría. Su aspiración fundacional de servir de embrión de un gobierno mundial, con el que muchos soñaban a mediados del siglo XX, no ha sido desarrollada debidamente, como se ha podido demostrar en los numerosos conflictos bélicos abiertos a finales del siglo pasado, de los que fueron el mejor ejemplo las guerras balcánicas o la guerra de Irak. Parece que se repiten problemas análogos a los sufridos por la vieja Sociedad de Naciones de la época de entreguerras, desbordada por las tensiones bélicas e incapaz de garantizar su doctrina de “seguridad colectiva”.

La diplomacia mundial está subordinada a los intereses particulares más que a unos principios generales. Esto explica la aparición de nuevas formas de acción diplomática en el ámbito mundial, tanto en forma de tratados regionales (Tratado de Libre Comercio de América del Norte, Mercosur, etcétera) como en la creación de la “diplomacia de club” que, con criterio económico, está marcando la agenda internacional de los últimos años, sea en el formato del G-8 (fundado en 1976) o del G-20 (fundado en 1997). A ambos clubes pertenecen, aunque los criterios de admisión no se hallen formalmente fijados, las principales potencias económicas del planeta. Sin embargo, sus reuniones periódicas son más conocidas por las protestas sociales que han provocado que por la eficacia de las medidas que se hayan tomado en ellas. Parecen más influyentes las reuniones anuales que se celebran en Davos (Suiza), donde comparten protagonismo líderes políticos con grandes banqueros, inversionistas y ejecutivos de multinacionales, que las organizadas por la diplomacia de club.

Otras formas de desarrollar las relaciones internacionales han adquirido una gran relevancia en las últimas décadas. Se trata de todo el entramado de organizaciones solidarias y de cooperación que, parcialmente, han ido sustituyendo el papel “civilizador” de misioneros y exploradores de la época imperialista por una estrategia de ayuda humanitaria y de cooperación, así como de defensa de los derechos humanos en todo el planeta. Actualmente existen en torno a 250 ONG en activo, con unos 113.000 empleados, que son los responsables de gestionar la tercera parte del presupuesto mundial dedicado a la ayuda humanitaria (18.000 millones de dólares en 2008). Los problemas padecidos por estas organizaciones son muy fuertes, como se ha puesto de relieve en catástrofes como la de Haití o la de Pakistán (ambas en 2010), o en la confusión con que actúan en regiones como Afganistán con los ejércitos de intervención. Esto explica también los actos de violencia que de forma creciente sufren estas organizaciones y sus trabajadores occidentales, los cooperantes “sin fronteras”, objeto de secuestros e incluso de muerte. A pesar de ello, el papel desempeñado por las ONG en la mejora de las relaciones de los países desarrollados con los subdesarrollados es fundamental, así como en la toma de conciencia de la población mundial sobre la necesidad de combatir la pobreza o las enfermedades endémicas por cauces que se hallan al margen de los gobiernos de los países o de las organizaciones internacionales.

Además de estas nuevas formas de ejercer la diplomacia a escala global, los retos abiertos por la “guerra contra el terror” y la existencia de conflictos de naturaleza étnica o religiosa en muchas regiones del planeta —desde el Magreb africano al sureste asiático— han fomentado la aparición de nuevos conceptos como la “lucha de civilizaciones”, popularizada por S. Huntington y, de forma más matizada, la idea del poder blando *(soft power)* acuñada por Joseph Nye. La primera gran potencia sigue siendo Estados Unidos, más por su condición de gendarme mundial y su capacidad para intervenir militarmente en todo el planeta —sobre todo, por su control de los océanos— que por su hegemonía económica, cada vez más puesta en entredicho. En todo caso, Estados Unidos dispone de las dos grandes bazas que acompañan la política exterior de una gran potencia, que son el poder de la fuerza militar *(hard power)* y el poder blando de la cultura y de los valores *(soft power)*, que, en el diseño diplomático auspiciado por autores como Nye, se considera cada vez más importante como vehículo para el ejercicio de la diplomacia y las relaciones internacionales. La suma de poder fuerte y poder blando se resume en el llamado poder inteligente *(smart power)*, que es la apuesta más reciente de la diplomacia estadounidense para regir los

destinos mundiales.

El protagonismo de las relaciones internacionales sigue estando presente, sin embargo, en las grandes potencias más que en las organizaciones supranacionales o en las organizaciones de cooperación internacional. El ejemplo de la Unión Europea es el más ilustrativo, pues a pesar de los esfuerzos desplegados por sus dirigentes comunitarios desde principios de este milenio por disponer de una “política europea de seguridad y cooperación”, cuyo primer titular fue el político español Javier Solana (por ello conocido popularmente como Mister Pesc), la verdad es que sigue sin tener una agenda diplomática propia o, al menos, que coordine la desarrollada por los servicios diplomáticos de los estados miembros. La posición de la UE en los grandes conflictos surgidos después de la caída del muro de Berlín, desde la antigua Yugoslavia hasta Oriente Medio, ha sido generalmente subalterna de la estrategia diseñada por la OTAN o, más concretamente, por Estados Unidos. Pero esta debilidad diplomática también se explica por el celo con que sus miembros más poderosos (Alemania, Reino Unido o Francia) han desarrollado estrategias de relaciones internacionales subordinadas a los intereses nacionales. La gestión de la actual crisis económica en el seno de la UE, con los episodios del “rescate” de la deuda de países como Grecia o Portugal, pone de relieve el papel central de Alemania y de su actual líder, Angela Merkel, más inclinada a lograr una “Europa alemana” que a construir una “Alemania europea”.

Los centros reales o potenciales de conflicto a nivel mundial siguen siendo, durante esta primera década del nuevo milenio, prácticamente los mismos de fines del siglo pasado, salvo los Balcanes. Por el momento, la región del planeta más controvertida sigue siendo la de Oriente Medio, a pesar de la intervención militar en Irak comandada por Estados Unidos y de la presencia permanente de contingentes militares internacionales en Afganistán. Se ha acentuado en los últimos años un potencial conflicto entre dos polos de referencia que se están retando de forma permanente, como es el caso de Israel e Irán y, por el contrario, ha disminuido la presión conflictiva en las repúblicas del Asia central. Viejos contenciosos como los mantenidos entre Pakistán e India no se han resuelto y tampoco han entrado en una senda de estabilización, mientras que en el continente africano no se han reproducido los episodios de matanzas y conflictos étnicos que causaron miles de muertos en la región del lago Victoria, el río Congo o Nigeria.

Si retornamos a las regiones del Oriente Medio y del Magreb, vemos que uno de los acontecimientos más inesperados de los últimos años en el concierto

político internacional han sido, sin duda, las revueltas populares contra gobiernos dictatoriales y corruptos en diversos países árabes de la región, desde Túnez, Libia y Egipto hasta Siria y otros países de la península arábiga. Es lo que se conoce como la “primavera árabe”, desencadenada de modo secuencial desde principios del año 2011 hasta la actualidad. Estas revueltas políticas, que tuvieron en la concentración en la plaza Tahrir de El Cairo su mejor ejemplo, lograron derribar la mayoría de sus gobiernos, en algunos casos (Libia) con importante apoyo militar del mundo occidental, pero la consolidación política de sus reivindicaciones todavía está en una situación de incertidumbre. Las razones para que hayan estallado estas revueltas tienen más que ver con los contextos concretos de cada país que con una causa general a todo el Magreb o el mundo árabe, dado que mientras en unos países se ha abierto un proceso de transformación de los regímenes políticos de fuerte peso militar y aliados estables de Occidente, en otros, como Argelia o Marruecos, esos regímenes políticos han logrado mantener sus posiciones. En todo caso, lo que han puesto de manifiesto estas revueltas de los países árabes —en parte, coincidentes con áreas de predominio de la religión musulmana— es que la estrategia política desencadenada por la guerra contra el terror llevada a cabo por Estados Unidos y sus aliados occidentales ha provocado más problemas en la región del Oriente Medio de los que ha resuelto. El apoyo sistemático de las potencias occidentales al estado de Israel y la obsesión por controlar las reservas de petróleo de la zona bloquean la revisión de una política exterior que sigue anclada en los prejuicios del viejo colonialismo, lo que lleva a apoyar a regímenes corruptos y dictatoriales.

Superadas las divisiones en bloques propias de la época de la guerra fría, y a pesar del protagonismo que sigue manteniendo la región de Oriente Medio en la agenda de la diplomacia mundial, otras regiones del planeta están adquiriendo un peso muy relevante. Una de ellas es el Extremo Oriente asiático, donde a los potenciales conflictos entre las dos Coreas o entre la China continental y Taiwán se agregan ahora las difíciles relaciones entre los dos colosos de la zona, China e India. El interés que Estados Unidos está desplegando en sus relaciones con India, que se complementa con la más antigua relación con Japón, coloca al gigante chino en una posición incómoda que tiene algunas analogías con la posición de la Alemania de principios del siglo XX, debido a la estrategia seguida entonces por Francia al estrechar relaciones con el imperio zarista y, por tanto, tratar de bloquear las dos fronteras del imperio guillermino. Otras regiones de especial importancia en el actual tablero mundial son el África austral y América

Latina, con la novedad de que en ambas áreas están tomando posiciones nuevas potencias, como son China y Brasil que, además de incrementar extraordinariamente sus relaciones económicas mutuas —China se está convirtiendo en el principal socio comercial de los países latinoamericanos—, están incrementando su presencia en países del África austral como Angola.

LAS POTENCIAS EMERGENTES: LOS BRICS

Esta deriva de la diplomacia mundial pone de relieve tanto el mayor peso alcanzado por países no occidentales como la redefinición del papel de antiguas potencias como Rusia o China en el diseño del orden mundial. Una de las mayores novedades aparecidas en esta primera década del siglo XXI ha sido la progresiva importancia alcanzada por el grupo denominado inicialmente BRIC (Brasil, Rusia, India, China) y que desde 2011 se ha ampliado con la incorporación de Suráfrica (BRICS). El término “bric”, puesto en circulación en 2001 por un analista de Goldman Sachs, ha adquirido ya carta de naturaleza en la literatura especializada porque define con cierta precisión el papel central que se le atribuye a estos países emergentes como piedras angulares, o ladrillos *(bricks)*, para la configuración del mundo actual, tanto en términos diplomáticos como, muy especialmente, en términos demográficos y económicos. Los cuatro países clásicos BRIC reúnen dos quintas partes de la población mundial, poseen abundantes materias primas y potencial energético y han sustituido a las viejas potencias industriales occidentales en la producción masiva de manufacturas y servicios. Su peso en la diplomacia mundial es cada vez mayor, como se pone de manifiesto en sus reuniones o cumbres en las que se va perfilando un nuevo polo de referencia que, en esencia, significa una alternativa a Occidente y a su hegemonía de muchos siglos en las relaciones internacionales.

DENG XIAOPING (1904-1997)



Nacido en la provincia de Sichuan, en el seno de una familia de propietarios rurales, su formación fue la propia de las élites orientales, con acceso a un colegio francés y estancia posterior en París a partir de 1920, donde, sin embargo, se concentró más en establecer contactos políticos con chinos emigrados, como Zhou Enlai, que en seguir una carrera reglada. En aquella época se afilia al Partido Comunista Chino, colabora intensamente en periódicos comunistas —Dr. Mimeógraf era entonces su apodo— y completa su formación de revolucionario con una estancia en Moscú durante el año 1926. Desde la capital soviética regresa a China, donde participa en las luchas militares que los comunistas, en alianza temporal con el Kuomintang de Chang Kai-chek, desarrollaban para controlar un territorio fragmentado y abatido por las ocupaciones extranjeras. Esta alianza entre comunistas y nacionalistas se rompió a los pocos años, iniciándose entonces una lucha en solitario del Partido Comunista Chino por establecer en algunas regiones regímenes de carácter soviético, proceso que culminó tras la Larga Marcha (1934), liderada por Mao Zedong, en la que Deng participó activamente.

A partir de este momento y hasta el triunfo de la Revolución China en 1949, la biografía de Deng se caracteriza por un progresivo ascenso dentro del Partido Comunista Chino, cada vez más dependiente del liderazgo de Mao y más independiente de la influencia soviética. Durante aquellos años de guerra civil, de ocupación japonesa de parte del territorio chino y de la II Guerra Mundial, Deng ejerce funciones de comisario político en el ejército y aumenta su peso en el seno del partido, entrando en 1945 en su Comité Central. Sus conexiones con los militares le permitieron desarrollar un papel decisivo en el triunfo sobre las tropas de Chang Kai-chek y establecer finalmente un nuevo régimen político en la China continental, la República Popular China.

La ejecutoria pública de Deng durante los años de liderazgo político de Mao en el gobierno y en el Partido Comunista se caracteriza por su pragmatismo ideológico y una apelación a políticas económicas moderadas en el marco de una gran fidelidad al propio partido. Crítico con los resultados poco alentadores del programa de Mao del “gran salto adelante” de fines de los cincuenta —que provocó la muerte de unos 30 millones de personas—, su intento de aplicar reformas económicas se topó con la oposición de Mao y otros dirigentes como Lin Biao, que lanzaron desde 1966 el programa de la Revolución Cultural, basado en el combate contra los considerados capitalistas e intelectuales “infiltrados” en el régimen comunista chino, entre los que se señaló a Deng y otros altos dirigentes. La movilización de masas que supuso la Revolución Cultural dejó en suspenso las reformas de Deng, quien fue apartado de los círculos dirigentes y enviado a trabajar como obrero en una fábrica de tractores. Sufrió una purga por parte de Mao, pero no fue destruido.

Su rehabilitación política tardaría años en producirse. Aunque retornó a los círculos dirigentes poco antes de la muerte de Mao, ocurrida en 1976, éste escogió a Hua Guofeng como sucesor, una vez

desaparecido otro líder histórico como era Zhou Enlai. Comenzó entonces una dura lucha por el poder, en la que Deng se encontró con la oposición de los herederos de la Revolución Cultural (la llamada "banda de los cuatro", dirigida por Chiang Ching, la esposa de Mao), lucha que ganó con la ayuda del propio Hua, que lo introduce de nuevo como dirigente en el Partido Comunista y en el gobierno. Su control del poder se consolida en 1978, momento en el que inicia un programa de reformas que darían lugar a la China actual. Después de la hegemonía de Mao, el Gran Timonel, comenzó la etapa dominada por Deng, apodado el Pequeño Timonel, que iba a conducir al régimen chino por la vía de la modernización y la apertura hacia el exterior. Deng llegó al poder a una edad ya bien madura (casi tres cuartos de siglo), pero cargado de experiencia y de un conocimiento muy detallado de los entresijos de la vida pública, dada su condición de activista revolucionario en su juventud, líder militar durante la guerra civil y comisario político.

Las reformas introducidas por Deng se ajustaron al objetivo de combinar apertura económica con reforzamiento de las instituciones políticas y de gobierno construidas por el régimen comunista. Las reformas se suelen conocer como las "cuatro modernizaciones", centradas en el desarrollo de la agricultura, la industria, la ciencia y la técnica y, finalmente, la defensa nacional. Era un proyecto que ya había diseñado Zhou Enlai, que comienza Hua Guofeng y que retoma Deng como alternativa a las posiciones herederas de Mao, más ruralistas y lastradas por un enorme sesgo ideológico. De lo que se trataba era de convertir a China en un país más rico y fuerte, más urbanizado y abierto al exterior. Los resultados fueron tan espectaculares que transformaron de raíz la situación de China y su relación con el mundo. De ser un país esencialmente rural en los años setenta del siglo pasado (80 por ciento de la población), las reformas de Deng han propiciado una rápida urbanización de varios cientos de millones de personas durante los últimos treinta años, al tiempo que se trató de contener la explosión demográfica mediante la controvertida "ley del hijo único".

Por otra parte, China se convierte en una potencia económica de base manufacturera y volcada en el comercio exterior, siguiendo dos principios opuestos a los establecidos durante la Revolución Cultural maoísta: primero, el rescate de la meritocracia, que había sido uno de los pilares de la tradición imperial china y, en segundo lugar, el abandono de la idea de China como el "imperio del centro", sin apenas relaciones exteriores (todavía con Mao eran muy escasas las embajadas), mediante una incorporación activa a la comunidad internacional. A diferencia de Mao, la práctica diplomática de Deng se caracterizó por continuos viajes al exterior, tanto a Asia oriental como a Estados Unidos de América. En este retorno a la escena internacional se comprende también la negociación entablada por Deng con el Reino Unido para la devolución de Hong Kong (y, algo más tarde, también de Macao por parte de Portugal), de acuerdo con el principio de "un país, dos sistemas", que hiciera viable también la incorporación de Taiwán, lo que todavía no se ha producido.

El reformismo impulsado por Deng se centró básicamente en el área económica, científica, diplomática y militar. Quedó fuera de su agenda una "quinta modernización", que sería la apertura política hacia un régimen democrático y el reconocimiento de las demandas de autonomía de regiones como el Tíbet. Aunque los modos políticos de Deng eran mucho menos autoritarios que los de Mao, los pasos dados por él fueron muy limitados, a pesar de que en el seno de la sociedad china, e incluso de los centros de poder, había demandas crecientes de apertura política, representadas por líderes como Hu Yaobang. El punto culminante de este conflicto tuvo lugar en 1989, con ocasión de las protestas masivas de estudiantes en apoyo del entonces fallecido Hu Yaobang lo que, en realidad, era una manifestación a favor de la apertura política. Las protestas tuvieron lugar en varias ciudades chinas, pero la más decisiva fue la realizada en la plaza de Tiananmen, en Pekín, donde durante varias semanas se reunieron decenas de miles de personas que, además, lograron una gran atención de la prensa internacional. La crisis abierta por estas protestas se saldó con una brutal represión, realizada por el ejército, sobre los más de cien mil manifestantes que había en Tiananmen el 4 de junio de 1989, cuya estimación es muy variable: entre 300 y 2.600 manifestantes muertos, además de varios miles de heridos. La masacre de Tiananmen dejó una marca imborrable en la historia reciente de China, pero no arredró el ritmo de las reformas iniciadas por Deng, quien todavía empleó sus últimos años de vida

activa apoyando la gestión política de su sucesor, Jiang Zemin.

La marca que ha dejado Deng en la historia de la China moderna ha sido muy profunda. Para su más reciente biógrafo, Ezra Vogel *(Deng Xiaoping and the Transformation of China,* 2011), "los cambios estructurales que se llevaron a cabo bajo el liderazgo de Deng se sitúan entre las transformaciones más básicas desde que el Imperio chino se haya constituido durante la dinastía Han, hace más de dos mil años", lo que supone convertir a Deng no sólo en un dirigente político a la altura de Mao Zedong, sino en considerarlo como el "padre" de la moderna China. Su formación de autodidacta en la "universidad de la vida" y su pragmatismo político, reflejado en su conocida máxima pronunciada ya en 1960 ("gato negro o gato blanco, lo que importa es que cace ratones"), hicieron de Deng un verdadero reformista sin renunciar a sus principios ideológicos comunistas. Fue una figura opuesta a la de Mao: poco visionaria, con pocos amigos, sin debilidades sentimentales o familiares, pero con una inquebrantable lealtad al partido y a la causa de la modernización de su país. Así nació la nueva China, concebida como un país que en vez de contentarse con ser el centro de la civilización asiática debía aspirar a ser una potencia mundial y actor de un poder global. Fue gracias a los esfuerzos de los cientos de millones de sus habitantes y a la lucidez obstinada de un "pequeño timonel" que, para el propio Mao, era la personificación de dureza y de finura: "una aguja dentro de una bola de algodón".

El papel más decisivo, tanto en el presente como en los próximos decenios, lo desempeñan las dos grandes potencias asiáticas de India y China. Herederas de civilizaciones milenarias que quedaron rezagadas en la primera aparición de una economía-mundo, en el siglo XVI, y que luego fueron abatidas por la expansión imperialista occidental del siglo XIX, su recuperación ha sido espectacular desde el último tercio del siglo pasado y su crecimiento se ha mantenido en unos niveles especialmente elevados en este nuevo milenio: un promedio del 8,3 por ciento anual desde 1978, lo que supone "doblar su riqueza cada nueve años", en apreciación del economista Dani Rodrik. La economía china se ha colocado ya en el segundo lugar del "ránking" mundial, detrás de Estados Unidos, desplazando a Japón y algunos estudios pronostican que hacia 2030 superará a Estados Unidos como potencia económica y que hacia 2050 lo hará también la economía de India, dado su potencial demográfico y su especialización en el sector servicios. En todo caso, actualmente es China la principal potencia demográfica mundial y, desde el punto de vista económico y financiero, también se ha convertido en una suerte de "taller del mundo", como lo había sido Gran Bretaña hace siglo y medio. Pero si a fines del siglo XIX uno de los grandes desafíos con que hubo de enfrentarse el Reino Unido como potencia manufacturera fue la difusión mundial de productos *made in Germany,* una centuria más tarde es la marca *made in China* la que prevalece en la mayoría de los productos de consumo masivo en todo el mundo. Es el resultado de lo que, con cierto gracejo, algunos economistas como Loretta Napoleoni han

denominado *maonomics,* esto es, la combinación del crecimiento económico de modelo capitalista con un sistema político de carácter comunista.

El protagonismo de estas potencias emergentes se advierte en el concierto diplomático mundial, pero también en muchos otros campos como el energético, el medioambiental y, desde luego, el puramente comercial e industrial. La novedad estriba en que esta aparición en primer plano de nuevas potencias se produce en un contexto general de crisis económica y de recesión, lo cual ha cambiado de forma súbita la posición de algunos países considerados atrasados o que formaban parte del antiguamente llamado Tercer Mundo, que, en poco tiempo, se han convertido en actores principales de la política y de la economía mundial. Es el cambio geoestratégico más decisivo de esta primera década del siglo XXI, aunque sus líneas básicas se hayan trazado durante el último tercio del siglo pasado, lo que incluye además el traspaso hacia el océano Pacífico del viejo protagonismo del océano Atlántico. Cada vez tendrá menos sentido referirse al Extremo o Lejano Oriente, percepción de lejanía que poco a poco se acabará asimilando al Occidente europeo, justamente situado en el confín opuesto del continente euroasiático y, por ello, también lejano del centro del mundo en que se está convirtiendo el mar de China.

En la época dorada de la expansión capitalista, entre 1945 y la crisis del petróleo de 1973, apenas hubo ninguna economía que pudiese emerger en el panorama dominado por Occidente y Japón. Sólo algunos países de Asia oriental, bajo la égida del “milagro” japonés, desplegaron una rápida lucha contra el subdesarrollo económico, formando el grupo de los “dragones” o “tigres” asiáticos capitaneado por Corea del Sur o Taiwán, pero siempre a la zaga del gigante económico que era Japón. Pero para entonces apenas había aún noticias de China, enfrascada en su política de la Revolución Cultural, ni de India o del propio sureste asiático, sumido todavía en las consecuencias de la larga guerra vietnamita. Algo similar se podría decir de América Latina, bloqueada todavía a fines del siglo pasado por los problemas de la deuda externa y con escasa participación en la economía mundial. Sin embargo, nada es igual dos décadas más tarde, de modo que al estallido de la crisis económica en Occidente hay que agregar un análisis de la emergencia de estas nuevas economías, especialmente las representadas por China, India y Brasil, dado que la posición actual de Rusia deriva más de ser la heredera de la vieja URSS que de ser un país propiamente emergente. En todo caso, la fortaleza de estos países está en haber sabido adaptarse a la dinámica impuesta por la globalización, hasta el punto de que se han convertido en los grandes retadores de la primacía

económica mantenida por Occidente desde los tiempos de la revolución industrial. Por primera vez en la historia del mundo contemporáneo, los países occidentales marchan a remolque de la crisis y no al frente de las soluciones que puedan arbitrarse para salir de ella.

¿Por qué han triunfado estas economías emergentes? Las razones son diversas en cada caso, pero hay algunas pautas comunes: fuerte liderazgo político, disponibilidad de abundantes reservas de materias primas energéticas y alimenticias, masivo desplazamiento de la mano de obra de origen rural a los centros urbanos e industriales, mantenimiento de salarios bajos, apertura al exterior con fuertes inversiones procedentes de países occidentales y, en consecuencia, aumento espectacular del comercio exterior, tanto en la adquisición de materias primas como para la venta de productos manufacturados. El ejemplo de China es, sin duda, el más espectacular, pues desde fines de esta última década ha sobrepasado como potencia económica a Japón y se ha colocado en el segundo puesto mundial, justo detrás de Estados Unidos. Que las distancias sean todavía muy notables respecto de la potencia americana no puede ocultar la inmensidad del crecimiento económico chino, que lleva décadas a una tasa promedio del 10 por ciento anual. Porque lo que importa es su enorme contribución a la economía mundial, en la que China representa un 20 por ciento de la población del planeta y aspira a suponer idéntico porcentaje en otros indicadores, como el comercio mundial, el consumo de energía o la investigación científica.

El camino emprendido por China hacia un cambio de modelo económico dio sus primeros pasos en 1978, cuando se iniciaron las reformas auspiciadas por Deng Xiaoping que, habiendo heredado una situación económica “desesperada”, se marcó como objetivo nacional la modernización del país, de acuerdo con su máxima de que “el desarrollo es el principio absoluto”. En vez de confiar en la planificación central, apostó por el mercado. Su desarticulación de una de las joyas simbólicas del maoísmo, como eran las comunas agrícolas, favoreció la aparición de un ejército de reserva de mano de obra que se concentró en las ciudades y en las “zonas económicas especiales”. La apertura de la economía china incrementó las inversiones extranjeras que apostaron por la deslocalización de sus industrias como alternativa para abaratar los costes de producción. Aunque esta explosión de actividad manufacturera se realizó mediante un consumo masivo de energía y de materias primas (muchas de ellas importadas), así como de una enorme contaminación ambiental, los resultados macroeconómicos de China han sido espectaculares durante los últimos treinta

años, con evidentes consecuencias sobre la economía mundial, pues el mantenimiento de bajos salarios, que incluso han descendido desde 1993 debido a la existencia de una oferta casi ilimitada de mano de obra, convierte el modelo laboral chino en el índice para formar un “arbitraje global del trabajo”.

Esta apuesta económica de China se halla fortalecida, de modo paralelo, por la existencia de un sistema político ciertamente original, en el que sigue siendo hegemónico el Partido Comunista Chino y en el que no se hallan reconocidas ni las libertades políticas básicas ni otros valores occidentales como el de los derechos humanos. En contra de lo que se predica para las economías occidentales, la receta del éxito de China está en la combinación de intervención estatal e iniciativa privada. La fortaleza de este sistema político reside en su fuerte componente nacionalista y en el aprovechamiento de una cultura política milenaria que ha hecho del sinocentrismo y de la convicción de pertenecer a una civilización superior, dos de sus marcas de referencia. No está clara cuál será la influencia de estos principios en los pasos que China pueda dar en el futuro en el plano diplomático, pues al “peligro amarillo”, alentado de forma un poco inconsciente por Occidente desde mediados del siglo XIX, se puede oponer su escasa voluntad de “sinizar el mundo” (en expresión del sinólogo Xulio Ríos), lo que separa claramente la estrategia china de la practicada desde hace más de un siglo por Estados Unidos de América, empeñados en llevar a cabo su misión civilizadora en todo el mundo como parte de un “destino manifiesto”. Como ha observado Eric Hobsbawm, la república estadounidense tiene un “mensaje mesiánico” que le impide verse a sí misma como “parte de un sistema internacional de potencias políticas rivales”. Por el contrario, la apuesta china insiste, al menos en sus expresiones diplomáticas formales, en conceptos como “paz y desarrollo” y en la confianza en que la cooperación y no el enfrentamiento deben guiar las relaciones internacionales.

Dado que el liderazgo chino se asienta sobre su potencia económica más que militar, es probable que sea esta estrategia la que se imponga en los próximos años. Lo que no evita que existan algunas incógnitas, pues experimentados analistas como Henry Kissinger no dejan caer en saco roto los paralelismos entre la situación actual de Estados Unidos y China con la mantenida por Reino Unido y Alemania en vísperas de la I Guerra Mundial, lo que supondría admitir que el “auge chino es incompatible con la posición de Estados Unidos en el Pacífico y, por extensión, en el mundo”. Pero la apertura de una “guerra fría” entre ambos países “detendría el progreso mutuo durante una generación a uno y otro lado del Pacífico”, de modo que será preferible ensayar nuevas fórmulas, como la

“coevolución” entre ambas potencias o el fomento de una “comunidad del Pacífico”, que sería el contrapunto de la vieja “comunidad atlántica” que comenzó a alumbrarse entre Europa occidental y Estados Unidos tras el Tratado de Versalles.

DE LA EUFORIA A LA RECESIÓN ECONÓMICA

Los diez años transcurridos desde el cambio de siglo no tienen un perfil económico específico. Las grandes tendencias marcadas por la globalización económica y las tecnologías de la información y la comunicación (TIC) arrancan de la década de los ochenta del siglo pasado. El crecimiento de la riqueza mundial, medida en su producto interior bruto (PIB), ha sido bajo si se compara con la época dorada de los años sesenta, especialmente en el seno de las grandes economías capitalistas de Estados Unidos, Europa occidental y Japón. De hecho, el ciclo económico iniciado en 2001 “fue el más débil desde la II Guerra Mundial”, en opinión de Robert Brenner, autor que sostiene que estos países han entrado, desde 1973, en un periodo de “largo declive” económico debido al descenso de las tasas de beneficio y a su incapacidad para hacer frente al exceso de producción industrial procedente de los países asiáticos. Sin embargo, el incremento de la población mundial no se ha detenido tampoco en este decenio, aumentando en casi 800 millones los efectivos demográficos del planeta que ha superado ya la cifra de los siete mil millones de habitantes. Y el consumo de energía, tanto de origen fósil como de carácter renovable o biocombustible, tampoco ha dejado de crecer, aunque haya sido a un ritmo algo menor que el de la población.

LUIZ INÁCIO LULA DA SILVA (1945-)



Luiz Inácio da Silva, más conocido por el apodo familiar de *Lula* (“calamar”), fue presidente de Brasil durante ocho años, entre enero de 2003 y la misma fecha de 2011. Nacido en el seno de una familia pobre del nordeste de Brasil, pronto se asienta en la región más industrializada y rica del sur, Guarujá (Santos) y, desde 1956, en el área metropolitana de São Paulo. Aunque pasó por diversos trabajos manuales, su ocupación laboral más estable fue la de obrero en diversas empresas del área paulista, especialmente en el sector metalúrgico y del acero, en la más importante empresa brasileña del sector (Aços Villares). Desde fines de la década de los sesenta, comienza a destacar como líder sindical y como organizador de la oposición a la dictadura militar, que había entrado en el gobierno de Brasil tras el golpe de Estado contra el presidente Goulart en 1964. Su capacidad de movilizar a la población obrera paulista se puso de manifiesto con la organización de varias huelgas, alguna de las cuales duró más de un mes. Su incorporación plena a la lucha política se produce hacia 1980, con la fundación del Partido de los Trabajadores (PT), en el que se funde el sindicalismo obrero con sectores intelectuales, como el historiador Sérgio Buarque de Holanda, que participa con Lula en el lanzamiento del nuevo partido.

La transición democrática brasileña, que tiene lugar en la segunda mitad de los años ochenta, abre nuevas oportunidades en las que Lula da Silva participa intensamente. En 1986 es elegido por primera vez diputado y en 1989 se presenta como candidato a la presidencia del país frente a Fernando Collor de Melo. A pesar de la sucia campaña de que fue objeto y de los recelos que provocaba entre las élites brasileñas que un obrero pudiese acceder a la primera magistratura del país, logró pasar a la segunda vuelta electoral y superar los 31 millones de votos (37,8 por ciento del total). En la época del presidente Collor de Melo, participó activamente en el proceso de *impeachment* de éste —logrado en 1992—, organizando una movilización de 50 millones de personas por todo el país. De líder sindicalista paulista, Lula estaba pasando a convertirse en una figura conocida en todo Brasil, lo que le permitió presentarse tres veces más como candidato a presidente. En 1994 y 1998 perdió frente a Fernando H. Cardoso, pero alcanzó la presidencia en las elecciones de 2002, que ganó cómodamente (con más del 60 por ciento de los votos) frente al “delfín” de Cardoso, el gobernador de São Paulo, José Serra, al que derrotaría de nuevo en la reelección de 2006.

Su acceso a la presidencia de Brasil fue una de las piezas, quizás la más relevante, del “giro a la izquierda” que se produce en América Latina en la primera década del siglo actual, lo que levantó algunas suspicacias en la diplomacia internacional. Pero los resultados alcanzados durante su presidencia desvanecieron todas las incertidumbres. Su gestión coincidió con un periodo de enorme crecimiento económico del país, un aumento de su prestigio internacional y la conversión de Brasil en

uno de los ejes de los BRIC. Tres fueron las líneas de acción de Lula desde que entró en el palacio presidencial de Planalto, en la capital Brasilia. En primer lugar, la prosecución de las pautas de política económica instauradas por su predecesor Fernando H. Cardoso: combate de la inflación, estabilización de la moneda nacional (el real), liquidación de la deuda externa, atracción de inversiones exteriores y fomento de las exportaciones, en cuyo rubro se pudo beneficiar de la existencia de abundantes materias primas y de biocombustibles como el etanol y de la elevada demanda que efectuaron países en expansión acelerada como China, uno de sus principales socios comerciales.

En segundo lugar, el desarrollo de programas de carácter social, plasmados en su objetivo inicial de erradicar el hambre, anunciado en su toma de posesión como presidente bajo la fórmula del *fome zero* (“hambre cero”); combatir la desigualdad social y redistribuir la riqueza mediante transferencias masivas de renta, por parte del Estado, hacia sectores campesinos organizados en el “Movimento dos Sem Terra” (MST) y hacia trabajadores urbanos marginales o “favelizados”, lo que incrementó notablemente la capacidad de consumo del mercado interno. Su “Programa Bolsa Familia” atendió a no menos de 12 millones de familias brasileñas pobres, con ingresos menores de 70 dólares al mes, subsidiando la educación y la salud de sus miembros.

En tercer lugar, se esforzó por incrementar la influencia de Brasil en el continente americano y, de forma más amplia, en África y en Asia, a través de una intensa actividad diplomática que, también en este punto, supuso una continuidad de la “diplomacia presidencial” inaugurada por Fernando H. Cardoso, aunque concentrando más sus esfuerzos en América y el Pacífico que en los países de la Unión Europea. Resultado de esta acción exterior fue su participación activa en la creación de foros diplomáticos como el de los BRIC y el G-20, pero también la consecución de la designación del país como sede de grandes eventos deportivos, como el campeonato mundial de fútbol (2014) y los juegos olímpicos de verano para la ciudad de Río de Janeiro (2016).

La gestión política de Lula estuvo presidida, pues, por notables dosis de pragmatismo político, pero sin abandonar sus principios de líder sindical e izquierdista. Su partido promovió la creación de foros de pensamiento alternativo como el de Porto Alegre y logró incorporar a su gobierno a figuras míticas de la música brasileña como Gilberto Gil. Su propósito de regenerar la vida política brasileña, caracterizada por enormes dosis de corrupción, se tropezó, sin embargo, con mayores obstáculos, que llegaron a salpicar a su propio gobierno. Político de gran carisma popular, con un arraigo electoral muy fuerte en las regiones más pobres de Brasil, logró que su candidata preferida, Dilma Rouseff, ganase de nuevo para la coalición electoral liderada por el PT las elecciones presidenciales de 2010. Como líder político de un país emergente, su figura ha alcanzado una gran repercusión internacional, llegando a ser considerado por la revista *Time* como el político más influyente del mundo en el año 2010. Pocos meses después de su abandono de la presidencia brasileña, le fue diagnosticado un cáncer del que felizmente se halla actualmente recuperado, lo que permite pensar en su retorno a la vida política activa.

Los flujos comerciales y, de forma especial, los de carácter financiero se han multiplicado favorecidos por el contexto de una economía global que se ha considerado, hasta hace poco tiempo, la panacea que podría resolver la mayor parte de los problemas de la humanidad. Todo ello ha estado acompañado de una masiva deslocalización de las estructuras productivas de carácter industrial propias de los países occidentales euroamericanos hacia otros lugares del planeta (India, China o el sureste asiático), mientras que nuevas potencias económicas

como Brasil, Canadá, Suráfrica o Rusia se han especializado en la producción masiva de materias primas o de energía (petróleo, gas natural, biocombustibles, minerales), lo que las ha convertido en importantes socios del comercio mundial. El resultado ha sido una reordenación de la estructura económica mundial y, de forma paralela, una aceleración del proceso de globalización financiera que llegó a su cenit en 2007, cuando se detectaron los primeros síntomas de agotamiento de un ciclo de euforia que ha devenido de forma rápida en una profunda depresión económica.

Conviene advertir, sin embargo, que el impacto de esta crisis no es universal, porque afecta de modo desigual a conjuntos de países o de bloques económicos. Como ha sucedido en épocas anteriores, sea a fines del XIX, sea en 1929, la génesis de la crisis ha estado en los países centrales del sistema capitalista, pero sus repercusiones son totalmente diferentes. En la depresión de entreguerras, los principales actores eran Estados Unidos de América y Europa occidental, mientras que gran parte de la humanidad quedaba al margen del proceso (caso de la URSS) o bien formaba parte de países independientes pero poco desarrollados (América Latina) o de imperios coloniales en Asia y África, que fueron los sujetos pasivos sobre los que recayeron los más pesados costos de las dificultades económicas de los países occidentales. La situación actual es en gran medida de naturaleza opuesta: América Latina, con Brasil, México o Argentina a la cabeza, está manteniendo niveles de crecimiento económico muy superiores a los países occidentales; la sucesora de la antigua URSS forma parte de un nuevo club, los BRIC, y se halla plenamente integrada en la dinámica de la economía mundial y, por su parte, las viejas civilizaciones asiáticas de India o de China han dejado de ser espacios económicos subordinados a los intereses de los países imperialistas occidentales y se han convertido en actores protagonistas de la economía y la política mundiales: el hecho de que China esté adquiriendo grandes cantidades de deuda soberana de otros países (hasta el 25 por ciento de la de Estados Unidos) hace recordar de forma ampliada la situación de hace un siglo, cuando una gran potencia como Reino Unido tenía que financiar su déficit comercial mediante inversiones de capital en el exterior o tomando dinero prestado de otros países. Es lo que está sucediendo actualmente de una forma masiva, cuando Estados Unidos —datos de 2006— “financia su gasto tomando prestado el 70 por ciento del excedente de ahorro mundial”. Otras economías, entre ellas la española, han financiado también buena parte de su expansión reciente mediante el recurso a préstamos externos.

La crisis o la aparición de “grietas” en el sistema es un problema, pues, que se

circunscribe básicamente al área de los grandes países capitalistas occidentales (Unión Europea, Estados Unidos) y de Japón, aunque sus efectos puedan tener repercusiones en otras áreas, como en el conjunto del continente africano o en Oriente Medio. La pregunta recurrente en la literatura económica que se ha publicado en los últimos años es la misma: ¿qué ha fallado para que estalle la crisis? La respuesta es bastante coincidente: más que un desarrollo armónico y sostenible, lo que ha habido es una actividad económica basada en el crédito barato y en la especulación bursátil, con derivaciones hacia sectores específicos como la construcción inmobiliaria. El resultado fue la aparición de un ambiente de euforia creado en gran parte por una difusión a nivel mundial de las prácticas de la conocida como pirámide de Ponzi, en la que la relación entre recursos propios e inversiones excedía los límites de la prudencia, con un nivel de apalancamiento que llegó a alcanzar la proporción de 44 (inversiones) por 1 (capital propio). Hubo un auténtico *Big Bang* económico, comandado por los centros financieros de Nueva York y Londres, en el que las transacciones financieras, especialmente las de productos de mayor riesgo (los "derivados"), multiplicaron seis veces su valor entre 1997 y 2004, según el análisis de Carlos Marichal.

Pero la coincidencia en el diagnóstico explica poco en términos históricos, esto es, sobre las causas que llevaron a esta situación. La explicación más superficial sugiere que alguna gente —banqueros centrales, políticos, economistas— sabía lo que podía suceder, pero que no dio los pasos necesarios para evitarlo. Puede que haya sido de esta forma y que la ignorancia de la historia haya jugado una mala pasada al sistema económico occidental: "el desconocimiento de la historia es una de las causas de la crisis", afirman ahora muchos historiadores y economistas, desde Brenner hasta Rodrik o Stiglitz. Es fácil convenir con este diagnóstico, pues bastaría tener presente la historia económica más o menos reciente —sirva como ejemplo el estudio de Robert Brenner sobre la "economía de la turbulencia global"— o las sabias advertencias de autores como Charles Kindleberger para saber que detrás de toda fase de euforia económica provocada por una abundancia de crédito se esconden peligros que conducen de forma directa al hundimiento o colapso del sistema financiero. Esto es lo que ha sucedido en el pasado en muchas ocasiones —la más evidente, en 1929 y la subsiguiente Gran Depresión de los años treinta— y esto es lo que parece definir la situación actual que la literatura económica especializada denomina como la "gran recesión".

De esta crisis actual conocemos la fecha de inicio, muchas de las razones que

la han motivado, algunas de sus consecuencias más directas, pero no sabemos todavía —a principios de la segunda década de este milenio— cómo será su final ni cuál será el panorama que se abrirá en el futuro. Vista desde la perspectiva de los países capitalistas occidentales, en los que el impacto de esta recesión ha sido hasta ahora muy fuerte, podemos decir que el tren de su economía ha entrado en un túnel, pero se desconoce cuál será el paisaje que verán los viajeros cuando salgan. A pesar de ello, conviene describir algunas de las conversaciones que se están produciendo en los vagones de ese tren que, en general, tienden a ser históricas (las causas de la crisis) o de orden moral (quiénes son los culpables), más que de naturaleza predictiva, limitación explicable por hallarnos viviendo un periodo histórico de "turbulencias" globales de naturaleza económica y financiera de las que no se conoce todavía su final.

Comencemos por apuntar algunas de las razones que explican la aparición de esta gran recesión. En primer lugar, es preciso repasar el papel desempeñado por los grandes actores en este drama, en tanto que principales responsables en la creación de las "grietas" del sistema: los poderes públicos y las entidades financieras y reguladoras, así como los economistas y sus posiciones teóricas dominantes. En segundo lugar, conviene evaluar algunas de las consecuencias que a corto y medio plazo han traído estos años de euforia, tanto en el ámbito propiamente económico como en el social y político, que es el barómetro decisivo para un relato histórico. Aunque no es fácil señalar con precisión el grado de culpabilidad de los actores en el desencadenamiento de este proceso de crisis, es evidente que una conclusión se impone: nadie es inocente o, para decirlo con palabras de un economista jefe del FMI (Raghuram Rajan): "la responsabilidad de esta crisis está compartida por políticos nacionales, gobiernos extranjeros, economistas como yo mismo y personas corrientes como usted". Pero si nadie es inocente de haber participado en la génesis de esta gran crisis de naturaleza sistémica, tampoco nadie debe estar excluido de contribuir a buscar una salida.

Vayamos, de entrada, a las causas de la crisis. El punto de partida puede retrotraerse al último tercio del siglo XX, cuando se perfiló el llamado "consenso de Washington" en torno a un programa económico de carácter liberal inspirado por la escuela de Milton Friedman que sustituyó el "consenso keynesiano", puesto en boga a partir de 1945 a través de los acuerdos de Bretton Woods. El pilar fundamental del programa de la política económica inaugurado en la década de los ochenta por Reagan o Thatcher se funda en la pérdida de la hegemonía de la política, representada por las instituciones públicas y su

capacidad de intervención y regulación de las actividades económicas, y su sustitución por la transferencia a los agentes económicos privados o a los llamados genéricamente “mercados”, de los mecanismos de control o de autorregulación. Este proceso, que fue liderado desde Estados Unidos de América por instituciones como la Reserva Federal —con Alan Greenspan al frente desde 1987— y por sucesivos responsables de la Secretaría del Tesoro estadounidense reclutados entre directivos de los grandes bancos de negocios con sede en Wall Street que simpatizaban con la “no regulación”, se extendió a la mayoría de los países occidentales. Y, por supuesto, estas posiciones encontraron un sólido apoyo entre los defensores de la ortodoxia de la estabilidad macroeconómica y de la eficiencia del mercado, como sostenían todavía en 2008 doscientos prestigiosos economistas en una carta dirigida al Congreso y al Senado de Estados Unidos, cuando afirmaban que “el dinámico e innovador mercado estadounidense de capital ha aportado al país una prosperidad sin precedentes”, en una línea argumental que había mantenido el influyente Greenspan durante muchos años. La cobertura académica de las políticas apodadas “neoliberales” fue sistemática, de modo que las voces críticas fueron silenciadas o acusadas de ser unas nuevas Casandras.

A grandes rasgos, los pasos del proceso consistieron básicamente en favorecer la privatización de empresas de capital público, la supresión de los mecanismos de regulación de la economía financiera construidos desde los años treinta y reforzados por el pensamiento keynesiano dominante en los años de la segunda posguerra y, como resultado global, una acelerada globalización financiera que fue posible, además, por la aparición de potentes medios de transmisión de la información. Si a fines del siglo XIX fue la revolución de los transportes (barco de vapor y ferrocarril) lo que explica una primera fase de la globalización, a principios del siglo XXI ésta se produce en gran parte gracias a las nuevas tecnologías de la comunicación (especialmente, en Internet) y a la aparición de una *sociedad-red*, acuñada por el sociólogo Manuel Castells, en la que las relaciones intersubjetivas no precisan de mediaciones institucionales ni de cercanía física. La diferencia del proceso actual respecto de épocas pretéritas, aparte su elevada sofisticación, reside en que esta globalización tiene un perfil profundamente asimétrico: la circulación de activos financieros es rápida y crece de forma exponencial, mientras que los flujos de bienes y servicios son mucho más lentos, y todavía más lenta es la movilidad de las personas como fuerza de trabajo. Antes se desplazaban los trabajadores y detrás corría el dinero, mientras que ahora cada uno marcha a velocidad muy diferente.

El fundamento de esta profunda ruptura política del “consenso keynesiano” reside, como advierte Tony Judt, en una profunda revolución intelectual que acuñó la idea de que “la sociedad no existe, sólo hay individuos y familias” o, dicho de otro modo, que debe ser sustituido el papel vigilante y controlador de los Estados por la eficiencia de los mercados. El “culto a la privatización” viene de lejos, pero su materialización no encontró el caldo de cultivo adecuado hasta los años finales del siglo pasado. La tarea de desmontar los corsés que, según sus promotores, impedían el funcionamiento eficiente de los mercados financieros fue obra conjunta de la presión de instituciones privadas, pero también de la adopción de políticas públicas de expansión del crédito que actuaban como paliativos sociales para sostener la ilusión popular de una situación de bienestar. El resultado fue la transferencia al sector privado de competencias de control y de vigilancia de las actividades y flujos financieros. Fue así como en Estados Unidos se acabó por abolir en 1999 la Glass-Steagall Act, una ley aprobada en los años treinta que prohibía que una entidad financiera pudiese actuar al mismo tiempo como “banco, aseguradora y sociedad de valores”, confusión que se aumentó en 2004 con la atribución a las agencias de calificación o *rating* de competencias sobre el cálculo del *core* capital de los bancos y sus límites de endeudamiento o apalancamiento. A esta política de desmantelamiento de controles sobre los flujos financieros contribuyó de forma muy notable el FMI, cuyo equipo directivo liderado por el francés Michel Camdessus acordó en 1997 que “la liberalización de los flujos de capital es un elemento esencial para un eficiente sistema monetario internacional en esta era de la globalización”. La rectificación del consenso de Bretton Woods estaba en el ánimo no sólo de estas instituciones, sino de gran parte de economistas y *policy makers* de fines del siglo pasado, que se fue imponiendo como dogma en las escuelas de negocios, foros económicos y hasta en las páginas salmón de los periódicos.

Eran medidas en la “dirección equivocada”, según la advertencia de economistas como Paul Krugman, pero el pensamiento económico dominante avalaba la idea de la superioridad de la racionalidad de los actores económicos y la capacidad de autorregulación de los mercados. A fin de cuentas, lo que importaba eran los resultados: la maximización de beneficios medida en la satisfacción de los accionistas de las corporaciones y en la elevada remuneración de sus directivos, mediante salarios blindados, bonus y *stock options.* El camino para una inmensa especulación financiera estaba expedito y los intentos de fijar algunos límites o controles a la circulación de flujos de capital, como los propuestos por la tasa Tobin que promovió desde 1998 el movimiento ATTAC,

no lograron imponerse. Y fue así como, bajo la apariencia de la racionalidad económica, comenzó a fluir un enorme río de especulación y de codicia desbordada —“exuberancia irracional”, como la calificó en 1996 Alan Greenspan—, empaquetada con fórmulas como las hipotecas *subprime* o los productos financieros llamados “derivados”, que fueron la mecha que hizo estallar, a partir de 2007, la recesión económica y el colapso financiero actual.

Esta economía de base especulativa no se desarrolló, en los países occidentales, en el ámbito de la producción de mercancías —que fue deslocalizada hacia lugares de mano de obra barata—, sino que se centró en actividades relacionadas con la construcción inmobiliaria, los seguros y las finanzas. Para sostener esta euforia o “burbuja” era preciso disponer de crédito barato en grandes cantidades y de una confianza ilimitada en el futuro o, dicho de otro modo, en la convicción de que esta oleada especulativa no tenía límites en el tiempo, que el crecimiento de las ganancias era ilimitado. Quizás sea cómodo denunciarlo ahora, pero la verdad es que muchos millones de personas en todo el mundo occidental acreditaron o tuvieron fe —en el sentido clásico de creer en lo que no se ve— en que esta euforia financiera no tendría fin. Hay varias razones que explican este proceso, además de considerar nada despreciable la tendencia al comportamiento de “manada” que caracteriza a la especie humana. La primera tiene que ver con la ausencia de regulación y de control público de estas actividades, que favoreció la adopción de prácticas opacas y arriesgadas por parte de los directivos de las grandes corporaciones financieras, que se hicieron patentes no sólo en la aparición de grandes operaciones de fraude, como el de Bernard Madoff, sino en la constante toma de decisiones basadas en el principio del “riesgo moral” *(moral hazard).* Principio que se basa en la confianza en que, si el riesgo es elevado, alguien —los poderes públicos o los bancos centrales— saldrá al rescate de las empresas y corporaciones que se hallen en dificultades. Esta práctica estimulaba la especulación y la creencia, confirmada ampliamente en los últimos años, de que es verdad el principio de que cuando una corporación económica es demasiado grande se debe evitar su quiebra *(too big to fail).* Ser un gestor económico prudente estaba mal visto, en opinión de la influyente revista *The Economist,* de modo que los estados nacionales se acabaron convirtiendo en apagafuegos de incendios que sólo de forma indirecta habían contribuido a encender.

Pero hay una segunda razón que va más allá de la voracidad de los mercados y las decisiones arriesgadas de los directivos de grandes corporaciones. Según algunos expertos, “hubo un intento orquestado por el gobierno [de Estados

Unidos] de facilitar el crédito a los más pobres” y contribuir de este modo a una “redistribución de las rentas”, esto es, a paliar con el crédito fácil y barato la pérdida de poder adquisitivo de amplios sectores de la población. En realidad, estimular el crédito fácil y barato es la opción que plantea menos resistencia social, porque sus efectos se observan de inmediato y los costes del proceso se traspasan al futuro (Rajan, 2009). Además, si las tasas de inflación, como sucedió en Occidente desde finales del siglo pasado, tienden a descender severamente —de un promedio del 22 por ciento en la década de los setenta han pasado a un 2 por ciento en la primera década de este siglo—, la alternativa es consumir recursos futuros como medio de satisfacer las expectativas presentes. El resultado más evidente fue que primero se endeudaron los gobiernos y, después, lo hicieron los particulares en un círculo poco virtuoso de “keynesianismo privatizado”, según el lúcido análisis de Walter Streek: son los ciudadanos o consumidores y no los gobiernos los que “ceban la bomba” del crecimiento económico y consumen alegremente recursos futuros para disponer de bienestar en el presente. Quizás fue esta voracidad sobre el futuro lo que obnubiló a gestores públicos y privados sobre las enseñanzas de la historia.

Para lograr estos objetivos macroeconómicos, los gobiernos de Estados Unidos y de la Unión Europea apostaron por mantener bajos tipos de interés del dinero, lo que facilitaba el endeudamiento en vez del ahorro, en la creencia de que el aumento de valor nominal o bursátil de las propiedades inmobiliarias o de los fondos de inversión ya cumplía con la ilusión de un enriquecimiento colectivo: “para qué ahorrar, cuando el aumento de valor de tus propiedades ya ahorra por ti”, como advierte Brenner. Y así sucede que los créditos de alto riesgo o *subprime* en Estados Unidos, que se estimaban en 85 mil millones de dólares en 1997, habían alcanzado la cifra de más de 300 mil millones en el periodo 2004-2007. La expansión del crédito hipotecario estaba relacionada con el *boom* de la construcción inmobiliaria pero, sobre todo, con el incremento extraordinario de su valor de mercado. En Estados Unidos, el precio real de la vivienda, manteniéndose en una situación estable o con muy ligera tendencia al alza entre 1953 y 1997, experimentó un aumento del 70 por ciento en los diez años siguientes, provocando a su vez un elevado endeudamiento a largo plazo de las familias. No sólo se gastaba en exceso, sino que se comprometía el bienestar de las generaciones futuras bajo la ilusión de que la omnisciencia de los mercados era capaz de anticipar ese futuro El Dorado: empresas y familias disponían de una riqueza nominal en ascenso, pero no era la productividad de la economía real la que justificaba el aumento de esta riqueza, sino una gigantesca

especulación económica. En suma, lo que se estaba haciendo es consumir futuro en cantidades masivas.

La respuesta de los responsables más directos de la crisis (gobiernos nacionales, bancos centrales o agencias de calificación o *rating)* ha sido poco eficaz o moralmente decepcionante. Aunque algunas entidades financieras, como Lehman Brothers, se han dejado caer, la palabra de moda es rescate, que se aplica tanto a empresas de seguros y bancos, como a economías nacionales, tal es el caso de la Unión Europea con el rescate acordado para países como Irlanda, Grecia y Portugal, en una espiral que todavía no se sabe dónde puede detenerse. En el caso de las empresas privadas, básicamente financieras, los costes de su mala gestión han sido cubiertos por ayudas procedentes del tesoro público, de modo que son los contribuyentes quienes soportan las consecuencias del *moral hazard* con que actuaron los gestores, los organismos reguladores y, desde luego, las agencias de *rating.* Los rescates de países europeos —obligados en parte por la peculiaridad del sistema bancario central, pensado básicamente para combatir la inflación— tienen otras consecuencias al sustanciarse con pautas macroeconómicas que resultan muy parecidas a las que provocaron la euforia especulativa y la crisis, pero sus efectos sociales son mucho más devastadores: crecimiento del desempleo, restricción drástica del consumo y, en definitiva, empobrecimiento generalizado de los países rescatados. En todo caso, a diferencia de lo sucedido en los años treinta del siglo pasado, hay dos pautas de comportamiento novedosas: que los estados han tomado cartas en el asunto y que las responsabilidades se hallan más diluidas, sin que autores de estafas tan monumentales como Bernard Madoff se hayan excusado por ello. No ha sido el único.

Las consecuencias de esta crisis económica comienzan a hacerse evidentes, aunque no está claro cuál será la estación de llegada. Por el momento, baste recordar algunos de sus efectos más directos. En el plano social se hace ahora más patente un proceso que, de forma soterrada, se venía produciendo desde hace décadas: el aumento generalizado de la desigualdad no sólo entre países, sino en el interior de cada país. Si el siglo XX se ha caracterizado por una búsqueda constante de la utopía revolucionaria de la igualdad, logro que el consenso keynesiano o socialdemócrata trató de alcanzar, estos años finales del siglo pasado y los primeros del nuevo milenio están abriendo las puertas a nuevas fracturas sociales y a profundas desigualdades. Los indicadores de esta creciente desigualdad son muchos. Las rentas del trabajo son ahora mucho más desiguales que hace algunas décadas: en 1968, el director ejecutivo de la General

Motors ganaba 66 veces lo que un obrero, mientras que en 2007 el directivo de la multinacional Walmart ganaba 900 veces lo que un empleado de su empresa. Es verdad que la desigualdad que se registra en Estados Unidos no es predicable de muchos otros países europeos, especialmente los escandinavos, donde tanto los salarios como la fiscalidad actúan de garantes de la cohesión social pero, en general, el peso de los salarios en la renta nacional ha bajado varios puntos desde los años ochenta (del 62 por ciento al 54 por ciento en la Unión Europea). También la distancia entre países ricos y pobres se ha agrandado en enormes proporciones y, sobre todo, ha crecido el desempleo: en los países centrales del capitalismo occidental se ha pasado de una tasa de paro promedio del 4 por ciento en los setenta a una del 9 por ciento en el periodo 2000-2010. El paro no ha alcanzado, al menos de momento, las proporciones registradas en los años treinta en Estados Unidos (24,9 por ciento en 1933), pero en países como España se está acercando a esta cifra. En suma, el tren está caminando hacia un valle en el que la desigualdad social será mucho mayor y la movilidad intergeneracional se volverá mucho más difícil de alcanzar.

Un mundo "plano"

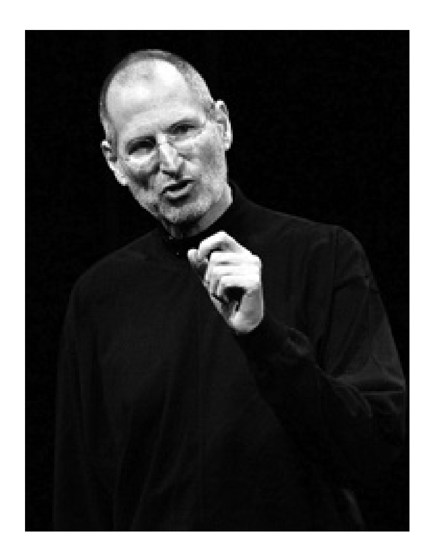
A fines del siglo XVIII el mundo conocido era sólo una pequeña parte del planeta, pero las distancias entre un punto y otro eran enormes. Esto permitía admitir el juego de palabras inspirado en Eric Hobsbawm según el cual se trataba al tiempo de un mundo "grande" en sus distancias y "pequeño" en su dominio efectivo. Era, desde luego, un mundo todavía poco poblado, con algo menos de mil millones de personas como habitantes de todo el planeta. Poco más de dos centurias más tarde, ese mundo se ha transformado tan intensamente que se ha convertido en un hormiguero de gente, con una población siete veces superior que, además, se halla muy desigualmente repartida, básicamente asentada en megaciudades y en regiones próximas a mares y océanos. Ese mundo ya no es ni grande ni pequeño, sino que, en otra metáfora acuñada en 2005 por un editorialista del *New York Times* (Thomas Friedman), se ha convertido en algo "plano", en el que los efectos de la globalización hacen de la superficie terrestre una planicie sin barreras ni límites y en el que las relaciones verticales han sido sustituidas por las horizontales. Sería el complemento necesario para la "sociedad-red" que ha acuñado Manuel Castells o el fundamento de lo que otros autores como Nicholas Carr denominan la

“generación superficial”, quien acuña esta metáfora explicativa del funcionamiento de nuestros cerebros por obra de las nuevas tecnologías, en especial el uso masivo de internet.

Para comprender cabalmente este nuevo mundo abierto a todo tipo de intercambios y relaciones, aparentemente sin obstáculos físicos ni políticos, sólo falta la homogeneidad cultural que sirva de pegamento a los miles de millones que habitan el planeta y que, de algún modo, sustituya las identidades territoriales que han marcado durante siglos la vida de la humanidad. No es previsible que a corto plazo tenga lugar ese barrido de identidades y que el mundo se convierta en el *no-lugar,* en una sucesión de espacios propios de aeropuertos. Pero no es descartable que se esté caminando en esa dirección. La apelación que desde hace algunos años se está haciendo a la llamada “nube” *(cloud computing),* un servicio universal de *software* para ser usado por quien tenga acceso a la red —más de 2 mil millones de personas en 2011, esto es, un 30,5 por ciento de la población mundial— y que actúe además como un inmenso almacén de conocimientos, es algo más que una alternativa entre muchas otras para, al modo de la utopía de Orwell, ejercer el papel de un benéfico pero poderoso *Big Brother.* Quizás sea un modo imperfecto de definir la época en la que estamos viviendo, pero algo indica que las líneas de fuerza del futuro no se hallarán muy lejos de esta imagen del mundo “plano”, sobrevolado por una “nube” y habitado por gentes “superficiales”, aunque extremadamente informadas, que tomamos como referencia para entender la magnitud de los cambios que está experimentando la sociedad actual.

No sería posible hacer ni siquiera un inventario de esos cambios. Pero conviene cerrar esta aproximación histórica a la primera década del tercer milenio con algunas referencias a las consecuencias que estos cambios acontecidos en los últimos años van a provocar en campos como el de la situación económica y el de la gobernanza. Desde luego, las mudanzas que hemos examinado no han nacido en el vacío, sino que son una prolongación de las líneas de fuerza que habíamos analizado a fines del siglo pasado, en una perspectiva analítica de crisis civilizatoria. Esto supone que se debe reiterar algo sobre la periodización histórica. Más que la influencia de la caída del muro de Berlín o de la implosión del socialismo real —hechos políticos importantes, pero de influencia limitada—, cada vez parece más claro el viraje que se produce en la década de los setenta y primeros ochenta, con el cambio de rumbo representado por las políticas neoliberales de Reagan y Thatcher como emblema de toda una época.

STEVE JOBS (1955-2011)



Nacido en la ciudad de San Francisco (EE UU), fue dado en adopción por sus padres biológicos (estudiantes universitarios, un inmigrante sirio y una estadounidense) a un matrimonio de origen armenio de clase media baja. Su infancia transcurre en Palo Alto, donde cursa sus primeros estudios y comienza a familiarizarse con empresas como Hewlett-Packard, en la que trabaja temporalmente. Aunque accede a la educación superior en un centro del estado de Oregón (el Reed College), pronto abandona los estudios reglados, interesándose por asuntos aparentemente más triviales, como la caligrafía, o vivir una intensa experiencia en un largo viaje por la India. Comenzaba allí su legendaria carrera de visionario sin diploma universitario pero con amor al riesgo, obsesión perfeccionista y sed de triunfar.

Su vida profesional comienza a transitar por estos derroteros en 1976, al asociarse con Steve Wozniak y fundar la compañía Apple Computer, en la que fabrican computadoras de uso personal de enorme éxito como el Apple II, que hizo de aquella pareja no sólo unos genios precoces, sino también unos millonarios. Sobre estas bases siguieron innovando en su línea de productos, llegando así al mítico ordenador personal Macintosh, presentado en 1984, pero que no tuvo el éxito comercial esperado, a pesar de las innovaciones que aportaba (uso del ratón, interfaz gráfica de usuario). Esto provocó que abandonara la empresa en 1985, y le obligó a volver a empezar a la edad de treinta años. Lo hizo fundando otra empresa, NeXT Computer, desde la que se introdujo en el sector de la animación, donde desarrolló exitosos productos como *Toy Story*, que acabaron llevándolo al emporio Walt Disney en 1993, donde se convirtió en un accionista importante y en uno de sus directivos.

Diez años más tarde de haber abandonado la empresa que él había contribuido a fundar, Steve Jobs retornaría a Apple cuando ésta adquiere NeXT Computer y, con ella, a quien había sido uno de sus fundadores. Poco tiempo después se convierte en el principal directivo de Apple, cargo en el que permanece hasta su muerte. Durante más de una década, Jobs se convirtió en el icono de la empresa y de la sucesiva gama de productos que comenzó a lanzar en los campos de la computación personal, la reproducción digital y de la telefonía móvil. Ejemplo de estos productos, que forman parte de la vida cotidiana de millones de personas en todo el mundo, son el iPod, un reproductor de audio digital lanzado en 2001; el iPhone, con pantalla táctil, que se comenzó a comercializar en 2007 y el iPad, la versión más avanzada de tableta informática, que permite el acceso a Internet y la lectura de libros y

periódicos en versión digital desde 2010. Jobs había transformado una empresa que fabricaba ordenadores en una gran compañía tecnológica.

El éxito empresarial de Jobs fue indudable, y su empresa alcanzó una capitalización en Bolsa que la situó en 2011 en el número uno del mundo, por delante de empresas energéticas o de comunicación. También fue enorme su repercusión en el campo de la microinformática, por su capacidad para innovar y adaptarse a las necesidades de los consumidores a través de una combinación integrada de *hardware* y *software* y, además, por la audacia y determinación que caracterizaron su vida, que también trasladó al campo comercial de los productos que creaba: “Nuestro trabajo consiste en averiguar qué van a querer [los clientes] antes de que lo sepan”, le confesó al biógrafo Walter Isaacson durante una de sus numerosas conversaciones. Su biografía es incomprensible sin tener en cuenta su condición de visionario y su capacidad para mezclar ciencia y poesía, intuición y saber o, dicho en sus propias palabras a propósito de la presentación del iPad, “siempre hemos tratado de situarnos en la intersección entre la tecnología y las humanidades”.

En el famoso y breve discurso de graduación pronunciado en el campus de Stanford en 2005, resumió su filosofía como empresario y como persona a través de su propia experiencia vital, resumida en tres principios o consejos ofrecidos a un auditorio joven e inteligente: a) hay que estar atento a todo lo que te rodea, porque algún día podrás aprovechar lo que has aprendido, como le sucedió a él mismo asistiendo a clases de caligrafía en el Reed College, que fueron la base del atractivo grafismo de sus productos digitales; b) no se debe sucumbir ante las adversidades: su abandono en 1985 de la empresa Apple, en vez de entristecerlo, fue “lo mejor que me habría podido pasar”, porque lo estimuló a buscar nuevas metas en su trabajo; y c) se debe amar lo que uno hace cada día, como “si ese fuera el último día de tu vida”. El mensaje final que Jobs dio a los estudiantes de Stanford es el resumen de toda su vida: “Sed hambrientos. Sed alocados”.

Su vida fue la de alguien obsesionado por el trabajo y despreocupado por su propia salud. Steve Jobs no temía a la muerte, a la que consideraba un “invento genial”. Pero ésta le alcanzó demasiado pronto, a la edad de cincuenta y seis años, en Palo Alto (California), un lugar mítico de la innovación tecnológica del último tercio del siglo pasado, en el que también comenzó su compañero generacional y gran competidor empresarial, Bill Gates y su empresa Microsoft. El legado que dejó Steve Jobs es inmenso, en el plano empresarial y publicitario, pero también en el campo de las tecnologías digitales. Su obra ha sido comparada con la de eminentes científicos o inventores como Thomas Edison y ha sido considerado ya en vida como el revolucionario (o “gurú”) de la informática, aunque realmente no fue un inventor, sino un “maestro a la hora de combinar las ideas, el arte y la tecnología de formas que inventaban el futuro” (W. Isaacson).

Su verdadera repercusión está en que sus productos lograron la transformación de la vida de millones de personas en todo el mundo, a través de un innovador *software* y de una enorme fidelización de sus usuarios con sus artículos. Muchos de sus productos, desde el ordenador personal a la tableta digital, son el fruto de su obsesión por encontrar soluciones fáciles para las necesidades de los usuarios de material informático. Éste es su gran legado, que está condensado en el icono empleado para identificar a su empresa, inspirado en una canción de los Beatles: una manzana mordida, como metáfora de la pérdida del paraíso, pero también como recordatorio de que la redención por este castigo se logra a través del trabajo y del talento.

Lo sucedido en estos últimos años está muy estrechamente unido a los cambios que entonces se estaban incubando. Lo que hace diez años entendíamos como una expresión de crisis civilizatoria, esto es, de cambio de marcha en la

evolución de la humanidad, actualmente es una tendencia mucho más clara, tanto en lo que se refiere a la globalización económico-financiera como al desarrollo de la sociedad-red y de la comunicación, la consolidación de nuevos polos de referencia de la economía y política mundiales, la mutación de las clases sociales o el peso que tiene el sistema ciencia-tecnología en la transformación de nuestras vidas. Las previsiones del historiador Charles S. Maier, formuladas a fines del siglo pasado, en el sentido de que la historia del mundo estaba caminando en la dirección de separar progresivamente el "espacio de la identidad" y el "espacio de la decisión" se están cumpliendo claramente: la "fidelidad al territorio" fue el núcleo esencial del proceso histórico entre mediados del siglo XIX y el último tercio del siglo XX, pero esa fidelidad se está diluyendo a marchas forzadas, sobre todo a partir del cambio de milenio, en virtud no sólo de la globalización económico-financiera, sino de las oportunidades abiertas por las nuevas tecnologías de la comunicación, que favorecen la deslocalización.

El desarrollo casi exponencial de la oferta por parte de las TIC y el consumo masivo de información por parte de miles de millones de personas en todo el mundo (4.600 millones de teléfonos móviles existían en 2011) está cambiando no sólo los hábitos de consumo, sino las relaciones sociales. El potencial de Internet y la existencia de ese almacén virtual que es la "nube" afectan directamente a nuestras vidas, tanto en lo que respecta a las relaciones humanas y sociales, como en el acceso a la cultura y a la información, a las oportunidades de trabajo y a la propia movilidad social y laboral de la gente. El incremento de usuarios de las redes sociales, de naturaleza interactiva o 2.0, como Facebook (fundado en 2004) o Twitter (2006) ha sido vertiginoso, hasta el punto de que en 2011 la empresa Facebook ha registrado ya unos 500 millones de usuarios. Debido a estas redes y a otras plataformas digitales no sólo han cambiado las formas de relación intersubjetiva, sino que ha sido posible la organización de movimientos populares, generalmente juveniles, como las revueltas árabes o las concentraciones de los "indignados" que, a partir del 15-M (15 de mayo de 2011) en España, se han extendido a muchos otros países. Y esta mutación se ha producido básicamente durante la última década, después de un tiempo de ensayos y tanteo que han permitido efectuar el tránsito, hacia los años noventa del siglo pasado, desde una red de fines militares (Arpanet) hacia una red de uso general como es la actual Internet.

Pero lo más importante a destacar está en la transformación cultural y social que provoca el uso sistemático y ordinario de Internet, que modifica las

relaciones entre las empresas y sus clientes, entre trabajadores y directivos y, desde luego, entre profesores y alumnos, de modo que la distinción entre productores y consumidores se evapora de forma progresiva y casi inadvertida. Es la adaptación del saber actual y de las tecnologías que le son anejas a las necesidades de una sociedad de masas, básicamente alfabetizada en el lenguaje Gutenberg, pero que alcanza su mayor desarrollo mediante la supresión progresiva de los intermediarios y gestores del conocimiento (academias, bibliotecas, editores, universidades…) en su relación con el consumidor final, el usuario o el lector en Internet. Lo que está por ver son las consecuencias que esta verdadera revolución tecnológica pueda producir sobre nuestros cerebros y nuestras formas de conocimiento, como advierten analistas actuales como Nicholas Carr. Pero lo cierto es que las nuevas generaciones de los llamados *nativos digitales* están marcando el rumbo de los comportamientos sociales actuales y, desde luego, del próximo futuro.

En las últimas décadas también se han registrado mutaciones muy relevantes en lo que se refiere a la relación del hombre con la naturaleza y a la evaluación de la salud del planeta azul. Son, en realidad, problemas de largo alcance, como es la cuestión medioambiental y el incesante consumo de energía y de materias primas no renovables, lo que plantea algunos retos que tanto la capacidad tecnológica de la sociedad del futuro como su realismo económico y político habrán de resolver. Dado que el mundo ya es no sólo plano, sino que sus recursos naturales y energéticos se hallan sobreexplotados, es posible pensar que no es sostenible un modelo de crecimiento económico que carece de límites o, dicho de otro modo, que será preciso revisar la idea de que sólo crecer garantiza el futuro. No se puede sostener un progreso ilimitado que sea capaz de satisfacer todas las necesidades en el marco de un planeta que es finito y limitado en sus recursos. La vieja fantasía fáustica, según la cual la técnica lo suple todo, se debe revisar en beneficio de la preservación de un capital “natural” que haga más sustentable la vida del género humano sobre la tierra.

Es evidente, pues, que la acción humana sobre la naturaleza debe ser pensada no en términos de superioridad, como prevenía la tradición bíblica, sino de cooperación y de interacción. Una de las consecuencias de esta intervención humana sobre el planeta es la posibilidad de estar asistiendo a un cambio climático y, por tanto, a una modificación del equilibrio interno de la naturaleza, tanto en relación a su biodiversidad como en relación con la propia especie humana. Aunque éste es un asunto controvertido, en el que combaten posiciones alarmistas con negacionistas, es evidente que tanto las denuncias formuladas por

el movimiento de los Verdes, algunas ONG especializadas o plataformas alentadas por Naciones Unidas (Intergovernmental Panel on Climate Change, IPCC, fundada en 1988), como la campaña lanzada por el político estadounidense Al Gore en su documental *Una verdad incómoda* (2006) han contribuido a colocar esta cuestión en la agenda de los grandes problemas mundiales. La sostenibilidad ambiental está dejando de ser una controversia entre expertos para convertirse en un asunto de decisión política, y pocos problemas pueden influir más en la agenda de la futura gobernanza del mundo que el cambio climático.

La toma de conciencia sobre la cuestión medioambiental es un proceso que, en realidad, arranca de la publicación de sucesivos informes de organismos supranacionales, como el Club de Roma (1972) o el Informe Brundtland (1987), que acuña por primera vez el concepto de desarrollo sostenible, definido como la obligación que tiene la humanidad de “satisfacer las necesidades de las generaciones presentes sin comprometer las posibilidades de las generaciones futuras para atender a sus propias necesidades”. La puesta en marcha de estos principios, avalados inicialmente por organizaciones ecologistas y no gubernamentales, adquirió rango de compromiso por parte de los diversos países a través de sucesivas “cumbres”, como la de Río de Janeiro (1992) o la firma de protocolos (Kioto, 1997), que perseguían limitar la emisión de gases de efecto invernadero por parte de las economías más industrializadas. El acuerdo global no fue posible ni en estas primeras cumbres ni en la última celebrada en Suráfrica (Durban, 2011), pues los principales responsables de estas emisiones (Estados Unidos, Japón, Rusia o Canadá) o no han suscrito nunca estos compromisos o han tratado de minimizar su cumplimiento, mientras que las economías emergentes y altamente contaminantes, como China, alegan en su defensa que no pueden aceptar limitaciones a su crecimiento que los países más adelantados no adoptaron en su día. A esta dificultad para fijar unos límites mínimos sobre la contaminación medioambiental —que, en cierto modo, presenta analogías con la no aplicación de una tasa a las transacciones financieras— se agrega el consumo creciente de energías de origen fósil y los problemas surgidos en torno a la energía nuclear con accidentes como el de la central japonesa de Fukushima en marzo de 2011, lo que obliga a pensar en soluciones alternativas, como la variedad de energías renovables, que se desarrollan muy lentamente o que tardarán todavía muchos años en ser operativas.

La deriva maltusiana de la demografía mundial, con una previsión de 9.200

millones de habitantes para el 2050, y la necesidad de disponer de reservas alimenticias para sostener tal eclosión demográfica, traen a un primer plano problemas como el control de la tierra —como espacio útil para producir alimentos— y, sobre todo, el uso de las reservas de agua dulce, lo que se está convirtiendo en uno de los grandes problemas para el futuro, todo ello acelerado por el incremento del precio mundial de alimentos a partir de 2007-2008. La adquisición o el control mediante arriendos a largo plazo *(land grabbing)* de enormes extensiones de tierra para fines agrícolas (especialmente, para la producción de los cuatro cereales básicos para la nutrición humana: trigo, maíz, arroz y soja) es, actualmente, una de las prácticas más comunes de grandes empresas y fondos de inversión, que han tomado posiciones en diversos países de América del Sur (Argentina, Brasil, Perú) y, sobre todo, en el África subsahariana. Por otra parte, uno de los países más activos en esta política de *land grabbing* es China, dada la elevada demanda de productos alimenticios de una población urbana e industrial que recuerda vagamente la estrategia del Imperio británico de fines del siglo XIX. Más allá de lo que supone como acaparamiento de tierras y adquisición de reservas futuras, estas prácticas también se benefician de una imprecisa protección jurídica de los derechos de los campesinos y de los pueblos indígenas. Sólo durante el año 2009 se calcula que estas operaciones de control de tierras han afectado a 45 millones de hectáreas, la mayor parte en África, lo que explica que algunos países como Brasil o Argentina hayan adoptado, a fines de 2011, medidas legales para restringir estas transacciones masivas de tierras y preservar el valor estratégico de su capacidad exportadora de productos alimenticios.

Detrás de este interés por acumular grandes extensiones de tierras está no sólo la producción de cereales, sino el control de reservas de agua, un bien esencial para la agricultura de regadío, pero también para la producción de energía y, desde luego, para el consumo doméstico, no siempre garantizado en algunas de las megaciudades mundiales. El consumo de recursos acuíferos subterráneos en regiones desérticas como Arabia Saudí o el agotamiento del caudal de algunos lagos y mares interiores, como el de Aral, muestra que es posible que la escasez del agua dulce sea uno de los mayores problemas del futuro, lo que obligará a recurrir de forma sistemática al recurso del agua del mar, mediante una masiva y más barata desalación. Por otra parte, el aprovechamiento de los cauces fluviales para construir grandes presas está modificando la vida de millones de personas, desde India o China hasta Brasil o gran parte de África, al tiempo que acentúa el proceso de privatización del agua. Algunos conflictos potenciales que se

registran en el mundo actual, desde Cachemira o el Tíbet hasta Israel, están relacionados con el control de los recursos hídricos de la región. Y lo que es más grave, la construcción de algunas grandes presas, como las previstas en ríos como el Congo o el Mekong, supone desposeer a millones de ribereños en favor de consumidores de energía eléctrica situados a miles de kilómetros de distancia.

Con independencia de la solución que en los próximos años se le pueda dar a estos grandes retos, hay un problema que la actual recesión económica ha puesto sobre el tapete: la relación entre crisis económica y salud de los regímenes democráticos. Es evidente que esa crisis económica afecta de modo especial —y sin que necesariamente haya una relación de causa-efecto— a las democracias occidentales y a su modelo de Estado de bienestar forjado en la época dorada de los "treinta años gloriosos" que siguieron al término de la II Guerra Mundial, lo que invita a pensar en perspectiva histórica cuál es la situación en la que estamos y cuáles son las razones que, también en el plano de la política y de la gobernanza, parecen privilegiar al mercado y los actores económicos por encima del papel clásico de los políticos como representantes de la voluntad popular. Cuestión ardua que presenta muchas caras, de las que aquí únicamente se podrá ofrecer un enfoque muy sumario, básicamente aplicable sólo a los países occidentales que son, por lo demás, los más duramente puestos en causa por la actual recesión económica.

Comenzaremos por lo más evidente, que es indagar las razones históricas que han conducido a esta crisis del "capitalismo democrático" o de las relaciones entre mercado y democracia. En términos generales se ha producido una gran mutación histórica que, al igual que en el campo de la política económica, supone la revisión de todo el consenso surgido del pacto entre el capital y el trabajo forjado en las trincheras de la II Guerra Mundial y avalado por las políticas de reconstrucción diseñadas a partir de 1945. Ese pacto concedía a la clase obrera, a través de sindicatos y partidos socialdemócratas, una enorme capacidad de presión sobre las políticas económicas y sociales de los estados nacionales, que construyeron por esta vía las bases del actual Estado de bienestar o *Welfare State*. Esta quiebra de la capacidad redistributiva abrió la espita a dos consecuencias que son fácilmente comprobables: a) que la tendencia a la igualdad social ha comenzando a invertirse desde los años setenta del siglo pasado, alcanzando actualmente niveles de máxima divergencia y b) que los sistemas de gobernanza heredados de la época dorada de la democracia de masas, con los estados-nación en el centro, han sufrido una evidente erosión, tanto por la aparición de instancias supranacionales, al modo de la Unión

Europea, como por el desplazamiento de la decisión política en última instancia hacia instituciones y actores cuya legitimidad no deriva directamente de la voluntad popular, ya sean grandes empresas o instituciones de gobierno económico (bancos centrales, FMI). A la pregunta de "quién va al volante" formulada en su día por el sociólogo británico Anthony Giddens, la respuesta actual es que cada vez se ve a los políticos más agobiados ante los cambios de la voluntad popular y que, en el horizonte, comienzan a aparecer cada vez con más fuerza técnicos o gestores, muchos de ellos formados en las grandes corporaciones financieras, como titulares de los gobiernos. De hecho, las respuestas políticas de los electores europeos ante la crisis no hacen sino debilitar la posición de los dirigentes políticos y de sus estructuras partidarias, que tienden a perder las elecciones de forma sistemática cuando las convocan como gobernantes. También aquí se advierte alguna analogía con la crisis política de los años treinta —desprestigio de la política y del parlamentarismo, incremento del populismo—, con la diferencia de que no tienen ya cabida los militares como "columnas vertebrales" de las naciones.

Una de las razones que está en la base de esta crisis de la democracia capitalista y del Estado de bienestar es la misma que explica la gran recesión económica actual. Fue el progresivo desmantelamiento de los mecanismos de regulación y control de las actividades financieras lo que obligó a revisar las políticas económicas y monetarias implementadas por la mayoría de los estados occidentales desde los años ochenta del siglo pasado. Frente al viejo recurso de la inflación como mecanismo para compensar las debilidades del trabajo y castigar al capital, que favorecía la negociación colectiva y aspiraba al pleno empleo, desde los años ochenta y noventa se fueron imponiendo políticas monetarias más restrictivas que dieron lugar a procesos de endeudamiento tanto públicos como privados que modificaron cualitativamente las relaciones entre el capital y el trabajo y, como consecuencia, también la capacidad de intermediación de los gobiernos nacionales. Si en las décadas de entreguerras se combatía las democracias parlamentarias porque no eran capaces de dar satisfacción a las demandas de las clases trabajadoras por parte de unos estados nacionales que disponían de pocos recursos, la situación actual repite aquella incapacidad de los gobiernos, pero con un matiz importante. La diferencia de la situación actual respecto de la de entreguerras estriba en que ahora se está haciendo el camino de vuelta. Es el propio Estado de bienestar y su modelo de concertación social laboriosamente construido durante décadas lo que está puesto en causa, en gran parte debido al propio proceso de globalización

económica y a las profundas mudanzas ocurridas: deslocalización industrial en busca de salarios más bajos, terciarización de la población ocupada y debilitamiento de la capacidad de presión de la clase obrera a favor de una constante redistribución de la riqueza. Tanto la socialdemocracia como modelo político, como el propio Estado de bienestar que era expresión de aquel pacto entre capital y trabajo, han visto reducido de forma progresiva su espacio para actuar en la esfera pública.

La recesión económica ha provocado también mutaciones considerables en el ámbito de la política que, sin embargo, no sabemos muy bien en qué dirección irán en el futuro. Desde luego, cuando se interroga a algún científico social reputado, como el historiador Eric Hobsbawm (entrevista en *The Guardian*, 2011), sobre qué pasará en el inmediato futuro, la respuesta es un concreto “no sé”, aunque abriga la esperanza de que no triunfe ni el mercado puro ni la democracia liberal en su versión más individualista. Dicho de otro modo, una mezcla de control y libertad, de público y privado. Otro científico social, menos reputado pero más atrevido, el economista Dani Rodrik, ensaya en su último libro, sobre las paradojas de la globalización y su relación con la política, una respuesta que, aunque algo alambicada y puramente académica, permite formarse alguna idea sobre el lugar donde estamos y qué se puede hacer en el futuro. Este autor lo denomina *trilema* y, en rigor, es aplicable básicamente al mundo occidental. Se trata de tres grandes actores que, en la práctica, han de actuar por parejas, de modo que el “trilema” se convierta en un dilema entre pares. Los actores son el estado-nación como espacio territorial, la democracia como sistema político, y la globalización como ámbito económico. Su tesis central es que estos tres actores no pueden convivir al mismo tiempo y que es preciso hacer una elección de dos de los tres, lo que daría lugar a tres escenarios en el que uno de ellos saldría debilitado o derrotado. El estado nacional sería el perjudicado, en el caso de triunfar la globalización con un sistema democrático de dimensión transnacional y de carácter federal, cuyo mejor ejemplo puede ser la Unión Europea. La globalización se debilitaría si se aliasen los estados-nación con la democracia, lo que supondría fijar límites precisos a los movimientos de capital y una ventaja para los derechos sociales de los miembros de cada uno de los estados, que podrían de este modo ejercer con mayor fuerza su presión sobre el capital. Y, en el tercer supuesto, la democracia flaquearía notablemente si el estado-nación se somete a las pautas de la globalización, imponiendo los criterios de los mercados y un modelo de administración pública austera y reducida, sin apenas cargas sociales.

Lo que nos va a deparar el inmediato futuro es, de todas formas, más incierto que en coyunturas históricas previas que presentan ciertas analogías con la situación actual. La magnitud de las relaciones establecidas entre todo el planeta, la dimensión de las comunicaciones a través de la red, la disparidad entre el ámbito local de las formas de gobierno y el ámbito planetario de las transacciones financieras, entre otras características del mundo actual, son argumentos poderosos para pensar que las soluciones para esta crisis, además de audaces y complejas, habrán de ser globales. Y no parece que estén todavía en el horizonte las herramientas precisas para acometer esta verdadera revolución. Si dejamos el futuro y retornamos al campo de la experiencia histórica, quizás aparezca alguna luz. Y esta experiencia dice que toda gran crisis se lleva por delante alguno de los principios básicos del momento histórico en que se produce. La Gran Depresión de fines del siglo XIX supuso, a juicio del historiador alemán Hans Rosenberg, "el descrédito del liberalismo", en el sentido de repudio del librecambismo y de la afirmación de los procesos de nacionalización de las poblaciones europeas, que reaccionaron de este modo a los retos de la primera gran oleada globalizadora de fines del siglo XIX. En suma, un triunfo del estado-nación y del proteccionismo que, además, sería revalidado por la fuerza de los cañones en la I Guerra Mundial. La crisis del 29 y su corolario de la Gran Depresión de los años treinta afectó de forma directa a la incipiente democracia liberal que surgió de los escombros de la primera gran guerra y dio alas a lo que Hobsbawm calificó de "edad de los extremos", protagonizados por los totalitarismos de derecha y de izquierda, que parcialmente se enfrentaron durante la II Guerra Mundial. El final de ésta reforzó de nuevo los estados-nación, pero con un gran pacto entre el capital y el trabajo que originó los Estados de bienestar y consolidó la democracia como sistema político hegemónico en el mundo occidental.

Parecería que esta situación podría resistir los efectos de una segunda y más fuerte oleada globalizadora que se desencadenó desde los años ochenta del siglo pasado. Pero llegó la actual gran recesión que hunde sus raíces en aquellos virajes económicos y políticos, para la que no acaban de diseñarse respuestas eficaces que, probablemente, tarden aún algún tiempo en aparecer. Si descartamos como alternativa, por razones que afectan a la propia viabilidad de la humanidad, una guerra mundial, parece evidente que de los tres principios o actores enunciados por Dani Rodrik, los que de momento se mantienen más indemnes en el panorama mundial son los estados-nación y la propia globalización, mientras que la calidad de la democracia política está siendo

puesta en causa de una forma sistemática allí donde ha triunfado o retrocede en otros lugares, aquejada por la demagogia, el populismo o el autoritarismo. ¿Será de nuevo la hora de los estados nacionales —como en la crisis de fines del siglo XIX— o se abrirán nuevas formas de gobernanza "multinivel" compatibles con la democracia como sistema político y con un mundo globalizado, en un modelo de "capitalismo 3.0", con dos potencias de referencia como Estados Unidos de América y China? A un libro de historia no le compete anticipar el futuro, aunque no esté de más formularse estas preguntas para hacer más inteligible el presente.

Cronología

	Economía y sociedad	Política	Ciencia y cultura
1900		Revuelta de los bóxers en China contra la presencia extranjera. Las embajadas extranjeras en Pekín, asediadas durante 55 días.	Sigmund Freud publica *La interpretación de los sueños.* El físico alemán Max Planck descubre los cuantos.
1901	Fundación de la compañía U.S. Steel, por el financiero norteamericano J. P. Morgan.	Muerte de la reina Victoria de Inglaterra, que había accedido al trono en 1837.	
1903		Cesión a EE UU de la zona del canal de Panamá.	
1904		Guerra ruso-japonesa. Firma de la alianza o *Entente cordiale* entre Francia e Inglaterra.	
1905		"Domingo sangriento" en San Petersburgo, que constituye la primera etapa de la Revolución Rusa.	Albert Einstein publica su trabajo sobre la teoría especial de la relatividad.

	Economía y sociedad	Política	Ciencia y cultura
1906	Terremoto en San Francisco, que destruye la ciudad.	Fundación del Partido Laborista en Inglaterra. Rehabilitación del militar francés Alfred Dreyfus, acusado en 1894 de alta traición. Fundación de la Liga Musulmana en la India, dirigida por Ali Jinnah.	Gran Bretaña bota al mar el *Dreadnought*, el primer gran acorazado moderno. El lingüista Ferdinand de Saussure publica su *Curso de lingüística general*.
1907			Pablo Picasso pinta el cuadro *Las señoritas de Avignó*. Exposición de pintura cubista en París.
1908		Anexión de Bosnia-Herzegovina a la Corona de Austria.	
1909	Sale de la fábrica de Henry Ford en Detroit el primer modelo Ford T. ejemplo de producción masiva, luego conocida como "fordista".		El norteamericano Peary llega al polo Norte.
1910		Caída de la monarquía y proclamación de la República en Portugal. Inicio de la revolución en México.	

	Economía y sociedad	Política	Ciencia y cultura
1911	Legislación anti-trust en EE UU, que obliga a la partición de la empresa petrolera "Standard Oil Company", propiedad de la familia Rockefeller.	Crisis de Agadir o segunda crisis marroquí, entre Alemania y Francia.	La investigadora de origen polaco, Marie Curie, establecida en Francia, recibe el Premio Nobel de Química. Roald Amundsen llega al polo Sur.
1912	Hundimiento del *Titanic,* después de haber chocado contra un iceberg en el Atlántico Norte. Fundación de la cadena de grandes almacenes americanos Woolworth.	Abdicación del último emperador de China, Pu-Yi. Guerra en los Balcanes contra el dominio otomano. El demócrata Woodrow Wilson, elegido presidente de EE UU.	
1913	Año en el que se produce la mayor emigración desde Europa hacia América.		Marcel Proust inicia la publicación de su obra *En busca del tiempo perdido.* Igor Stravinski compone *La consagración de la primavera.*
1914	Apertura del canal de Panamá.	Asesinato de Francisco Fernando de Austria en Sarajevo. Estalla la I Guerra Mundial tras el ultimátum de Austria a Serbia.	

	Economía y sociedad	Política	Ciencia y cultura
1915		Acuerdo secreto Sykes-Picot para el reparto entre Francia e Inglaterra de la región del Oriente Medio.	Einstein publica su trabajo sobre la teoría general de la relatividad.
1916		Sublevación de Semana Santa en Dublín, contra la dominación británica. Batallas de Verdún y la Somme, con pérdidas de cerca de dos millones de muertos.	
1917		Revolución en Rusia y abdicación del zar (febrero-marzo). Revolución soviética (octubre), dirigida por Lenin, quien había retornado en abril de su exilio en Suiza. Entrada de EE UU en la guerra. Declaración Balfour, en la que se reconoce la posibilidad de crear en Palestina un "hogar nacional para los judíos".	

	Economía y sociedad	Política	Ciencia y cultura
1918	Epidemia conocida como la “gripe española”.	Tratado de Brest-Litovsk entre Rusia y las potencias centrales. Fin de la I Guerra Mundial. Armisticio de Rethondes. Abdicación del *kaiser* Guillermo II y proclamación de la República en Alemania.	El físico alemán Max Planck, descubridor de la teoría cuántica, recibe el Premio Nobel de Física.
1919		Revolución espartaquista en Berlín, dirigida por Liebknecht y Rosa Luxemburgo. Repúblicas populares en Baviera y Hungría. Tratado de Versalles, primero de los cinco tratados de paz. Masacre de Amritsar en la región del Punjab, en India, que acelera las reivindicaciones de independencia del país. Fundación de la III Internacional o Komintern, en Moscú. Mussolini funda los *Fasci di combattimento.* Constitución de Weimar, en Alemania.	El economista británico John M. Keynes publica el libro *Las consecuencias económicas de la paz.* El arquitecto alemán Walter Gropius funda el movimiento Bauhaus, en la ciudad de Weimar.

	Economía y sociedad	Política	Ciencia y cultura
1920		Creación de la Sociedad de Naciones, con sede en la ciudad suiza de Ginebra. El Senado de EE UU rechaza formar parte de la misma.	
1921	Comienzo de la Nueva Política Económica (NEP) en la URSS.	Creación del estado libre de Irlanda, por el que se dividía la isla, lo que provoca una guerra civil. Conferencia naval en Washington, que concede a EE UU la paridad naval con Gran Bretaña y frena el avance de Japón en el Pacífico. Fundación de los partidos comunistas en Francia, Italia y España.	Einstein, premio Nobel de Física.
1922		Independencia de Egipto, bajo el rey Fuad, que pone fin al protectorado británico sobre Egipto, salvo el canal de Suez. Marcha sobre Roma de los fascistas italianos, que lleva a Mussolini al gobierno.	James Joyce publica la novela *Ulises*. Descubrimiento de la tumba de Tutankamon. Se publica, como obra póstuma, *Economía y Sociedad*, del sociólogo alemán Max Weber.

	Economía y sociedad	Política	Ciencia y cultura
1923	Hiperinflación en Alemania; un billete de tranvía llegó a costar 50.000 marcos.	Ocupación de Renania por Francia *Putsch* de Ludendorff y Hitler en Múnich. Creación de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). Golpe de Estado de Primo de Rivera en España.	
1924	Plan Dawes para solucionar el pago de las deudas de guerra de Alemania. Aprobación, en EE UU de la *Immigration Restriction Act*, por la que se establecían cupos para la entrada de inmigrantes.	Muerte de Lenin. El laborista Ramsay MacDonald accede al gobierno en Gran Bretaña.	La empresa alemana Zenith comercializa aparatos de radios portátiles. Thomas Mann publica su novela *La montaña mágica.* Nacen las productoras de cine Metro Goldwin Mayer y Columbia.
1925	Gran Bretaña reinstaura el patrón-oro *(Gold Exchange Standard).*	Conferencia de Locarno, que establece las fronteras occidentales de Alemania y facilita su entrada en la Sociedad de Naciones.	El físico alemán Werner Heisenberg formula su teoría de la incertidumbre. El cineasta ruso Eisenstein estrena *El acorazado Potemkin.* El novelista norteamericano John Dos Passos publica *Manhattan Transfer*.

	Economía y sociedad	Política	Ciencia y cultura
1926	Huelga general en Gran Bretaña, convocada por las *Trade Unions*.	Golpe militar en Portugal, que inicia el régimen autoritario definido en 1933 como *Estado novo* por Oliveira Salazar.	
1927	Los activistas Sacco y Vanzetti, ejecutados en la silla eléctrica en EE UU.	Expulsión de Trotski del PCUS.	Lindbergh realiza la primera travesía en avión sobre el Atlántico, sin escalas. Comienzo del cine sonoro.
1928	Primer Plan Quinquenal lanzado por Stalin en la URSS.	Chang Kai-shek llega a la presidencia de China. Pacto Briand-Kellog de renuncia a la guerra, suscrito por más de cincuenta países.	El médico inglés Alexander Fleming descubre la penicilina. El arquitecto francés Le Corbusier diseña la casa *Villa Saboya* en Poissy, Francia.
1929	Plan Young para las reparaciones de guerra alemanas. Matanza de San Valentín en Chicago. Al Capone, jefe del hampa. Crack de la bolsa en Nueva York, en el mes de octubre.	Pacto de Letrán entre Mussolini y el papa Pío XI, por el que se reconoce el estado vaticano.	El novelista americano Ernest Hemingway publica su novela *Adiós a las armas*.

	Economía y sociedad	Política	Ciencia y cultura
1930	En EE UU el paro alcanza la cifra de más de cuatro millones.	Marcha contra el impuesto de la sal, dirigida por Gandhi en India. El Partido Nazi, segundo grupo del *Reichstag* alemán, pasa de 12 a 107 diputados.	El filósofo español José Ortega y Gasset recoge sus artículos sobre *La rebelión de las masas* en un libro con ese título.
1931	Gran Bretaña abandona el patrón-oro. Quiebra de bancos en Alemania y Austria, como consecuencia de la repatriación de capitales hacia EE UU.	Proclamación de la II República española.	
1932	Seis millones de parados en Alemania. En EE UU la cifra de parados llega a casi doce millones.	Franklin D. Roosevelt, elegido presidente de EE UU. Manchuria, bajo protectorado de Japón. Oliveira Salazar, presidente del consejo de ministros de Portugal.	
1933	Comienza el programa del New Deal, impulsado por Roosevelt. Creación del *Istituto per la Ricostruzione Industriale* (IRI) por el régimen de Mussolini.	Adolf Hitler es nombrado canciller alemán y liquida la República de Weimar. Segundo Plan Quinquenal en la URSS.	

	Economía y sociedad	Política	Ciencia y cultura
		Conferencia panamericana de Montevideo, que fija la política de la "buena vecindad" de EE UU con las repúblicas latinoamericanas.	
1934		"Noche de los cuchillos largos" en Alemania, en la que son aniquiladas las SA dirigidas por Ernest Rõhm. Asesinato del canciller Dollfuss en Austria, después de un *putsch* fracasado de los nazis. La URSS ingresa en la Sociedad de Naciones. Lázaro Cárdenas, presidente de México. Comienzo de la "Larga Marcha" en China, dirigida por Mao Zedong. Revolución en Brasil, que lleva al poder a Getulio Vargas.	
1935		VII Congreso de la Komintern, que fija la estrategia de los Frentes populares.	

	Economía y sociedad	Política	Ciencia y cultura
1936	Acuerdos de Matignon en Francia, que establecen la semana laboral de 40 horas y las vacaciones pagadas de quince días. Apertura del puente *Golden Gate*, en la bahía de San Francisco. XI Olimpiada de Verano en Berlín. El atleta negro Owen gana cuatro medallas de oro.	Golpe de Estado y estallido de la Guerra Civil en España. Anexión de Etiopía a Italia. Aprobación de una nueva Constitución política en la URSS.	Keynes publica su obra capital, *Teoría general sobre el empleo, el interés y el dinero.* El cineasta Charles Chaplin presenta el filme *Tiempos modernos.* El arquitecto norteamericano Frank Lloyd Wright diseña *La casa de la cascada*, en Pensilvania.
1937		Bombardeo de Guernica por la aviación alemana. Constitución de Irlanda, que proclama la República del Eire. Invasión de China por Japón.	Pablo Picasso pinta el cuadro *Guernica*, para el Pabellón de la República en París.
1938		Anexión *(Anschluss)* de Austria a Alemania. Conferencia de Múnich, en la que Francia e Inglaterra aceptan la anexión de la región checa de los Sudetes por parte de Hitler, dentro de la política de "apaciguamiento" practicada por las democracias occidentales.	El físico alemán Otto Hahn logra la fisión del uranio 235.

	Economía y sociedad	Política	Ciencia y cultura
1939		Triunfo de Franco en la Guerra Civil española. Pacto germano-soviético, firmado en Moscú por Molotov y Von Ribbentrop, una semana antes de la invasión de Polonia por el III Reich. Comienzo de la II Guerra Mundial.	Éxito arrollador de la película *Lo que el viento se llevó.*
1940	Salen al mercado en EE UU las medias de nailon.	Guerra "relámpago" en Europa. Alemania invade Dinamarca, Noruega, los Países Bajos y Francia. Comienza la "batalla de Inglaterra". Firma del tratado del Eje, entre Alemania, Italia y Japón. Trotski es asesinado en México por un sicario de Stalin, el español Ramón Mercader.	El novelista americano Ernest Hemingway publica *Por quién doblan las campanas* y el cineasta británico Alfred Hitchcock rueda la película *Rebeca.*
1941		Invasión de la URSS por las tropas alemanas. Carta del Atlántico, firmada por Churchill y Roosevelt, que es el origen de la futura ONU.	El cineasta Orson Welles presenta la película *Ciudadano Kane.*

	Economía y sociedad	Política	Ciencia y cultura
		Ataque japonés sobre la base naval americana de Pearl Harbor (islas Hawai), que acelera la entrada de EE UU en la guerra.	
1942	Presentación del "Informe Beveridge" en Inglaterra, origen doctrinal del Estado de bienestar.	Movimiento antibritánico en India, en torno al eslogan *Quit India* (Abandonad India), dirigido por el Partido del Congreso. Primeras grandes batallas perdidas por las potencias del Eje: Midway y Guadalcanal (Pacífico) y El Alamein (África del Norte).	El físico italiano Enrico Fermi logra la primera reacción atómica en cadena. Creación por el presidente Roosevelt del "Proyecto Manhattan" para el desarrollo de la energía atómica con fines militares.
1943		Derrota del ejército alemán en Stalingrado. Conferencia de Casablanca entre Roosevelt y Churchill, que fija como objetivo aliado la rendición incondicional de las potencias del Eje. Desembarco aliado en Sicilia y derrocamiento del régimen fascista de Mussolini.	El filósofo francés Jean-Paul Sartre publica *El ser y la nada*, base de la corriente existencialista.

	Economía y sociedad	Política	Ciencia y cultura
		Conferencia de Teherán, entre Roosevelt, Churchill y Stalin, que fija las futuras condiciones de paz en Europa.	
1944	Conferencia de Bretton Woods, que establece las bases del sistema monetario internacional y crea los principales organismos económicos de la posguerra (FMI, Banco Mundial).	Desembarco aliado en Normandía y liberación de Francia. Atentado frustrado contra Hitler.	
1945		Conferencia de Yalta entre Roosevelt, Churchill y Stalin, en la que se fija definitivamente la posición de las grandes potencias sobre el futuro de Alemania y de Europa oriental. Muerte de Roosevelt, sucedido por el vicepresidente Truman. Fin de la guerra en Europa (mayo) Conferencia de San Francisco, donde se redacta la Carta de la Organización de las Naciones Unidas (ONU).	Explosión atómica experimental en Alamogordo (Nuevo México).

	Economía y sociedad	Política	Ciencia y cultura
		Conferencia de Potsdam, que organiza la posguerra en Europa. Lanzamiento de dos bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki (agosto). Rendición de Japón y final de la Guerra Mundial.	
1946		Juicio de Núremberg, que juzga a los dirigentes nazis como reos de crímenes contra la humanidad. Comienzo de la guerra de Indochina contra la ocupación francesa. Elección de Perón como presidente en Argentina.	El cineasta Roberto Rosellini rueda el filme *Roma, città aperta*, base del neorrealismo italiano. Fabricación por IBM del primer ordenador electrónico.
1947		Independencia de India y partición de la misma en los Estados de India y Pakistán. Los partidos comunistas de Francia e Italia son apartados de los gobiernos de sus países. Guerra civil en Grecia, que acelera el estallido de la guerra fría y la fijación de la "doctrina Truman".	

	Economía y sociedad	Política	Ciencia y cultura
1948	Creación de la OECE y aplicación del Plan Marshall para la reconstrucción económica de Europa occidental. España queda fuera del mismo.	Asesinato de Gandhi. Creación del estado de Israel y primera guerra árabe-israelí. Bloqueo de Berlín y partición de Alemania.	La Asamblea general de la ONU aprueba la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Invención del transistor, en los laboratorios Bell (Nueva Jersey), por los físicos Bardeen, Brattain y Shockley.
1949	Creación del COMECON por la URSS y países aliados de Europa oriental.	Independencia de Indonesia. Creación de la República Federal Alemana y la República Democrática Alemana. Creación de la OTAN, entre EE UU y los principales países de Europa occidental. Proclamación por Mao Zedong de la República Popular China. Creación del Consejo de Europa.	Los soviéticos logran su primera bomba atómica. La francesa Simone de Beauvoir publica *El segundo sexo.*
1950	Campaña del senador McCarthy en EE UU contra funcionarios y artistas sospechosos de ideología comunista.	Comienzo de la guerra de Corea.	

	Economía y sociedad	Política	Ciencia y cultura
1951	Nacionalización de la industria petrolera en el Irán, por parte del primer ministro Muhammad Musaddaq. Constitución en París de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA).	Destitución del general MacArthur como jefe de las tropas norteamericanas en Corea.	
1952		Muerte del rey inglés Jorge VI, a quien sucede su hija Isabel II. Elección del general Eisenhower como presidente de EE UU. Golpe de Estado militar en Egipto contra el rey Faruk. Revolución en Bolivia, dirigida por Víctor Paz Estensoro.	Gran Bretaña anuncia que posee la bomba atómica. EE UU ensaya la bomba de hidrógeno (bomba H). La URSS lo hará al año siguiente. El filósofo Herbert Marcuse publica *Eros y civilización*.
1953		Muerte de Stalin, líder de la URSS durante casi tres décadas. Le sustituye en la dirección del PCUS, algunos meses más tarde, Nikita Jruschov.	

	Economía y sociedad	Política	Ciencia y cultura
1954	El Tribunal Supremo de EE UU declara, a propósito del caso Brown (Topeka, Kansas), que es inconstitucional la segregación racial en los centros educativos públicos.	Derrota del ejército francés en Indochina (Dien Bien Phu). Acuerdos de Ginebra, por los que Vietnam queda dividido en dos estados. Creación en Manila de la SEATO (Organización del Tratado del sureste Asiático). Comienzo de las actividades del FLN argelino contra la administración colonial francesa.	
1955		La República Federal de Alemania (RFA) se incorpora a la OTAN. Creación del Pacto de Varsovia, como alianza militar de los países del bloque soviético. Caída del poder del general Perón. Conferencia de Bandung, en la que los países del llamado Tercer Mundo se constituyen en una tercera vía de la diplomacia mundial.	

	Economía y sociedad	Política	Ciencia y cultura
1956		Informe de Jruschov ante el XX Congreso del PCUS, que abre el proceso de "desestalinización" de la URSS. Nacionalización del canal de Suez, lo que provoca la guerra de Egipto con Israel, Francia e Inglaterra. Insurrección húngara en Budapest, reprimida por el ejército soviético.	
1957		Tratado de Roma, por el que se crea la CEE y el EURATOM. Martin Luther King crea la "Conferencia de Líderes Cristianos del Sur". Batalla de Argel entre el FLN argelino y las tropas francesas. Independencia de Costa de Oro, denominada a partir de entonces Ghana.	Lanzamiento por parte de la URSS del Sputnik, primer satélite espacial.
1958	El economista americano John Kenneth Galbraith publica su influyente libro *La sociedad opulenta.*	Llegada al poder en Francia del general De Gaulle, que promulga una nueva Constitución, por la que se crea la V República.	El noble italiano Giuseppe Tommasso di Lampedusa publica su novela, luego llevada al cine por Visconti, *Il gattopardo.*

	Economía y sociedad	Política	Ciencia y cultura
		Muerte del papa Pío XII y elección de Juan XXIII. Comienza en la China de Mao la política del “gran salto adelante”. Constitución de la República Árabe Unida (RAU) entre Egipto y Siria, bajo la dirección de Nasser.	Creación en EE UU de la agencia espacial NASA.
1959		Entrada de Fidel Castro en La Habana, que inicia la revolución cubana. El papa Juan XXIII convoca el Concilio Vaticano II. Congreso del PSD alemán en Bad Godesberg, en el que abandona su ideario marxista. Constitución de la EFTA, asociación de libre comercio europea, liderada por Gran Bretaña.	El cineasta francés Godard inicia, con la película *Al final de la escapada*, la corriente conocida como la *nouvelle vague*. El bioquímico español Severo Ochoa es galadardonado con el Premio Nobel de Medicina, por sus descubrimientos del ADN.
1960	Se constituye en Liverpool el grupo musical The Beatles.	Año de la descolonización de gran parte de los países africanos. La independencia del Congo belga desemboca en una guerra civil, que dura varios años.	El cineasta italiano Fellini rueda *La dolce vita*, crónica del “milagro económico” de la posguerra.

	Economía y sociedad	Política	Ciencia y cultura
		Creación de la OPEP, formada por Venezuela y varios países del Próximo Oriente. John F. Kennedy, elegido presidente de EE UU.	
1961		Construcción del muro de Berlín, por parte de la Alemania oriental. Ruptura de relaciones entre Cuba y EE UU y entre la URSS y China. Constitución de la Alianza para el Progreso, bajo la égida de EE UU. Conflicto en Goa, entre India y Portugal.	El soviético Yuri Gagarin realiza, por primera vez, una viaje espacial alrededor de la Tierra.
1962		Acuerdos de Evian, por los que Francia reconoce la independencia de Argelia. Inauguración del Concilio Vaticano II. Crisis de los misiles en Cuba.	El canadiense Marshall MacLuhan publica su libro *La galaxia Gutenberg*. Inicio del movimiento artístico *pop-art*, por parte de Andy Warhol.
1963	Manifestación de 200.000 personas en Washington, a favor de los derechos civiles.	Muerte del papa Juan XXIII y elección de Pablo VI.	El cantante americano Bob Dylan compone la canción *Blowing in the wind*.

	Economía y sociedad	Política	Ciencia y cultura
		Asesinato del presidente Kennedy en Dallas (Texas). Creación de la OUA (Organización para la Unidad Africana).	
1964		Dimisión de Jruschov, que es reemplazado por Leónidas Breznev. Lyndon B. Johnson, que había sucedido a Kennedy, es reelegido presidente de EE UU. Muerte del Pandit Nehru, uno de los "padres fundadores" de la India moderna. Creación de la OLP (Organización para la Liberación de Palestina). Llegada al poder en el Congo del general Mobutu, que inicia una dictadura militar.	El filósofo francés Jean Paul Sartre rechaza el Premio Nobel de Literatura.
1965		Escalada militar de EE UU en la guerra del Vietnam. Guerra entre India y Pakistán. Fin del Concilio Vaticano II.	

	Economía y sociedad	Política	Ciencia y cultura
		Caída del poder del líder argelino Ben Bella, sustituido por el militar Bumedian.	
1966		Inicio de la "revolución cultural" en la China de Mao. El general Suharto reemplaza en el poder a Sukarno. Indira Gandhi, hija de Nehru, primera ministra de la India.	Primer alunizaje de sendas naves espaciales de la URSS y EE UU.
1967	Manifestación de 100.000 personas en Washington contra la guerra de Vietnam. Devaluación de la libra esterlina en un 14,3 por ciento.	Muerte del Che Guevara, en Bolivia. Guerra de los Seis Días, en la que Israel derrota a los estados árabes y ocupa nuevos territorios en Palestina y en la península del Sinaí. Guerra de Biafra, en Nigeria. Creación de la Comunidad Europea (CE), que engloba a la CEE, el EURATOM y la CECA.	El cardiólogo surafricano Christian Barnard efectúa el primer trasplante de corazón. El colombiano Gabriel García Márquez publica su novela *Cien años de soledad*.
1968		Alexander Dubcek alcanza el poder en Checoslovaquia, iniciando la	El cineasta americano Stanley Kubrick rueda la película de ciencia

	Economía y sociedad	Política	Ciencia y cultura
		"Primavera de Praga", bloqueada militarmente por las tropas del Pacto de Varsovia (agosto). Huelgas estudiantiles y obreras en Francia, que constituyen el llamado "mayo francés". Martin Luther King es asesinado en Memphis. Masacre de My Lai en la guerra de Vietnam. Richard Nixon, elegido presidente de EE UU.	ficción, *2001: una odisea en el espacio*, basada en la novela del escritor Arthur Clarke.
1969		El general Charles de Gaulle abandona el poder en Francia, tras perder un referéndum. Elección por las Cortes españolas del príncipe Juan Carlos como sucesor de Franco. Muerte del líder norvietnamita Ho Chi Minh. El coronel Gaddafi llega al poder en Libia, tras un golpe de Estado.	La nave espacial Apolo XI aluniza. Sus tripulantes pisan la Luna y regresan a Tierra. Festival de música pop en Woodstock .

	Economía y sociedad	Política	Ciencia y cultura
1970		El socialdemócrata alemán Willy Brandt inicia la *Ostpolitik*, estrategia diplomática de negociación con la Alemania oriental y los países del Pacto de Varsovia. El socialista Salvador Allende, elegido presidente de Chile. Muerte del general egipcio Nasser, que es sustituido por Anuar el-Sadat.	Mueren, por sobredosis de heroína, los músicos Janis Joplin y Jimi Hendrix. El Departamento de Defensa de EE UU crea la red ARPANET, precedente de la actual INTERNET.
1971	Fin de la convertibilidad del dólar en oro y fuerte devaluación del mismo. Fundación de la asociación ecologista Greenpeace.	Guerra indo-paquistaní, que da lugar a la creación del estado de Bangladesh en la parte oriental de Pakistán. La China comunista es admitida como miembro de la ONU, en lugar de Taiwan.	El poeta chileno Pablo Neruda, premio Nobel de Literatura. El ingeniero de Sillicon Valley, Ted Hoff, inventa el microprocesador.
1972	Primer Informe del Club de Roma sobre los límites del crecimiento económico.	Visita de Nixon a China, que abre las relaciones diplomáticas entre ambos países. Firma del Tratado de Limitación de Armas Estratégicas (SALT) entre Nixon y Breznev.	

	Economía y sociedad	Política	Ciencia y cultura
		Reelección de Nixon como presidente de EE UU y comienzo del escándalo Watergate.	
1973	Subida repentina de los precios del petróleo, como consecuencia de la guerra árabe-israelí, que provoca una fuerte crisis energética en el mundo capitalista.	Primera ampliación de la CEE, con la incorporación de Gran Bretaña, Irlanda y Dinamarca. Acuerdos de París, con los que termina la presencia de EE UU en el conflicto de Vietnam. Golpe militar de Pinochet contra Allende, que es asesinado en la Casa de la Moneda. El general Perón retorna a Argentina y sustituye al presidente elegido, Héctor J. Cámpora. Guerra del Yom Kippur entre Israel y los estados árabes.	El escritor disidente ruso Alexander Solzhenitsin publica *El archipiélago Gulag* y al año siguiente es expulsado del país.
1974		"Revolución de los claveles" en Portugal, que puso fin a la dictadura salazarista. Dimisión del presidente Nixon, para evitar el *impeachment*, como consecuencia del escándalo Watergate.	India ensaya su primera explosión de una bomba atómica.

	Economía y sociedad	Política	Ciencia y cultura
1975		Toma de Saigón por los norvietnamitas y reunificación del Vietnam. Acuerdos de Helsinki sobre la seguridad, la cooperación y los derechos humanos. Independencia de Angola y Mozambique, últimas grandes colonias europeas. Muerte del general Franco y proclamación del rey Juan Carlos I.	Premio Nobel de la Paz para el físico ruso Andrei Sajarov.
1976		Golpe de Estado de los militares en Argentina. Muerte del líder chino Mao Zedong, que es sucedido por Den Xiaoping.	El avión franco-británico Concorde inicia sus vuelos trasatlánticos. EE UU lanza sobre el planeta Marte la primera sonda *Viking*. Fundación por Steve Jobs y Wozniak de la empresa Apple, de fabricación de ordenadores personales.
1977		Primeras elecciones democráticas en España, bajo el mandato del presidente Adolfo Suárez. El presidente egipcio Anuar el-Sadat visita Israel y pronuncia un discurso en el Parlamento israelí. Guerra entre Etiopía y Somalia.	

	Economía y sociedad	Política	Ciencia y cultura
1978		Asesinato del político italiano Aldo Moro por las Brigadas Rojas. Muerte de Pablo VI. Después del breve pontificado de Juan Pablo I, es elegido papa el cardenal polaco Wojtyla, el primer pontífice no italiano desde el siglo XVI, quien toma el nombre de Juan Pablo II. Acuerdos de Camp David, entre el egipcio Sadat y el judío Beguin, que abren el camino hacia la paz en Oriente Próximo.	Bill Gates instala en Seattle la empresa Microsoft, especializada en la creación de *software* para microordenadores.
1979	Entrada en vigor del Sistema Monetario Europeo que crea el ecu, como moneda de cuenta.	Revolución integrista en Irán. El sha abandona el país y toma el poder el *ayatollah* Jomeini, que se hallaba exilado en París. Invasión de Afganistán por las tropas de la Unión Soviética. Establecimiento de relaciones diplomáticas entre China y EE UU. Triunfo del Frente Sandinista en Nicaragua.	El cineasta americano Francis Ford Coppola realiza una dura crítica de la intervención de EE UU en la guerra del Vietnam en su filme *Apocalypse Now*.

	Economía y sociedad	Política	Ciencia y cultura
		La conservadora Margaret Thatcher es elegida primera ministra del Reino Unido.	
1980	Huelgas de los obreros de los astilleros de Gdansk (Polonia), que desembocan en la creación del sindicato independiente Solidaridad, dirigido por Lech Walesa.	Muerte del mariscal Tito, líder de Yugoslavia desde la II Guerra Mundial. Comienzo de la guerra entre Irán e Irak. El republicano Ronald Reagan, elegido presidente de EE UU.	Es asesinado en Nueva York el cantante John Lennon, miembro del grupo The Beatles.
1981		Asesinato del presidente egipcio Anuar el-Sadat, por parte de integristas islámicos. Ampliación de la CEE, con la adhesión de Grecia. Elegido presidente de Francia el socialista François Mitterrand.	La empresa holandesa Philips presenta el primer modelo de CD (Compact Disc). Primer año de funcionamiento del TGV, el tren francés de alta velocidad.
1982		Caída del socialdemócrata alemán Helmut Schmidt y llegada a la Cancillería del demócrata cristiano Helmut Kohl.	Steven Spielberg rueda la pelicula *ET, el extraterrestre* y Ridley Scott el filme futurista *Blade Runner*.

	Economía y sociedad	Política	Ciencia y cultura
		Guerra de las Malvinas entre Argentina y el Reino Unido. Matanza de palestinos en los campamentos libaneses de Sabra y Chatila. Muerte del líder soviético Leónidas Breznev. El PSOE gana por mayoría absoluta las elecciones legislativas en España.	
1983		Caída del régimen militar argentino. El radical Raúl Alfonsín, elegido presidente. Comienzo de la Iniciativa de Defensa Estratégica ("guerra de las galaxias"), por parte de EE UU.	El virus del SIDA (Síndrome de inmunodeficiencia adquirida) es aislado en el Instituto Pasteur de París.
1984		Asesinato de la primera ministra india Indira Gandhi por miembros *sijs* de su guardia personal. Fin de la dictadura militar en Uruguay. El "colorado" Sanguinetti, elegido presidente.	La empresa Apple presenta el modelo de ordenador Macintosh, con uso de ratón e iconos.

	Economía y sociedad	Política	Ciencia y cultura
1985		El soviético Mijaíl Gorbachov accede al poder en la URSS, inaugurando la política de reformas del sistema (*perestroika*). Nueva ampliación de la CEE, con la firma del tratado de adhesión por parte de España y Portugal. Francia hunde cerca de Nueva Zelanda el buque *Rainbow Warrior*, del movimiento ecologista Greenpeace.	Descubrimiento en la Antártida de un agujero en la capa de ozono. El transbordador espacial *Challenger* estalla al despegar.
1986		Accidente en la central nuclear soviética de Chernóbil, que ocasiona un desastre ecológico y humano. Firma del Acta Única Europea. El presidente de Filipinas, Fernando Marcos, es obligado a abandonar el país.	
1987		Acuerdo entre la URSS y EE UU para negociar el desmantelamiento de misiles de alcance medio.	

	Economía y sociedad	Política	Ciencia y cultura
		Se firma el primer acuerdo entre Reagan y Gorbachov. Comienzo de la *intifada* (lucha con piedras) de los palestinos residentes en territorios ocupados por Israel.	
1988		Fin de la guerra entre Irán e Irak. George Bush es elegido presidente de EE UU. Retirada de las tropas soviéticas de Afganistán.	
1989		Matanza de manifestantes en la plaza de Tiananmen (Pekín). Caída del muro de Berlín y fin de la mayoría de los gobiernos comunistas de la Europa oriental. Ejecución del presidente rumano Ceacescu. Muerte del emperador japonés Hiro Hito y del *ayatollah* iraní Jomeini.	
1990		Reunificación de Alemania. Invasión de Kuwait por las tropas	Transformación de Internet en una red de redes, de acceso universal.

	Economía y sociedad	Política	Ciencia y cultura
		Salida de la cárcel en Sudáfrica del líder negro Nelson Mandela, lo que inicia el fin del régimen del *apartheid*. Los sandinistas pierden las elecciones en Nicaragua. Violeta Chamorro, elegida presidenta. Dimisión de la primera ministra británica Margaret Thatcher.	
1991		Guerra del Golfo entre de las potencias occidentales, lideradas por EE UU, y el régimen iraquí de Sadam Hussein. Disolución de la URSS. Dimisión de Gorbachov. Boris Yeltsin, presidente de Rusia. Primera guerra en Yugoslavia, tras la independencia de Eslovenia y Croacia. Creación del Mercosur, como pacto comercial entre los países del cono sur americano.	

	Economía y sociedad	Política	Ciencia y cultura
1992	Conferencia de Río de Janeiro sobre los problemas ambientales y la necesidad de preservar la biodiversidad del planeta.	Independencia de Bosnia-Herzegovina, lo que ocasiona una guerra civil en territorio bosnio. Tratado de Maastricht, que establece la Unión Europea.	
1993		División de Checoslovaquia en la República Checa y Eslovaquia. Acuerdo entre Israel y la OLP de Arafat, según el principio de "paz por territorios".	
1994	Conferencia en El Cairo sobre los problemas de la población mundial y el desarrollo.	Creación del Tratado de Libre Comercio entre EE UU, Canadá y México. Nelson Mandela, primer presidente negro de Sudáfrica. Guerra civil en Ruanda. El sociólogo Fernando H. Cardoso, elegido presidente del Brasil.	
1995	Cumbre de la Mujer en Pekín, a la que acuden representantes de 180 países.	Negociaciones de Dayton (Ohio, EE UU), en las que se pretende establecer un plan de paz para Bosnia-Herzegovina, bajo la supervisión de la OTAN.	Nicholas Negroponte publica la obra *El mundo digital*.

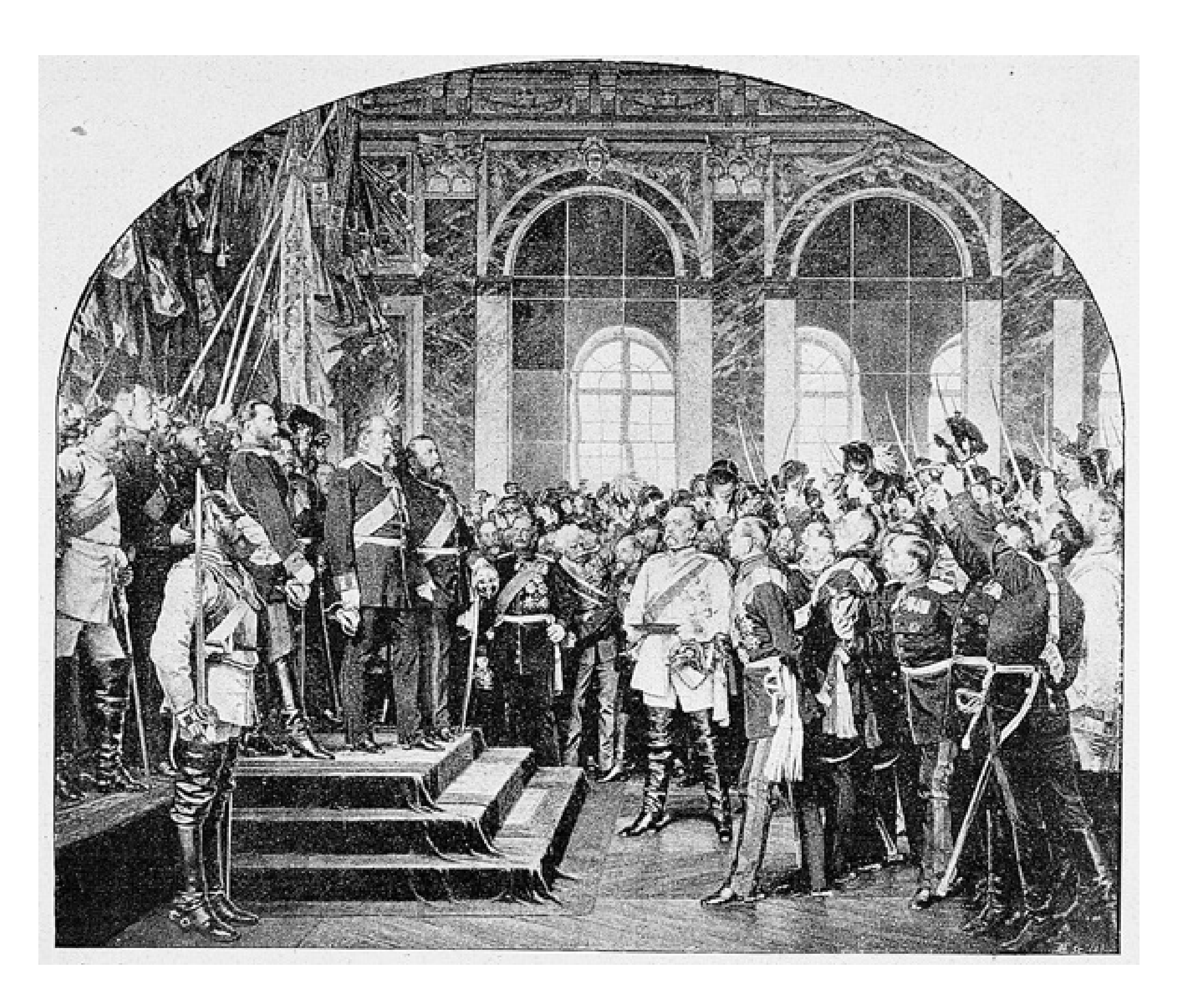
	Economía y sociedad	Política	Ciencia y cultura
1996		Nueva ampliación de la Unión Europea, con la incorporación de Austria, Finlandia y Suecia.	Manuel Castells publica su obra *La era de la información*, en la que analiza la transformación de la sociedad actual en una "sociedad-red".
1997		La ciudad de Hong-Kong, colonia británica, vuelve a la soberanía de China. El laborista Tony Blair, con un programa moderado denominado "tercera vía", gana las elecciones en el Reino Unido.	La oveja "Dolly", primer mamífero fruto de la clonación.
1998		Acuerdos de paz en el Ulster (Tratado de Stormont). El general Pinochet, encausado por los crímenes cometidos durante su mandato en Chile.	
1999	El euro, moneda efectiva en once países de la Unión Europea, con entrada en vigor a partir del año 2002. Reunión en Seattle de la Organización Mundial del Comercio, que	Guerra de Chechenia. Macao, colonia portuguesa, se reintegra a China. Guerra de Kosovo, en la que la OTAN trata de evitar la limpieza étnica auspiciada por el serbio Milosevic.	

	Economía y sociedad	Política	Ciencia y cultura
	termina en fracaso y se ve asediada por una manifestación contra los efectos de la mundialización económica.		
2000	Fusión de la compañía de comunicación Time-Warner y de America On Line, primer proveedor mundial de Internet. La compañía informática Microsoft, obligada por un juez de EE UU a dividirse en dos empresas independientes, en aplicación de la legislación antimonopolio.	El líder del Partido Nacional, Vicente Fox, gana las elecciones presidenciales en México, desplazando del poder por primera vez en su historia al PRI. Tras una larga disputa sobre el recuento de votos del estado de Florida, el Tribunal Supremo de EE UU decide que el ganador de las elecciones presidenciales ha sido el republicano George W. Bush, hijo del anterior presidente. El presidente del Partido Popular, José María Aznar, revalida su presidencia del gobierno español, ganando las elecciones por mayoría absoluta.	Hallazgo en varios países del continente europeo de la enfermedad de las "vacas locas", inicialmente detectada en Gran Bretaña.

	Economía y sociedad	Política	Ciencia y cultura
2001	Crisis del "corralito" en Argentina.	Ataque terrorista a las Torres Gemelas de Nueva York.	Lanzamiento del proyecto de Wikipedia en la red.
2002	Puesta en circulación del euro como moneda de la mayoría de los países de la Unión Europea.	El presidente Luiz *Lula* da Silva, elegido presidente de Brasil.	
2003		Cumbre de las Azores (George Bush, Tony Blair y José María Aznar) y comienzo de la guerra de invasión de Irak.	
2004			Mark Zuckerberg funda la red social Facebook.
2006		Angela Merkel, del partido CDU, elegida primera canciller de la República Federal de Alemania.	Jack Dorsey funda Twitter.
2007	Primeros síntomas de la crisis bursátil en la Bolsa de Nueva York. Catástrofe natural en la ciudad de Nueva Orleans, provocada por el huracán *Katrina*.		Aparición del primer iPad de Apple.

	Economía y sociedad	Política	Ciencia y cultura
2008	Caída del banco de inversiones Lehman Brothers.	Barak H. Obama, el primer afroamericano que es elegido presidente de Estados Unidos de América.	
2010	China en el segundo puesto de la economía mundial. En la Unión Europea, primer plan de rescate para Grecia y de Irlanda.		
2011	Plan de rescate para Portugal.	Aparición del movimiento de los "indignados" o del 15-M. Victoria del socialista François Hollande en las elecciones presidenciales de Francia.	Muerte de Steve Jobs, uno de los fundadores de Apple.

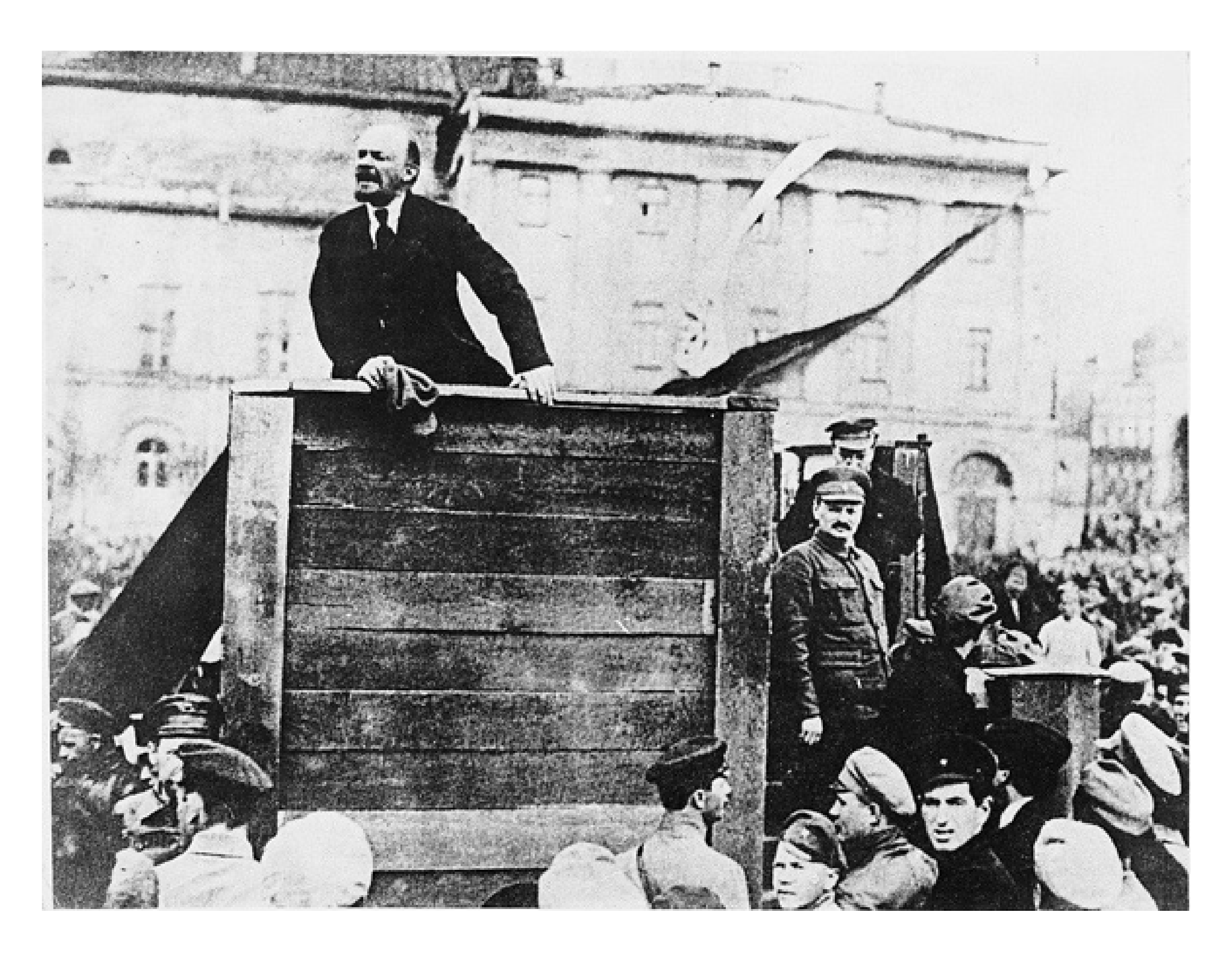
IMÁGENES



Proclamación del II Imperio alemán, en el Salón de los Espejos de Versalles, en 1871.
ALGAR/Biblioteca Nacional



La policía londinense procede al arresto de una sufragista, a fines del siglo XIX.
CONTIFOTO/POPPERFOTO



Arenga de Lenin a los soldados en San Petersburgo en 1918. La imagen de Trotski, que se halla a la derecha, desaparecería de la foto durante el periodo estalinista.

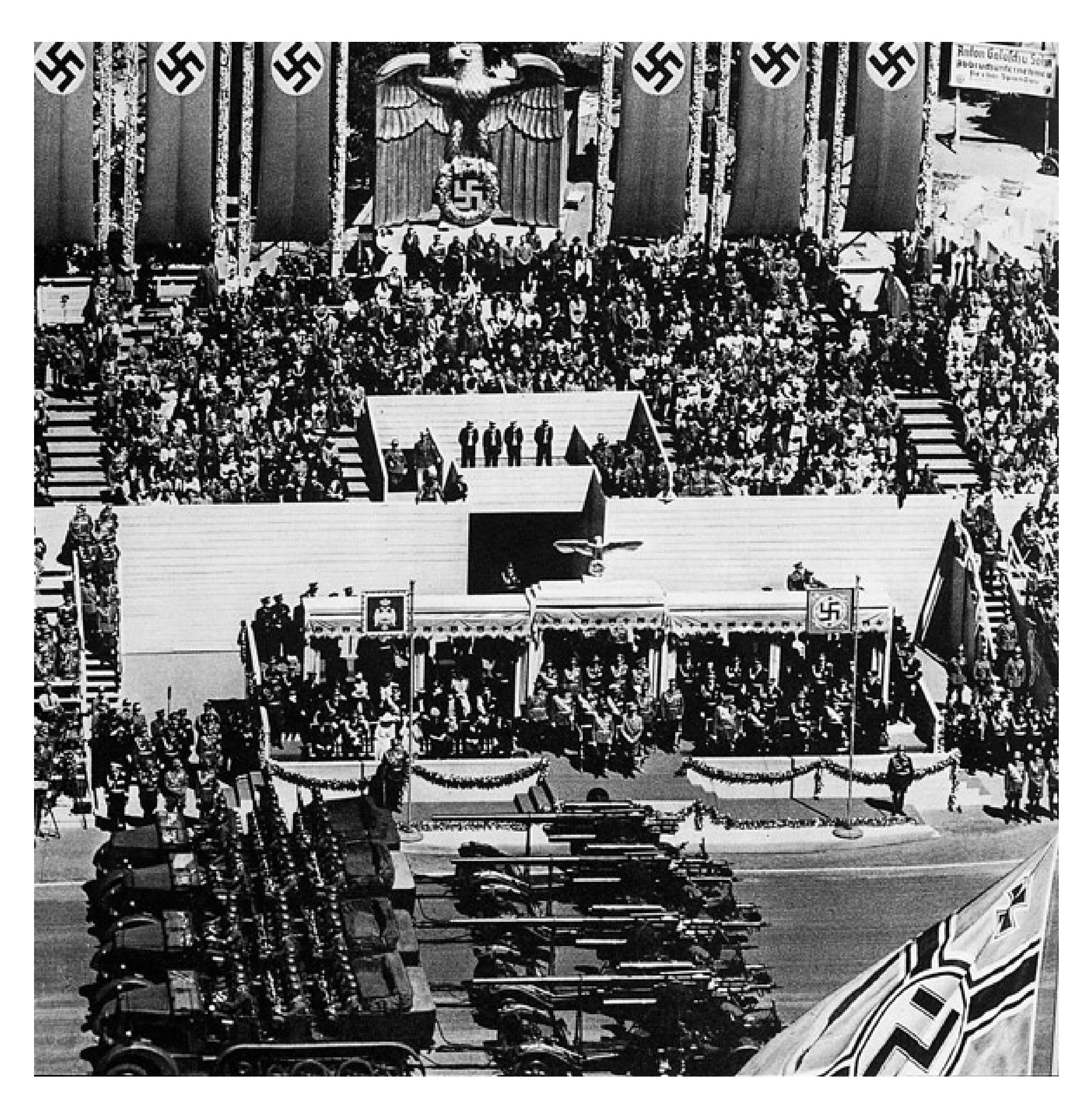
J. E. Casariego



Cartel soviético, con la leyenda “construyendo el socialismo”.
EFE/SIPA-PRESS/Miladinovic



Soldados americanos, de la compañía "Hora Cero", en una trinchera en Europa, durante la I Guerra Mundial.
AP-RADIAL PRESS



Parada militar de los nazis, en la ciudad de Núremberg.
F. Orte



Una calle de Berlín, al día siguiente de la “noche de los cristales rotos” contra propiedades de judíos (noviembre de 1938).
CONTIFOTO/KEYSTONE



Anuncio de la venta de un coche, cuyo propietario había perdido todo en la crisis de 1929.
CONTIFOTO/POPPERFOTO



Desayuno servido sobre una viga del armazón de un rascacielos en construcción, metáfora de los “locos años veinte”.
CONTIFOTO/SYGMA/KEYSTONE



El premier inglés, Chamberlain, mostrando el “papelito” que garantizaba la paz en Europa, después de la firma de los acuerdos de Múnich (1938).
CONTIFOTO/SYGMA/KEYSTONE



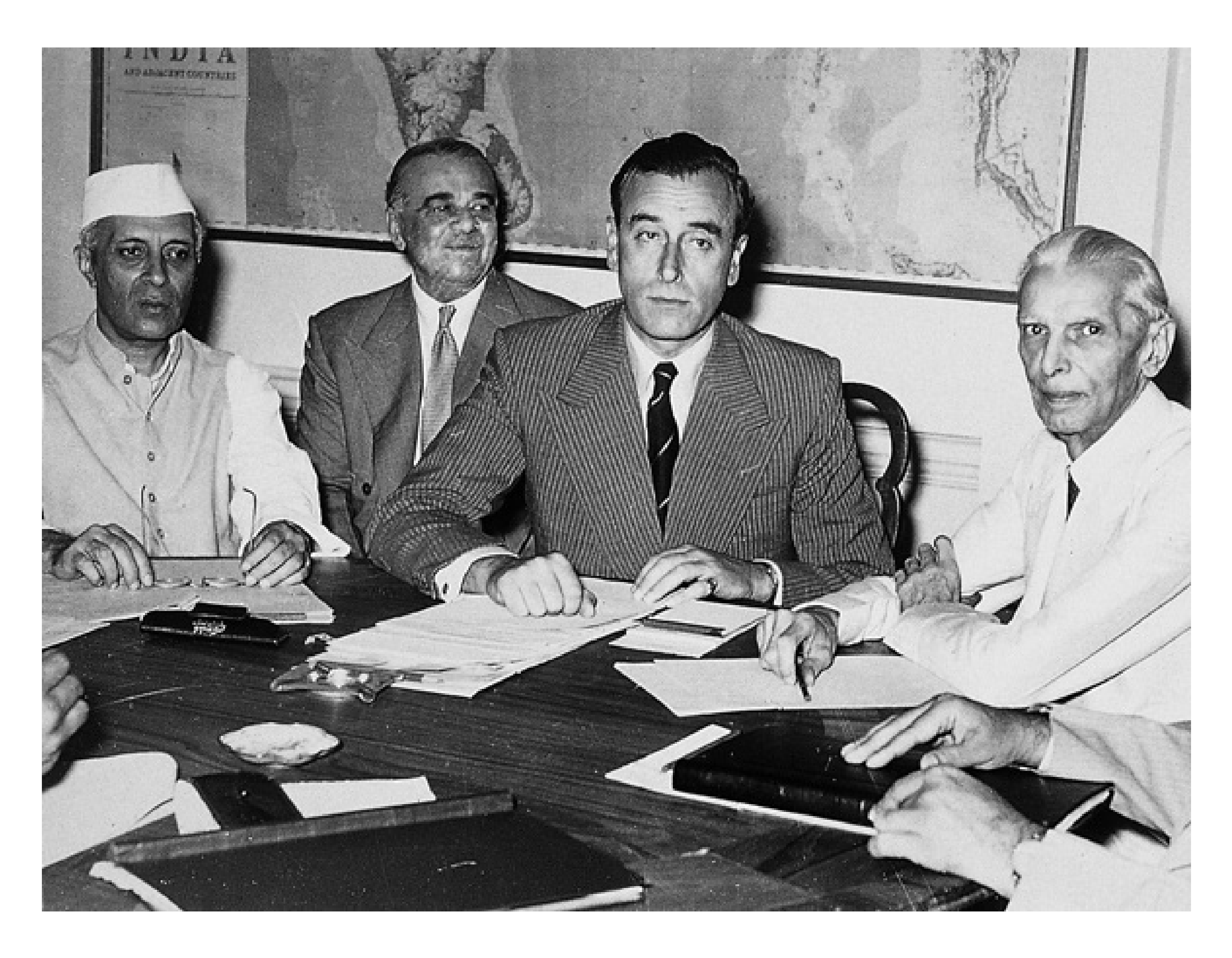
Juicio de Núremberg a los principales jerarcas nazis, encabezados por Goering, Hess y Ribbentrop, en 1946.
CONTIFOTO/SYGMA/KEYSTONE



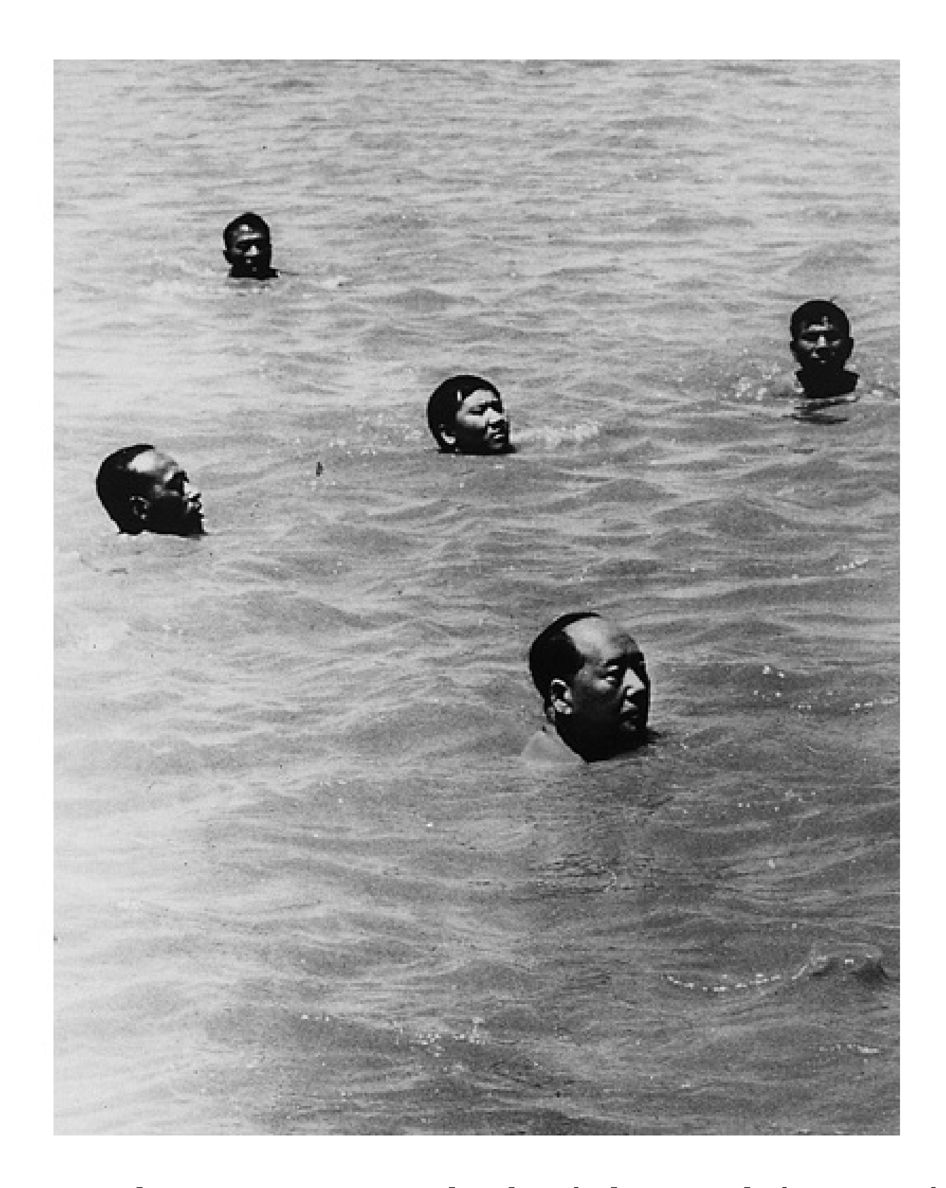
El general Zapata y su estado mayor, en el Palacio Nacional de México.
ALGAR/ARCHIVO CASASOLA (FOTOTECA DEL INBA)



Cartel propagandístico de la época del Frente Popular en España (1936).
ORONOZ/ARCHIVO HISTÓRICO NACIONAL DE ASTURIAS



Los tres principales responsables de la partición de la India: el hindú Nehru, el musulmán Jinnah y el representante británico, lord Mountbatten, en 1947.
CONTIFOTO/SYGMA



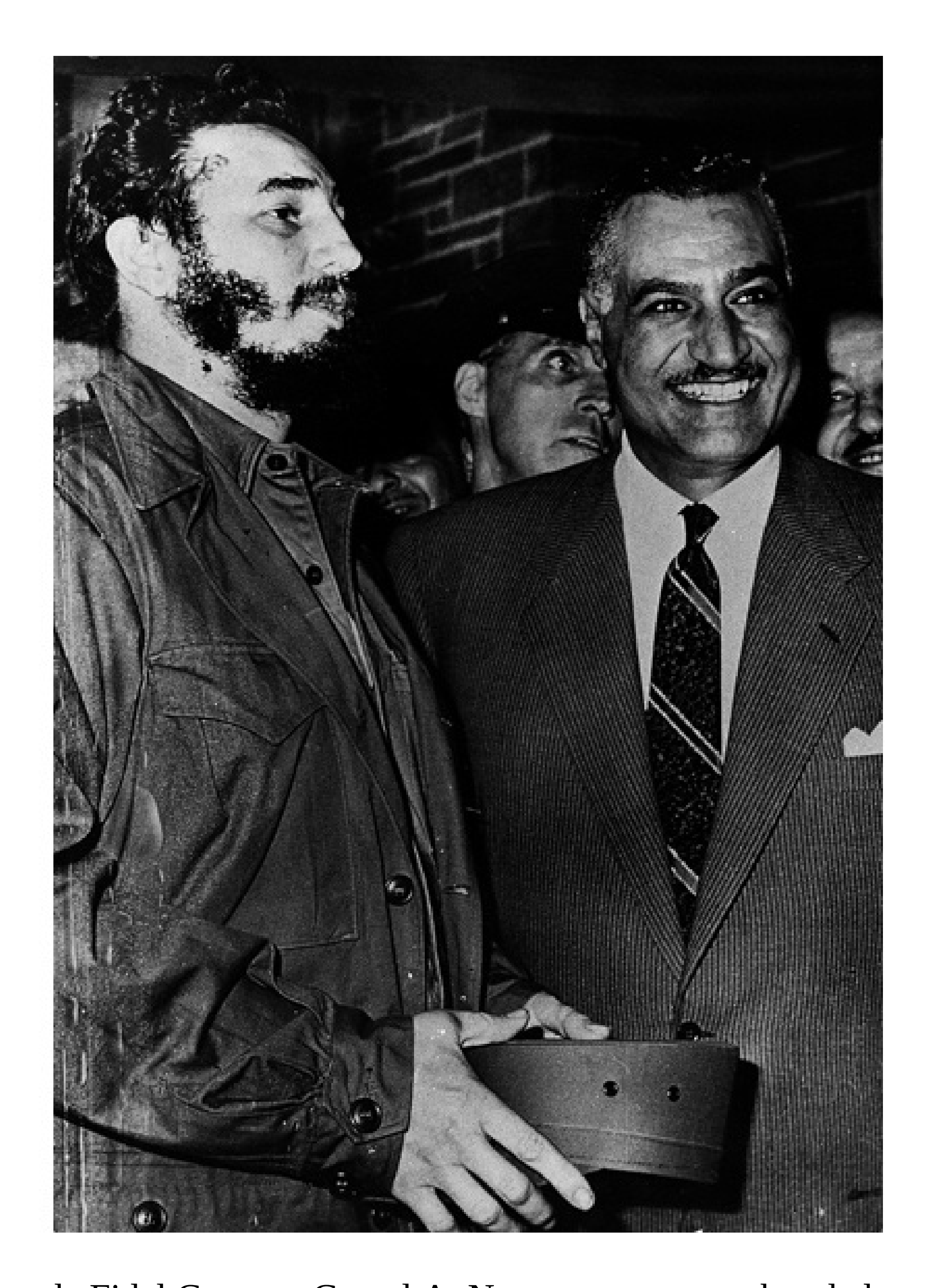
Mao Zedong y otros camaradas, bañándose en el río Yangtsé.
CONTIFOTO/SYGMA/KEYSTONE



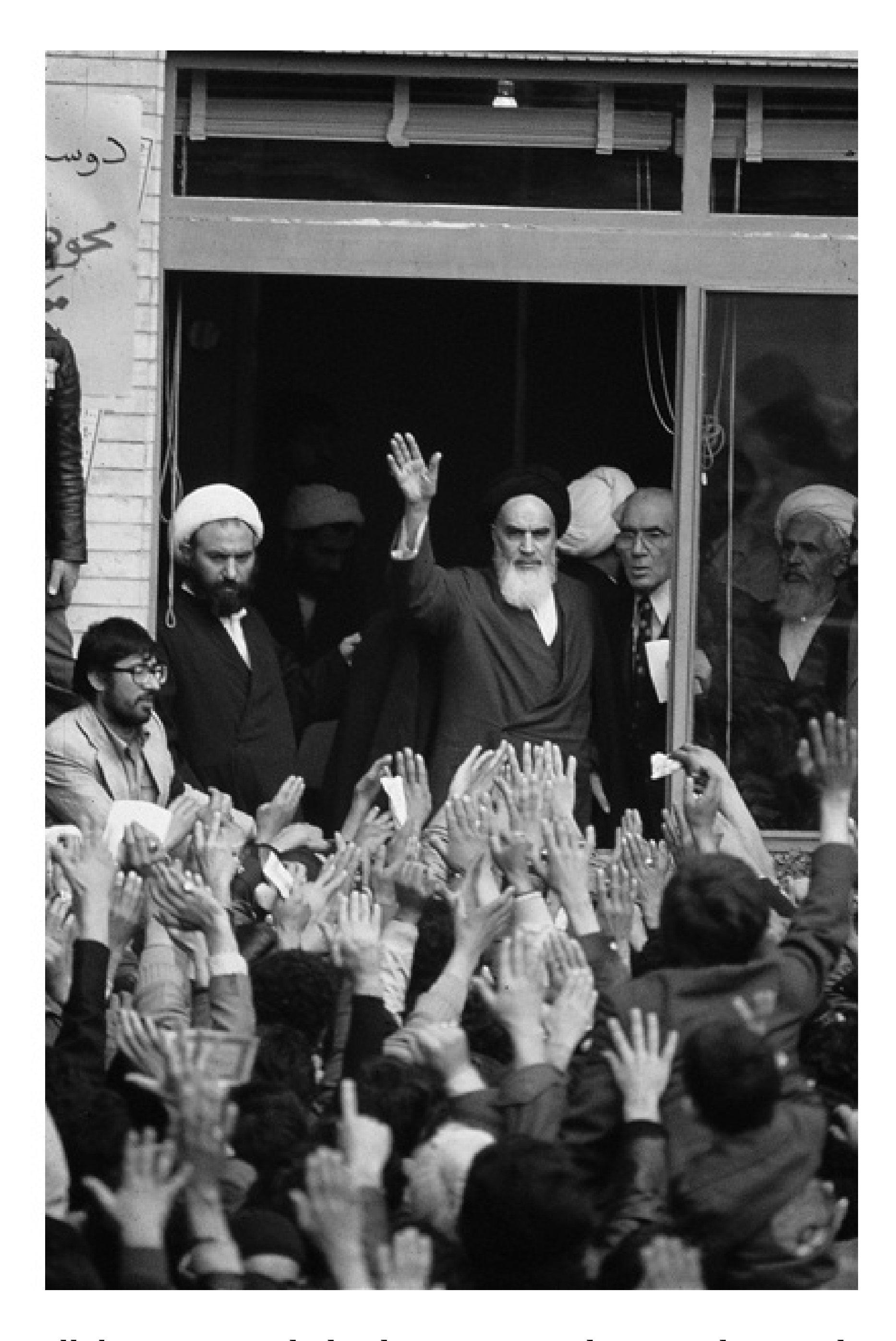
Los dos principales dirigentes mundiales, Kennedy y Jruschov, a principios de la década de los sesenta.
CONTIFOTO/SYGMA/KEYSTONE



El presidente americano Richard Nixon paseando por la Muralla China, con ocasión de su primera visita a la China maoísta, en 1972.
CONTIFOTO/SYGMA/KEYSTONE



Encuentro de Fidel Castro y Gamel A. Nasser, en una cumbre de los países no alineados.
CONTIFOTO/SYGMA/KEYSTONE



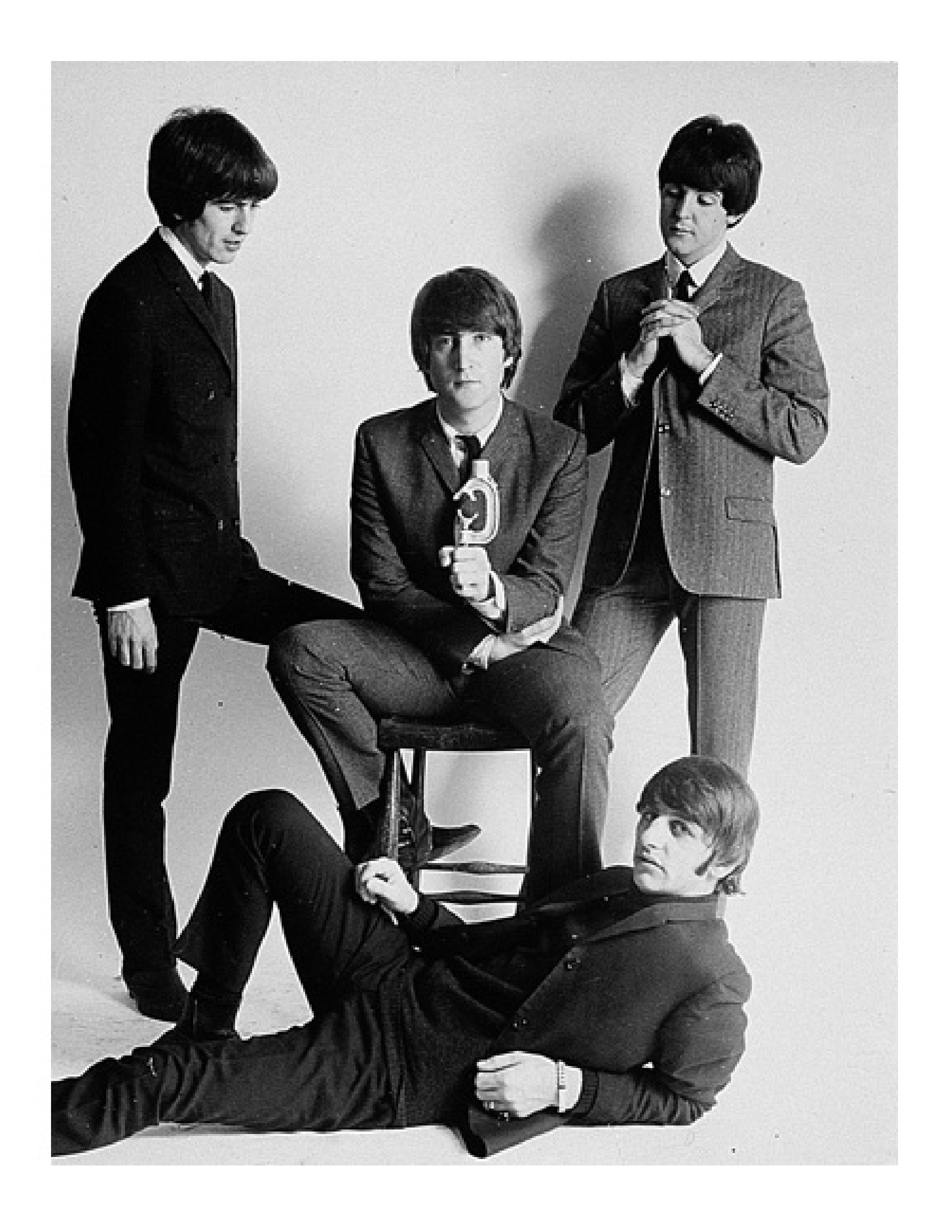
El *ayatollah* Jomeini, saludando a sus seguidores, en la escuela Refah.
EFE/SIPA-PRESS/Michael Setboun



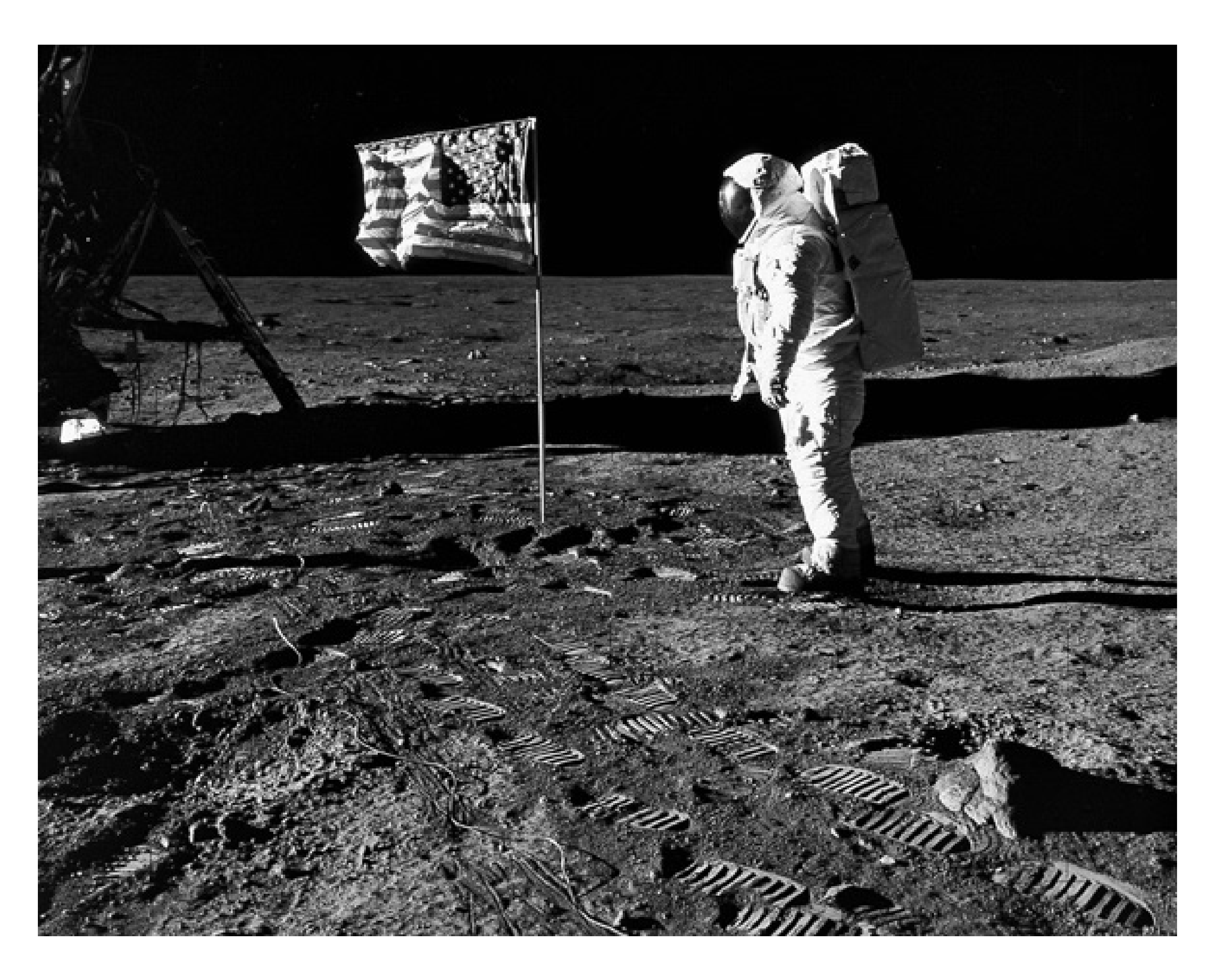
Refugiados abandonando el campo de Katanga.
CONTIFOTO/SYGMA/Stéphane Compoint



Niños jugando en las ruinas de Sarajevo, la capital de Bosnia-Herzegovina.
CONTIFOTO/SYGMA/David Brauchli



Los cuatro chicos de Liverpool, The Beatles, el grupo musical más influyente de la segunda mitad del siglo XX.
CONTIFOTO/SYGMA/KEYSTONE



Llegada del hombre a la Luna, en julio de 1969, en la nave espacial Apolo XI.



Los tanques soviéticos en las calles de Praga, en 1968, abortan la “Primavera de Praga” iniciada por el dirigente checoslovaco Dubcek.
USIS



El presidente chileno Allende, en el palacio de la Moneda, pocas horas antes de su muerte, tras el golpe de Estado de Pinochet, en septiembre de 1973.
CONTIFOTO/SYGMA/KEYSTONE



Niños survietnamitas atacados por bombas de napalm, procedentes de su propia aviación, en 1972.
AP-RADIAL PRESS



Un oficial militar americano, que retorna de la guerra de Vietnam, es recibido por su familia en una base aérea de California (1973).
AP-RADIAL PRESS



Una columna de humo se eleva sobre Nueva York tras los ataques del 11 de septiembre de 2001.
GETTY IMAGES/Steve Winter



Hileras de músicos perfectamente alineados tocan los tambores durante la ceremonia de inauguración de los Juegos Olímpicos en el Estadio Nacional de Pekín, el 8 de agosto de 2008.
GETTY IMAGES/Adam Pretty

BIBLIOGRAFÍA

Se indican tan sólo las obras que consideramos básicas para una comprensión del mundo contemporáneo y que han sido tenidas en cuenta de modo directo en la redacción de alguno de los capítulos de este libro o en sus apéndices biográficos y cronológicos. Se excluyen las obras de época, así como las más conocidas colecciones (Clio-Labor, Cambridge, Peuples-Akal, Fischer-Siglo XXI, etc.). Entre corchetes se señalan lugar y fecha de la edición original.

ALCROFT, D., *Historia de la economía europea, 1914-1980,* Barcelona, Crítica, 1989 [Londres, 1980].

AMBROSIUS, G. y HUBBARD, W. H., *Historia social y económica de Europa en el siglo XX*, Madrid, Alianza, 1992 [Múnich, 1986].

ANDERSON, P., BAIROCH, P., GINZBURG, C. y HOBSBAWM, E. J. (eds.), *Storia d'Europa*, Turín, Einaudi, 1994-97, vols. I y V.

ARIAS, X. C. y COSTAS, A., *La torre de la arrogancia. Políticas y mercados después de la tormenta*, Barcelona, Ariel, 2011.

BAIROCH, P., *Victoires et dévoires. Histoire économique et sociale du monde du XVIe siècle à nos jours*, 3 vols., París, Gallimard, 1997.

BELCHEM, J. y PRICE, R. (eds.), *A Dictionary of Nineteenth-Century World History,* Oxford, Blackwell, 1994.

BRENNER, R., *La economía de la turbulencia global,* Madrid, Akal, 2009 [Nueva York, 2006].

BULLOCK, A., *Hitler y Stalin. Vidas paralelas*, Barcelona, Plaza y Janés, 1994 [Londres, 1991].

CABRERA, M., JULIÁ, S. y MARTÍN ACEÑA, P. (eds.), *Europa en crisis, 1919-1939*, Madrid, Fundación Pablo Iglesias, 1991.

CARR, N., *Superficiales: ¿Qué está haciendo Internet con nuestras mentes?*, Madrid, Taurus, 2011 [Nueva York, 2010].

CASTELLS, M., *La era de la información,* 3 vols., Madrid, Alianza, 1998.

CIPOLLA, C. (ed.), *Historia económica de Europa*, vols. 3-6, Barcelona, Ariel, 1980-1982 [Glasgow, 1976].

FIELDHOUSE, D. K., *Economía e imperio: la expansión de Europa, 1830-1914*, Madrid, Siglo XXI, 1977 [Londres, 1973].

FLORA, P. y HEIDENHEIMER, A. J. (eds.), *The Development of Welfare States in Europe and America*, Nueva Jersey, Transaction Publishers, 1981.

FONTANA, J., *Por el bien del imperio. Una historia del mundo desde 1945,* Barcelona, Pasado & Presente, 2011.

FURET, F., *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX, Madrid, FCE, 1995 [París, 1995].*

GERSCHENKRON, A., *El atraso económico en su perspectiva histórica*, Barcelona, Ariel, 1968 [Harvard, 1962].

HOBSBAWM, E. J., *La era del capitalismo, 1870-1914*, Barcelona, Labor, 1989 [Londres, 1987]. *Historia del siglo XX, 1914-1991*, Barcelona, Crítica, 1995 [Londres, 1994]. *Guerra y paz en el siglo XXI,* Barcelona, Crítica, 2007 [ed. original, 2006].

HOWARD, M. y LOUIS, W. R. (eds.), *Historia de Oxford del siglo XX,* Barcelona, Planeta, 1999 [Oxford, 1998].

JUDT, T., *Algo va mal*, Madrid, Taurus, 2012 [ed. original, 2010].

KAELBE, H., *Verso una società europea*, Bari, Laterza, 1990 [Múnich, 1987].

KENNEDY, P., *Auge y decadencia de las grandes potencias*, Barcelona, Plaza y Janés, 1994 [Nueva York, 1987]. *Hacia el siglo XXI*, Barcelona, Plaza y Janés, 1995 [Nueva York, 1993].

KISSINGER, H., *Diplomacia*, Barcelona, Ediciones B, 1995 [Nueva York, 1994]. *China,* Barcelona, Debate, 2012 [Nueva York, 2011].

LANDES, D. S., *Progreso tecnológico y revolución industrial*, Madrid, Tecnos, 1979 [Cambridge, 1969]. *La riqueza y la pobreza de las naciones*, Barcelona, Crítica, 1999 [Nueva York, 1998].

MADDISON, A., *La economía mundial en el siglo XX*, Barcelona, Ariel, 1992 [París, 1989].

MAIER, CH. S., *La refundación de la Europa burguesa*, Madrid, Ministerio de Trabajo, 1989 [Nueva Jersey, 1975]. "Secolo corto o epoca lunga? L'unitá storica dell'etá industriale e le trasformazioni della territorialitá", *Parolechiave,* 12 (1996).

MAMMARELLA, G., *Historia de Europa contemporánea, 1945-1990*, Barcelona, Ariel, 1990 [Bari-Roma, 1988].

MANN, M., *Las fuentes del poder social. El desarrollo de las clases y los Estados nacionales, 1760-1914*, Madrid, Alianza, 1997 [Cambridge, 1993]. *El imperio*

incoherente. Estados Unidos y el nuevo orden internacional, Barcelona, Paidós, 2004 [Londres/Nueva York, 2003].
MARICHAL, C., *Nueva historia de las grandes crisis financieras. Una perspectiva global, 1873-2008,* Barcelona, Debate, 2010.
MOKYR, J., *La palanca de la riqueza. Creatividad tecnológica y progreso económico*, Madrid, Alianza, 1993 [Oxford, 1990].
MOSSE, G. M., *La cultura europea del siglo XIX*, Barcelona, Ariel, 1997. *La cultura europea del siglo XX*, Barcelona, Ariel, 1997 [Nueva York, 1988].
NAPOLEONI, L., *Maonomics. L'amara medicina cinese contro gli scandali della nostra economia,* Milano, Rizzoli, 2010.
NYE, J., *Soft Power. The Means to Success in World Politics,* Nueva York, Public Affairs, 2004.
PÉREZ RAMÍREZ, J., *Vidas paralelas. La banca y el riesgo a través de la historia,* Madrid, Marcial Pons Historia, 2011.
POLLARD, S., *La conquista pacífica. La industrialización de Europa, 1760-1970,* Zaragoza, Prensas Universitarias, 1992 [Oxford, 1982].
PRZEWORSKI, A., *Democracia y mercado. Reformas políticas y económicas en la Europa del este y América Latina*, Madrid, Cambridge University Press, 1995 [Cambridge, 1991].
RAJAN, R., *Grietas del sistema. Por qué la economía mundial sigue amenazada,* Barcelona, Deusto Ediciones, 2011 [Princeton, 2010].
ROBERTS, J. M., *Twentieth Century. The History of The World. 1901 to The Present.* Londres, Penguin, 1999.
RODRIK, D., *La paradoja de la globalización. Democracia y futuro de la economía mundial,* Barcelona, Antoni Bosch Editor, 2011 [Oxford, 2011].
STIGLITZ, J. y BILMES L., *La guerra de los tres billones de dólares. El coste real del conflicto de Irak*, Madrid, Taurus, 2009 [Nueva York, 2008].
STREEK, W., "La crisis del capitalismo democrático", *New Left Review,* 71 (2011).
THERBORN, G., *European Modernity and Beyond. The Trajectory of European Societies, 1945-2000*, Londres, Sage, 1995.
TORTELLA, G. y NÚÑEZ, C. E., *Para comprender la crisis,* Madrid, Gadir, 2009.
WESTENDORP, C. (coord.), *Las potencias emergentes, hoy. Hacia un nuevo orden mundial*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2011.
ZORGBIBE, CH., *Historia de las relaciones internacionales*, 2 vols., Madrid, Alianza, 1997 [París, 1994].

PROCEDENCIA DE FOTOS, MAPAS Y CARTOGRAFÍA

FOTOS: Algar; Algar/BIBLIOTECA NACIONAL; BIBLIOTECA NACIONAL/laboratorio Biblioteca Nacional; BIBLIOTECA NACIONAL/laboratorio Biblioteca Nacional/Carmen Rodríguez Perales; J.E. Casariego; CONTIFOTO; CONTIFOTO/ POPPERFOTO; CONTIFOTO/Romano Ferrari; CONTIFOTO/SYGMA/Allan Tannenbaum; CONTIFOTO/ SYGMA/KEYSTONE; CONTIFOTO/SYGMA/Stuart Franklin; CONTIFOTO/Uppa; EFE; EFE/SIPA- PRESS; EFE/SIPA- PRESS/Bob Strong; EFE/SIPA-PRESS/Hulton Deutsch; EFE/ SIPA-PRESS/Piko; EFE/SIPA-PRESS/Soalhat/SIPA ICONO; EFE/ SIPA SANTÉ/Goldner/SIPA ICONO; FOTO FIEL; Getty Images; KEYSTONE; USIS.

MAPAS: Ana Isabel Calvo, Olga Espino y Felipe Hernando

CARTOGRAFÍA: José Luis Gil, Belén Hernández, Alejandro Retana, José Manuel Solano y José Luis Velaz.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

Attlee, Clement
Aung San, Dew
Avellaneda, Nicolás

Baader, Andreas
Babeuf, Gracchus (François Noël)
Baden, Max von
Bagehot, Walter
Bairoch, Paul
Baldwin, Stanley
Balfour, Arthur James, conde de
Balzac, Honoré de
Bakunin, Mijaíl
Bao-Dai
Barnave, Antoine
Barreda, Gabino
Batista, Fulgencio
Beck, Ulrich
Beguin, Menahem
Belgrano, Manuel
Bell, Daniel
Ben Bella, Ahmed
Ben Gurion, David
Benedicto XV
Benes, Edvard
Berg, Maxine
Berlin, Isaiah
Berlusconi, Silvio
Bernard, Claude
Bernstein, Eduard
Bessemer, Henry
Bethmann-Hollweg, Teobald von
Biencourt, marqués de
Bierut, Boleslaw
Laden, Osama bin
Bismarck, Otto von
Blair, Tony

Camdessus, Michel
Cámpora, Héctor José
Camus, Albert
Cárdenas, Cuauhtemoc
Cárdenas, Lázaro
Cardoso, Fernando H.
Carlos I de Habsburgo
Carlos X
Carlos Alberto
Carnegie, Andrew
Carr, Nicholas
Carranza, Venustiano
Carter, James E.
Castells, Manuel
Castro, Fidel
Castro, hermanos
Castro, Josué de
Cavour, Camillo Benso di
Ceaucescu, Nicolae
Centeno, Roberto
Cézanne, Paul
Chagall, Marc
Chamberlain, Arthur Neville
Chamberlain, Houston
Chamberlain, Joseph
Chambers, Robert
Chamorro, Pedro Joaquín
Chamorro, Violeta
Chang Kai-chek
Chaplin, Charles Spencer
Charcot, Jean Martin
Chateaubriand, François-René, vizconde de
Chávez, Hugo
Chernenko, Konstantin Ustinovich
Chiang Ching
Chief Joseph
Chirac, Jacques

Jung, Carl Gustav
Jünger, Ernst

Kaelbe, Harmut
Kamenev, Lev Borissovich Rosenfeld
Karamanlis, Constantinos
Kasavubu, Joseph
Kautsky, Karl
Kazan, Elia
Kellog, Frank
Kelvin, William Thomson, lord
Kennan, George F.
Kennedy, John Fitzgerald
Kennedy, Paul
Kenyatta, Jomo
Kerenski, Alexander Feodorovich
Ketteler, Wilhelm Emmanuel von
Keynes, John Maynard
Khatchaturian, Aram
King, Martin Luther
Kipling, Rudyard
Kindleberger, Charles
Kissinger, Henry
Kitchener, Horatio Herbert
Klee, Paul
Klerk, Frederik de
Koch, Robert
Kocka, Jürgen
Kohl, Helmut
Kornberg, Arthur
Kornilov, Lavr Georgievich
Kosiguin, Alexei Nicolaievich
Kropotkin, Piotr Alexéievich
Kruger, Paul
Krugman, Paul
Krupp, familia
Kucan, Milan

Nehru, Sri Pandit Jawaharlal
Neto, Agostinho
Neurath, Konstantin von
Newman, Henry
Newton, Isaac
Ngo Dinh Diem
Nicolás I
Nicolás II
Nixon, Richard
Nkrumah, Kwame
Nobel, Alfred
North, D.
Núñez, Rafael
Nye, Joseph
Nyerere, Julius

Obama, Barack H.
Obando, José María
Ochoa, Severo
Oppenheimer, Julius Robert
Organski, Kennett
Orlando, Vittorio
Orozco, Pascual
Ortega, Daniel
Ortega y Gasset, José
Orwell, George
Ovando, Miguel
Owen, Robert

Palmer,Robert
Papandreu, Andreas
Papen, Franz von
Pardo Bazán, Emilia
Pasteur, Louis
Pauker, Ana
Pavelic, Ante
Peary, Robert Edwin

Rumsfeld, Donald
Russell, Bertrand

Sacco, Nicola
Sadat, Mohamed Anuar el-
Saint-Just, Louis de
Saint-Simon, Claude Henri de Rouvroy, conde de
Salazar, António de Oliveira
Salisbury, Robert Gascoyne-Cecil, marqués de
San Martín, José de
Sandino, Augusto
Sarmiento, Domingo Faustino
Sartre, Jean Paul
Sauvy, Alfred
Schiller, Friedrich von
Schleicher, Kurt von
Schlieffen, Alfred Graf von
Schmidt, Helmut
Schröder, Gerhardt
Schroeder
Schuman, Robert
Schumpeter, Joseph Alois
Scoppola, Pietro
Scott, Thomas
Scott, Walter
Sedar Senghor, Leopold
Serra, José
Shastri Lal Bahadur
Sheverdnadze, Edvard
Shostakovich, Dimitri Dimitrievich
Sieyès, Emmanuel-Joseph
Silva, Cavaco
Simpson, George G.
Smith, Adam
Smith, Ian
Soares, Mario
Solana, Javier

Waldheim, Kurt
Walesa, Lech
Wallace, Alfred Russell
Wallace, George C.
Warren, Earl
Washington, George
Watson, James Dewey
Watt, James
Weber, Eugen
Weber, Max
Wehler, Hans Ulrich
Wells, Herbert George
Wilberforce
Wilde, Oscar
Wilson, Charles
Wilson, Harold
Wilson, Thomas Woodrow
Witte, Serguei
Wollstonecraft, Mary
Wozniak, Steve

Yeltsin, Boris
Yrigoyen, Hipólito

Zapata, Emiliano
Zemin, Jiang
Zhou Enlai
Zinoviev, Grigori Yevseievich
Zola, Émile

Sobre los autores

Ramón Villares es catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Santiago de Compostela, institución de la que fue rector durante el periodo 1990-1994. También ha sido presidente de la Asociación de Historia Contemporánea (1996-2002) y, desde 2006, preside el Consello da Cultura Galega. Especializado en historia agraria e historia política e intelectual, su más reciente publicación es el libro *Restauración y Dictadura, 1875-1931* (en colaboración con Javier Moreno), que forma parte de la colección *Historia de España* (Crítica/Marcial Pons Historia) de la que también es codirector con Josep Fontana.

Ángel Bahamonde es catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad Carlos III de Madrid. Ha publicado numerosos artículos y realizado decenas de participaciones en congresos nacionales e internacionales sobre historia de las comunicaciones, historia urbana, las élites económicas del siglo XIX y la guerra civil española. Entres sus obras, destacan *Historia de España. Siglo XIX* (1994), *Así terminó la guerra de España* (2000) y *Una república de papel: L'Espagne Républicaine* (1945-1949) (2010). Es codirector de la Cátedra del Exilio.

taurus

2012, Santillana Ediciones Generales, S. L.
Avenida de los Artesanos, 6
28760 Tres Cantos – Madrid
Teléfono 91 744 90 60
Telefax 91 744 92 24
www.editorialtaurus.com

ISBN ebook: 978-84-306-0127-1
Diseño de cubierta: Pep Carrió
Fotografía de cubierta: Hulton Getty
Conversión ebook: Arca Edinet S. L.



Taurus es un sello editorial del Grupo Santillana

www.editorialtaurus.com

Argentina
www.editorialtaurus.com/ar
Av. Leandro N. Alem, 720
C 1001 AAP Buenos Aires
Tel. (54 11) 41 19 50 00
Fax (54 11) 41 19 50 21

Bolivia
www.editorialtaurus.com/bo
Calacoto, calle 13, n° 8078
La Paz
Tel. (591 2) 279 22 78
Fax (591 2) 277 10 56

Chile
www.editorialtaurus.com/cl
Dr. Aníbal Ariztía, 1444
Providencia
Santiago de Chile
Tel. (56 2) 384 30 00
Fax (56 2) 384 30 60

Colombia
www.editorialtaurus.com/co
Carrera 11A, nº 98-50, oficina 501
Bogotá DC
Tel. (571) 705 77 77

Costa Rica
www.editorialtaurus.com/cas
La Uruca
Del Edificio de Aviación Civil 200 metros Oeste

San José de Costa Rica
Tel. (506) 22 20 42 42 y 25 20 05 05
Fax (506) 22 20 13 20

Ecuador
www.editorialtaurus.com/ec
Avda. Eloy Alfaro, N 33-347 y Avda. 6 de Diciembre
Quito
Tel. (593 2) 244 66 56
Fax (593 2) 244 87 91

El Salvador
www.editorialtaurus.com/can
Siemens, 51
Zona Industrial Santa Elena
Antiguo Cuscatlán - La Libertad
Tel. (503) 2 505 89 y 2 289 89 20
Fax (503) 2 278 60 66

España
www.editorialtaurus.com/es
Avenida de los Artesanos, 6
28760 Tres Cantos - Madrid
Tel. (34 91) 744 90 60
Fax (34 91) 744 92 24

Estados Unidos
www.editorialtaurus.com/us
2023 N.W. 84th Avenue
Miami, FL 33122
Tel. (1 305) 591 95 22 y 591 22 32
Fax (1 305) 591 91 45

Guatemala
www.editorialtaurus.com/can
26 avenida 2-20
Zona nº 14

Guatemala CA
Tel. (502) 24 29 43 00
Fax (502) 24 29 43 03

Honduras
www.editorialtaurus.com/can
Colonia Tepeyac Contigua a Banco Cuscatlán
Frente Iglesia Adventista del Séptimo Día, Casa 1626
Boulevard Juan Pablo Segundo
Tegucigalpa, M. D. C.
Tel. (504) 239 98 84

México
www.editorialtaurus.com/mx
Avenida Río Mixcoac, 274
Colonia Acacias
03240 Benito Juárez
México D. F.
Tel. (52 5) 554 20 75 30
Fax (52 5) 556 01 10 67

Panamá
www.editorialtaurus.com/cas
Vía Transísmica, Urb. Industrial Orillac,
Calle segunda, local 9
Ciudad de Panamá
Tel. (507) 261 29 95

Paraguay
www.editorialtaurus.com/py
Avda. Venezuela, 276,
entre Mariscal López y España
Asunción
Tel./fax (595 21) 213 294 y 214 983

Perú
www.editorialtaurus.com/pe

Avda. Primavera 2160
Santiago de Surco
Lima 33
Tel. (51 1) 313 40 00
Fax (51 1) 313 40 01

Puerto Rico
www.editorialtaurus.com/mx
Avda. Roosevelt, 1506
Guaynabo 00968
Tel. (1 787) 781 98 00
Fax (1 787) 783 12 62

República Dominicana
www.editorialtaurus.com/do
Juan Sánchez Ramírez, 9
Gazcue
Santo Domingo R.D.
Tel. (1809) 682 13 82
Fax (1809) 689 10 22

Uruguay
www.editorialtaurus.com/uy
Juan Manuel Blanes 1132
11200 Montevideo
Tel. (598 2) 410 73 42
Fax (598 2) 410 86 83

Venezuela
www.editorialtaurus.com/ve
Avda. Rómulo Gallegos
Edificio Zulia, 1º
Boleita Norte
Caracas
Tel. (58 212) 235 30 33
Fax (58 212) 239 10 51